ISABEL P. MORENO

A pesar de todo, tú

Sempiterno II



A pesar de todo, tú

Sempiterno II

Isabel P. Moreno



Primera edición digital: septiembre 2023
Título Original: A pesar de todo, tú.
©Isabel P. Moreno 2023
©Editorial Romantic Ediciones, 2023
www.romantic-ediciones.com
Diseño de portada: Romantic Ediciones.
ISBN: -978-84-19545-55-8

Prohibida la reproducción total o parcial, sin la autorización escrita de los titulares del copyright, en cualquier medio o procedimiento, bajo las sanciones establecidas por las leyes.







Para todas las personas que, a pesar de las adversidades,
luchan por lo que desean y aman.
Para Zeus y Ava, mis luchadores favoritos.

Prólogo

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

Capítulo 21

Capítulo 22

Capítulo 23

Capítulo 24

Capítulo 25

Capítulo 26

Capítulo 27

Capítulo 28

Capítulo 29

Capítulo 30

Capítulo 31

Capítulo 32

Capítulo 33

Capítulo 34

Capítulo 35

Capítulo 36

Capítulo 37

Capítulo 38
Capítulo 39
Capítulo 40
Capítulo 41
Capítulo 42
Capítulo 43
Capítulo 44
Capítulo 45
Capítulo 46
Capítulo 47
Capítulo 48
Capítulo 49
Capítulo 50
Capítulo 51
Capítulo 52
Capítulo 53
Capítulo 54
Capítulo 55
Capítulo 56
Capítulo 57
Capítulo 58
Capítulo 59
Capítulo 60

Prólogo

Levanto los ojos hasta los suyos y un escalofrío me recorre la columna al ver como observa mis labios. Los mira como si fueran una verdadera tentación, los escruta con detenimiento, incluso frunce el ceño para hacerlo. Me encanta cuando me observa así, como si no pudiera creerse que estamos juntos, haciéndome sentir una persona insuperable e inaccesible que solo él ha tenido la fortuna de poder tener en su vida. Y créeme, yo siento lo mismo por él.
Hacía muchísimo tiempo que no amaba a alguien, años que no me atraía una persona de la forma en la que lo hace Zeus. De hecho, creí que nunca podría conocer un amor tan puro y sincero como el que nosotros tenemos, mucho menos se me había pasado por la cabeza que encontraría al hombre de mi vida esperando un vuelo en el aeropuerto.
—Te quiero tanto, Zeus. —Como respuesta, pues no necesita palabras para expresar lo que siente por mí, se acerca lentamente a mi boca y presiona sus cálidos y ardientes labios sobre los míos.
—Podremos con esto, honey, sé que podremos. —susurra de todos modos.

Capítulo 1

Mayo

Ava

Que Zeus vaya a sincerarse conmigo me encanta e inquieta a partes iguales.
Me siento en la cama y él sigue medio tumbado, mirándome desde abajo con las manos entrelazadas sobre el colchón. Viene de casa de Peter y ni que decir tiene que ha estado desahogándose con su amigo a base de bebida fuerte, me lo dicen sus ojos y su aliento. Aun así, no está borracho.
Observo como se mueve y se sienta también para quedar frente a mí. Estudia mi cara, me coge una mano y me besa los nudillos.
—Ni siquiera sé porque no he hecho esto antes. Quizá por miedo o por la presión de intentar que todo sea perfecto.
Levanta la mirada de mi mano hacia mí, aun con los labios rozando la piel que cubre los huesos de mis nudillos.
—Nada es perfecto, por mucho que nos empeñemos en que así sea. Da igual cuanto nos esforcemos, siempre habrá algo que lo haga imperfecto.
—Pero no quiero que lo nuestro sea imperfecto, honey. —confiesa con un tono de súplica demasiado notorio.
—Zeus —Me acaricia el labio inferior con el pulgar antes de robarme un dulce beso y sonrío—. Lo nuestro no es perfecto, mira cómo ha empezado, pero eso no significa que no pueda ser duradero y maravilloso.
Tras mirarme unos segundos, se acerca a mí y deja su frente apoyada en la mía. Siento su respiración en mis labios, los cuales está mirando. Me acaricia el pelo con ambas manos y las deja a cada lado de mi cuello. La sensación de paz que siento cuando estoy con él es tan intensa que cierro los ojos, confiando plenamente en este hombre que roba un nuevo pedacito de mi corazón cada día.
—La cicatriz del ojo fue por una pelea en un bar la noche que pillé a Peter con Cristal en esta cama.
Abro los ojos de golpe y el corazón se me desboca en milésimas de segundos. No me muevo, no hablo, solo lo miro fijamente, agradeciendo que Zeus haya cerrado los ojos porque no creo que estuviera preparada para ver en ellos el mismo dolor que destila su voz.
—Esa noche llegaba de un turno doble, llevaba todo el día trabajando en el hospital y lo que me apetecía era llegar a casa para ver a mi novia. Entonces llevábamos saliendo apenas dos años y lo que realmente me dolió fue la traición de mi mejor amigo. El engaño de Cristal también lo hizo, la quería, la trataba como una reina porque pensaba que se lo merecía y mira cómo me lo pagó.
Le cojo la cara entre mis manos y abre los párpados al sentirlas. Como esperaba, sus ojos están turbios, desprendiendo inseguridad y tristeza, y daría lo que fuera para que no estuviera sintiendo ninguna de estas cosas. Pero lo único que puedo hacer es abrazarlo con todas mis fuerzas.

Cuando lo hago sus brazos no tardan en rodearme la cintura y atraerme hacia él hasta quedar sentada cobre su regazo, rodeándole las caderas con las piernas.
—No sé qué decir...me ha pillado totalmente desprevenida. Pensaba que me ibas a contar algo sobre dinero o ilegalidad, no que tu mejor amigo te había hecho algo así.
Sigo abrazándolo, hundiendo la cara en el hueco entre su hombro y el cuello, sintiendo como me respira en la piel.
—¿Cómo ha sido capaz de algo así? ¿Nunca te ha contado por qué lo hizo? Ahora entiendo porque te comportas de esa forma tan extraña cuando estamos solos. Dios, si lo hubiera sabido nunca lo hubiese defendido.
Zeus solo reacciona ante mis palabras con una negación de cabeza, sin separarse de mí.
—Peter no es mala persona y es un buen amigo. Jamás me hubiera perdonado que lo desplantaras por algo del pasado que él intenta remediar cada día.
No entiendo cómo puede decir cosas tan bonitas sobre alguien tan traicionero. En este momento solo siento rabia hacia Peter, he confiado en él plenamente y en realidad podría haber actuado a mis espaldas.
Y Jess…tengo que contárselo.
—¿Jess lo sabrá? Tengo que prevenirla, no creo que soporte un engaño.
Solo cuando formulo la pregunta Zeus se permite separarse para mirarme fijamente.
—Peter no va a engañarla.
—Estás demasiado seguro de eso.
—Confío en él, honey.
Guardo silencio unos segundos, pensando en si será buena idea seguir bombardeándolo a preguntas y suposiciones, y, cuando creo que es mejor callarme, hablo.
—¿Cómo puede ser después de lo que hizo? —insisto sintiendo el estómago revuelto por lo que acabo de descubrir
—Me ha pedido perdón —Hago un gesto de desaprobación a sus palabras, pues el perdón a veces no es suficiente, y Zeus lo nota porque me aclara:—. Me lo ha pedido y demostrado durante cuatro años. Es mi mejor amigo, mi confidente, ha estado ahí siempre a pesar de los desplantes que le he hecho y el tiempo que estuve sin hablarle, jamás ha desistido y eso solo me demuestra respeto y afecto hacia mi persona. ¿Cómo no iba a perdonarlo?
—Yo sigo sin entenderlo, no soy capaz de imaginar cómo me sentiría si Jess me hiciera algo así. Una persona tan importante para mí, a la que quiero tanto, a quien confío mi vida, no puede hacer algo así. Es imperdonable.
—No hay nada imperdonable, cielo. No al menos cuando pasan cosas peores cada día.
Intento comprenderlo y ponerme en su lugar, y reconozco que no puedo dejar de darle vueltas a Peter. Se ha portado genial conmigo y con Jess, es muy atento, simpático y cariñoso. No puedo odiarlo, no cuando a mí no me ha hecho nada, no cuando le he cogido cariño y lo considero un amigo, pero eso no lo exime de lo que hizo.
Después pienso en Cristal, quien se las da de perfecta y víctima en todo esto cuando no es más que otra depredadora. Ha hecho algo deprobable engañando a Zeus y se atreve a enfadarse cuando él le paga con la misma moneda.
No es que esté de acuerdo con este ojo por ojo y diente por diente, porque no apoyo los cuernos, pero no tiene sentido que ella sienta dolor alguno en esta situación.
Miro a Zeus a los ojos y lo estudio. Ha sido capaz de perdonar a su mejor amigo y de seguir una relación durante cuatro años más después de algo tan doloroso, ¿Habrá sido porque la sigue queriendo? ¿Tendrá la esperanza de poder solucionar las cosas entre ellos y yo solo soy un

entretenimiento?
Las malditas dudas vuelven a rondarme la cabeza y juego con la gargantilla de mi cuello para calmar mis nervios.
Zeus roza mi mano con sus labios y detengo los movimientos.
—¿Qué pasa por esa cabeza tuya? —pregunta en un susurro.
No sé si preguntarlo, pero tampoco quiero quedarme con las ganas. Y si algo he aprendido en la vida y corroborado cuando conocí a Zeus es que: mejor arrepentirse de lo que has hecho que arrepentirse de lo que nunca hiciste.
—¿Cómo has podido seguir con Cristal? —Trago saliva— ¿La sigues...?
—Por supuesto que no. No pienses en nada parecido, lo único que siento por ella es desprecio.
—Aun así, no rompes ese maldito contrato en el que dice que os tenéis que casar.
—Ya te dije que Gustavo ha conseguido hacer una cláusula en la que se exige cederme todo una vez me case.
Solo la palabra me duele.
Pienso en Gustavo, quizá no esté haciendo bien su trabajo. Y también pienso en Lucas. Si le contase todo, puede que él encontrase alguna solución. Es un buen abogado.
—Es que no quiero que te cases. Busca otra solución. —Me quejo, dolida.
—Estoy en ello, pero hasta que la encuentre el contrato seguirá en pie.
—Pero...
—Nada de peros, no puedo cancelarlo. Necesito el hospital.
Zeus aparta la mirada y me duele que no quiera otra solución. También me cabrea y no puedo ocultarlo.
—Parece que lo estas deseando.
—¿Cómo dices? —Habla entre dientes, enfadándose.
—Lo que has escuchado, idiota.
Se pone rígido bajo mi cuerpo, sus ojos se clavan fieros en mí y sus manos cogen las mías.
—Yo no te he insultado, Ava.
—Lo haces cada día que pasa y ese puto contrato sigue vigente. ¿No te das cuenta?
—No es mi intención, pero no encuentro otra solución.
Molesta, intento levantarme de sus piernas, pero me agarra con fuerza las caderas para presionarme hacia abajo.
—No huyas, por favor. Entiéndeme.
Lo intento y sé que no tiene lógica nada de lo que me está diciendo, al menos yo no se la veo, pero ¿Cómo voy a dejar pasar su voz suplicante y su mirada débil?
Suavizo mi postura y me dejo caer un poco más sobre él. Suspiro, aturdida. Necesitamos encontrar una solución, pero no puedo estar siempre enfadada con él, no cuando me demuestra que intenta por todos los medios que esté cómoda y tranquila. Con cariño, le paso los brazos alrededor del cuello y lo beso en los labios.
—No voy a ninguna parte —Le confieso, tan segura de que estaré siempre a su lado como lo estoy de que me llamo Ava—. Ahora, ¿Qué tal si me cuentas cómo te hiciste la herida?
Parece que no le gusta demasiado mi curiosidad porque su cuerpo vibra ligeramente bajo el mío, pero necesito saber la historia al completo. Quiero intentar ponerme en su piel e intentar imaginar cuanto sufrió para poder ayudarlo.
Distraído, coge un mechón alborotado de mi pelo y lo enrosca en sus dedos. Juguetea con él y empieza a hablar bajito.
—Después de encontrarlos, salí de la habitación y Peter vino detrás intentando explicarse. Cristal

apareció poco después vestida con mis sábanas. Mis propias sábanas —Hace una pauta y, joder, se me encoge el pecho—. No los escuché a ninguno, no me interesaba qué tenían que decir. Me habían traicionado y no había más. Quise pegarle a Peter, lo deseaba en ese momento con todas mis ganas. En ese momento no veía nada más que mis manos sobre él.
Zeus vuelve a quedar en silencio y me mira a los ojos, buscando algún atisbo de desagrado en mí. Pero no puede encontrarlo, pues yo habría querido lo mismo si hubiera estado en su situación, además, por la forma en que me lo cuenta sé que no le hizo daño.
Desde que lo conocí, me ha demostrado su buen corazón, pero nunca imaginé que alguien pudiera tener tanto aguante y buen juicio como para soportar algo así por parte de su mejor amigo.
Como no digo nada al respecto, continúa:
—Es mi amigo desde los quince y eso lo tuve presente aquel día, así que me fui a un bar. Bebí más de la cuenta, demasiado, y me metí en una pelea. Ni que decir tiene que fui el que peor acabó, porque me llevé un botellazo y me prohibieron la entrada. La herida fue profunda, no sé cómo no perdí el ojo, pero por suerte solo tuvieron que intervenir levemente y coserme.
Respiro hondo, procesando lo que me acaba de contar. No lo juzgo, no le reprocho dejándome llevar por el temor del momento al imaginar que le hubiera pasado algo peor, simplemente pego mi pecho al suyo, lo obligo a tumbarse y le beso la barbilla al quedar sobre él.
Siento sus manos acariciarme la espalda y el pelo. Observo sus ojos casi cerrados y sus jugosos labios, ahora míos también.
Me acerco a su boca, lo beso y lo invito a abrir los labios para que me deje entrar. Sus dedos presionan en mis caderas. Aunque su cuerpo empieza a ponerse juguetón, sé que lo que realmente necesitamos es tumbarnos, acurrucarnos y estar en silencio.
Me muevo lentamente cuando el beso termina, me tumbo a su lado y apoyo la cabeza sobre su pecho. Unas ganas irrefrenables de decirle que le quiero me golpean el corazón, pero prefiero guardármelo, quizá no sea el momento.
—Gracias.
Levanto la cabeza al escucharlo y el mueve la suya para mirarme a la misma vez que me acaricia el cuello con la yema de sus dedos.
—¿Por qué?
Su media sonrisa me provoca calambres en el estómago.
—Por tu reacción, por escucharme y esperarme. Ahora todo es diferente. Ahora estás tú, estamos los dos.
Lo observo desde abajo, sintiendo sus dedos recorrer mi cuello de un lado a otro. Sintiendo su pecho subir y bajar debajo de mi cabeza por su respiración tranquila. Escuchando el latido de su corazón, apaciguado.
Deseosa de su contacto y sintiendo como mi cuerpo me recuerda que es de madrugada, susurro la palabra que más me gusta por encima de todo y me gano la mejor muestra de afecto que jamás hubiera podido imaginar:
—Zeus.

Capítulo 2

Zeus

Estos días han sido sumamente tranquilos, como si haberme sincerado por completo me hubiera traído una paz incalculable a mi vida. Entre Ava y yo las cosas fluyen con facilidad, y me tranquiliza que ella parezca segura de que nadie se entrometerá entre nosotros.
—Me gustaría hacer reformas en el apartamento de mi tía. Ahora que parece que mi trabajo empieza a ver la luz, tengo más clientes y quiero tener un estudio —Disfruto de nuestro desayuno, viendo como Ava toma su café y me cuenta sus planes—. Sé que no tengo dinero, por eso no busco local. Pero en realidad el apartamento de mi tía es grande y tiene luz. Creo que es perfecto.
—Si necesitas dinero sabes que puedo proporcionártelo. Quiero que cumplas tus sueños y si necesitas para ello un local, te lo consigo.
Lo digo totalmente en serio. Tengo dinero, puedo darle un estudio si lo desea. Ella sonríe vacilante y achina los ojos al mirarme como siempre que va a contradecirme.
Joder, le bajaría la puta luna si lo deseara.
—Quiero empezar desde abajo. Te digo que haciendo una buena reforma podría quedar un buen estudio.
Ava termina su café y recoge el paquete de galletas de chocolate que se ha comido. Después empieza a lavar la taza, a pesar de que no le gusta hacerlo, al mismo tiempo que meto la mía en el fregadero. Me apoyo de un lado en la encimera y la observo hacerlo.
Es algo muy simple, pero a mí me hace sentir demasiadas cosas tenerla en pijama y sin sujetador, limpiando las dos tazas después de haber desayunado juntos antes de irme al trabajo.
He insistido para que se quedara en la cama pero, a pesar de ser las siete de la mañana, ella ha querido levantarse para así poder darme un beso antes de irme.
—Al menos, déjame que te regale la reforma. Quiero formar parte del progreso de tu éxito. —insisto, porque a cabezotas nadie nos gana.
Tras secar y guardar todo, se coloca frente a mí. Pestañea varias veces, a pesar de tener las pestañas cortas se mueven sobre sus parpados con viveza, se coloca los brazos en jarra y pone los ojos en blanco.
—Ya lo iremos viendo. No quiero que te gastes más dinero. Bastante que no me dejas ayudarte económicamente al vivir aquí.
—Es que no es necesario. Vivimos juntos, no te estoy haciendo un favor, estas aquí porque no tienes que estar en otro lugar que no sea conmigo.
Como la voy conociendo cada día más, sé que mis palabras han hecho estragos en su zona

mujer/independiente. Igualmente sé que a mi chica le encanta cuando me pongo mandón, o marimandón, como ella me llama a veces. Pero, aunque le guste, me explico para no empezar una guerra la cual es innecesaria, por mucho que me encanta la reconciliación que llega más tarde.
—Ya sabes a qué me refiero. No necesito dinero y el que tengo, y no gasto, quiero invertirlo en nosotros.
Miro el reloj de mi muñeca y, después de darle un beso en la frente, empiezo a recoger mis cosas. La siento venir detrás por todo el apartamento.
—Es solo que ya lo iremos viendo, quiero hacer muchas cosas ahí y eso implicará inversiones de las que no tienes por qué hacerte cargo.
No echo cuenta a sus palabras porque, diga lo que diga, lo pagaré yo. Quiero hacerlo, sé que ella trabaja y se esfuerza, pero también sé que no tiene el dinero suficiente para afrontar algo así. ¿Por qué no aprovechar que yo puedo dárselo? En dos o tres semanas lo tendría todo listo si yo me hago cargo, en cambio, si es ella quien lo hace la llevará meses.
Me dirijo al despacho y Ava entra detrás, creo que es la primera vez que lo hace. Es una habitación oscura, en la que ahora hay un escritorio; un sillón de cuero; el ordenador en el que trabajo; estantería con más libros; mis diplomas en la pared y un sofá de dos plazas al lado de la puerta. En el que he dormido alguna que otra vez cuando no quería hacerlo con Cristal. Parece que hay mucho de esa mujer por aquí, tendré que hacer algo al respecto para que Ava se sienta la única.
—¿Qué quieres hacer en el apartamento? —Quiero saberlo, para saber a quién tengo que llamar.
Me mira unos segundos, quiere protestar, sus facciones lo gritan, pero no lo hace. Solo suspira y se sienta en el borde del escritorio.
Miro sus movimientos: sus manos agarrando el borde de la superficie, igual que haría si yo la inclinase sobre él, sus piernas sobre la madera, al igual que estarían si yo la tumbase encima...Peligrosas imágenes. Para desviar mi atención, busco la carpeta a por la que he venido.
—Quiero reducir la cocina y dejar una mini para hacer lo básico. Quitar el armario de la entrada, el dormitorio de invitados y quedarme con mi habitación. Después de deshacerme del aseo que está al lado de la cocina, quiero quitar el baño grande, lo reduciría lo necesario para poder aprovechar el nuevo mobiliario y haría el acceso desde la habitación principal. Ampliando así el salón y quedando una buena zona para el trabajo.
Parece una buena obra y podría quedar perfecto si lo hace un buen profesional. Sigo rebuscando en los cajones hasta que doy con la carpeta azul en la que guardo los documentos necesarios sobre el tema de Cristal y la meto en mi maletín.
—Tiene buena pinta, honey. Haré un par de llamadas y a finales de mes lo tendrás.
Abre los ojos y sonríe, emocionada. Me encanta verla así. Disfrutando de su felicidad, me acerco a ella y me ahueco entre sus piernas. Madre mía...como desearía estar en la cama con ella encima.
—Te he dicho…—La beso y después le hago un gesto para que no vuelva a protestar. Al final sonríe—. No sé cómo agradecértelo.
—Lo haces todos los días, honey —Me acerco un poco más a su cuerpo, pegando mi leve erección al lugar que deseamos usurpar. Me encanta como mueve las caderas para provocarme —. Pero si no te parece suficiente, espérame esta noche desnuda sobre nuestra cama.
Ava jadea, haciendo que tenga que respirar hondo porque tengo que irme al trabajo. La beso con urgencia, apretando en su nuca para poder sentirla mejor. No puedo contenerme a la hora de embestirla suavemente, aunque estemos vestidos. El deseo de sentirla y provocarla es más

poderoso que mi cordura.
Cuando me separo, ella me acorrala con sus finas piernas.
—Mejor te espero desnuda sobre este escritorio.
Maldita sea, me he puesto durísimo. Imaginarla sobre la mesa en la que trabajo, abierta de piernas para mí, me vuelve loco. No quiero esperar a la noche para poder poseerla hasta que quedemos agotados.
Le muerdo el labio y empiezo a caminar con ella en mi cintura.
—No sabes lo lento que se me va a pasar el día, mi amor.
Ava sonríe, encantada con mis palabras y yo la acompaño sintiendo lo mismo. Nunca había estado tan feliz y me siento un hombre dichoso al tener que irme al trabajo y saber que echaré de menos a mi preciosa novia.
—Espero que tu espera merezca la pena. —ronronea contra mi cuello, moviendo sus carnosos labios sobre él.
Cierro los ojos, manteniendo el control. Luego los abro y me detengo en su cuerpo sobre el mío. La acaricio y me parece que no tengo tiempo suficiente para hacerlo porque nunca estaré lo suficientemente saciado de ella. Siempre necesito más, siempre quiero más.
—Siempre que sea mi preciosa novia a quién vea al volver a casa, merecerá la pena.
Lo he dicho. Y lo he hecho porque necesito que sepa lo que significa para mí. Por mucho que haga dos meses que nos conocemos, mis sentimientos hacia ella son demasiado fuertes para conformarme con algo a medias y necesito que Ava sepa que voy en serio. Solo espero ser correspondido.

—Novia... —Lo repite como si lo hubiera imaginado y mete sus dedos entre mi pelo cuando sonríe, aliviando parte de mi tensión—. Me encanta como suena, solo espero que te estés refiriendo exclusivamente a mí.
Suelto una carcajada sincera, sé que está bromeando. La abrazo con fuerza y la dejo en el suelo porque no puedo seguir demorándome o llegaré tarde, pero atrapo su cara entre mis manos y la miro a los ojos, seguro de que no hacen faltan más palabras para saber que hemos empezado una nueva etapa. Antes de abrir la puerta e irme la beso en los labios.
En la calle, Marc me espera junto al coche. Necesito hacer unas llamadas y prefiero no conducir porque, además, no me gusta mucho hacerlo. Me espera apoyado en la carrocería, vestido con unos vaqueros y un abrigo oscuro, y desde lejos me sonríe. De camino a mi chofer, pienso en Ava y en lo a gusto que estará con la calefacción porque esta mañana hace frío y sé cuánto pasa ella en esta época.
—Buenos días.
—Buenos días, Marc. —Le doy una palmada en el hombro y ambos subimos al coche.
Sin necesidad de decirle nada, pues tiene una actualización diaria con mis horarios y planificación del día de trabajo, pone dirección al hospital. En el trayecto llamo a un viejo amigo que es arquitecto, siempre que hay una celebración por el hospital o algún acontecimiento parecido coincidimos. Después de aclararnos y asegurarme que me avisará cuanto antes, llamo a la empresa con la que él trabaja y hará la obra.
Me gustaría seguir ultimando detalles, pero cuando me quiero dar cuenta ya estamos en la entrada del hospital. Salgo del coche, me despido de Marc y entro en el edificio. Saludo a mis compañeros y algunos pacientes que hay en el vestíbulo, voy a los vestuarios y guardo las cosas en mi taquilla. Una vez me coloco la bata y me cuelgo mi documentación, me guardo el teléfono en el bolsillo y salgo para ir a mi consulta.
En el camino miro a mi alrededor, orgulloso de donde estamos. El Vitaly es un hospital privado fundado por mis padres que poco a poco ha ido consolidando su estatus. Consta de cuatro plantas que están bastante completas, tenemos un servicio de buenísima calidad y un seguro bastante accesible. No sabes la rabia que me provoca que tengamos que compartirlo con los Lewis después del sacrificio de mis padres.
No quiero que mi padre también falte y tener que luchar por algo que nos pertenece a mí y mi familia. No es justo y por eso tengo que encontrar una solución que no sea casarme con Cristal. Podría hacerlo con Ava, pero aun así el hospital no seguiría siendo nuestro por completo. Además, no quiero obligarla a hacer algo así cuando todavía no nos hemos dicho que nos queremos.
El teléfono me vibra en el bolsillo y lo cojo de inmediato por si es algo importante.

Tengo trabajo esta tarde, he quedado con una familia para hacerle un reportaje.
Espero llegar pronto.
Que te vaya el día genial, besitos.

Y, de hecho, para mí lo es.

Le pediré a Marc que te lleve.
Me siento más seguro si no vas sola.
Y me iría mejor si estuvieras conmigo 😊

Ava me responde con emoticonos de más besos y a mí me hace el día. Con una sonrisa, entro en

la consulta en la que trabajo y abro las persianas, enciendo el ordenador y me siento. Saco el papeleo que me queda por rellenar y espero a que llegue la hora de ver a mi paciente. Para lo que compruebo que faltan cuarenta y cinco minutos.
En el momento que, iluso de mí, creo voy a pasar el tiempo trabajando entra la peor decisión de toda mi vida. Alta, vestida de blanco, con una cola y una sonrisa de víbora que le viene ni que pintada.
—Buenos días, cielo.
Empezamos mal.
—No me llames así. ¿Qué quieres? —Estoy impasible, solo verla me encabrona.
—Es verdad, ahora es tu putita la que te llama así.
Aprieto los labios y la miro fijamente, echando fuego por los ojos. Sin miramientos, me levanto de la silla y la cojo del brazo para llevarla a la puerta. Esta mujer me saca de mis casillas.
—¿Qué haces animal? —pregunta asustada y enfadada.
Acerco mi cara a la suya, amenazante por su forma de dirigirse a Ava.
—Vete de una maldita vez, Cristal, y no te cruces por mi camino. No vuelvas a hablar de ella, ni a pronunciar su nombre.
La rubia me mira y se suelta de mala manera.
—Vete despidiendo de ella, porque seguro que cuando la prensa se enfoque en su desastrosa vida volverá a Madrid.
La ira que empieza a ebullir en mi interior me quema. Abro la puerta de un movimiento y la echo de la consulta. Sin dejar que pueda volver a hablar, cierro de un portazo y echo la llave. Imaginar que Ava me abandone por culpa de otra persona y por no haberla podido proteger me supera.
Con la rabia en las venas, voy a mi mesa y cojo el teléfono. Marco el número de mi abogado y espero impaciente a que me lo coja. Estoy tan enfadado que podría partir cualquier cosa de un solo puñetazo.
—Buenos días, Zeus. ¿Cómo estás?
Suelto aire por la nariz y bramo:
—Demasiado enfadado, Gustavo. O me buscas una puta solución a este problema con Cristal y la forma de no casarme, o te olvidas de mi dinero.

Capítulo 3

Zeus

Como era de imaginar, mi día en el hospital fue de mal en peor desde que hablé con Cristal y le canté las cuarentas a mi abogado. En lo único que he pensado en todo el día es en volver a casa y cenar con Ava mientras charlamos y escucho cómo le ha ido el reportaje. Nos hemos estado mensajeando, pero cosas leves ya que los dos estábamos muy liados, y no me ha sido suficiente. Cuando termina mi turno son las once de la noche, por lo que, suponiendo que Ava habrá cenado, mi idea de cena tranquila se va al garete. Me apetecía mucho relajarme con ella en el sofá pero bueno, otra noche será. Veo como los familiares de algunos pacientes se van a casa, algunos de mis compañeros se suben a sus coches y, en la entrada, el todoterreno negro que me recoge.
Marc se pone en un lado y baja la ventana sacando el brazo por ella.
—¿Qué pasa, tío? ¿Un día duro no? —Está contento, a pesar de tener un trabajo algo estresante.
—Muy cansado, necesito llegar a casa.
Me acerco al coche y cuando voy a abrir la puerta está cerrada con llave. Miro a Marc y este sube las cejas, dándose cuenta del error, antes de abrir lo seguros. Me llevo una enorme sorpresa cuando veo a mi bonita chica esperándome dentro, pero la felicidad solo me dura un segundo al pensar que haya podido pasar algo.
—¿Por qué estás aquí? ¿Ha ocurrido algo?
Me subo enseguida cerrando detrás de mí, dejo las cosas en el suelo y la inspecciono sin saber por qué. Ava ríe ante mi insistencia y mi escaneo, aunque creo que también porque Marc nos observa divertido. Lo miro de frente y le doy al botón que nos separa de él.
—Ponte a conducir y déjanos en paz. —Mascullo las palabras y su cara va desapareciendo con el cristal.
Escucho como se carcajea y enciende el motor. Miro a Ava, que está sonriendo por la escena. Como me la quedo mirando, ella se inclina sobre mí y me da un beso en los labios.
—No vuelvas a subirte al coche y me dejes sin mi beso.
Niego con la cabeza con una sonrisa en los labios ante su advertencia. Pongo las manos alrededor de su cuello y la beso. Dios...que sabrosa es. Es imposible que la toque y no me encienda. Sin darme cuenta estoy casi echado sobre ella y la tengo suspirando cada vez que nuestras bocas se despegan para respirar.
De un sutil movimiento, Ava se abre de piernas y me invita a ahuecarme entre ellas. Muevo las caderas sobre su dulce entrepierna, endureciéndome más a cada segundo. Muevo una de mis manos por debajo de su ropa metiéndola debajo del sujetador para pellizcarle el pezón derecho.

Me responde mordiéndome el labio.
—Nena, quiero estar dentro de ti.
Mira a su alrededor y después a mí, como si estuviera completamente loco. Pero bueno cuando se trata de ella lo estoy, y no me importa. Me encojo de hombros y la agarro por los costados, moviéndola hasta que la tengo sentada sobre mí. Se ve imperiosa encima.
Le quito el pelo de la cara y le devuelvo el beso que me da en cuanto tiene la cara despejada. Siento su lengua enredarse con la mía, su saliva en mi boca, sus labios abriendo y cerrando los míos. Corroboro, no lo quiero, necesito estar dentro de ella. Por lo que me acerco al cristal opaco que nos separa de la parte delantera del coche y digo en voz alta:
—Marc, necesito veinte minutos para llegar a casa.
—¿Pero estas...? —Empieza diciendo Ava, pero no la dejo continuar y le quito el chaleco de lana que lleva.
—¿Loco? —Termino yo mientras meto la cabeza entre sus tetas.
Me sujeta la cabeza con ambas manos y me hace mirarla a los ojos. Solo puedo sonreír. El tiempo que ella tarda en hablar lo aprovecho yo en desabrocharle el sujetador.
—De remate. —Su contestación mezclada con un gemido cuando le chupo los pezones me hace sentir presión en los pantalones.
—Solo por tus huesos, honey.
Ava empieza a moverse sobre mí, a besarme con pasión y a tocarme por allá donde se le antoja. Le aprieto las nalgas y la atraigo hacia mí, para que sienta lo que me provoca. En cuanto siente mi dura erección me desabrocha el pantalón y me baja los calzoncillos, dejándola a la intemperie. La mira con tanto deseo que me inflo de orgullo. Me encantaría estar desnudo delante de ella el tiempo que necesite mirarme, pero no puedo dejar de tocarla, dejar de besarla y moverme, consumido por las ansias de poseerla.
Pero parece que mi chica tiene otros planes para nosotros.
—Esta canción viene perfecta para lo que va a pasar.
Ni siquiera me había percatado de la música, pero, aunque agudice el oído no sé cuál es. Ava, que no deja de saborearme con los ojos, me aclara la duda.
—Se llama Museo, de Rauw Alejandro.
Asiento, intentaré escucharla de fondo, pero no creo que pueda prestarle atención a algo más que no sea Ava. Si ella está cerca, nada tiene mi atención.
Se mueve y, sorprendido y encantadísimo por sus movimientos, intuyo que va a hacer algo que he deseado desde que miré sus labios por primera vez en aquella tienda de aeropuerto. Con toda la majestuosidad que solo ella posee, se echa su morena melena a un hombro y se escurre hasta el suelo del coche. Se arrodilla sobre la alfombrilla, abre mis piernas, me baja los pantalones hasta las rodillas y empieza a tocarme con detenimiento. Disfrutando ella también.
—¿Sabes cuanto llevo esperando esto? —digo entre dientes, sintiendo su piel acariciar la mía.
Me mira desde abajo y se ve preciosa. Tiene los labios mojados de tanto darse con la lengua cuando mira mi erección, como si estuviera hambrienta de ella. Sus pezones duros rozan con el sillón del coche y me pone aún más cachondo pensar que probablemente le guste ese tacto.
Con los dedos, resbala mi líquido por mi largura para lubricarse la mano y facilitar el masaje. Sus dedos me rodean y sus movimientos se intensifican de arriba abajo cada vez que suspiro de placer.
—¿Por qué no me lo has pedido? —pregunta con voz sensual mirándome la punta.
—Pensé que eso debería salir de ti —Suspiro, joder, no quiero correrme, no todavía—. Debe apetecerte.

—¿Acaso crees que ahora no me apetece chupártela?
Entonces la entiendo. Quiere hacerlo, pero aún más que se lo pida. Estoy encantado de hacerlo, para que engañarnos. Le cojo la barbilla y la obligo a mirarme. Sus ojitos grises me enfocan, cargados de deseo, y me imagino sus labios, húmedos y deseosos, con mi erección entre ellos. Hago presión y Ava se levanta un poco, pero no deja de masturbarme y tocarme los testículos, algo que me da un placer incalculable.
—Acércate.
Lo hace sin quejarse y deja su frente sobre la mía, mi erección da en su ombligo y levanto la mirada para concentrarme en sus gestos. La beso con dureza, le muerdo el labio y se lo succiono. El corazón me bombea con fuerza siempre que gime. Le dejo la boca hinchada, pero no es nada comparado a como se la pienso dejar en unos minutos.
Estoy ciego de lujuria.
—Ahora, mi amor...métetela en la boca y fóllame.
Veo como traga saliva y sus mejillas se ponen más rojas de lo que están, pero para nada es por vergüenza, si no por satisfacción. Como una increíble amante, Ava acaricia mis piernas a la misma vez que se posiciona para poder abarcar con toda y, con delicadeza, empieza a metérsela. Cierro los ojos al sentir su lengua presionando en mi punta lubricada. Al sentir sus labios rodearme con facilidad. Y al sentir como llega al final y tiene una puta arcada. Mierda, soy capaz de correrme enseguida.
Antes de que pueda decirle nada, me calla acelerando sus movimientos. Para intensificar el placer, vuelve a agarrar mis testículos y juega con ellos.
La escucho gemir al disfrutar de lo que me hace y eso me vuelve loco. Está disfrutando con mi placer, jamás alguien había sentido tanto por mí. Necesitado de más, muevo las caderas para entrar más hondo, aunque no lo hace nada mal. Eso me hace preguntarme si lo ha hecho muchas otras veces. ¿A cuántos tíos? ¿Con todos disfrutaba tanto? Joder, tengo que dejar de pensar.
—Voy a hacer que solo pienses en mí. Que te olvides de cualquier otro al que hayas conocido.
—La ira por mis dudas y el acercamiento del placer me consumen y no me dejan pensar.
Ava me mira con los ojos achinados y la boca llena de mí, solo de mí. Como dice la canción: es una bellaca y su mirada la delata. Para regalarme más espectáculo, se la saca y le pasa la lengua sin dejar un centímetro, terminando en la punta y lamiendo mi esencia. Después vuelve a continuar, pero esta vez succionando, como si quisiera arrancarme el orgasmo.
Aún tenemos tiempo, pero estoy tan caliente que no quiero seguir conteniéndome. Es la primera vez que hacemos sexo oral y se siente increíblemente bien. Su boca es tan cálida que he temido correrme en cuanto la he sentido, casi como me está pasando ahora. Dios, siento que no aguantaré mucho más y por eso soy considerado y, aunque deseo aguantar su cabeza para poder correrme en su garganta, la aviso:
—Voy a... —Acelera los movimientos y jadeo— si no paras...
Estoy a punto, y que se aferre a mis piernas y continúe los movimientos solo me aclara que no desea otra cosa que beberme. Y eso me pone a cien. Así que le cojo el pelo y la manejo sintiendo como me viene el orgasmo.
—Me voy a correr en tu boca, honey. Si, Ava...sigue, cariño. Joder, como me pones.—El líquido empieza a emanar y ella lo recibe, poniéndome cardíaco—. Trágatelo, nena.
Doy alguna que otra embestida más y me detengo, salgo de ella y contemplo embelesado como se limpia la comisura de los labios. Por un momento he echado en falta que grite mi nombre.
—¿Te ha gustado?
La miro sentarse a mi lado y vestirse de cintura hacia arriba. Me pregunta algo que es bastante

obvio, ya que sigo medio desnudo y no me atrevo ni a moverme por sentir tanto goce. Pero hago un esfuerzo porque tenemos que estar al llegar. Me subo el pantalón, me lo abrocho y la cojo para sentarla sobre mis piernas.
—¿A caso tienes dudas? ¿O es que deseas escucharlo? —La muevo un poco sobre mis vaqueros para que su clítoris se hinche, no hemos acabado. Ava me sonríe melosa y pega su pecho al mío, respondiendo mi pregunta— Me ha maravillado, podría hacerlo todos los días.
—Yo estaré encantada. —Confiesa antes de pasarme la lengua por los labios.
Sus ojos brillan por la pasión del momento que hemos vivido y por el que sabe que le espera en cuanto lleguemos a casa. La beso en los labios, que aún tiene calientes, acariciando la curva de su espalda que se conecta con su pomposo culito.
—Espera a que lleguemos y verás.
Ava suelta una risita juguetona y yo continúo besándola, provocándola hasta que el vehículo se detiene. No tardamos nada en coger mis cosas y salir en dirección al apartamento.
En el ascensor no podemos quitarnos las manos de encima y la acorralo contra la pared, notando como vuelvo a endurecerme, de lo que ella se aprovecha y empieza a frotarse contra mí.
Seguimos con los preliminares, pero la campanita del ascensor nos avisa que hemos llegado y salimos de él para entrar de una vez por todas en casa.
—Ahora sí, nena. Esta noche no vas a hacer otra cosa que gritar mi nombre.
La sigo al dormitorio y miro nuestra ropa tirada por el pasillo. Me detengo desnudo a observarla antes de avanzar hacia ella y besarla bruscamente.
—Hazme tuya, Zeus. Como solo tú sabes hacerlo.
Jamás he deseado tanto obedecer.

Capítulo 4

Ava

Voy a casa de Jess para enseñarle un diseño del arquitecto al que Zeus le ha pedido que me ayude. Lo llevo enrollado y cerrado con una gomilla del pelo para que no se estropee. Por la ventana trasera del todoterreno disfruto de la conducción tranquila de Marc qué, desde que Zeus le pidió llevarme al reportaje, me ha añadido a su agenda y me lleva a cualquier parte siempre que se lo pido.
Claro está, suelo hacerlo poco porque no quiero abusar de sus servicios y bastante tendrá con seguir el horario disfuncional del cirujano mandón.
—Gracias de nuevo por traerme, Marc. No es necesario.
—No es un problema y, aunque lo fuese, tendría que hacerlo. Zeus me ha pedido que así sea.
Vuelvo los ojos y lo miro desde atrás. Es joven pero mayor que yo, al igual que Zeus, de quien supe la edad hace poco porque hemos ido tan rápido que nunca me había parado a preguntársela. Pero una noche viendo una película, en uno de esos momentos en los que estoy falta de información, lo hice.
—¿Cuántos años tienes, veintinueve? —Investigué yo, acostumbrada a haber salido con hombres máximo un par de años mayor.
Él se limitó a negar con la cabeza y sonrió.
—¿Treinta? —Insistí y su sonrisa se amplió, pensé que había acertado— Dos años mayor que yo, está bien.
Entonces me miró de inmediato. Tan serio e intenso que me intimidó.
—¿A caso sería un problema que fuesen más?
Negué, no lo sería en absoluto. Pero no aparentaba mucho más de treinta.
—¿Treinta y uno?
Subió una ceja sin dejar de mirarme.
—¿Treinta y dos? —Esa pregunta la susurré un poco porque, Dios, ¿Cuántos años tenía? —Vamos, di. ¿Es que tienes cuarenta y pico y te conservas de puta madre?, ¿o qué?
Soltó una carcajada y me dio un beso en los labios.
—No, solo tengo treinta y cuatro.
Sonrío al recordar cómo me metí con él diciéndole que era un madurito y cómo se abalanzó sobre mí y me dijo con voz gruesa: «ven nena, que este madurito va a hacerte lo que tanto te gusta». Siento un pellizco en el estómago, como siempre que pienso en él, y para no ponerme roja intento entablar conversación con Marc.
—Oye, Marc —este me mira por el espejo retrovisor y me fijo como la luz del sol le da de lleno

en sus ojos, que son color moca— ¿Desde cuándo lo conoces?
Marc vuelve la vista al frente y se detiene en un semáforo en rojo al mismo tiempo que me llega un mensaje del grupo de amigos. Al que le hemos cambiado el nombre por “Los canallas al completo” y hemos añadido a Lucas.
Hugui: ¿Cómo están mis preciosidades?
Jess: Esperando a la señoritinga fotógrafa.
Hugui: ¿Qué vais a hacer?
No contesto porque me doy cuenta de que Marc espera a que termine para contestarme. Así que cuando el coche empieza a circular dejo el teléfono en el bolso.
—Lo conozco desde hace cuatro años. Creo que fui el primer chofer que tuvo.
—Entonces, os llevareis muy bien, ¿no?
Marc gira a la derecha y luego asiente. La verdad es que es un hombre muy guapo.
—Bueno, O’Donnell es complicado. No tenemos mala relación, pero solo hablamos y reímos cuando a él le apetece. Para ser sincero, desde que usted ha llegado su carácter es diferente.
Su formalismo me choca, probablemente tenga la edad de Zeus por lo que estamos en la misma onda.
—Llámame Ava.
—Mi trabajo no me lo permite.
Otro giro y nos adentramos en la calle del edificio en el que vivía con Jessica. Clavo los ojos en Marc aunque él esté pendiente de la carretera.
—¿El trabajo o tu jefe?
—Ambos.
Empiezo a recoger mis cosas cuando nos acercamos a mi destino y guardo el plano en el bolso. Luego me echo hacia adelante y me agarro al respaldo del sillón del conductor. Marc me mira de reojo, desde ya te digo que si este hombre mira así a las mujeres las tendrá mojando bragas.
—Quiero que me llames Ava, ese es mi nombre. Espero que nos conozcamos más e incluso seamos amigos. Así que ve acostumbrándote...
Mi nuevo chofer, nuevo y primero, me sonríe encantado y estaciona. Apaga el motor y sale del coche dejándome sin respuesta. Segundos después, me abre la puerta y me espera fuera. Salgo y lo miro desde abajo, no sé si yo soy demasiado bajita o es que estos hombres son demasiado altos.
Justo cuando voy a volver a hablar, veo que Maddie pasar por detrás de él y levanto la mano para saludarla. Al hacerlo, Marc se vuelve y hace un gesto de cabeza para saludar cuando ella responde.
—Ve a casa de Jess, voy a enseñaros una cosa.
Madison no dice nada, asiente y se despide. Vuelvo la vista a Marc, pero este está mirando hacia la entrada del callejón por donde ha desaparecido la rubia. Mmm, vaya, vaya. Carraspeo para que me preste atención y cuadra los hombros al mirarme.
—Es muy mona, debajo de ese negro.
—¿Qué? —Disimula él y me río en su cara porque parece haber salido de un trance— ¿De qué te ríes?
—¡Me has tuteado!
Suelto un gritito, emocionada, y él sonríe abiertamente. Como tenemos que irnos, Marc cierra la puerta detrás de mí, se inclina un poco y veo diversión en sus ojos.
—Eso he hecho, Ava. Avísame cuando tenga que recogerte.
Veo como se sube en el coche, arranca y se despide con un movimiento de mano antes de

meterla en el interior. ¿Qué hará en sus ratos libres? ¿Tiene ratos libres? Miro al frente, a pesar de haber perdido al todoterreno y me dirijo al edificio repitiéndome las preguntas varias veces más.
Cuando entro la recepción está vacía, por lo que me dirijo al ascensor, me paso por el piso de Marga y juntas subimos al de Jess.
El olor a cafelito y a dulce recién hecho, obra de Marga, envuelve todo el comedor. Jessica ha puesto la mesa con cuatro tazas de café, cucharas, azúcar, sacarina para Marga y servilletas para los dulces. Toda una reunión de chicas.
Me acomodo en el sofá y le doy un sorbo al café calentito.
—Buenos días, guapas.
Peter hace acto de presencia, vestido con un vaquero azul, un polo negro, chaqueta de cuero y el pelo negro hacia atrás. Solo tiene ojos para Jess, a la que le da un beso en los labios antes de coger una magdalena. Después, como un buen amigo, tras saludar a Maddie y Marga, se fija en mí y me sonríe. No puedo obviar lo que le hizo a Zeus, pero tampoco puedo cambiar mi forma de ser con él después de lo bien que se ha portado conmigo y mi amiga.
—Un pajarito me ha dicho que planeas reformar tu casa —Asiento y dejo la taza en la mesa. Seguramente haya sido Jessica, pero me sorprende con lo que dice luego—. Zeus está verdaderamente emocionado. No deja de hablarme de tu futuro estudio.
No puedo reprimir la sonrisa de enamorada que se me dibuja en los labios.
—Está como loco, en menos de dos días me ha conseguido unos planos. He venido a enseñárselo a las chicas. ¿Quieres verlo?
—Me encantaría, pero tengo que ir al pub y después tenemos que ir al restaurante —Hago un mohín y él se ríe. Pasa por mi lado para marcharse y me acaricia el pelo—. Descuida que en cuanto pueda paso por casa y me lo enseñas. Me tengo que ir, chicas.
Todas lo despedimos y la puerta se cierra. En cuanto Maddie se sienta, comienza la tertulia. No dejamos de hablar ni un solo segundo. Jessica nos cuenta sobre sus prácticas y cuando planean ella y Peter empezar las reformas en el restaurante que quieren abrir juntos. ¿Es una locura? Probablemente. ¿Estamos vivas y tenemos que disfrutar la vida como si fuera el último día? Pues también. Por lo que: ¿Qué importa si ella quiere hacerlo con este hombre con el que parece irle muy bien?
Marga nos habla de su sobrino, el cual tiene planeado venir a visitarla este fin de semana. Al parecer, una vez nos contó a Jessica y a mí, su familia no vive muy cerca de ella, aunque están muy pendiente. A veces su sobrino viene o se la lleva a pasar unos días a su casa. O su hermana viaja con el marido para visitarla. Y, además, nos tiene a nosotros que siempre venimos a verla y la tenemos presente. Como ella dice, está llenita del amor que todos le damos.
Y Maddie está progresando mucho en los estudios y como muestra de ello nos ha regalado una maceta para cada una. A mí una Buganvilla para ponerla en el estudio porque uno de sus significados es la bienvenida y hará sentir bien a los recién llegados. A Jessica, Narcisos porque representan el renacimiento y el comienzo de algo nuevo. Y a Marga, Hortensias, que significan gratitud y abundancia y dice que le viene de perlas porque Marga siempre nos da todo lo que tiene sin pedir nada a cambio.
La miro orgullosa, le he cogido mucho cariño a nuestra peque. Así la llamamos en confianza porque solo tiene veinticuatro añitos y es verdaderamente adorable cuando la conoces. Aunque se las da de rebelde y algo chulita, voy descubriendo que tiene un corazón de oro y mucha guasa. Lo que no sé es porque es así, creo que le ha tenido que pasar algo en casa porque nunca habla de su familia ni tampoco nos ha comentado si tiene hermanos. No sé, no digo que vaya por ahí

abriendo una ficha personal verbalmente, pero ya hace cerca de tres meses que nos conocemos...no sería raro saber algo más de ella.
—En cuanto el estudio esté terminado coloco la flor. Vendrá genial en la entrada.
Maddie niega con una sonrisa en los labios y me quita la planta de las manos. Se levanta y la coloca en el alféizar de la ventana.
—Si quieres que esta flor sea preciosa y crezca en condiciones, tiene que darle al menos ocho horas de luz y regarla una vez a la semana.
Alzo las cejas, tiene más responsabilidades que un perro.
—Bonita, ¿No podías haberme comprado un jersey o un dulcecito mismo? —Suelto una risa por lo que dice Jess—. Mira que voy a tener que echarle más cuenta a esto que a mí misma.
Madison pone los ojos en blanco y Marga menea la cabeza disgustada.
—La juventud no queréis responsabilidades algunas. ¿Qué te supone sacarla a la ventana y echarle agua? —Mira a la peque y suspira— Si voy a ser yo la que se las quede, ya lo verás.
Soltamos una carcajada al unísono, que ni planeándolo nos hubiera salido igual, y continuamos con la cháchara. Puede parecer exageración mía, pero pasa exactamente hora y media desde que llego hasta que consigo enseñarles los planos a las chicas.
De pie, alrededor de la mesa y con las manos sobre el cristal, miramos el plano azul de líneas blancas en el que se supone que está mi piso.
—Yo no estoy entendiendo ni papa, la verdad. Pero si tú dices que va a quedar bonito, será por algo.
Me tengo que reír con Marga, que hace todo lo posible por encontrar la lógica a los planos. Menos mal que Maddie y Jess consiguen ver algo. Las uñas de gel de la rubia con mechas que tenemos por amiga pasean por el papel mientras me comunica qué le parece mejor y qué no. Jess hace tres cuartos de lo mismo y yo, que no sé cómo dejarle claro que va a quedar genial, no veo otra cosa que llevarlas allí.
Nos dirigimos al piso y subo las persianas para tener luz. Lo miro todo a mi alrededor, parece que hace una eternidad que me fui de aquí y no unas semanas. Con los planos en mano, voy mostrándoles la obra y entonces escucho un «ahhhhh», que me hace saber que por fin lo entienden.
—Tía, ya podrías haberlo hecho así antes —refunfuña Maddie al mirar la estancia—. Ahora tiene sentido. Si te pones aquí una bonita estantería de hierro y madera te la decoro con flores ideales para el trabajo. Así voy practicando.
Asiento encantada.
—No espero menos para mi restaurante. —Advierte Jessica toda celosona.
—Oye, ¿Qué es de Amber?
Todas miramos a Madison, no por nada en especial, sino porque es raro que no esté con nosotras. Poco a poco hemos ido creando un grupito de amigas formado por las cuatro en el que añadimos de vez en cuando a nuestra querida Marga. Ya le enseñé a ella los planos, aunque en una foto, porque tenía toda la semana liada con los niños y el curso de fotografía al que está asistiendo. Zeus y yo nos hemos ofrecido mil veces a quedarnos con Samy y Seth, pero nada, no quiere que nos hagamos cargo si no es para algo estrictamente necesario. A sí que subo los hombros y empiezo a enrollar el plano.
—Me dijo que tenía que hacer limpieza, recoger a los niños del cole y después, cuando dejara a cada uno en sus clases extraescolares, ir al curso.
—Esa pobre chica se encarga de demasiadas cosas sola. Necesita un novio que la ayude.
Marga asiente tras decir eso, segura de que es una sabia y yo la miro un poco en desacuerdo.

Para nada necesita un hombre para poder sobre llevarlo todo, pero sí es verdad que le vendría bien conocer a alguno y pasarlo fenomenal un rato mientras encuentra al indicado. Sé que Amber es románica y muy afectuosa, por lo que irse sola a la cama todos los días no debe gustarle.
Y de verdad, chicas del mundo, siento si como mujer os ofendo, pero no creo que a nadie le guste irse sola a la cama todas las noches de su vida. Y, por mucho que succione, no se puede comparar un satisfyer con un buen meneo de verdad.
Sí, soy de esas.
—Podemos crearle un perfil en Tinder o algo. —Se me ilumina la bombilla y Jessica, que me conoce, ríe. Está apoyada en la barra de la encimera cuando coge su móvil.
—Venga, vamos al lío.
Miro como la aplicación se descarga en el móvil de Jess y como se instala. Una vez hecho, ella crea un perfil con el nombre de Amber, pero ocultando el apellido, poniendo la edad y una breve descripción modosita, pero atractiva. Menos mal que Facebook es maravilloso y lo utilizamos para elegir la foto perfecta. Amber es realmente guapa.
Nunca he utilizado esta aplicación y que yo sepa, Jessica tampoco, pero al parecer la florecilla negra del grupo sí que está puesta y nos explica eso de que si le damos *like* a un perfil y es recíproco nace el famoso *Match* y se puede hablar por un chat privado.
Por lo visto se liga mucho.
Me descargo la aplicación para poder seguir el progreso, solo espero que Zeus no la vea porque entonces se arma la marimorena. Por si acaso la silencio, que no quiero malos rollos. Dirás, pues cuéntaselo, pero no quiero que se moleste por esta usurpación a la intimidad de su buena hermana. Él jamás entendería que es por una buena causa.

Capítulo 5

Ava

Sobre la una decidimos irnos a comer. Antes aviso a Zeus para decirle que me voy con las chicas y a Marc para que no le eche cuenta a su jefe, si no a mí y que no nos recoja. El cual me lo gano cuando le digo que necesito tiempo a solas, al parecer es un hombre comprensible.
Paramos en una terraza, donde nos pedimos unas cervezas. Miro mi móvil y contesto a los mensajes de grupo que no contesté esta mañana e invito a Amber y Jayden a unirse. Ah, sí, no pongas esa cara, que está todo solucionado. Hace unos días lo obligué a hablar con aquella morena y explicarle que había sido una farsa, que realmente se lo había inventado todo porque no quería nada con ella. Además, le hice recalcar que estaba con Zeus y después de eso me prometió no hacer nada igual.
Como yo he dicho desde un principio, aquí hay amistad de la buena. Nada más.
—Qué bueno ver tanta guapura junta.
Todas giramos la cabeza hacia la voz y ahí está el pelirrojo con unas gafas de sol, la barba rubia y rojiza recortada, un jersey marrón y un vaquero oscuro. Está guapo, pero cuando deja esos ojos verdes al descubierto, ¿Qué puedo decir?, sí, estoy rodeada de AMIGOS guapos. Nos saluda a todas con un beso en la mejilla y se sienta.
Poco después está bebiendo cerveza con nosotras.
—Oye, tengo que ir a la tienda para elegir los muebles del estudio.
Sé que acaba de llegar, pero conociéndome termino la obra y se me olvida comprarlos. Jayden me mira a los ojos y me transmite esa confianza que me dio desde el primer momento.
—Claro, pero espera a último de mes que vamos a traer nuevo material y sé que te gustará.
Jessica, que le gusta jugar, a pesar de saber que estoy con Zeus y no me fijaría en nadie más, no tiene más gusto que soltar:
—Como le guste tanto como la lámpara se los lleva hasta a cagar.
Ella solita se parte de la risa con su gracia y al rato se une Madison. Mi Margarita se ha quedado en casa, que si no ya le habría soltado un puntazo en la espinilla a la lenguarona.
—¿Y eso? —pregunta Jayden con una media sonrisa y una mirada del carajo.
—Tonterías de ella. ¿Qué tiene de malo que me guste la lámpara? Sus muebles son preciosos, no es raro.
—A Zeus debe gustarle sí o sí. No le queda más remedio, porque la tiene en su mesilla.
Pongo los ojos en blanco, odiando a muerte a mi amiga.
—¿Zeus tiene la lámpara en su mesilla? —Jayden se ríe abiertamente, dejando claro lo raro que le resulta y al mismo tiempo cuanto conoce a Zeus.

—No —responde Jessica mirando la carta para pedir la comida—. La tiene Ava en su mesilla, pero en el apartamento de Zeus.
Toso atragantada con mi saliva. Que zorrona. Miro de reojo a Jayden y veo como me observa unos segundos hasta que vuelve a concentrarse en su bebida y lo que va a pedir.
Pasa media hora cuando el teléfono me suena. Lo saco del bolso y respondo al segundo cuando leo el nombre de mi cirujano favorito en la pantalla.
—Honey —Me cosquillea la nuca con su voz—, hola.
—Hola, ¿Qué tal? ¿Mucho trabajo?
Juego con mi pelo a la espera de su respuesta y no sé porque, pero me siento incómoda al tener a Jayden a mi lado mientras hablo con Zeus. Lo miro de reojo, rezando para que no esté prestando atención, y me alivio al ver que habla con las chicas.
—De hecho, no. Seguramente llegue pronto a casa. ¿Qué quieres que hagamos esta noche? ¿cena en casa? O ¿quieres salir?
Me lo pienso, llevamos semanas algo liados y no tenemos tiempo para nosotros, pero también sé que está cansado y me propone planes sin importarle su descanso. Yo trabajo mucho menos que él, que trabaja prácticamente todo el día, debido a la falta de espacio para mi trabajo y que solo me salen reportajes de exterior y no son demasiados. Aun así, decido optar por algo que sea tranquilo y conveniente para ambos.
—Salgamos a cenar, pero algo tranquilo. ¿Qué te parece en un italiano? Me encanta la pasta.
—Claro, y como posiblemente termine y tú seguirás con tus amigas, ¿te recojo donde estés?
Voy a responder cuando Jessica me hace señas y tengo que pedirle un segundo a Zeus.
—Venga, dime que vas a pedir que viene la camarera.
Miro al fondo y la veo acercarse hacia nosotros con Tablet en mano. Pido un pescado al horno con guarnición de verduras y agua para beber, al mismo tiempo que escucho como Zeus habla con alguien más.
—¿Por dónde íbamos, Zeus? —Pronuncio su nombre sabiendo que me prestará atención.
Gruñe levemente y se me activa algo entre las piernas. Luego respira en el altavoz.
—Te encanta provocarme.
—No sabes cuanto, Zeus.
Sé que por cada vez que digo su nombre voy a ganarme un beso, así que no pierdo nada. Solo gano.
—Sigue así, que te estas ganando un buen premio.
Suelto una risita, que parece ser oída por todos porque me miran unos segundos. Cohibida, decido dejar la conversación para después y seguir con mis amigos.
—Tengo que dejarte. Me están mirando raro. No te olvides de recogerme después, Zeus.
—Joder, nadie lo pronuncia como tú. Voy a tener que buscar un entretenimiento para esa boquita —Se me pone la piel de gallina al oír sus palabras. Estoy deseando algo que ni siquiera sé qué es —. Luego nos vemos, nena.
Y tras colgar me deja con la entrepierna palpitante. Escuchar que me llama nena me enciende tanto como saber que lo hace porque me desea. Solo utiliza ese apelativo cuando lo provoco, cuando necesita tocarme y saciarse.
Guardo el teléfono en el bolso de nuevo y le doy el último trago de cerveza que me queda en el vaso. Jessica me mira y Madison sonríe.
—Ha quedado totalmente claro que se llama Zeus ¿no?
Las chicas sueltan unas risas y yo me muero de vergüenza. Jessica no tiene absolutamente nada de reparo en cuanto a soltar por la boca lo que se le antoja. A Jayden no parece hacerle tanta

gracia. Para hacerle cambiar el gesto, que no sé porque lo tiene así, le doy con mi hombro en el suyo. Este me mira y, tras un repaso que me parece demasiado provocador por parte de un amigo, sonríe y se une a la conversación.
Hemos estado tan a gusto y hemos hablado de tantas cosas que parece que ha pasado una hora desde que nos sentamos y no, cuatro. ¡Sí, sí, cuatro horas! Hemos comido hasta dulces, así que imagínate. Tras recibir un mensaje en el que Zeus me avisa que sale del trabajo y que viene a recogerme, me pongo de pie.
—Tengo que irme, he quedado para cenar.
Todos se levanta a mi vez. Y es Jayden quien habla primero.
—Yo también me voy, tengo papeleo en la tienda.
—Yo había quedado con Peter para ver el restaurante, me va a matar. —Jessica se pone el bolso en el hombro.
—A mí me gustaría repasar un poco que en dos días tengo examen. —Añade Maddie.
Decidido que nos vamos todos, vamos a la barra y pagamos. Tenemos que esperar a que dos personas lo hagan antes, por lo que pasan diez minutos en lo que Zeus ha llegado a la cafetería. Cuando salimos él está esperándome apoyado en el coche y, aunque nos observa a todos desde su posición, sus ojos se clavan de inmediato en Jayden. Tarda solo una milésima de segundo en acercarse a mí y robarme un beso.
—Chicas —Ellas lo saludan y la voz le cambia al dirigirse a nuestro amigo—. Jayden.
—Hola, Zeus. ¿Cómo estás?
Me encanta que Jayden no se deje amilanar por la seriedad que Zeus emana cuando está cerca de él. No sé qué le ha dado por este chico, pero no me hace ni pizca de gracia que lo tare así.
—Bien, deseando llevar a mi novia a cenar.
Tras decir esas palabras me agarra de la cintura y me acerca a él con posesión, haciendo que los demás nos miren algo sorprendidos. Reconozco que me gusta que se ponga celoson, pero no es necesario con Jayden. Sonrío tímidamente para disculparme, no sé por qué, y creo que nos vamos hasta que escucho como Jayden entra al trapo después de una de sus miraditas.
—Te hablo en esta semana y nos vemos. Quiero enseñarte la nueva calidad que puedes disfrutar si eliges bien el material.
Se supone que habla de los muebles, pero estoy segura de que ha elegido bien sus palabras para enfurecer a Zeus. ¿Nueva calidad? ¿Elegir bien el material? Dios, no entiendo esta rivalidad entre hombres. Se hace un silencio en el que escucho como Zeus respira agitado y luego nos dispersamos: por un lado las chicas y Jayden, y por otro Zeus y yo subiendo al todoterreno.
—Hola, Marc. —Intento crear un buen ambiente, pero al pobre no le da lugar de responder que Zeus ya ha subido el cristal que nos separa.
Lo miro con reproche, me da mucha rabia que actúe así, con lo cariñoso y atento que es. Está concentrado en el teléfono, pero no le quito los ojos de encima, a ver si se da cuenta de mi mal estar pero nada, pasa de mí. Y como yo no puedo callarme cuando me enfado, le suelto:
—Ni siquiera has dejado que me responda, ¿Por qué te comportas así?
No me responde, no me mira, solo teclea en el puto móvil. Me muevo en mi asiento para ponerme a su lado, le bajo el teléfono y entonces me mira.
—¿De qué vas? ¿No me escuchas o qué?
Suelta aire por la nariz y su cuello está tenso. Mal asunto, pero me da igual ¿Qué se piensa? ¿que no se me puede hinchar a mí la vena? No le temo a nadie, así qué puede dejarse de rollitos.
—Zeus te estoy hablando, maldita sea.
Se me queda mirando con los labios fruncidos y después me besa con brusquedad, una que antes

nunca había empleado. Me toca con fuerza, pasa sus manos por todo mi cuerpo, besa mi cara, mi cuello, mis clavículas, dejando su marca allá por donde está pasando. Lo noto enfadado, sus caricias son tensas y sus besos duros, por lo que lo aparto de un empujón.
—¡Para! No quiero que me beses así.
—Lo haré como me dé la gana, eres mía.
¿Pero que…? Me cabreo a niveles inalcanzables por cómo me habla, pero me enciende de igual manera su voz autoritaria y el desafío en la mirada.
—¿Y quién dice eso? —Sé que no le hace gracia la pregunta, pero me encanta como me mira de arriba abajo y se acerca a mí lentamente.
—¿Cómo dices? —Apoya los nudillos en el sillón, acorralándome entre su cuerpo y el cuero. No le respondo, solo observo como le sube y baja el pecho, como los ojos se mueven despavoridos por mí y como se pasa la lengua por los labios.
—Sí, eso. ¿Por qué dices que soy tuya?
Cabecea molesto y se separa de mí lo necesario para poder dar dos golpecitos en el cristal y pedirle a Marc media hora más de trayecto. Segundos después, lo tengo encima de nuevo mirándome la boca, los pechos, los ojos, el cuello…y sé que va a encontrar una forma muy interesante de responder mi pregunta.

Capítulo 6

Zeus

Le pongo una mano en la mejilla y presiono mi boca contra la suya, la deseo tanto que no puedo enfadarme con esta mujer. Le acaricio el costado y voy levantando poco a poco su ropa deseoso de tenerla desnuda y sobre mí.
Me enfurece que haya estado con Jayden después de que él haya intentado acostarse con ella, no quiero que la merodee, sé cuáles son sus intenciones, realmente serían las de cualquier tipo que tuviera dos dedos de frente y a Ava delante. Ha estado con ella el tiempo que estuvimos separados, a saber cuántas veces la ha besado o.…joder...o tocado.
Mis pensamientos me hacen cabrearme mucho más y me deshago de su camiseta y sujetador. Tiene los pezones duros. Está caliente, maldita sea, está hecha para mí. Dejo de besarla en la boca para darle atención a sus pechos, que parecen llamarme a gritos desde que los he descubierto. Ava se retuerce debajo de mi cuerpo, buscando el roce entre su clítoris y mi erección, y bueno, se la doy.
Realmente, le doy lo que quiera.
Noto en la punta de mi lengua la piel rugosa de sus pezones arder, como todo su cuerpo, y me tiembla todo. Me levanto un poco para desabrocharle el botón de sus pantalones y ella hace lo mismo con el mío. Me encanta que tenga tantas ganas de mí.
Aun así, no puedo dejar a un lado que ha quedado con Jayden para ver unos muebles de los que a mí no me ha contado nada, igual que tampoco me ha dicho nada todavía sobre el asunto de su madre biológica.
Gruño de frustración y por un momento parece que se da cuenta, pero antes de que me diga nada la entretengo besándola. Rozo la piel sobre sus costillas con las yemas de mis dedos y noto cómo reacciona el vello de su cuerpo. Pasea sus uñas por mi espalda cuando se deshace de mi camiseta.
Me separo para desnudarla al completo y la observo desde arriba. Es gloriosa. Tenerla en el coche desnuda y sus piernas parcialmente abiertas mostrándome sus labios y cavidad, me pone mucho más duro. Tanto que parece doler. Me agacho lo suficiente para estar cerca de su estómago y le paso la legua hasta llegar a su escote.
Ella gime y me enciendo más.
La toco por todas partes porque puedo, solo yo puedo. He besado cada centímetro de este precioso cuerpo y nadie más puede ni lo hará jamás. Ella me pertenece a mí, al igual que yo a ella.
Voy bajando la lengua hasta llegar al ombligo y lo redondeo, despacio, suave, después continúo

descendiendo y me paro en su monte de Venus, muy cerquita del clítoris. Alzo la vista y la veo por encima de sus pechos, que suben y bajan agitados por la respiración. Me mira con los ojos oscuros, augurando la tormenta que se avecina en cuanto entre en ella y la folle como sé que le gusta. La voy a follar como solo yo hago, como solo yo lo voy a hacer. Nadie más, solo yo y ella. Antes quiero hacerla perder la razón, quiero que me suplique que la haga mía, que diga mi nombre y me reclame lo que quiero darle. Que reclame lo que es suyo, mi cuerpo y mi alma.
Bajo la boca sin dejar de mirarla a los ojos y cuando la abro para abarcar su sexo pierdo el control. Saboreo lo que ahora se ha vuelto mi sabor favorito, succiono su zona hinchada, la mordisqueo y le doy golpecitos con la punta de mi lengua, sintiendo como su líquido cae en mis papilas gustativas.
Rodeo su cavidad con la lengua, voy de arriba hacia abajo y termino presionando el clítoris hinchado para luego hundirme varias veces dentro de ella hasta dar con la barbilla casi en el final de sus nalgas. Ahoga un grito y me separo, ganándome una mirada asesina.
—No reprimas tus gritos, nena. Sabes que no me gusta.
Ava me agarra del pelo y me empuja la cabeza para que continue con lo que le hacía, pero no pienso hacerlo hasta que grite. Le doy un mordisco a su abultada carne caliente y ella gime.
—Grita.
Me sostiene la mirada…hay que ver lo cabezota que es incluso en esta situación. Llevo dos dedos a ella y la penetro. Vuelve a gemir, pero se está conteniendo.
—Cielo, quiero que grites —Estoy muy excitado, casi no puedo respirar por tenerla mojada y abierta ante mis ojos—. Grita el nombre del único hombre que te da placer. Del único hombre que puede tocarte.
La vuelvo a penetrar, repetidas veces y más rápido. Para aumentar la tensión en su cuerpo muevo la lengua sobre su clítoris dándole más placer y sus gemidos empiezan a subir de nivel. Pero sabe que me gusta más alto y aun espero que diga mi nombre, por lo que al no escucharla me detengo, aun sintiendo que voy a explotar y que ella también.
—¿¡Te quedas conmigo!? —exclama frustrada, pero más alto.
—Di mi nombre, Ava. Quiero follarte, quiero metértela hasta el fondo, pero no pienso hacerlo hasta que grites a los cuatro vientos que solo soy yo.
Mis palabras la encienten todavía más, lo sé por como su vagina segrega ese manjar que tanto me gusta y no puedo contenerme a pasar la lengua por ahí para bebérmelo. Entonces la escucho:
—Zeus, por favor, no te detengas. Solo eres tú.
La miro, disfrutando del tinte de súplica en su voz. Me desabrocho los pantalones y me deshago de ellos. Ava se sienta y empieza a tocarme, sintiendo un increíble placer cuando tan solo deja los dedos sobre mi exagerada dureza. La maldita me mira a los ojos y saca la lengua, moviéndose rápidamente hasta mi punta. Me encanta.
Sin querer esperar más, la cojo de las caderas y la siento sobre mí, pero no la penetro, si no la rozo. Me excito con su humedad y me aprovecho del balanceo de sus pechos para que me den en la boca. Me encanta como somos en la cama, sin tapujos, sin vergüenzas, hacemos lo que deseamos y lo que nos pide el momento.
—No sé porque te pones celoso, no lo entiendo. —Su voz se entrecorta por el placer.
¿Qué no lo entiende?
—Porque sé que le gustas, va a por ti. Esta...está esperando el momento perfecto para tenerte.
Ella se mueve cada vez más rápido y se detiene cuando los músculos se le engarrotan. No quiere correrse, quiere prolongar el momento. Esa es mi chica. Me agarra del pelo y tira de él para que la mire a los ojos, veo en ellos lujuria y rabia. Me pone loco que me folle enfadada, saca toda su

ira en cada bamboleo y me posee como en mi vida lo han hecho.
—No lo entiendes.
—¿El qué? —Le pregunto estirando sus pezones y sintiendo mi carne ir de adelante hacia atrás entre sus labios húmedos.
—No puedo ser de nadie más —Separa su entrepierna de la mía y deja las manos en mis hombros—. Desde el primer beso, la primera mirada... —Se gira y me da la espalda, luego se inclina sobre el cristal separador y me da una vista extremadamente erótica de su suave espalda y su culo— nadie puede borrar tus dedos de mi piel, ni tu nombre de mi boca... —Achino los ojos y me muerdo el labio cuando empieza a metérsela poco a poco. Gime fuerte y levanto las caderas para terminar de hundirme en ella—. Zeus, no puede ser nadie más que tú. Soy tuya. A pesar de todo, de cualquier cosa, eres tú.
La creo, joder, claro que la creo. Me lo demuestra cada día, a cada momento. Sé que siente por mí cosas muy fuertes igual que las siento yo por ella, pero a veces no puedo controlarme y me pongo celoso. Ella quiere hacer tanto, conocer tanto y yo tengo tantos problemas, que me aterra su abandono. Me aterra que algún día pueda decirme adiós porque se canse de mis mierdas.
—Eres mía, nena.
—Sí, claro que... ¡Sí!
—Así, amor, grítame así. Me vuelves jodidamente loco. Eres tan sexy, que puedo correrme solo con mirarte.
—¿Te gusta lo que te hago? —pregunta separado sus nalgas de mis piernas y bajando de nuevo.
—Soy adicto a lo que me haces.
No dejo de mirar como sus caderas suben y bajan, sacándosela casi al completo para después bajar con fuerza. Tenerla de esta postura me gusta, me gusta mucho, lo siento demasiado. La agarro y clavo los dedos en su piel para moverla y follármela como nos gusta. Cada vez que llego al fondo, gime mi nombre y echa la cabeza hacia atrás, llegándole el pelo negro a las nalgas.
Dios, me voy a correr.
Acelero mis embestidas, le toco el clítoris moviendo mis dedos en círculos, notando como las paredes de su caliente y húmeda vagina se contraen y me atrapan para que no vuelva a salir. Escucho el choque de nuestros cuerpos cuando nos rozamos…estoy a punto.
—Me voy a correr —Me muerdo el labio—. Voy a vaciarme dentro de ti, mi amor.
—Hazlo, Zeus. Quiero que me llenes. No te quedes ni una gota.
Joder, joder. Lo que me pone esta mujer. La embisto varias veces más y, cuando ella empieza a vibrar y a gimotear agarrándose a mis muslos con fuerza, me dejo ir en una brutal embestida llenándola de mí. Siento su cuerpo vibrar, arder y succionarme cuando sé que ha llegado al clímax.
Nos quedamos unos minutos así, yo le acaricio la espalda y ella me mira por encima del hombro con una sonrisa bastante satisfactoria.
—¿Qué manera es esta de discutir?
Suelto una carcajada y la ayudo a levantarse pasa salir de ella y ponerla de frente. Se limpia con un clínex y me pasa otro a mí para que lo haga también.
—Creo que es la mejor forma de discutir que he conocido en mi vida.
Ella asiente y me da un beso en los labios antes de empezar a vestirse. La contemplo embelesado, sintiéndome muy afortunado de haberla conocido. Desde que Ava está en mi vida, veo todo diferente, estoy menos enfadado, sonrío más, busco alternativas a los problemas que antes veía sin solución y deseo cada día volver a casa solo para estar con ella. Desde que está

Ava, quiero un futuro, algo que nunca he querido con nadie.
—Vamos, deja de mirarme y vístete. Me debes una cena por gruñón. —Suelto una carcajada mientras cojo el pantalón y los calzoncillos cuando me los da.
Veinte minutos después, estamos sentados uno frente al otro en un restaurante italiano. La cara de Ava se ilumina con una pequeña lámpara que hay sobre la mesa de cristal, ovalada y dentro tiene una vela.
—Eres preciosa —le acaricio la cara con cuidado, como si fuese a romperse o lastimarse.
Cierra los ojos y disfruta mi caricia unos instantes hasta que vuelve a abrirlos.
—¿Cómo te ha ido el día en el trabajo?
¿Es raro si me gusta que me pregunte por mi día? Suelto un leve suspiro, ¿Cómo le cuento que Cristal ha vuelto a amenazarme con contar en la prensa algo sobre mi novia que ni yo mismo sé? No quiero agobiarla, pero estoy ansioso por exigirle que me lo cuente.
—Agobiante. En mis ratos libres he estado buscando una solución a nuestro problema.
Le miento, pero a medias, y a ella parece servirle, aunque veo cómo la apaga pensar en lo que tenemos encima.
—¿Cuándo nos dejará en paz?
—Pronto, estoy intentado por todos los medios no tener que casarme con ella.
—No sabes cuanto odio que digas eso. Solo pensar que puede pasar en cualquier momento...
Yo también lo odio, sobre todo hacerle daño. Estoy buscando las palabras idóneas para hacerla sentir mejor y tranquilizarla, cuando el camarero se acerca y nos pregunta por la comida y la bebida. Ava pide un refresco de naranja, yo una copa de vino. De comida ella decide probar la lasaña y yo opto por unos raviolis a la carbonara. Aprovecho la interrupción del camarero para cambiar de tema.
—Parece que vas a elegir tu sola la decoración del estudio.
Ava me mira recelosa y a la vez culpable. Para nada he querido volver al ataque y pienso explicarme, pero se me adelanta.
—No es eso. Simplemente quería ahorrarte quebraderos de cabeza. Tienes mil cosas, trabajo, lo de Cristal...
—Da igual qué pueda tener, tú estás antes que cualquier cosa.
Pone los ojos en blanco y suelta una risa encantadora.
—Lo sé, solo quería facilitar las cosas. Si estás más cómodo, no quedaré a solas con Jayden.
Sé que no quiere acceder a tal cosa porque es una mujer independiente, pero lo hace por mí, por mi bienestar y comodidad y eso me es suficiente para dejar de hacer el gilipollas. Nunca alguien había demostrado tanto respeto e interés en mí como ella y no se merece mis celos.
Uno mis manos y me inclino sobre la mesa para hablarle.
—No, no hace falta. Siento mi comportamiento, confío en ti. Más que en nadie. Soy un...
—¿Celoso, tontorrón, gruñón? —Me encanta cuando hace eso, como cuando nos encontramos por primera vez en el baño del aeropuerto.
Me levanto de la silla, me acerco a ella y me pongo de cuclillas para tenerla cerca. Le cojo las manos, le beso los nudillos y la miro a los ojos. Esos que me encadenan a ella cada vez que se posan en mí y me levanto para besarla con todo mi amor. Cuando la saboreo y acaricio sus labios con la lengua le susurro:
—Sí, soy todo eso, pero no me importa nada.

Capítulo 7

Zeus

—Que sí, mamá, que intentaré ir lo antes posible, pero entiende que no puedo coger un vuelo cada dos por tres —Ava pone los ojos en blanco cuando me mira y yo sonrío por lo bajo antes de volver a revisar el trabajo de los obreros—. En unas semanas vienen Hugo y Lucas, podíais haber venido con ellos pero no habéis querido coger las vacaciones. Así que ahora tenemos que esperar a navidades que es cuando tengo intenciones de ir.
¿Quiere ir en navidad a España? No me había comentado nada. Supongo que porque todavía quedan siete meses. Me acerco al jefe de la cuadrilla y miro como da órdenes y pide empezar a trabajar en la parte de la cocina. La verdad es que para hacer una semana que empezamos las obras esto va viento en popa. Llevo el control desde que Ava me dijo que trabajaba demasiado, y por ello he intentado acompañarla a cada visita al apartamento para estar con ella presente en algo tan importante.
—El trabajo me va bien, poco a poco voy atrayendo a nuevos clientes. Además, Zeus me está ayudando con la obra que le hago al piso de mi tía.
En cuanto escucho mi nombre, la miro sorprendido. Esta vez no la beso, prefiero esperar a que termine de hablar con su madre, o con una de ellas, pero me la quedo mirando fijamente. Que hable de mí con tanta naturalidad me gusta, sus padres saben quién soy, qué soy para ella, y eso me encanta. Sé que es pronto, pero no me importaría ir a Madrid, a su casa, y conocer a toda su familia. Saber del entorno que la rodea, donde ha crecido, cómo se ha criado...Lo sé, lo sé, pensabas que era más serio y menos ñoño, pero con Ava no me queda de otra. Este es el Zeus que soy cuando estoy con ella.
Y para qué mentirte, prefiero este nuevo yo.
—Creo que esta semana terminamos las obras y ya podéis pintar.
Miro al jefe, Rubens, de unos cincuenta y pico de años vestido con un pantalón y una camiseta de trabajo. Empieza a señalarme los puntos que ya han arreglado y lo que falta por terminar, y si todo sale bien, efectivamente estará acabado a final de mes.
Escucho lo que habla Ava, más de lo mismo: que si no han querido venir a verla, que si el trabajo va muy bien, que si echa de menos a todo el mundo, que si Marga es una mujer maravillosa, habla de sus amigos aquí...Está feliz, aunque de vez en cuando le tira pullitas a su madre, está feliz y eso me hace sentir bien.
—Pero bueno…esto está dando un cambio radical.
Me giro a la puerta y veo como Ava hace lo mismo con el teléfono en la oreja, mira a Peter y le sonríe cuando este le acaricia la corinilla. Yo sonrío cuando me pasa un brazo por los hombros.

No sé porque, pero me fijo en que somos igual de altos (aunque ya me había fijado mucho antes, claro), casi metro noventa, centímetro arriba, centímetro abajo, y sé que a este cenutrio le gusta tanto como a mí que nuestras novias sean mucho más bajas que nosotros.
—Sí, la cuadrilla que me ha enviado el arquitecto es increíble. Merece la pena el dinero que hemos pagado.
—Voy a tener que mandarlos al restaurante, no veas el equipito que me ha tocado a mí. Estoy constantemente llamándoles la atención y eso afecta a mi gatita, que se pone triste cuando llego cabreado.
Levanto las cejas al escuchar cómo se refiere a Jessica.
—¿Gatita? —pregunto riéndome.
—¿Qué? Esa mujer es una felina en la cama y fuera de ella, chaval. Gatita se queda corto con mi chica.
Asiento en silencio, centrándome en el trabajo que se está realizando frente a mí y pienso en Peter y yo. Las noches de fiestas, diferentes mujeres cada una, alcohol, horas sin dormir...Lo echo de menos y por una parte me da rabia que se acabasen cuando empecé con Cristal. Cuando nuestra relación empezó, todo se fue al garete, yo solo la veía a ella, me volqué en nuestro bien estar y mira cómo me lo pagó...
«O no, Zeus, cambia de pensamientos».
—Por fin, pensaba que mi madre no me dejaría nunca.
Miro a la mujer que me roba el alma cuando se coloca a mi lado y sus palabras me dan una punzadita. ¿Qué madre? «¿Cuál de las dos, cielo?» Quiero preguntarle, pero mejor tengamos la fiesta en paz. Me rasco el cuello intentando aclarar mi mente y eliminar todo pensamiento negativo cuando recuerdo algo. Por ello, me acerco y la beso rápidamente, es un roce leve, pero suficiente para mí. Sabe perfectamente a qué se debe y por eso ni siquiera me pregunta el motivo, simplemente sonríe y continúa hablando con mi amigo.
—Jessica y yo tenemos pensado dar una fiesta de inauguración cuando el restaurante esté terminado. Algo tranquilo y privado, amigos y familia, poco más.
—Ojalá los padres de Jessica pudieran venir, siempre están de viaje.
—¿De viaje? —Peter se coge las manos y mira a Ava con atención mientras ella gesticula al hablar.
—De negocios claro. Tienen una empresa de asesoramiento financiero y antes tenían una oficina en Madrid, pero como tienen clientes en casi toda España y oficinas acá y allá, se la pasan la mayor parte del tiempo viajando con la excusa de supervisar el negocio.
Peter asiente y yo no comento nada, pero pienso que debe ser un agobio tener que estar fuera de casa constantemente y perderte tantos momentos de tu familia. Si yo tuviera un hijo o una hija, mejor una hija que fuera como Ava, blanquita, con el pelo oscuro y su carácter, sería magnífico y no me perdería nada.
Espera, ¿Estoy pensando en hijos? ¿Pero qué coño me pasa?
—Zeus, ¿Te encuentras bien? —La miro a los ojos y luego la mano que tiene sobre mi brazo descubierto.
—¿Eh?
—Estás pálido, ¿Quieres una silla?
Joder, estos dos se han asustado, ¿Tan blanco me he puesto? Miro a Ava que está observándome con la preocupación en los ojos y me acerco a ella para besarla en la frente.
—Estoy perfectamente, no sé a qué os referís.
Peter me mira también, como si me faltara un tornillo, pero simplemente suelta una carcajada y

coge el teléfono que le suena en el bolsillo.
—Preciosa, ya voy a por ti —Nos mira a Ava y a mí y levanta la mano para despedirse—. A ver si salís una noche, par de abuelos.
Ambos observamos como sale del apartamento y luego agacho la cabeza para ver la cara de Ava. La tiene arrugada.
—¿Acaba de decirnos abuelos?
—Eso parece.
—Pero si no hace ni dos semanas que salimos de fiesta con ellos.
Asiento y sonrío, luego cojo sus cosas y la llevo a la puerta para salir.
—Tenemos que irnos, si ocurre algo llámame Rubens —A mitad del pasillo estrujo a Ava en mi costado—. Peter ha trabajado en un bar de copas desde que tiene veinte años, lo que viene siendo quince años en ese mundo, para él se sale todos los días. No te preocupes, que no pareces para nada una abuela.
—¿Nunca se ha dedicado a otra cosa? —Niego con la cabeza y entramos en el ascensor— ¿Por qué?
—Supongo que porque es lo que ha visto desde pequeño. Su padre es el dueño de muchos locales famosos en la ciudad. Desde que lo conozco ha querido dedicarse a lo mismo.
Estoy a punto de escuchar la siguiente pregunta que tiene Ava para mí, pero el tono de llamada en mi teléfono nos interrumpe cuando llegamos a la puerta del edificio.
—Adiós, chicos.
Nos despedimos de Madison y yo ya tengo el teléfono en la oreja y un cabreo de mil demonios. Para que la persona que está al otro lado de la línea escuche algo que sé que no quiere escuchar, digo alto y claro palmeándole el trasero a Ava:
—Cariño, sube al coche, tengo que responder una llamada inoportuna.
—Vale, no tardes —Meto la mano que tengo libre en el bolsillo del pantalón mientras observo como menea las caderas al andar.
Sensacional, como toda ella.
—¿Qué coño quieres, Cristal?
—Que vuelvas conmigo.
Me rio en voz alta.
—Prueba de nuevo.
Ella suelta varias palabrotas y respira en el altavoz.
—No me toques las narices que mando a la mierda la vida de tu putita.
Cierro los ojos, envenenado, y agarro el móvil con fuerza.
—Cristal, ¿De verdad quieres jugar? ¿No sabes como soy por las malas?
—Claro que lo sé, te conozco muy bien. Pero me trae sin cuidado, con dinero todo se puede y de eso no me falta. Te lo voy a decir una vez más: Ava está en la cuerda floja, en el momento que me sienta más aburrida de la cuenta, lo voy a soltar todo.
—No me jodas, Cristal. Déjala a ella al margen de todo esto. No te ha hecho nada.
Odio la súplica en mi voz, pero tratándose de Ava hago cualquier cosa. Como si tengo que arrodillarme ante Cristal para que la deje en paz.
—¿Nada? Me ha robado mi pareja, mi vida, mi futuro... ¿De verdad dices eso?
—Eso lo has perdido tu sola tirándome a mi mejor amigo, joder. Te faltó el tiempo de estar sola en casa para hacerlo.
—No vayas por ahí que no te consiento....
—No tengo nada que hablar contigo. No voy a permitir que hundas a Ava, cueste lo que cueste.

Cuelgo la llamada y me acerco al coche. Intento controlar la respiración, tranquilizarme para no pagarlo con Ava y cuando me siento mejor me subo al coche y le pido a Marc que nos lleve a comer.

Es viernes y Ava me explica que ha quedado con el maldito Jayden (así lo llamo yo no ella) para ver los muebles y asiento mientras veo como se viste. Aunque intento controlarme, aunque le prometí que no pasaba nada, sí que pasa. En mi interior pasa de todo cuando la veo enfundarse en unos vaqueros y recogerse el pelo en una cola. Está preciosa y Jayden lo va a disfrutar a solas. Pero que se joda, que al que tiene desnudo y dispuesto en su cama es a mí, no a él.
Cuando se ha colado un jersey fino, de entretiempo lo llama ella, se acerca a la cama y me da un beso. La agarro de la cintura y la hago arrodillarse sobre el colchón para profundizar el beso. Adoro cuando gime en mi boca.
—Deja, que al final no llego.
—Tampoco pasaría nada. —Susurro en su oído, que sé que la vuelve loca.
—Sssí, sí que pasa. Van a empezar a pintar y todavía no tenemos los muebles.
Suelto un gruñido y dejo que se escape de mis manos. Me levanto de la cama y no me preocupo en taparme al pasar por delante de ella, quien no aparta sus ojos de mi entrepierna. Le doy un tortazo en las nalgas y ahoga un gritito.
—Deja de mirarme tan descarada que te meto en la cama de nuevo.
Se ríe y me lanza un beso desde lejos antes de salir de nuestra habitación. Bufo, realmente no es nuestra, es mía y en ella dormía antes Cristal. De verdad que Ava es una santa, ni siquiera ha sacado a relucir el tema, yo en su posición habría cambiado todo.
Se me ocurre una idea y cojo el teléfono. Después de unas llamadas, me meto en la ducha. Esta noche tengo que trabajar, no me hace nada de gracia dejar sola a Ava toda la noche, pero me consuelo con la alarma que tengo instalada y saber que si necesitase algo acudiría a mí. Cuando lo tengo todo preparado y estoy listo para irme al hospital, cojo el teléfono.

Me voy al trabajo, por favor, llámame si pasa algo.
Todavía no me he ido y ya tengo ganas de llagar por la mañana y meterme en la cama contigo.

Que no tarde ni un minuto en responderme me hace sonreír. Leo su mensaje mientras voy hacia el ascensor y entro.

Me faltarás en la cama, me gusta tu cuerpo pegado al mío.
Espero que tengas una buena noche, nos vemos por la mañana, cielo. ��

Vaya eso es nuevo, cielo, siempre me llama Zeus o Z, pero eso último solo cuando quiere cabrearme o cuando lo está ella. Aun sonriendo, guardo el teléfono en el bolsillo del pantalón y me subo en el coche. Marc sale a la carretera y miro por la ventana mientras me dirijo al trabajo. Suspiro al volver a pensar en Ava, esta mujer está haciéndose con cada parte de mí.

Capítulo 8

Ava

Las chicas se ríen mientras Samy y Seth corretean por el pequeño salón del piso de Jessica. Nos hemos reunido porque van a traer los muebles del estudio y los chicos están trabajando, así que han venido para ayudarme a pesar de que la empresa tiene un equipo que los va a subir y montar. Escucho varios tintineos en los teléfonos y siento como el mío vibra, lo que llama la atención de Amber, que nos mira descolocada y asombrada.
—Joder, que solicitadas estáis hijas de mi vida.
Soltamos unas risas al escucharla, pero creo que más que por la gracia en su forma de decirlo es porque sabemos que el teléfono nos suena a la vez porque tenemos varios *likes* en el perfil de Tinder que le hemos creado a escondidas. Hemos estado desde ese día revisando perfiles y haciendo elecciones conjuntas sobre qué hombres vemos apto y cuáles no.
Una tarde nos pasamos más de dos horas con cerveza en mano y diciendo entre risas: «Este está cañón, este es muy sieso, este está demasiado inflado, este es demasiado suelto. Uffffff, este tiene un meneo. Y este dos, chica». Nos reímos tanto que casi me sigue doliendo la barriga.
—Sí, bueno, ya sabes cómo es tu hermano. Quiere saber si estoy bien a cada momento.
—Ya veo, ya, es muy intensito el pobre. ¿Y vosotras qué? ¿Desde cuándo te suena a ti tanto el móvil peque?
—¿Dejareis de llamarme algún día así? —resopla Maddie poniendo los ojos en blanco.
—¡No! —decimos todas al unísono muertas de la risa.
Aprovechando que los niños se acercan a su madre, bicheo la aplicación y se me cabe la mandíbula al ver al tal Malcolm que nos ha hecho un *Match*. Hablo por el grupo que tenemos sin Amber y espero que cotilleen.
Maddie: No me digáis que no está para comérselo con esas gafitas de intelectual.
Jess: Ay, lo que me ha entrado al ver una de las fotos en la que sale con la tableta de chocolate al aire.
Madison y yo alzamos la vista para mirarnos y nos confirmamos en silencio que esa foto no ha llegado a nuestra vista. A la misma vez, bajamos la cabeza y me pongo a buscar la imagen.
¡Madre del amor hermoso! ¿Es posible este cuerpo? Haber, no me malinterpretes que el de mi cirujano es espléndido y estoy segura de que Jess piensa lo mismo del de Peter, pero hija mía, tu es que no has visto la dichosa foto.
Una playa de fondo, el sol dándole de lleno, el pelo rubio brillándole a pesar de estar peinado como un militar, sin gafas y un bronceado que quita el hipo. Sin pensarlo dos veces, me voy a la información personal del tipo. Se llama Malcolm, no vive muy lejos, es profe en un colegio, no

tiene hijos, ni animales, vive solo y tiene cuarenta años. Mayor para mi gusto, perfecto para Amber que tiene treinta y siete.
Jess: ¿Abrimos chat?
Maddie: ¡Si, si, si!
Respondo enseguida:
Venga, a ver que tal es. Nos llevamos un par de semanas hablando con él y quedamos.
Jess: Perfecto.
Maddie: Espero que no se enfade con nosotras cuando se entere.
Jess: Probablemente lo haga, pero cuando le echen un polvazo se le quitan las cuatro tonteras.
Se me escapa una carcajada y las tres me miran. «Ha sido sin querer», les digo con la mirada a mis cómplices. Amber niega con la cabeza, pero sonríe también. Es más buena…se merece encontrar a alguien que le de cariño, pero el cariño que solo te da la pareja.

⚡⚡⚡

Sobre las seis, Jessica saca una botella de vino y nos sirve una copita a cada una. Hoy hemos decidido que es noche de chicas, aunque tengamos que irnos pronto porque tenemos que trabajar al día siguiente y los niños ir al cole.
—¿Cómo llevas el tema de William?
Pienso en mi abuelo, el padre de mi madre biológica, y siento un escalofrío. Desde que sé que está vivo y que vive en Brooklyn no he dejado de pensar en la posibilidad de conocerlo. Quizá él no sea como mi madre y quiera formar parte de mi vida, pero si no fuera así me dolería un poquito.
—No muy bien, todavía no se lo he contado a Zeus.
Jessica deja un plato con aceitunas sobre la encimera y me mira boquiabierta.
—¿Lo dices en serio? Ava eso no está bien, no después de darle un ultimátum para que se sincerase contigo. Ahora estáis juntos, te apoya en todo y estoy convencida de que lo hará igual en cuanto se lo cuentes.
Resoplo, me agobia mucho el tema. Quiero ser sincera, pero me aterra que sepa que soy una niña abandonada, que mi madre no me quiso cuando tenía solo dos años. ¿Y si eso le hace pensar que tenga algo que la aterrorizó? ¿Y si cree de repente que es mejor estar sin mí? ¿Y si cree que lo llevo en los genes y no quiere tener hijos conmigo en unos años?
Argg, empiezo a desequilibrarme.
—Ava, tontina, tienes que confiar en él. Va a ayudarte, lo va a hacer hasta que seas feliz y lo sabes.
Lo sé, claro que lo sé. Y sonrío por ello, pero aun así no puedo.
—No sé, no sé. No quiero que se asuste o que piense que si mi madre me abandonó fue por una buena razón y lo mejor sería que él lo hiciera también.
Jessica me da un empujón en el hombro y después me abraza con fuerza.
—Ni se te ocurra volver a pensar que tu madre fue sensata al hacer lo que hizo. Tú vales oro, mi niña, es solo que tu madre no sabe apreciarlo.
Me empiezan a picar los ojos y no quiero estropear la tarde/noche de chicas por lo que le devuelvo el abrazo durante unos segundos y luego dejo que se separe de mí para mirarme con ternura.
—Te quiero muchísimo, Avuchi, eso jamás va a cambiar. Y dentro de unos días tendremos a Hugo y Lucas y estaremos completos.

Asiento sonriente, estoy deseando tener a mis hombretones aquí para que nos mimen. Que Zeus y Peter lo hacen la mar de bien, pero como unos amigos del alma nada.
A pesar de que sus palabras me tranquilizan un poco, el temor sobre contárselo a Zeus me atenaza y por eso agarro a Jess del brazo antes de salir al salón. Ella me mira con sus ojazos claros e intento sonreír.
—No se lo cuentes a Peter, por favor. No quiero que preocupado se lo comente a Zeus y se enfade el doble por ser el último a quien se lo he dicho.
—Tranquila, ese grandullón no se va a enterar de nada.
Tras eso, sale por la puerta y yo la veo poner los platos en la mesa. Pienso en si ya sabe lo que hizo Peter con Cristal, y si es así, en como habrá sido su reacción. Quiero hablarlo con ella, saber cómo se siente y qué piensa, pero no quiero decirle nada por si Peter aun no lo ha hecho.
Suelto el aire de mis pulmones, que dilema tenemos siempre. Cuando no es una cosa es otra.
—Oye, ¿No has conocido a ningún hombrecito? —La voz de Maddie llama la atención de todas, especialmente la de la aludida.
—No, estoy muy ocupada con el curso de fotografía y los niños. Además, no me apetece.
—¿Cuánto hace que no echas un polvazo? Virgen santa, si Peter llega a casa y no me da de lo mío ya estoy de un humor de perros.
Todas soltamos una carcajada y bebemos de nuestras copas. Amo estas reuniones, no hay un tema de conversación que no se termine con la vida sexual de cada una. Al menos esta vez estamos en casa, otras veces lo hablamos sin pelos en la lengua en cualquier bar e imagínate nuestras caras cuando nos tenemos que levantar e irnos. Me meo de la risa.
—Pues... —Amber se da con el dedo en el labio inferior, pensando, luego abre los ojos y ríe— pues exactamente hace dos...
—¿Dos meses? Buenos es pasable entendiendo que eres madres y tienes respon...
—Dos años, Jessica. Años.
La nombrada, Madison y yo la miramos sin poder creerlo. Dos años es demasiado, quiero decir, dos años es demasiado. No puedo decir nada más. Uffffff, dos años. Intento animarla al ver que nuestra sorpresa le crea un bajón.
—No es para tanto, habrá gente que lleve más.
—Sí, claro, Amber. Yo una vez... —Miro a Jessica, a ver que trochería va a soltar, y se rasca la nuca— estuve bastante tiempo sin sexo...fite[1], tanto que ni me acuerdo ya.
—Si te sirve de algo, yo no lo hago demasiado. —Suelta Madison, echándose el pelo detrás de la oreja.
—¿Qué no? —pregunto yo sin creerlo porque a ver, tiene veinticuatro años, tiene edad de hartarse y divertirse de lo lindo. Pero oye, que no la juzgo.
—Madre mía, pero es que en esta ciudad os gusta pasar necesidades íntimas o que.
—No es eso, a mí por ejemplo me cuesta ligar con mi forma de vestir y mi apariencia.
—Pero si eres preciosa, ¿Qué estás diciendo? —Le doy una caricia en la mano y ella me sonríe.
—Pues quien te busque tienes que gustarle tal cual eres, no cambies por nadie peque que vales un montonazo. —Zampa Jessica, que es una mimosona.
Sin venir a cuento, nos damos un achuchón de grupo. Porque sí, porque nos queremos mucho y nos estamos cogiendo un cariño enorme con el tiempo. Poco a poco nos hemos ido apiñando y ya somos un grupito de amigas increíbles, quedamos siempre que tenemos tiempo y si alguna tiene que hacer algo y nos podemos unir ¡Lo aprovechamos! Como la semana pasada, que nos fuimos todas al centro a comprarle a los niños ropa para el cole.
Sobre las once de la noche, nos despedimos en la salida del callejón y esperando a que llegue

Marc, veo a Amber subirse al coche y a Madison ir a la izquierda así que la detengo de una voz.
—¡Ven, que te llevamos!
Me acerco a ella en varios pasos, ni loca dejo que se vaya andando tan tarde, y camina hacia mí también.
—No hace falta, Ava, si veo que estoy muy sola en la calle pillo un taxi.
La hago andar hasta la acera para continuar hablando. No quiero que se vaya sola, viva donde viva. Que no sé dónde es, la verdad.
—Voy a llevarte, Marc tiene que estar al caer. Solo tienes que esperar cinco minutos.
Se muerde el labio y el piercing se le mueve con el mordisco. Observo todos los pendientes que tiene en la cara, y debo decir que aun así es muy guapa. Tiene los ojos almendrados y un tono verdoso que le queda muy bien con su color de pelo, que estoy segura no es el de esas mechas, pero aun así también le quedan genial. Hacen un contraste y una mezcla muy bonita con su tono natural, se esconden entre los mechones ondulados que le caen por los hombros. ¿He hablado ya de sus pequitas? Son muy cuquis.
—Buenas noches.
Me giro para mirar hacia la voz masculina que suena detrás de mí, la cual reconozco de inmediato, y me lanzo a su cuello. Que bien huele.
—Hola, Zeus.
¡Bien, me he ganado un besazo! Me suelta y saluda a Madison.
—Hola, ¿Qué tal? —dice ella toda cortada y mirando de reojo al chofer.
—Muy bien, me alegro de volver a verte. —Zeus le regala una espléndida sonrisa y abre la puerta trasera—. Venga subid, es muy tarde y empieza a hacer frío.
—De verdad, yo voy dando un paseo. No hace falta que os molestéis.
Madison sigue en sus treces y a mí no se me pasar por alto como la mira Marc. Como no pienso dejar que se salga con la suya, insisto:
—¿Dónde vives? Seguro que tienes que andar mucho.
Ella resopla y le hago un movimiento de cabeza para que responda. Que rebelde es cuando quiere. Suelto una risilla al pensar que parezco su hermana mayor.
—En Long Island.
Ni papa de donde es eso, para que mentir. La miro y luego a Zeus que niega con la cabeza y cuando parece que va a decir algo, es Marc quien lo hace.
—Sube, estas a más de media hora andado. No tardaré nada en dejarte.
—Madison, ¿Te has vuelto loca? Sube al coche o nos quedamos aquí hasta mañana.
Los hombres resoplan, conocedores de que soy capaz y al final ella sube sin rechistar. En el camino disfruto de como a Marc se le desvía la mirada de vez en cuando, pero no habla ni se une a nuestras conversaciones. Poco después descubro qué, como dijo antes, Maddie habría tardado más de media hora.
Cuando llegamos, veo que la zona en la que vive no está mal, parece tranquilo y en buenas condiciones. Tras despedirse de nosotros y agradecernos haberla traído, se baja del coche y entra en un bloque de piso de ladrillos rojizos y ventanas con rejas, que iluminan la fachada en la noche.
Cuando ya no podemos verla, Marc se dispone a llevarnos a casa.
—Tenías ganas de verte.
Miro hacia arriba sin mover la cabeza del pecho de Zeus y sonrío con los labios cerrados. Me siento mal por ocultarle lo de William, quiero que me ayude y me acompañe en lo que tengo pensado hacer, por lo que sé que, tarde o temprano, tendré que decírselo. Pero ahora voy a

acurrucarme en él, que estoy cansada, y a aspirar su olor tan rico.
—Aquí me tienes. —Murmuro yo notando como me acaricia el pelo.

Capítulo 9

Junio

Zeus

El apartamento de Ava está quedando muy bien, han hecho exactamente lo que ella había pedido. Ha quedado un increíble estudio y a su vez un pequeño apartamento, aunque no sé porque lo ha acondicionado para vivir, si de mi lado no se va a mover. Solo pensarlo me provoca escalofríos.
Ahora la tengo delante hablando por una videollamada con sus amigos de Madrid, que vienen a pasar tres semanas de vacaciones y quiere hacerles un tour, aunque me ha dicho mil veces que no sabe dónde llevarlos.
A veces me pregunto cómo serán esos tipos, me pongo celoso al pensar en dos hombres cerca de ella dándole cariño y atenciones. Pero sé que tengo que intentar controlarme porque Ava me ha hablado mucho de ellos y son muy importantes para ella. También me pregunto si ellos sabrán de la existencia de su familia en Brooklyn, si la han aconsejado y apoyado en algo que yo todavía no sé, o que se supone no sé. He querido contratar un detective privado, pero si quiero que encuentre algo tendría que darle información de Ava y me parece ruin hacerle algo así. Por lo que solo me queda ser paciente y esperar que me lo cuente.
—Cuando llegue allí, quiero que me des todos los besos que no me estas dando desde que te fuiste.
Alzo las cejas al oír eso molesto, mucho de hecho. Me hormiguean los dedos de las manos y las aprieto en un puño. ¿Quién coño será de los dos?
—Te daré mil y uno, Lucas. Me extraña que no hayas encontrado a nadie que te de besos todos los días.
Ah, ya, Lucas. Me da que no vamos a llevarnos bien. Espero no tener que pararle los pies una vez llegue, y que se ande con ojo porque Ava no va a darle tantos besos como dice. ¿Esto es normal entre amigos? Me va a explotar la cabeza.
—Lucas cierra esa boca que tienes. ¿Y si te escucha el novio? No quiero caerle mal por tu culpa.
Este debe ser Hugo, el otro amigo. El sensato de los dos parece. Ava me mira en cuanto escucha sus palabras y me regala una sonrisa encantadora, ella no tiene culpa de que su amigo sea un bocazas, pero aun así me enerva que le siga el juego. Celoso, muy celoso, y con ganas de dejar las cosas claras, me acerco a ella y le doy un beso en los labios sin importarme la puta llamada.
Cuando me separo y vuelvo a alejarme, puedo escuchar al sensato:
—¿Ves, abogaducho? Ya ha marcado terreno. Ahora va a pensar que somos una amenaza.
Con que abogado ¿eh?
Me pongo a trastear en la cocina con Ava parloteando de fondo, también escucho a Jessica en la conversación. Está sentada en el sofá, dándome la espalda apoyada en el posa brazos, y yo picando algo de verduras. Ya había dejado de prestarle atención a su conversación hacía rato, pero algo que dice Jessica me llama enormemente la atención y me deja congelado.

—¿Avuchi, ya se lo has contado?
Escucho como Ava la manda a callar y después susurra:
—Es que es difícil. No quiero que sienta lástima por mí o piense que está mejor dejándome.
¿Cómo? No puedo creer lo que estoy escuchando. Una sensación de frío me sube desde los tobillos hasta la nuca y dejo las cosas sobre la encimera un segundo. ¿Ha dicho que podía pensar en dejarla? ¿Teme contarme lo de su familia? Porque ¿Se refiere al tema de su madre? ¿No?
Me siento fatal, pero también estoy cabreándome. Mi novia no es capaz de contarme algo tan importante para ella, no me da la oportunidad de ayudarla o siquiera de darle mi opinión.
Suspiro frustrado por la situación y sé que tengo que controlarme porque empiezo a enfadarme. Yo solo quiero estar para ella, quiero que me necesite, que me cuente lo que le ocurre o se le pase por la cabeza, me da igual cual sea la importancia que tenga, quiero saberlo todo de ella. Quiero conocerla mejor que nadie, saber qué la atormenta y que la hace feliz. Y Ava simplemente no me está dejando hacer ninguna de esas cosas.
Necesito que me cuente de una jodida vez qué pasa sobre su pasado para que nada me coja de sorpresa, pero muy en el fondo no estoy del todo seguro. Si Ava me contase que quiere conocer a su familia materna no podría permitírselo y acabaríamos discutiendo por mi rechazo. Por una parte la entendería, porque si me lo confesara sería para recibir mi apoyo, pero también sería entendible que yo me mostrara reacio, ya que Cristal quiere hacer algo despreciable y por nada del mundo quiero que vuelva a sentir el rechazo de nadie.
Me doy cuenta de que no he vuelto a coger la verdura cuando la escucho despedirse de sus amigos pero para ser sincero, ya no me apetece hacer la cena. Me ha molestado muchísimo que todos estén hablando del tema y yo no sea partícipe. Soy su novio, joder.
Decido dejar el tema de la cena casera porque necesito tomar el aire y, por muy enfadado que pueda estar, seguramente ella tenga la cabeza embotada de darle vueltas al asunto, así que cambiaremos de planes. Saldremos de casa, daremos un paseo, cenaremos y comeremos un helado.
—¿Qué vas a hacer de cenar?
Sus dedos se clavan en mi abdomen cuando me abraza por la espalda, es una sensación increíble la que siento siempre que estamos juntos. Antes de conocerla pensaba que estaba tan jodido que no podía abrirme a nadie más y veía a todas las mujeres iguales, además, tenía tantos problemas (sigo teniéndolos, aunque con ella en mi vida pierden importancia) que creía que no habría nadie que quisiera estar a mi lado.
Y aquí está Ava, aguantando que quizá me case con otra mujer, aguantando mis horas extras en el trabajo, mis enfados y mis celos. Joder, la adoro. Desde que la besé la primera vez sabía que me estaba adentrando en algo de lo que no me atrevería a salir, ni siquiera conseguí quitármela de la cabeza aun sabiendo que no volvería a verla. Era una locura que volviera a pasar. Somos de países diferentes… ¿Cuáles eran las probabilidades? Y sin embargo, ahí estaba en medio del Pure Fire, con su pelo negro y las mejillas rojas por el calor del local. Y fue en ese jodido momento que supe que no podía dejarla ir, me daba igual si no la conocía, tenía que ser mía.
Pongo mis manos sobre las de ella y las aprieto contra mi cuerpo, consciente de que cada día que pasa lo que siento es más explosivo. Quiero tenerla a mi lado todo el tiempo, besarla, tocarla, complacerla. Más de una vez he tenido que darme un punto en la boca para no decirle que la quiero porque, joder, la quiero.
—¿Qué te parece si salimos? Podemos dar un paseo y comer helado después.
Asiente con la cabeza contra mi espalda y, con una sonrisa en los labios, me vuelvo entre sus brazos para mirarle esos ojos que tanto me gustan. Apoya la barbilla por debajo de mis

pectorales porque no llega más arriba, y a mí me encanta cómo sus ojos se alzan para observarme. Está tan guapa.
—¿Sabes lo preciosa que eres? —Le confieso mientras enredo los dedos entre su pelo, acariciándole el cuero cabelludo.
—Tú que vas a decir, se supone que te gusto.
Suelta una risilla que se me antoja deliciosa, pero doy un tironcito de su pelo para que me mire. Necesito que le quede muy claro y me mire cuando se lo diga.
—No solo me gustas, me encantas, Ava. Me encantas muchísimo. Me haces sentir muy bien, contigo a mi lado puedo con todo. Yo…desde que te di el primer beso….
No me salen las palabras. Estoy tan poco acostumbrado a expresar mis sentimientos y que sean correspondidos que temo decirle "las palabras" y que ella no sienta lo mismo. Me abraza con más fuerza poniéndose de puntillas para poder besarme en los labios, un beso rápido y suave, pero que me hace sentir una vibración por todo el cuerpo.
Y aunque está cariñosa, noto en el cambio de su cara que esperaba que dijera otra cosa, pero no tengo ni puta idea de porque me quedo callado.
—Me apetece muchísimo pasear —Cambia de tema mostrándome, inconscientemente, la desilusión en sus palabras. La miro ponerse los zapatos—. ¿Podemos probar alguna comida nueva?
Me acerco y le doy la mano para ayudarla a levantarse del suelo, luego la beso porque es lo que me apetece siempre que estoy con ella.
—Por supuesto. Lo que te apetezca, honey.
Asiente y coge el bolso.
—Lo que me apetece lo tengo justo delante, pero vayamos a por esa cena.
Sonrío complacido por sus palabras. Nunca nadie me había dicho algo tan simple y me había hecho sentir así. Le paso un brazo por los hombros y la arropo sacando el teléfono del bolsillo cuando entramos en el ascensor para darle la noche libre a Marc mientras bajamos las diez plantas que nos separa de la calle.
El aire fresco nos da en la cara y Ava se acurruca bajo mi brazo, caminando despacio a mi lado y con sus dedos entrelazados con los mío en la mano que cae sobre su hombro. Disfruto de la sensación de caminar por la calle, entre la gente, sin prisas ni más preocupaciones que la de que le guste la comida india, que es la que quiero que pruebe.
—¿Sabes, Zeus? —Mmm, seductora nata. La beso como desea, bueno yo también lo deseo, y luego dejo que continúe— Al principio pensé que duraría aquí algunos meses, mi intención era volver a Madrid después de navidad, aunque nunca se lo he contado a nadie.
Hay un silencio entre nosotros, incómodo, al menos para mí porque no quepo en mi cuerpo. No puedo dejar que se vaya, no puedo estar sin ella, no podría vivir sin ella. La miro desde mi altura y la estrecho contra mí, como si eso la pudiera mantener a mi lado el resto de nuestras vidas. Al segundo siento su mano acariciar mi espalda antes de hablar.
—Tranquilo, ahora no puedo irme.
—¿Y eso? —Consigo preguntar, deseando que sea yo el motivo.
Me mira fugazmente y luego se torna seria, preocupándome todavía más.
—Me gustan demasiado los dulces de Marga.
Me detengo en seco y me pongo delante de ella. La miro a los ojos y nuestras miradas están conectadas, como sé que lo estamos nosotros. Tiene el rostro serio, tanto que me pone una barbaridad, con esos labios pegados, con el de abajo más grueso, las pestañas cortas bien alzadas al estar mirando hacia arriba y las manos cruzadas sobre ese pecho que tanto me gusta.

Entonces suelta una carcajada, que invita a la señora que está pasando por nuestro lado a sonreír. Así es Ava, tan viva y contagiosa que transmite su locura a los demás.
—Es broma, cambia esa cara, tontorrón —Me rodea el cuello con los brazos y me besa la barbilla con cariño. Un cariño que se me clava en el corazón—. No quiero irme porque aquí estas tú. Aquí estamos nosotros y eso no podría encontrarlo en ningún otro sitio.
Respiro hondo, con el alma bailando bajo mi piel. El vello se me ha erizado al escuchar sus palabras tan llenas de amor hacia mí que la mantengo en un ir y venir de problemas constantemente.
—Dios, honey, no sabes cuanto…cuanto te….
Me frustro y ella lo nota. Lo remedia acariciándome la nuca con los dedos.
—Tranquilo, lo sé. Ya te saldrán las palabras.
—¿Lo sabes? —digo confundido y ella asiente.
—Me lo demuestras cada día.
Nos fundimos en un beso profundo en medio de la calle, rodeados de personas desconocidas que sonríen al vernos. Estoy jodidamente loco por esta mujer, jodidamente enamorado de ella.

Capítulo 10

Zeus

—Mi gatita dice que los amigotes vienen el catorce y estarán aquí hasta finales.
Juego con el líquido en la copa de balón donde Peter me ha servido la bebida que tanto me gusta. Lo bebo desde hace tanto que ni siquiera me acuerdo de la primera vez que lo hice. Mi padre siempre tenía algunos tipos en casa, yo desde pequeño tenía la idea de que los hombres duros y seguros bebían cosas fuertes, agrias y que rascaran la garganta. Eso me llevó a probar muchos whiskeys y licores, pero en cuanto me mojé los labios del riquísimo Brandy que mi padre guardaba con tanto cuidado, supe que era mi bebida preferida.
Muevo el recipiente de cristal y luego le doy un trago largo escuchando desde nuestro reservado a la gente gritar sobre la estruendosa música del dj, sintiendo el calor del local aunque Peter siempre mantiene bien la temperatura para que sus clientes no se sofoquen. Siempre les viene bien cuando llevan horas consumiendo alcohol y lo que sea que lleven en los bolsillos.
Volviendo al tema que me importa, recuerdo que cuando Ava me contó sus planes de vacaciones, pensé en llevarlos a varios lugares en los que disfrutarán mucho y de los que estoy seguro ella se enamorará y fotografiará. Pero todavía no le he dicho nada porque quiero darle una sorpresa, planificarle unas increíbles semanas donde disfrutaremos todos, siendo ella para mí la única protagonista de mis planes. También he mandado a preparar la casa familiar que tenemos fuera de la ciudad y cada vez que imagino la cara de mi preciosa Ava viendo el lugar, sonrío.
—Sí, eso me ha contado Ava. Decía que quería enseñarles un par de sitios y alojarlos en el nuevo apartamento, pero tengo otra idea.
Peter se inclina sobre la mesa de madera que hay entre nosotros. Lleva una camisa blanca y se ajusta a sus brazos cuando se deja caer sobre la superficie. La música está muy alta, esta semana toca música Techno y da la sensación de que los cristales y los altavoces van a reventar de un momento a otro. Abajo la gente salta y se mueven al ritmo que sea que va mejor con este género.
—He pensado preparar mi casa familiar e irnos todos allí a pasar los días que estén aquí el abogado y el sensato —Peter me mira arrugando la frente y me explico—. Lucas es el abogado, el suelto de lengua que parece llevarse espléndidamente con Ava, y el sensato es Hugo porque se ha dado cuenta de que Lucas tiene que cerrar el pico en mi presencia.
A pesar de los decibelios del local escucho la carcajada seca de Peter. Se ríe de mi frustración, pero estoy seguro de que en el fondo reza para que no tenga tanta confianza con su gatita.
Vuelvo los ojos imaginariamente al haber llamado a Jessica de esa forma, pero con Peter repitiendo ese apelativo tantas veces me es imposible no hacerlo inconscientemente.
—Nos lo pasaremos de puta madre esas semanas. —Ríe él, dejándose caer en el sofá que hay

frente al que yo estoy sentado.
«Si, estoy que exploto de la alegría».
—Oye, ¿puedes desatenderte tantos días del hospital?
—Por supuesto, lo tengo todo organizado. Igualmente, tendré el teléfono operativo para alguna urgencia.
Mi amigo está a punto de decirme algo, pero uno de sus camareros entra en nuestro reservado y lo coge del brazo con la cara totalmente desencajada.
—Se están dando de hostias en la entrada. —exclama bastante frustrado.
Mi amigo se levanta de inmediato y me asomo por la baranda de madera que separa la segunda planta de la pista de abajo encontrándome el mogollón en la entrada, pero no me preocupo, Peter lo arreglará en dos segundos. Es alto, parece un puto jugador de boxeo de lo ejercitado que está y tiene poder, tanto carismáticamente como material, nadie le va a contradecir nada que haga.
Me recuesto en la espalda del sofá de tres plazas que conforma el reservado y me termino la bebida, pero inmediatamente tengo otro quinto de la copa relleno a temperatura ambiente, como debe beberse un Brandy.
El móvil me vibra justo cuando el camarero se va.

¿Lo estás pasando bien?

Me imagino que Ava estará viendo alguna película tirada en el sofá, seguramente esperando a que llegue. Le he dicho que venía al Pure Fire con la intención de ver a Peter, que en parte no es mentira, pero para lo que realmente he venido es para hablar con él sobre lo que está pasando y buscar alternativas para terminar con lo de Cristal. Así que, al fin y al cabo, no le he mentido en todo.
Sé que me es importante estar aquí, pero lo único que deseo es estar con ella en el sofá buscando algo que ver, hablando de nuestro día de trabajo y haciéndole cosquillas en el pelo como siempre me pide. Me encanta que siempre me compense con un increíble sexo, porque es increíblemente buena.
Estaría mejor contigo.
Tecleo la respuesta sin pensar en que debo esforzarme un poco para que vea que estoy aquí por pura diversión, no necesidad.
Pues ven a casa y pásalo mejor.
A casa...que bien suena. Su mensaje me enciende y la entrepierna me cosquillea. Tecleo de nuevo, viendo como Peter sube la escalera y viene hacia mí.
No tardaré, pero aun así no me esperes despierta. O si lo haces, que sea en la cama. Desnuda sería magnífico.
Guardo el teléfono en el bolsillo, después de leer un: «Te sorprenderé», y me concentro en mi amigo, que resopla y se mueve el reloj de muñeca para colocárselo bien. No paso por alto el rojo de sus nudillos.
—¿Ha sido necesario? Tienes gente que lo hace por ti.
—Lo sé, pero me ha cabreado tanto la pelea que necesitaba darle su merecido a ese mierda. No quiero llegar a casa enfadado y pagarlo con Jessica.
Sí que debe estar enfadado, no ha llamado a Jessica gatita.
—¿Qué ha pasado? —Inquiero, rara vez Peter usa la violencia.
—La novia quería irse a casa, pero él ha bebido más de la cuenta e intentaba obligarla a quedarse. Cuando ella ha querido defenderse y él la ha empujado, otros se han metido a defenderla y se ha montado una buena. León y Magnus no han podido separarlos a todos por lo

que he tomado medidas.
Yo hubiera hecho lo mismo.
—¿Y el resto de tu personal?
—Creía que no haría falta, mi local no es un foco de peleas y si hay algunas, ellos se encargan.
—Peter, tienes el local más concurrido de Time Square, toda seguridad es poca.
Peter cabecea, sabiendo que llevo razón y alza una mano, llamando al camarero de nuestro reservado.
—Lo de siempre, bien cargado. —Le escucho decir sobre la música.
Dejo que el chaval se separe de nosotros y vaya a la barra, iluminada tenuemente por una luz blanca, para poder acercarme de nuevo a la mesa y hablar con mi amigo de lo que realmente me interesa.
—Ava tiene familia en Brooklyn. —Se lo digo sin rodeos porque necesito desahogarme.
—¿Cómo dices?
Asiento y, mirando a mi izquierda, fijo la vista en algún lugar de la pista.
—No lo sé por ella, me lo ha contado Cristal.
Peter alza las cejas y se frota la frente con los dedos.
—¿Y te la crees, tío?
—Bueno, al principio no, pero he escuchado a... —Me callo cuando el camarero entrega la copa, una vez se ha vuelto a alejar, continuo:— he escuchado a Ava hablarlo con sus amigos. No con lujo de detalles, pero algo me dice que es verdad.
—¿Y qué vas a hacer?
—Nada.
Lo miro, se ha sorprendido por mi respuesta. No puedo hacer nada, si Ava no me pide ayuda y no me lo cuenta, no puedo hacer absolutamente nada, y eso me jode demasiado. No me gusta que me mantenga al puto margen, que piense que no me necesita es algo que no me gusta una mierda. Aprieto la mano que tengo sobre la mesa en un puño que parece de acero y Peter mira mi gesto.
—Está claro que no haces nada por elección propia. —Le da un trago a su copa y me mira por encima del borde del vaso.
—Ava no me ha contado lo que le pasa, te lo he dicho. No puedo ir y soltárselo.
—En realidad, sí que puedes. Yo lo haría. Mi mujer no va a recibir ayuda de alguien que no sea yo.
Sus palabras me hacen pensar. He pasado un puto infierno el tiempo que no fui sincero con ella, por no hablar del ultimátum que me dio. Quizá tenga que dárselo yo, pero ¿Con qué? Ni de coña voy a amenazarla con dejarla, me río irónicamente para mis adentros, ¿Cómo voy a hacer eso? Nadie sensato se lo creería. Esperaré a que sus amigos pasen aquí las vacaciones, después lo hablaremos.
—Si no me lo cuenta en este mes, le sacaré el tema.
Peter asiente echando un vistazo al local, barriendo la zona con sus ojos azules clavados en cada esquina, buscando algo fuera de lo normal donde poner orden. Cuando no encuentra nada, clava sus fríos ojos en mí. Es otra persona cuando está aquí, calculador, serio, profesional, como si fuera un puto lobo hambriento a punto de comerse a cualquiera que se atreva a descontrolar un poco el ambiente de su pub, cargado de alcohol, tensión sexual y drogas.
—¿Qué vamos a hacer con los Lewis?
Cristal, de ser una integrante más de nuestro grupo de amigos y mi prometida ha pasado a ser un puto grano en el culo. En cuanto empezó a hacernos la vida imposible a Ava y a mí, el grupo se

redujo a nosotros cuatros. Aunque ahora se ha ampliado con Carl, mi hermana y Jayden. Rechino los dientes sin poder evitarlo en cuanto recuerdo lo amigos que son y el tiempo que suelen pasar juntos este último y Ava.
—Parece que tendrás que ser mi testigo en el juzgado. —Dejo escapar un suspiro.
No es que me dé por vencido, pero ¿Qué puedo hacer? No quiero volver al oscuro pasado que Peter y yo tenemos, en el que hacíamos cosas que no quiero recordar para conseguir lo que queríamos, al pasado donde contratábamos a gente para hacer el trabajo sucio, un pasado en el que hicimos más cosas malas que buenas. Suelto aire por la nariz barajando la posibilidad de poder usar algún contacto para asustar a Máximo, pero ¿Y si Ava se entera?
—Y una puta mierda. Cambia de abogado, Gustavo no te sirve.
No lo entiende. No quiero hablar de mis privacidades con nadie más, ahora hay mucha gente interesada en mi vida. Antes solo era el cirujano de moda, pero desde que he realizado operaciones más complicadas con bastante éxito me doy cuenta como se nos queda mirando la gente a Ava y a mí cuando salimos de casa. No quiero salir en la prensa como noticia importante porque a mí nuevo abogado le han pagado un pastizal por información mía.
—Mira, había pensado varias cosas: darle una buena suma de dinero a Cristal por mi parte del hospital, si ella accede no hace falta que me case, pero no quiere mi dinero. Otra opción, es casarme y que en la letra pequeña ella acepte cederme su parte del hospital por una indemnización única con la que tendrá resuelta una gran parte de su vida, pero mi abogado no quiere cogerse los dedos. Había pensado comprarle la parte del hospital a su padre, pero ese cabronazo se niega.
Peter estudia las posibilidades que le he dado y ninguna parece gustarle. Se pasa la mano hacia atrás sobre el pelo engominado, dejando la mano abierta sobre él y viéndose con claridad el sello de oro que tiene sobre el dedo meñique. Cuando parece no encontrar nada en su cerebro, deja el codo en la mesa.
—¿Estás seguro de que si te casas puedes hacer que ella acceda a eso?
Asiento, cuando Gustavo se ponga manos a la obra, porque lo hará, rendirá de puta madre.
—Joder tío, no quiero que te cases con esa arpía.
Levanto la copa de balón de la mesa y la mezo hacia él en un brindis penoso que cierra mi jodido destino: casarme con Cristal.
—Ya somos dos.

Sobre las tres de la madrugada entro en mi apartamento. Está recogido, como si en él no viviese un torbellino con piernas que revuelve todo a su paso. Dejo las cosas sobre el mueble de la entrada y me quito los zapatos en la puerta, una costumbre que le he copiado porque yo siempre guardaba los zapatos en el vestidor.
Antes de irme a la cama con ella, bebo un poco de agua. Estoy algo aturdido y no solo por el licor, la idea de tener que contarle a Ava que voy a casarme me aterra de tal manera que no me deja respirar con normalidad. Tener esta sensación de traición hacia ella me oprime el pecho, si fuese al revés mataría al hombre que estuviera haciéndole pasar por algo así.
Mi único deseo es deshacerme de mis problemas para que podamos ser feliz, para poder disfrutar de su progreso en la fotografía, acompañarla a algún reportaje y esperarla en la terraza del bar más cercano a que termine su trabajo. Golpeo la encimera y que no lo haga con demasiada fuerza para no despertarla no significa que no desee reventar todo lo que encuentro a mi paso.
Frustrado, empiezo a caminar hasta nuestra habitación sin encender ninguna luz porque no quiero interrumpirle el sueño. Abro la puerta de la habitación que estaba encajada y la veo

dormida, tapada con las sábanas. Aspiro sintiéndome el corazón bombeando con fuerza y me acerco a la cama, deteniéndome en la orilla del colchón para observarla y apartarle el pelo de la cara, cuando lo hago me encuentro con sus carnosos labios entreabiertos por la paz del sueño, las pestañas casi rozando su parpado inferior y la espalda subiéndole y bajándole despacio.
Doy varios pasos atrás y me desnudo para prepararme e irme a dormir. Al hacerlo he tenido todo el cuidado que he sido capaz, no he hecho ni un poco de ruido, pero aun así cuando levanto la vista del suelo Ava tiene los ojos clavados en mí. Le aguanto la mirada, mientras ella recorre mi cuerpo desnudo porque pensaba darme una ducha y solo estoy vestido con unos calzoncillos negros.
Varios segundos después, cuando voy a acercarme, se sienta en la cama y deja caer las sábanas, descubriendo su cuerpo desnudo. Me endurezco en milésimas de segundos. Me ha esperado desnuda. Una sensación de excitación, por tenerla a mi espera en la cama, y de ternura porque ha intentado aguantar el máximo de tiempo para esperarme, se instala en mi interior. Camino hacia ella y le acuno la cara en la palma de mi mano, después me arrodillo encantado de hacerlo, es mi diosa, quiero arrodillarme ante ella.
Ava descuelga las piernas por el borde del colchón y me acaricia el pelo con los dedos, se inclina hacia mí y me besa con pasión, abriendo la boca sobre la mía y suspirando con el roce de nuestras lenguas. Al mismo tiempo deslizo mis manos desde sus rodillas hasta sus muslos, pasando las yemas de mis dedos por su suave piel, adentrándome entre sus piernas y abriéndoselas despacio.
Le acaricio las ingles, la agarro de las caderas sin dejar de besarla y la arrastro hasta el borde de la cama. La rodeo con mis brazos e intensifico el beso, notando como nuestra saliva se mezcla y la respiración se nos descontrola. Con tranquilidad, sin despegarme ni un milímetro, me levanto y la hago tumbarse conmigo encima. Al hacerlo lleva las manos a mis calzoncillos y se deshace de ellos dejando fuera mi prominente erección, que ya está ardiendo y goteando.
—Estoy así solo por ti.
Me mira a los ojos y sonríe con ellos cuando me coge la cara entre sus delicadas manos.
—Te he esperado, pero me he quedado dormida.
Adoro la disculpa en su voz, como si fuese un problema. Si soy el hombre más feliz de la tierra cuando llego a casa y escucho su respiración tranquila por el sueño, ¿cómo puede ser un problema? Doy un pequeño empujón con el cuerpo, resbalando mi punta entre sus labios y por su hinchado clítoris. Arrancándole un dulce gemido.
—Me gusta encontrarte así, pero no puedo compararlo con que tu cuerpo note que he llegado.
Ella sabe a qué me refiero y asiente antes de besarme. Sigo rozándome por ella, igualando el balanceo que Ava marca con sus caderas para poder intensificar la fricción. Acaricio sus pechos y tiro de sus pezones, le subo las manos por encima de la cabeza, agarrándola por las muñecas, y con la mano que tengo libre le acaricio desde el exterior de su muslo derecho hasta su pecho pasando por el costado, que tan bien encaja con mi mano cuando quiero sujetarla.
Los suspiros de Ava me excitan cada vez más, ver que su estómago está mojado por mis primeros fluidos me enciende, me nubla la mente. La beso con fuerza y me responde abriendo aún más las piernas y moviéndose como una experta hasta que consigue que la punta de mi erección se clave en su caliente entrada.
Gruño sobre su cuello y mueve las manos bajo mi agarre en sus muñecas. Empiezo a clavarme en ella poco a poco, sintiendo a la perfección como su delicioso conducto se va cerrando conforme voy pasando por él. Quiero ir despacio, notarlo con detalle, alargarlo lo máximo posible, pero cuando de ella se trata es imposible. Tiene totalmente el roll de dominante, siempre

consigue llevar la voz cantante, como ahora que, aunque la tengo clavada contra el colchón, controla el ritmo y maneja la situación maravillosamente.
Sus caderas se mueven lentamente consiguiendo que le llegue al fondo.
—Zeus...—La beso y le lleno la boca con mis gruñidos guturales, luego la miro y empiezo a moverme con fuerza—. Sigue, no pares.
Me aferro a su cadera con la mano que me queda libre para que no se desplace hacia arriba con mis embestidas. Miro hacia abajo, encontrándome con su cuerpo totalmente estirado, sus piernas abiertas y mi erección, dura como una piedra, entrando y saliendo, golpeando mis testículos en sus nalgas. Noto que está empapada, le cae y deseo saborearlo, pero no soy capaz de salir de su cuerpo. Podría quedarme aquí toda la jodida vida.
—No pensaba detenerme, nena.
Mueve las manos sobre su cabeza, pero eso solo hace que la agarre con más fuerza y la folle con más ganas. Sus gritos, sus labios abiertos, sus ojos entrecerrados, el sudor de nuestros cuerpo, mi amor por ella…Me voy a la deriva y jamás he estado más a gusto que en este preciso momento sin saber dónde voy a acabar, porque mientras Ava esté ahí, al final del camino esperándome, no me importa nada lo que me depare el futuro.
Su cuerpo, pequeño y delgado, se retuerce bajo el mío, sosteniendo mi peso y mis ganas de ella. Me tiene la espalda rodeada con las piernas y sus pies están entrelazados, haciendo fuerzas como si yo tuviera pensamiento de salirme en algún momento.
Como si eso pudiera ser posible.
—Quiero tocarte, suéltame las manos.
Lo que yo digo, una palabra y mi cuerpo y alma se doblegan. Dejo sus manos libres y las uñas se me clavan en la espalda con unas ganas que me hacen hervir la sangre.
—Más rápido. —susurra en mi oído cuando se ha inclinado.
Lo hago, con empujes secos que me clavan en ella de manera fija y placentera. Tan placentera que siento el orgasmo subirme por los pies. Le retuerzo los pezones y le respiro en el oído, consiguiendo que la piel se le erice. Le paso un brazo por detrás y le levanto la espalda y el culo de la cama para que la penetración sea más intensa, y entonces los párpados se le caen del placer.
—Sí, sí...me encanta. Que grande la tienes.
En un arrebato de placer, me salgo de su empapado sexo y la pongo boca abajo, contemplo sus preciosas nalgas y la hago subir las caderas. Sin necesidad de encontrar la entrada, dejo mi pecho en su espalda y me clavo con facilidad. Me pone muchísimo verla morder la almohada. La hago soltarla y le pongo mi brazo, quiero sentir cómo la hago disfrutar.
—¿Te gusta que te folle? —La provoco al oído.
Ava asiente, no puede hablar por la fuerza de mis empujes. Relajo el ritmo.
—Dímelo.
Doy una embestida seca y certera que la hace gemir.
—Dímelo, mi amor. Dime que me deseas, que te gusta que te folle y te coma. Dímelo.
La respiración de los dos se adueña de la habitación, consiguiendo un ambiente caldeado y húmedo. No puedo apenas respirar, mi cuerpo solo tiene una orden que obedecer: hacerla mía y disfrutar. Le tiembla el cuerpo y las paredes internas, augurando un increíble orgasmo que me va a provocar otro a mí.
—Te deseo, Zeus —La hago doblar la cara y la beso hambriento. La suelto mientras sigo follándomela con fuerza y ganas—. Me gusta lo que me haces Zeus —Sonrío y le doy lo que quiere sin detenerme. Ya viene nuestro orgasmo—Me encanta que me fo...Oh, joder...me voy a correr. Sí, sí, oh, Zeus, sí.

No puedo besarla, no soy capaz, solo puedo observarla y disfrutar de la sensación abrasadora que se apodera de mí cuando se me contraen los testículos y el orgasmo explota en todo mi cuerpo. Me vacío dentro de ella, escuchando como grita una y otra vez cuanto le gusta que lo haga fuerte y los orgasmos que tiene por mí. Recalcando que son los mejores que ha tenido jamás, inflándome de orgullo por saber que no ha habido en su vida nadie como yo.
Una vez la euforia del momento empieza a bajar de intensidad, sigo sobre su espalda y ella no se queja ni me pide que me aparte. Le beso la columna, empezando por las cervicales y acabando arriba de las nalgas, saliendo poco a poco. Después se da la vuelta y abre las piernas para dejarme entre ellas.
—Eres increíble, dios Zeus.
Sonrío por su forma de llamarme. Más de una vez me ha hablado sobre la historia del dios griego del que llevo nombre, comparando mi personalidad con la de él y el mandato y liderazgo que cree que compartimos. Le cojo de las manos y la hago sentarse, acercándola tanto a mí que nuestros labios se rozan cuando le hablo.
—No sería un dios, de no tener a mi hermosa diosa conmigo.

Capítulo 11

Ava

¿Has sentido alguna vez que todo te va tan bien que podría ser un sueño?
Así es como me siento todos los días cada vez que me levanto y reparo en mi vida desde que llegué a Nueva York. Que sí, que puede que esté loca al pensar así porque estoy pasando por un infierno con el dichoso contrato de Zeus y Cristal, pero jolines...Nos va genial juntos, mi estudio está terminado, por fin, mis amigos volarán para vernos en unos días, a Jessica le va muy bien en todo, tengo nuevos amigos y mis padres son felices. ¿Qué más puedo necesitar para sentirme dichosa?
Zeus se fue a trabajar a las siete de la mañana y yo he decidido salir a correr un poco, no tengo mucho tiempo para practicar deporte, menos mal que mi vida sexual es bastante activa y creo que por eso sigo teniendo el culo bien firme.
En cuanto pongo un pie en la calle, me coloco los auriculares inalámbricos y pongo música aleatoria perfecta para hacer deporte. Te cuento un secreto: he buscado una ruta en el móvil por la que correr, no tengo ni idea de donde podría acabar y no me apetece perderme.
Antes de comenzar, estiro en la acera. Hacia un lado, hacia el otro. Para adelante, para atrás. Brazo arriba, brazo a un lado, atrás...Piernas, tobillos...Un toque en el hombro...¿Mmm? Miro a mi derecha y me encuentro con Marc.
—Buenos días, Ava.
Que sonrisa tan lineada tiene este hombre. Hoy también va vestido de negro, pero al menos ha decidido cambiar la camisa de mangas larga por un polo de mangas cortas. Alargo los labios en una sonría amigable.
—¿Qué tal, Marc? Voy a correr un poco, ahora no necesito que me lleves a ningún sitio.
Arruga la frente y cierra la puerta antes de acercarse a mí.
—¿A caso sabes dónde ir?
Niego con la cabeza y cuando veo lo poco que le gusta la idea, le enseño la ruta que se muestra en mi móvil. Cuando lo ha visualizado varios segundos, lo guardo en un bolsillo de redecillas de mis mallas para correr y troto en el mismo sitio para ir preparándome.
—Si me pierdo, te llamo. No tengas el móvil inoperativo.
Empiezo la marcha hacia la izquierda y, cuando creo que llevo varios metros alejada del chofer de Zeus, miro hacia atrás para levantar la mano a modo de despedida. En respuesta Marc hace lo mismo.
Me abro hueco entre la gente porque está la calle abarrotada para buscar donde poder correr sin tropezarme con mil personas. Miro a mi alrededor, y reparo en la zona donde vivo con Zeus

porque es preciosa. Hay edificios altísimos por todas partes, cubiertos por ventanales brillosos y llamativos y que le dan un toque reluciente. Llegada a un punto, paso entre las mesas de una terraza donde hay gente tomando café y charlando y otras con un portátil en la mesa.
De verdad, pasan los días y yo sigo maravillándome con esta ciudad.
El olor a comida aunque es temprano, la tranquilidad que siento al salir para correr y la música que envuelve el momento, me transmite energía. Me siento motivada, como si nada pudiese conmigo. Me hace pensar en el trabajo que voy consiguiendo poco a poco, en que cada día tengo más visualizaciones en mi página, más likes en mi contenido y más seguidores. De hecho, hoy tengo un trabajo sobre la una del mediodía, mmm…lo que viene siendo dentro de cuatro horas.
Hace un par de días contactó conmigo una mujer, Lucrecia, para que le hiciera un álbum de fotos a sus hijos de diez y dos años. No sabes lo contenta que me puse en cuanto escribí la cita en mi nueva agenda y le mandé la dirección del estudio. Estoy súper emocionada, me encanta cuando mis clientes sonríen al ver las fotos terminadas y me agradecen el trabajo con una increíble enhorabuena.
Creo que es lo más gratificante que se puede sentir: saber que vales para algo y poder dedicarte a ello.
Cuando se lo conté a mis padres, como era de esperar, mi madre lloró a mares como si acabara de decirle que no iba a volver a verme nunca. Que exageradita es a veces. Después de varios minutos de lágrimas, empezó a reír y alegrarse, dejando que el pobrecito de mi padre tomara partida en la conversación.
Sigo corriendo y por fin entro en una zona que parece que está más despejada, hay personas yendo de un sitio a otro, pero al menos no tengo que estar aminorando el paso constantemente para poder avanzar. Cada vez que veo unas escaleras las subo, así hago glúteos, y poco después llego a una placita, con una fuente muy bonita, escuchando música muy alegre.
Las palomas salen volando cuando me acerco demasiado y sonrío cuando veo algún anciano dándoles de comer. Pero cuando ya llevo tres abuelitos, siento un anhelo que no entiendo. Echo de menos a un abuelo que no conozco, uno que Ana me ha arrebatado con su abandono, uno que podría quererme como a una hija más. El rencor empieza a asomarse por las esquinas de mi alma, asomando la cabeza sutilmente hasta que me joroba el ejercicio. Ya no corro tranquila, ahora miro al frente con los ojos achinados, centrada en el odio que le guardo a la madre que nunca me ha querido.
Voy tan centrada, tan enfadada y metida en mi mundo, que puedo pasar por un toro embistiendo perfectamente. No sé cómo irán aquí las leyes, pero me obligo a minorar el ritmo si no quiero que me detengan por creer que acabo de robar un bolso. Aunque lo que me detiene es el cuerpo de otra persona más bien, que acaba tirándome al suelo de culo.
Joder, que puto daño.
Veo unos deportes sucios y rotos delante de mis narices, unas piernas delgadas tapadas con un chándal ancho que parece tener más años que la estrella del árbol de navidad de mi tía Mari. Me levanto del suelo, mirando la sudadera estropajosa de la mujer que tengo delante, delgada, pálida, con el pelo largo muy enmarañado y oscuro. Cuando llego a sus ojos marrones y ella me mira con la misma expresión que la que debo tener yo, el mundo se me cae encima.
La miro espantada, horrorizada más bien, notando como el corazón empieza a bombearme con mucha fuerza detrás del pecho. No hay aire suficiente que pueda hacerme respirar, se me han cerrado los conductos y me obligo a llevarme una mano al pecho. Doy unos pasos atrás para poder observarla mejor cuando ella aparta la mirada y camina a toda velocidad en dirección contraria a mí.

—¡Ana! —Grito sin importarme una mierda que me miren los demás, pero ella ha empezado a correr y me doy cuenta de que voy a dejar de verla entre la multitud— ¡Mamá! —Aúllo, agarrándome la camiseta con fuerza.
No puede estar pasando esto, no otra vez. Miro en la dirección que se ha ido y, a pesar del odio que quiero tenerle, corro hacia allí. Me choco con varias personas, las empujo y me asqueo de mí misma por ir detrás de ella. La ira vuelve a mí al saborear las lágrimas en mis labios, pero no me detengo. Corro, corro y corro, llorando a lágrimas vivas y notando que el corazón me va a explotar. Doy manotazos cuando no quepo entre las personas y voy tan rápido y ciega por el desespero que no deseo sentir, que un hombre tiene que detenerme para no cruzar un semáforo que está en verde para los coches.
Me doy un susto de muerte al ver un autobús muy cerca de mí. Pero no tiene comparación con lo que siento cuando veo a mi madre biológica al otro lado de la calle, en la misma posición que yo, pero a muchos metros de separación. Me observa desde la lejanía, no se mueve ni un puto centímetro hasta que el semáforo se coloca en rojo y puedo avanzar. Entonces desaparece como pólvora.
—¡Mierda! ¡Joder!
Algunas personas me miran al escucharme gritar en español, pero me da exactamente igual. Con la respiración cortada y la cara ardiendo por el maratón que me he dado, miro a mi alrededor. Me cago en la puta, me he perdido. Cojo el móvil y busco el número de Zeus, pero lo pienso mejor porque está trabajando y no quiero preocuparlo. Barajo la posibilidad de llamar a Marc, pero seguramente, después de colgar, llamará a Zeus y le dirá que lo he llamado atacada de los nervios después de perderme. Porque es una realidad que me tiembla hasta el pelo. Jessica está trabajando y por nada del mundo voy a llamar a Peter, que seguro me regaña por inconsciente.
Deslizo el dedo sobre la pantalla de mi móvil, deteniéndome en la parte de mi lista de contactos que empiezan por la décima letra del abecedario.
—Hola, Ava, que alegría que me llames.
Suspiro sentándome en un banco y metiendo mi mano libre entre las rodillas. Me siento fatal por llamarlo a él y no a Zeus, pero me sentiría mucho peor si este supiera la verdad sobre mi madre y decidiera dejarme porque no quiere estar con alguien que tiene una familia tan desastrosa.
—Hola...—susurro al borde del llanto— ¿estás ocupado?
—Ya no, ¿Qué te pasa? ¿Dónde estás?
La preocupación en su voz, la preocupación que destila por mí al hablar, es el empujoncito que necesitaba mi cuerpo para estrujarme el corazón y hacerme llorar de dolor. Un dolor que siempre había esperado, pero que a su vez nunca había deseado.

⚡⚡⚡

Jayden no tarda ni quince minutos en llegar. Lo diviso a lo lejos bajándose de un coche gris que brilla entre los taxis. Camina a paso rápido hacia mí, vestido con vaqueros, camiseta verde botella, deportivas blancas y lleva unas gafas de sol tan negras que parece resaltar el tenue color anaranjado de su pelo. En cuanto está delante, no me da lugar a moverme, me coge de las manos y me lleva hasta su cuerpo para envolverme en un abrazo demasiado reconfortante.
Apoyo la frente en su pecho y vuelvo a llorar, rota.
—No te contengas, estoy aquí, Ava.
Asiento, segura de que lo dice en serio y sería capaz de esperar el tiempo que fuese necesario hasta que dejase de llorar. Pero, a pesar de sentirme muy bien al ser abrazada en este momento,

me separo de él e inmediatamente necesito otros brazos, otro pecho en el que llorar y otra voz que me consuele.
Necesito a Zeus.
Me guardo ese pensamiento, porque por mucho que lo necesite a él no puedo contárselo todavía. Debo encontrar el momento correcto, no quiero aumentarle más problemas a la bola de nieve que lo persigue día a día.
—Lo siento, Jayden.
—Eh…no te preocupes. Es normal que te asustaras, eres nueva por aquí. Esto es muy abrumador y asusta si no sabes dónde estás.
Ah, sí, no le he contado la verdad. Solo que me he perdido y me había cagado del miedo. ¿Qué hago? No puedo decirle que me he encontrado a mi madre, pero no a la que está en Madrid, no, a mi madre biológica que me abandonó con cuatro putos años porque no era lo suficiente buena para ella. Porque, por como la he visto hace unos minutos, prefirió las drogas a su familia.
Me avergüenza contarle a la gente que no nací siendo lo suficientemente buena, que nací con alguna tara que quizá nadie ve, pero que para los ojos de mi madre era totalmente visible.
—¿Quieres que tomemos un café?
Asiento y empezamos a caminar. Bueno, yo más bien lo sigo porque no sé dónde carajos vamos. Jayden se detiene delante de una mesa verde, con dos sillas blancas y unas flores rosas en el centro. En cuanto estamos sentados, una chica morena, con un uniforme fucsia y un delantal negro, se acerca a nuestra mesa.
—Ponme dos capuchinos —Cuando la mujer se va, Jayden me guiña un ojo—. Te va a gustar.
—Espero que no estuvieras haciendo nada importante. —Me disculpo bajando la vista a la mesita, jugando con los huecos entre las tablas.
—Solo he tenido que detener dos pedidos, pero nada importante.
Levanto la cabeza tan rápido que no entiendo cómo no me he ganado un latigazo en las cervicales. Jayden se parte de la risa al ver mi expresión.
—Estaba en la oficina arreglando algunos papeles, de verdad que no era nada importante.
—No sabría cómo compensarte si hubieras hecho algo así, ni siquiera sé cómo agradecerte que hayas venido tan rápido.
Suelta una risita y une sus manos debajo de la barbilla delgada y larga que adorna tan bien su cincelado rostro. Me mira de un modo tan raro, tan....
—Puedes cenar conmigo algún día.
...Tan de gustarle. Oh, mierda, no puede ser. Me lo quedo mirando y aparto despacio la mano que tengo sobre la mesa, temiendo que se le pueda pasar por la cabeza cogérmela. Parpadeo varias veces antes de decir algo, o de buscar qué decir porque realmente me ha pillado de sorpresa.
—Aquí tenéis, la magdalena es para compartir. Queremos añadirla a la carta y hoy la estamos dando a probar a nuestros clientes.
La magdalena está cubierta de lo que parece una boñiga de colores y una perla plateada en la punta con forma de corazón, acompañada con dos cucharillas transparentes a cada lado. Tiene que ser una puta broma.
—Jayden...yo...yo... —«Ava, reacciona que más que parecer que lo quieres rechazar, parece que te ha robado el corazón de un suspiro»— no puedo, Jayden, sabes que estoy con...Cristal.
—¿Cómo?
La veo salir de la cafetería con una bolsa de papel en las manos. Cómo si fuera alguien buscado por la policía, me llevo las manos a la cara con la esperanza de que no me vea. Pero la muy lagartona tiene una vista de halcón y me coge al vuelo.

—Pero que ven mis ojos.
Miro a la rubia, que lleva un vestido hasta los tobillos de color crema, una chaqueta vaquera y unos tacones negros que la hacen ser quince centímetros más alta. También quince centímetros más despreciable. Jayden la mira tranquilo, como si no fuera un mujerón o una mala persona que seguramente se aprovechará de este encuentro fortuito.
—Dos amigos tomando café. —dice Jayden mirándola con frialdad. Ella ni se inmuta.
—Ya...y compartiendo una magdalena rosa. Que monos.
—Bueno, al menos hay algo mono en este encuentro. —Rebata el pelirrojo con un tono demasiado chocante.
Cristal pasea sus ojos por mí, fríos y calculadores, dándome la sensación de que está atrapando en su retina todos los detalles necesarios para poder hacer más creíble lo que vaya a decir en mi contra por habernos encontrado en esta terraza. Después de observarme descaradamente, se da la vuelta y se va sin despedirse. Me llevo las manos a la cola que me he cogido, volviéndolas a bajar por no poder tirarme del pelo.
¿Cómo puedo encontrar a gente que conozco en una ciudad tan habitada y grande? Joder, me cago en la puta. En Madrid voy por el barrio y me llevo un mes sin coincidir con mi vecina.
—No te preocupes, no estamos haciendo nada malo.
Miro al hombre que tengo delante, al mismo que hace que Zeus saque las garras y al que por alguna extraña razón quiero seguir manteniendo a mi lado. Sentí una inexplicable conexión cuando lo conocí que me impide echarlo de mi vida, aunque su presencia haga que Zeus se enfade muchísimo.
—No será eso lo que diga cuando quiera joderme la vida.
—¿Y por qué iba a hacer algo así?
Le doy vueltas a la cuchara dentro de la taza de cristal en la que está el capuchino.
—Porque me odia y quiere hacernos la vida imposible. —Jayden bebe de su taza sin dejar de mirarme.
—Pero si ya no está con Zeus.
Me parece que la falta de información no deja que entienda lo que pasa. Miro la magdalena, que tiene que ser muy empalagosa, y luego lo miro a él.
—Jayden, ¿Sabes que Zeus dejó a Cristal porque nos liamos en un aeropuerto de Madrid mientras esperábamos nuestro vuelo?
—¿Estás de coña? —exclama más alto de la cuenta, haciendo que algunas personas nos observen.
—No, no lo estoy —señalo molesta por su tono—. Como te decía, es normal que me odie.
—Pues sí, la verdad —Se queda en silencio unos segundos, jugando con la cucharilla de la dichosa magdalena. Tanto color me está molestando—. Aun así, ya no están juntos. No tiene por qué hacer nada para que rompáis. Zeus te quiere, ¿no? Seguro que su amor por ti es más fuerte que lo que ella pueda inventarse.
Su interrogativa tan desconfiada y disfrazada de una falsa afirmación, me revuelve el estómago. ¿Zeus me quiere? Nunca me lo ha dicho, pero me lo demuestra todos los días. Si lo tengo tan claro ¿por qué las palabras de Jayden me hacen desconfiar tanto? Y ¿por qué voy a contarle lo del contrato?
—Realmente no han roto del todo. Van a casarse.
El silencio de Jayden me hace sentirme vulnerable.
—¿Qué se van a casar? Será que se iban a casar ¿no?
Niego, aún más dolida que antes. Me siento muy pequeña.

—¿Estás con un tío que se va a casar con otra mujer? —Lo miro a los ojos en cuanto escucho su pregunta. Me estudia y espera una respuesta, pero no se la doy y parece alterarlo— Me estás diciendo que Zeus va a casarse con su ex y tú lo permites. ¿Cómo puedes?
—Yo...
No me deja terminar, parece enfadado. Sus ojos están descubiertos desde que nos sentamos en la terraza y se quitó las gafas. El verde esmeralda de sus ojos es tan intenso y oscuro que parece un bosque en llamas.
—¿Tú qué? —Como indignado, saca un billete de la cartera y lo tira sobre la mesa levantándonos a ambos con su ira— ¿Qué tiene él para que aguantes algo tan despreciable, Ava?
Sale de la terraza en largos pasos, obligándome a casi trotar para llegar a su altura. Lo agarro del bíceps para detenerlo.
—¿Qué coño te pasa, Jayden?
Sus ojos se mueven rápidos por mi cara, veo como aprieta los labios y se le tensa la mandíbula, como si estuviera conteniendo alguna barbaridad de la que después pueda arrepentirse. Se separa de mí un palmo, mostrándose ofendido.
—¿Qué me pasa? ¿No lo ves? —Ahora se acerca un palmo y medio, dejando que su perfume se cuele por mi nariz— Yo puedo darte mucho más que toda la mierda que Zeus te ofrece y aun así lo prefieres a él.
Abro los ojos muy sorprendida por lo que acaba de decirme. A pesar de la seriedad de la situación, me es inevitable no imaginar a Jessica delante de nosotros gritando un «te lo dije» más grande que esta ciudad. Cierro los ojos con fuerza, soltando el aire que he aguantado en los pulmones al escucharlo.
—Jayden, sabes que lo quiero. Pensaba que eras mi amigo.
Se lleva un puño a la frente, como si acabara de darle la peor noticia de su vida. Cuando lo baja y lo deja a un lado de su cuerpo, niega con la cabeza.
—Y lo soy, pero eso no quiere decir que no esté coladísimo por ti. Me gustas, Ava, y...
—No, Jayden, no sigas. —No puedo soportar que siga diciendo nada parecido.
—Pero es la verdad, joder. Me gustas desde que te vi y tú estás con él, que se va a casar con...
—Te lo pido por favor, Jayden. Si no quieres seguir siendo mi amigo lo entiendo, vete, pero si quieres que sigamos manteniendo el contacto deja de machacarme. ¿Crees que no me duele lo bastante como para martirizarme yo sola?
Se queda en silencio, mirándome de arriba abajo y creo que va a irse cuando me acerco al borde de la acera para mandarle mi ubicación exacta a Marc porque quiero que me recoja. Pero Jayden vuelve a sorprenderme apareciendo a mi lado, mirando a ningún punto fijo en el otro lado de la calle. Cojo aire, aliviada porque no se haya ido.

Capítulo 12

Ava

Cuando Marc llega a la acera y detiene el coche para que me suba, le echa un vistazo a Jayden que me resulta agradable. Es una mirada de sobreprotección y desconfianza que cualquiera echaría a la novia de su amigo si la encontrara con otro hombre. Más si ese hombre es Jayden, del que estoy segura Zeus le ha hablado.
—Nos vemos, Jayden. —Creo que eso tardará en ocurrir.
—Hasta otra. —Otra muy lejana.
Me subo al coche y cierro, viendo a Jayden observarme a través del cristal tintado del todoterreno. Marc tarda dos segundos en meterse entre el tráfico y llevar una conducción tranquila.
—No es lo que parece. —Me explico mirando al espejo retrovisor, por el que sus ojos se clavan en mí.
—No he dicho nada.
—Lo sé, pero quería dejarlo claro.
Un silencio de apenas medio segundo es el que se hace en el coche antes de que vuelva a hablar.
—Sé que eres de fiar, Ava. Zeus está en buenas manos.
Aunque no le digo nada, sus palabras hacen que me olvide de la nefasta mañana que llevo. Vuelvo la cara hacia la ventana y me pierdo en mis pensamientos lo que queda de trayecto. Cuando el coche vuelve a detenerse, me bajo.
—Voy a cambiarme y necesito que me lleves a mi apartamento, por favor.
Marc baja su metro ochenta y cinco del coche y me mira desde arriba.
—Aquí estaré. —Se apoya en el coche y cruza los brazos sobre el pecho.
Sin decir nada más, subo las escalerillas que conducen al edificio y entro en el lujoso vestíbulo. El recepcionista me saluda seriamente y voy al ascensor. Pulso la undécima planta y saco mi móvil del bolsillo.

Estoy en tu apartamento, me cambio y Marc me llevará al estudio.

Espero unos segundos y la respuesta llega a mis notificaciones.

Nuestro, por favor.
¿Tan pronto? Pensaba que tenías trabajo a la una.

Me cosquillea el vientre al leer ese nuestro y que se haya acordado de la hora a la que tenía la

cita. Es adorablemente adorable.
Las puertas del ascensor se abren, salgo al pasillo, de paredes color claro y suelo de madera oscura, en el que se encuentran dos puertas más a parte del apartamento de Zeus.
Quiero ir preparando el escenario y de paso iré a ver a Marga.
Entro en el piso donde llevo viviendo casi un mes y dejo mis cosas sobre la mesita que descansa en el lado izquierdo de la puerta de entrada. No hace falta que encienda la luz, cojo el mando pequeño que hay junto a mis llaves y las persianas se suben. Este apartamento es precioso.
Mi teléfono suena.

Está bien, honey.
Dale recuerdos a Marga de mi parte.
Si puedes quítale algún dulce casero.

Mi risilla suena por toda la estancia vacía. Zeus se ha vuelto fanático de los dulces de Marga.
Voy a nuestra habitación, cojo ropa limpia y me meto en el único baño de la casa, pasando antes por nuestro vestidor. Cuando dejo la ropa sobre el lavabo, abro el chat de Zeus.

Se los daré, ahora voy a la ducha.

Me desvisto, abro el agua y meto la ropa en el cesto. Mi móvil suena tan rápido que me planteo la posibilidad de que Zeus no trabaja cuando va al hospital.

Joder, ojalá estuviera allí.

Tecleo, presionando la pantalla más de la cuenta.

Probablemente, si estuvieras aquí haríamos cualquier cosa menos ducharnos.

Lo imagino morderse el labio con fuerza al leer mi mensaje. El vientre me hormiguea al ver que llega otro.

Ahora tengo que trabajar, nena.
Pero ten por seguro que me voy a comer el dulce en cuanto llegue a casa.

Su nena, es todo lo que necesito para saber cuánto me desea. Con una sonrisa en los labios, entro en la placa de ducha que tiene al otro lado del cuarto de baño separada por un gran ventanal en la pared de la bañera de diseño en la que más de una vez nos hemos bañado juntos.
Veinte minutos más tarde, vuelvo a estar en el ascensor para salir del edificio. Al bajar las escaleras cortas que he subido antes, llego hasta Marc, que está casi de la misma postura que cuando lo dejé. A veces me preocupa que tenga poca vida social. Se lleva gran parte del día pendiente de Zeus y de mí, satisfaciendo cada petición de desplazamiento que tenemos. Dirás, es su trabajo, pues sí, pero creo que el trabajo de chófer es una mierda.
—Rompes todos los esquemas, solo has tardado veinte minutos.
—Soy rápida, además tengo trabajo.
Sonriente, Marc me abre la puerta de atrás y yo me subo en el coche, deseosa de llegar cuanto antes a mi destino. Pero como no solemos tener lo que esperamos, el tráfico nos hace tardar media hora en llegar. Por suerte, Marc puede aparcar justo delante de la entrada del callejón y, como siempre, se baja y me abre la puerta antes de que pueda hacerlo yo.

—Terminaré sobre las tres, igualmente te llamaré.
—Te esperaré en el coche.
Me detengo al escucharlo y me vuelvo hacia él.
—No vas a esperar en el coche. Vete a tomar un café o algo.
—Tengo que esperar aquí. Es mi trabajo.
—Que mierda de trabajo tienes, de verdad te lo digo.
Marc suelta una carcajada ante mi opinión y se deja caer sobre la puerta del conductor. Lo miro unos segundos y luego voy al edificio, no tengo nada que hacer para que entre en razón. Casi al llegar a la puerta, una mujer delgada y morena sale del callejón, llamando mi atención. No me lo pienso y la hago girarse, pero no es ella. Con el corazón a mil por hora, la suelto y dejo que se vaya, luego me miro la mano que me tiembla por los nervios.
—Ava, ¿Qué ha pasado?
Madison está a mi lado, seguramente haya visto como he agarrado a esa mujer y se habrá asustado, por el rabillo del ojo veo que Marc se ha acercado, pero se ha vuelto al ver a Maddie conmigo y ahora nos observa desde el coche.
Cojo aire disimuladamente para volver a inventarme algo.
—Nada, solo quería saber si estaba bien. Esa mujer tenía muy mal aspecto.
Maddie me escanea, con esos ojos color miel que tan bien se ven por su forma almendrada. Lleva dos moñitos bajos y algunos mechones sueltos, le queda muy bien el peinado. No lleva maquillaje, a excepción de una larga línea marrón clara que rasga aún más sus ojos, a juego con el color de su camiseta ajustada que lleva por dentro del pantalón de talle alto de color negro. Nunca me cansaré de decirle lo guapa que es.
—¿Nunca has pensado en quitarte algún pendiente? Especialmente de la cara. —Esto también se lo diré mil veces.
Asiente y se señala una ceja con el dedo, exactamente donde antes había un piercing plateado de dos bolitas.
—Me he quitado este, no porque me lo digáis constantemente, sino porque ya no me gusta tanto. El del labio y la nariz me gustan.
Miro la argolla que divide su labio inferior en dos, no le queda tan mal la verdad. Pero creo que le queda bien porque lo tiene grueso y es como si la argolla se enterrase en él. Me río flojito, si a ella le gusta a mí también. Antes de que entremos miro un momento a Marc y luego a ella de nuevo.
—¿Puedes ir e invitarlo a entrar y que me espere en el vestíbulo?
Madison se pone roja como un tomate.
—¿Yo? Díselo tú, es tu chófer.
—Lo he intentado, pero a mí me dice que me esperará en el coche. Debe ser muy aburrido esperar ahí hasta que acabe —Choco mi hombro con el suyo, provocándole una sonrisa—. Anda, ve, hazlo por mí.
El suspiro que deja escapar me pone contenta. Segura de que irá a hablar con él, entro en el oscuro y vacío vestíbulo del edificio de Marga. Totalmente distinto en el que vivo con Zeus, que es enorme, luminoso y está decorado con algunos sofás para quien tenga que esperar abajo. Voy hasta el estrecho pasillito y subo por las escaleras. Me detengo delante de la puerta de Marga y toco con los nudillos.
—Hola, mi niña. Me alegro de verte.
En cuanto veo a la mujer que tan bien nos trata a todos, se me llenan los ojos de lágrimas y me tiro a sus brazos. Añorando a mi tía como nunca. Las manos de Marga me acarician el pelo y la

espalda, y sus brazos me rodean con cariño y afecto. Cuando consigo tranquilizarme, me separo de ella y me limpio las lágrimas.
—He visto a mi madre, Marga. La he visto.
No necesita que le explique que me refiero a Ana para entenderme. Abre la puerta de su casa un poco más y me invita a entrar.
—Tesoro, ha tenido que ser muy duro.
Coloca una tila delante de mí y la rodeo con las manos. A pesar de no hacer frío, agradezco el calor en mis manos heladas. Me mojo los labios mientras observo la fotografía que siempre ha llamado mi atención cuando he venido aquí.
—Son ella y Sandra, ¿Verdad? —Señalo con la barbilla la imagen y Marga asiente mirándola también— Siempre lo he sentido.
—Tu tía quería que fuera un secreto todo el tiempo posible. Ella me habló de cuanto sufrirías si te enterabas.
No digo nada, no tengo nada que decir al respecto.
—¿Por qué tienes tú esa foto?
—Porque quería mucho a tu abuela. Ella, tu tía y yo éramos muy buenas amigas.
—¿Cómo se llamaba? —Doy un sorbo a la tila, calentándome el organismo.
—Sabina —suspira Marga, mostrando el dolor que le causa la conversación. A pesar de eso continúa—. Era preciosa y maravillosa. Tenía un corazón que no le cabía en el pecho, amaba a sus hijas y a tu abuelo por encima de todo.
—Y lo abandonó. Sí, un corazón que rebosaba amor.
Dios, pensarlo duele muchísimo. ¿Seré igual cuando sea madre? Desde luego no quiero serlo pero ¿Y si lo soy? ¿Y si abandono a mi hijo o hija? La sola suposición me parte el alma.
—A veces tomamos decisiones erróneas, pero eso no quiere decir que no tengan perdón.
Miro a Marga mucho más furiosa de lo que pretendía. Pero como la aprecio muchísimo, suavizo el gesto.
—Marga, lo que hicieron ella y su hija no tiene perdón. No son buenas personas.
—No digo que estuviera bien, por supuesto que no. Sé cómo está tu madre, pero dime una cosa ¿De verdad serías capaz de negarle ayuda? ¿Le negarías la posibilidad de la duda y de poder ser mejor y enmendar su error?
No respondo, pues no quiero hablar con el dolor y la decepción borboteándome. Pero estoy segura de que me sería muy difícil darle algo a Ana que no fuera rechazo.
Como Marga sabe que no obtendrá respuesta por mi parte, me coge la mano y me la acaricia. Dándome el cariño y la compañía que sabe que necesito en este momento tan duro y difícil.
Una vez más, el amor me demuestra que no va ligado a la sangre.

Capítulo 13

Zeus

Es la noche del trece de junio y Ava está muy nerviosa. Da vueltas por el apartamento, va como un cohete de allí para allá, hablando hasta por los codos. No es que yo me queje, la mayor parte del tiempo lo estoy pasando apoyado en la encimera de la cocina americana ensimismado en sus movimientos histéricos, sus labios moverse al hablar y esas manos pequeñas que no dejan de bailotear mientras se expresa.
Estoy cruzado de brazos, viendo como saca dos cervezas de la nevera, las pone sobre la mesa pequeña que tenemos frente al sofá y enciende el televisor. No se sienta, se deja caer sobre el respaldo del sofá desde atrás y empieza a buscar algo que ver. Me fijo en su cuerpo, en cada tentador milímetro de su fino y perfecto cuerpo. Ahogo una carcajada cuando mueve la mano cada vez que pulsa en el mando a distancia, quizá piensa que así trabajará más rápido de lo que ya lo hace.
Concentrada, se resbala un poco más sobre el sofá y se inclina de una manera tan sensual que me pongo derecho en un segundo. Bajo los brazos sin darme cuenta. A veces me sorprendo a mí mismo excitándome solo con mirarla, me maravilla lo rápido que actúa mi cuerpo cuando ella está en mi radar. Porque joder, siempre lo está. Es como si tuviera un olor que solo yo percibo y no necesito verla llegar, sé que está. Ava consigue que mi corazón quiera salir de mí para abalanzarse sobre ella, con esos rasgos tan bonitos, tan inusuales como son su tez clara y esos ojazos grises, la melena oscura y unas curvas por las que pasearía las manos toda mi vida.
Me acerco a ella lentamente, sin dejar de apreciarla ni un instante, está tan concentrada que ni se inmuta hasta que dejo mi cuerpo con delicadeza sobre su culo y su espalda. Ava ronronea al sentir mis manos cosquillearle las costillas, estoy segurísimo de que ha movido las caderas para encajar mi nueva erección entre sus nalgas. Sigo con mis caricias por su estómago, levantando un poco la camiseta ajustada que lleva y bajando el elástico de su pijama. Las finas tiras del tanga se ven en cuanto la tela se desliza unos centímetros.
—Me gusta cuando gruñes como un animal.
No me he dado cuenta de que lo he hecho, cuando tengo su cuerpo tan cerca del mío mi cerebro trabaja sin pedirme permiso alguno. La empujo un poco más sobre el sofá, destapando su bonito trasero, redondeado y decorado por un tanga rojo.
Cierro los ojos un instante.
—No puedo evitarlo cuando tengo tal manjar en mis narices.
Sin poder estar más tiempo sin verle la cara, le doy la vuelta y la siento sobre el respaldo. Abre las piernas para hacerme hueco. La agarro de la cintura y paseo mis dedos por su columna.

Desde aquí arriba se la ve jodidamente atractiva. Me deshago de su camiseta y no me sorprende que no lleve sujetador, nunca lo lleva cuando estamos solos. Menos mal que siempre que le veo los pezones duros puedo tirarme a ellos sin ninguna vergüenza o tapujo.
—Eres preciosa, cariño.
—Tú también lo eres, Zeus.
Mi nombre jamás había sonado tan seductor y placentero en los labios de nadie más. Cada vez que lo pronuncia es como si lo hiciera a cámara lenta, como si se recreara en ello más de lo debido y su objetivo fuera tentarme. Me tomo mi tiempo en mis movimientos sin siquiera saber cómo soy capaz, porque tenerla vestida con un tanga rojo hace que mi entrepierna salte dolorida. Subo mis manos por sus caderas, pasando por su estómago y separándose cada una en un pecho, los cuales aprieto, masajeo y cubro con ellas. Notar la montañita rugosa en mi palma me hace darle un lametón en el escote.
Cuando he saciado una mínima parte de mi deseo en sus juguetones pechos subo las manos por sus clavículas, escuchando como gime y suspira, observando cómo se le tiñen las mejillas de color carmín, admirando sus labios entreabiertos para poder aferrarse a un poco de oxígeno.
«Ilusa, pienso robártelo entero en cuanto te bese».
Caliente y muy, muy, babeante, dejo la mano en su nuca y esta vez, sin un ápice de tranquilidad, la atraigo hacia mí para devorarla como a un puto dulce. Muevo la boca sobre la suya llevado por el deseo, le meto la lengua hasta donde puedo pasándola por encima de la suya, por sus dientes y después por sus labios. Y luego vuelta a empezar.
Ava está tan extasiada con nuestros roces y quiere tanto de mí, que los ojos se le ha vuelto oscuros, rapaces y hambrientos. Me encanta la mirada ardiente que me regala antes de deshacerse de mi camiseta y bajarme el pantalón corto de chándal con los pies. Siento una liberación muy satisfactoria cuando mi erección sale de detrás de mi ropa. Más cuando Ava se relame los labios al mirarla.
—Será toda tuya en cuanto yo me haya saciado de ti.
Le sube un escalofrío por el cuerpo y sonríe seductora, enviando con ello un latigazo a todos mis huesos. Empiezo a bajarme a la par que ella abre sus piernas aún más, haciendo que sus pliegues húmedos también lo hagan. Joder, está completamente abierta. Deliciosa. Dejo las manos en sus muslos y, sin dejar de mirar la tormenta peligrosa en sus ojos, acerco mi boca a su sexo.
El calor que desprende me vuelve loco. La voz de Ava susurrando mil obscenidades mientras empuja mi cabeza a ella me lleva a introducirle la lengua. Mi nariz roza su hinchadísimo clítoris y aspiro su aroma. Un olor tan suave y excitante como lo que saboreo en mis papilas gustativas estando entre sus piernas. Le masajeo las nalgas y clavo en ellas mis dedos con fuerza para poder dejarlos señalados.
«Tiene que ser una puta fantasía verle ese culito respingón con mis dedos en él».
Estoy tan excitado, tan desesperado por estar dentro de ella y por lo que me provoca hacerla disfrutar y gozar que me gotea. Lo único en lo que pienso es en llevarla al orgasmo y después hundirme para llenarla de mi semilla y que no pueda retenerla porque se lo he dado todo. Muevo mi lengua con rapidez sobre su botón estimulado, alterándome la sangre sus palabras.
—Sí, madre mía. Follas jodidamente bien con cualquier parte de tu cuerpo. Me vuelves loca.
Gruño sobre sus pliegues, sin dejarla de atender ni un segundo.
—Tócate. Tócate mientras me lo comes, Zeus.
Le beso la entrada de su ardiente vagina y me llevo una mano a mi palpitante erección. Si mi chica quiere que me masturbe, no seré yo quien no le de lo que desea.
—¿Te pone tenerme abierta y húmeda?

Asiento, golpeando y mojando con mi lengua su montañita de estímulos que tanto me gusta. La succiono y saboreo como si fuera lo único de lo que me puedo alimentar.
—Dime cuanto me deseas, Zeus. Dímelo, di…. ¡Zeus! —exclama cuando vuelvo a succionarla. Tiembla como una rama y por eso intensifico mis movimientos, deseoso de bebérmela— Quiero que lo tomes todo.
Joder, creo que no es consciente de lo que dice ni de lo que provoca en mí cada vez que las palabras salen de su sucia boca. La tengo tan hinchada y dolorida que creo que me correré en cuanto se la meta. Como ella y sus deseos son lo más importante para mí, paseo la lengua abierta por su sexo y me froto en ella, intercambiando los movimientos por unos rápidos y circulares. Entonces lo sé. Agarra mi pelo con fuerza y me aprieta contra ella, gritando una y otra vez mi nombre. Noto como me moja la boca y lo disfruto encantado, imaginando ya como me la voy a follar contra la ventana del salón.
—Estas deliciosa, mi amor —La cojo en volandas y la apoyo en el cristal de la ventana—. Ahora voy a follarte fuerte, como sé que te gusta.
Anticipada, se agarra a mis hombros y aprieta sus pies en mi espalda. Mi miembro va solo hasta el lugar que le pertenece y, como si lleváramos toda una vida haciéndolo, la penetro con facilidad. Maldigo por lo bien que se sienta estar dentro suyo. Las paredes se le contraen conforme voy pasando.
Aun así, está hecha para mí.
Contraigo las nalgas en cada embiste y su pelo se adhiere al cristal que empieza a empañarse por el calor que desprende su cuerpo. La muevo tan fuerte y brusco que las tetas le suben y bajan con agresividad. Me llevo un pezón a la boca y se lo muerdo, se lo rozo y se lo estiro consiguiendo que grite una vez más. Me encanta provocarle orgasmos. Noto palpitarme los testículos y las venas, deseosos de descargar en ella todo lo que ya no puedo seguir reteniendo.
Esta mujer es demasiado afrodisiaca para mí, ni fresas ni mierdas.
—¿Estás preparada para que te llene? —Boqueo como un pez cuando sus ojos se entrecierran y se mueve con mis acometidas por el cristal. La penetro con fuerza, queriendo llegar al fondo que sé que es imposible— Contesta, nena.
—Sí…sí…jo…joder.
Mis movimientos apenas le permiten hablar y respirar a la vez, ahora parece que estamos en paz. Yo nunca puedo respirar y hablar con facilidad si ella está cerca. Le sujeto la cadera con una mano y la otra la dejo en el cristal, sintiendo como el orgasmo empieza a llegar a mi cuerpo.
—Claro que te deseo, nena. Lo hago en cada momento y a cualquier hora. Voy a hacerlo por el resto de mi vida…—La respiración se me corta cuando la escucho gritar tan desesperada al llegar a su segundo orgasmo que no puedo hacer más que descargarme en su interior—. No quiero nada más que esto que tenemos. No quiero nada más que no seas tú.
Ava clava los ojos en los míos, respirando todavía agitada y sudorosa. Coge mi cara entre sus manos y las afianza en mis mejillas.
—Te quiero, Zeus.
Al escuchar su confesión un alivio inmenso me recorre de la cabeza a los pies. Como si realmente llevara muchísimo tiempo esperando oírla, como si fuera algo que hemos necesitado durante mucho tiempo y hasta ahora no han querido proporcionárnoslo. Sus palabras me arrebatan el corazón, se lo lleva a su pecho, junto al suyo. Y quiero que se quede ahí, porque jamás querré que esté en ningún otro sitio.
La beso con cuidado, es nuestro ritual desde que nos conocimos, además lo necesito. Me tiemblan las palabras en las cuerdas vocales, pero no porque no las sienta, sino porque nunca las

había dicho de forma tan sincera y a alguien que se las merezca más. Apoyo la frente en la suya y suspiro, totalmente en calma conmigo mismo y seguro de lo que voy a decir:
—Yo también te quiero, honey.

Por la mañana, cuando me despierto, la cama está vacía y me siento de golpe en el colchón. Sigo desnudo porque la noche no terminó en el salón, después de confesarnos algo tan importante, hicimos el amor tantas veces como fuimos capaces de soportar. Me levanto y me pongo unos calzoncillos, no pierdo el tiempo en vestirme, se me contrae tanto el pecho al no verla a mi lado que decido salir a buscarla por el apartamento. Entonces la veo preparando el desayuno.
—Buenos días, Zeus.
No me ha mirado, ha sentido mi presencia. Siendo el hombre más afortunado de la tierra, me acerco a ella y la abrazo por detrás, besándola en la nuca. Suelta una risita y se da la vuelta unos segundos para besarme, luego vuelve su atención a la tortilla francesa que se ha aventurado a hacer para desayunar.
—Buenos días, honey. —Le hablo al oído, conociendo cuanto le gusta, y restriego mi nariz por su pelo aspirando su olor. La entrepierna me cosquillea y ella lo empieza a notar.
—Me encantaría, lo sabes, pero los chicos llegan en unas horas y no quiero que cuando lo hagan estén solos.
Por un momento odio que nombre a otros tíos cuando yo deseo hacerla mía, pero decido tranquilizarme y separarme. Así que pongo los cubiertos y las cosas para el desayuno, para así facilitarle el trabajo, y luego me siento en uno de los taburetes. La miro sin perder detalle mientras llena la cocina de luz y de vida haciendo una simple tortilla para desayunar. No puedo ni imaginar que sería de mí y de este apartamento si algún día Ava no estuviera conmigo. Aunque es imposible que eso pase.
Me llevo un trozo de tortilla a la boca cuando me la pone en el plato, acompañada con una tostada de pan de centeno y un café.
—Me vas a malacostumbrar. —bromeo moviendo los ojos sobre sus movimientos hasta que se sienta a mi lado y empieza a comer de mi plato.
—Es un desayuno común, seguro que estás acostumbrado a comer mucha más calidad.
Se lleva otro trozo a la boca y bebe de mi taza. No sé si no se ha hecho su propio desayuno por pereza o porque ha estado picoteando mientras cocinaba, pero sea cual sea la cuestión, acabo de darme cuenta de que me encanta que coma de mi plato y beba de mi café.
—Anoche fue la última vez que lo hice.
Ava me mira con sorna y choca su hombro con el mío en un movimiento tan relajado y casual que se los rodeo con el brazo para atraerla hacia mí. Me mira con ojitos de cordero y a mí me quema la piel porque sé qué significa esa mirada.
—Nena…. —La voz se me pierde en su boca y ella me besa con ansias, pero se separa.
—No, no.
—¿No, no, qué? Ven aquí, deja que bese a mi bonita novia.
Se ha levantado y se dirige a nuestra habitación, la persigo y me reúno con ella frente a la puerta del cuarto de baño.
—¿Huyes de mí, honey? —Mi voz es juguetona y se ríe nerviosa cuando voy a avanzar.
—Es que siempre que me llamas así es porque estás excitado, y no quiero llegar tar…. —La cojo en brazos y me la echo al hombro—¡Ah!

Su risa se oye por todo el apartamento. La dejo sobre la piedra que sujeta el lavabo y me pongo entre sus muslos, apretándola contra mí. Me detengo un momento a mirarla…cuanto la quiero.
—Vamos, nena —ronroneo más de la cuenta ese apelativo y ella ahoga un gemido muy sensual en un intento nefasto de no rozar su humedad contra mí—. Será rápido.

Capítulo 14

Zeus

Tengo que concienciarme de que son sus amigos y no se despegarán de ella ni un segundo. Estarán revoloteando a su alrededor el mayor tiempo posible porque bueno, hace meses que no se ven y es absolutamente normal. Así que tengo que procurar pasar unas semanas de puta madre con los amigos y haciendo feliz a Ava.

—Ahí están.

Estaba mirando al frente, pero por alguna razón, quizá porque mi cerebro no deja de imaginar situaciones extrañas entre Ava y el abogado de los cojones, no estaba realmente mirando a ningún sitio. Sin embargo, en cuanto escucho la advertencia de Peter, enfoco a Ava y Jessica correr hacia un mogollón de gente y perderse entre ella. Mantengo la calma, al menos lo intento, pero maldigo al sentir que flojeo.

¿Dónde está la seguridad que he tenido siempre?

A la misma vez, Peter y yo empezamos a caminar en la dirección en la que nuestras parejas han corrido en busca de sus amigos y varios metros más adelante los vemos a los cuatro. Como no, el abogado se enrosca a los hombros de Ava y ella le rodea la cintura. Aunque suene a cabronazo, me alivia ver que el sensato estrecha a Jessica y escuchar como Peter gruñe molesto.

Suelto una risa cuando veo como los escanea con su mirada glacial. Las chicas parecen muy efusivas al hablar, mientras ellos parecen realmente interesados en lo que les están contando. Me recuerda a Peter y a mí. Aun así, me siento en tensión. Pero como he dicho infinidad de veces, Ava consigue que todo mi ser se doblegue y cambie totalmente de parecer, por eso, cuando sus ojos se clavan en mí y arrastra a sus amigos hacia nosotros para presentarme con un tono de orgullo en la voz, todo en mí se relaja.

Joder, me quiere. Tengo que mantener la calma.

—Chicos, este es Zeus. Mi novio.

Madre mía, me inflo como un pavo en segundos. Alargo la mano hacia los dos hombres altos y corpulentos que tengo delante y los escaneo rápidamente, notando a leguas que son más jóvenes que yo. Me gusta la seguridad que desprenden, mayormente el abogado, que me enfila con la mirada sin importarle la cara de tiburón hambriento que acabo de entornar.

—Lucas Blanc, encantado. —Después de la mía, su mano pasa a la de Peter.

Jessica se apresura con una sonrisa a agarrar el brazo de Peter. Espero que ella no lo llame a él tigre o algo por el estilo.

—Amorcito, estos son Hugo y Lucas. Chicos, este es Peter.

Todos nos damos las manos y yo recibo con una sonrisa el saludo de Hugo. Una vez nos

conocemos, nos vamos a los coches. Marc nos espera fuera del mío, hablando con Mike, el chofer de Peter, con el mismo atuendo de siempre que está trabajando; pantalón negro, polo de mangas cortas y gafas de sol oscuras.
—¿Cómo está tu madre? Estoy segura de que estará a gusto en mi casa.
Ava camina agarrada a mi cintura, pero totalmente concentrada en el sensato que no deja de mirarla mientras habla. Al otro lado Jessica ríe a mandíbula suelta con el otro.
—Va mejorando, pero tiene altibajos. Ya sabes cómo va esto, hoy está como una rosa y mañana no se levanta de la cama. —No sé qué le pasará a su madre, pero por unos segundos su sufrimiento lo siento yo al recordar a la mía.
—Bueno, chicas, ¿Dónde nos vais a llevar primero?
La voz firme del abogado se abre entre todos, captando la atención de ellas. Echo una mirada rápida a Peter, pero parece mucho más relajado que yo. Y si no, lo está ocultando de maravilla. Como se quedan hablando los cuatro, al final ellos caminan por detrás cuando llegamos a los coches y tenemos que esperarlos. Se acercan entre risas, medio abrazados y felices. Ava está feliz. «Venga, que yo sé que me adora a mí y le encanta que le susurre al oído. No tengo de qué preocuparme».
Cuando estamos juntos, decido poner en marcha las vacaciones que he planeado para que Ava pueda disfrutar de dos semanas increíbles.
—Vamos, os llevaremos a tomar algo a una cafetería y luego podemos ver cómo nos organizamos.
Hugo asiente, cogiendo de nuevo la maleta de ruedas de color azul que trae y se muestra receptivo. Por otro lado, el abogado me entrecierra la mirada y luego coge sus cosas, colocándose junto a Ava. En cuanto ella lo mira, el rubio se relaja. Demasiada confianza.
—Venga —dice el abogado mirándonos a todos— ¿cómo nos repartimos?

⚡⚡⚡

Marc conduce con Lucas a su lado, que de vez en cuando nos mira con una sonrisa cuando ve algo que le gusta por la ventana. Charla demasiado, tanto que hasta Marc parece hacerlo más de la cuenta. Congenian, he visto a Marc reírse más veces que en todo el tiempo que lo conozco. Eso me hace pensar en que puede que haya tanta tensión entre nosotros porque yo he entrado de esa manera, iba ya con el pensamiento de comérmelo si estaba cerca de Ava, sin pensar en la probabilidad de que él se preocupe por ella como lo hago yo.
—¿Dónde vamos? —Me pregunta Ava, dejando la cabeza en mi pecho. Veo a Lucas sonreírme al ver su gesto.
—¿Qué te parece Central Park? Fue uno de los primeros sitios que visitaste y te encantó. Seguro que a ellos también.
Se le ilumina la cara y los ojos, sé cuánto le gusta ir allí y por eso mismo lo he propuesto. Me abraza efusivamente y yo la rodeo con un brazo, después acerco mi boca a su oreja y se la beso.
—Te quiero, honey. —Lo susurro, para que quede entre ella y yo. Creo que ya no podré dejar de decírselo nunca.
—Lo sé, y yo a ti.
Nos miramos unos segundos, hasta que nos interrumpen molestamente.
—¡Eh! Joder, esto es una puta pasada, tíos.
El abogado le da toques en el brazo a Marc y Ava se ríe con sus palabras. Luego mira hacia mí, llamando toda mi atención.

—Te caerá bien, relájate, cariño. Necesito que os llevéis bien, sois todos muy importante para mí.
Al escucharla pienso en su pasado y en lo imprescindible que han tenido que ser sus amigos para ella en momentos difíciles. Ava bromea con Lucas, sin percatarse de que la observo con detenimiento, intentando descifrar por qué no habla conmigo acerca de su madre bilógica.

En cuanto Central Park aparece delante de nosotros noto como Ava se inquieta. Parece una niña pequeña llegando a un parque de atracciones. Estoy sonriendo al verla cuando Marc detiene el coche y ella salta fuera, librándose por los pelos de que un taxi se la lleve por delante. El claxon que la advierte parece resonar en mis oídos a pesar de que ya ha desaparecido.
—¡Ava! —grito fuera de sí, aterrado por lo que acabo de presenciar.
Voy como una bala hasta ella y la llevo a la cera por el brazo. Joder, tengo el corazón a mil por horas. Pero, como si no se diera cuenta del susto que me he dado y de que parece que todos lo han visto, me mira mal, molesta por mi tono y mi forma de agarrarla.
—Guapa, relájate —El abogado se acerca a nosotros, aumentando el cabreo que llevo, pero consiguiendo que sus músculos se relajen bajo mis dedos—. ¿Qué esperas? Nos has dado un susto de muerte, entiéndelo.
Me lo quedo mirando, al igual que él a mí, y le agradezco el gesto moviendo la cabeza. Como estoy alterado y no quiero discutir con nadie, no pongo impedimentos cuando se adelantan a nosotros. La veo mover las manos, seguramente quejándose de mis modos. Poco después, veo como Jessica y el sensato pasan delante de mí para unirse a ellos.
—Se me han puesto los huevos de corbata. Esta mujer acabará conmigo.
Escucho tres tipos de carcajadas y me doy cuenta de que lo he dicho en voz alta. Al girarme, me encuentro con Marc, Peter y Mike riéndose de mi sufrimiento. Cierro la puerta de un portazo, cortando la risa de todos y empiezo a caminar hacia el parque.
—Vamos tío, relájate. Disfruta de estas semanas.
Noto la sorna en la voz de Peter y lo fulmino con la mirada, no estoy para tonterías. Me meto las manos en los bolsillos y me quedo por detrás, lo que menos me apetece es joderle el día a Ava con mi cabreo.
Desde luego a ella parece darle igual que yo no me acerque, llevamos toda la mañana enseñándoles las zonas más bonitas y frondosas del parque a sus amigos y ni siquiera me ha mirado apenas unos segundos. Esta muy concentrada en cuchichear con el abogado y reír con el sensato.
En cambio, Jessica reparte su atención, de vez en cuando se acerca a Peter y le da un abrazo o un beso rápido, como si no quisiera que él se olvidase de ella. Peter respira hondo cuando recibe el abrazo y sonríe cuando se aleja. Me mira con la intención de regodearse, pero debe ver mi gesto y decide cerrar el pico.
Sigo caminando, disfrutando de las vistas y el aire, aunque el sol pique un poco. Hemos pasado por delante del Harlem y Ava ha hecho algunas fotos con el móvil. Bueno, ella y sus amigos. Peter y yo hemos visto demasiadas veces esto como para fotografiarlo cada vez que vengamos.
Cuando la hora de comer está cerca, decidimos pararnos en un restaurante muy bonito que tiene mesas fuera y, sin dejar de hablar, el grupo de amigos se dirige a una mesa y yo sigo el último, pero ya no tan enfadado. Ahora estoy frustrado por la ignorancia de Ava. Al menos me consuelo al tenerla sentada a mi lado.

—Oye, Zeus —Miro al sensato, que tiene apoyado los codos en la mesa para dirigirse a mi—. Ava me ha comentado que eres un cirujano muy famoso en la ciudad.
La miro unos segundos, no me considero famoso, simplemente reconocen mi gran labor. Lo veo totalmente diferente.
—Bueno, famoso no lo llamaría yo. Hago bien mi trabajo, al menos me esfuerzo para ello. Mi familia siempre ha estado en el mundo de la sanidad. Mi padre era cirujano.
—¿Era? Lo siento, tío.
—No seas ceporro, Hugo —Miro a mi chica, que al escuchar a su amigo ha colocado una mano en mi muslo por si me afectaba la insinuación—. Sufrió un infarto y ya no ejerce. Pero James sigue vivo.
Lucas suelta una carcajada inocente, con el único motivo de reírse de su amigo y me contagia.
—Hugo, no se te puede sacar de casa.
—Vete a la mierda, soplagaitas.
El sentado y el abogado se insultan amistosamente mientras todos los miramos entre sonriente por la confianza entre ellos y algo cohibidos por los gritos que dan mezclando idiomas por la efusividad del momento.
Cuando la conversación se centra en los negocios de Peter y el próximo restaurante que quiere abrir con Jess, me concentro en una ramita que se ha caído sobre la mesa. La cojo entre mis dedos y esta se rompe con un sonido suave, pero doloroso.
—Odio que estemos enfadado.
Sonrió sin mirarla, sintiendo el calor de su barbilla en mi hombro y sus ojos en mi cara.
—Yo no estoy enfadado.
—Pero me has hablado muy mal. —Lloriquea Ava, consiguiendo que gire la cabeza para mirarla.
—Me has asustado, honey. —Guardo un mechón rebelde detrás de su oreja.
—Lo sé, lo siento.
Saboreo su disculpa y el tono de su voz. Me acerco a ella y le doy un beso en los labios, los he echado de menos estas horas. Cuando el beso se alarga unos segundos más, todos nos aplauden en la mesa y Hugo silba un par de veces. Al final nos separamos entre risas y le acaricio la mejilla antes de volver con el grupo.
—Me gusta verte feliz, guapa, te lo mereces más que nadie. No es justo que sufras por ella.
Lucas, que está al otro lado de Ava, ha pretendido susurrárselo al oído pero lo he escuchado perfectamente. Sus palabras me tornan tenso y noto como mis músculos se contraen. A ella también le ha cogido de sorpresa la confesión de su amigo y, aunque no la estoy mirando, sé que me echa un vistazo de reojo.
Estoy seguro de que el abogado se ha referido a su madre biológica, ¿Es que sigue teniendo contacto con ella? ¿Habrá querido encontrar a Ava? La incertidumbre no hace más que marearme la cabeza con dudas y preguntas sin respuestas.
Me jode, me jode mucho que el abogado pueda decirle palabras de aliento mientras Ava piensa que yo no sé nada. Hace semanas que me enteré y no ha tenido ni la intención de contármelo. Me siento excluido de su vida, es como si todos supieran lo que la atormenta menos yo.
Los observo uno a uno, ríen, charlan, bromean y a mí lo único que me apetece es levantarme y poner las cartas sobre la mesa. Vociferar que me cuenten de una puta vez que saben ellos y yo no. Exigirle a Ava que confíe en mí y se apoye en mí. Pero intento amansar mi ira cuando se deja caer sobre mi cuerpo sin dejar de hablar con los demás, su espalda está sobre mi brazo, moviendo las manos como siempre hace y hablando maravillosamente sobre cómo le va la vida

en la ciudad.

Mi intención es pasar estas cortas vacaciones en la casa familiar, pero como también quiero enseñarles algunos sitios turísticos prefiero aplazarlo y pasar allí una semana en vez de dos. Por eso, unas horas después, estoy en el apartamento de Ava ayudándola a ella y sus amigos a meter las cosas en la habitación.
Jessica ha ofrecido su casa, pero se han negado porque no quieren invadir la privacidad de ella y Peter.
—No me digáis que no ha quedado genial.
Lucas y Hugo persiguen a Ava en el tour que les está haciendo para mostrarle cada espacio reformado. Les explica cómo ha elegido los muebles, dónde, lo liosa que le ha parecido la obra e infinidades de cosa que, por las caras de sus amigos cuando ella no los mira, está dándoles la vara. Pero agradezco que ninguno la interrumpa y la escuchen con atención.
—¿Cuánto hace que os conocéis? —Le pregunta Peter a Jessica.
Nosotros tres estamos apoyados en uno de los ventanales del salón, el cual ahora es un espacio amplio en el que Ava hace fotos. Miro por la ventana, a la espera de escuchar la respuesta de Jessica, y veo en la calle a Marc hablando con Madison cerca del coche.
—A Hugo desde que somos unos niños, nos conocimos en el internado. A Lucas de hace unos meses. Ava nos lo presentó cuando lo conoció en la notaría, es el abogado de su familia.
Subo las cejas, tanto que pueden unirse perfectamente con el nacimiento de mi pelo. No tenía ni puta idea de ningún internado. ¿Ava ha estado interna? Joder, esconde más de lo que pensaba. Parece que nos hemos intercambiado los papeles, ¿Qué se supone que tengo que hacer ahora?, ¿Rogarle que me cuente todo?
—¿Dónde dices que os conocisteis? —pregunto, a pesar de haberla escuchado perfectamente, sin quitarle ojo a la morena que está poniéndome de muy mal humor.
—En el Valle. En Madrid, en la zona que vivimos, es una costumbre. Normalmente terminamos los estudios allí, aunque cuando cumples la mayoría de edad puedes cambiar de instituto o buscar otra universidad.
La miro perplejo, muerto de la ira y tengo que apretar los dientes, conteniéndome una vez más. Lo que más me enerva, es que Jess da por sentado que su amiga ha sido totalmente sincera conmigo, por eso no se corta a la hora de soltar información. Peter debe haberse dado cuenta de que yo no sabía nada porque se levanta y llama su atención.
—Gatita, necesito una cosa de casa. ¿Puedes acompañarme a buscarla?
—¿El qué?
—Una cosa, cariño. —Insiste.
Jessica me mira, con sus ojos claros entornados y luego los pone en blanco con un gesto gracioso.
—No es capaz de hacer nada sin mí.
Aunque su frase me hace gracia, tengo que obligarme a poner una sonrisa en mis labios.
En cuanto desaparecen, fijo mis ojos en el cuerpo que no deja de moverse de un lado a otro mientras habla efusivamente, aterrado por empezar a pensar que no conozco tan bien a Ava como creía.
En cierto modo me pongo en su lugar, yo le he ocultado muchas cosas por miedo a que me dejase. Pero ya debería saber que no voy a irme a ninguna parte sin ella. Debería saber que puedo

ayudarla en absolutamente todo lo que necesite.
Y si Ava no es consciente, tendré que recordárselo sutilmente hasta conseguir que confíe en mí.

Capítulo 15

Ava

—Malcolm no deja de decirme que quiere quedar, ya no sé qué más decirle para darle largas. Al final se va a cansar y perderemos la oportunidad.
Madison, Jessica y yo estamos asomadas a la pantalla del móvil de Jess, que muestra la imagen de Malcolm en una playa. Llevamos hablando con él desde hace semanas, no queríamos mandar a Amber a la boca del lobo, y por lo que hemos conocido no parece sospechoso, así que hemos decidido quedar una noche de la semana que viene con él en un bar que está en la misma calle del Pure Fire. Así aprovechamos y salimos de fiesta que nos hace falta.
—¿Quién es ese? —Me vuelvo en mi asiento y veo a Lucas sin camiseta asomándose entre nosotras— ¿A eso os dedicáis cuando estáis solas?
—¿A qué? ¿Qué hacen? —Hugo lleva unos pantalones cortos de deporte y una camiseta de tirantes, dejando sus brazos totalmente descubiertos.
—Mira, tío. Están acosando a un hombre en Tinder. ¿No quedáis satisfechas con vuestros novios?
Lucas me guiña un ojo y deja un brazo en mis hombros, dejándose caer sobre mí. Clava un dedo en mis costillas y me hace soltar una carcajada.
—No seas burro, como Zeus te vea te arranca la cabeza. —Le advierto sin dejar de reírme.
—Bah, no tiene nada que hacer contra mí. Lo sabe muy bien.
Suelta una risa y se aparta de encima. Lucas siempre está diciendo cosas así, nuestra amistad es muy transparente, y no tenemos vergüenza al decirnos nada porque no existe nada más que amistad entre nosotros. Por eso nunca me incomodo con sus comentarios insinuantes, ni sus guiños, ni sus cosquillas.
—Es un perfil que le hemos creado a otra de nuestras amigas. Se llama Amber y no sale con alguien desde que su novio murió. —Explica Jessica, enseñándole la pantalla a Hugo. Éste silba, llamando la atención de Lucas.
—Joder, que follable está esta mujer. —exclama el rubio con el teléfono de Jessica en las manos.
Abro los ojos, imaginándome sin querer a Lucas con Amber en la cama. Sacudo la cabeza, haciendo que Madison y Jess se rían.
—Es la hermana mayor de Zeus. —Lucas centra su atención en Maddie, como si no la hubiera visto bien cuando se la hemos presentado.
—Aun así, está muy buena.
Todos miramos a Hugo, incluso Madison que no lo conoce, sorprendidos por su confesión. Rara vez hemos escuchado a Hugo hablar tan abiertamente de que alguna mujer llame su atención.

Créeme, es un comentario muy simple, pero viniendo de él es demasiado llamativo.
—¿Qué? —vacila, dejándose caer sobre la encimera.
—Nada, nada. —concluimos nosotros tres al unísono. Él se encoje de hombros.
Para cambiar nuestra atención de Hugo a Amber nosotras empezamos a explicarles nuestras intenciones. Les explico lo que le ocurrió al padre de los niños y lo que queremos hacer para que ella conozca a Malcolm. Como era de esperar ellos se animan a ayudarnos, no hay nada que les guste más a mis hombretones que un buen lío que derive a una noche de copas. En medio de la conversación, el teléfono de Hugo suena y se disculpa para hablar con su madre. Lo veo irse a la habitación y luego vuelvo a integrarme en lo que Jess nos cuenta de sus prácticas, ha decidido irse en agosto.
—Estoy muy orgullosa de vosotras, guapas. Quién me iba a decir a mí que tendría en mi vida a dos mujeres tan admirables.
Un ohhh grupal suena entre nosotros, incluida también Maddie, y le damos un abrazo amoroso a Lucas. Madison sonríe y se aparta para echarle un ojo a las plantas que me ha colocado en la estantería de hierro que puse junto al ventanal.
—¿Qué hacemos hoy? —inquiere Lucas, cogiendo un refresco de naranja del frigorífico. Cuando no está bebiendo una copita de vino o una cerveza, está con la Fanta.
—Yo tengo que pasar por la tienda, Carl quiere hacer una entrada de temporada y estamos preparándolo todo.
—Seguro que os va genial. ¿Cómo le va en París? Hace días que no hablo con él.
Jessica coge su teléfono de la encimera y empieza a toquetear la pantalla, después me enseña algunas fotos de Carl con gente que parece muuy importante, en cenas e incluso en un taller de costura con montones de telas a su alrededor.
—Lo poco que sé de él es a través del grupo de compañeros de trabajo que tenemos. También hace días que no hablo con él. Pero por las fotos creo que le va genial.
Carl decidió hace un mes marcharse una temporada a París cuando encontró la oportunidad de abrir otra tienda de ropa. Por lo que nos contó, es un proyecto muy arriesgado en el que va a invertir muchísimo dinero y tiempo. Por ahora parece irle bien, la última vez que hablé con él me contó que estaba poniendo a punto el local y ampliando la plantilla. Me alegré un montón, es un hombre muy constante que ama la moda, estoy segura de que le irá genial.
—Bueno, pues vamos todos. Así conozco donde trabajas. —interviene Lucas de nuevo.
Jessica nos mira a Maddie, que sigue con las flores pero pendiente de nosotros, y a mí, como queriendo decir que hemos encontrado un plan para este mismo momento. Para confirmarlo, me levanto y cojo el bolso, dándome cuenta de que Madison ya está a mi lado.
—Huguito, venga, que tenemos que salir.
No tarda en hacerlo, pero todavía sostiene el teléfono delante de la cara. Cuando está en el salón, todos, excepto Madison, nos acercamos para saludar a su madre. Ella sonríe ampliamente en cuanto nos ve y mi madre aparece por detrás. He hablado con ella cuando me levanté, pero siempre me alegra verla.
—¿Dónde vais? —Se sienta al lado de Dolores, la madre de Hugo, y parece contenta.
—¡Sonia! Que alegría ver siempre esa cara bonita.
—Ay, Lucas, hijo de mi vida. Quien diría que eres nuestro abogado.
—Dime, ¿Dónde vas a encontrar a otro tan buenorro? —Le doy con el codo en las costillas por su poco filtro y él se la acaricia sin dejar de enseñar los dientes en una sonrisa— Que hija más bruta tienes, me voy a quitar de su lado antes de que me rompa un hueso.
Entre risas, y después de despedirnos de mi madre y Dolores, salimos del apartamento, dejando

que Hugo continúe su charla hasta que salimos a la calle. Sin dejar de bromear y contarnos cosas, los cinco salimos del callejón y me siento extraña no viendo a Marc esperándonos. Seguro que estará en la puerta del hospital, esperando a que Zeus salga de la reunión a la que ha tenido que asistir. Por cómo ha salido de casa, parecía muy importante.
—Esto es una pasada —comenta Hugo echándonos un brazo por los hombros a Jessica y a mí—. Volvemos a estar juntos.
—Es mejor aún, ahora también estoy yo. Y esta monada de aquí.
Madison se pone roja como un tomate cuando Lucas la piropea, más cuando la rodea con un brazo. Caminamos entre la gente, riendo como el grupo que somos de amigos que se adoran, sin importarnos quien nos mire o nos tache de locos por reír casi a gritos.

⚡⚡⚡

Cuando pasamos el tiempo con personas que nos hacen sentir bien, se nos pasa volando. Tener a Hugo y Lucas conmigo me hace muy feliz, arrastran con ellos un trocito de mi tierra, la cual extraño cada día. Traen con ellos nuestra cultura y costumbres, nuestra forma de hablar y esa frescura que nos acompaña siempre. Ahora que ellos están aquí, es como si yo me hubiera ido a Madrid de vacaciones.
Nos lo hemos pasado tan bien acompañando a Jessica en la tienda y ayudando a decorar, porque Lucas tiene un don de gente tan increíble que se ha ganado a los compañeros de Jess, que nos han permitido ayudar con el trabajo. Ahora estamos descansando en una terracita, pero no en una cualquiera, sino en una de las de Zeus. He querido enseñarles el lugar a mis amigos, orgullosa del hombre con el que estoy. Pero la sonrisa se me congela cuando veo a Cristal salir del interior.
—Vaya, reunión de pastores —Habla en alto, pero su mirada está fija en mí—. No sé cómo lo haces, pero siempre que te veo estás rodeada de hombres guapos y no solo me refiero a mi prometido.
Me levanto de un salto haciendo que nuestras bebidas salpiquen desde los vasos, preparada para arrancarle los pelos justamente, pero Madison me agarra de la mano. Lucas está de pie, serio e impasible, escaneando a la rubia y luego centrándose en mí. Pone una mano en mi hombro y me hace sentarme.
—Dios, que fiera. No sé porque me sorprende lo vulgar que puedes llegar a ser sabiendo que te follaste a mi prometido en un sucio cuarto de baño. Pero claro, no puedes darle nada mejor, ¿no?
—Cállate de una vez, perra.
Cristal da un brinco al escuchar a Jess y se ajusta el bolso en el pliegue del codo, levantando la mano en la típica pose pija. La odio, es tan malvada. Quiero gritarle que ella es la menos indicada para hablar sobre vulgaridad, gritarle que no le importó ser fácil a la hora de tirarse al mejor amigo de su novio, pero por respeto a mi amiga decido mascar y tragar. La miro enfadada, rabiando por dentro por todo lo que quiero hacer y decir, sin un ápice de futura compasión por ella.
—Será mejor que te vayas, rubia. No quieres problemas con ninguno de nosotros, mucho menos con un abogado que puede hacer que pierdas tus pertenencias más preciadas.
Cristal abre los ojos como platos, arrastrándolos por cada uno de nosotros, pero concentrándose en el hombre que acaba de amenazarla de una forma tan concisa que la hace congelarse en el sitio. Antes de erguirse y largarse, barre la zona, buscando alguna persona que haya podido escuchar nuestra conversación. Luego da un paso atrás.
—Eres una insensata al enfrentarte a mí. Escondes demasiado, voy a destruirte.

Sigo escuchando sus palabras, aunque ya no puedo verla por ningún sitio. «Escondes demasiado» ¿Qué sabe ella de mí? Su advertencia, que es más una declaración de guerra que otra cosa, me cala hasta los huesos, haciéndome pensar en Zeus. Pensar en que esa víbora de melena rubia pueda hacer algo que nos haga discutir, inventarse algo para separarnos...
—¿Ha dicho prometido? —La voz gruesa de Hugo me hace levantar la mirada hacia él.
Los ojos fieros de mis amigos se clavan en mí como dagas que quieren atravesarme. Puedo ver el enfado en sus rostros, además de la indignación por enterarse de algo sobre mí por terceras personas. Hugo se acerca a la mesa en una posición interesada por lo que tengo que decir y Lucas ha cuadrado los hombros, con el rostro impasible.
—Sí. —respondo escueta, esperando que puedan hilar ellos mismo y ahorrarme una vergonzosa explicación.
—¿Por qué? —inquiere Hugo de nuevo.
—Porque lo es. —Siento una impotencia tan intensa que me presiona el alma.
—¿Te estas quedando conmigo, Ava?
Niego efusivamente con la cabeza, mordiéndome el labio inferior sin querer mirar a mis dos amigos que han venido desde Madrid a vernos y pasarlo bien, no ha mancharse con mis movidas para luego irse a otro país desde el que no me pueden ayudar. Lo último que quiero es que estén comiéndose la cabeza con mis problemas cuando ellos tienen los suyos propios.
—Joder, que puta mierda, coño.
Miro asustada a Lucas, que se ha levantado de la mesa y se ha alejado para intentar tranquilizarse. Lo sé porque, aunque no lo conozca de toda la vida, lo conozco lo suficiente para saber cómo es. Antes de venirme a Nueva York pasé muchos días con él y compartimos muchas confidencias, por lo que sé perfectamente qué hace dando vueltas calle arriba calle abajo.
Cierro los ojos con fuerza, cagándome en todo lo cagable por mis meteduras de pata. Tendría que haber hablado con ellos y advertirle de lo que pasa antes de que les salpicara en la cara y los pillara de sorpresa. Veo a Lucas acercarse a nosotros de nuevo, atrayendo la mirada de algunas mujeres.
—Cuéntame todo lo que deba saber —exige con el mismo tono que cuando está trabajando, pero a su vez sonando sobreprotector—. Y hazlo de tal manera que no vaya ahora mismo a buscar a tu noviecito para darle una buena paliza.

Capítulo 16

Zeus

Tengo a Máximo sentado delante de mí, lleva un pantalón negro y una camisa blanca que se aprieta contra la barriga que empieza a notársele con el paso de los años, nada que ver con mi padre que está en forma debido a la vida saludable que practica. Él está sentado al otro lado, también frente a mí.
Lleva el pelo canoso hacia tras, perfectamente en su sitio, un polo de marca en color gris y unos vaqueros nada informales. O será que él mismo los hace formales. Es alto, ancho y derrama seguridad y fuerza por donde pasa. Contradiciéndose constantemente al estar tan cohibido con su viejo amigo delante.
Estoy que muerdo a alguien, podría coger la mesa y lanzarla contra la pared si estuviera solo. Máximo me ha hecho salir de la cama en la que me acompañaba mi preciosa novia, amenazándome con contar lo que sabe de Ava a todas las cadenas de televisión. No sé porque quiere hacer tal cosa, no tiene nada de interesante saber la vida privada de una mujer que intenta labrarse un futuro a base de esfuerzos y constancia. Al menos, eso pienso yo, pero en realidad sí que tiene su morbo, Máximo sabe perfectamente que al salir conmigo todo lo que tenga que ver con nuestro entorno le interesará a la prensa.
Ya puedo leer los informativos: «La nueva novia del cirujano de moda es hija de una drogadicta que no quiere saber nada de ella y tiene por familia a buitres que han elegido el dinero antes que aceptarla». También puedo imaginarme a Ava rota del dolor y eso no puedo permitirlo.
—Dime que quieres y te lo daré si eso hace que te olvides de Ava. Además del hospital.
Máximo no vacila cuando me mira y aprieta con fuerza el puñetero reloj de bolsillo que siempre lleva con él.
—Quiero que te cases con mi pequeña.
Maldigo en todos los idiomas, hasta en los que desconozco. Todo por no estrangularlo.
—Todo menos eso, Lewis. —Arrastro la lengua, sintiéndome venenoso cuando lo tengo delante.
—No hay nada más que hablar entonces. Igualmente, la boda sigue en pie, mi niña quiere casarse en febrero.
—Estáis locos, Máx. No puedes obligar a dos personas a quererse. Ya tienes tu parte del hospital, deja a mi hijo y a Cristal en paz.
Lewis mira a mi padre echando fuego por los ojos, parece que quiere tirársele encima. Entonces da un paso hacia él amenazante, mi padre no se achanta pero aun así me levanto a la espera de tener que intervenir. Parecemos tres contrincantes, ellos dos de pie uno delante del otro y yo tras mi escritorio con las manos sobre la mesa observando la situación. El estruendo que hace la

puerta al abrirse nos desconcentra a los tres.
—¡Papá! —aúlla Cristal, acercándose a su padre con el rostro compungido.
—Hija, ¿Qué ocurre?
Ella nos mira a mi padre y a mí, descargando todo el desprecio que tiene sobre mí especialmente. Rabiosa y tensa se acerca a mi mesa en un movimiento, se apoya al igual que yo y me mira a los ojos, rumiando a saber qué en esa maquiavélica cabeza cubierta por una cabellera rubia que en un pasado he acariciado con gusto. Me da escalofríos pensar en ese falso nosotros.
Cuando creo que se va a ir, que solo ha querido llamar la atención en un numerito excéntrico, me da un bofetón tan feroz que llega a sorprenderme. No me muevo ni un milímetro, pero despierta en mí un infierno al que deseo arrastrarla y condenarla.
—Eres un jodido inútil y esa putita tuya…. —Mueve la cabeza de un lado a otro, mordiéndose los labios rosas, destilando su rabia—. No voy a casarme contigo Zeus.
Un silencio sepulcral invade mi consulta. Hay tanta tensión que se puede cortar con un cuchillo. Mi padre me mira asombrado sin saber que decir, yo tampoco tengo palabras pero me invade una paz interior tan esperada, tan deseada, que solo puedo soltar una risa seca.
Claro, pero nada es tan fácil. Me rio de la frase, como si lo mío tuviera algo de sencillo.
—No me voy a casar contigo, pero a partir de ahora vas a vivir atento a todos mis movimientos porque pienso cobrarme lo que me habéis hecho. Voy a separarte de ella, Zeus, voy a alejarte tanto que nunca volverás a verla.
Con esa amenaza tan aterradora, sale de la sala y su padre va tras de ella, dejándonos a mi padre y a mí solos. El silencio dura muy poco, apenas he podido saborear la pequeña victoria que creía haber conseguido cuando Cristal ha dado la primera noticia, ni tampoco ha compadecerme de mí mismo porque mi padre se acerca y me abraza.
Como un niño pequeño, carente del cariño que en realidad no me falta, me aferro a él como siempre he hecho. Me agarra de la nuca y presiona mi cuerpo contra el suyo, proporcionándome un poco de paz en todo este puto caos.
—Buscaremos una solución, hijo. —Intenta consolarme, pero nada puede hacerlo. No estaré tranquilo hasta deshacerme de esos dos.
—La van a destruir, papá. Saben cosas de ella que pueden hacerle mucho daño y yo no sé qué haré si la veo sufrir tanto.
Me separo de él y me siento en el borde del escritorio. Me tiembla el cuerpo de la impotencia de no poder hacer nada.
—¿Qué saben Zeus? Cuéntamelo para poder ayudarte.
Miro unos segundos a mi padre estudiando la posibilidad de hacerlo y encontrar algo juntos, pero me siento fatal por contar algo tan privado a espalda de Ava. Aunque pensándolo bien, qué más da, si ella lo intenta llevar solita sin decirme una palabra. Yo necesito desahogarme, soltar toda la frustración que me rodea desde que nuestra relación empezó porque a veces siento que no puedo más. Me aterra explotar un día y mandarlo todo a la mierda, aunque en eso incluya a la mujer de la que estoy enamorado.
Alargo una mano e invito a mi padre que se siente delante de mí.
—Al parecer Ava tiene familia en Brooklyn, concretamente una madre drogadicta que la abandonó cuando tenía cuatro años. Cristal me abordó hace unos días en la sala de descanso y me contó que ha encontrado al abuelo, al que le ha ofrecido dinero para que la rechace.
—Esa mujer está hecha de maldad. ¿Cómo puede hacer algo así?
—Cristal solo quiere hacernos daño y sabe que la única forma de hacérmelo a mí es a través de Ava —Cojo aire, sintiendo mi cuerpo flojear de nuevo, pero asevero con rotundidad—. No puedo

permitirlo.
—Tranquilo, hijo. No la conozco mucho, pero por cómo te comportas y tu cambio de unos meses hasta ahora no tengo dudas de que es una buena mujer.
—La mejor. — «Aunque me oculte cosas» quiero añadir y por no hacerlo no puedo esconder el tono molesto de mi voz, porque es así como me siento.
—Puedo entenderla —Lo miro con una ceja alzada, ¿entenderla?—. Piénsalo, os conocéis ¿De hace cuánto?
—Tres meses. —aclaro, seguro, como si lleváramos años juntos.
—Poco, poquísimo, ¿Crees que es fácil para ella contarte que la abandonaron, que su madre es drogadicta y que tiene familia a la que no conoce? ¿Puedes ver acaso la facilidad en admitir que su familia está rota? Por no decir que seguramente ella también lo esté.
Nunca había pensado en eso. He estado tan ciego en querer ser su hombro de apoyo por algo que ni siquiera sé que no me he parado a pensar en cómo se siente realmente. Tampoco es que sea sencillo averiguarlo, Ava parece tan entera, tan fuerte y feliz que jamás podría haber imaginado que tuviera un pasado tan duro.
—No, no había pensado en nada de eso. —confieso con un hilo de voz.
—Entonces deja de torturarte porque no lo ha hecho todavía y sé paciente. No tienes que saberlo todo de ella cuando apenas os estáis conociendo.
—Claro, pero ella sí necesitaba saberlo todo de mí para poder estar conmigo. —Nunca voy a olvidar como me sentí cuando dejamos de vernos.
Mi padre suelta una carcajada y se levanta de la silla.
—Las mujeres guerreras son las más divertidas. Siempre luchando por lo que quieren hasta que lo consiguen, apuesto a que nunca te aburres con ella.
—No, no lo hago, en eso llevas razón.
—Quiero conocerla, Zeus. Estoy seguro de que nos llevaremos bien.
Me levanto y lo acompaño a la puerta, sé que tiene que hacer su rutina de deporte diario.
—Creo que exactamente por eso todavía no os conocéis. —Sonrío tranquilo y me despido de mi padre con un abrazo.
Cuando la consulta se queda en silencio, echo la llave de la puerta y me invade el único sentimiento que emana de mi interior siempre que se trata de los malditos Lewis: ira. Me acerco al escritorio y tiro de un golpe todo lo que hay encima, sin importarme una mierda el ruido que haga. Los problemas me están sobrecargando, son demasiado y no veo la solución a ninguno.
Doy varios golpes sobre el escritorio y estampo la silla contra la puerta, al escuchar el estruendo que hace me quedo inmóvil unos segundos respirando con irregularidad.
De repente es como si el ruido habitual que se escucha en el hospital desapareciera, escuchándose solo el que yo hago al respirar con fuerza.

⚡⚡⚡

Cuando termino mi turno son las diez y media de la noche, por lo que me imagino que Ava ya habrá cenado. Normalmente, pensar en ella me calma, pero en estos momentos lo único que hace es tensarme y ponerme a la defensiva. No puedo evitarlo, es como si mi cuerpo y mente se protegieran de esta forma antes de enfrentarla al llegar a casa.
El trayecto del hospital hasta Midtown es silencioso y oscuro. El cielo está negro y lo único que alumbra el interior del coche son las luces de los otros vehículos que se cruzan con nosotros.
Marc no intenta sacarme conversación ninguna e intuyo que todo se debe a la cara que debo

llevar, porque yo mismo la noto rígida.
El coche se detiene frente al edificio alto y forrado de cristalera en el que vivo desde hace diez años, y me despido con un escueto hasta mañana antes de salir del coche cerrando la puerta detrás de mí. Subiendo las escaleras cortas y entrando en el vestíbulo, donde me saluda el recepcionista, me obligo a serenarme y dejar de pensar en nada que no sean las ganas que tengo de ver a Ava.
Subo al ascensor cuando este se abre y se vacía, saludo a algunos vecinos que me suenan y a otros con los que he cruzado algunas palabras, y pulso la undécima planta. Los escasos segundos que paso entre las cuatro paredes solo avivan la pesadez que siento desde que sé lo de Ava, convirtiéndose en una calidez que me abrasa el estómago conforme voy cercándome a la planta en la que vivo.
Para cuando estoy frente a la puerta y meto la llave en la cerradura para entrar, vuelvo a estar muy cabreado y saber que la causa es la mujer que me espera dentro solo hace avivar mi enfado. Al pisar el suelo del salón lo primero que veo es su cabeza negra sobre el posa brazos del sofá porque está tumbada, alumbrada únicamente con la luz de la televisión. A pesar de la satisfacción que me da encontrármela en casa cuando llego del trabajo, no tengo cojones de deshacerme del orgullo que me obliga a seguir cabreado.
—Hola. —Lo digo alto y claro, consiguiendo que se coloque boca abajo para mirarme.
—Hola, cariño. ¿Qué tal el día?
El rostro de Ava me chiva el afecto que siente hacia mí, que es mutuo por muy enfadado que esté, y su sonrisa parece iluminarse al verme. El corazón me da un brinco y me empuja a besarla, pero mi mente me recuerda como todos parecen ayudarla y que a mí no me ha contado nada. Por lo que dejo las cosas sobre la mesa de la entrada sin mirarla.
—Cansado. —respondo sin ganas.
—¿Estás bien, Zeus?
La miro a los ojos, notando ya el fuego que provocan mis venas cada vez que escucho como dice mi nombre, aun así, sin acercarme para besarla, empiezo a caminar hacia mi despacho.
—Sí, solo necesito estar solo un rato. —Ava me estudia, se sienta en el sofá y cuando veo que va a venir hacia mí, cierro la puerta, esperanzado de que me deje solo el tiempo que necesito.
Para matar el tiempo, abro mi correo y leo los que tengo en la bandeja de entrada. El silencio reina a mi alrededor, como siempre que estoy aquí. Me giro en la silla y abro un compartimento que coloqué en la estantería de pared que está a mi espalda, abro dos puertecitas de madera barnizadas y saco una copa y una botella de Brandy. La lleno más de lo que suelo hacer y me la bebo de un solo trago, luego vuelvo a rellenarla y me coloco frente al ordenador.
Con cada trago que le doy al aguardiente pienso nuevas jugadas para quitarle el hospital a Máximo, algo que había dejado a un lado con todo el lío de Cristal y ahora de Ava. Le escribo a Gustavo para explicarle que el contrato con Cristal se puede destruir pero que necesito uno nuevo con el que jugársela a Máximo. No voy a echarme atrás, no esta vez. Pienso arrebatarle lo que es mío, cueste lo que cueste.

Capítulo 17

Zeus

Cuando escucho unos suaves toques en la puerta, miro la hora en la esquina inferior derecha del ordenador descubriendo que es la una de la madrugada. Unos segundos después aparece Ava con una camiseta de licra de tirantas que se ajusta como un guante a sus pechos y sus curvas, y que se pierde debajo del cortísimo pantalón de rayas claras que usa como pijama.
El alcohol me burbujea en la sangre, acelerando mi cuerpo cuando contonea las caderas hasta quedar delante de mí. El escritorio nos separa, pero lo rodea y coloca el ordenador a un lado, dándose el espacio suficiente para sentarse sobre la mesa. Le recorro el cuerpo con la mirada, teniendo el mío propio entre sus rodillas, y posiciono las manos sobre sus muslos desnudos.
La ropa que lleva no deja nada a la imaginación. La camiseta es tan ajustada que puedo ver con claridad como se le han endurecido los pezones en cuanto la he tocado y el pantalón, joder, el pantalón se le acopla tan bien a las ingles que casi parece que va en bragas. Y en décimas de segundos mi pantalón se vuelve tirante.
—¿Por qué no me cuentas que te ha pasado? —Su voz es melosa, cargada de sensualidad.
—El estrés del trabajo, nada importante. —Le miento, no quiero decirle que lo que me pasa es mayormente por sus secretos.
Ava asiente, pero veo en sus ojos que sabe que no se lo estoy contando todo, y aun así se acerca a mí y deja sus calientes labios sobre mi boca. Me abro paso entre ellos con mi lengua, que se muere por acariciar cada parte de ella. También me aferro a sus caderas cuando mis músculos se contraen al sentir lo que nos provoca Ava en toda su esencia.
Despacio, como una elegante pantera que tiene delante una sabrosa presa, se resbala de la mesa y queda sobre mí, encajando su sexo sobre mi erección. La deseo, siempre lo hago. Esté enfadado o sobrepasado, sé que Ava siempre será lo único a lo que podré aferrarme.
Entre caricias y suspiros me recuerdo cuanto nos acompañamos, cuanto llevamos ya superado sin apenas conocernos. Entre prenda y prenda, de la que nos deshacemos con ímpetu, me recuerdo que sentí una extraña conexión en cuanto la vi reírse en el aeropuerto y que sigo sintiéndola cada vez que estoy con ella.
Me pongo de pie con sus piernas enroscadas alrededor de mi abdomen y sus pies enlazados en mi espalda. Respira con rapidez, frotando contra mi pecho los suyos. La separo de mi cuerpo los centímetros necesarios para quitarle los pantalones y….joder...solo los pantalones porque no lleva ropa interior. Gruño contra su boca y le muerdo el labio inferior cuando escucho su risa.
—No me has besado cuando has llegado. —Me recuerda, encargándose de quitarme los pantalones.

—Lo sé, amor. No volverá a pasar.
La dejo en el suelo, desesperado por inclinarla sobre mi escritorio y follarla con fuerza. Quiero hacerlo aquí, necesito tanto tener intimidad y tranquilidad con ella que no puedo hacerlo en otra parta de la casa, porque esta es la única habitación donde jamás he tocado a Cristal.
—Espero que así sea. —Ruge mientras la apoyo en la madera y me tumbo sobre su espalda.
Un cosquilleo placentero recorre mi columna al notar su entrada húmeda con mi resbalosa punta. Ella mueve las caderas y abre aún más las piernas, y no me contengo al darle una cachetada en la nalga izquierda. Le cojo la barbilla con mi mano y la hago doblar la cara para besarla con brusquedad, cegado por la lujuria y el aguardiente.
—No he tenido un buen día, nena. No pensaba con claridad. —Me explico, sujetándola por la garganta desde atrás para levantarle la cabeza, llevándole su pelo negro a lo largo de la espalda.
—En el único momento que quiero que pierdas la cabeza es cuando estés entre mis piernas, Zeus.
Le muerdo la boca, rozándome con celeridad entre sus pliegues, que me abrasan la piel con cada movimiento. Estoy que exploto, tanto de rabia contenida como de deseo por la mujer que me vuelve loco diariamente. Me gusta tanto, me excita tanto, que sería capaz de cualquier cosa por ella.
—Te quiero, honey —confieso en un tono de agonía que me coge desprevenido. Pareciendo que ha sido mi corazón el que lo ha gritado. Me ubico en su abertura, preparado para usurparla—. Y sabes que no es solo esto lo que me hace perder la cabeza.
Ava resopla frustrada, porque no entro en ella, si no que me entretengo en calentarla, rozándome contra la humedad que empieza a emanar de ella, hinchando cada vez más ese clítoris tan juguetón que tiene, estirándole al máximo los pezones que tiene aplastados contra la mesa en la que trabajo, besando cada parte de su piel, activando todas sus terminaciones nerviosas.
—Yo también te quiero, Zeus —En vez de besarla me alzo tras de ella, contemplándola desnuda para mí y vuelvo a escucharla hablar, esta vez con la voz en un susurro agonizante—. Pero déjate de ñoñerías y fóllame tan fuerte como sé que necesitas y como tú sabes que me gusta.
Cabeceo lentamente, admirando sus nalgas desnudas, la columna notándosele en la espalda y los brazos estirados hasta llegar con las manos al borde del escritorio, en el que se agarra con fuerza anticipándose a lo que sabe que voy a concederle. Y eso me calienta, lo juro que lo hace, a niveles que podría derretir todo el tungsteno que exista.
Vuelvo a dejarme caer cubriéndola con mi cuerpo para que sienta que estoy aquí con ella, como tengo pensado estar siempre, y la penetro de un solo movimiento. Arrancándome a mí mismo el aliento y a Ava un grito que se hace con todo el despacho.
Me muevo sin una pizca de piedad, lo hago con fuerza, rudeza, temiendo muy en el fondo hacerle daño, pero también guiado por como ella me recibe y jadea por las embestidas que le proporciono.
Enderezo la espalda colocándome totalmente recto, sintiendo como me clavo con más intensidad, provocando que sus paredes internas, abrasadoras, se contraigan a mi alrededor. La agarro del pelo enroscándolo en mi puño, la hago despegarse del escritorio y flexiono las rodillas lo suficiente para levantarla de una nueva estocada, consiguiendo que vuelva a bramar mi nombre.
Cuando la noto temblar, el placer de hacerla disfrutar se me contagia, notando como se me tensa la erección en su interior. Es tan placentero como doloroso desear tanto alguien. Sin soltarle el pelo, le agarro la cadera para fijarla a mi cuerpo, empezando a penetrarla, saliéndome por completo de ella y luego clavándome con fuerza. Me muerdo el labio al notar el orgasmo que solo Ava me provoca, y varias embestidas después, mientras ella sigue removiéndose bajo de mí

y gimiendo mi nombre una y otra vez, suelto todo lo que llevo dentro.
La lleno de mí, con mi amor por ella.

Al igual que los inviernos aquí son muy fríos, los veranos son muy calurosos. Y estar en mitad del mes de junio con un cuerpo desnudo, el único que deseo tener siempre, sobre mí es jodidamente agobiante a la par que excitante. Pero por mucho que deseo divertirme despertando a Ava clavándome en ella, la echo a un lado para que no me haga sudar más.
¿El porqué del calor en este apartamento? Porque parece que estoy saliendo con la persona que menos tolera el frío y no encendimos el aire acondicionado ya que suele pasar frío por las noches. Me levanto de la cama viendo en la pantalla de mi móvil que son las ocho y media de la mañana. Tengo planeado llevarlos a ver Soho, un barrio del bajo Manhattan donde hay tiendas de diseño, restaurantes lujosos, edificios increíbles y la galería de arte Jeffrey Deitch en la que precisamente hoy, Louis Davis, un fotógrafo muy conocido en Nueva York, va a hacer la presentación de su nueva colección de fotos. Pero eso lo veremos por la tarde, porque no empieza hasta las cuatro.
Antes de adentrarme en el vestidor miro de nuevo a Ava, medio destapada y completamente desnuda porque anoche tuvimos otra de nuestras exquisitas sesiones de sexo. Desde la noche en el despacho, no hemos dejado de tocarnos y darnos placer cada dos por tres. Yo no me quejo, bueno quizá sí, pero solo porque me va a costar mucho volver al trabajo y no poder tomarla cada vez que lo necesite.
Cuando entro en la ducha ya estoy duro como una piedra y deseoso de estar en mi lugar favorito. No se me pasa por la cabeza tocarme, no teniendo a semejante mujerón que me desea con la misma o más intensidad cada día.
Doy un paso adelante para meterme debajo del agua y darme una ducha, cuando un escalofrío me sube hasta la nuca. Sonrío maliciosamente, mordiéndome la lengua al darme la vuelta y encarando a la deliciosa mujer que me roba el aliento.

A las diez ya nos hemos reunido en el callejón del edificio donde vivía Ava y en el que están sus amigos. Jessica, Peter, el sensato, el abogado y Madison nos están esperando abajo. Por un momento miro a esta última, que nada tiene que ver a como la conocí y que últimamente no usa tanto el negro porque lo ha cambiado por colores vivos y maquillaje más claro.
—Que guapa se está poniendo nuestra peque.
Asiento al escuchar a Ava, que se ha dado cuenta de lo mismo y veo a Marc asentir también. Alzo una ceja curioso por si su movimiento de cabeza es dándole la razón a Ava o por otra cosa que haya pasado por su mente, pero no sé si es por eso último porque está fijo en la misma dirección a la que miramos nosotros dos desde los asientos traseros.
—Vamos a bajarnos y contémosles a los chicos lo que has preparado.
Ava abre la puerta y tiene intención de bajarse, pero le sujeto de la muñeca para que me mire.
—Estás muy guapa hoy.
Lo digo de verdad, lleva una camiseta blanca de mangas cortas que transparenta un poco su sujetador del mismo color, una minifalda vaquera que se ajusta a su cintura y a la mitad de sus muslos, y el pelo recogido en una cola alta, achinando levemente sus preciosos ojos. Está tan

feliz, que sus iris grises, que suelen revolotear como si de una tormenta se tratara, están en calma.
—¿Sólo hoy? —pregunta juguetona, todavía sujetando el manillar de la puerta.
—Todos los días, honey —Me acerco a su cara y le robo un beso, luego pego la boca contra su oído—. Cuando más lo estás es corriéndote por mí.
Ava suspira y frota su cara contra mis labios antes de mirarme con una sonrisa. Noto un hormigueo debajo del pantalón cuando me aprieta el muslo clavando los dedos en él.
—Repítemelo luego, cuando me vuelvas a tener sobre tu mesa.
Un suspiro ahogado se escapa del fondo de mi garganta y hago un esfuerzo por no volver a meterla en el coche y hacerla mía aquí mismo antes de que todo el mundo se suba. La puerta se abre y la veo acercarse a sus amigos, señalándome después. Me miran y yo maldigo porque sé que mi erección no se va a esconder fácilmente.

⚡⚡⚡

Marc pone rumbo a Soho y ver a Ava reír con ellos, señalando todo lo que está viendo por la ventana bajada; comentarlo a gritos con nosotros; sujetándome la mano que descansa con la suya sobre el asiento del medio, me hace sentir en paz. De fondo nos acompaña Am I Wrong de Nico & Vinz, motivando el ambiente del coche y haciendo que Lucas y Ava, animando poco a poco a Marc, canten a pleno pulmón.
Mi mente viaja unos instantes, dejando a los chicos a un lado, y se centra en Ava. En cuanto sufrirá si decide conocer a su familia y ésta la rechaza, en cuanto llorará si Cristal y Máximo cobran su venganza contra ella, en cuanto podría alejarse si yo me muestro reacio cuando algún día quiera que la acompañe a conocer la vida que su madre biológica le ha arrebatado mucho antes de dársela.
Algo se me contrae en el interior enviando el reflejo a mi mano, que se tensa bajo la de Ava. Ella me mira preocupada, pero yo le sonrío lo mejor que puedo y alzo nuestras manos para besarle los nudillos, escuchando como me dicen a través de los altavoces del coche que tengo que ser fuerte, que no estoy solo, que no puedo dejar que controlen mi vida y que tengo que luchar por los míos.

⚡⚡⚡

—Ese es el Haughwout Building, un edificio de cinco plantas construido con hierro fundido. —Todos miran a Peter y luego admiran lo que tienen delante—. Fue construido en el 1857, o eso dicen, por Architectural Iron Works de Daniels D. Badger.
Ava mira embelesada lo alto del edificio y se agarra a mi brazo pellizcándome la piel sin ni siquiera darse cuenta.
—Adoro tu efusividad al conocer cosas nuevas —Se mira la mano en cuanto me escucha y afloja el agarre, sonriendo tímidamente. Le rodeo los hombros con mi brazo y la acurruco en mi cuerpo —. Estamos justamente en la esquina entre Broome Street y Broadwey. —Continúo en voz alta para que todos me escuchen.
El edificio es fascinante no solo por cómo se alza a la vista de todos los que nos hemos acercado para mirarlo embelesados, si no por su propia historia. Cómo fue levantado en una esquina que abarca dos calles tan conocidas y cómo lo forjaron de hierro fundido para poder sostenerlo en pie y así mantenerlo a la estructura con la fuerza del elemento que lleva en su interior. Una maravilla con ventanas desde la primera hasta la última planta y columnas inspiradas en la Biblioteca Sansovino de Venecia.
Cuando nos hemos empapado de la historia de las vistas y les hemos proporcionado bastante

información a los chicos empezamos a caminar con tranquilidad, disfrutando de todo a nuestro paso. Jessica se detiene en casi todos los escaparates de las tiendas de alta gama que hay a cada dos pasos admirando en voz alta, con voz chillona y muy emocionada, las prendas y el decorado de detrás de los cristales. Literalmente, ha gritado: «Muero de amooooooor», en cada una de sus paradas y nosotros no hemos hecho más que reír.
Madison actúa tal cual lo hacemos nosotros. Como tres personas que tienen al alcance de su mano tales maravillas y la veo sonreír cuando nos escucha a Peter o a mí explicarnos. De vez en cuando hace fotos, pero en lo que mayormente se enfrasca es en las floristerías.
El abogado se fija en todo un poco, hasta ahora no ha gritado a los cuatro vientos que le gusta todo lo caro que está viendo, más bien se empapa de toda la información histórica que podemos darle y me percato de que se queda mirando cada gesto o ápice que descubre nuestra cultura. Y a todo esto, hablando de mirar, debo recalcar que si me miraba desconfiado cuando llegó hace cinco días, desde hace dos me mira mucho peor. ¿Por qué? Ni puta idea. ¿Pienso descubrirlo? No cabe duda de ello.
Por otro lado, el sensato ya se ha parado varias veces a comprar obsequios para su madre, Dolores, de quien nos ha hablado un poco y siempre que lo ha hecho ha sido con una sonrisa.
Ava se detiene en cada edificio alto, en cada terraza colorida, puesto de comida ambulante o pared con grafitis para fotografiarlo. Antes de eso, me ha dado un sabroso beso cuando le he sacado la cámara del maletero del coche cuando ella pensaba que se le había olvidado en casa. Que, efectivamente, se quedaba sobre la encimera de la cocina.
Pasamos toda la mañana visitando, estudiando y comentando cada una de las estructuras que llaman la atención de ellos. Por petición de Ava nos hemos agrupado en medio de una acera y un hombre nos ha fotografiado cogiendo un plano increíble en el que se aprecia el cielo despejado, los edificios, las personas caminando tranquilamente y todos con una sonrisa en los labios.
Pero mis fotos preferidas son unos *selfies* que nos hemos hecho Ava y yo sentados en la terraza de un restaurante increíblemente bonito en el que hemos parado para comer algo. Se nos ve despreocupados, felices y muy sonrientes en la primera, rodeándole yo los hombros con mi brazo derecho y Ava con la cara apoyada en mi pecho. El otro es una foto nuestra dándonos un beso, con las flores de colores que hay en la baranda de material para separar la terraza de la acera y con varias mesas ocupadas por otras parejas por detrás de nosotros.
—Las voy a revelar —Me avisa aun mirando la primera foto, yo sonrío encantado—. Yo me quedaré con esta y para ti la del beso, ¿Vale?
—Por supuesto, cariño. La llevaré siempre conmigo.

⚡⚡⚡

A las cuatro menos cuarto estamos delante de la galería Jeffrey Deitch. No es un edificio alto pero, personalmente, a mí me llama la atención. Quizá más porque sé cuánto va a disfrutar Ava en cuanto entre. El exterior está cubierto por ladrillos pintados en blanco, una puerta de garaje y otra más pequeña blancas también. Entramos, yo con Ava cogida de mi mano, y la escucho ahogar un grito satisfactorio a pesar de que no es un espacio muy extravagante aunque sí amplio, formal y que destila estilo; paredes blancas; techos blancos con estructuras de hierro; barandas de hierro también y escaleras para subir a una segunda planta que se distancia pocos metros de la primera.
Está abarrotada de gente comiendo entrantes minúsculos y bebiendo, pero localizo a Louis Davis en la segunda planta charlando con algunos fans y otras personas trajeadas y con copas en la

mano. Hablando de copas, en cuanto veo a un camarero con bandeja en mano lo detengo y cogemos una cada uno. Le doy un trago corto observando como Ava se lleva la suya a los labios sin perder detalle de su alrededor.
La hora y media que dura la exposición he dado mil vueltas viendo una y otra vez todas las fotos que hay colgadas en las paredes. He visto como Hugo se aburría, incluso la pobre Jess se ha hecho amiga de una mujer porque le ha gustado el bolso que la señora llevaba, pero a pesar de eso ninguno se ha quejado, siguen al pie del cañón por ver feliz a su amiga.
—Estoy agotada. —farfulla Jessica colgándose del hombro de Peter cuando salimos de la galería.
—¿Entonces no tenéis cuerpo para unas copas? —Bromea este mirándonos a todos.
—Yo tengo cuerpo para mucho, las cosas sean dichas. ¿A qué sitio nos vais a llevar para cenar y emborracharnos?
A veces, solo a veces, me da la sensación de que congeniaré con el abogado. Hugo le da un puñetazo en las costillas, divertido, y luego le rodea los hombros a Ava haciendo que suelte mi mano por el empujón del momento. Lucas no tarda ni dos segundos en alborotarle la cola alta. Cuando la escucho carcajearse mi corazón se desinfla como un globo hinchado al que se le suelta la boquilla y bota detrás de mí pecho.
Suspiro, extasiado por la felicidad de la mujer que se graba a fuego lento en mi piel cada día.

Capítulo 18

Ava

La sorpresa de Zeus fue increíble. Dios...no sabes cuanto disfruté en la presentación, admirando el arte en las fotos de Louis Davis. Nunca había oído hablar de él, según Zeus es normal porque es muy conocido en Nueva York pero aún está labrándose una reputación. Saber que creció en un barrio humilde, que en el pasado le faltó dinero para pagar las facturas y que tuvo una infancia nada fácil me ha animado a querer seguir con mi trabajo. A no rendirme porque algún día me haré notar entre los demás y mi trabajo será recompensado.
No suelo expresar mucho mis sentimientos, me he dado cuenta rápidamente que el cursilón de los dos es Zeus, pero eso no quiere decir que no esté tremendamente enamorada de él. No puedo tener en la cabeza una sola cosa, si no estamos juntos siempre estoy pensando en querer verlo, en saber cómo está, como le va el día.
Y no discutimos demasiadas veces, la verdad es que nos entendemos muy bien. Aunque sí tengo que reconocer que nuestros caracteres chocan en varias ocasiones porque los dos somos duros de pelar, guerreros que se han ido forjando a base de los golpes que la vida a ido dándonos. Al menos, las pocas veces que estamos en desacuerdo, las reconciliaciones se nos dan de fábula.
Por desgracia, a veces, cuando quiero decirle cosas bonitas, abrirle mi corazón o dejarle sobre la mesa cuanto lo adoro, algo en mi interior me hace recular enviándome miles de ¿Y sí?: ¿Y si me deja algún día? ¿Y si me abandona? ¿Y si me rompe el corazón? ¿Y sí? ¿Y sí? ¿Y sí? No puedo volver a sentir ese dolor desbastador que siento siempre que me pregunto porque mi madre no me quiso. No puedo, ni quiero sentirlo, no con Zeus.
Sin embargo, sé que él se merece las palabras bonitas que no suele escuchar, el afecto que no siempre le demuestro, las miradas que le echo cuando está dormido por miedo a que tenga muy seguro cuanto le quiero. Y hacer eso me hace preguntarme mil veces si seré una mala novia, o demasiado fría.
Y no quiero ser ninguna de esas dos cosas, ni de ninguna de las que se me pasa por la cabeza a la hora de estar con Zeus, pero a veces no puedo evitar pensarlo porque es una realidad que la cabeza nos juega malas pasadas cuando mejor estamos, nos hace creer cosas que no son cuando más seguros creemos estar y no hay nada peor que tu propia mente te haga pasarlo mal.
Pero qué bonito es cuando el corazón gana. Y, ten clara una cosa, entre Zeus y yo la guerra está extinta porque desde el primero momento el amor ha sido el protagonista.
—Tengo otra sorpresa para ti y tus amigos.
Lo miro desde el taburete en el que estoy sentada, mientras cocina algo que huele exquisito con un trapo sobre el hombro izquierdo. Su espalda ancha hace que la camiseta de mangas cortas que

lleva se ajuste a sus músculos duros y densos, esos que tanto me gusta acariciar. Mueve las manos, tan grandes y varoniles, por delante de él al darle vueltas a lo que haya en la sartén. Embobada en las increíbles vistas que tengo justo delante, apoyo el codo en la encimera y la mejilla sobre la palma de mi mano.

—¿Y qué es? —quiero saberlo porque seguro que es fascinante, igual que lo ha sido la visita a Soho.

—Tendrás que esperar, si te lo digo no sería sorpresa.

Suelto una risilla y repaso por milésima vez como la cinturilla del chándal se cuelga de sus caderas. «Que culito».

—Vamos, no es solo mi sorpresa. Si me lo cuentas, prometo fingir que no lo sabía delante de todos.

—La sorpresa es solo para ti, la única que me fascina cuando es feliz eres tú.

Ayyyy, es tan mono.

Y yo aquí, mostrándole quién soy a medias. De verdad que tengo que buscar el momento para hablar con él.

Despacio, me levanto y me acerco enroscándome en su cintura y apoyándole la barbilla en la espalda. Muy abajo, porque es bastante alto.

—Eres increíble, cariño. No sabes lo afortunada que me siento.

—Honey...

Cuanto me gusta que me llame así. Lo apretujo más aun y suelta una carcajada.

—¿Tú la afortunada? —dice dándole vueltas a las setas que he podido ver desde atrás. Asiento efusivamente con la cabeza para que lo sienta— Joder, honey, no sabes lo que dices.

—¿Cómo qué no?

Zeus vuelve a reír por mi ofensa fingida y le propino un mordisquito en la cadera, luego otro y otro, hasta que deja la sartén a un lado y se mueve entre mis brazos para mirarme.

—Como que no, preciosa. No eres tú la que tiene suerte, si no yo.

El corazón me bailotea.

—Soy yo el que tiene una mujer hermosa, valiente, fuerte y trabajadora acostándose y levantándose todos los días a mi lado. Soy yo el que puede ver tu sonrisa cada vez que algo te hace feliz y el que ve la tormenta en tus ojos cuando estás guerrera. Joder, Ava, el afortunado soy yo, siempre seré yo.

Algo se remueve en mi interior y me manda la angustia directa a los ojos. La imagen de Zeus se empaña ligeramente cuando las lágrimas se hacen las protagonistas de este momento tan bonito. Sus manos cálidas rodean mi rostro y se lleva con los pulgares el agua salada de mis mejillas.

—¿Qué pasa? No quería hacerte llorar, honey.

Hundo la cara en su pecho y me abrazo con fuerza, deseosa de que su contacto ahuyente todo mi miedo interior. Poco a poco, con sus caricias por toda mi espalda y sus dedos enredándose en mi pelo, consigo calmar el llanto y al levantar la cabeza me encuentro con sus ojos oscuros fijos en mí.

—¿Qué pasa, Ava? —repite algo más serio, preocupado más bien, lo sé porque raras veces me llama por mi nombre.

—Nada, tus palabras han sido muy bonitas.

Alza las cejas poco convencido y me da la sensación de que espera otra respuesta.

—¿Estás segura? Sabes que siempre puedes contar conmigo.

—Lo sé, Zeus, pero... —Sonrío al sentir sus labios sobre los míos. Suaves y fieros, ardientes y gruesos—… pero solo ha sido eso.

Aprieta los labios levemente, intenta ocultar el gesto pero puedo ver en él el más mínimo movimiento porque presto sumamente atención a todo lo que hace. Antes de que pueda preguntarle se gira rompiendo mi agarre detrás de su espalda y continua con la cena. ¿Qué le pasa?
—Terminaré la cena para que no hagas esperar a los demás.
Sigo de pie detrás de él, congelada al igual que acaba de hacerlo el ambiente entre nosotros. Esta noche es “la noche” porque hemos quedado con Malcolm en el Caipirinha, un bar de copas brasileño, y así nosotros podremos irnos al pub de Peter cuando Amber ya haya empezado su cita a ciegas.
Resoplo incómoda por la tensión con Zeus, odio que nos pase esto sin saber cuál es el motivo, pero es que se cierra en banda. Como esté molesto, no hay quien le saque las palabras de la boca.
Vuelvo a sentarme en el taburete y espero a que termine de cocinar, huele de maravillas.
Jugueteo con el pendiente derecho, una perla blanca con bordes plateados, mientras espero.
Aunque quiero estar pensando en qué le pasará a mi buenorro cirujano, lo único que ronda mi mente es en la reacción de Amber. Espero que no se enfade demasiado con nosotros, especialmente conmigo porque como Zeus se entere del numerito arde Troya.
—Aquí tienes. Voy al despacho, tengo trabajo. —Sin más, ni una mirada que me cuente un poco sobre qué le pasa, entra en la habitación y cierra más fuerte de lo normal.
Miro mi plato, repleto de huevos revueltos y setas sofritas con verduras, pincho con el tenedor y me lo meto en la boca degustando tal exquisitez. Sonrío y voy a decir en voz alta lo bueno que está, pero me invade la soledad en décimas de segundos.
Sigo comiendo, total, sé que no va a salir. Últimamente pasa mucho tiempo en el despacho ya sea para trabajar, para estar solo un tiempo o para beber. Pensando en ello saboreo las setas mezcladas con las verduras y las especias, de verdad que está buenísimo ¿Hay algo que no sepa hacer este hombre?
Sumida en cada una de las incógnitas que rondan mi cabeza, me termino la cena y recojo las cosas, odio tenerlo todo por medio, aunque estoy segura de que si lo dejo en el fregadero Zeus lo limpiará. Después voy al vestidor y cojo las sandalias de tacón para ponérmelas, revisando, en el trayecto desde el dormitorio hasta el salón, los mensajes des grupo —ahora somo tantos que hemos decidido hacer otro aparte con el nombre “NYMadrid” (una mala mezcla de Nueva York con Madrid, ideas de Jessica) en el que estamos Madison, Amber, Lucas, Hugo, Jess, Peter, Zeus y yo— y leo las exigencias de Lucas para que nos demos prisa.
Con una sonrisa me ato la tira de los zapatos al tobillo, he decidido ponerme unos pantalones de campana de color blanco y una camisa de media manga de gasa. El escote es muy abierto, por lo que opté por un sujetador lencero para darle un poquitín de vida al conjunto.
En cuanto me pongo de pie y escribo por el grupo que estoy a punto de salir, surte el efecto que deseo.
—¿No pensabas despedirte? —pregunta con tono de exigencia, ese tono que tantísimo me pone.
—Creí que necesitabas estar a solas. —Le reprocho cogiendo el bolso y posicionándome junto a la puerta.
Zeus me recorre con la mirada, de pies a cabeza y viceversa, deteniéndose abruptamente en mi escote. Ups, ¿Le molestará lo que se ve? ¿Adivinará que lo he hecho a posta? Parece que sí, me lo dicen sus pasos firmes hasta mí, como me acorrala contra la puerta y me besa bruscamente.
—¿Es necesario ese escote? —pregunta en una exhalación al separarse de mis labios.
Aunque la pregunta parezca retrograda, no la dice con esas intenciones, así que no achines tus preciosos ojitos que si algo tiene Zeus es ser un hombre sereno, que me respeta y no me prohíbe

absolutamente nada. Pero le jode, ya te digo que le jode, no quiere que nadie más lea ese "disfrútalos" que tengo entre las tetas que él, y solo él, puede disfrutar.
Y mira, chica, que me encanta que mi novio me reclame como suya, para que te voy a mentir.
—Claro que sí. —Rebato antes de ponerme de puntillas y besarle el labio inferior.
—Joder, nena, voy a estar pensando en ese escote hasta que vuelvas. —Confiesa entre frustrado y excitado.
Suelto una risa y salgo del acorralamiento por debajo de su brazo, espero a que se dé la vuelta para mirarme y pongo los brazos en jarra. La incomodidad se apodera de él cuando la camisa de abre aún más.
—Te van a mirar todos. —Su gesto de niño enfadado me puede, es adorable debajo de ese escaparate serio que lleva por bandera.
—Bueno, eso espero. Me parecería abrumador resultarle fea o poco atractiva a más personas por el simple hecho de tener novio.
Gruñe, maldice y me pega contra él.
—Ava, no me hagas quedarme intranquilo.
—Pues no te quedes. Yo solo voy a salir de fiesta.
—Vas a salir de fiesta así de sexy —puntualiza, respirándome en la boca—. Pondrás cachondo a cualquiera, algunos tíos son simios que no saben respetar la libertad de las mujeres. Ven un escote y creen que les pertenece por el mero hecho de ir descubierto.
—¿A caso no piensas tú que mi escote te pertenece? —En cuanto suelto la pregunta sé que lo he terminado de provocar.
—Me pertenece, a mí sí. Y creo que es algo de lo que estamos de acuerdo los dos, ¿No? ¿No te gusta que lo lama? Dime, guerrera, ¿No te excita que pase mi lengua por ese tatuaje tan descarado que llevas?
Si me excita solo imaginarlo, no te digo sentirlo....
—Me perteneces, honey. Me pertenece tu cuerpo, tus ojos, tus labios, tu alma y tu corazón. Eres mía, al igual que soy tuyo —Nos miramos unos segundos, parece que luchamos, pero yo lo único que tengo en mente es el calentón tonto que ya llevo encima—. Ahora bésame y dime que eres mía.
Niego con la cabeza y pongo una sonrisa en los labios antes de pasar los brazos por su cuello y abrir la boca sobre la suya, dejando pasar su lengua gruesa, cálida y áspera con la que deja huella por todo mi paladar. Cierro los ojos disfrutando de los mejores besos que he probado en mi vida. Me separo un poco y aspiro su respiración.
—Soy tuya, solo tuya. Y te quiero solo a ti.

⚡⚡⚡

Cuando Marc deja el coche frente al callejón, Lucas, Hugo, Maddie y Jess ya están esperándome. Salgo para encontrarme con ellos y forman una estampa de revista: Lucas, con el pelo rubio, con un corte a lo estilo mullet dejándose los mechones dorados rebeldes por arriba; Hugo, con una camisa de mangas cortas que deja ver los bíceps que tanto le gusta trabajar; Jessica con unos pitillos y un top la mar de divinos, como ella; y Maddie, guau, lleva un vestido por la mitad de los muslos, ajustado, con escote de corcel y mangas cortas, resaltando con su piel algo bronceada y el verde de sus ojos.
—Vaya, vaya, parece que esta noche estaré rodeado de bombones. —Silba Lucas, acercándose a mí y estrechándome entre los brazos.

—Habló, el que se las llevará a todas de calle.
Me vuelvo para despedirme de Marc, pero encuentro el coche totalmente vacío. Cuando me vuelvo está hablando a solas con Madison. Observo como ella mueve el cuerpo y a él guardar las manos en los bolsillos del pantalón. Segundos después, Madison vuelve con nosotros y yo le explico a Marc que lo avisaré para que nos recoja.
—Esperaré en el coche, cerca. —advierte sin mirarme, tiene los ojos clavados en la peque.
—Marc, no es necesario.
Pero no parece escuchar y solo me mira fugazmente, dejándome claro que no irá a ninguna parte. Luego vuelve a poner como centro de su atención a Madison. Dándome por vencida, junto a los demás, empezamos a caminar hacia Time Square, donde hemos quedado con Amber.
En cuanto nos vamos acercando, Lucas y Hugo empiezan a decir todo lo que piensan. Flipan, en colorines creo, más que cuando fuman algo raro. Miran a todas partes, frente, atrás, a un lado, a otro. Una mujer, otra. Una tienda, otra. No puedo juzgarlos, yo sigo maravillándome. Poco después visualizo a Amber esperándonos, con una minifalda rosa y un top blanco, subida a unos tacones.
—Me cago en la leche, ¿De verdad tenemos que emparejarla con otro tío? —La queja de Hugo nos hace mirarlo.
—Bueno, Hugui, que si quieres ligar con ella solo tienes que echar la caña. —Jessica le da una cachetada en el culo, haciéndonos reír a todos.
—No, déjate. No estoy preparado para una mujer y dos niños de golpe. Tengo otras responsabilidades, ni podría vivir aquí, ni ella se iría a Madrid. Dejemos las cosas como están, que si tuviera que ser será.

Capítulo 19

Ava

Una vez estamos reunidos, ponemos rumbo al Caipirinha. Hay dos porteros vestidos de blanco en la puerta, cruzados de brazos y con un bronceado envidiable. De las masas de músculos que lo conforman, mejor no hablamos.
—Podéis pasar —Ruge el de la derecha, bajando los brazos y moviéndose para que entremos.
En cuanto piso el suelo de madera clara, diviso a Malcolm con una camisa fina de color camel y unos pantalones vaqueros. Joder con el profe, ese rapadito le queda que ni pintado. Nos mira como acto reflejo al ver que hay gente nueva en el local, algo totalmente normal porque está esperando su cita, y los ojos se le abren al ver a Amber. La ha reconocido.
Veo como Madison se percata y avisa a los demás, discretamente, para que Amber no se dé cuenta. La música es muy animada y reconozco inmediatamente que es un remix de la Lambada. Paso entre la gente que baila y charla, otras que se besan, y llego hasta la barra.
—¿O que você terá? —Nos pregunta una mujerona rubia, de bote por supuesto, con unas pechugas infladísimas y un cortísimo pantalón verde.
Nosotros nos miramos, sin entender ni papa, menos mal que está Lucas que habla un poco de todo. Intenta comunicarse con la camarera, le enseña la carta y nos la muestra.
—Dice que nos recomienda pedir Bossa-nova que lleva ron oscuro y Brandy de no sé qué, Gallinosequé también y algo más. Y la otra bebida es Rabo de Galo, con Vermú dulce y otras cosas.
La música parece empezar a sonar mucho más alta cuando la canción tan famosa Magalenha empieza a sonar, avivando a los demás y haciendo a algunas personas silbar antes de ponerse a bailar.
—Pide una de Rabo para todos, que hoy la noche promete. —Grita Jess cogiéndonos a Maddie y a mí para ir a bailar.
En el centro de la pista, rodeados de personas bebidas, felices, pasada de otras sustancias y de todos los estilos, bailamos. Lucas y Hugo se marcan esos pasos tan llamativos de los tíos: movimiento de pies, vaivén de cuerpo y ojos de halcón por todo el local mientras beben sus copas como agua. Bueno, ellos solos no, yo ya llevo tres. Eso y el calor del ambiente que se me pega a la piel me invita a no dejar de bailar.
—Oye, me da que el playero quiere hincar diente. —advierte Jessica, haciendo que todos, excepto Amber que no la escucha, miremos hacia él.
—Pues haced algo para que coincidan.
Lucas lleva razón, tenemos que hacer que se encuentren. Miro la hora en el reloj que lleva en la

muñeca, las doce de la noche. Venga, tres Rabos más y podemos irnos a casa.
—Amber —La llamo y los demás la miran, le doy un trago a mi vaso y me meo de la risa cuando mis amigos hacen lo mismo al imaginar lo que voy a decir—. Pídenos otras copillas, por favor.
Mi cuñadita, que es muy mona y demasiado buena, no pone objeción y se va a la barra.
Espectadoras nuestras cinco cabezas se mueven hacia Malcolm que ya la ha cazado con la mirada, y vemos cómo se produce el encuentro. No puedo dejar de menear las caderas, el alcohol ya va en mis venas y esta música es jodidamente pegadiza.
—Ea, ahí llevamos nuestros resultados. —Lucas levanta un brazo y, haciendo reír a una morena que pasa por su lado y que le pavonea encantada, lo coloca en sus hombros y se pierde con ella entre la gente.
Desde donde estamos los cuatro observamos con Malcolm hace reír a Amber, pasa a quitarle un mechón de la cara y a acercarse mucho. Qué incómodo, creo que ha llegado la hora de darles intimidad. Estoy segura de que con el ligoteo se le olvidará nuestras copas, así que tendré que ir yo a por ellas. Pero entonces alguien me toca el hombro y me veo a Amber con los vasos, extendiéndolos para que los cojamos.
—Chicos, ¿Os importa si os dejo solos? —Señala con la cabeza hacia el tipo de la barra, que intenta disimular como la sigue con la mirada. Nosotros negamos, sonrientes— Gracias, nos vemos antes de irnos a casa.
Cuando volvemos a ser cuatro, unas luces verdes en forma de hilos se hacen con el local y el Dj empieza a pinchar música. Con una sola mirada antes de volver a bailar nos queda claro que ninguno va a moverse esta noche de aquí. De vez en cuando le echo un ojo a Amber, que ahora está sentada en una especie de reservado al fondo del bar.
Por otro lado, Hugo parece pasarlo muy bien con una mujer que ha conocido en la barra. A Lucas lo he visto pasar un par de veces y desde lejos me ha lanzado un beso. Jessica bailotea a mi alrededor, intentando combinar sus meneos con los míos y de Maddie.
Que, por cierto, ¿Y la peque?
Echo un barrido a mi alrededor, buscando sus rizos rubios combinados con una decoloración en las puntas que los hace más claros. Es el nuevo cambio de pelo que se ha hecho, le queda genial. No la encuentro, por lo que me acerco a Jess y la cojo del brazo para que deje de moverse tan efusivamente al ritmo de una canción con mucho instrumentos y una mujer cantando de fondo.
—¿Has visto a Madison? —grito por encima de la música, riendo como una pava por el efecto del cuarto Rabo que llevo.
—No tía, estará revoloteando por ahí.
Jessica da una vuelta y levanta una mano al ritmo de la música, aceptando el brazo que Hugo le pasa por la cintura para bailar con ella. Creo que Hugo lleva un Rabo más que nosotras. Joder, Rabo...no puedo dejar de reír cada vez que pienso que estoy bebiendo Rabo.
A pesar de la risa, mi parte cuerda, que está muy escondida, intenta encontrar a Maddie y decide obligarme a salir del local.
El aire frío, a pesar de estar en junio, me da en la cara despejándome un poco. La calle está abarrotada ¿Cómo se supone que voy a encontrarla?
Me distancio de la puerta del local, mirando a todos lados, buscándola y... MADRE MÍA... ¿Por qué Marc tiene una mano en su culo? No me lo puedo creer. Alucino, abro la boca, pienso, achino los ojos al ver las grandotas manos de nuestro chofer envolviéndola y como ella le rodea el cuello.
Vaya, vaya con la peque, que bien calza.
Sonriendo y tranquila porque Marc es un buen hombre, vuelvo al local. Ni un paso me da tiempo

a dar dentro que mis ojos se clavan en Amber bailando sensualmente con Malcolm, que se encarga de que no pasen frio las carnes desnudas de mi cuñada. Y eso que estamos en junio. Solo quedamos Jess, Hugo, yo y dos Rabos más antes de irnos a casa. Me acerco a ellos y me uno a su baile. Entre risas seguimos el ritmo de la música, las luces se mueven al compás en el techo creando un ambiente alucinante conjuntado con el alcohol, además en un par de veces nos tenemos que abrir por un duelo de baile en medio de la pista.

Cuando llego al sexto Rabo, no puedo dejar de bailar, de hacer pipí, reír, gritar y disfrutar como hacía tiempo. Qué bueno es tener amigos y disfrutarlos sanamente. Son casi las cinco de la mañana y viendo que vamos a tener una increíble resaca, empiezo a recogerlos unos a uno, aunque más bien necesito que alguien me recoja con una pala porque solo veo cuerpos activos, luces cegadoras y un abrumador calor entre nosotros. Voy pasada...me meo de la risa. ¿Estoy riéndome en pensamientos? Mi madre...
Por un lado, aviso a Amber para decirle que nos marchamos y ella me pide esperarla a que se despida porque quiere irse con nosotros a casa. Después recojo a Lucas del pasillo de los servicios, donde lo encuentro con ambas manos en la pared y una mujer muy guapa en medio. No te diré que hacen, imagínalo. Hugo lleva el brazo flexionado, dejando que Jessica se enganche en uno y que Maddie (que volvió a eso de las tres de la madrugada) se enganche al otro.
—Vámonos antes de que sigamos bebiendo y mañana no podamos movernos del sofá. —grito a todos, que están empujándose y riendo a carcajadas porque Jessica ha pestañeado. Suena absurdo, pero es muy gracioso. Yo es que me meo.
Entre trompicones y absurdeces, salimos del local. Vamos dirección al coche, pero veo un enorme letrero que llama mi atención de inmediato. Y de verdad que tenemos que entrar ahí porque ahora que vamos todos juntos podríamos hacer la típica locura de borracheras entre amigos.
—Entremos ahí.
Miran donde señalo y Lucas levanta un puño, llevándome a toda prisa donde les indico.
—¡Tinta para el cuerpo! —Exclama Maddie detrás de nosotros, haciendo que Jess, Hugo y Amber, además de otras personas, griten entre risas.
El estudio es una auténtica pasada. Madera, cuero, carabelas, platas, timones, bocetos y música estridente envuelven el local. Hay una recepción, con un tipo tatuado hasta las uñas de los dedos, un moño alto y un piercing en el labio. Nos indica que tenemos que esperar un poco, pues los tres tatuadores están ocupados, al parecer las noches en Time Square son muy buenas para estos negocios.
—¿Qué nos haremos? —pregunta Hugo mientras revisa a su alrededor.
—Algo que nos una. —recomienda Maddie, sentándose en un sillón rojo de piel.
—Yo voy a hacerme dos tatuajes. —Cojo una carpetita que hay en el mostrador para mirar los bocetos.
Quiero modificar uno de mis tatuajes, ya llevo tiempo replanteándomelo y no quiero dejar pasar la oportunidad. Solo espero que cuando Zeus lo vea enloquezca. No voy a hacer un gran cambio, ni a ponerle nada extravagante, simplemente añadirle un toque que creo le vendrá genial.
Miro a mis amigos, cada uno riendo por cualquier tontería que a alguno se les haya ocurrido, y me siento afortunada, no porque el alcohol agrave mis sentimientos y me haya tocado esta noche

la faceta sensible, sino porque poco a poco vamos sumándonos más al grupo y me ha encantado que los chicos se lleven bien con Amber y Maddie.
—¡Ya lo tengo! —Escucho a Amber de fondo. Me vuelvo y veo a los demás acercarse a ella.
—Sorpréndenos, bonita.
—No se lo tengas en cuenta, Lucas es demasiado cariñoso, más cuando ha bebido. —La avisa Jessica agarrando a nuestro amigo por la cintura.
Amber suelta una risita y se recoge el pelo en un moño bajo, luego clava sus ojos claros en nosotros.
—Nos haremos un avión pequeño y...
—Eso está muy visto, ¡Tatuémonos un Rabo! —grita Jessica y algunos de los tatuadores nos miran riéndose. Claro que no están pensando en el mismo tipo de Rabo que mi amiga.
—Calla, loca —Le pide Amber muerta de la risa—. Nos haremos un avión pequeño y, Maddie y yo nos tatuaremos debajo Manhattan y arriba Madrid. Vosotros lo podíais hacer al contrario.
—Eh, suena bien. Pero vosotras no habéis ido a Madrid. —comenta Hugo, con un tono de indirecta directa hacia Amber.
—Ahora tendremos una excusa para hacerlo. —interviene Maddie.
En cuanto una silla se queda vacía Lucas se dirige a ella decidido.
—Venga, a tatuarnos se ha dicho.
Riéndonos, vamos cogiendo asiento, algunos esperamos a que se tatúen los demás. Antes de empezar, Lucas le pide al tatuador que le haga un Rabo de Galo al lado del avión y los demás decidimos hacer lo mismo. Sin duda esta noche nos ha marcado a todos. Cuando llega mi turno y me tatúan el mismo que a mis amigos, le pido a Lucifer —el tatuador que me toca dice que es un apodo— que me retoque el del escote.
Mis amigos, que saben lo que quiero hacer y a los que les he pedido silencio porque quiero que sea una sorpresa, están atentos. Lucas me hace gestos seductores al ver que Lucifer me abre más la camisa, ganándose una colleja de Amber que lo amenaza con contárselo a Zeus. Hugo está sentado en un sofá, charlando muy seguido con una mujer tatuada que hay a su lado.
Yo los observo con una sonrisa sintiendo la aguja clavárseme y abrasándome la piel el simple pensamiento de la reacción de Zeus al descubrirlo.
—Listo. El tipo es un hombre que suerte, preciosa.
—Eh, eh, aquí el único que dice esas cosas a estas chicas soy yo. No le mires las tetas. —Le dice Lucas a mi tatuador. Hugo se acopla a su lado en un intento de intimidación.
Lucifer cabecea soltando una carcajada y nos hace ir a la recepción donde nos cobran sus servicios. Y ahora sí que podemos dar por finalizada la noche.

⚡⚡⚡

A las seis de la madrugada Marc me deja delante de la puerta del edificio en el que ahora vivo. Siento el alcohol chispear en mis venas y, conforme me acerco a la puerta, la excitación de ver a Zeus. El apartamento está en silencio y supongo que estará dormido. Hemos intercambiado pocos mensajes esta noche, los necesarios para que él sepa que estoy bien.
Los dedos me hormiguean ante la anticipación mientras voy a la habitación quitándome la ropa. Me quedo con el sujetador lencero y el tanga a juego para meterme en la cama. Zeus está tumbado boca abajo con la almohada por encima de los brazos marcándose así, por la postura, los músculos convirtiéndose en montañas muy sensuales. Sólo lleva unos bóxer, delicioso. T tiene dos leves hoyuelos que me parecen sumamente sexis.

Trepo por la cama y comienzo acariciándole los gemelos, duros y tensos al tacto de mis dedos. Paso la palma de las manos por detrás de sus muslos, cálidos por las temperaturas del mes en el que estamos a pesar del aire acondicionado. Subo por sus nalgas, tersas y tapadas por los calzoncillos grises. Empiezo a bajárselo a la vez que le beso los hoyuelos.
Entonces lo escucho ronronear y se mueve.
—Honey. —suspira como si, a pesar de estar dormido, me hubiera estado esperando toda la noche.
Despacio lo hago volverse y me relamo los labios al ver lo excitado que está ya. Cuando lo destapo al completo, no dudo ni un segundo en acercarme para besarlo. La punta ya me humedece los labios. Todos, para aclaración. Abro la boca y comienzo a bajar. En seguida me caliento con su gruñido.
—Hola, nena. —Su voz es ronca y subo la vista hasta sus ojos.
Le acaricio el abdomen como saludo y continuo mis movimientos suaves de arriba hacia abajo. Los cambio a otros más rápidos, sintiéndolo en la garganta, y luego vuelvo a hacerlos suaves. Arrancándole suspiros muy placenteros. Una de sus manos se mueve hasta mi cabeza y la empieza a guiar.
—Joder, que bien lo haces.
Lo veo morderse el labio inferior con fuerza y apoyarse en el codo del brazo que le queda libre. Me lo meto todo en la boca, hasta el fondo, derramándose con ello toda la saliva que se me acumula.
Las caderas de Zeus empiezan a levantarse de forma rápida y se clava en mi garganta. Noto las lágrimas en el rabillo de mis ojos, pero es tan placentero que no me importa. Solo quiero que explote en un increíble orgasmo. Me saco su pene casi al completo y juego con el glande, llevándome conmigo su esencia. Salado y ardiente.
Escucho a Zeus murmurar por lo bajo y me presiona la cabeza, haciendo que me lo coma entero. Subo y bajo, toco su zona sensible, y me ayudo con la mano moviéndola al ritmo de mi boca. Los labios me tiran alrededor de su erección, que es bastante gruesa y dura. Noto las venas con la punta de mi lengua y me recreo en recorrerlas con mi paseo fiero. Más, necesito más. Zeus coge mi pelo y tensa los músculos de las piernas al clavarse más.
—Me encanta follarte la boca, nena.
Cuanto me pone que me hable sucio. Mi clítoris se contrae con cada succión que se le doy. Estoy muy caliente, mojada y necesitada del hombre que tengo debajo. Me arde la piel, pero me faltan sus manos por ella. Muevo las caderas por inercia y él me suelta el sujetador con una mano. Luego tira de la tirilla del tanga, picándome en la piel y consiguiendo que gima con la boca llena. Vuele a repetirlo e intento agravar el sonido de mis gemidos.
—No sabes cómo me pone que grites. Pero acabo de hacerme adicto a tus gemidos ahogados por tenerme hasta la garganta.
Clavo los dedos en sus caderas y él me golpea el fondo de la boca.
—Me voy a correr —Me avisa y yo no respondo, estoy demasiado ansiosa por bebérmelo—. Lo voy a hacer en tu boquita ¿de acuerdo?
Sigo mi cometido: abrir boca, chupar, lamer, saborear y masajearle notando que ya empieza a tensarse augurando la llegada de un manjar. Me levanta la cabeza con un tirón de pelo y, a pesar de la oscuridad, veo sus ojos sobre mi cuerpo. Intento continuar los movimientos, pero me retiene.
—¿De acuerdo, nena? —Asiento, resbalándome por él con el movimiento. Zeus vuelve a gruñir de forma gutural— Prepárate, joder, voy a llenártela entera.

Me preparo, ya te digo que lo hago.
Abro más la boca y succiono con fuerza, aceptando las embestidas que me regala. Varios lametones y arremetidas más después, siento toda la esencia de Zeus derramarse en mi lengua y chocar con mi garganta. Me lo trago de un tirón, disfrutando de sus jadeos y como se va relajando su insistencia.
Sin esperar un segundo, se sienta en la cama y me hace ponerme encima. Pasa las manos por mis pechos, deseoso de retorcer mis pezones, pero se detiene al notar algo. En un movimiento rápido enciende la luz de la mesilla. Entonces mira la zona de mi escote, cubierto por un plástico transparente, y lo observa como si no reparase en qué es.
—¿Qué te has hecho?
—Arreglarme el tatuaje. —Le digo, llevándole la boca a mis pechos para que los bese. Lo hace encantado.
—¿Arreglarte? —Asiento y le acaricio el pelo. Luego me lo destapo y Zeus abre los ojos sorprendido— Mi amor...esto...esto no era necesario. Honey...joder...Me encanta.
Me besa con fuerza levantándome las caderas y hundiéndose en mí con suavidad, arrancándonos suspiros placenteros a los dos. Me ayuda a mover las caderas sobre él. Me acaricia por todas partes y me besa cada centímetro.
Sonrío disfrutando de mi hombre y de que le guste que haya añadido el rayo del dios griego detrás de las letras acompañado por las alas del águila que también simboliza al dios, además de su nombre debajo, leyéndose ahora: “Disfrútalos, Zeus”.
Jamás había hecho una locura así. Sé que si la relación termina en un futuro llevaría su nombre tatuado en la piel para siempre y algunas personas lo tacharán de una insensatez, pero ahora yo digo: ¿Qué más da que lo haya hecho? No me importa que esté hay para la eternidad porque, aunque no lo hubiera expresado con tinta negra, Zeus ya está grabado en mi piel, en cada parte de mi ser. Yo solo lo he hecho más visible.
—Lo sé, pero quería hacerlo. Cuando te dije que el tatuaje había cobrado sentido al conocerte lo decía muy en serio. No quiero, ni querré nunca, que nadie más disfrute de mí.
Sus manos agarran mi rostro con firmeza mientras bamboleo las caderas sobre él. El beso que me da es una delicia.
—Te quiero, honey, no sabes cuánto.

Capítulo 20

Ava

Lucas y Hugo vuelven a Madrid el jueves que es día treinta, exactamente quedan ocho días, así que quiero aprovechar con ellos el máximo tiempo posible. Por eso, desde el día siguiente de salir en Caipirinha hemos ido a muchos sitios. Hemos visitado el Toro de Wall Street por petición de ellos, probado comidas típicas, visitado la Catedral de San Patricio que es el templo neogótico más grande de Norteamérica. Amber y Madison nos propusieron visitar el museo MoMa en la calle 45th, es el más importante sobre arte moderno, y hemos podido ver obras de Dalí, Van Gogh, Picasso y otros muchos que podría nombrarte, pero entonces no termino. Ah, también hemos ido a ver el musical de Aladdin en Broadway.
Y hoy Zeus, que parece estar lleno de sorpresas, nos ha preparado con la ayuda de Peter, una escapadita con la que dice vamos a disfrutar un montón. Son las nueve de la mañana y ya estoy en el sofá esperando a que termine de recoger las cosas y podamos salir para encontrarnos con los demás.
—Estoy deseando saber dónde vamos. —Me levanto del sofá y me acerco a él, que acaba de coger las gafas de sol y me pide salir.
—Te va a encantar, honey.
En el ascensor estamos en silencio, lo que me da para pensar en cositas aterradoras que he parecido olvidar con la euforia de tener aquí a mis amigos. Hace demasiados días que no hablo con Zeus sobre Cristal ni nada relacionado con ella. No ha vuelto a mencionarme nada sobre el tema de la boda, ni del hospital, lo que me inquieta más que contenta porque me resulta muy raro.
Él está apoyado en la pared muy concentrado en escribir en su móvil, algo que sí me he dado cuenta de que hace mucho más que antes. Pasa más tiempo en el despacho y últimamente está algo más malhumorado. Me acerco para dejarme caer en su brazo y al sentirme bloquea el teléfono y lo guarda en el bolsillo, avivando más la incertidumbre que me inunda.
Quiero preguntarle, saber cómo va la cosa, pero no quiero estropear el día que nos ha preparado y por el que parece tan entusiasmado. Si puedo fastidiar la escapada con una simple pregunta, no quiero ni imaginar si le cuento antes de que terminen nuestras vacaciones que quiero conocer a la familia de mi madre, la misma que no ha querido saber de mí en años y a la misma que me he encontrado hace semanas cuando salí a correr. Llevándome eso a sentirme fatal por ocultarle que llamé a Jayden para que me socorriera antes que a él.
¡Joder! Dime que tú también percibes el problemón en el que me he metido. Que no son imaginaciones mías.

—Oye, honey —Lo escucho decir de fondo y lo miro como si fuera una autómata—. ¿Qué pasa? Vas a deshacer la gargantilla con tanto pasar los dedos por ella.
La suelto como si quemase, ni siquiera me había dado cuenta de que me la había cogido. Estoy tan sumida en mis cosas que tampoco me he dado cuenta de que hemos salido al vestíbulo. Tengo un caos mental demasiado importante.
Zeus me coge las manos y me hace masajes con los dedos.
—¿Qué piensas?
«¿Que qué pienso? Pues mira, quiero saber si te vas a casar con otra, si por fin has conseguido tu parte del hospital y qué piensas de acompañarme a conocer a la familia de mi madre biológica. Ah, sí, es que mi madre me abandonó cuando tenía cuatro años porque por alguna extraña razón no le serví, no fui suficiente, y quizá no lo sea para nadie. Quizás, ahora que tengo veintiocho años, sigo sin serlo. Además, he llamado a Jayden para...»
—Ava, ¿me escuchas? ¿Estás bien? Te has puesto pálida.
«Pálido te vas a quedar tu cuando te lo cuente».
—Nada. —Intento caminar, pero me detiene y me hace mirarlo.
—¿No me lo dices?
—Es que no es nada, me habré perdido en mis pensamientos.
—Joder, Ava. Creo que ya nos vamos conociendo. Dime que te pasa o no nos movemos de aquí.
—Odio cuando te pones así, Zeus.
—Yo odio que no me cuentes lo que te pasa, así que creo que estamos en un empate.
Achino los ojos y resoplo enseguida porque sé que como no escuche lo que quiere oír no iremos a ninguna parte. Cambio el peso de mi cuerpo al otro pie y me echo el pelo hacia atrás, cubriéndome así la espalda descubierta por la camiseta de tirantes finas que llevo.
—Solo pensaba en Cristal.
Sube las cejas, claramente sorprendido.
—¿Y eso por qué?
—Porque hace tiempo que no me dices nada del tema, no sé cómo van las cosas porque ya no me hablas de eso. Solo quiero saber si todo va bien. Pareces muy enfadado siempre que sales del trabajo y te encierras en el despacho para así no tener que hablar conmigo.
El cuerpo ancho y firme de Zeus se tensa, pero el mío siente una liberación descomunal después de haberle dicho lo que pienso. Se queda en silencio unos segundos, observándome, me da la sensación de que no sabe que decirme y que está buscando las palabras idóneas para responderme. Pero entonces tira de mis muñecas con una sonrisa y me abraza antes de besarme en la coronilla.
—Lo siento, cariño. He estado tan centrado en dejarlo todo listo para poder tener las vacaciones, tan liado con el abogado que no he tenido tiempo de contártelo. Bueno, eso y también por temor a que fuera una jugarreta de ella.
—¿Qué pasa ahora? —pregunto en un hilo de voz, temiendo que Cristal le hay exigido algo más descabellado que firmar un papel para casarse.
—No vamos a casarnos, cielo. Ha decidido cancelar el contrato.
—¿Qué?
Me separo de él despacio buscando en su rostro alguna señal para corroborar que no es una broma, a pesar de no ser un tema con el que bromear, y los pulmones parecen llenárseme de aire por primera vez en mucho tiempo. Salto a su cuello y lo beso con verdadera devoción. Saber esto lo cambia todo, ahora sí podremos ser felices sin que nadie nos lo impida.
—No me lo puedo creer —Aunque estoy feliz, algo me huele mal— ¿Por qué habrá cambiado de

opinión?
—Pues vete tú a saber. Pero no me importa, lo importante es que no quiere saber nada de mí.
Me suelto y acepto su mano cuando empezamos a salir del edificio para ir al coche. Voy con una sonrisa, pero mi mente sigue vagando en alguna posibilidad de que esto no sea más que el inicio de una guerra mucho más terrorífica que la anterior.
Me detengo antes de llegar hasta Marc.
—No sé, Zeus, ¿Y si es una trampa?
Mi pregunta no lo coge de sorpresa, como me esperaba que hiciera, lo cual me hace pensar mucho más en esa posibilidad y en que él se huele lo mismo. No se detiene a mirarme, se coloca las gafas de sol y aprieta mi mano con la suya. No quiero pensar que es un intento de ocultar como se le ha tensado el cuerpo al escuchar mi insinuación, porque sería absurdo. Lo he notado casi al mismo tiempo que lo ha sentido él.
Por fin, varios segundos después, que a mí me parecen eternos, fija sus ojos en mí tras el cristal oscuro y aprieta la mandíbula antes de forzar una sonrisa.
—No pienses en eso. Disfruta de nuestra libertad. Si Cristal asegura que se ha retirado, creémosla.
Parpadeo, insegura de la seguridad que él intenta desprender y algo escamada por cual será la próxima jugada de la chupona rubia. Aun así, no queriendo fastidiarnos el día pensando en ella ni agobiando a Zeus con más problema, decido hacerle caso.
—Está bien, aunque no me quedo muy tranquila, lo haré.
Zeus me da un beso rápido en los labios y nos encamina hasta el coche, donde esta vez sí subimos a la parte trasera. Marc nos saluda con una sonrisa y, tras abrocharse el cinturón, pone rumbo a no sé dónde.
Al parecer no estamos muy lejos, pero tenemos que cambiar de transporte antes de llegar a nuestro destino, lo que me hace ponerme nerviosa. ¿Habrá que coger un avión? Estoy segura de que si es así a Jess le da algo.
—¿Hay que ir en avión?
—No. —responde Zeus, mirándome con una sonrisa demasiado satisfactoria.
—¿Metro?
—Tampoco.
Frunzo el ceño, notando como se me arruga la frente. Se me enciende la bombilla.
—¿Autobús?
Zeus suelta una carcajada que se le contagia a Marc.
—¿Para qué, teniendo coche?
—No lo sé, cosas de ricos.
—¿Ir en autobús es de ricos?
—No en uno cualquiera, claro. Pero igualmente, tienes chófer. —Lo miro como si no se hubiera dado cuenta del detalle.
—Vale, no te digo que no, pero porque es más cómodo y rápido.
—Comodidades de ricos.
Marc suelta una carcajada que no ha podido oculta y Zeus resopla.
—Lo que tu digas, pero no vamos ni en autobús, ni en avión, ni en metro. Observa el paisaje y disfruta de la incertidumbre.
Resoplo como una niña pequeña y me giro hacia la ventana con la intención “de disfrutar el paisaje” (imita su voz, yo lo he hecho). Tardo aproximadamente diez minutos en chillar como una loca. Pego la frente al cristal y abro la boca al ver a lo lejos la Estatua de la Libertad, que no

quiere decir que sea allí donde vamos, pero algo me dice que sí. Para corroborarlo me giro hacia Zeus.
—¿¡Es en serio!? —grito tirándome hacia él, notando el tirón del cinturón.
—Sí, lo es, honey. Vas a ver toda la ciudad desde su corona. —Me agarra la cara entre las manos y sonríe de forma muy bonita.
—Explícame por favor como va a ser nuestro día. ¡Necesito saberlo!
Cierro las manos en dos puños y bailoteo en el sillón, teniendo de fondo las risas de los dos hombres que me acompañan. Me encanta que me narren lo que haremos, de pequeña siempre que mis padres planeaban hacer algo en familia yo pedía que me explicasen cada detalle porque me lo imaginaba y así me emocionaba mucho más. Le mando un mensaje a mi madre, súper feliz como una perdiz.

¡Mamá!, Voy a ver la Estatua de la Libertad,
AHHHHHHHH estoy gritando de verdad.

Antes de que el móvil me vuelva a vibrar Zeus solo tiene tiempo de decir:
—Cogeremos un ferry en Battery Park y nos llevará a Liberty Island para visitar la estatua....
Abro el chat de mi madre.

Eso es genial, mi vida.
Soy muy feliz de saber que te va tan bien.
Llámame mañana para contármelo todo.

Sonrío y tecleo.

Por supuesto, no lo dudes.
Os quiero.
Dale besitos a papá.

Como me gustaría poder decirle a mi madre que le de recuerdos a mi tía, pero por desgracia ella es un recuerdo. Cojo aire, diciéndome a mí misma que mi tía estará con nosotros hoy pasándoselo bomba.
—Perdón, estaba contándole a mi madre lo que haremos. Sigue.
Lo miro a los ojos, mis ojos oscuros preferidos, y presto atención.
—Como te decía, iremos a Liberty Island, donde visitaremos la estatua. Eso nos llevará varias horas, pero merecerá la pena. Sé que las alturas no te hacen mucha gracia, pero yo estaré contigo y si te agobias podemos parar en unos apartados que hay en las escaleras para ese tipo de emergencias.
Se me contrae el estómago y el pecho, no había pensado en la altura. Además, ¿Ha dicho escaleras?
—¿Escaleras? —digo en voz alta, aunque más un susurro. Zeus asiente, incluso Marc lo hace y ahogo un grito— Pensaba que era en ascensor o algo.
La profunda carcajada de Marc y la cara de incredulidad de Zeus me corroboran lo ignorante que acabo de parecer. Ni que una llevara aquí viviendo toda la vida. Serán idiotas.
—No me lo puedo creer. Zeus esta mujer es demasiado para ti.
Mi hombretón, que acaba de poner una cara seria que ni te digo, cierra los ojos unos segundos y echa la cabeza hacia atrás para reírse.
—En todos los sentidos Marc, en todos.
—Sois idiotas. —murmuro cruzándome de brazos. Los chicos siguen riendo.

⚡⚡⚡

Veinticinco minutos después Marc nos deja en nuestra parada, donde nos encontramos con Hugo, Lucas, Jessica y Peter. Madison y Amber no han venido, porque Maddie tiene que estudiar para un examen el lunes y Amber tenía una cita con Malcolm. Al parecer James va a tener una tarde muy entretenida con sus nietos.
—¡Tiaaaaa! ¡No me lo creo! ¡Bueno, sí! ¡Ahhhhh, no sé!
Jessica da saltitos haciendo reír a los demás, se acerca a mí y me achucha emocionada. Esta no se ha percatado de la altura, ya verás cuando llegue. (Para aclarar dudas, a ella le da muchísimo más miedo que a mí. Yo…la tolero. Que es exactamente lo que hice cuando me subí al avión por primera vez y las plantas del edificio de Zeus) Hugo se acerca a mí, Lucas segundos después. Cuando el moreno me pasa un brazo por los hombros, veo de reojo como Lucas va hacia a Zeus aunque me es imposible escuchar lo que hablan.
—Bombón, ¿estás tranquila? —Sé que me lo pregunta por la altura y niego con la cabeza— Verás que no es nada. Siempre podrás bajar.
—Ava, relájate. Nosotros estamos contigo, preciosa. Además, después no es para tanto. —Peter intenta animarme y se lo agradezco.
—Estoy cagadita de miedo. —asegura Jess entre saltitos, haciéndome reír.
Cuando Peter empieza a caminar hacia el embarque donde esperaremos el ferry, observo a Lucas seguir hablando con Zeus, y este mirarme de vez en cuando con una expresión que no consigo descifrar. Cuando se da cuenta de que me llama la atención la conversación tan secreta, mi guapo, perfumado y elegante novio se disculpa con Lucas y viene hacia mí.
—Quiere ser mi amigo. —La seriedad con que lo dice me hace desternillarme. Ojalá pudieras ver su gesto.
—Oye, Zeus, ¿Qué te pareció el tatuaje de mi chica?
Miro a Lucas fulminándolo con la mirada por su idiotez y luego miro a Zeus que se le ha oscurecido la mirada. La que se va a liar.
—No es tu chica, Lucas —asevera, nada contento con las bromas de mi amigo. Luego me coge de la cintura y mira por encima del escote cuadrado de mi camiseta ajustada—. Bien lo dice su escote.
Lucas suelta una carcajada y pasa de largo, feliz con su cometido.
—No le eches cuenta, él es así. No siente nada por mí.
—No le traería cuenta sentirlo. No tendría nada que hacer contra mí.
—Que creído te lo tienes. —Agarro su camiseta para fijar mi brazo por su cintura.
—No es eso. Es solo que haré lo que haga falta para que siempre me elijas a mí. Si dejas de quererme, volveré a enamorarte. Nunca me daría por vencido. No dejaría que tuviera oportunidad alguna contigo. Nadie.
—En eso estoy contigo, nadie tiene oportunidad conmigo. Solo tú.

Capítulo 21

Zeus

Ni puta gracia me hacen las bromas del abogaducho. Por más que me replanteo ser su amigo, antes rechazo la idea cada vez que le dice algo a Ava. Aunque ya estoy empezando a pensar que es para pincharme, porque todos se ríen a costa de mí.
—Esto es alucinante, de verdad, la mejor sorpresa de todas las sorpresas.
Miro con cariño a Ava, me gusta verla disfrutar de cada mínimo detalle, se conforma con cosas básicas que en el pasado a mí me parecían banales. Disfruta de un edificio alto que yo estoy aburrido de ver cada día, disfruta de un pájaro en un árbol de Central Park, de la lluvia, del frío, del mar.…Ava sabe apreciar cada cosa que se le regala y eso me parece sumamente precioso.
—Me alegra que te guste, cielo.
—Tengo que reconocer que me pone algo nerviosa saber que voy a tener que subir hasta tanta altura.
—Trescientos cincuenta y siete escalones para ser exactos. —Quemo a Peter con la mirada cuando veo la palidez en el rostro de Ava.
—Ay, mi madre, que alto.
—No es nada, Ava, estaré a tu lado.
—Pero...
—No pienses en eso ahora, disfruta de las vistas. Mira que preciosidad.
Ella mira por la baranda del barco.
Yo la miro a ella.
—Sí que es bonito, sí.
Me coloco detrás y pongo las manos a cada lado de su cuerpo, agarrándome al metal de la baranda. Le beso la coronilla y pienso en lo que me ha propuesto Lucas hace un momento. Al parecer Ava le ha contado lo que nos ocurre con Cristal y lo que quiero hacer con el hospital. No ha entrado en detalles, pero me ha ofrecido un plan que podríamos poner en marcha si yo le diera luz verde.
Dice que es muy buen abogado y le gusta jugar con fuego, nunca ha hecho nada ilegal, pero que soy importante para Ava y que hará una excepción si con ello consigue que ella esté tranquila.
No he tomado una decisión, no tan apresurada, pero le he dicho que lo pensaré.
Pego el pecho a la espalda de Ava y le doy un beso suave en el cuello, escuchando el murmullo de las demás personas que van a bordo con nosotros, incluido el de nuestros amigos. El paseo es suave y tranquilo y la brisa da en nuestros cuerpos retirando un poco el calor por las temperaturas.

—Ya vamos a llegar, honey. —Ava alza la cabeza delante de mí y asiente levemente.
Cuando el ferry se detiene, nos bajamos y damos una vuelta por Liberty Island. Nos acercamos a la estatua y Peter y yo sonreímos al escuchar a nuestras chicas y sus amigos decir que no es tan grande como parece. Y es verdad, puede parecer inmensa, muy, muy alta, pero desde cerca no lo es tanto. Aunque eso no resta los metros de altura que tiene.
Ava fotografía todo lo que puede, los árboles, el agua; la estatua de lejos, de cerca, desde abajo, a los chicos, a nosotros, a las personas caminando. Sonríe, constantemente, y yo tengo que hacerlo también porque mi corazón lo hace cuando la miro.
Una vez hemos paseado lo suficiente nos dirigimos a la estatua para pasar un control de seguridad muy estricto. No podemos subir con pertenencias, como mucho una cámara y poco más. Como era de esperar le hemos dado el privilegio a nuestra fotógrafa particular.
La verdad es que no me ha costado conseguir las entradas porque conozco a gente que me lo ha facilitado y por eso hemos podido venir y subir con facilidad.
El primer lugar que visitamos es el pedestal y el pequeño museo que hay dentro, los que hemos subido en ascensor porque están en la base.
—¿Esto es un pie gigante? —Alucina Jessica, mirando de cerca la estatua de color bronce que tiene delante.
Los demás se detienen a ver los cuadros y lo histórico que el museo muestra. Van sin prisas, empapándose de todo lo nuestro como buenos turistas. Me encanta contarles cosas de nuestra cultura o antepasados y que quieran saber tanto. Pero tampoco nos quedamos mucho más tiempo abajo, tenemos que subir bastantes escalones y lo conveniente es ir haciéndolo ya. Así que coloco mi mano en la espalda de Ava para llamar su atención.
—Vamos a subir, honey.
—Ayyyy, que me meo de los nervios. —Jessica habla en español, supongo que para que nadie la mire raro o se ría.
—Vamos gatita, cuando te des cuenta ya estás arriba. —La anima Peter, cogiéndola de la mano. Poco a poco va entendiendo su idioma.
Hugo y Lucas ríen y charlan entre ellos, tranquilos y atentos. A veces pienso que lo hacen queriendo para darnos algo de privacidad, aunque no es necesario, yo al menos no me voy a poner a sobar a mi novia delante de nadie, ni a comportarme de ninguna manera que incomode al resto.
—Hugo, Lucas —Me muerdo la lengua por no llamarlos sensato y abogado, pero quiero empezar a tener buena relación con Lucas, que es con el que no congenio—. Vamos a subir ya.
Empezamos a subir escaleras básicas, barandas negras y de hierro. Unos metros arriba podemos salir para disfrutar de las vistas. El sol pega sobre nosotros, pero realmente no hace un calor agobiante. Cuando miramos hacia abajo vemos la base estrellada y el Skyline de Nueva York.
—Esto es increíble. Que pasada. —Lucas se asoma para mirar hacia abajo, con él van Jessica y Ava.
—Vamos a hacernos una foto todos juntos. —Nos propone Hugo a la vez que le da un toque en el hombro a Ava.
Ella saca su cámara e intentamos apiñarnos para poder hacernos un selfie, después le pedimos a un matrimonio que nos haga una foto de cuerpo entero. Varios minutos seguimos en la misma zona hasta que decidimos entrar y continuar.
Al principio la subida no es complicada, pero cuando las escaleras empiezan a achicarse Ava se pone nerviosa y tengo que pararme con ella varias veces. Los demás también, pero viendo que no podemos obstaculizar el paso, ellos continúan y nosotros nos quedamos por detrás.

—Respira despacio, no es nada, honey. Un par de escaleras, no son nada para ti.
Con mis palabras de aliento quiero añadirle que si es capaz de llevar una vida sabiendo que su madre prefiere estar en la calle antes que con ella, podrá con un puñado de escalones, aun sin poder decírselo. Algo en mi interior se quiebra, porque me duele que no me lo haya contado aun, pero quiero pensar que es por temor a como pueda reaccionar, que no se sincere porque crea que podré rechazarla. Pero está muy equivocada.
La respiración de mi preciosa morena empieza a acompasarse y vuelve el color rosado a sus mejillas. Se las acaricio con los pulgares y le robo un beso dulce.
—Vamos a seguir, ya me encuentro mejor.
Con cuidado, retomamos la subida. Voy detrás de ella, asegurando que cuando mire hacia atrás me vea y se tranquilice. El interior de la estatua es impresionante, todo hierros y escaleras, puedes pensar que nada del otro mundo, pero quizá saber cómo fue creada, porqué y con qué intención, es lo que la hace doblemente atractiva.
Seguimos subiendo, sin ningún parón ni ataque por parte de ella y parece tranquila. Nos agarramos a las barandillas para asegurarnos, y ya me confío de que llegaremos a la corona sin ninguna sorpresa hasta que llega a detenerse bruscamente y coger aire. La animo a subir, hablándole suave y poniendo mis manos en sus caderas para que me sienta. Parece estar mejor, pero en cuanto ve el hueco de parada se desliza hacia un lado.
Le acaricio el pelo e intento hacer que se tranquilice, sin embargo creo que esta vez va a ser más difícil. Aunque está inquieta por la experiencia, me parece saturada, como si esto hubiera sido el detonante para que explotara toda la tensión que ella lleva en silencio y yo desconozco (porque no le apasionan las alturas pero tampoco es que tenga una fobia como para estar reaccionando así, por lo que no puede ser nada más que eso: saturación).
Parece que se me cierra la garganta al verla llorar. Joder.
—Oye, oye. Shh, mi amor —La acuno, la abrazo y siento que me pongo nervioso. No sé a qué se debe el llanto y no me gusta nada—. No llores, ya falta poco. ¿Prefieres que nos demos la vuelta?
Me mira con los ojos turbios, si me fijo bien podría ver el gris de sus iris arremolinarse en la tormenta que ha roto en ellos. Los tiene rojos por la irritación tan repentina y las lágrimas se le acumulan en el borde del labio superior. Sé necesita espacio y aire, pero no puedo evitar besarla y succionarle el labio mojado, deseoso de poder absorberle cualquier malestar.
Entonces se apoya en mí recibiendo mi beso como si fuera lo único que necesita.
—Estoy bien, no quiero volver —susurra contra mi boca y la miro desde arriba. Sus cortas pestañas están mojadas por las lágrimas—. Continuemos, sé que estás conmigo.
Volvemos a subir, subir y subir hasta que por fin vemos a los demás asomados a las pequeñas ventanas de la corona. Llevo la mano de Ava enlazada con la mía y la suelto cuando quiere acercarse a una de ella. No me alejo demasiado, no quiero que la impresione demasiado la altura.
—¿Estás bien, bombón? —La preocupación de Hugo me gusta, sé que quiere a Ava, pero ¿de verdad es necesario ser tan cariñoso?
—Avuchiiiii, mira donde estamos.
Ava se acerca a su amiga, y no es consciente de lo sensuales que me resultan sus movimientos. Las caderas se le contonean de un lado a otro y estoy seguro de que si aquí hubiera más personas además de nosotros, la mirarían más a ella que a las vistas que hay fuera. El pantalón corto vaquero de color blanco le hace un culito espectacular, solo de saber que lleva un tanga entre las nalgas, joder, me hace babear como si estuviera en celo.
—Tío, tu cara demuestra demasiado que estás enamorado. —Me suelta Peter, atrayendo las

miradas de los otros dos hombres que vienen con nosotros.
—Os lo tengo que decir —Anticipándome, pongo una mirada sin ganas sobre Lucas que siempre tiene algo que añadir. Se acerca a nosotros y las mira a ella—. Sois los tipos más suertudos del mundo al tenerlas. Solo quiero que entendáis que nosotros también nos consideramos afortunados porque estén en nuestras vidas, no nos veáis como una amenaza.
Dicho eso, se dirige hacia ellas para hacerlas reír con una broma suya. Peter me mira con complicidad y entiendo perfectamente que ha querido decirme absolutamente lo mismo.
Después de veinte minutos más volvemos a bajar y las chicas empiezan a quejarse del hambre. Tengo que decir que yo estaré encantadísimo de darle a mi novia el postre antes de la cena.
La bajada no tiene nada que ver con la subida, Ava va tranquila y hablando con los demás. Está enfrascada en una conversación sobre el trabajo de sus amigos, en la que han hablado de Carl y ahora les habla de...
—Jayden es otro de nuestros amigos, aunque no sale mucho con nosotros.
Cierro los ojos, molesto, me acaba de joder el día. ¿Por qué lo tiene tan presente? ¿Cuándo ha crecido tanto su amistad? ¿Es que no va a desparecer de nuestras vidas?
—Tiene una empresa de muebles, ahí he comprado todo lo necesario para decorar el apartamento y el estudio —explica con demasiado entusiasmo para mi gusto. Peter me mira de soslayo más de una vez—. Es muy buena persona, a mí me ha ayudado mucho y...
Me cago en la puta, ¿Cuándo la ha ayudado? No sigo escuchando porque voy a reventar algo de un golpe. ¿Qué ha necesitado que él le ha dado y yo no? Mierda, mierda, mierda. Intento adelantarlos, pero voy tan cegado que Peter ha tenido que detenerme.
—Zeus, solo son amigos. Ava no te haría nada parecido, relájate.
Respiro con rapidez, ahora solo quiero ir a por Jayden y partirle la cara. Dejarle claro que no puede acercarse ni un centímetro a ella, que se olvide de tenerla, que no se va a enamorar de él. Pero tampoco puedo hacer eso, no soy el dueño de Ava.
Ella, la que parece conocerme más que nadie a pesar de conocernos desde hace tan poco, me mira al sentir mi enfado. Digo sentir porque no me ha podido escuchar decir nada. Un escalofrío me recorre el cuerpo al sentir sus ojos fieros sobre mí. Sube algunos peldaños para ponerse a mi altura, dejando colgada la conversación con sus amigos.
—¿Estás bien? —Su cara alzada para mirarme me excita— Zeus, dime que te pasa.
Escuchar mi nombre termina de encenderme y bajo la distancia que nos separa, la agarro por la cara y la beso. Es un beso suave que esconde toda la fuerza y lujuria que quiero desprender con el acto pero, aunque no lo haga, Ava sabe lo que siento en este momento. Sus manos se ponen en mi espalda baja para pegarme a su cuerpo y me separo lo justo para poder hablar.
—Me pasa que te quiero demasiado Ava y me jode que hables de otro hombre con tanto entusiasmo.
Sus ojillos recorren mi rostro y los labios parecen movérseles en cámara lenta al hablar.
—Es solo un amigo —Da un tirón a mi ropa cuando miro por encima de su cabeza un instante, reclamando mi absoluta atención—. Nunca será nada más. Jamás sentiré nada por él, ni por nadie. ¿Cómo tengo que decírtelo, cabezota? Has entrado en mí y no dejaré que salgas nunca.
Suelto el aire contenido sintiéndome de nuevo un idiota por los celos. No suele ser demasiado afectiva con palabras cursis cada dos por tres, pero cuando despliega sus encantos en lo referente a las muestras de amor…hace que mi corazón tiemble como un cervatillo inseguro.
—Intento cambiar, dame tiempo.
Creo que va a volver a besarme, pero en vez de eso me regala algo mucho más emotivo e importante para mí.

—Toda una vida, Zeus, te doy toda una vida.

El día lo finalizamos con la visita al museo de la estatua de la libertad al salir de ella, después con el museo de los inmigrantes en Ellis Island donde Ava hizo más fotos, disfrutamos de las vistas y de la historia que ellos mismos se encargan de aprender a base de pregunta e indagaciones.
A casa llegamos por la noche, cansados y deseosos de darnos una ducha después de estar todo el día de turismo. Cuando Ava me esperó sin ropa en la puerta de la ducha, me desnudé admirándola como la obra de arte que es, perfectamente cincelada y curveada con un cuerpo maravilloso que no me canso de besar y saborear.

Ahora estamos en el salón con las maletas echas y tres macutos cargados de “por si acaso” que Ava no ha dejado de enumerarme cuando le he contado que nos vamos a la casa que tiene mis padres para las vacaciones. Ya sabía que Ava es una apasionada del aire libre, pero acabo de descubrir que le fascina la montaña, el campo, la naturaleza en sí y eso me ha dado una idea increíble.
Ya me la veo levantándose por las mañanas de nuestra cama amplia, en la que podremos disfrutar sin límites, en la habitación decorada con tonalidades de madera y varios estilos, bajando en pijama a nuestro gran salón donde la esperaría una chimenea recién encendida y tomándose un café caliente en el porche, donde seguramente yo ya la estaría esperando después de hacer algo de deporte. Tendríamos uno o dos perros que soltaríamos, jardines, flores y árboles para que mi preciosa mujer pudiera inspirarse en su trabajo.
—Estoy deseando llegar, no sabes lo emocionante que me parece pasar el resto de las vacaciones en una casa en medio de la naturaleza y con piscina.
—Esa casa es en la que hemos pasado nuestros veranos en familia, algunas navidades también, hasta que mi madre murió.
Cojo nuestras maletas y salgo del apartamento, luego vuelvo a entrar y le cojo a Ava la que lleva en la mano. Ella no se mueve, me mira como si hubiese visto algo extremadamente raro.
—¿Cuánto hace que no vas? —Coje la maleta de nuevo y cierra la puerta cuando ha comprobado que todo está listo.
—Años. Mi padre tiene contratada a personas para que no dejen que se venga abajo. Cuidan los jardines, limpian la piscina, pintan cuando es necesario —Suelto un suspiro cuando las puertas se abren y Ava entra en el ascensor llevado con ella el equipaje—. Ya sabes, lo necesario para que no se eche a perder.
—¿Y porque has decidido que vayamos?
—Quiero que me conozcas más. Ese lugar es muy importante para mí, tiene recuerdos en cada rincón y... —Me acerco a ella y la pego a mí— quiero que ahora también te tenga a ti por todas partes.
Sonríe de un modo muy bonito, curvando los labios casi sin poder evitarlo y contagiándome al brillo de sus ojos. Pega la mejilla contra mi pecho y me da un abrazo que podría calmar cualquiera de mis miedos.
—Me encanta que seas tan cursi. Eres oscuro por fuera y un arcoíris brillante por dentro.

—Pero no se lo cuentes a nadie. —Le acaricio la nuca con la yema de mis dedos y su piel se eriza.
Las puertas vuelven a abrirse y se me adelanta para salir, viéndose el nerviosismo y el entusiasmo escapándosele de cada poro de su piel. Intenta cargar con todo, llegar rápido al coche y ni siquiera deja que Marc haga su trabajo al completo. Él la observa divertido y cuando se percata de mi presencia vuelve los ojos haciéndome reír. Mi amigo intenta coger lo que llevo en las manos, pero lo guardo en el maletero.
Cuando nos subimos al coche, Ava se coloca el cinturón y Marc se pone en marcha. Primero recogeremos a Madison en su casa y también vendrá con nosotros Lucas. Peter, Jessica y Hugo irán en otro coche. Mi hermana no ha podido venir con nosotros hoy, pero nos ha asegurado que vendrán todos a un poco más tarde, incluido mi padre.
—¡Qué nervios! —susurra mi preciosa mujercita y agarra mi mano sobre los sillones de piel, desbocando mi corazón como está acostumbrada a hacer sin ni siquiera ser consciente.

Capítulo 22

Ava

25 de junio. Casa de campo de la familia O'Donnell.

Pensé que el viaje sería en coche, pero cogimos el avión privado de Zeus. Mis amigos y yo alucinamos en cuanto lo vimos en la zona de aterrizaje con la puerta abierta, la escalera hasta el suelo y el piloto esperándonos con un traje oscuro. Jamás me hubiera imaginado viviendo una situación parecida.
Hice tantas preguntas y admiré tanto las cosas que Peter y Zeus veían a diario, que me tuve que obligar a callar si no quería parecer una rarita con tanto abrir la boca y mirar a todas partes. Mantuve la compostura, pero tengo que chivarte que hasta el piloto me hizo maravillarme. ¡Un jet privado! ¿Hola? ¿¡Cómo no iba a alucinar!?
Hablo en pasado porque eso fue hace exactamente cuatro horas, a las siete de la mañana para ser exacta. Ahora volvemos a estar en un coche, otro que ha alquilado Zeus, pero que también conduce Marc. Se ha unido a las vacaciones por varios motivos, el más importante para poder acudir a cualquier emergencia que pudiera surgirnos estando tan lejos de casa, pero también porque nos llevamos muy bien con él y me parecía horrible no proponérselo. Y estoy segura de que ha venido porque ha querido, él sabe perfectamente que si no le hubiese apetecido Zeus habría contratado a otra persona para estos días y Marc podría haber descansado.
Me da que la rubia que tiene sentada en el asiento del copiloto también tiene mucho que ver. Desde la noche en el Caipirinha he querido hablar con ella, pero hemos tenido unos días muy entretenidos y no me ha sido posible. Por lo que antes de que se acaben las vacaciones lo haré, quiero que me cuente que se traen entre manos.
—Ya estamos llegando.
La voz de Zeus me hace volver a mirar por la ventana y cuando me vuelvo me encuentro con la cabeza rubia de Lucas mirando en su dirección, consiguiendo que ponga los ojos en blanco por cualquier gesto que haya hecho mi amigo para buscarle la boca. Con una sonrisa en los labios, volvo mi atención al paisaje, sobre el que brilla el sol con mucha intensidad. En el coche tenemos el aire acondicionado, pero apuesto a que fuera hace un calor de mil demonios.
Vamos por una carretera con césped y arena trabajada para los huertos a cada lado separada de la calzada por vallas de madera. A veces se alzan árboles en línea que duran menos de cinco minutos, luego el paisaje vuelve a ser despejado, viéndose al horizonte un cielo azul, claro y precioso con algunas nubecillas moviéndose sin prisas. Como si el tiempo no corriese en nuestra

contra.
Me centro en detalles como el sonido del coche de fondo, la charla de los demás, las risas de Lucas, el tono grueso en la voz de Zeus y me pierdo en mis pensamientos. Mi mente viaja a lugares en los que no quiero pensar, a situaciones en la que no debería estar pensando cuando me dirijo a una casa en la que pasaré unos días increíbles con personas que ya forman parte de mi vida, con un hombre que ha sabido ganarse mi corazón poco a poco hasta hacerse su dueño.
Mi mente debería estar despejada en este momento, no rememorando como mi madre ha vuelto a huir de mi veinticuatro años más tarde. No debería estar martilleándome con la futura decepción que Zeus sentirá al enterarse de que fue a Jayden a quien llamé y no a él. No quiero estar fantaseando con cómo sería que mi madre biológica cogiera un taxi para ir a visitarme porque hace días que no nos vemos, no quiero estar imaginando como sería que ella fuera una madre normal, que adora a su hija y que la apoya y cuida por encima de todo.
Sé que está Sonia, a la que siento como mi verdadera madre, a la única que necesito en cualquier momento, pero no puedo negar que me duele, que me oprime el pecho la incertidumbre del por qué. Un porqué del que no estoy segura si quiero saber la respuesta, pero que siento importante para poder seguir mi vida sin cargos de conciencia, sin machacarme diariamente cuando vuelvo a pensar en el día que volví a verla.
También está William, con el que mis dudas se incrementan mucho más que incluso con el tema de mi madre. Y lo hace porque no dejo de preguntarme si él sabe de mi existencia y que si es así, ¿Por qué nunca ha intentado ponerse en contacto conmigo? Lo que me hace replantearme mis ganas irrefrenables de presentarme en su casa y tocar la puerta para explicarle que ha ganado una nieta con la que podrá tener una relación bonita, porque a pesar del tiempo separados podríamos intentar formar parte de nuestras familias.
Cierro los ojos unos instantes, necesitando espantar de mi cabeza los traumas que me persiguen, ahora de forma más aterradora, desde hace unas semanas. He sentido mi corazón desbocarse infinidad veces a lo largo de mi vida, pero ninguna se compara a como se revuelve en mi interior cuando pienso en mi madre biológica y mi familia materna.
—Ya hemos llegado. —Miro a mi izquierda, encontrándome con los ojos claros de Lucas y la oscuridad de los iris de Zeus clavados en mí. Como si pudieran adivinar lo que estoy pensando.
Miro a la luna del coche y puedo apreciar una verja negra seguida de una alta valla del mismo color acabada en picos punzantes. Detrás se alarga un camino rodeado de campo y más campo verde, flores, árboles y a lo lejos una casa que, a pesar de estar a kilómetros aun, se alza majestuosa y familiar en lo alto de una colina verde. El estómago me hormiguea ante tanta preciosidad junta. Zeus es verdaderamente afortunado al poder disfrutar de cosas que para otras personas solo están a su alcance al verlas en una película.
Cuando la verja se abre y Marc avanza en el camino bajo la ventana, sin importarme el calor que pueda entrar, y me asomo pasa aspirar el aire puro. El olor a naturaleza, a sol, a verano. Cierro los ojos para sentir el aire que choca en mi cara por el movimiento del coche, luego observo unos pájaros que vuelan sobre nosotros de árbol en árbol, bajando la vista sobre la hierba verde que se mueve de manera casi imperceptible. Está todo muy verde, a pesar de estar a finales de junio y hacer tanto calor.
—Me cago en la puta, que casoplón. Esto es enorme, podría vivir aquí sin importarme tener que coger un puto avión para ir a la ciudad.
Lucas se acerca hacia adelante apoyando las manos en el respaldo de ambo sillones y metiendo la cabeza entre Marc y Maddie, consiguiendo que ella lo mire y sonría dulcemente.
Intercambio una mirada con Zeus cuando alza una mano y me acaricia la majilla en un gesto muy

cariñoso.
—Yo nunca he tenido una casa así, pero tengo una tía con una casa en la playa preciosa. A pie de playa más bien, con la arena a los pies en cuanto sales del porche. Me encanta la brisa en la cara recién levantada y el olor del mar llegar hasta mí.
Marc mira fugazmente a Maddie cuando la escucha, no sé si están en una relación o si se llevan muy bien, pero por como la mira con detenimiento y se ha sorprendido al escuchar algo tan íntimo, estoy segura de que sabe de ella tan poco como nosotros. Madison es una chica reservada, sabemos poco más que su nombre, edad y donde vive, pero nada de su familia, ni de su pasado. Conociendo mi propia historia, espero que Madison no tenga una familia rota y que simplemente sea una mujer recelosa a la hora de contar sus intimidades.
—Yo, por suerte, he podido viajar bastante y he estado tanto en casas de campo como de playa. Y para ser sincero, no quiero ni una cosa ni la otra, yo con mi pisito de soltero estoy más que a gusto. Tiene la capacidad máxima de un trío, sin niños, ni mascotas, ni un futuro de casado. —Lucas deja la espalda en el sillón y apoya la nuca en las manos.
—Llegará el día o la mujer más bien, que te haga cambiar el pisito de soltero por una de campo y por una de playa. Querrás tener tanto espacio en el que hacerla feliz, que unos pocos metros cuadrados no serán suficientes.
Todos miramos a Zeus y cuando digo todos también me refiero a Marc, aunque este lo haga por el espejo retrovisor.
—Estás demasiado pillado —interviene Marc por primera vez en la conversación—. En mi caso, no he conocido a ninguna mujer que me haga sentir nada parecido. Sinceramente, tampoco tengo prisa en hacerlo, con un rollito de vez en cuando tengo suficiente.
—Tú eres de los míos —comenta Lucas orgulloso de ello, de verdad, hombres…—. Hace unas noches me lie con una morena que joooder. No veas las tetas que tenía.
—Yo no tengo preferencias, me gustan todas las mujeres bonitas.
Abro los ojos sorprendida, por la confianza que se traen estos dos a la hora de hablar de mujeres y sus gustos. Me percato en los movimientos inquietos de Maddie que me demuestran lo incómoda que se siente por la conversación, corroborándome que Marc y ella tienen algo.
Como el camino ya es el de la finca, me desabrocho el cinturón y paso por detrás de Lucas para sentarme en las piernas de Zeus. Este deja una mano sobre mis rodillas y con la otra me agarra la cintura.
—¿Y tú tienes preferencias con las mujeres?
Me mira con picardía, chispeándole los ojos, y sonríe de medio lado al acercarse a mi cara.
—Si tiene una melena larga, negra, es bajita y con unos ojos de infarto…Que se olvide de mí el resto de las mujeres.
Lo miro a los ojos sintiendo la calidez que desprenden y me envuelven, abrazándome con tanta intensidad que me contrae el vientre. Me gusta su faceta seria, mandona y cuando cuadra la espalda al enfadarse para encarar cualquier situación, pero más me gusta su parte cariñosa y protectora que saca a la luz cuando está conmigo.
—Yo los prefiero rubios. —Canturreo, apartando la mirada.
El silencio dura unos segundos, el tiempo que tardan sus dedos en rozar mis costillas para hacerme cosquillas. Suelto una carcajada y pataleo un poco por detrás de Lucas, que se vuelve para mirarnos.
—Tíos, tíos, mirad estos dos metiéndose mano delante de nosotros. Sois unos depravados.
Yo no dejo de reír, viendo como Madison ríe también al verme como una loca en los sillones de atrás. Zeus pega la boca a mi oreja, respirando sobre ella y provocándome un escalofrío

inquietante.
—¡Ahora sí! ¡Que casoplón! —Silba Lucas atrayendo mi atención.
—Salvada por la campana, honey. Prepárate para cuando estemos en nuestra habitación.
Las puertas del coche se abren, saliendo Madison, Marc y Lucas. Incluso noto como Zeus hace que me sienta en el sillón para que podamos bajar, pero estoy demasiado concentrada en esas palabras que ha dicho para provocarme, siendo claramente una promesa más que una advertencia.
Cuando consigo bajar, cada uno llevamos nuestro equipaje y subimos la minúscula inclinación que nos lleva hasta la casa. Es al más puro estilo americano: alta y enorme, en el más amplio sentido de la palabra. Tiene dos plantas y además un ático, no he entrado aun, pero puedo ver la estructura arriba que lo descubre. Es impresionante. Blanca, tanto que el sol deslumbra al tocarla. Columnas majestuosas que sujetan el techo encima un amplio porche que bordea la casa no tiene escaleras para acceder pero la casa está elevada lo justo para tener que subir un escalón.
Cuando estoy en el porche de madera, como todo a mi alrededor, de color blanco y azulón veo al fondo a la derecha un columpio de tres plazas colgado. Es precioso, de color blanco también y con cojines crema que le dan tonalidad al exterior. A la derecha hay una mesita con base de cristal, de mimbre oscuro, acompañada de dos sillas de respaldo alto y patas cortas de color blanco. Del techo cuelgan algunas macetas verdes, frondosas y brillantes, y otras con flores de colores vivos.
La puerta es del mismo azulón del color de las tejas a dos aguas acompañando al borde de las ventanas y cuando Zeus la abre y deja al descubierto el interior, ahogo un grito de sorpresa. Es una casa preciosa. Está tan cuidada que parece que sigue habitada. Aunque, todo llama mi atención, lo que más lo hace son los altísimos techos. También observo las paredes que están pintadas en un marrón muy claro a juego con el techo, destacando así todos los detalles blancos.
La entrada es una especie de vestíbulo amplísimo y abierto, teniendo a la izquierda un arco cuadrado que da a un increíble salón con chimenea, estantería y sofás de piel marrón oscuro. Los muebles son anchos, grandes y elegantes, en tonalidades claras, mayormente blancos y color madera. El suelo es parqué, de un color ocre que brilla por que está cuidado con mucho mimo. Debo destacar que a pesar de verse claramente que es una casa atendida, que no haya fotos ni pertenencias demasiado personales te chiva que aquí nunca ha vivido nadie, cosa que podría imaginar alguien que no conozca a Zeus.
—Si yo tuviera una casa como esta, no me iba de aquí jamás. —Hugo recorre la casa mirando a su alrededor silbando cada vez que le gusta algo.
—¡Ahhhh! —El grito de Jessica es tan estridente que todos vamos en su búsqueda y nos la encontramos acariciando la cocina americana— Cariñínnnnn, mira que cocina más grande y bonita —Peter, que se ha dado un susto de muerte, va hacia ella—. Necesito una. Después de ver esta no puedo conformarme con la de mi piso.
Todos estallamos en risas. Jessica es muy exagerada, pero la verdad es que la cocina merece gritar de esa manera o más fuerte. ¿Cuántas películas americanas has visto? Yo como mil y esta cocina es muy parecida a las que veo en ellas. Creo que por eso flipo tanto.
Para empezar, la encimera donde están los fogones, el horno, el fregadero y demás coge todo lo largo del frontal y se dobla a la izquierda, y tengo que destacar todas las ventanas que conforman las paredes dando unas vistas increíbles al campo. Tiene una isla americana, maciza, muebles de madera, colores marrones que se mezclan de maravillas y una mesa con sillas para comer.
Cuando la parte de abajo ya nos tiene a todos los que no somos de aquí hechizados, Zeus nos enseña la parte de arriba hacia la que se accede por una anchísima escalera que se enrosca para

llegar a la segunda planta, donde hay un balconcito interior con baranda de madera desde donde se ve la planta baja. Los baños son enormes, techos altos, mismo color de paredes en toda la casa, bañeras blancas con patas plateadas, lavabos amplios, espejos y muebles de madera.
—Hay cinco habitaciones que podéis elegir a vuestro gusto, os dejo elegir mi habitación si es necesario, pero no la del final a la izquierda que era la de mis padres. Donde, si no cabemos todos, dormiremos Ava y yo esta vez. Además, por el garaje podéis acceder desde fuera al sótano y aquí arriba —Todos miramos al techo, desde donde cuelga una cuerda y él tira sacando una escalera—, hay otra habitación que podéis usar.
—Esta casa bien podría ser un museo o algo. Es enorme Zeus, has tenido que ser el niño más feliz aquí. —Jessica lo mira con cariño y con una sonrisa entusiasmada.
—La felicidad se acabó cuando era un adolescente —Se crea un silencio, le cojo la mano y le doy un apretoncito al sentir su dolor y vuelve en sí—. Pero bueno, ahora estamos nosotros para darle vida de nuevo y crear nuevos recuerdos. Así que venga, elegid habitación.
Cuando cada uno entra en un dormitorio, Zeus y yo seguimos en el pasillo. Enrosco los brazos alrededor de su cuello y el me rodea la cintura con sus fuertes brazos descubiertos por la camiseta de mangas cortas que lleva. Está ardiendo, pero no muestra ni un signo de sudor ni el típico calor de verano. Me acerco a sus labios y pego los míos a ellos, abre la boca al instante recibiendo mi amor y mi lengua a partes iguales. Con una mano en la parte baja de mi espalda me pega más a él.
—Estoy muy feliz por estar aquí —Le digo cuando nos separamos un poco—. Quiero que me cuentes todas las experiencias que hayas vivido aquí.
Me encanta conocerlo, saber cosas que me acerquen a él. Quizás son datos que cualquiera pueda saber, pero estoy segura de que habrá cosas que solo me confiará a mí y estoy deseosa de escucharlas.
—¿Incluso mis rollos de verano? —cuchichea con voz pícara y yo suelto una carcajada a la que él sonríe de inmediato.
—¡Dios! ¡No! No ese tipo de experiencias. Seguro que son demasiados.
Chasquea la lengua y me muerde la barbilla cuando echo hacia atrás la cabeza para reírme.
—Posiblemente, honey —Una punzadita se apodera de mi estómago, pero él lo arregla rápidamente—. Pero nosotros vamos a ser los único que se repita año tras año.—
Y tras decir eso, vuelvo a lanzarme a sus labios, dejando que su calor natural y la pasión que emana siempre que estamos juntos me envuelva por completo, clavándose en mi alma con una rapidez irrefrenable.

Capítulo 23

Zeus

25 de junio. Casa de campo de la familia O'Donnell.

A la hora de la comida parece que estamos instalados, todavía hay maletas por aquí y por allá, pero al menos cada uno sabemos dónde dormiremos. Peter y Jessica lo harán en el desván. Maddie en una de invitados, el abogado, Hugo, y Marc se quedarán en el sótano, hay dos sofás cama, televisión y varios juegos como el billar.
En un principio había dejado inaccesible el dormitorio de mis padres porque pensé que alguien ocuparía mi habitación y la de Amber, pero viendo que se han quedado libres por que los chicos querían que ellos estuvieran en sus dormitorios, he elegido la mía para que Ava y yo durmamos ahí. Así cuando mi padre, mi hermana y los niños lleguen tendrán sus habitaciones.
—¿Tienes cama de matrimonio en una casa a la que no vienes nunca? —Sonrío, a esta mujer no se le escapa una.
—Con los años hemos ido haciendo cambios y reformas. No venimos a pasar las vacaciones, pero te he dicho antes que no la tenemos desatendida. Cuando cumplí los veinticuatro pedí cambiarme la cama por una más grande. El colchón lo cambié hace unos meses.
Ava me mira con los ojos achinados, seguramente pensando en porqué hice el cambio a esa edad. Paso por su lado y me siento en el borde de la cama, mirándola mientras ella lo inspecciona todo a su alrededor. El único cambio que hay en el dormitorio es el color de las paredes, que antaño era infantil, y el tamaño de la cama. La distribución y los muebles son los mismos que dejó mi madre.
La cama está al fondo de la habitación con el cabecero pegado a la pared frontal, con una ventana alta y ancha detrás sin cortinas, cubierta directamente por la persiana. Una mesita de noche a cada lado de la cama, un armario alto y ancho en el mismo tono caoba que los demás muebles de la habitación, un escritorio y una silla bastante cómoda.
Abre los cajones sin pedirme permiso, algo que no me molesta en absoluto. Me gusta verla revolotear por un espacio que ha sido muy íntimo cuando era más joven, buscando recuerdos y cosas que puedan decirle más de mí. Tras varios cajones, saca unas medallas colgadas de tiras anchas, algunas azules otras blancas, del cajón de mi mesilla.
—¿Y esto? —Le da vueltas, leyendo la inscripción de cada una.
—Son premios que gané antes de los quince —Ava me mira, consciente de porque dejé de hacer muchas cosas a esa edad. Junto mis manos y continuo:—. Cada verano el ayuntamiento del pueblo hacía una especie de yincana dos veces al mes. Los colegas nos juntábamos en grupo y

nos preparábamos para los juegos, la mayoría de las veces éramos los ganadores.
—Guau, nunca he conocido algo así. Nosotros, en Madrid, lo más emocionante era cuando en el in…
Ava abre los ojos unos instantes, lo hace tan rápido que, si no estuviera mirándola en ese preciso momento, quizás no lo hubiera visto pero lo he hecho. Parece que iba a decir algo de lo que se ha arrepentido y quiere ocultar el error guardando las medallas en el cajón de la mesita y sentándose a mi lado, escondiendo las manos entre sus muslos.
—¿Qué pasa? ¿Por qué no sigues? —Le insisto deseoso de escuchar lo que iba a decir. Entonces resopla.
—Cuando era pequeña fui a un internado, donde conocí a mis amigos, excepto a Lucas. A él lo conozco de hace unos meses, exactamente el mismo tiempo que llevo aquí. Es el abogado de mis padres —Me mira para comprobar si mi rostro ha cambiado, pero no lo ha hecho porque no me preocupada lo que pueda contarme, voy a seguir aquí. Al ver que no digo nada y quiero que continúe, lo hace—. La gente del barrio en el que vivo tiene esa costumbre desde que hace cien años se construyó el primer internado en la zona. No se hace con la intención de enderezar a unos críos, si no como una forma para los padres se los quiten de encima.
Veo el dolor en sus ojos, el tema le afecta y no me sorprende, no tuvo que ser fácil para ella ser una adolescente internada. Cojo sus manos y las cubro con las mías, como si pudiera mantenerla a salvo de cualquier rasguño toda la vida. La insto a seguir moviendo la cabeza levemente.
—Tenía seis años cuando me matricularon, así cursaba desde el primer año. Era duro, uf, no sabes cuánto. Pasar todo el año en el mismo lugar, saliendo únicamente los fines de semanas y los períodos festivos, era muy deprimente, incluso para una niña que no debería saber qué significa la soledad. Los primeros días fueron eternos, las semanas insufribles, los meses…ni te cuento.
Levanto su delgada mano y me la llevo a los labios para besarle con delicadeza los nudillos. No la interrumpo, ensimismado en cómo le afecta lo que me está contando. Quiero abrazarla, pero prefiero dejar que termine y luego podré hacerlo.
—Había niños de todos los estilos, no de todas las clases sociales porque allí solo iba quien tenía una familia que pudiera permitirse el lujo de costear tal educación para sus hijos, pero a pesar de eso, había niños y adolescentes muy retorcidos. Si no tenías un grupo que te defendiera, podías ir rezando porque podrías estar en el punto de mira de cualquier matón. Por suerte, tres meses después conocí a Jess. Me hice su amiga en el mismo momento, conectamos enseguida y nos bastó una sonrisa compartida para la misma situación para saber que íbamos a ser inseparables.
»Luego vino Hugo, que ya era amigo de Jess, pero se mostraba más reacio a la hora de hacer amigos. Aun así, en cuanto fuimos un trío indestructible, no había quien se acercase a Jessica o a mí que no pasara primero por el juicio severo de nuestro guardián. Con ellos todos fue mucho más fácil, los días ya no eran tan largos y las vacaciones era lo menos esperado porque nos teníamos que separar. Nos enteramos de donde vivíamos cada uno con doce años, no conocimos a nuestras familias hasta los quince. Cuando nos dejaron dormir lo fines de semanas juntos en la casa de alguno.
Me acerco a ella y le beso el hombro, fascinado con lo que me cuenta. Se nota que se llevan muy bien, pero nunca hubiera imaginado que compartían una amistad tan unida y bonita. Yo conocí a Peter en una pelea de instituto, nos apostamos veinte pavos para quien diera el derechazo más doloroso. El pobre perdió el dinero y casi también un diente. Ese día, cuando llegué a casa, mi padre y mi hermana me echaron la bronca, llevaba una racha de peleas y expulsiones muy importante y yo me excusaba con la reciente muerte de mi madre.

—Después se nos unió Marco —Ese nombre…sé que es su ex, ese idiota que se ha pasado un mes entero llamándola por teléfono y enviándole mensajes a diestro y siniestro. A pesar de eso, sonríe ¿Por qué?—. Era un niño muy bueno y guapo, el mejor amigo, solo que Hugo no lo tragaba. Aun así y de que no caía en demasiada gracia, formó parte del grupo. Unos años después, empezamos a salir —Ava me mira y suspira, dándome la sensación de que le es incómodo contarme esto, pero que a la vez lo cree necesario—. En resumidas, los profesores de gimnasia del internado hacían juegos de fin de curso en el que se mezclaban varias actividades: pintura, baile, baloncesto, futbol, campeonatos de mates…
»He vivido momentos increíbles de pequeña cuando conseguí adaptarme a mi situación tan nefasta —Esta frase bien puede referirse a su estancia en el internado, pero algo en mi interior me dice que se refiere al abandono de su madre—, pero ningunos eran tan familiares como yincanas en el pueblo de las vacaciones.
Tengo los ojos clavados en los suyos, esos que ahora se mueven revueltos por toda mi cara. No sé si buscando algo de apoyo o esperando el rechazo, lo que me da la sensación de que es lo que espera Ava. Pero ¿rechazo a qué? ¿A una mujer valiente, fuerte e independiente que sigue en pie a pesar de las adversidades? Lo único que siento es admiración.
La rodeo con mis brazos y ella me responde apretando mi cintura con los suyos. Despacio, con la cara en el hueco de su cuello, la hago sentarse a horcajadas sobre mí.
—Imagino lo duro que ha tenido que ser para ti crecer de esa forma, pero me alegro de que encontraras a personas que te hicieron feliz el resto de los días.
—Ya…Hugo y Jessica son como mis hermanos, los quiero con toda mi alma y siento que les debo mucho.
Le aparto el pelo de su coleta hacia atrás y le acaricio los hombros desnudos. La tiranta derecha de su camiseta ajustada se viene con mis dedos, pero no me molesto en ponerla en su lugar.
—No creo que les debas nada, te quieren, solo hay que verlos cuando están contigo. Incluso el abogado se muere por protegerte.
—Se llama Lucas. —Suspira ella, volviendo los ojos y sonriendo con picardía.
—Lo sé, pero para mí es el abogado. Hugo el sensato.
Ava sube las cejas al mismo tiempo que pasa los brazos por mi cuello. Se resbala en mi regazo, encajando nuestros cuerpos y veo como sus rodillas se clavan levemente en el colchón.
—¿Abogado y sensato? —Una carcajada llena mi antigua habitación cuando se ríe— ¿Puedes explicármelo?
Le doy un beso en el cuello y sonrío maliciosamente cuando se le eriza el vello casi imperceptible de la zona. Aunque es un momento importante para ambos, no puedo obviar como abre las piernas cada cierto tiempo para ahuecarse mejor. Me sorprendo de como nuestros cuerpos se reclaman aun estando en una situación tan seria e importante.
—Una de las veces que hablabas con ellos lo escuché piropearte y pedirte besos. Hugo le echaba la bronca al ver que te besé para dejarles claro quién sí podía hacerlo. En ese momento los etiqueté como el sensato y el abogado.
Ava tarda cinco segundos en descojonarse, moviéndose inconscientemente sobre mí. La sujeto por debajo de las axilas, ejerciendo una leven presión hacia abajo que la une más aun a mi cuerpo. En un arranque de euforia, pega su boca a la mía, todavía riéndose, y la recibo con gusto. Abro la boca cuando la punta de su lengua presiona en mis labios, deteniendo así su ataque de risa y avivando un calor que me sube por el vientre.
—Lucas es así, con Jessica también —Su aliento choca con mi boca—. No puedes tomártelo en serio, simplemente es así.

—No me importa, entiéndeme —La aprieto contra mí con mi mano en una de sus nalgas, mientras ella me escucha y lleva sus dedos hasta el dobladillo de mi camiseta para subirla despacio—, tus besos son solo para mí.
Sus labios forman una sonrisilla que beso enseguida, alzando los brazos para que me quite la prenda. Pasea las yemas de sus dedos por mi pecho, entornando los pectorales y elevándose hasta los hombros, regalándome un leve balanceo de caderas que nos arranca un suspiro a ambos. Mis manos van a su cintura, acoplándola con deseo.
—¿Qué pasaría si fuera al revés? —La hago moverse de adelante hacia atrás despacio con las manos en sus caderas, escuchando el roce de nuestras ropas, y se muerde el labio— Vamos, nena, ¿Qué pasaría si otra mujer reclamara mis atenciones?
Niega con la cabeza, como si yo pudiera escuchar lo que quiere decirme pero que solo lo habla para sí. Abre más las piernas, mueve las caderas y me aprieta los bíceps. Sus ojos grises, oscuros ahora, se clavan en los míos enseñándome con el gesto el deseo que siente por mí.
—Le arrancaría las extensiones. —Se carcajea, menuda conversación adulta estamos teniendo. Pero en nuestra defensa diré que es imposible tenerla en este preciso momento.
—¿Y si fuera pelo natural? —La pico, apretando sus caderas y observando como abre el botón de mis vaqueros.
—Lo haría igual. Le dejaría claro que eres mío.
Suelta una carcajada, dejando claro que está de broma. Pero aún así la beso en la boca unos segundos después, lo hago brusco, pero a ella parece no importarle y me abre los labios receptiva, sin dejar de moverse. Me deshago de su pantalón corto levantándola de mi regazo y volviéndola a apoyar cuando la tengo vestida únicamente con unas minúsculas bragas rosas. La entrepierna me palpita, me pide que la penetre, pero quiero ir despacio.
—Esa es mi chica. No esperaba menos con el carácter que te calzas.
Le acaricio la espada de arriba hacia abajo, besándole el cuello y la garganta, paseando mi lengua por toda su piel. Con los dedos en el borde de mis pantalones tira hacia abajo, haciendo que me levante con ella enroscada en mi cintura, y lo dejo caer junto a la ropa interior.
La abrazo por la espada con ímpetu, pegando mi erección desnuda a la suave tela de sus bragas. Le beso cada pecho, los rodeo con mi lengua y los succiono con la boca. Lo hago despacio, saboreándola. Doy varios pasos hasta la puerta y la apoyo en la madera. Sus manos se mueven por todo mi tronco, mi cara y mi pelo. Sus labios besan mi cuello y los hombros terminando en mordisquitos que me roban el aliento.
Me recreo en besos, caricias, miradas y jadeos que reclaman una sola cosa: placer. Pero no un placer desinteresado, nada de eso, todas las veces que nos hemos acostado ha primado el placer del otro. Ava se ha concentrado en mi satisfacción, moviéndose y tocándome como sabe que me gusta y hasta que no ha notado que iba a correrme no lo ha hecho ella. Por mi parte es igual, verla disfrutar y excitada, es lo que me lleva a mí a la gloria.
Le suelto el pelo y le cae sobre los hombros contractando el color negro de su melea con el claro de su piel. Ava es menuda, delgada y no muy alta, pero perfecta para mis manos. La agarro con facilidad y la muevo como si fuera un peso pluma. Alguna que otra vez se ha quejado de su cuerpo, principalmente de sus pechos, que los tacha de pequeños. Yo, que ahora los tengo cubiertos con mis manos, los veo jodidamente perfectos.
Le muerdo los pezones, empezando a necesitar más.
—Zeus —Aunque su tono es para llamar mi atención, ya sabes que hago en cuanto la escucho, ¿verdad?—. Gracias por escucharme, no suelo abrirme así a nadie.
Vuelve a besarme, esta vez con ansiedad, acaparando toda mi boca y yo apenas consigo cerrar

los ojos. Siento un calor envolverme el cuerpo al entender sus palabras y me alegro de ser el hombre que la escucha y en el que confía. Por fin cierro los parpados disfrutando del terciopelo de su lengua, la calidez de su saliva y la humedad de su entrada. No ha dejado de rozarse con mi zona púbica, mojándose con el tacto de mi piel.
Me hace arder como si fuera el mismísimo infierno.
—Lo haré todo el tiempo que tú me lo permitas y, siéndote sincero —La aguanto contra la puerta con mi abdomen, para así agarrarle la cara con las manos. Le miro los ojos y luego los labios, escuchando de fondo nuestras respiraciones—, aunque no me quisieras a tu lado, aunque estuvieras con otro, estaría dispuesto a escucharte porque no creo que pudiera alejarme de ti.
Aguanta la respiración unos segundos, el mismo tiempo que tardo yo en clavar la punta de mi erección en su entrada tras arrancarle las bragas, maravillándome con la sensación tan suave y a la vez salvaje de nuestros cuerpos unidos.
—Eso sería muy doloroso. —Gimotea en mis labios cuando sigo deslizándome, agarrándose en mis hombros.
—Pero seguiría cerca de ti.
El placer y la incertidumbre se mezclan en un solo gesto en la cara de Ava. Cuando llego al fondo, los dos dejamos escapar un suspiro satisfactorio igual que lo harían dos personas que se buscan durante toda la vida y por fin han podido reencontrarse. Como si fuéramos dos personas que no se tienen cada vez que se les antojase.
Y son esas sensaciones de necesidad constante por tenerla a mi lado, de querer cuidarla, protegerla, de querer que vuele a mi lado, de anteponer sus necesidades y felicidad, lo que me corroboran lo enamorado que estoy de ella.
Empujo con parsimonia, disfrutando de el roce de nuestras pieles desnudas, conectadas a todas nuestras terminaciones nerviosas. Admirando su nuevo tatuaje entre los pechos, en el que me nombra. Me concentro en la irregularidad de nuestras respiraciones, de sus uñas enterrándose en mi piel, sus gemidos en mi oído subiendo de nivel con cada embestida que se carga de intensidad y fuerza. Le acaricio el cuerpo, no dejo ni un milímetro sin tocar, al igual que ella conmigo.
La boca de Ava se pierde de nuevo en mi cuello, baja a mis clavículas y la cabeza se le va hacia atrás con otro empuje, arrancándole a su vez un jadeo. Mueve las caderas como puede en una necesidad abrasadora de sentirme más dentro, de aferrarse a mi alrededor, succionándome con ardor. Le agarro las nalgas y presiono todo lo que puedo.
—Zeus, me gusta mucho —Los labios se le quedan medio abiertos y las mejillas las tiene rojas —. Joder, me encanta.
—¿Qué te encanta, nena? —Flexiono las rodillas y me vuelvo a resbalar en su humedad.
—Cómo me haces tuya, cómo me llamas nena cuando estás excitado.
Ava cierra los ojos y sus paredes interiores se contraen a mi alrededor, advirtiéndome de su próximo orgasmo y llamando al mío. Sentir como su interior se aferra a mi erección es insuperable, tiene las nalgas tensas y la espalda erguida. Se muerde el labio inferior con tanta fuerza que se le queda la marca de los dientes en la piel. La beso para que no se haga daño y me trago cada una de sus lujuriosas súplicas y jadeos. Notando con cada empellón como me hormiguea el cuerpo.
—Lo haré siempre si tú quieres. —Confieso, haciendo acopio de las ganas que tengo de correrme en su interior. Pero espero a que ella dé el primer grito.
De repente llaman a la puerta, pero no nos importa, el momento es demasiado intenso como para escuchar algo más que nuestras propias respiraciones. Vuelven a tocar y escucho la voz de Hugo llamarnos. Para que se vaya, separo el cuerpo de Ava unos centímetros y nos dejo caer con algo

más de fuerza, moviéndose la puerta y escuchando como Hugo nos cataloga de «salidos». Ava ríe debajo de mi boca, jadea, se retuerce y deja escapar un grito sensual de entre sus labios. Segundos después, siento como se deshace sobre mi erección.
—Así, nena, así…joder. Cuanto me pones. Eres deliciosa.
Hablo entre dientes sin ser consciente de qué digo en realidad. Le susurro en el oído todas las obscenidades que se me ocurren hasta que un orgasmo abrasador me parte en dos. Me vacío en su interior al completo, orgulloso de cómo me recibe y eufórico por el orgasmo que acabamos de darnos mutuamente. Cuando no me queda ni una gota, apoyo la frente en su hombro desnudo y sudado al tiempo que noto sus dedos en mi pelo.
—Ha sido increíble —Otra risita, joder me cala hondo cada vez que lo hace. Se me contagia—. Tú eres increíble, cabezota, y me encanta.

Capítulo 24

Ava

25 de junio. Casa de campo de la familia O'Donnell.

Bajo despacio la escalera, Zeus va a mi lado con una sonrisa. No exagero cuando digo que la casa es preciosa. Estoy deseando poder inspeccionar el exterior. Entramos en la cocina donde Jessica les da clases a los chicos para hacer el almuerzo. Peter está sentado a la mesa y veo a Zeus sentarse a su lado. A su vez veo a Marc y Maddie en el porche través de la ventana.
—¿Qué se traen esos dos? —Lucas saca el tema, levantado la cabeza de los pimientos.
—Que yo sepa nada…¡Hugo! ¡Los dedos debajo del cuchillo, no! —Jessica le da un empujón y escucho a Peter carcajearse.
—Por eso siempre cocina ella. Un golpe suyo es más peligro que el cuchillo.
Ahora somos nosotros quienes reímos y Jessica tuerce la boca mirándonos. Me acerco hasta ellos y de un salto me subo a la encimera. Al verme, Lucas pasa una mano por mi cintura y me hace desplazarme más hacia ellos.
—Abogado, mantén las zarpas quietas por una vez en tu vida.
Los que estamos en la encimera volvemos la cabeza hacia el otro lado de la cocina donde Peter mira a su derecha, observando el semblante serio de Zeus. Tiene los brazos cruzados sobre el pecho y el tobillo derecho apoyado en la rodilla izquierda. Lucas me sonríe y no me suelta, luego lo mira.
—Te dije que no era una amenaza.
—Y no creo que lo seas —gruñe Zeus sin apartar los ojos de mi—. Pero no por eso tienes que sobarla constantemente. Tienes a Jessica justo al lado.
—Tampoco te pases. —advierte Peter con el azul de sus ojos empezando a oscurecerse.
—Y también lo hago, solo que ella tira más para Hugo. Además, mi perdición es Ava.
Zeus se levanta de la silla de madera como un ciclón, dando el respaldo de esta en la mesa que hay detrás. No se acerca a nosotros, sé que, aunque se esté cabreado, no quiere pasarse más de la cuenta con mis amigos.
Entiendo su posición, no quisiera ver a ninguna mujer toquetear a Zeus cada dos por tres. Mucho menos que ella se lo tomase en broma cuando a mí me afectaría tanto. Por lo que, para poner tierra de por medio e intentar que se lleven bien, cojo la barbilla de Lucas, pinchándome con la barba que le está creciendo.
—Deja las tonterías, por favor. ¿Tan difícil sería que dos personas importantes para mí se llevarán bien?

—Es él, que no quiere compartir. —Bromea, como siempre.
—Lucas, lo digo en serio.
Espero a que reaccione, mirando de reojo el ceño fruncido de Zeus al otro lado. Despacio mi amigo asiente, no aparta la mano de mi cintura algo que me gusta porque no quiero que no me toque, solo que se comporte y deje de buscar el enfado de Zeus.
Aun así, para calmar las aguas me bajo y cojo la mano de Zeus, arrastrándolo al porche. Marc y Maddie se sorprenden al vernos y cada uno se va por un lado, como si no hubiéramos visto la escenita de enamorados desde la cocina.
—Tienes que relajarte, hace unos minutos estábamos desnudos en tu habitación. Lucas es solo un amigo, no tengo que repetírtelo constantemente.
—Y no le pongo objeción, lo único que no quiero es que se tome tantas libertades contigo. No creo que sea necesario ser tan extremadamente cariñoso con la novia de otro tío. A él quisiera ver en mi posición.
Sé que lleva razón y entiendo que se moleste, pero yo lo único que quiero es que se lleven bien. Zeus da un paso hacia mí y me envuelve entre sus brazos.
—Confío en ti, honey.
—Pues no lo parece. —Lo acuso y deja la barbilla en mi coronilla.
—Es en él en quien no confío.
—Pues deberías, colega —Zeus me suelta y nos volvemos hacia la puerta donde ahora está Lucas apoyado en el marco de la puerta—. Te dije que solo somos amigos, jamás me fijaría en Ava. La aprecio y respeto demasiado.
Los miro a ambos a la espera de la reacción del cabezota con el que salgo. Lucas tiene las manos en los bolsillos de su pantalón a la espera también de una aprobación. Veo el cansancio que le produce tener que volver a explicarse. Como no dice nada, le doy un empujoncito en el culo hacia mi amigo.
—Lo siento, también estoy algo sobrepasado con el trabajo. No volverá a pasar.
Hay un silencio, Lucas tiene la vista fija en Zeus y, unos segundos después, se acerca a él y le da un abrazo acompañado de palmadas en la espalda. Se echa un poco hacia atrás, mirando a Zeus para que le responda. Como era de esperar no se puede contener mucho más y acaba golpeándole la espalda amistosamente.
—Si lo que querías eran mis arrumacos para ti en exclusiva, sólo tenías que pedírmelo.
Suelto una carcajada por las ocurrencias de Lucas, que se ahoga en mi garganta cuando Zeus me mira. Por suerte, su semblante se relaja y ríe también.
—Por ahora, me conformo con los ¿arrumacos? De Ava. —Es suuuúper gracioso escuchar a Zeus intentar decir la palabra en español, por lo que nos reímos.
—Me lo suponía. —Lucas vuelve a entrar aun sonriendo y lo veo ir a la cocina por la ventana que da al porche.
—Arrumacos, cariñitos, besos, abrazos.
—Me lo he imaginado por lo que estábamos hablando, pero nunca había utilizado esa palabra.
—Para que veas que hasta del abogado puedes aprender.
Me agarro a su cintura, mientras estamos riéndonos de la situación, con la intención de volver dentro cuando escuchamos el ruido de un coche acercarse. Zeus se vuelve haciendo que yo también lo haga y veo un Aston Martín en color burdeos acercarse a la puerta.
En cuanto el coche se detiene, sale de la parte de atrás los dos niños más nerviosos y bonitos que he conocido en mi vida. Me acerco a ellos a la misma vez que corren hacia nosotros. Samy se abraza a mí y Seth pasa por mi lado como una bala.

—Princesa, que ganas tenía de verte.
La niña me abraza y se separa para enseñarme una mochila con dibujos de muñecas que trae en la espalda. Me enseña la ropa que al parecer la madre le ha comprado en un mercadillo súper divino, con mano doblada a lo emoji del WhatsApp incluido.
—Estas guapísima Ava. Me encanta tu pelo. —Me dice entonces riendo.
—Muchas gracias, pero tú, princesa, eres la más guapa de aquí.
Samy, tras regalarme una sonrisa y otro achuchón, pasa por mi lado para que su tío le de besos y le diga también lo guapa que viene. Con una mirada que me roba el alma y el niño en sus brazos, Zeus me mira a los ojos y da dos pasos hasta mí, me besa en los labios y me pasa a su sobrino para que lo coja.
—Al parecer se ha hecho algo en el codo y quiere que lo cures.
Escucho a Amber reír desde el coche y dejo al monstruito sobre la baranda del porche. Dobla el brazo y me enseña una postilla que llevara ahí varios días y, aun así, empieza a lloriquear y me asegura que aún le duele. Imposible, pues no es más que un rasguño, pero lo acaricio.
—Sana, sanita, culito de rana, si no sana hoy…¡Sanará mañana! —Le hago cosquillas y el niño se revuelve en mis brazos, haciendo reír a los demás.
—Campeón —Seth llama a su tío, que se acerca a nosotros enseguida—. Tía Ava me ha curado.
Zeus me mira unos segundos y debo haberme quedado clavada en el sitio y con cara de sorpresa porque Seth me mira preocupado.
—¿No quieres ser mi tía? —Balbucea, señal de un próximo llanto y salgo de mi ensordecimiento agarrándole la carita con mis manos.
—Por supuesto que sí, campeón. Es vuestra tía.
Miro al hombre que tengo a mi lado, con el pelo al natural, oscuro como sus ojos, vestido con unos shorts vaqueros y una camiseta blanca de mangas cortas. Me pasa una mano por la cintura y me acerca a él sin dejar de atender a su sobrino.
—¡Ahhhhh! ¡Lo sabiaaaaaa! —Samy da saltitos con las manos hacia arriba cerradas en puños y los ojos cerrados con fuerza. Volviendo a robar la risa de los demás al tiempo que Peter y Jessica salen de la cocina.
—¿Qué sabías tú, mocosa? —Peter la coge en brazos.
—Que mi tito tiene novia nueva —Se ríe a mandíbula suelta por las cosquillas que le produce las vueltas de nuestro amigo—. Menos mal que la bruja rubia ya no es su novia. Es súper tonta, pija y tiene el pelo muy…
—¡Samantha!
Amber sube al porche con dos macutos en las manos, seguida de James. Zeus se levanta y se acerca a ellos para saludarlos. Menuda estampa son los O'Donnell. Altos, guapos, cada uno con sus peculiaridades, pero sobre todo elegantes.
Amber lleva el pelo recogido en un moño juvenil, con un vestido de tirantes ajustado y unas sandalias bajas. Saluda a los demás, que han salido por el alboroto para recibirlos y les presenta a su padre. Un hombre adulto, canoso y una planta sería como la de su hijo. Y que sus ojos le chispeen con diversión en el recibimiento hace que se gane el respeto de todos.
Cuando ha conocido a los chicos y estos empiezan a arrastrar a Amber y sus hijos al interior de la casa, James se vuelve hacia mí. Zeus también me mira, pendiente de mi reacción ante su padre.
—Me alegra volver a verte, Ava.
—El placer es mío. Tiene una casa preciosa.
Sonríe, pero mira a su hijo un instante antes de volver a concentrarse en mí.

—Tutéame, mujer, que soy tu suegro.
Abro los ojos y James suelta una carcajada que le mueve los hombros. Zeus sonríe al escucharlo y ver mi cara de circunstancias, que probablemente será el foco de risa de mi “suegro”. Me muero de la vergüenza.
—Espera y verás cuando veas la piscina. Una maravilla que opaca toda la extensión de tierra.
—Iremos después de comer algo, no hace mucho que nos hemos instalado —Zeus se coloca a mi lado y deja un brazo en mis hombros—. También quiero enseñarle el pueblo.
—Oh, el pueblo, qué alegría volver. —James junta sus manos en una palmada antes de dirigirse al interior de la casa.
Voy a ir con ellos, tengo hambre y el olor tan delicioso que sale de la cocina me abre el estómago, pero veo a Maddie acercándose a unas flores que hay a unos metros de la casa y decido ir antes con ella.
—Id vosotros, quiero hablar con la peque.
Zeus me entiende, su padre no y él se encarga de explicárselo de camino a la cocina. Bajo del porche y camino hacia ella, primero miro a la ventana ubicando a Marc charlando con los demás. No quisiera interrumpirlos de nuevo.
Me quedo detrás de ella, viendo cómo se agacha para oler algunas plantas, como las acaricia o mira al cielo despejado. Busco la manera más sutil de preguntarle por Marc y me coloco a su lado. Me sorprendo cuando ella me mira al sentirme.
—¿Son preciosas verdad? —Asiente con una sonrisa y acaricio unas rosas amarillas— Las rosas siempre han sido unas de mis flores favoritas. Huelen de maravillas y son elegantes, ya estén mojadas o con forma de capullo.
—Si, embellecen los jardines y siempre son el regalo perfecto.
Nos quedamos en silencio, no en uno incómodo, todo lo contrario. Es agradable quedarse en silencio con una amiga, puedes pensar en cualquier cosa, incluso no decir nada, que aun así podrás entablar conversación de cualquier tema. Como por ejemplo el tema de Marc.
—Parece que os lleváis muy bien Marc y tú.
No me mira, no asiente, ni niega, sigue mirando las flores de colores que tiene delante. Espero a que decida responderme y empezamos a pasear por las hierbas verdes que le dan vida a la tierra que rodea la casa.
—¿Es desde el día que te pedí invitarlo al vestíbulo?
Esta vez sí asiente, pero no dice nada.
—Marc es simpático, empiezo a cogerle cariño —digo, tanteando el terreno y a la vez cogiendo otra flor de color celeste entre mis dedos—. Es guapo también.
Madison me mira y esta vez sonríe.
—Cuando queréis sois muy persistentes. Mira las chicas pegadas al cristal.
Me hace un gesto hacia y me giro, Jess y Amber nos miran por la ventana. Me centro en nuestra peque y esta asiente con una sonrisa, así que alzo la mano y la muevo. Unos minutos después estamos las cuatro sentadas en la hierba.
—No hay nada serio entre nosotros —Comienza diciendo Madison. Nosotras la miramos—. El día que lo invité al vestíbulo parecía que habíamos conectado y quedamos un par de veces. Ni siquiera nos hemos acostado. Sólo hemos compartido un par de besos.
—¿No os habéis acostado? —pregunta incrédula la cocinera del grupo. Madison niega con la cabeza, jugueteando con el verde que hay debajo de ella— Pues chica, no sé porque, pero algo me dice que Marc esconde mucho debajo de esa ropa negra.
—¡Jessica! —grita Amber, empujándola a un lado. Luego entorna los ojos y sonríe pícara —¿La

tendrá grande? —Nosotras rompemos en risas— Madison, deja que te revuelva el pelo sobre el colchón.
—No…no quiero acostarme con él.
—Ay, cariño, ¿no te gustan los hombres? Mira que estamos nosotras aquí como unas cavernícolas dándolo por hecho.
Madison le sonríe a Amber, que tiene esa naturalidad de madre al hablar con nosotras con su tono de voz suave y mediador.
—Sí, sí que me gustan. Es solo que no quiero acostarme con él una sola noche. No busco que sea mi novio, pero tampoco quiero estropear lo que tenemos con un revolcón. Ya nos hemos liado un par de veces y apenas sabemos cómo comportarnos.
—Los hombres son así —asegura Jessica, arrancando con énfasis algo de césped—. Engranajes los justos y precisos. No saben qué decir o cómo actuar cuando la cosa se vuelve seria, pero cariño, después son, la mayoría, osos amorosos.
—Malcolm es adorable, muy cariñoso y atento.
Miramos a Amber, tan dulce y dañada. A veces se me olvida lo que ha sufrido en el pasado. La muerte de su madre cuando era una jovencita y la muerte de su pareja años después dejando huérfanos a dos niños preciosos. Sé, por lo que me ha contado, que es un gran paso aceptar una cita con un hombre.
—¿En la cama también es cariñoso? —El tono divertido de Jess nos hace reír a todas.
—¡Jessica! —Vuelve a gritar Amber, cubriéndose la cara con las manos— Todavía no nos hemos acostado.
—Ay mi madre y te atreves a aconsejarle revolverse el pelo. Si es que… —Jessica me mira y la entiendo con la mirada, pues nosotras nos revolvimos la melena en la primera ocasión que se nos presentó.
—Lo que me resultó muy extraño fue lo que me dijo en la tercera cita.
—¿El qué? —pregunto yo, inocente y cayendo en la red de esos ojos verdes que calza Amber.
—Que cuando me vio en Tinder hubo un Match instantáneo —Nos mira acusatoriamente, nos ha pillado—. Sois unas listas, ¿Lo sabéis verdad?
—Menos mal que te ha dicho eso, no sé si podría seguir guardando el secreto.
Aunque se lo toman a bromas, decido explicarme, no quiero que piense que no la respetamos. Es la hermana de Zeus y lo tengo en cuenta siempre. Le contamos entre risas como le hicimos el perfil, que la noche en el Caipirinha fue premeditada y que charlamos con Malcolm por chat durante dos semanas.
No se lo toma mal, al contrario, nos lo agradece porque al parecer está muy contenta. Entre confidencias, hablando de los chicos, del trabajo y de nuestra amistad acabamos esparcidas por las hierbas admirando el cielo que solo está acompañado por un sol que empieza a ser infernal.
—Marc no es para mí. Tiene ocho años más que yo, otra forma de pensar y, además, ya lo has escuchado en el coche, Ava. Le gusta todas las mujeres bonitas.
Yo sigo tumbada, analizando las palabras de Madison he intentado canalizar cómo se siente y como me afectaría si yo escuchara al tipo con el que me he liado decir algo así.
Los improperios de Jessica ya estaban tardando.
—Será cabezón el rubiales. ¿Pues sabes que te digo, peque? —Veo a Madison negar con la cabeza cuando me inclino sobre mis codos— Que te aproveches de la situación hasta que te aburras. Es lo que probablemente haga él.
—¡Eso! Déjale claro a quien le gusta los hombres guapos. Disfruta que eres muy joven y si Marc te da algún que otro meneo los fines de semana, o cuando sea, aprovéchalo.

Asiento con energía, totalmente de acuerdo con las chicas.
—Eso es, peque. Termina tus estudios y mientras disfruta hasta que llegue el indicado. —Me pongo en pie, animándolas a seguirme porque me muero del hambre.
—No sé chicas, seguramente deje de verle. Sé que no voy a tener nada con él y no quiero perder mi tiempo.
Jessica se agarra de mi brazo y Madison al de Amber. La primera le revuelve un poco el pelo y, con lo que dice, nos hace asentir a todas estando de acuerdo con ella.
—Hagas lo que hagas, nosotras estaremos para apoyarte.

Después de un almuerzo exquisito, obra de nuestra cocinera particular, Hugo y Lucas se quedan en la cocina preparando unos cócteles para tomarlos en la piscina. James tenía razón, me ha encantado. Es perfecta para hacer largos y ancha para que así quepa un tobogán y colchonetas. El borde es de piedra, con escaleras cubiertas de azulejos y el fondo de color celeste.
El agua brilla bajo el sol cuando me sumerjo. Al salir me topo con Zeus delante. Lo miro descaradamente, pues es exclusivamente para mí. Está mojado y el agua le gotea del pelo, su abdomen duro, firme y sus brazos anchos y tersos también me dejan babeando. La cinturilla de su corto bañador le cuelga de la cintura, tapando parte de sus marcados oblicuos.
Zeus mojado y en bañador es todo lo que necesito para terminar bien el día.
—Ese bikini te queda de fábula. —Sonrío por su cumplido, enroscando las piernas en su cintura. Nos desplaza hasta el borde de la piscina que más alejado está de los demás. Cuando está apoyado y me tiene dándole la espalda a todos, cubierta hasta los hombros, me besa. Me aprieta con fervor las nalgas debajo del agua, subiéndome un cosquilleo por la espalda al apretujarme contra su entrepierna.
—Vamos a parar o daremos un espectáculo delante de todos. —Consigo hablar al separarme un poco, pero sinceramente no sé cómo lo consigo notando su incipiente erección.
—Aunque sería un espectáculo increíble, no quiero asustar a los niños.
Suelto una carcajada y me aprieta contra él. Me muero por bajarle los pantalones y dejar que se deslice lentamente en mí interior, disfrutando de su boca por todo mi cuerpo y sus manos revoloteando por mi piel. Pero lo que hacemos es quedarnos en silencio, con el sol sobre nosotros y el agua meciéndose a nuestro alrededor. Las manos anchas y suaves de Zeus se deslizan por mis caderas, recorriendo mi espalda y mi columna con los dedos.
Escucho la voz de Rauw Alejandro en la canción 2/Catorce, que seguramente haya puesto Jessica y Hugo. La letra se cuela por mis oídos, siendo totalmente certera con respecto a mi relación con este hombre perfecto, sexy y atractivo que sabe llevar muy bien el nombre del gran dios griego.
—Es una suerte que soy yo el que pueda comerte —susurra en mi oído, pegando su cara, repitiendo las palabras del cantante y encendiéndome como si fuese fuego y yo la gasolina que quiere ver en llamas. Se recrea en besarme el cartílago de la oreja donde tengo el tatuaje—. Al oído vas a gritarme que siempre me vas a amar y que soy el único dueño de todas tus partes.
Suspiro, de acuerdo con cada una de las palabras que salen de su boca.

Capítulo 25

Zeus

26 de junio. Casa de campo de la familia O'Donnell.

Abro los ojos al sentir los rayos del sol sobre mi cabeza, calentándome el pelo. Tengo el brazo izquierdo estirado con un peso encima que me lo adormece, por lo que parpadeo varias veces y me giro levemente, encontrándome a Ava dormida con ese pijamita suyo tan sugerente.
No me muevo demasiado por miedo a despertarla y romper el sueño tan placentero que su rostro, totalmente relajado, me hace saber que está teniendo. Muevo la cabeza para mirar cómo puedo hacia atrás, encontrándome con el cielo azul.
Extiendo el brazo derecho, cojo mi móvil de la mesita y veo que son las nueve de la mañana. Vuelvo a dejarlo sobre la mesita y me acomodo junto a la preciosa mujer que tengo a mi lado. Con el dedo índice me deshago de unos mechones que se han caído sobre sus ojos cuando se ha movido.
Lo hago despacio, empapándome de cada gesto suyo y disfrutando de las caricias que le doy, pero empieza a gruñir. Se remueve como una culebra a mi lado, estirándose todo lo posible. Segundos después abre los ojos y me mira con calidez.
—Buenos días, cielo. —A su voz todavía le cuesta salir, pero la sonrisa ya la tiene implantada en el rostro.
—Los mejores buenos días.
Me acerco a ella, la beso en los labios y después juego con los mechones de pelo que hay sobre la almohada enroscándolos en mis dedo índice y corazón. Sin separarme, llevo la mano a su espalda y la ahueco en mi cuerpo. Ava coloca una pierna por encima de mi cintura y yo aprovecho para tumbarla sobre mí.
Ronronea con mi lengua entre sus dientes y yo aspiro su aroma a la misma vez que le empiezo a subir la camiseta del pijama. Estoy ansioso por desnudarla y, por como ella se mueve, está igual. Se sienta sobre mí y levanta un poco los brazos para que le quite la prenda, ya puedo ver la mitad de sus preciosas te….
—¡Campeón!
La voz de Seth me deja pasmado y es Ava la que reacciona primero, apartándose y sentándose en la cama tapándose con las sábanas por inercia, aunque está vestida. Abro los ojos como platos cuando veo la cama invadida por mis sobrinos.
Miro a mi lado donde ella ya está sonriendo y recomponiéndose de la intrusión. Sus ojos se clavan en los míos y sube los hombros quitándole importancia al asunto, luego se mete un

mechón de pelo tras la oreja y les presta atención a los niños.
—Buenos días, chicos.
Los tiene encima y les acaricia el pelo. Seth empieza a saltar en el colchón y Samantha deja que Ava le recoja el pelo en una trenza. No llevan el pijama, Samantha ya lleva un vestido veraniego y Seth una camiseta y unas bermudas.
—¿Dónde vais? —Les pregunto apoyando la espalda en el cabecero y observando como Ava se comporta con ellos. Algo tiembla en mi pecho y se siente muy bien.
—Pues al pueblo, tío.
Ava me mira sin dejar el pelo de mi sobrina y alza las cejas sin entenderla. A mí se me ha pasado comentárselo, pero ayer quedamos en a visitarlo.
—Lo siento, no te lo he dicho. Vamos a pasar la mañana en el pueblo. ¿Te apetece?
—¡Por supuesto! Voy a vestirme, no tardo.
Tiene intención de levantarse, pero la agarro de la muñeca para detenerla, la acerco a mí y la beso en los labios escuchando de fondo un «puag» de los niños. Ambos sonreímos y, antes de dejarla salir de la cama, le muerdo el labio inferior.
—Ahora mucho asco, pero ya veréis cuando os guste alguien.
—¡Zeus! —grita Ava junto al armario, de donde saca un vestido— Son muy pequeños, no les digas esas cosas. Chicos —Ellos la miran y Ava alza el dedo índice mientras camina de espalda hacia la puerta. Frunzo el ceño y ella ríe nerviosa— ¡Nunca! Oídme bien, ¡Nunca os echéis novio, os puede tocar alguien como vuestro tío!
Mis sobrinos ríen a carcajadas y, haciéndolo yo también, salto de la cama al verla correr para salir de la habitación. Corro tras ella, escuchando como los niños vienen detrás. Alborotamos la casa y hacemos que nuestros amigos se asomen por la puerta de la cocina y mi padre se detenga en la entrada.
—¿Ava? —Se la queda mirando incrédulo, viendo cómo huye y luego aparezco yo— ¿Zeus? —Cuando llego a la puerta del baño lo escucho hablar de nuevo— ¡Niños! ¡No corráis por la casa que os vais a caer!
Ava se encierra en el baño cerrando la puerta con pestillo y yo me coloco a un lado haciéndoles señas a los niños para que no hagan ruido. Samantha y Seth se colocan en la misma posición que yo, pero al otro lado del marco de la puerta.
Esperamos a que salga, convencido de que se vestirá y al no escuchar ruido saldrá tan tranquila. Miro de reojo como todos vuelven a lo que hacían y a mi padre negar con la cabeza divertido. Cuando ya ha salido de la casa hago exactamente el mismo gesto que él.
Jamás me hubiera imaginado corriendo en casa tras la mujer más hermosa que he conocido nunca. Mucho menos con niños detrás muertos de la risa. Aunque son mis sobrinos, por un segundo me he imaginado una familia formada por Ava, niños y yo.
La puerta se abre y Seth salta delante con los brazos alzados e imitando a un fantasma. Ava se lleva las manos al pecho, descubierto por el escote cuadrado del vestido de flores que se ha puesto. El fondo es morado, con flores de tonalidades claras, lleva el pelo suelto y ni una gota de maquillaje.
Me quedo anclado al suelo, mirándola como si nunca lo hubiera hecho. Me olvido del resto, de mi plan por asustarla y de las risas que me rodean. Sólo está ella respondiendo a lo que le dicen y gesticulando como siempre que habla. Un sentimiento de protección y adoración se adueñan de mi por completo.
Doy un paso hacia ella y la beso sin poder contenerme llevado por un impulso salido del fondo de mi pecho.

—¡Pero! Puagggggggg… ¡Que sepáis que parecéis unos caracoles!
Apoyo mi frente en la de Ava, agarrándola con fuerza por la cintura. Mirándola a los ojos.
—¿Caracoles? Pero ¿Qué dices? —La voz de Samantha se mezcla con una risa irónica.
—Es que no sé cómo se llama —Giro la cabeza sin despegarme de mi chica, mirando la cara de mi sobrino—. Pero son bichos viscosos, como la señora mayor con gafas de Monstruos S.A.
—¡Ahhhhh! —Samantha se descojona, pero consigue decir—: Una babosa, que suelta babas en el suelo.
—Sí, sí. Pues eso, ¿No son babas lo que hay en la boca?
Ava suelta una carcajada que me obliga a volver a mirar. Tiene los ojos casi cerrados por la risa y una mano en la boca. Al final termino riéndome yo también al escuchar la retahíla de mi sobrina mayor al intentar explicarle a su hermano qué es una babosa. Al cabo de unos segundos suelto a Ava para ir a vestirme. Si no le quito las manos de encima, me encerraré con ella en el cuarto de baño sin importarme quien haya fuera.
—La forma correcta de decirlo es saliva, babas se dice cuan….
Dejo de escuchar la dulce explicación cuando llego a la habitación. Cojo una camiseta clara de mangas cortas y unos pantalones cortos. De vuelta, me encuentro con Lucas cuando llego al final de la escalera.
—¿Qué tal tío?
Lo saludo con un movimiento de cabeza y voy a salir para unirme a los demás que están fuera para poder irnos, pero el abogado me agarra del codo. Lo miro por encima del hombro.
—¿Qué pasa?
—Quería saber cómo vas con —Mira a la puerta, asegurándose de que nadie nos escucha y se acerca un poco más— con el tema ese tuyo.
Arrugo la frente, no me esperaba que me preguntase ya que lo hablamos el día que fuimos a ver la Estatua de la Libertad. Lo primero que se me pasa por la cabeza es que Ava haya hablado con él. Me giro al completo y me pongo frente a Lucas.
—¿Qué pasa? —repito la pregunta de antes, ahora con otro tono.
—Está preocupada. —Se limita a responder, pero necesito más.
—¿Qué te ha dicho?
—Que no os casáis, o sea tú y la otra. Pero que no está tranquila…además también está agobiada con lo suyo.
¿Lo suyo? ¿Se refiere a su madre? ¿Es que la habrá buscado?
—¿Qué suyo? —Bajo la voz, acercándome más a él, necesitado de que me cuente algo.
Los ojos se le abren más de la cuenta durante unos segundos, probablemente lo que ha tardado en darse cuenta de que Ava me considera un puto cero a la izquierda en esta ecuación. La sorpresa del abogado se me clava como un dardo con veneno.
—Pensaba que lo sabías. Mierda, esta mujer es muy cabezota.
«Y lo sé, pero porque mi ex prometida me lo ha contado» quiero decirle, pero lo pienso mejor y me hago el sorprendido. Alzo las cejas, a ver si entiende mi incertidumbre y me cuenta algo más que ya no sepa.
—No creo que sea el responsable de contarte nada, Zeus. Pero si ella no lo hace antes de irme a Madrid, te diré lo que sé. Qué no es mucho, pero no porque haya llegado el último, sino porque ella siempre cuenta lo mismo.
—Suficiente con saber cómo puedo ayudarla. ¿Necesita ayuda?
—Espero que no. Pero si prefieres hablarlo con Jessica o Hugo, lo entendería, ellos pueden saber algo más. Pero te advierto —Mi frente vuelve a arrugarse y Lucas se mete las manos en los

bolsillos de su pantalón—, por no hacerle daño a Ava serían capaz de dejarlo pasar. Pero yo, sin dudas, le haría algo de daño por salvarle el culo.
Lo entiendo a la perfección, asiento y el da media vuelta para irse. Yo haría exactamente lo mismo, no me importaría ser el responsable de que Ava soltara algunas lágrimas si con ello consigo que no sufra más.
Necesito hablar con ella y darle la ayuda que no me pide por temor a mi reacción, porque espero que sea por eso y no porque crea que la juzgaría. Jamás se me pasaría por la cabeza, ella no es la responsable de tener como madre a un ser tan despreciable.
Vuelvo a sentirme tentado en llamar a un detective y contratarlo para buscar información de la familia de Ava que vive en Brooklyn, quizá, sí supiera algo de esa familia, podría hablar con ellos y allanar el terreno antes de que Ava se presente delante de la puerta de un puñado de desconocidos y decidan partirle el corazón.
Pero, ¿Cómo le doy información de ella a un detective y se lo oculto a la cara? No me atrevería, sé que confía en mí, solo esta asustada, y lo que menos quiero ahora mismo, que parece irnos bien sin Cristal y Máximo intentando boicotear nuestra relación, es que discutamos.
Consciente de que llevo un rato sin moverme del sitio, salgo al porche donde veo a mi familia reunida. Sí, mi familia, porque los amigos también lo son y yo tengo la suerte de estar rodeado de ellos.
Amber está hablando con Maddie y Jessica mientras coge la mano de Samantha y la levanta permitiendo que de vueltas en el sitio como una bailarina. Peter, Hugo y Lucas, ríen por algo que les explica mi amigo.
Mi padre está con Ava y Marc, me gusta ver cómo mi padre le sonríe a ella, me demuestra que le gusta. Sé que él sabe que es una buena mujer, que me hace mucho bien y que me está cambiando, me lo transmite cuando me mira a los ojos.
Seth corre de un sitio a otro, como si nunca se cansara. Si por él fuera, se llevaría todo el día saltando, gritando, jugando y hablando. Qué puede ser normal para su edad, pero no sé cómo aguanta tan activo.
—¡Bueno! ¿Ya estamos todos?
—¡Si! —exclaman al unísono mis sobrinos y se van al coche de mi padre.
Ava, Marc, Lucas y Hugo, vamos en mi coche. No sé qué me ha sorprendido más, si la negación de Madison al venir con nosotros o cómo Marc la ha mirado confuso.
—Quiero que me hables del pueblo, saber dónde has veraneado y hecho amigos.
Ava me mira con brillo en los ojos, fascinándome de nuevo lo entusiasta que se muestra al querer que le hable de mí.
—Sabrás todo lo que desees, honey.

⚡⚡⚡

Tardamos una hora en llegar, las chicas han querido pararse a ver el paisaje y de camino Ava ha hecho algunas fotos que ha subido a la página de fotografía que se creó hace unas semanas. Está ansiosa por empezar a trabajar en su propio estudio, pero con la llegada de sus amigos y los sitios a los que hemos ido la pobre lleva parada casi dos semanas.
Aun así tiene la agenda a tope y tendrá que trabajar bastante para ponerse al día. Sigo ofreciéndole mis contactos, pero ella cree que así lo único que conseguirá es ser conocida por con quién está saliendo y no por quién es. Por lo que no he vuelto a decirle nada, sé que es independiente y le gusta conseguir todo por su propia mano.

¿Puedo estar más orgulloso?
Por otro lado, el hospital sigue en su línea, ahora mismo tengo a Arizona casi al mando, aunque ni Cristal ni su padre lo saben. Ari es más bien la que me llama cuando hacen algo raro o no saben gestionar el hospital como es debido. Por suerte hasta hoy no se ha dado el caso de nada alarmante.
Los papeles necesarios para tramitar en mi ausencia los lleva mi padre junto a Gustavo, ahora que mi padre no está allí, aunque vuelve el martes, es mi abogado el que se encarga de todos los documentos y yo de firmar a través de los e-mails que me manda. Pero que parezca estar en calma lo que me rodea, no quiere decir que sea así. El hospital sigue siendo también de los Lewis y necesito que sea exclusivamente mío, sin olvidar las amenazas constantes de Cristal hacia Ava. Que, para ser sincero, me tienen acojonado.
En primer lugar, por el sufrimiento que le ocasionará si sigue adelante con su plan y en segundo por miedo a que Ava decida dejarme culpándome de lo que tiene que aguantar desde que está conmigo. Son demasiadas cosas, joder, y a veces siento que me desbordo. Sería mucho más sencillo si nos contáramos qué nos tiene así, en alerta, recelosos, bueno…más bien sería mucho más sencillo si Ava me confesara qué está tramando respecto a su familia materna.
A veces siento que la cabeza me va a explotar en cualquier momento y…
—Zeus, ¿Entramos ahí?
La voz de mi hermana me devuelve a la realidad y vuelvo a sentir la mano de Ava enlazada con la mía y la de mi sobrino agarrándome la otra.
Miro donde me señala, una pastelería que lleva en el pueblo demasiadas generaciones. Pero siempre con los mismo buenos dulces, o al menos eso espero. Asiento y, comprobando que los demás están ubicados, cada uno viendo lo que más le interesa, entro en el local.
La campanita de siempre, aunque seguramente esta sea nueva, suena sobre nosotros al entrar. Seth se suelta de mi mano y se pega al cristal dónde están los dulces. Amber lo regaña y lo aparta.
—Que pitanza tienen. Parecen de revista.
Ava tiene razón, parecen dibujados. Los pasteles tienen colores casi imposibles de conseguir y otros tienen cuatro pisos de bizcocho y chocolate. Magdalenas, rollitos, donas…Qué recuerdos, dolorosos, pero a la vez bonitos.
—¿Desean algo? —Nos pregunta una chica de la edad de Madison. No sé quién es, será alguien de la familia.
Ava y Amber piden sin contención, quieren probarlos todos. Mientras, yo observó lo que antes había sido el lugar de encuentro con mis amigos e incluso de alguna cita. Escucho una puerta abrirse y aparece Emily y su hija, Amanda.
—¡Cielo santo! —Emily se acerca a mí y me coge la cara con sus arrugadas manos— ¿Eres tú? Si tienes que serlo, esos ojos no se olvidan tan fácilmente.
—Emily, qué alegría verte.
La mujer se vuelve y observa a mi familia, reparando en mi sobrino y Ava. Se acerca a ellos, dejándonos a mí y a Amanda al fondo de la tienda.
—No has cambiado mucho —digo en dirección a la que un día entró en casa como una más. Fue hace mucho, muchísimo.
—Espero que eso sea un cumplido —Me quedo en silencio, pero sonrío, miro a Ava que habla con Emily y escucho de nuevo a Amanda—. Es guapa, supongo que es tu novia. Me alegro de que te vaya bien y…siento lo de Sarah.
El corazón me duele horrores a pesar de hacer nueve años desde que falleció mi madre. Jamás

me acostumbraré a recibir el pésame, ahora que soy adulto puedo aparentar aceptarlo, pero no creo que sea algo que deje de doler nunca. Pase el tiempo que pase.
—Gracias. —Consigo decir en un hilo de voz.
Tras despedirme y decirle a Amanda cuanto me alegro de volver a verla, me uno a los demás. Emily se deshace en cumplidos hacia Ava, que los recibe encantada y escucha emocionada algunos recuerdos que la dueña de la pastelería guarda con cariño.
Le doy un beso en la coronilla a Ava cuando me coge la mano y se la pasa por la espalda, dejándola en su cintura. La estrecho contra mí escuchando recuerdos y viendo a mi hermana limpiarse una lágrima que se le iba a escapar por el rabillo del ojo. Duele, me entristece, pero el hecho de saber que Ava está atesorando lo que Emily le cuenta solo por ser mi pasado y querer saber más de mí, me ayuda a olvidarme del dolor por un momento.
Y, como pocas veces desde que ocurrió, me uno a la conversación y hablo con una sonrisa en los labios sobre mi madre. Veo el desconcierto en los rostros de mi padre y Amber, pero no dicen nada, intercambian una mirada y luego observan unos segundos a Ava, dándole el mérito, y muy merecido, por conseguir que hable de nuestra querida Sarah.

Capítulo 26

Ava

27 de junio. Casa de campo de la familia O'Donnell.

Hace un calor infernal y por eso, después del almuerzo, nos hemos metido en la piscina. El agua está helada, pero el cuerpo se acostumbra enseguida. Zeus está jugando con sus sobrinos al voleibol con una red que han colocado en la zona que tenemos libre y nos regala unas vistas que no me veas, todo hay que decirlo. El pelo revuelto por el agua, el bañador que con el peso se le cuelga aun más de las caderas, esa tabletita que me encanta saborear a cualquier hora del día y fingiendo una derrota para que los niños no se desmotiven… ¡Vamos! El papaíto que cualquiera quisiera tener para sus hijos.
Y volviendo a cuando he dicho que el agua apetece, no hay nada como reunirte en las hamacas para cotillear con tus amigas. Que es exactamente lo que estamos haciendo nosotras. Solo tenemos que movernos para alargar la mano y que alguno de los chicos nos recargue los vasos. ¿Se puede estar mejor?
—¿Cómo vas con el curso de fotografía? —La pregunta lo hace Jess, que está tumbada boca arriba con una camiseta sobre la cara.
—Genial, Malcolm me ayuda dándome consejo de cómo hacer resúmenes y mejorar la forma de estudio.
El tonito de ilusión no pasa desapercibido para ninguna de nosotras, que incluso Jessica, por unos segundos, se levanta la camiseta para mirarla. Por otro lado, Madison echa un vistazo a Marc en lo que este está sentado en el borde de la piscina hablando con James y Peter. Estoy segura de que la ilusión en Amber la hace pensar en lo que Marc dijo en el coche cuando veníamos a la casa, rompiendo la magia que había en su rollito.
Me giro de nuevo echando un barrido a la parte trasera de la casa, rodeada de césped perfectamente cuidado, hamacas, tumbonas, columpios y una zona para hacer barbacoas. Al otro lado de la piscina veo a Hugo y Lucas, haciendo bebidas en una mesa de madera. Escucho al rubio cantar la canción que suena por los altavoces: Tu x Mí, Yo x Ti de Rosalía y Ozuna. Riendo, me enfoco de nuevo en las chicas.
—No hace falta que te repita que puedes trabajar conmigo para coger experiencia —Amber me mira sin decir nada, seguro que me dice algo como «no es necesario que pierdas el tiempo en enseñarme», por lo que insisto—: Lo digo en serio, Amber. Muy en serio.
—Me lo pensaré, te lo prometo. No quiero que tengas que perder el tiempo para que yo perfeccione mis habilidades.

¿Lo ves? Lo que yo decía.
No insisto, ya tendremos tiempo de hablar del tema. Madison se termina su bebida y levanta el vaso para enseñárnoslo y, como si fuera un camarero experimentado, Lucas aparece detrás y se lo rellena. Nosotras nos reímos ante su reverencia y Madison le da las gracias. Me encanta la mirada de Marc fija en nuestra peque y para picarlo le saco la lengua cuando se percata de que lo he pillado. ¿He dicho ya como es Marc en bañador? ¿No? Pues, el cuerpo lo tiene….
—¿Cómo va la reforma del restaurante? —Ups, Maddie me ha interrumpido.
Jessica se incorpora, tiene la barriga colorada y, a juego, el pecho. Coge su bebida de la mesita redonda que hay justo a su lado y se recoge de nuevo el pelo en un moño alto. Se le escapa la mitad de la melena porque, aunque la tiene algo más larga, sigue estando por encima de los hombros.
—Ya nos han cambiado el suelo, caído los tabiques que no queríamos, han cambiado los azulejos antiguos por otros más modernos y están con los ventanales. Lo que me mantiene más en calma es saber que todavía no he terminado los estudios.
—Yo escucho la palabra obra y me entran ganas de esconderme. Hace unos años, a mi madre se le antojó hacerlas: caer paredes, agrandar mi habitación, la de mis hermanos y…
—¡Wao, wao! ¿Tienes hermanos?
Amber, Jessica y yo clavamos los ojos en Madison, que parece algo cohibida ante tanta atención. Pero ¿qué espera? Jess y yo la conocemos desde hace tres meses y no sabíamos nada, enterarnos de golpe nos ha sorprendido. Maddie asiente y vuelve a beber de su coctel. Hugo ha buscado en internet como hacer un perfecto Vodka Gimlet y la verdad que le ha salido bien.
—Sí, una hermana y un hermano. Yo soy la pequeña. ¿Nunca os lo he dicho?
Nosotras negamos con la cabeza, seguras de que eso era información que ella había mantenido confidencial hasta el momento. Madison lleva el pelo recogido en una trenza que le he hecho hace un rato, tiene un pelo grueso y precioso, se tumba sobre la tumbona en la que estaba sentada, cruza una pierna sobre la otra y estira los brazos hasta el borde del respaldo. Lleva un conjunto de bikini muy bonito, la parte de arriba es imitando a un sujetador pero sin aros, de color crema a juego con las bragas brasileñas.
—Primero está Abigail, luego Ander y yo la pequeña. Nos llevamos pocos años de diferencia, veintiocho, veintiséis y yo veinticuatro. Con nuestros padres no tenemos una relación muy buena, aunque vivimos con ellos. Pero nos adaptamos, intentamos discutir lo menos posible.
—Pues menudo descubrimiento, chica. Yo pensaba que no tenías familia.
—Alaaa, serás bruta.
—¿Qué? —Ríe Jess, bebiéndose lo último de su vaso— No sabíamos nada de ti, una mujer joven estudiando a la vez que trabaja que no sabemos dónde vive, ni con quién, habla poco y, para colmo, eras una estúpida.
—Vale, Jess, creo que te has emocionado —Le digo levantando mi vaso para llamar a uno de nuestros camareros personales de esta tarde—. Lo que aquí nuestra delicada amiga quiere decir, es que nos resultaba raro no saber nada de ti. Pero tú tranquila, aunque parezca lo contrario, no estás obligada a contarnos nada.
Cuando tengo el vaso hasta arriba, al igual que las demás, me dejo caer en la tumbona sintiendo el sol calentándome el cuerpo. Me echo una camiseta en la cara, no quiero dejarme la señal de las gafas ni quemarme la nariz, y dejo los brazos a los lados del cuerpo.
—Lo sé, y a veces es un tema que me cuesta hablar. Como os he dicho no tengo una relación demasiado buena con mis padres y no quería sentir vuestra lástima.
Levanto la tela lo suficiente para mirarla y escucho a las demás antes de poder dar mi opinión.

Empezando a hablar Amber.
—Vamos, peque. No tendría nada de malo, somos tus amigas y es normal que sintamos tu tristeza. Pero ninguna puede juzgarte ni compadecerte, cada una llevamos lo nuestro a cuesta. Yo no tengo problema en decir que mi madre murió cuando tenía diecisiete años y, encima, para rematar mi pobre estado anímico, el padre de mis hijos falleció hace unos años.
—Lo siento, no quería comparar situaciones yo…
—Para nada Maddie, no te estoy regañando. A lo que quiero ir es que las cosas que nos duelen hay que hablarlas, con nuestros amigos, parejas o familiares. No podemos cargar con la pena y las suposiciones nosotros solos, ya es bastante duro tener que levantarse cada día para afrontarlo sufriendo la pérdida de seres queridos como para sumarle el peso de superarlo sin nadie que nos escuche.
Nos sumamos en un silencio sepulcral, seguramente cada una pensando en las palabras de Amber y moldeándolas a nuestras propias experiencias. La parrafada me ha calado, en el único que he pensado ha sido en Zeus y en que necesito contarle que vi a mi madre biológica hace unos días, que he encontrado su familia y que tengo intenciones de conocerlos. Se merece que me apoye en él, siempre está a mi lado cuando lo necesito y se vuelca en mi bienestar con corazón y alma, demasiado para conocernos desde hace unos meses.
Me vuelvo para mirarlo, ahora está con su padre, Marc y Peter, recibiendo la bebida que Hugo les ofrece. Como si pudiera sentirme, sin necesidad de llamar su atención, gira la cara hasta topar sus ojos con los míos. Un escalofrío me recorre el cuerpo, poniéndome los pelos de punta. Le estoy engañando, estoy haciendo justo lo que le exigí que no me hiciera cuando nos conocimos. Soy horrible. En cuanto terminemos las vacaciones se lo contaré y aceptaré su ayuda.
Me hace un gesto con la cabeza y me sonríe de medio lado, derrochando sensualidad por los cuatro costados. Es perfecto, jamás he conocido un hombre con un cuerpo mejor, una cara más cincelada y unos dotes tan maravillosos en la cama. Me encanta acariciar su espalda lisa, clavar las uñas en esas nalgas tan tersas que tiene, por no hablar de sus hombros tan anchos, tan masculinos. Pero mi parte favorita, aunque no creo que sea así porque me gusta todo de él, es su cuello, ancho, sexi, cubierto de venas cuando se enfada y una nuez pronunciada.
—Mis padres llevan toda la vida viajando y fuera de casa, dejándome con niñeras diferentes cada dos semanas.
La confesión de mi amiga me hace volver a la conversación. Quisiera contar mi situación, pero si aún no se lo he dicho a Zeus, no voy a contárselo a nadie más. Los únicos que lo saben son Hugo, Lucas y Jess, además de mi familia. Aun así, cuento algo que me duele igual.
—Yo acabo de perder a mi tía, una mujer muy importante en mi vida. Una luchadora nata que me ha enseñado que la vida hay que vivirla como si fuera el último día, porque, realmente, no sabemos cuál lo será. Me ha enseñado a ser libre, a ver el lado bueno de las cosas. Y la echo de menos, muchísimo. Pero cada día y cada vez que hablo de ella me siento mejor.
Hugo aparece cuando digo la última palabra y se sienta a mi lado, pasándome un brazo por los hombros. Está mojado y el contacto es helado, pero tengo el cuerpo hirviendo por el sol y enseguida calienta las gotas de agua que se pegan en mi cuerpo. Me ofrece su bebida y se la niego enseñándole mi vaso casi terminado.
—¡Tíos, atended a vuestras mujeres! ¡Están sin bebidas y nuestro trabajo de camarero ha llegado a su fin!
Lucas se sienta al lado de Amber que se hace un hueco para recibirlo y por detrás aparecen Peter, con la jarra de bebida, Zeus, que me hace levantarme dándome la mano y se sienta en la butaca para cogerme en sus piernas, James y los niños. Samy y Seth no están casi nada de tiempo con

nosotros, se van corriendo a la zona de los columpios, donde poco después se les une su abuelo. Una vez los vasos están rellenos, Peter se sienta junto a Madison porque Marc ha ocupado el lado libre en el asiento de Jessica hace un instante.
—¿Ya os habéis cansado de la piscina? —Madison se deja caer en sus codos, atrayendo la mirada intensa de Marc y algún vistazo de Hugo y Lucas.
La respuesta lleva a una conversación en la que se mezcla el trabajazo que se han marcado Lucas y Hugo, catalogándose como esclavos de nosotras, y eso a que Jess le reproche que es un vago, llevando eso a Lucas a defenderse, consiguiendo que nuestra cocinera se le tire encima. Por suerte, todos terminamos riendo.
—¿Os hemos interrumpido? —Su voz, baja y suave, se cuela por mi oído y llega a mis terminaciones nerviosas.
Niego con la cabeza efusivamente, comprobando que nadie se percate de que la mano de Zeus cada vez está más arriba en mis muslos y sus dedos hacen círculos presionándome la piel. Está provocándome y bueno, me encanta. Para devolvérsela, me remuevo en sus piernas, intentando presionar mis nalgas sobre su miembro.
—Mmm, con que quieres jugar... ¿Sabes? —Pasea la punta de su lengua por mi cartílago, secándome la boca— Yo llevo con ganas desde que te vi con este bikini.
Sonrío porque sabía que le iba a gustar. Es un bikini del tono de las orquídeas, de seda por lo que cae sobre mi cuerpo como si flotase. Me he reído mucho cuando me he bañado y al salir se me notaban los pezones, una de las veces casi se ahoga al verme y la segunda lo ha hecho gruñir porque me quiere para él solito.
Desliza uno de sus dedos a lo largo de mi columna y siento otro escalofrío que me altera la sangre.
—¿Confías en mí, honey? —Su pregunta me confunde, aun así, asiento— Ven conmigo.
Se levanta de su asiento haciendo que también lo haga y, y me coge de la mano. Pienso que me llevará dentro, pero gira y se dirige a la piscina. Lo miro sin entender hacia dónde va, al menos sin querer entenderlo, pero él va directo a su objetivo. Mordiéndose el labio inferior, con el bañador abultado peligrosamente, la espalda cuadrada y la cabeza alzada, llegamos al extremo de la piscina que queda más alejado de los chicos, que están tan enfrascados en la conversación que comparten que no nos echan ni una mirada. Zeus se sienta en el borde y se mete en el agua, alzando los brazos para que yo haga lo mismo.
Tendría que dudar, temer hacer algo escandaloso, porque sé perfectamente qué vamos a hacer, revisar mil veces que nadie nos mira, que los niños se hayan ido e incluso que su padre no esté a unos veinte metros de nosotros. Pero no hago nada de eso porque Zeus mojado y deseoso de mí puede conseguir que haga las mayores locuras de mi vida. Por lo que me siento en el borde y dejo que me meta con él.
Justo en el momento que sus manos rozan mi cuerpo, por el altavoz suena una canción que he escuchado muchas veces cuando he salido de fiesta. Una que jamás había tenido verdadero significado hasta ahora. Se llama Pa Mí, un con un tal Dalex, Rafa Pabön y Dímelo Flow. ¿Qué? Quita esa cara, es lo que tiene buscar las canciones en Shazam. Eso sí, no sé quién son los cantantes, no me juzgues.
Ea, ahí tienes mi secreto.
—Me tienes ardiendo todo el día. —Confiesa con voz ronca y muy cerca de mi boca.
—Entonces he cumplido mi cometido.
Sus manos se mueven por mis nalgas y me levanta las piernas, haciendo que le rodee la cintura con ellas. Me besa un hombro, luego el otro, una clavícula y luego otra. Después mira por

encima de uno de mis hombros y, cuando se queda tranquilo por no ser descubierto, una mano se cuela entre nosotros.
—Zeus, nos van… —No puedo continuar, su lengua se apodera de mi boca unos segundos bastantes intensos—…nos van a ver. —Consigo decir cuando se separa.
—No van a ver nada.
Siento su mano moverse entre nosotros, después su erección chocar con mi clítoris tapado con la tela. Uffffff, lo que me sube por la espina dorsal.
—No lo permitiría, de eso estate segura.
Noto el agua directo en mi zona íntima cuando echa a un lado mis bragas, rozando el glande por mi cavidad. Me palpita, estoy fría por fuera por el agua, pero me noto arder en lo más profundo. Parece que mi vagina llora por tenerlo dentro.
Entonces se desliza, despacio, tentador, perturbándome, ansiándome por tener más de él en mi interior. Sin poder controlarlo, hago un leve movimiento que nos une por completo y ahogo un gemido mordiéndole el hombro.
—Esto es demasiado prohibido y me tiene la sangre hirviendo, pero odio que no puedas gritar.
Una sonrisilla se me escapa de la garganta y le rodeo los hombros con los brazos, pegándome más a él. Empieza a mover las caderas, porque si lo hago yo será demasiado escamoso, y se me corta la respiración al sentir la profundidad y como mi humedad lucha por la sequedad que produce el agua.
Volviendo a mirar por encima de mi hombro, me pellizca los pezones y me da besos húmedos por el cuello y la cara.
—Yo no sé si lo odio o lo adoro.
—¿El qué? —Me muerde la piel del cuello y presiona con una mano en mis nalgas.
—Que me hagas perder la cabeza de este modo. Sería capaz de cualquier cosa por… —Sus dedos sobre mi clítoris cortan mi confesión, pero la ha entendido.
Acelera los movimientos de sus dedos, entrando y saliendo suavemente de mí. No sé qué es más placentero, si los roces continuos y feroces en mi clítoris hinchado y hambriento, las penetraciones lentas y suaves que me llevan a la locura, o todo el conjunto de la situación. Lo que sí sé, es que no aguantaré mucho más.
Me siento el calor de la tensión en las mejillas y tengo que contraer los dedos de los pies para no moverme como una salvaje sobre su erección hinchada y obsesionada conmigo.
—Yo también haría cualquier cosa por ti, amor.
Los movimientos, sus besos, su lengua, las voces de los demás a mis espaldas, el agua fría contrastando con el calor que irradia mi propio cuerpo y su piel contra mi piel me llevan al éxtasis. Siento espasmos exagerados, pero hago todo lo posible por controlarlos, mordiéndole el hueco entre le cuello y el hombro.
—Córrete, nena. Sí, así… yo estoy aguantándome de una forma que ni te imaginas —Se queda en silencio, esperando a que me recomponga para salir de mi interior y colocar bien nuestra ropa de baño. Luego me da un beso urgente en la boca y me muerde el labio inferior hasta dejarlo ardiendo—. No he creído correcto correrme en este momento, no quería que te llenaras las piernas delante de todos.
Recibo otro beso y Zeus se aleja de mí nadando de espalda, dejando entre líneas un mensaje que capto enseguida. Esta noche será larguísima.

⚡⚡⚡

A las ocho, James empieza a sacar la cena y a preparar la carne en la barbacoa. Jess y yo hemos decidido preparar dos tortillas de patatas, una sin nada y otra con cebolla. Amber se ha encargado de hacer una ensalada que tiene una pinta exquisita, Lucas sigue desarrollando sus dotes de coctelero, Hugo corta el pan, los niños corren a nuestro alrededor, Zeus ayuda a su padre, Madison y Peter se encargan de poner la mesa y Marc ha quedado como el ayudante de todos.
La cena se alarga dos horas en las que charlamos, escuchamos música de fondo, reímos y debatimos porque, mira que te diga, si no hay un debate en una reunión de familia es que algo está fallando.
A las once estamos recogiendo los restos de comida y cambiándolos por alcohol y juegos de cartas. Seguimos riendo, pero ahora bebemos, bailamos y gritamos cuando ganamos o perdemos una partida. Samantha y Seth se van a la cama antes de las doce y James aprovecha la ocasión para darnos algo de intimidad.
—No quiero volver a Madrid. Esto es demasiado bueno como para dejarlo.
Jessica y yo miramos a Hugo, sabemos que lo dice porque en Madrid le espera trabajo, la complicada situación con su madre y un piso al que no suele ir porque Dolores necesita compañía. Lucas le echa un brazo al hombro y le da un largo trago a la bebida antes se decir:
—Vamos, cabrón, volveremos siempre que podamos. Aquí siempre seremos bienvenidos, ¿verdad?
Algo me contrae el pecho ante la realidad de que tienen que irse, pero intento sonreír para no acabar la noche triste. Entonces la voz de Zeus me hace dejar de reír, bueno a mí y a muchos.
—Por mi parte no —En cuanto veo sus labios curvarse me relajo y Lucas se deja caer en el respaldo de la silla. Como está alargando la broma demasiado le doy con el codo en las costillas —. Es broma, al final os estoy cogiendo cariño.
Todos estallan en risa y Lucas, al que parece que le afecta más sus palabras, se recompone enseguida rellenándonos los vasos para otra ronda.
A las dos de la madrugada, decidimos recoger e irnos a la cama. Mi cuerpo lleva toda la noche esperando lo que le han prometido y conforme subo la escalera, notando a Zeus pisarme los talones, el corazón se me acelera. Arriba cojo el pomo para abrir la puerta cuando su cuerpo presiona contra el mío y esta.
—Ahora te haré disfrutar como te mereces, nena.

Capítulo 27

Ava

30 de junio. Casa de campo de la familia O'Donnell.

No puedo creer que haya llegado el final de las vacaciones.
Estamos recogiendo nuestras cosas porque debemos llegar pronto a Manhattan para que Hugo y Lucas no pierdan el vuelo. Lo único que se escucha en la casa son las risas y los gritos de los niños, los adultos intentamos hacernos a la idea de la vuelta a la rutina y Jessica y yo de la despedida de nuestros amigos.
Con pesar, guardo las dos prendas que faltaba para terminar de recogerlo todo en mi maleta. La pongo en el suelo, con intención de bajar e irnos a casa, pero me encuentro a Lucas apoyado en el marco de la puerta. Me mira sin moverse, con los brazos y los pies cruzados.
—Quita esa cara de pena, que te pones más guapa aún.
No puedo evitar sonreír, Lucas siempre sabe cómo conseguir que lo haga. A todo el mundo en realidad, no importa que mal te haya ido el día o que algo te haya puesto triste que viene él con su gracia y lo arregla. Suelto la maleta y estiro los brazos hacia él, sin moverme del centro de la habitación, Lucas avanza hasta envolverme en un cálido abrazo.
Le rodeo la cintura y me aprieto contra él, agarrando con los dedos la camiseta rosada que lleva hoy. Los voy a echar de menos, muchísimo. Cuando llegaron era todo muy bonito, nos esperaban viajes, visitas, unas vacaciones increíbles. Pero no había pensado en la odiosa despedida que también nos espera.
—No pasa nada, guapa. Volveremos.
Asiento sin despegar la cara de su ropa porque entonces vería que no puedo dejar de llorar. Es como si un trozo de mi propio cuerpo se marchara a miles de kilómetros de distancia. Sé qué, antes o después, lo voy a volver a necesitar y cuando sienta que no está me dolerá de nuevo.
—Ohhh, chicos.
La voz dulce y apenada de Jess se cuela en mis oídos, luego sus brazos nos rodean y Lucas levanta el suyo para que se cuele debajo. Es alto, sus brazos me llegan a la cabeza, literal que desaparezco entre ellos. Seguimos sin movernos hasta que un empujón desde atrás de Lucas nos hace dar unos pasos con violencia y caer en la cama de Zeus.
—¡Serás animal!
Veo a Jessica lanzarse sobre Hugo, que es el que nos ha interrumpido, y este le agarra las manos para no sufrir daños. Nos entra la risa, a los cuatro al mismo tiempo, y no sé si es porque el momento nos parece gracioso o por los nervios de que se acerca el momento de decirnos adiós

en el aeropuerto.
Unos minutos después, nos quedamos en silencio y tumbados hacia arriba. Los dedos de Hugo se enredan con los míos y giro la cara para mirarlo. Me observa detenidamente y después me abraza.
—Te voy a echar de menos, bombón.
—Y yo a ti. No quiero que os vayáis.
—Ni yo irme, llevo toda mi vida protegiéndoos y vigilándoos. En el fondo tenía la esperanza de que volverías, que este viaje sería un escape por todo lo que estás sufriendo. De hecho, quería que os vinierais, que os dierais cuenta de que aquí no tenéis nada.
Hugo suspira. Una lágrima resbala por su mejilla y tengo que limpiarla porque no quiero ver dolor en su rostro. Me angustia su confesión porque me hace sentir culpable por haberlo abandonado, algo que nunca he querido hacer y con lo que Marco me hizo daño la última vez que hablamos. Al final tendré que darle la razón, soy como mi madre.
—Ahora que os veo aquí —Continua, está vez girándose para mirar a Jess. Los cuatro nos sentamos para poder mirarnos—, con las personas que habéis conocido, creo que estáis en el lugar correcto, con las personas correctas. Aunque nosotros no podamos veros todos los días, nos quedamos tranquilos al saber que sois felices.
—El profe lleva razón. Siempre podremos volver y vosotras ir.
Jessica y yo compartimos un amor verdadero por estos dos cabezas de chorlito, estoy segura de que ella siente lo mismo y le va a ser muy duro despedirse, pero ellos tienen razón. Sólo tenemos que subirnos a un avión para volver a vernos. ¡Quién quiere, puede!
Nos volvemos a fundir en un abrazo antes de ponernos de pie y decidir salir de la habitación si no queremos que pierdan el vuelo. Jessica sale primero, la sigue Hugo y después iba a salir yo, pero Lucas me detiene.
—¿Qué pasa? —Me muevo hacia atrás cuando cierra la puerta.
—Pues… he hecho algo.
Suelto lo primero que se me ocurre.
—¿Te has acostado con Maddie?
Lucas alza las cejas y forma una sonrisa canalla. Como lo es él.
—Ya quisiera, me voy con esa pena a Madrid.
Le respondo con una carcajada, esperando que él continúe con sus bromas, pero deja de reírse cuando mira el reloj en su muñeca. Su actitud empieza a preocuparme.
—¿Qué has hecho, abogado?
—No, joder, tú también no. Tengo suficiente con el nuevo cuñadito que me has encasquetado.
Volvemos a reír, pero noto el ambiente tenso, las risas de Lucas son más obligadas que sinceras y eso no me gusta. No vuelvo a preguntar, me cruzo de brazos y él se acerca más a mí. Estamos a un palmo de distancia. Menos mal que lo conozco, si no pensaría que va a besarme.
—Espero que no te enfades conmigo y si lo haces puedas perdonarme.
Alzo la vista para mirarlo frunciendo el ceño por no entender que ha podido hacer para que me enfade.
—He hablado con Zeus sobre lo que te pasa.
Espero que no se refiera a lo que yo creo, porque entonces lo mato. Respiro con dificultad y doy dos pasos para separarme de él.
—¿De qué hablas Lucas?
—Está preocupado, no deja de indagar porque dice que sabe algo. Pero no me ha contado quién se lo ha dicho. Esperaba que lo hicieras tú, pero no lo has hecho.

Me siento indignada y aprieto los labios por la rabia que me provoca la situación. Zeus…Zeus sabe lo de mi madre, me va a odiar. Ha tenido que enterarse por otra persona, una que no debería haber abierto la boca.
Lo encaro, rabiosa.
—¿De qué coño vas, tío? —Le doy con las manos en el pecho.
—Lo siento, Ava. Quiero ayudarte, llevas demasiada carga. Zeus solo quiere ayudarte.
—Tu no tenías que tomar esa decisión, Lucas.
—Si que debía. Llevas demasiado encima, la muerte de tu tía, que Marco te acosara, el matrimonio de Zeus y Cristal, el estudio, la vuelta de tu madre, la familia nueva…. Joder, ¿no te das cuenta?
Algo me presiona el pecho, algo duro y denso que no me deja respirar. Atacada, me siento en el borde de la cama notando como se me abren los ojos con cada cosa que pienso. Tendré que remover el pasado, contarle a Zeus que mi madre no me quiere, que me abandonó cuando era una niña y me volvió a rehuir veinticuatro años más tarde.
Siento el colchón hundirse a mi lado, pero me da igual. Lo único que soy capaz de percibir es el temor de volver a pasar por una ruptura, por llorarle a alguien y echar de menos. Porque estoy segura de que Zeus me tachará de mentirosa por lo que le he ocultado, discutiremos y me dejará. Me va a dejar, me va a mirar con pena y se va a marchar.
—Ava, por favor. Deja que te ayudemos. Somos tu familia. Ahora Zeus también lo es.
Clavo los ojos en él, enfadada y dolida a partes iguales. No puedo creerme que le haya contado todo lo que le he confesado entre lágrimas en la intimidad. Es mi amigo, se supone que los amigos guardan tus secretos.
Me muerdo el cachete por dentro y las lágrimas rebosan de mis ojos.
—No lo entiendes, Lucas —Suspiro, notando como la carga me empuja cada vez más al suelo—. No necesito la ayuda de nadie. Mucho menos la que no he pedido.
Mis palabras le duelen, tanto que se levanta ofendido de la cama y me mira con el rostro serio e impasible. Irradiando la rabia que ahora emana de su interior.
—Lo siento. Siento quererte y preocuparme por ti. Ahora entiendo que prefieres estar sola y llorar sola.
Muevo la cabeza con furia, no quiero mirarlo a la cara. Las lágrimas se apoderan de mi rostro, cayéndome en las piernas. El corazón me bombea con fuerza en el pecho y la cabeza me da vueltas. Tengo momentos de lucidez en el que entiendo a Lucas, quizá yo hubiera hecho lo mismo, pero entonces ¿Por qué estoy tan enfadada? ¿Por qué me molesta que se lo haya contado?
No se ha ido, sigue delante de mí, escucho su respiración acelerada.
—No tendrías que haber tomado esa decisión —Consigo decir con la voz rota—. Estaba buscando el momento perfecto, quería visitar al padre de Ana, asegurarme que me quieren conocer para no hacer pasar a Zeus por el mal trago de que me den con la puerta en la cara.
Lucas sigue en silencio, mirándome a los ojos mientras los míos arden por el llanto. Lo único que hago es agarrarme con fuerza la colcha de la cama aferrándome a algo.
—¿Y no te has parado a pensar en cuanto podrías sufrir tú?
Su pregunta me hace levantarme, sentándome muy mal. ¿Qué si lo he pensado? Me río de forma sarcástica, tanto que Lucas se molesta, pero no puedo evitar hacerlo de otra forma. Conforme voy soltando la rabia, siento que voy deshaciéndome del enfado, pero por alguna extraña razón no quiero dar un paso atrás.
—Todos los malditos días, Lucas. Cuando mi tía murió, me aterraba que Ana aparecía para coger

su trozo del pastel. Me aterraban los siguientes días por si llamaba a mi casa. Si me quedaba viendo la televisión hasta tarde miraba a la puerta sin siquiera ser consciente a la espera de algo que nunca pasó.
El dolor se agarra a mí arañándome como uñas afiladas que quieren sacarme la piel a tiras. El doble sentido que sé que tienen mis palabras es aún más doloroso, porque, aunque no quiera admitirlo, aunque la odie con todas mis fuerzas, siempre esperaré a que llame a mi puerta y me explique el por qué.
Los hombros de Lucas se relajan conforme estudia mi confesión e intenta acercarse para abrazarme, con el rostro compungido por sentir mi dolor. Porque es lo que hacen los buenos amigos, sentir el dolor del otro como si fuera el suyo propio. Pero lo detengo, ahora que he empezado, necesito terminar de desahogarme.
—Ni un mensaje, ni un mísero mensaje para saber cómo me va la vida. Ni una llamada, ni una aparición. Aunque bueno ¡¿Cómo iba a aparecer, si la señora tiene una puta casa en otro país!? La odio, Lucas, la odio con toda la fuerza que puedo por no quererme cuando se supone que ella es la que más debería hacerlo.
De mi garganta sale un quejido tan doloroso de escuchar como de sentir y entonces no se lo piensa y me abraza con cariño. Lloro desconsolada entre los brazos de mi amigo, cuando esto debería haber pasado con el hombre del que estoy enamorada. El hombre que quiere ayudarme siempre y al que intento apartar por miedo a que se vaya.
Minutos más tardes la puerta se abre, la escucho rechinar brevemente, y alguien entra en la habitación. Lucas se separa y me da un beso en la frente, luego me deja a solas con él, el único que me ha sacado a flote con promesas y confesiones que nunca creí poder tener. Vuelvo a llorar al ver el amor en los ojos de Zeus y me cobijo contra su cuerpo.
—Lo siento, Zeus. Siento que te hayas enterado así, soy…soy…
—Shh. Tranquila, estoy aquí.
El beso que me regala es calmado y la paz que encuentro en sus brazos, en su voz, me retuerce por dentro. Como si no fuera merecedora de algo tan sincero y puro. Dejo que me acaricie la piel que mi camiseta de tirantas no cubre, mi pelo suelto, mis mejillas.
El alma con su cariño.
—Tendrías que haber confiado en mí. Sé que nos conocemos desde hace muy poco, pero hemos pasado por mucho desde entonces.
Lleva razón. Nosotros, en tan poco tiempo, nos hemos apoyado y protegido más que probablemente la mayoría de las parejas que llevan mucho más años juntas. Zeus ha estado ahí cuando me he sentado en el suelo del apartamento que me dejó mi tía a llorar su ausencia, cuando Jess y yo discutimos, el día de la operación, en mis noches sin dormir, en mis días de mucho trabajo, en la obra. Ha estado guardándome las espaldas ante cualquier problema, defendiéndome sin miramientos.
No se merece tenerme a medias, se merece cada maldito milímetro de mí. Alma y cuerpo, mente y corazón. Zeus es merecedor de mis pensamientos y mis sueños, porque me ha demostrado querer estar conmigo a pesar de todo.
—Lo siento.
Bajo la cabeza, avergonzada por no saber que más decir después de lo que ha escuchado por mis gritos. Imaginarlo rodeado por su familia y amigos mientras escuchaba a su novia gritar sobre algo que él no sabe, me parte el alma.
Alza mi cara con un el pulgar bajo mi barbilla.
—No quiero que lo sientas, no has hecho nada malo al guardar para el mejor momento algo que

te hace tanto daño. Pero a partir de ahora me gustaría que compartieses conmigo todo lo que te ocurra. Da igual si es bueno o malo, honey. Porque te quiero, joder, te quiero de verdad. Eres lo más real que he tenido en la vida.
Asiento con las lágrimas entre mis labios, movidas por el dolor de la confesión y la satisfacción que siento siempre que me dice que me quiere.
—Yo también te quiero, Zeus. Con cada una de mis células —Un sollozo me ahoga y le acaricio la mejilla con los dedos, él cierra los ojos al contacto—. Aunque ahora pueda sonar a locura, pero estoy convencida de que lo haré siempre.
Zeus mira de soslayo mi boca y me besa con cuidado, con temor de que pueda romperme. Lleva una mano a mi espalda y me atrae sin prisas hacia él, aferrándose a mi cuerpo como si fuera el ancla que lo mantiene en la tierra. Él es para mí el flotador que me mantiene a flote.
Cuando nos separamos, estoy algo más calmada y enseguida necesito ver a Lucas. No quiero que vuelva a Madrid y sigamos enfadados, no me lo perdonaría jamás a mí misma. Mucho menos por querer ayudarme.
—Necesito ver a Lucas. —Mi voz es apenas un susurro, con el llanto tengo la garganta seca.
Zeus vuelve a darme un dulce beso en los labios, asiente y pega su frente a la mía.
—Claro, nosotros podremos hablarlo en casa.
En casa, cuanto remueve en mi interior esas dos palabras. Tan simples a oídos de cualquiera y tan importantes para mí si es Zeus quien las pronuncia.
Cuando llego al final de las escaleras, no hay nadie en la casa, pero veo a mi amigo apoyado en la encimera de la cocina. Me acerco despacio hacia él, temerosa de su rechazo, pero ahí está, esa sonrisa que siempre acompaña su rostro. Le paso un brazo por la espalda, el hace lo mismo, e imito su postura sobe la encimera, mirando a nuestros amigos desde la ventana. Me dejo caer sobre él, apoyando la cabeza en su hombro.
—No he querido hacerte daño, solo sacarte del pozo en el que te estabas hundiendo tú sola.
—Lo sé y he sido una idiota al reaccionar así. Sé que nunca harías nada que no fuera por mi bien. Es solo que tenía miedo de la reacción de Zeus. No todos los días sales con una mujer que tiene tantas cicatrices.
—Tonterías —Me estruja contra él, abrazándome de lado, y sonríe sin mirarme—. Creo que nunca he visto a un tío así de serio sonreír tanto al mirar a una mujer, mucho menos he visto a un tío tan enamorado.
Las palabras me atizan con fuerza, siento la adoración de Zeus porque así me lo demuestra. Pero que sean personas ajenas las que también lo notan y ven, lo hace más real. El corazón me brinca feliz.
—Ava, nos tienes a todos a tu lado —Clava sus ojos en los mío y veo en ellos la sinceridad con la que se refiere—. No nos apartes. Tómatelo con calma, detente si lo necesitas, pero nunca eches a nadie que desea quererte.
No tengo palabras, ni disculpas que puedan merecer a personas tan buenas como las que yo tengo en mi vida. Estoy rodeada de ellas y es lo único que debería importarme.
Tengo que dejar volar a esa Ava que se aferraba a las diferentes vidas imaginarias en las que vive con una madre que la quiso. Tengo que dejarla volar, pero antes debo hacerla ver que sí tiene madre, una maravillosa y cariñosa que nos quiere con toda su alma, y para nada se llama Ana, si no Sonia.

⚡⚡⚡

El viaje de vuelta a Manhattan se me hizo demasiado rápido. Tanto, que cuando nos dimos cuenta íbamos de camino al aeropuerto. Sobre las dos y media de la tarde estábamos en la puerta, con el maletero del coche abierto y sacando el equipaje de nuestros amigos. Jessica y yo lloramos a lágrimas vivas, suerte que Peter y Zeus no se escandalizaron con el cuadro que formamos en un abrir y cerrar de ojos.
En el momento que Hugo y Lucas tuvieron que coger las maletas para subir al avión, las lágrimas volvieron a ser las protagonistas. Tanto lo fueron, que incluso Amber y Maddie, que nos habían acompañado porque les han cogido cariño a los chicos, acabaron llorando con nosotros.
Abrazos, susurros, promesas, besos…La despedida fue lo peor del día. Pero al menos ver cómo Jessica casi le arrea a Hugo con el bolso nos hizo reír un rato.

⚡⚡⚡

Ahora, que por fin he podido darme una ducha y ponerme el pijama, me encuentro como ni en mis mejores sueños. Tirada en el sofá con un hombre maravilloso, semidesnudo, que soporta mi peso sobre su pecho, a oscuras, con una película de fondo la cual no terminaremos, y con sus manos acariciando mi piel.
Lo primero que hice en cuanto llegamos al piso fue contarle lo que ocurre con Ana Novoa, o mejor dicho Ana Graham, mi madre biológica. Le he contado que me la encontré hace semanas cuando fui a correr, me he sincerado en lo referente a Jayden, por lo que hemos discutido, mucho de hecho. Incluso he temido que algún vecino llamase a la policía por los gritos.
He conseguido que entre en razón siendo sincera, explicándole que no quería sumarle más problemas de los que ya tiene y que lo que me pareció más acertado en ese momento era llamar a Jayden, porque lo considero un amigo. Algo que Zeus sigue sin entender, pero que deberá respetar. También le he confesado que no volverá a pasar, ya que a mí no me gustaría que buscara ayuda en nadie más que en mí porque quiero ser quién lo proteja.
Y bueno, no seré yo la que vuelva a hacer algo que no quiero que me hagan.
También le he hablado de mi familia materna, con ese tema ha intentado esconder una mueca de desagrado, pero, aunque me he dado cuenta, no le he dicho nada para no volver a discutir. Lo que no le he contado es que quiero conocerlos, no por volver a las mentiras, sino porque ni siquiera yo tengo claro muchas veces si quiero hacerlo.
Es decir, alguien tendrá que saber que existo ¿No? Y si es así, ellos también podrían haber hecho el esfuerzo por conocerme. Y eso es exactamente lo que me hace frenar. Pero también está la posibilidad de que no sepan nada de mi existencia y se alegren de conocerme. He aquí la otra probabilidad que me incita a dar el paso.
Estoy echa un lío, no sé qué hacer ni que pensar. Me sobrepasa esto que…
—Tranquila, honey. Deja de darle vueltas.
No dejo de sorprenderme con la facilidad que siente mi inquietud. Bueno, más bien siente todas mis emociones. Sabe exactamente cuando tiene que actuar o qué debe decir.
La que se da la vuelta soy yo, apoyando así la barbilla en su pecho.
—¿Qué te parece si no terminamos la peli? —¿Ves? Lo que yo decía.
—No puedo quejarme si eso me lleva a la cama con la mujer más hermosa que he visto jamás.
Y con algo tan sencillo, pero cargado de sentimientos, Zeus vuelve a hacer que me olvide de los problemas y las inseguridades.

Capítulo 28

Julio

Zeus

Hace diez días que volvimos de las vacaciones y, aunque lo días han sido tranquilos y sin acontecimientos que nos sorprendan, hemos estado de trabajo hasta arriba. Creo que he tenido más operaciones en estos días que en el último año. Pero, sinceramente la vuelta se me ha hecho fácil. A penas me he cruzado con los Lewis en estos días y cuando los he visto hemos intercambiado un par de palabras.
El inicio de julio le ha traído mucho trabajo a Ava y no deja de manifestar que está muy feliz por poder trabajar en su estudio, porque así también ve a las chicas y a Marga. Que, por cierto, qué dulces hace esa mujer. No he probado unas galletas más ricas. Siempre que paso a recoger a Ava o voy a verla, Margarita aparece con una bandejita de cartón cargada de dulces.

Bip, Bip.

Miro el teléfono, Peter me ha mandado un mensaje recordándome que hemos quedado con ellos para ver el progreso de la obra. Jessica está como loca, aunque mi amigo discute todos los días con los obreros. Le respondo con un mensaje rápido, tengo cita con una paciente y no me gusta que entren en la consulta y me vean vaguear. «Allí estaremos esta noche, mientras tanto no mates a ningún obrero» le doy a enviar y tocan a la puerta.
—Adelante. —digo en tono serio y profesional.
—Buenos días.
Observo a la mujer que se acerca a la silla que tengo delante del escritorio y me sonríe escuetamente mientras deja el bolso sobre sus piernas. Reviso el informe de la persona a la que le tengo que pasar consulta y veo que se llama Alexandra Royce Stuart. Cincuenta y siete años y viene por un dolor constante en la rodilla izquierda.
—Buenos días, ¿cómo está?
—Fatal, cada vez me duele más la pierna. Se me hincha y me cuesta caminar. He tenido que coger la muleta de cuando mi hijo se partió el tobillo hace veinte años.
Señala el apoyo de aluminio y plástico que tiene al lado de la silla en la que está sentada, algo arañada y vieja. Voy escribiendo en el informe que tengo abierto en mi ordenador de mesa lo que Alexandra va describiéndome.
Cuando hago un repaso ya creo saber qué le sucede, aun así, la hago tumbarse en la camilla que tengo en el lateral de la sala detrás de un separador blanco. Al llevar una falda es mucho más sencillo esculcar a la paciente, pero no necesito tocarle la rodilla afectada, solo viéndola reafirmo mis teorías. Aun así, le masajeo la zona.
—Por la zona que le duele, la rigidez y la hinchazón todo apunta a una rotura de menisco. Igualmente voy a darle cita para mañana y que le hagan una radiografía para que podamos

afirmarlo con más seguridad.
—¿Y si es una rotura como dice, cómo se cura?
Ayudo a Alexandra a sentarse en la camilla y a ponerse en pie, luego tiro los guantes desechables y la guio hasta la silla en la que antes estaba sentada. Tomo asiento delante de ella y cruzo las manos sobre la mesa.
—Si me hace caso y la radiografía muestra que es una rotura leve, con medicamentos, reposo y paciencia podrá desaparecer. Pero como la rotura sea severa, habrá que intervenir quirúrgicamente.
La mujer se lleva una mano a la frente y se deja caer en la silla, pálida como las paredes del hospital. Suele pasar, una operación nunca es una alegría. No solo por el miedo, también por el proceso, la anestesia, la recuperación y la rehabilitación que suele conllevar.
—No se preocupe, si hubiera que operarla, haríamos todo lo posible por que sea rápida y eficaz. Pero no vamos a dar nada por hecho, por ahora voy a darle cita y a decirle qué pastillas le aliviaran el dolor hasta que pueda empezar con el tratamiento adecuado.
La consulta se alarga quince minutos más y cuando Alexandra sale entra otro paciente. Esta vez un señor algo mayor y veinte minutos dura su consulta. Y así estoy hasta que el reloj da la una del mediodía. Hasta entonces ya he citado cuatro operaciones.
A pesar de ser la hora a la que siempre bajo para comer algo, hoy lo haré en la consulta porque Ava me ha preparado una ensalada de pasta que a ella le gusta mucho.
Saco la comida de la pequeña nevera que tengo detrás de una puerta igual a la de la entrada de la consulta (es una especie de armario personal donde dejo solo lo que voy a necesitar si no salgo de aquí), limpio con desinfectante la mesa y pongo encima el almuerzo.
Mientras como, reviso el correo por si tengo algo importante, pero no encuentro mucho más que firmas y e-mails de Gustavo.
Saboreo la pasta con atún, vinagre, maíz dulce y zanahoria, sonriendo al recordar cómo Ava me preparaba el almuerzo esta mañana bien temprano. Me encantan sus atenciones, escucharla trastear por casa, que cante en la ducha, mientras limpia o que cambie de canal un millón de veces antes de no ver nada. La risa que suelto me toma por sorpresa, luego me encuentro negando con la cabeza y con el móvil en la oreja.
Uno…dos…tres…cua…
—Hola, Zeus.
Mmm, me debe un beso.
—¿Cómo llevas el día, honey?
La escucho moverse, coger algo y su respiración en el altavoz.
—Genial, ahora voy a tomarme un descanso, pero tengo trabajo hasta las seis.
—No te cargues demasiado —Le ordeno, consciente de que no lo hará, pero solo me preocupo por ella—. Tómatelo con calma.
Mete, lo que supongo es su comida, en el microondas y cierra la puerta del electrodoméstico.
—Que sí, pesadito. Y si me encuentro demasiado saturada, ya tengo a mi hombre para desestresarme.
Alzo las cejas y apoyo los codos en el escritorio, muy interesado en lo que me cuenta.
—Me gusta como suena eso. ¿Qué es exactamente lo que te hace ese tipo para ayudarte?
—Pues verás, lo que más me relaja es que tenga la cabeza entre mis piernas.
Eso me envía una descarga a la entrepierna y me remuevo en el sillón. Clavo la vista en la puerta, concentrándome únicamente en lo que dice mi preciosa novia.
—Vaya, que suerte tiene —Ahora me apetece jugar y solo pensar que no la veré en horas me

pone más ansioso—. ¿Pasea la lengua entre tus labios húmedos?
—Sí, y lo hace como un profesional. Se me endurecen los pezones solo notando su respiración chocando.
Gruño por tener que imaginarlo y no llevarlo a la práctica. Aun así, continuo con el juego.
—¿Te gusta que te la introduzca en ese hueco que tan mojado tienes siempre?
—Ajá.
Mm, ya se va quedando sin voz. Está excitada. La entiendo, a mí ya empiezan a presionarme los vaqueros.
—Seguro que le pides más cuando te muerde el clítoris, ¿No es así? —Suspira y la imagino con las mejillas rojas— Seguro que te da mordiscos en ese botoncito y luego en los labios abiertos.
—Sí…
—¿Por qué no te tumbas en la cama? —Me encantaría tener sexo telefónico.
—Voy… —La escucho caminar, silencio y—: aquí estoy.
Démosle lo que necesita en este momento.
—¿Qué te parece si empezamos por deshacernos de ese pantalón corto que has decidido ponerte hoy?
Esta mañana se ha vestido con un top sin mangas de color negro, al que no le ha añadido sujetador, y un pantalón suelto de flores. Ha tenido que obligarme a apartarme porque de lo contrario se lo hubiera arrancado sin miramientos.
Me levanto a cerrar la puerta con llave.
—Me he desnudado entera, ¿Te parece bien?
Oh, joder. Cuelgo y le hago una videollamada, luego apoyo el teléfono sobre la lámpara que adorna el escritorio. La primera imagen son sus pechos. Sabe cómo calentarme. Se sienta en la cama, deja el teléfono apoyado en el cabecero y se tumba de nuevo. Puedo ver de primer plano su exquisita intimidad, las piernas flexionadas y como se pellizca los pezones. He mojado los bóxer seguro. Me quito el botón y la cremallera del pantalón, moviendo la silla hasta darle una visual de mí con la que disfrute. Saco mi erección, dura, caliente y hambrienta de su dueña.
—Mira cómo me tienes, nena. ¿Te parece bien? —Utilizo su propia pregunta y ella niega con la cabeza— Pues a mí sí. Me encanta que me tengas cachondo todo el día. Vamos, nena, tócate por mí.
Se lleva dos dedos sobre la zona, moviéndola en círculos y cambiando de ritmos cuando lo cree conveniente. La visual de su culo desde aquí me hace ponerme muy perverso, hay muchas cosas que todavía no hemos probado. Me llevo la mano derecha al glande, mojado por ella, y la deslizo hasta la base. Luego lo repito a la inversa y después hacia debajo de nuevo.
—Métete dos dedos. —Le ordeno, sin dejar de masturbarme y observando la escena que tengo delante.
Ella lo hace, pero de qué forma joder. Se lleva dos dedos a la boca y luego los desliza por toda su hendidura empapada, introduciéndolos despacio y arqueando la espalda. Los saca y los mete, retorciéndose y ahogando suspiros.
—¿Te gusta así, Zeus? —Gime mi nombre, debiéndole así dos besos.
—Sí, todo lo que haces me gusta. No pares, imagina que soy yo el que entra hasta el fondo de tu estrecho paraíso, cielo.
Se masturba con insistencia, agarrándose los pechos y estirándose las rugosas montañas que a mi tanto me gusta morder. Mi mano se mueve con fuerza, cada vez más mojada. Siento cosquilleos por todas partes, la piel se me pone dura por la presión, y ojalá ella estuviera aquí para conmigo.
Ava se sienta y se acerca más a la cámara, mostrándome un plano de su intimidad que debería

estar prohibido. Se abre los labios mostrándome así lo abierta que puede llegar a estar. Deseo con todas mis fuerzas clavarme ahí. Está tan cerca que casi puedo saborearlo. Tengo la boca seca porque boqueo como un puto pez, pendiente y absorto en lo que esta mujer me muestra.
—Me encanta comértela, Zeus —Joder, como me pone. Tres besos—. Necesito tenerla en la boca, en la garganta.
—¿Eso quieres, nena? —Lo pregunto cómo puedo, mordiéndome el labio inferior al percatarme de cómo se le escapan su esencia de su ardiente vagina. Debe tener los dedos empapados. Joder, voy a correrme— Cariño, estoy en el puto cielo, no creo que aguante mucho más.
Como respuesta acelera las metidas y sacadas de dedos que se proporciona, mientras roza con ímpetu su hinchadísimo clítoris. Que ganas de chupárselo. Sigo tocándome, sintiendo un calambre cada vez que llego abajo, notando ya que voy a explotar.
—Zeus, mierda…—Cuarto beso, grita y gimotea mientras sigue abriendo las piernas y su explosiva intimidad suelta todo lo que tiene dentro y que solo es para mí—…Ojalá, ojalá fueras tú.
—Esta noche, nena, esta jodida noche. —Gruño, bramo y maldigo al llegar al clímax de esta forma tan brutal y manchándome la mano con ello.
Con las respiraciones más tranquilas me levanto a limpiarme al ver como ella se lleva el teléfono al cuarto de baño, donde se asea y vuelve a vestirse. Cuando he tirado el papel sucio a la papelera y colocado bien la ropa, vuelvo a mi sitio. Miro la comida, se me ha quitado el hambre, lo único que quiero comer está lejos de mí en este momento.
—Ahora trabajaré mucho mejor —La escucho hablar y me río, pero no la veo porque me tiene mirando el techo del baño del estudio.
—Pensamos igual. Ya podías haberme dejado ver cómo te limpias.
—Ya he terminado, pero la próxima no te la pierdes. —Ahora que la veo tiene el pelo sobre un hombro y me guiña un ojo.
Voy a recordarle lo del restaurante cuando llaman a la puerta, miro la hora y ya son casi las dos, podría ser una consulta. No he revisado el historial de la tarde, pero aun así podría ser. Me recompongo la ropa y la escucho hablar de nuevo.
—¿Te he dicho ya que estás buenísimo con la bata? —Niego con la cabeza sonriendo, guardando las cosas de la comida— Pues ya lo sabes, me gustaría que me follaras sobre el escritorio de tu despacho con ella puesta.
Me detengo en medio de la sala, recreando la escena en mi mente y me sorprendo de sentir que empiezo a ponerme duro.
Vuelven a llamar.
—Eso está hecho. No dudes que te lo daré. Ahora tengo que colgar, llaman a la puerta y como siga imaginándote sobre el escritorio voy a incomodar a alguno de mis pacientes.
Ava se ríe por lo bajo y me da un beso cerca de la cámara, arrugando los labios en morritos que anhelo morder y succionar.
—Está bien, nos vemos luego. Que te vaya bien, cariño.
Cuando la cara de Ava desaparece de la pantalla, me guardo el teléfono en el bolsillo de la bata y voy a la puerta, a la que han vuelto a llamar. Empiezo a incomodarme ante tanta insistencia. Giro la llave y abro, encontrándome con la última persona a la que desearía ver en este preciso momento.
Y tiene intención de entrar, pero le bloqueo la puerta con mi cuerpo.
—¿De verdad quieres que hable de tu noviecita aquí fuera? —Mira maliciosa a su alrededor, vestida de blanco como yo. Me obligo a dejarla pasar— Me lo suponía.

Me agarra la barbilla y molesto aparto su mano de un movimiento brusco. Me asquea tocarla. Cierro detrás de mí, no me siento, me coloco delante y me cruzo de brazos, mostrándole la poca paciencia que me queda y que no voy a perder mucho tiempo con ella.
—¿Qué cojones quieres, Cristal?
Me encabrona a niveles inalcanzables haber disfrutado con mi novia hace unos minutos y tener que aguantar a esta mujer ahora. Se ha llevado con ella toda la satisfacción que he sentido con Ava. Me ha jodido el maldito día.
—Te lo acabo de decir. Hablar de esa Ava tocapelotas.
—Aquí la única que toca los huevos eres tú, y no muy bien que digamos. —Se lo escupo a la cara, viendo cómo se le tuerce.
—Pues bien que disfrutabas cuando follábamos hace apenas tres meses.
Me agria recordar que seguía acostándome con ella, mucho más haber hecho el gilipollas de tal manera y permitir toda esta movida. Aprieto las manos en puños debajo de mis bíceps.
—Al parecer, además de traumatólogo, soy actor.
—¿Me intentas decir algo? —Se ofende y disfruto con ello, pero no estoy para tonterías.
—Cristal, desembucha, ¿qué coño quieres?
—Joderte el día.
—Felicidades, lo has conseguido en cuanto has entrado.
Camino hacia la puerta con intención de abrirla y echarla a patadas si es necesario, pero mi lapicero estampándose justo al lado de mi cabeza me detiene abruptamente, al igual que me enfurece seguir aguantando estas niñerías. Me voy hacia ella en dos pasos, respirando pesadamente y con el corazón desbocado.
—No te pongas así —Me palmea el hombro y ahora es ella la que va hasta la puerta—. Solo quería que te enfadaras. Ah, también quiero decirte que estáis en la cuerda floja, no he dicho todavía nada porque me gusta inquietarte. Pero que sepas que treinta mil dólares han sido de mucha ayuda para el viejo Williams.
Cierra de un portazo y yo me quedo jodido y malhumorado para todo el día. Me obligo a relajarme, no quiero seguir pagando mis enfados con Ava, así que recojo el estropicio y coloco el lapicero donde estaba. Me siento de nuevo en mi sillón, controlando mi respiración, dándole vueltas a lo que me ha dicho Cristal y obligándome a ser simpático y correcto con el paciente que acaba de llegar.

⚡⚡⚡

A las seis de la tarde llego a casa cansado, frustrado y agobiado por lo que me ha dicho Cristal. Necesito quitármela de encima de una maldita vez, por lo que tendré que planear algo con Peter y Lucas. Gustavo no me sirve para lo que se me viene a la cabeza.
Deshaciéndome del maletín y del aire que me sobra en los pulmones, fijo mi vista en el pasillo donde veo la luz del dormitorio encendida. Haber llegado tarde y no poder hacer todo lo que pensaba hacer con Ava al llegar me jode aún más. Y me cabrea más que lo que toca ahora es darme una ducha y vestirme cuanto antes para no hacer más esperar a Peter y Jessica.
En la habitación no hay nadie, por lo que cojo ropa interior y paso por el vestidor hasta el cuarto de baño. Ahí está, con un bonito vestido turquesa de mangas abullonadas que dejan al descubierto sus hombros, el pelo recogido a media melena y retocándose los labios.
—Hola, honey. —Me pongo detrás de ella y le beso la cabeza. Observo como se maquilla, si es que se le puede llamar así, solo lleva las pestañas y los labios pintados. Tampoco es que le haga

falta mucho más.
—¿Qué? —La entiendo decir con la boca abierta y los ojos clavados en los míos a través del cristal, intenta hablar sin cerrar la boca— ¿Pozque me miraz azí?
Suelto una carcajada y me separo dándole una palmada en el culo, que se menea que da gusto debajo del puto vestidito que me lleva puesto. ¿Lo hace a propósito? ¿O soy yo que me enciendo solo con mirarla? Cabeceo disfrutando de mis imaginaciones obscenas sobre ella frente al espejo, inclinada y con la boca aun abierta pero no para pintarse los labios precisamente.
—Has perdido el encanto al hablar así —Bromeo al mismo tiempo que me desnudo, y cuando saco la cabeza por la camiseta la tengo con el vestido por debajo de sus juguetones pechos. Mierda—. Ven aquí, cariño —Mi voz suena hambrienta, como lo estoy yo.
Ava se sube el vestido y sale del baño a toda prisa, gritando entre risas que me duche de una vez. A regañadientes, hago lo que me pide, no me parece bien dejar colgados a nuestros amigos en algo tan importante. Así que quince minutos más tarde estoy vestido y cogiendo las cosas para irnos.

Capítulo 29

Ava

—Buenas noches, Marc.
—Buenas noches, Ava.
Subo a la parte trasera del todoterreno negro y Zeus lo hace después. Como siempre, por petición de él, yo encantada también, me pongo en el asiento del medio y me abrocho el cinturón.
Cuando Marc también está dentro, se sumerge en el tráfico y nos lleva hasta el restaurante, que han decidido abrirlo cerca de Central Park centrándose en el turismo y la fama de la zona. Al parecer Peter quería estar cerca y a la vez lejos del próximo negocio que va a regentar.
Pienso en lo absurdo y abusivo que me parece que Zeus decida ir en coche cuando andando solo hay veinte minutos, pero me ha puesto como excusa que no quiere llegar aún más tarde, que los chicos ya llevan casi una hora esperando, pero sé que es por algo más.
Como decía, en lo que dura un suspiro, Marc nos deja delante de la puerta de un local que parece viejo y desatendido. Nos bajamos del coche y antes de entrar me giro hacia Marc.
—Volveremos andando, el apartamento está aquí mismo.
Zeus, que iba varios pasos por delante de mí, se detiene y se gira hacia nosotros.
—De eso nada. Iremos en coche.
Su tono de voz se vuelve agresivo de tal manera que me sorprende, pero no me amilano, no me apetece ir en coche, me gusta pasear con la brisa de las noches de verano. ¡De verdad que estamos aquí al lado! Niego con la cabeza, sacándole una sonrisa a nuestro amigo.
—Vamos andando. —rebato y comienzo a caminar.
—Marc, ni se te ocurra irte.
Me detengo y me vuelvo, fulminando con la mirada al cabezota que tengo detrás. Me cruzo de brazos y achino los ojos.
—Zeus, no montes un espectáculo. Estás siendo un idiota.
Da un paso hacia mí, me coge la barbilla y roza sus labios con los míos, apretando las yemas de sus dedos en mi mandíbula. No me besa, no dice nada, me mira a los ojos, recorre mi rostro con ellos y suelta airé por la nariz como un animal embravecido. Luego se aparta y me quedo exhausta con lo que acaba de pasar. Nunca había reaccionado de esa manera.
Miro a Marc, que ha dado varios pasos hasta nosotros, por encima del hombro de Zeus y cuando vuelvo a centrarme en el hombre que tengo a centímetros puedo ver el arrepentimiento pintado en su rostro. Ahora ya me da igual, no me gusta lo que ha hecho.
—No vuelvas a comportarte así, imbécil.
Sin detenerme a escuchar disculpas de nadie, entro en el restaurante a toda prisa antes de que

Zeus me retenga para hablar. No me apetece, estoy enfadada con él por lo que ha hecho. Me da rabia que se comporte así cuando los días que hemos estado de vacaciones ha sido un amor.
Sí, hemos vuelto de la casa de su familia y los problemas han llamado de nuevo a nuestra puerta. Llega todos los días de mal humor, si es verdad que no hemos discutido últimamente, pero lo noto en su actitud. Está agobiado, sobrepasado y le está pasando factura. A él y a mí.
—Avuchiiii, mira qué maravilla. —Jessica abre los brazos hacia arriba, mostrándome un caótico escenario el cual ella ve como una "maravilla".
Paso entre carretillas, ladrillos, sacos de cemento y una infinidad de cosas que hay esparcidas en el suelo para acercarme a ella y saludarla con un abrazo. Desde lo que parece que será la cocina, sale Peter con toda su altura y anchura a recibirnos.
—Le he dicho mil veces a Jessica que esto es mejor verlo de día, que aquí de noche das un paso y puedes partirte los dientes tropezándote.
Peter se acerca a mí y me da un rápido abrazo, luego se acerca a Zeus y le da la mano. Mi chico me mira, pero yo aparto la mirada para que vea lo molesta que estoy. Sonrío, cuando no me ve, al escucharlo gruñir.
—Bueno, cascarrabias, ahora nos vamos a cenar a cualquier restaurante. No tienen tiempo de venir a otra hora, se pasan el día trabajando.
—En eso lleva razón —Apoyo a mi amiga, porque es la verdad y la sigo en el tour que no hace —. ¿Tienes pensado el nombre?
—Para nada, ni una simple idea.
—Yo le comenté algunos, pero no le gustaron ninguno.
—¿Cómo cuál? —Le pregunto a Peter sin mirar a Zeus. Este se percata e intenta contener una risa.
—El Plato Estrella —Alzo una ceja, no me gusta—. Un Diamante en tu Plato.
—¿Te quedas conmigo? —inquiero con una mano en el pecho, parece una broma.
Jessica se parte de la risa y escucho como Zeus se ríe detrás de su amigo. Los nombres son horribles, nada atractivos, largos y de bareto. No sirven para lo que Jessica tiene en mente.
—Tienes que elegir algo que atraiga y se diga rápido.
—No sé tía, no se me ocurre nada —Jessica se mueve por el local apartando cosas del camino para que podamos avanzar. Peter intenta ayudarla, pero está demasiado emocionada— ¡Vamos! No quiero llevarme aquí toda la noche.
Intento caminar sin partirme la crisma con cualquier herramienta de trabajo, escuchando como Jess nos explica que su idea es dejar un ancho pasillo, con el espacio suficiente para colocar una pequeña tarima y poder contratar músicos, y que a cada lado estén las mesas, al final del restaurante, que es amplio y alto, quiere colocar la barra donde se servirán las bebidas, exactamente en el lateral izquierdo al fondo. Al otro lado, quiere situar los aseos. La cocina estará al fondo, separada de las mesas y la barra por una pared que va a pedir semi circular para así dar más amplitud. La idea parece magnífica, pero hasta que no lo vea listo no soy capaz de imaginarlo porque esto es un verdadero caos.
—Tiene buena pinta, parece bastante accesible y la distribución parece magnífica. —comenta Zeus en algún momento.
No sé qué tiene este hombre al hablar que da igual lo enfadada que pueda estar, me provoca calambres siempre que la escucho. Es que me derrito, ¡Me derrito! A pesar de eso intento comunicarme lo menos posible con él, recibiendo a cambio miradas y gruñidos bajos. Lo que divierte de lo lindo a nuestros amigos.
Media hora más tarde, decidimos ir a cenar a un restaurante que hay unos locales más arriba. En

el camino, que al menos este hacemos andando, Peter va con Zeus delante hablando de sus cosas. Jessica viene detrás conmigo, agarrada a mi brazo. La sensación de caminar por estas calles con dos hombres tan protectores y guapos escoltándonos sigue dejándome sin respiración. Miro al frente, viendo reflejado en Zeus el cambio tan radical que ha dado mi vida en unos meses.
Lo detallo con tranquilidad, disfrutando más de las vistas que él me ofrece que de las que tengo a mi alrededor. Espalda ancha, varonil, pasos seguros y masculinos, un vaquero oscuro que oculta las perfectas piernas que posee, por no hablar de ese culito. La camiseta clara que se ajusta a la perfección a su espalda, lisa y musculada, ciñéndose las mangas a sus bíceps. Dejo escapar un suspiro involuntario que Jessica coge al vuelo.
—Quién nos lo diría, ¿verdad?
Asiento totalmente de acuerdo. Sobran las palabras, entiendo perfectamente lo que quiere decirme. Hemos tenido mucha suerte, hemos conseguido echar raíces en un lugar extraño con personas maravillosas a nuestro alrededor.
Dejo de mirar la acera para volver a clavar la mirada en Zeus, sintiéndome tonta por alargar el enfado en vez de hablarlo. Acelero el paso y me acerco a este hombre que tan loca me vuelve, agarrándome a su mano sin mediar palabra. Alzo la cabeza y me encuentro con su mirada dulcificada y un apretón entre mis dedos.
—¿Estamos bien, honey? —Lo dice en voz muy bajita, con la nariz pegada a mi cabeza y sus labios besándome suavemente la oreja.
—Siempre.
—Iremos andando, cielo. Perdóname. —Jo, es que es un amor.
Acabamos en un bar pequeñito, pero con varias mesas en la acera que hace la cena muy íntima y veraniega. Tomamos asiento en una de las mesas decoradas de manteles oscuros y un servilletero en el centro. Apenas cinco minutos de llegar, una chica con uniforme se acerca a nosotros y nos toma nota. Vino, pescado al horno, ensalada, carne a la brasa y ¡Postre! Y no, no es Zeus. Al menos no hasta que lleguemos a casa.
—¿Cómo están los niños?
Zeus coge la copa y se la lleva a los labios, pasando el brazo sobre el respaldo de mi silla.
—Bien, mi hermana los tiene apuntados a un campamento y algunas clases. Al parecer ahora necesita más tiempo para ella, me huele que está con un tío.
—¿Qué tendría de malo si así fuera? —Lo escanea Jessica desde el otro lado de la mesa.
—Nada, siempre y cuando el tipo se comporte.
La advertencia de Zeus nos saca dos sonrisas, a pesar de ser el menor tiene el papel de hermano mayor con Amber. La suele llamar todos los días, la interroga sobre su vida amorosa, se preocupa por su estabilidad, por el colegio de los niños y todo lo que haría un hermano con su hermana. A veces pienso en que, si Zeus da tanto, ¿Quién le da a él? Es una realidad que nunca se recibe lo que se da, pero él siempre me asegura que tiene más de lo que podría desear jamás.
En la cena lo pasamos muy bien, como siempre que salimos con nuestros amigos. Nunca nos quedamos sin temas de conversación y si a eso le sumamos las ganas de Jessica por dar las prácticas, la cantidad de trabajo que tengo, las divertidas discusiones de Peter por la nueva obra y las cirugías que tiene Zeus esta semana, no paramos de hablar hasta que llegamos de nuevo a la puerta del restaurante.
Estamos frente a él, despidiéndonos de nuestros amigos cuando a mí, bajo el brazo de mi guapo hombretón, me viene la idea de un nombre perfecto para el restaurante.
—FireFood. —Atraigo las miradas de los tres, encontrándome sorpresa, confusión y aceptación.
—¿Llevas toda la cena pensando en el nombre del restaurante?

Le digo que no con la cabeza a Peter que se ríe por su propia suposición. Jessica suelta el brazo de Peter y se echa sobre mí, separándome de Zeus que nos observa divertido. Cuando Jess se separa coge mi cara entre sus manos para estrujarme las mejillas.
—Si es que eres para comerteeee —dice ella con morritos también—. Adjudicado, tenemos nombre. Ya me lo estoy imaginando, El nuevo restaurante de Peter Castle y su preciosísima novia Jessica Ramírez, abrirá sus puertas con el nombre de FireFood.
—No está mal, así podemos utilizar Fire como una línea. Si continuamos expandiéndonos podemos hacerlo así.
—Es lo más fácil —interviene Zeus, colocándose de nuevo a mi lado—. Es lo que yo he hecho con las cafeterías y los restaurantes.
A veces se me olvida que Zeus, además de ser médico y el heredero de un hospital privado, tiene inversiones como sus cafeterías/restaurantes. Muchas veces prefiero no pensar en el dinero que tendrá, solo de imaginar que me diga una cifra que pueda dejarme pasmada me abruma. Me agarro a su brazo escuchando como siguen hablando del nombre de sus negocios.
Cuando miro a mi alrededor y me percato de que el coche no está por ninguna parte escondo una sonrisa apoyándome en su hombro.
—Bueno, chicos, tenemos que irnos que mañana hay que madrugar.
Jessica y Peter están de acuerdo, estamos muy liados con lo que tenemos encima. Nos estamos esforzando mucho en tener lo que siempre hemos deseado y cada uno de nosotros lleva una guerra interna por nuestros día a día que solo nosotros mismos somos capaces de entenderlo.
El camino hasta casa me fascina y no solo por ir del brazo del chico más sexy de toda Manhattan, no, no, son las luces de los edificios, de las ventanas más altas de los rascacielos, los escaparates iluminados, las terrazas a rebosar de personas disfrutando de la brisa, el ruido del tráfico, de las personas hablando, es el ambiente que envuelve esta increíble ciudad.
Zeus me explica que recorremos la Sixth Avenue (Sexta Avenida) cambiada su nombre en mil novecientos cuarenta y cinco por el de Avenue of the Americas. No sé qué lo tiene tan tenso que, aunque estamos charlando tranquilamente todo el camino, me aferra a su cuerpo cuando pasamos por zonas oscuras o mira disimuladamente para inspeccionar nuestro alrededor poniéndome en alerta.
—¿Me puedes explicar que te ocurre? —No vacilo a la hora de aseverar el tono, lleva muy raro toda la noche.
—Nada, ¿Por qué?
Alzo las cejas e inmediatamente se le tensa el cuello y arruga la frente. Echo la cabeza hacia tras para verlo mejor. Intenta sonreír e incluso acepto el beso que me da para intentar distraerme, pero nada puede quitarme de la cabeza que le pasa algo. Al darse cuenta de que no cambiaré de parecer y podríamos llevarnos aquí toda la maldita noche, suspira pesadamente dándose por vencido.
—Solo estoy preocupado, nada más.
—¿Y eso por qué? —El calambre que me cruza el estómago ante la incógnita de su preocupación me altera aún más.
—No me gustaría que tu madre se te echara encima en cualquier momento.
Eso sí que me pilla desprevenida. ¿Tan preocupado se quedó por lo que le conté? Pero que monoooo. Lo abrazo con fuerza por la cintura y alzo la cabeza para mirarlo. Zeus desliza con suavidad los dedos por mi espalda semidesnuda a la vez que pega sus labios a mi frente.
—Se llama Ana y mi madre es Sonia —Asiente ante mi corrección y continua en la misma postura—. Por eso no te preocupes, seguro que me ve y sale corriendo.

Esta vez sí se separa y veo la maldita lástima en sus ojos, intento separarme incómoda, no necesito la pena de nadie. Mucho menos de él. Pero no me lo permite en cambio me acerca aún más.
—¿Crees que puede no afectarme tu dolor?
—No necesito la compasión de nadie.
—Pues la mía la vas a tener y no porque te crea débil. La siento porque te quiero y me rompe el corazón que alguien te haga daño. No te veo una mujer débil, todo lo contrario. Te admiro como no puedes imaginar, pero me es imposible no sentir tu dolor.
Dios, siempre hace que me quede sin palabras. Él es así, arrebatador, sincero, seguro y envolvente a extremos inalcanzables. Me retiro el pelo que el viento ha llevado a mi cara y decido aceptarlo por primera vez en mi vida. Acepto su compasión, su apoyo, su adoración, su cariño, la delicadeza con la que me mira, con la que me besa y la lujuria en cada uno de nuestros momentos íntimos. Lo acepto porque, a pesar de todo, es él quien está conmigo. Sin importar el tiempo que haga que nos conocemos.
—Lo siento. —musito entre sus brazos.
—Yo también, por haber sido antes un idiota, imbécil, cabezota, gru…
—¡Para! —Le ordeno entre risas e inclinándome para besarlo— No he dicho todo eso.
—Pero lo has pensado.
—Tal vez. —Confieso con picardía, ganándome un pellizquito en una nalga.
Felices, emprendemos el camino hasta casa. Esta vez lo disfrutamos, agarrados de la mano, con el cielo negro y respirando el aire del primero de muchos veranos que vamos a pasar juntos.

Capítulo 30

Zeus

¿Has tenido alguna vez la sensación de que hace siglos que no sales? ¿Qué lo único que haces es trabajar, trabajar y más trabajar? ¿Qué tus días son iguales y que apenas tienes tiempo de estar con tu pareja aun viviendo juntos?
Eso es exactamente lo que siento yo. Estoy tan ocupado con el hospital, Ava tan ocupada con el estudio, que apenas tenemos tiempo de hacer nada juntos. Por eso, esta mañana bien temprano, he decidido organizarle un fin de semana en un barco privado que nos paseará dos noches por el East River. Velas, privacidad, música, cena…serán dos días perfectos.
Podría haber elegido irnos a otra ciudad, una escapada en avión privado para llevarla a cualquier otra parte del mundo, pero decido que nos quedemos aquí porque Ava quiere empaparse de mi ciudad, nunca ha venido aquí antes y para ella este lugar es esa otra parte del mundo.
Por lo cual, seguro que tendremos mucho tiempo para viajar, ¿Por qué no darle lo que desea? Me encanta complacerla, hacerla feliz con cualquier mínima cosa. Mínima para mí, que he visto el puente de Brooklyn un centenar de veces pero algo inusual, magnífico y nuevo para mi preciosa noviecita.
Le daré eso si es lo que quiere.
La sorprenderé en el estudio, hoy tenía trabajo hasta tarde y aprovecharé la ocasión para hacerle una maleta con lo necesario. Eso sí, tendré que llamar a Jessica para que me ayude a elegir las cosas. También le daré el fin de semana a Marc, se lo merece. Aquí en el hospital lo he dejado todo arreglado para poder irme con Arizona al mando.
Tengo que admitir que cuando estuve planeando la escapada, pensé en Ana y casi cambio de opinión. No quiero que a Ava se le antoje dar una vuelta por la zona y esa mujer aparezca ante nosotros. O vuelva a rechazarla delante de miles de personas. Sólo de imaginar a Ava sufriendo de nuevo, me tiemblan las extremidades de la rabia.
Por eso también decidí alquilar el barco y así dormir en él. Podremos disfrutar de música, de paseos, pararemos a cenar en dos terrazas con vistas al río y, por la noche, esperanzado de que esa hora nos evite encontrarnos con Ana, podremos ver el puente de Brooklyn. Parece una locura, ¿Cómo vas a encontrarte con una persona entre miles en una ciudad tan grande? Pues se puede, porque cuando menos espera que algo ocurra, acaba pasando y eso podría jodernos el fin de semana.
Vuelvo a revisar por última vez la programación y cierro la ventana del ordenador para después apagarlo. Es la hora del almuerzo y está vez sí que bajaré a la cafetería. Miro el correo, pero no tengo respuestas de Lucas al último e-mail que le envié pidiéndole consejo sobre cómo quitarle a

Máximo la otra parte del hospital.
Tendré paciencia, la venganza es un plato que se sirve frío. Aunque Lucas no me responda, seguiré buscando la manera.
Camino tranquilo por los pasillos del edificio que terminará en mis dominios, por el que he corrido entre los pacientes durante mucho tiempo, el mismo lugar que he visto crecer y forjarse en este hospital, uno de los más importantes y famosos de Nueva York.
Saludo a varios pacientes, compañeros y familiares que están de visitas. Recuerdo cuando no teníamos servicios de ingreso, antes la gente venía para consultas básicas y se podían hacer radiografías, analíticas y poco más. Pero mi madre, que siempre tenía ganas de cosas grandes, decidió luchar por tener zona de camas. Fue un gran revuelo el que se armó cuando empezaron las obras y terminaron, consiguiendo con ella más pacientes y a su vez la posibilidad de aumentar la plantilla.
Mi teléfono suena, bajo la barra de notificaciones y aparece la foto que tiene Ava en su perfil de WhatsApp. Es ella, vestida con ropa abrigada, con una mujer de labios rosas a su lado. Ambas sonríen a la cámara para el *selfie* y, por la edad y por como Ava me ha descrito a su difunta tía, intuí que era María la que salía con ella la primera vez que vi la foto.

¡ Tengo noticias!
¿A qué no sabes qué?

Puedo escuchar la emoción en su voz, a pesar de estar lejos de ella.

Si no me lo dices no puedo saberlo, honey.

Continuo con la vista fija en la pantalla mientras avanzo hasta el ascensor, por el que bajo a la primera planta para ir a la cafetería. La respuesta llega cuando voy a pasar por la puerta.

Jayden quiere que haga fotos a sus trabajadores
para un calendario de pared
que quiere regalar a los clientes.

Me detengo en seco en cuanto leo el nombre de ese jodido incordio. Pero mantengo la calma, debo hacerlo porque confío plenamente en mi chica. Si es un amigo, lo es. Aunque eso no hace que me parezca menos raro que regale calendarios con las fotos de sus trabajadores a sus clientes. Pero bueno, tampoco es que sea un experto en marketing.
Al parecer tardo en responderle porque ella vuelve a escribir.

Zeus, por favor.
Alégrate por mí, es un trabajo que estará a la mano de todo el mundo.
Habrá miles de personas que verán esas fotos y podrán requerir mis servicios.
¿¡No es genial!?

Joder, por supuesto que lo es y me alegro muchísimo por ella. Es solo que necesitaba algo más de tiempo para empezar a teclear de nuevo.
—Tío, que te has quedado plantado en el suelo. —Un compañero, celador, me da una palmada en el hombro y me percato de que los demás tienen que esquivarme para continuar. Lo saludo con la mano y me siento en un taburete en la barra.

Claro que me alegro, honey.
Es algo maravilloso.
Lo celebraremos esta noche.
¡Estoy saliendo con la próxima fotógrafa más reconocida de toda la ciudad!

—¿Qué te apetece hoy Zeus?
Alzo la vista del móvil hacia la mujer mayor que tantos años lleva en esta cafetería. Voy a responder que una tortilla y algo de ensalada estaría bien, pero otra voz me interrumpe.
—¿Un sándwich de pavo como siempre?
Me obliga a mirarla, cansado de su constancia y su sola presencia. Intento no detenerme a observar lo que antes me parecía la mujer de mi vida. Fui tan idiota. Nunca me he arrepentido tanto de algo que he hecho como lo hago por confiar en esta mujer.
—Una ensalada y tortilla está bien. Gracias.
—¿Lo haces por llevarme la contraria? —Se sienta en el taburete que está a mi lado, mirando al frente— A mí un pescado a la plancha.
Ernest, el otro camarero, asiente y se pone con su pedido. Vuelvo a centrarme en mis mensajes, viendo así la respuesta de Ava.
Jajaj ¡Estoy ansiosa por esa celebración! Ahora tengo que dejarte, aquí hay un monstruito que no tiene ganas de hacerse fotos. Que tengas un buen día, nos vemos en casa. Besos, amor.
Sonrío sin poder evitarlo, consiguiendo así una maldición por parte de la mujer que está sentada a mi lado. Guardo el teléfono en el bolsillo, percatándome de reojo que Cristal tiene intención de volver a hablar y, como no pienso regalarle ni un segundo más de mi vida, me pongo en pie y cojo la comida de la barra.
—Que tengáis un buen día.
Salgo de la cafetería y me dirijo a la sala de descanso, donde está Arizona, Luke y Miles. Me siento junto a ellos, están hablando sobre la independencia del último. Tiene cuatro años menos que yo, pero todavía vive con sus padres.
—Estoy frito por irme de alquiler o cómprame una casa. Ya tengo una edad en la que me agobio si tengo a mi madre todo el día detrás de mí.
—En el edificio donde vivo hay varios pisos en alquiler. —conviene Luke, que ya pasa de los cuarenta y cinco.
—Lo siento, pero no me llama mucho la atención vivir en el centro. Soy muy tranquilo para eso.
—Hay casas residenciales en Manhattan, solo tienes que estar realmente interesado en encontrar algo. —Arizona le guiña un ojo y come las zanahorias a trozos que trae en una bolsa.
—Yo te alquilaría mi apartamento, pero tendrías que esperar para eso. —Cuando me doy cuenta los tres me están mirando.
Vale, que quiera mudarme no es algo que haya gritado a los cuatro vientos, pero no quiero tener una relación en el mismo apartamento donde no he sido feliz y me han puesto los cuernos. Hace unas semanas que se me pasó por la cabeza la idea de buscar una casa en alguna zona residencial de las que habla Ari, solo que hasta ahora no lo había dicho en voz alta.
Ni siquiera lo he hablado con Ava, porque principalmente quiero que sea una sorpresa para ella. Sé cuánto le gusta el aire libre y sería muy feliz en una casa con jardín en la que hacer deporte, comidas con amigos y fotos.
—¿Qué? —pregunto algo incómodo.
—¿Crees que puedo pagar uno de los áticos más caros de uno de los edificios más nombrados de Midtown? Qué se cobra bien aquí, pero tampoco soy rico.
—Por eso no tendrías que preocuparte, sabes que habría facilidades que con otras personas no

aceptaría. Aun así, te he dicho que tendrías que esperar, por lo cual búscate otro sitio antes.
Luke ríe y Arizona cabecea, Miles resopla porque estoy convencido de que ya se veía viviendo en mi casa.
Continuamos almorzando mientras le buscamos una zona en la que vivir a nuestro compañero.
Media hora más tarde, vuelvo a estar sentado detrás de mi escritorio, rellenando formularios y pasando consultas a varios pacientes hasta que dan las siete de la tarde. La hora en la que he pedido marcharme hoy.
Algunas personas se preguntarán qué tipo de funcionamiento llevamos en esta clínica, yo aclaro que la misma que en todas. Pero yo me tomo algunas libertades ya que soy el que más trabajo lleva a cargo, además de todas las horas que he invertido a lo largo de los años desde que me saqué la carrera hace cuatro.
Antes de salir de la clínica, busco a Arizona y le recuerdo que me marcho y vuelvo el domingo para mi turno de noche. El cual odio, no me gusta que Ava se quede sola toda la noche. Una vez aclaradas las funciones de Arizona este fin de semana, salgo a los aparcamientos.
—Otro fin de semana que dejas de lado el hospital que quieres quitarme. ¿Se puede tener la cara más dura?
La voz de Máximo se cuela y me chirría en el tímpano. Me masajeo la frente antes de encararlo, maletín y llaves del coche en mano. No me dirijo a él, solo me limito a mirar la planta de arrogante que sigue teniendo a pesar de los años.
—¿No dices nada?
—No tengo nada que hablar contigo o tu hija. Ya no nos une nada, solo el hospital. Y pronto será de mi familia. Por lo cual, me voy a pasar un fin de semana de puta madre.
Doy media vuelta y apenas he dado dos pasos cuando escucho la risa estridente del viejo de los Lewis. Bien podría acompañarla con una mano en esa barriga y abriendo la boca como un condenado ricachón que se aprovecha de todo a su paso.
—¿De qué coño te ríes? —Esta vez la ira habla por mí, pero vuelvo a mantener la calma. No voy a joder un fin de semana con mi chica.
—De lo ingenuo que sigues siendo. Estamos más unidos que nunca, chico.
—¿De qué hablas, Máximo? —Aprieto con fuerza el asa del maletín, imaginando que es su pescuezo.
—Ya lo sabrás, ya. Y me encantará ver tu cara.
Dejo que se vaya con la incógnita abrasándome el estómago, pero no voy a montar un espectáculo, que es lo único que conseguiría como me tire sobre él para patearlo.
Con la respiración descompasada, voy al coche. Hace dos años que me compré este Audi, siempre me ha gustado la marca, me parecen elegantes y serios, pero hace mucho que no lo conduzco. Cuando contraté al primer chófer me ofrecieron un coche, por preferencias, opté por usar el mío, así no lo dejaba abandonado en el garaje. Porque claro, el edificio en el que vivo tiene garaje.
Arranco el motor y dejo que me recorra la sensación de libertad de la que tanto me ha hablado Ava. Pongo el aire frío y dejo que la música se apodere de mi alrededor.
Salgo del aparcamiento marcha atrás y, una vez estoy en la carretera, llamo a Jessica.
—Cuñi, cuñiiiii —La escucho canturrear por los altavoces.
—Hola, Jessica. ¿Qué tal estás?
—Igual de bien que anoche, que fue la última vez que nos vimos. El que no está tan bien es mi cariñin, que está dando voces por teléfono hablando con la empresa que lleva la obra.
—No sé porque no deja que me encargue yo. Le mando un mensaje al arquitecto y lo informo.

—El arquitecto no tiene nada que ver, él contrata una empresa al igual que nosotros. Supongo que nos han visto cara de tontos y nos han mandado a la mejor cuadrilla —La ironía de Jessica me hace reír—. Por cierto, ¿Me llamas por algo en especial?
—Si, necesito tu ayuda.
Giro a la derecha después de detenerme en un semáforo en rojo y continuo la marcha en dirección recta.
—¡Peter! —grita entonces, retumbando en el interior del coche. Escucho a mi amigo hablarle cerca— El lohagotodosolononecesitoayuda, necesita mi ayuda.
—¿Cuándo he dicho yo que no necesito ayuda?
—Nunca la necesitas eso es una verdad como un castillo.
Peter le dice un par de cosas y luego lo escucho hablar por el altavoz.
—Vamos, gatita —Que incómodo me resulta que la llame así. Es tan…¿Raro?—. No lo presiones tanto y ayúdalo, que en el fondo estás celebrando que te haya llamado.
Eso me vuelve a hacer sonreír. Sé que Jessica me aprecia, al igual que yo a ella. Parece que fue ayer y no hace cuatro meses cuando la ayudé a superar un ataque de pánico antes de subir al avión, el mismo que, por suerte para mí, las destinaba a mi ciudad.
—Vamos, desembucha.
Le resumo mis planes con Ava, interrumpido por gritos de emoción y reproches hacia Peter porque siempre está ocupado y el pobre se defiende como puede. Le cuento que estaremos hasta el domingo por la mañana y que necesito ayuda con la maleta.
—Cógele algunos vestidos, ropa de baño, ropa interior. Aunque algo me dice que la usará poco —Una carcajada se escapa de mi garganta—. Sandalias y poco más.
Entro en el garaje, donde busco la plaza de mi coche. Está cuatro huecos a la derecha desde la entrada. Llevo tanto tiempo sin bajar que me siento un intruso en mi propio hogar.
—Está bien, igualmente te enseñaré qué he elegido —La escucho hablar entrecortado, intenta decirme mil cosas y no escucho una mierda—. Jessica, tengo que colgar. Aquí no hay cobertura, luego te llamo.
La aprecio, incluso le estoy cogiendo cariño y me estoy acostumbrando a esa forma suya de hablar tan de pito, es cariñosa y siempre está dispuesta a ayudar. Aun así cuando la he escuchado hablar tan rápido y sermonearme sin saber el motivo he tenido que colgar.
En casa, cojo un macuto y empiezo por mis cosas: ropa cómoda, bañadores, vaqueros y poco más. Después me centro en la de Ava y me fijo en la ropa que tiene colgada y todavía no le he visto puesta. Le cojo un vestido que seguro le quedarle por la mitad de los muslos, negro y ajustado, le cojo un solo bikini, aunque no lo va a usar, varios vestidos más de flores, lisos y de rayas. Todos ajustadísimos y cortísimos, unos conjuntos de sujetador y tangas que no sé si es que no los ha usado nunca o que yo se lo arranco antes de fijarme.
Qué bien lo vamos a pasar estos dos días.
En otra bolsa meto algunas sandalias y unos zapatos para mí. Dejo las cosas en la puerta del apartamento, bajo las persianas y abro las ventanas para no dejar el apartamento cerrado los dos días. Ya no viene nadie a limpiar, es otra cosa de las que Ava quiere hacerse cargo. Claro que nos repartimos las tareas.
Repaso el correo, se me ha hecho una costumbre desde que le di el visto bueno a la idea de Lucas, pero siempre obtengo silencio por su parte. Hasta ahora, que veo su nombre el primero de la fila. Lo abro ansioso, esperando una solución, pero no es eso lo que leo.
Hola, Zeus. Si vamos a proceder a lo que hablamos cuando estuve allí, tenemos que hacerlo minuciosamente. Por lo que no será algo rápido. Déjame investigar, recabar información y te

pasaré cuanto antes un contrato. Insisto, no es cosa rápida debido a que en verano siempre tengo la agenda llena y con lo tuyo quiero dedicarle tiempo. En mis huecos libres me pondré con ello y te iré enviando información y el proceso. Te quitarás de encima a ese tipo y su hija. Eso tenlo seguro.
Un saludo, dale besos a mi chica.
Lo releo e intento conformarme, al menos nos ponemos en marcha con el plan. Sé que la llama su chica por picarme, pero ya no me molesta. La quiere, se preocupa por ella y hace esto para protegerla. Por lo que lo respeto. Además, es un buen hombre, sé que seremos buenos amigos.
Una vez me quedo más tranquilo, como si me hubiera quitado un peso de encima al leer el e-mail, con las cosas en las manos, bajo en el ascensor hasta el garaje, guardo las cosas en el maletero y me dirijo al estudio de Ava. Desde allí iremos directos a pasar un bonito fin de semana.

Capítulo 31

Zeus

Vuelvo a sentirme bien, muy bien, al conducir en la tranquilidad de la tarde. Aunque la tranquilidad no está en la carretera, que está abarrotada de vehículos. Sé que cuando me vea en coche volverá a decirme algo, nuestros apartamentos están a veinte minutos de distancia andando, tardo más en coche, pero no me gustan los transportes públicos. Mucho menos ahora que podríamos encontrarnos a la madre de Ava.
Dejo el coche estacionado y entro en el minúsculo vestíbulo del edificio que sigue igual de oscuro que siempre, la poca luz que lo alumbra es la lamparita que Madison tiene sobre la recepción para poder estudiar.
—Hola. —La chica levanta la cabeza al escucharme.
—Hola, Zeus. ¿Qué tal?
Me acerco al mostrador y me apoyo en él para poder ver que hace. Tiene un libro abierto donde hay imágenes de flores con textos, un cuaderno donde debe apuntar lo importante y un estuche con bolígrafos, subrayadores y muchas cosas más de varios colorines.
—Bien, ¿tú?
—Me alegro. Liada con los estudios. ¿Y Marc? Pensaba que era él quien la recogía siempre.
—Sí, pero le he preparado un fin de semana a Ava en East River y le he dado el fin de semana libre.
—¿En el río? —pregunta extrañada y no la culpo.
—Es lo que tiene salir con alguien que no ha venido jamás a esta ciudad. Le fascinan cosas que nosotros estamos acostumbrados a ver.
—En ese caso, espero que lo disfrutéis.
—Eso siempre —Le guiño un ojo y miro la hora en el reloj de mi muñeca. Dándole unas palmaditas a la inestable mesa que hace de recepción, echo a andar hacia las escaleras—. Ya tiene que estar al terminar. Nos vemos luego, Maddie.
De camino a la segunda planta, me paso por casa de Marga, pero nadie abre la puerta. Me apetecía verla, su familia está lejos y suele estar sola, pero supongo que su hermana se la habrá llevado a su ciudad para que pase el fin de semana con ella. Estoy subiendo las escaleras que llevan al estudio y me encuentro con una pareja y su hijo, que me saludan por cortesía. Seguramente sea el último reportaje que tenía Ava.
Al llegar a la puerta, suena música de fondo en español, me apoyo sin entrar y observo como recoge el material de trabajo. Hoy lleva un vestido marrón que le llega por los tobillos, dejando al descubierto sus pies en unas sandalias blancas y las uñas pintadas del mismo color. Tiene el

pelo recogido en un moño desaliñado, dejando a la vista la gargantilla que le regaló su difunta tía y que yo modifiqué un día. Se mueve tranquila por la estancia, sin percatarse de que estoy aquí, y aprovecho la situación para continuar con mi observación.
Me cruzo de brazos mientras Ava guarda las cámaras en grandes fundas de tela, los apoyos y un pequeño aparatito que un amigo de Carl le regaló cuando fueron a la nave para hacer fotos. Me explicó que es un humificador. La escucho tararear y mi mente viaja a algún día de nuestro futuro en el que ella lo hace mientras lee o se da un baño en la casa que tendremos.
Pensar en algo así me hace concentrarme en su silueta diciéndome una y otra vez a mí mismo que hace tan solo cuatro meses rehuía de todo eso. Niños, casa, compromiso, monotonía…Lo veía muy lejos, no quería nada relacionado al matrimonio. Ahora con Ava, me parece un sueño.
Se gira, para coger otra bolsa que tiene detrás, y sus ojos se clavan en los míos inmediatamente. Creo que esta mujer podría encontrarlos incluso en la oscuridad. Se endereza sin coger la bolsa, y comienza a caminar hacia mí en pasos lentos y sensuales con un vaivén de caderas que me seca la boca. Cuando está pegada a mí, rodea mi cuello con los brazos y me deposita un cálido beso en los labios. No me lo pienso al responderle, abro la boca y la recibo, encantado.
—Hola, amor. —Su susurro es mentolado y me acaricia la boca.
—¿Qué tal el día, honey?
—Bien, la última familia dice que me va a recomendar para la boda de una prima.
La felicidad me inunda el pecho.
—Eso es genial, no sabes cuanto me alegro por ti.
—Gracias, tampoco hubiera sido posible sin ti.
Me suelta para ir de nuevo a recoger lo que ha dejado a medias, mientras yo me pregunto a que se referirá. Voy hasta ella para ayudarla, colocándole los macutos a un lado.
—¿Y qué he hecho yo?
Me mira un momento, dándome la sensación de que piensa que no lo pregunto en serio. Luego resopla sonriente y vuelve a lo suyo.
—Estar conmigo y creer en mí. ¿Te parece poco?
Hace la pregunta quedándose tan tranquila, sin darse cuenta de lo que puede significar para mí. Me quedo bloqueado mirándola, mientras ella continúa recogiendo el estudio, preguntándome como unas palabras pueden ser tan bonitas cuando vienen de la persona correcta. Voy a decirle algo, una confesión que pueda compararse con la suya, pero a veces no hacen faltas las palabras y por eso decido ir hasta ella, rodearle la espalda con mi brazo y pegarla a mí lo máximo posible, besándola con todas mis ganas.
Cuando la dejo escapar de mis brazos, ella ríe y me da una palmada en el culo al encaminarse al baño. En ese momento aprovecho para sacar una tela de seda que he cogido para vendarle los ojos, me siento en uno de los sillones que ha colocado al lado de la entrada y espero a que salga. Cuando lo hace, me busca hasta dar con mi mirada, bajando la suya a mis manos.
—¿Y eso? —pregunta por la tela, caminando hacia mí— ¿Para qué es?
—Voy a vendarte los ojos, honey.
Me levanto del sillón blanco, poniéndome delante de ella y pidiéndole que se dé la vuelta con un movimiento de mano. En vez de buscar una explicación, algo que sería totalmente entendible pues nos conocemos desde hace pocos meses, Ava se gira sin mediar palabras diciéndome con su confianza que podría pedirle ir al fin del mundo y no se negaría.
—Tengo una sorpresa para ti —respondo cerca de su oído, cerrando un segundo los ojos por su cercanía. Termino de anudarle la tela detrás de la cabeza y me coloco delante, dejándole un beso en los labios antes de hablar—. Espero que te guste.

—Todo lo que viene de ti me gusta.
—Cuando te empeñas sabes cómo robarme el corazón. —Vuelvo a besarla, sin pensamientos de cansarme jamás de hacerlo.
—Espero que siempre sea mío. —concluye ella, sabiendo muy bien lo que dice.

⚡⚡⚡

Tardamos unos cuarenta minutos en llegar. El camino ha sido bastante entretenido, hemos hablado, reído e incluso cantado todo el trayecto y Ava no ha intentado quitarse la tela de los ojos en ningún momento, eso sí, ha preguntado unas trecientas veces donde vamos y cuanto queda.
Cuando dejo el coche en unos aparcamientos privados en los que hay que abonar para dejarlo el fin de semana, he cogido los dos macutos que he hecho en casa y nos hemos dirigido al embarcadero donde nos espera el capitán que nos ha asignado la empresa que he contratado.
—Hola, mi nombre es Dexter, el capitán que estará con ustedes todo el fin de semana.
—¿Capitán? —pregunta Ava al escucharlo, este la mira de reojo y asiente, aunque no puede verlo. Aprieta mi mano y tira de ella para que la mire, ilusa, no sabe que ya lo hacía— ¿Vamos a subirnos a un barco?
No le respondo con palabras, le doy un beso en la coronilla, y me presento a Dexter. Este me ayuda con las maletas y yo a que Ava no se haga daño porque va a ciegas. No le quito la tela hasta que Dexter se pone en marcha.
Su grito de felicidad y como se lleva las manos a la boca por la sorpresa me hace sonreír.
Después de recibir los besos y abrazos más atrayentes del mundo, me obligo a enseñarle el barco. El suelo está forrado de madera clara y los accesorios son en tonos azules marinos y blancos. En la popa hay una tarima que recoge el jacuzzi que hay a ras de suelo, del que sale vapor y tiene luces, unas tumbonas blancas y un colchón en el que pasaremos la mayor parte del tiempo que estemos aquí. También hay espacio para una pequeña piscina.
—Esto es increíbles, Zeus. Jamás he visto nada parecido, la piscina más extravagante que he conocido es la que tenía la abuela de Hugo en su casa de campo. Y me refiero a una de Ikea.
Suelto una carcajada, asombrado por lo que ella conoce. Sigo mi guía, llevándola por una escalera de cuatro peldaños que nos conduce a la habitación. Más madera envuelve la estancia, hay un ropero oculto en la pared, un televisor y un pequeño escritorio debajo de una ventana. La cama es grande, perfecta para los dos, alta y con el cabecero también de madera.
Después de revisar el cuarto de baño, algo más pequeño, pero también perfecto para los dos, Ava se sienta en la cama observando como guardo nuestras cosas. Tentado, como siempre que está presente, dejo la ropa para después y me acerco a ella.
Clavo la rodilla en el colchón obligándola a tumbarse y luego lo hago yo encima suya.
—Tenía pensado una cena a la luz de las velas y bajo las estrellas. —Le robo un beso y le abro más las piernas con las rodillas.
—Oh, suena muy tentador. —señala, exhalando y con los brazos en mi cuello.
Con un movimiento de pelvis, encajo mi entrepierna semi erecta, en la suya recibiendo un movimiento de cadera por su parte. Llevo mi boca a su cuello, lo beso y mordisqueo, saboreando su sabor. Luego la beso en las clavículas, subo por su garganta, mordiéndole la barbilla al terminar. Por último, vuelvo a besarla y le agarro un pezón por encima de la tela de su vestido. Porque sí, al parecer, rara vez usa sujetador en verano.
—Cariño, nada se compara contigo.

⚡⚡⚡

El colchón se hunde a mi alrededor varias veces, provocando que abra los ojos para comprobar a que se debe. Lo primero que veo es a Ava, con una camiseta mía, dejándome unas claras y apetitosas vistas de su desnudez y, aunque me pongo como una piedra enseguida, lo que llama mi atención es la cámara que lleva en las manos.
—¿Qué haces, honey? —Mi voz aun es rasposa y soñolienta.
—Hacerte unas fotos mientras duermes.
Parpadeo varias veces y sonrío. Es la primera vez que me despierto con una mujer casi desnuda fotografiándome. Podría acostumbrarme a esta Ava desnuda y profesional. Estiro los brazos por debajo de la almohada, disfrutando de las vistas y la sensación tan maravillosa que es hacer cosas tan normales con ella. Sigue en su labor, colocándose ahora sobre mí con un pie a cada lado de mis caderas.
Peligroso y tentador.
—¿Podrías ponerte más hacia aquí? —inquiero señalándome la cara.
Ava da un paso de hormiga y sonríe.
—¿Está bien así?
Niego con la cabeza, sabiendo que me ve a través del objetivo. Ava da dos pasitos más y esta vez queda a la altura de mis pectorales. Para ese entonces estoy a mil.
—Un poco más, nena.
Hace lo que le pido, llegando ahora justo donde deseo. Lo que tengo encima eclipsa todo a su alrededor y es digno de adoración. Me apoyo en las manos y me inclino para devorar el desayuno.
—¡Ah! Sí. —Jadea ella.
La agarro por detrás del muslo con una mano, haciendo fuerza para que no se mueva demasiado y clavo la lengua en la entrada que ya tiene mojada. Me entretengo, sin ninguna prisa, en lamerla y saborearla. Llevo la mano a sus nalgas, subiéndole la camiseta para descubrirla.
—Quítatela. —ordeno con su clítoris entre mis dientes y observo desde abajo como me obedece. Con la vista de su perfecto cuerpo desnudo sobre mis narices, la devoro con ímpetu. Absorbo el jodido botoncito que tan activo tiene siempre mi chica, tan palpitante y electrizante. Abro la boca y rodeo todo su sexo, mojándome la barbilla con sus fluidos y mi saliva. Nunca dejará de sorprenderme lo mojada que se pone para mí. Tengo intención de continuar, tendría que ocurrir una catástrofe para poder separarme. Y entonces, Ava me lo pide y yo lo hago.
—No me parece justo que solo yo disfrute.
La miro desde abajo agacharse hacia mí y deshacerse de mis calzoncillos.
—Yo disfruto con tu placer.
—Y yo con el tuyo —afirma metiéndose mi erección hasta el fondo. Luego se separa—. Por lo que tendremos placer los dos.
De un movimiento, vuelve a ponerse de pie pero esta vez dándome la espalda, y empieza a descender hacia mi boca. Este es el sueño de cualquier hombre. Apoya toda su humedad en mis labios, dejando las rodillas en la almohada, y se vuelve a metérsela en la boca.
—Este fin de semana lo vamos a pasar en grande, nena. —prometo, antes de volver a comérmela entera.
Y sin más que añadir, me concentro en mi pasatiempo favorito: darle placer a mi chica.

Capítulo 32

Ava

Nuestro sábado sobre el barco se resume en sexo, sexo, recargar fuerzas con comida, sexo y más sexo. En las tumbonas, en la cama, en la ducha, en el jacuzzi, en la piscina…Está siendo un fin de semana increíble.
Zeus sabe cómo conseguir que unos días sobre un río sea la mejor experiencia que haya tenido en mi vida. Por la noche las vistas son maravillosas: luces en todos los rascacielos, alumbrados en las calles, el ruido de las personas, el de otros barcos que pasean como nosotros.
Hoy es la última noche, por lo que ha decidido que cenemos en un restaurante precioso con unas vistas espectaculares. Ante nosotros se ve el río, a lo lejos parte de la ciudad y la terraza tiene decoración muy elegante e íntima. Lo que más me ha gustado han sido las bombillitas que va de un árbol a otro sobre nuestras cabezas.
—¿Qué te parece?
Aparto la vista del paisaje que tengo a mi lado y me centro en el hombre guapo y maravilloso que está sentado delante de mí. No exagero cuando digo que es perfecto y atractivo a rabiar, con su pelo negro peinado hacia atrás, sus ojos oscuros adorándome a cada segundo y sus manos enlazadas sobre la mesa como si mirarme fuera lo más interesante que ha hecho jamás. Estar con Zeus es una experiencia increíble, me hace sentir única, sensual, atractiva y querida, muy querida.
Alargo una mano y hago que suelte las suyas, haciendo protagonista a la mía. Enseguida la envuelve y se la lleva a los labios para besarme los nudillos. Me provoca mil reacciones diferentes que nunca había sentido y erizarme la piel cuando la acaricia es mi preferida.
—Es increíble. Gracias por esta experiencia.
Niega despacio, sin apartar los ojos de los míos ni un segundo y deja nuestras manos sobre la mesa.
—No me agradezcas nada. Todo lo que hago es porque te lo mereces.
Se me encoge el corazón, han sido tantos años los que he salido con Marco y en los que no me he sentido así ni uno solo, que no termino de acostumbrarme a tanta atención y halagos. No hay una sola vez que no piense exactamente lo mismo que acaba de decirme. Absolutamente todo lo que hago con él es buscando su bienestar y de forma natural, pero eso a veces me parece insuficiente comparado con lo que Zeus me hace sentir.
—Me mimas demasiado, ¿Te has parado a pensarlo en algún momento?
Dejo escapar una risa baja, atrayendo sus ojos a mis labios de esa forma suya tan depredadora que me provoca tantas sensaciones en el vientre. Se pasa la punta de la lengua por el filo de sus

blancos dientes y sonríe con una ceja alzada.
—¿Has pensado tu cuanto me gusta que mi novia sea una consentida?
Me muerdo la mejilla por dentro pensando muy bien en lo que voy a decir y lo que quiero provocar con ello.
—Me vas a malacostumbrar y luego no voy a tener suficiente con nadie más.
Intento evitar la sonrisa que quiere formar mis labios cuando veo los ojos de Zeus oscurecerse conforme va elaborando su respuesta. Coge, entre sus varoniles dedos, la copa en la que bebe su licor favorito y le da un sorbo corto para mojarse los labios.
—Esa ha sido mi intención desde el principio. Qué no tengas suficiente con nadie más que conmigo.
Se lame los labios, y no sé muy bien si saboreando el resto de Brandy que ha quedado en ellos o saboreando a la corta distancia que hay entre nosotros mi propio sabor.
—No me digas esas cosas que ya sabes lo que me provocan. —Bebo del vino de mi copa, levantando, con el movimiento, el pecho. Zeus devora mi escote con la mirada.
—¿Y qué te provoca exactamente?
Se deja caer en el respaldo de la silla, con un brazo sobre el de la que tiene a su lado y que yo estoy usando para poner el bolso. Sobre la mesa están nuestros platos vacíos y nuestras copas a medio beber. Zeus impone de una forma que te deja absorta en su figura alta, fuerte, atractiva y derramando seguridad allá por donde pasa.
—Una necesidad arrasante de tenerte entre las piernas.
Mi respuesta es exactamente lo que quiere escuchar y cómo su garganta baja y sube al tragar saliva es lo único que necesito para corroborarlo. Sus labios dibujan una sonrisa que nadie podría saber que significa, pero que yo sé claramente lo que desea provocar en mí.
—Solo tienes que pedirlo y lo tendrás.
—No me cabe duda. Pero no creo que este sitio, lleno de gente, sea el lugar idóneo.
—Te repito, nena —Bien, está caliente y probablemente duro. Un cosquilleo bailotea en mi vientre—, que solo tienes que pedirlo. Nos levantamos y te puedo dar lo que pides sin que nadie nos vea o escuche.
La oferta me parece como mínimo tentadora, pensar en Zeus deshaciéndose de la ropa que le estorba en un hueco a oscuras y haciéndome suya mientras la gente sigue con la cena me enciende de una manera indescriptible. Me siento arder las mejillas y el pecho. Pero, aunque sea una forma deliciosa de disfrutar del mejor postre del mundo, me gustaría aprovechar la noche dando un paseo y comiendo helado. Ya tendremos tiempo de pervertirnos en cuanto lleguemos al barco.
—¿Qué te parece un paseo comiendo helado bajo el cielo estrellado? —Mi voz suena melosona, sabiendo cuanto le gusta que le hable así.
Cruza los brazos, estudiándome con detenimiento y algo rígido tras mi propuesta. No parece muy entusiasmado con ella, por lo que decido cambiar de plan mientras cojo mi bolso.
—O podemos irnos. —Zeus agarra mi muñeca antes de que lo coja. Lo miro a la espera de lo que vaya a decir.
—Ya sabes que no puedo negarte nada si me lo pides así.
Me río como respuesta, relajada de inmediato al comprobar que solo había entendido mal su reacción.
—Pues vámonos.
Nos levantamos y entrelaza sus dedos con los míos para guiarme. Caminamos por una calle con locales, restaurantes y bares de copas de todos los estilos. Hay mucha vida en estas calles. Varios

minutos después, en los que Zeus me habla de Brooklyn, alimentando sin ser consciente mis ganas de saber mucho más sobre este lugar y la familia de mi madre, llegamos a una heladería.
—Buenas noches, ¿Qué desean tomar? —Es un chico seguramente de la edad de Madison, no muy alto, moreno, ejercitado y con un delantal color crema con fideítos de chocolate de colores estampando la tela.
Zeus es el primero en pedir un cucurucho pequeño de chocolate negro. Vuelvo los ojos al escucharlo, todo le gusta negro, y me gano un beso enérgico en la cabeza porque ha visto mi gesto.
—Yo no sé qué pedir.
Sigo mirando la vitrina con mil colores que tengo delante, inclinándome hacia delante para poder ver los del fondo. No presto atención a lo que está hablando Zeus, intento diluir el dilema que se me presenta: elegir helado de galletas con chocolate y nata o un helado rosa con virutas de colores, nubecitas y polvitos morados encima, hasta que lo escucho rugir.
—Colega, mira aquí —Lo veo señalarse la cara—. No tienes nada que ver ahí abajo.
Entonces me doy cuenta de que el escote se me ha expandido más y que probablemente son los ojos del chico sobre mí lo que acaba de irritarlo. Tiro de la camiseta de Zeus consiguiendo que quite sus ojos furiosos del otro hombre.
—Quiero el helado de chocolate. Ese con galletas y nata —Cuando el tal L.J se pone algo más lejos, me vuelvo hacia Zeus— ¿Te has vuelto loco? ¿Qué mosca te ha picado?
—¿Has visto cómo te miraba? Estaba babeando con tus tetas, joder.
Me muerdo el labio para no reírme, no acabo de acostumbrarme a que un hombre que lo puede tener todo y que demuestra una seguridad tan aplastante pueda ser tan inseguro cuando otro hombre está a mi alrededor. Podría pensar que es a causa de lo que sufrió con Cristal y su amigo, pero no es eso, ya no reacciona así cuando Peter está cerca de mí.
Me pego a él haciéndole un gesto para que se agache y poder hablarle al oído. Primero le muerdo el contorno y me mira rápidamente con una sonrisa picarona.
—¿Quién se lleva estas tetas todas las noches a su cama?
Miro de reojo y compruebo que L.J ha tenido que ir a por más cucuruchos.
—Yo. —responde con rotundidad sin dejar de mirarme.
—¿Y quién disfruta de mí todo el día a todas horas cuando no estamos trabajando? —Espero conseguir mi propósito.
—Yo. —repite igual de rotundo que anteriormente, ahora acercándose un poco más a mí.
—¿Quién es el hombre que recibe mis caricias, mis buenos días y mis buenas noches? ¿Para quién son mis besos y mis gemidos? —Clavo los ojos en los suyo, sintiendo como se aferra con la mano a mi cintura.
—Solo yo. —susurra en mi oído, en el mismo tono que lo hago yo.
Esta es la mía.
—¿Entonces porque te comportas así? Deja que miren lo que no van a tener nunca, lo que solo es tuyo.
Me mira febrilmente, con chispas en los ojos y, en vez de responderme, se dirige al camarero y le pide otra tarrina un poco más grande de helado de chocolate y una tarrina de fresas. Imaginar para que puede ser me provoca vértigo. Cuando ha pagado, vuelve a coger mi mano y nos disponemos a salir de la heladería, entonces se gira y le explica al chico:
—Volveré a por las tarrinas.
—¿Para qué son? —pregunto inocente, cuán niña pequeña.
Zeus camina erguido, arrastrando a su paso la mirada de muchas personas, agarrando mi mano y

en la otra su cucurucho. Me lo tiende ofreciéndome chocolate y lo miro con ojillos de cordero antes de abrir los labios y chupar hacia arriba. Sus ojos no se han desprendido de la escena ni un segundo y cuando termino de saborear el helado, me besa para lamerme los labios llevándose los restos.
—Sabes de más para qué es lo que he comprado. Pero te lo diré por posibles dudas —Me late el corazón con fuerza. Todo con Zeus es pasional y excitante—, voy a ser el tipo con más suerte del mundo cuando estés desnuda sobre la cama y bañada en helado de chocolate y fresas.
Trago saliva, incapaz de decir nada más ante semejante imagen delante de mis ojos. Una ansiedad por estar sobre esa cama me hormiguea el cuerpo, necesitada de llevar a cabo esa increíble fantasía que Zeus me ofrece.
—Pero, ¿Qué te parece si primero damos un paseo comiendo helado bajo un cielo estrellado?
Al final mis labios se estiran en una amplia sonrisa porque ha utilizado la misma arma que yo he utilizado en el restaurante con él. Niego con la cabeza, dándole una lamida a mi helado y haciendo que maldiga antes de continuar paseando.
Como es maravilloso y parece saber a la perfección qué deseo en cada momento, acabamos visitando el famoso puente de Brooklyn. Alzado sobre el río y con toda la majestuosidad que al menos a mí me transmite.
No nos faltan las fotos. Detengo a varias parejas para que nos las hagan juntos, nos hacemos selfis, él me fotografía a mí y yo a él.
Reímos, charlamos y Zeus me cuenta todo lo que sabe sobre la estructura que tengo bajo mis pies. Conociendo así que se construyó entre 1870 y 1883, y en su inauguración fue el puente colgante más alto del mundo.
Sobre las doce, después de haber pasado la velada más romántica de mi vida, decidimos volver al barco donde me espera una de las mejores sesiones de sexo a manos de un increíble hombre.
Pasamos por la heladería, recogemos lo que Zeus pidió y paseamos hasta nuestro destino.
En la habitación, limpia y recogida, Zeus deja las cosas sobre el escritorio y se centra únicamente en mí. Se acerca en dos pasos, acariciándome con las dos manos el pelo y atrapando mis labios en un beso que me roba el aliento. Sin tiempo que perder, me deshago de su camiseta para disfrutar de sus abdominales y hombros, hechizada por el conjuro más poderoso.
—No sabes cuánto he fantaseado con este momento desde que te vi con este vestido.
Sonrío dejando que me mordisqueé los labios, me bese el cuello, la mandíbula y baje con besos húmedos hasta mi escote. Hoy decidí usar un vestido negro que me llega hasta los pies, de tirantas finas, y de una tela que cae sobre mi cuerpo señalando mis curvas.
Como siempre, no llevo sujetador. Tengo que admitir que es la primera vez que no lo uso, quise probar la experiencia con un conjunto que utilicé una noche que salimos y hacia calor. Al principio me sentía un poco incómoda, incluso insegura, a pesar de haberme gustado el resultado. Entonces vino Zeus y me confesó que le volvía loco cómo me quedaba. Se entretuvo en decirme lo guapa, sensual y erótica que era sin ser consciente. Transmitiéndome la seguridad que me faltaba en ese momento y recordándome la mujer poderosa que soy.
—Esto me estorba.
—No lo rompas. —Le suplico, con el vestido caído a mis pies, completamente desnuda ante él y únicamente vestida con el minúsculo tanga negro que escogí para él en su día y que ha decido echar en mi maleta.
—Tarde —gruñe ante mi boca, metiendo la lengua hasta donde puede—. Te compraré más.
Después de quitarse los pantalones y no permitirme que me lleve a la boca lo que más deseo en este momento, me tumba en la cama abriendo mis piernas y flexionándolas para tener mejores

vistas.
Maldice y gruñe, todo a la vez, observándome con detenimiento y comenzando a masturbarse, sabiendo cuanto me pone que lo haga. Encojo los dedos de los pies al ver cómo se lubrica la mano, ansiosa por tener sus manos sobre mi cuerpo.
Cuando cree que es el momento de dejar de ofrecerme tal espectáculo, se baja de la cama, coge la bolsa y deja sobre el colchón la tarrina de chocolate y la que contiene las fresas. Coge una, grande y roja, y la moja en el helado. Con tranquilidad, la pasea por mis labios inferiores, enviándome descargas por todo el interior de mi vagina. Pulsa con ella mi hinchadísimo clítoris y, recorriendo mi cuerpo con la fruta y el helado, me hace morderla.
Zeus observa la acción embelesado, atrapando con su propia boca lo que sobra de la fresa y comiéndosela. Me palpita todo el cuerpo, siento mis venas quemando debajo. Necesito más.
Como si me entendiera, coge otra fresa, hace exactamente lo mismo, pero esta vez la fruta termina en su boca primero.
Cuando se la ha comido entera, me mira con unos ojos negros como la noche, brillantes y lujuriosos a no poder más. Centrando por último la mirada en el centro de mi deseo.
—Eres el dulce más exquisito que he probado en mi vida, nena.

Capítulo 33

Zeus

Disfrutamos del domingo tomando el sol, escuchando música, comiendo y bebiendo hasta que tenemos que volver a casa. Aunque hemos cerrado espléndidamente el fin de semana, ya me entiendes, no he podido evitar darle vueltas a que Ava tendrá que dormir sola esta noche.
Estamos guardando las cosas en el maletero, que sigue en el aparcamiento privado del embarcadero, dos maletas pequeñas y la cámara de fotos. Ava se sube al sillón del copiloto y yo lo hago tras el volante.
—Que emocionante verte conducir.
Me abrocho el cinturón y luego pongo el contacto provocando un sonido increíble cuando el motor del coche se pone en marcha. La miro antes de ponerme a conducir y le sonrío.
—¿Qué tiene de emocionante? —En unos segundos estamos saliendo del aparcamiento y Ava sube los pies al borde del asiento, rodeándose las rodillas.
—¿Estás de coña? —Niego con la cabeza sin apartar la mirada de la carretera y la escucho resoplar— Estás cañón al volante, con esos bíceps y las facciones serias por la concentración.
Tengo que reírme, lo hago con una carcajada porque no puede ser que me esté diciendo algo así. Me gano un tortazo en el brazo, eso sí, después se une a mí y pasamos parte del trayecto bromeando. Pero no todo son risas y pensar en Ava sola en casa vuelve a rezumbar en mi cabeza. Ella parece percatarse y coloca una mano sobre la mía.
—¿En qué piensas? —La miro de reojo unos segundos, sin saber que decirle, no quiero preocuparla con idioteces— Vamos, dímelo.
Suelto aire por la nariz, diciéndome una y otra vez que tampoco pasa nada si no quiero que esté sola. Cualquier novio se preocuparía por ello, ¿no?
—Que tengo turno de noche, honey. Y no me gusta irme y dejarte en casa.
—Bah, cuando te vayas veré algo en la tele y después me acostaré. Para cuando me dé cuenta estás de vuelta. —La veo encogerse de hombros, restándole importancia.
—Lo sé, el problema realmente es otro.
—¿Cuál?
—Seguramente tenga que trabajar mañana por la noche. Normalmente hacemos dos noches seguidas a la semana —Eso ya no parece gustarle tanto, pero no me lo dice. Le doy un apretón en el muslo y, aunque no la estoy mirando, noto que ella a mí sí—. El resto de la semana estaré contigo todas las noches.
—Vale, parece buen trato. Así el fin de semana, cuando llegue cansada del reportaje para la empresa de Jayden, podrás darme mimos y ser mi esclavo.

¿Era este fin de semana? Joder, creía que era más adelante. Quiero interrogarla acerca de la cita con Jayden, pero sé que eso provocaría una pelea entre ambos y con lo que me dijo en la heladería ha conseguido abrirme un poco los ojos. Por lo que me centro únicamente en lo último de su frase.
—Dirás esclavo sexual ¿no?
Ava se carcajea después de unos segundos de silencio y se acerca a mi para darme un beso en la mejilla. Se recoloca en su sitio y se pone lo más cerca de mí que puede sin obstaculizarme dejando su mano sobre mi pierna. Así permanecemos todo el viaje, disfrutando de las conversaciones que surgen de la nada, de la música de fondo y del paisaje que tenemos frente a nosotros.
Cuando llegamos a casa son las tres de la tarde y lo primero que hacemos es darnos una ducha. Juntos, claro, por ahorrar agua y todo eso. Deshacemos las maletas de mano, ponemos una lavadora, sacamos unas bebidas del frigorífico y nos sentamos en el sofá para disfrutar del resto del domingo hasta que tenga que irme a trabajar.
—Nada como llegar a casa después de todo un fin de semana fuera y tirarnos en el sofá. —Más bien, ella debería decir “y tirarse sobre ti”, porque está entre mis piernas con la espalda sobre mi barriga.
—Estoy totalmente de acuerdo, honey. —Aspiro el olor a frutas que desprende su pelo húmedo, disfrutando de la paz que siento en estos momentos.
Estamos viendo un programa sobre casos sin resolver, otra cosa que descubro de mi chica es que le encantan los documentales sobre casos reales, ya sean de asesinatos o de terror. No estamos viendo un caso de alguien específico, si no el programa que repiten para no dejarlo en el olvido. Le hago cosquillas en el hombro con el dedo, disfrutando de ella y de las vistas que me regala con el top verde y los pantalones cortos que se ha puesto para estar por casa. Poco después, escucho el tono de llamada proveniente de mi teléfono. Ava se estira y lo coge de la mesa.
—Es tu hermana.
Cojo el móvil y acepto la llamada, abriendo paso a la dulce voz de mi hermana mayor.
—Zeus, corazón, peque de tu hermana…
Vale, ya quiere algo.
—¿Qué quieres, Amber? —Ava me mira, preguntándome en silencio que quiere mi hermana y le respondo levantando los hombros.
—Un favor. —confiesa despacio, como si con eso fuera suficiente para saber que es realmente lo que necesita. Dejo escapar un suspiro.
—¿Puedes ser algo más específica? —Mis sobrinos gritan de fondo, provocando una exasperación en su madre.
—Tengo una cita y necesito que… —No la dejo continuar, sorprendido por lo que acaba de decirme.
—¿Qué tienes una cita? —Me siento en el sofá, moviendo bruscamente a Ava que se gira para mirarme sorprendida— ¿Desde cuanto tienes citas? ¿Con quién?
Ava quita la mirada cuando hago la pregunta y se levanta del sofá sin mirarme una sola vez, sabe algo. La observo abrir el frigorífico, coger dos cervezas y volver al sofá tendiéndome una en las narices. Levanto las cejas, totalmente desconcertado. Sabe que no bebo cuando tengo que trabajar, por lo que me corrobora que sabe algo que yo no y por eso está nerviosa. La escudriño hasta que abre las manos con las palmas hacia arriba.
—Relájate, Zeus. Hace semanas. Pero el caso es que necesito que te quedes…
—Perdona, ¿Qué? ¿Semanas? —De verdad que estoy alucinando. Miro a Ava e intenta no

sonreír con la lata en los labios— ¿Por qué parece que soy el único que no lo sabe? ¿Por qué está Ava riéndose en el sofá? —Mi hermana se ríe y escucho como parce que se sienta. Sigo oyendo a los niños de fondo aunque ahora más tranquilos.
—Porque fue ella, con la ayuda de las chicas, la que me llevó a una cita a ciegas la noche del Caipirinha.
Mis ojos se centran en el escote de Ava, donde puedo ver claramente el tatuaje que se redecoró para mí esa noche y que resalta en su piel clara llamando la atención. A pesar de hacer semanas desde que lo tiene, sigue provocándome lo mismo cada vez que lo veo: poder. Pero no un poder sobre ella, no al menos de forma acosadora o abusadora, si no un tipo de poder que solo se siente cuando la persona a la que quieres lleva algo consigo que deja claro a los demás que está comprometida. Como pasa con las alianzas de bodas.
Vuelvo a centrarme en la conversación, sorprendido conmigo mismo por pensar en compromiso.
—Zeus, ¿Me vas a dejar pedirte el favor de una vez? —La voz de Amber suena irritada y no es para menos, la he interrumpido varias veces. Gruño en respuesta y ella continua— Necesito que os quedéis con los niños esta noche. No saldré hasta muy tarde, pero ellos se acuestan temprano y no quiero dejarlos con una niñera teniendo a su tío favorito.
Mi salvación. Al menos la salvación de mi pobre cerebro que seguía buscando la forma de no preocuparse por que Ava estuviera sola. Adoro a mis sobrinos, pero esta vez voy a tener que usar su situación a mi favor.
—Sí, claro. Le pediré a Marc que los recoja.
—No hace falta, Malcolm nos llevará a tu apartamento.
—¿Estás segura de esto? —Termino por preguntar, preocupado por los sentimientos de mi hermana. No quiero que se ilusione y algún capullo le haga daño.
—Sabes como soy, Zeus, si no estuviera segura no seguiría viéndole. Ahora, voy a preparar a estos diablos y a soltarlos en tu casa.
Sin dejar que le responda, me cuelga, y dejo el teléfono sobre la mesa, donde estaba en un principio. Ava me mira desde el otro lado del sofá esperando mi reacción. La agarro del tobillo arrastrándola hasta mi cuerpo y subiéndola en mi regazo.
—Así que vas de celestina, ¿no? —No estoy para nada molesto, al contrario, me encanta saber que mi hermana y mi novia se llevan tan bien.
—Amber me ha contado lo que le pasó al padre de los niños. Lo hizo al poco tiempo de conocernos y también cuanto tiempo llevaba sin conocer a nadie por miedo a volver a sufrir. Jess hizo un perfil en Tinder y vimos a Malcolm. Nos gustó y decidimos…
—¿Cómo que os gustó? —pregunto a la vez que le muerdo la barbilla haciéndola reír.
—A las chicas, les gustó a las chicas yo solo… —Se toca la nariz y se muerde el labio, señal de que mi preciosa señorita está mintiendo y le hago cosquillas—. A mí también, pero para…
—Honey… ¿cómo que a ti también? —Mis dedos se detienen, ya no me hace tanta gracia la broma.
—No me estás entendiendo, ¿Vale? —Me mira recelosa, observando si me voy a enfadar e intento esperar su explicación— Me gustó para tu hermana, yo soy más de tipos gruñones, sexis y de ojos oscuros.
—Vamos, nada que ver conmigo.
Me mira un instante, luego se parte de la risa. Joder, adoro cuando se ríe. Es tan dulce. Le paso las manos por la cintura y la atraigo hacia mí para besarla antes de explicarle que los niños se quedan a dormir con nosotros. Solo tengo una habitación, pero, cuando se lo explico, Ava decide que dormirá con ellos en mi dormitorio, al parecer es protectora con los niños y no quiere que

estén solos por si pasan miedo.
Vaya, seguro que será una madre increíble.
¿Pero en qué coño estoy pensando?
Cuando Ava se levanta para acomodar el dormitorio, lo hago yo también dispuesto a recoger lo necesario para pasar la noche en el hospital. Entro en mi despacho y me siento en el sillón para revisar si tengo algún e-mail, pero no tengo ninguno nuevo. Reviso los más importantes, repaso documentación y acabo pensando de nuevo en cómo conseguiremos que Máximo ceda su parte del hospital. Ni siquiera me doy cuenta de cuánto tiempo paso tras el ordenador, hasta que suena la alarma que me avisa de que en una hora empieza mi turno. Apago el ordenador y cierro con llave al salir, cojo mi maletín y me despido de mi chica con un beso.
—Nos vemos por la mañana. Para cualquier cosa no dudes en llamarme, ¿de acuerdo? —Vuelve los ojos, devolviéndome el beso con cariño.
—Sí, papi. —Le doy un mordisco en el labio por su ironía y ella se ríe por lo bajo.

⚡⚡⚡

Como he decidido no llamar a Marc, me parecía una putada hacerlo para llevarme al trabajo, voy directamente al garaje y me subo en el coche. Por suerte, no es una noche de tráfico denso y es una maravilla conducir hasta el hospital. Escucho la radio, algún programa aleatorio de noticias, de camino al trabajo y disfrutando como nunca del trayecto. Cuando, media hora después, llego al aparcamiento del hospital, dejo el mío en mi plaza y voy a los vestuarios.
—Parece que hoy toca noche movidita. —Comenta uno de mis compañeros.
—Yo por fin me voy a mi casa. Mi mujer y mi hija están esperándome para cenar y ver una película de Disney.
Miro a mi otro compañero, Emmett, casado desde hace tres años y con una hija de seis. Por un mínimo momento envidio lo que le espera en casa. Luego me recuerdo que no soy un hombre que quiera bodas, ni hijos y parece funcionar. Pero entonces pienso en Ava y todo lo de Emmet se me antoja con más intensidad.
Para entretener mi mente, me cambio y guardo las cosas en la taquilla antes de que acabe fantaseando con pijamitas y biberones. Me despido de los que se van a casa y saludo a los que llegan, entonces veo a Arizona que está en la puerta de salida con las cosas en la mano.
—¿Y tú coche?
—En el taller. Hoy me voy en taxi —Señala la entrada, donde aparece el vehículo y me pone una mano en el hombro—. Que te sea leve la noche. Nos vemos el martes.
—Gracias.
Me doy la vuelta para ir a la sala comunitaria y poder cenar algo antes de la primera cirugía. Ah, sí, esta noche tenemos dos. La primera es una rotura de muñeca, nada grave, pero la segunda nos llevará al menos seis horas porque tenemos que reconstruir una rodilla y poner tornillos.
Entro en la sala, saco un sándwich precocinado de pollo y verduras y lo caliento un poco porque odio la comida fría.
Algunos de mis compañeros cenan conmigo y charlamos de qué tenemos que hacer cada uno, haciéndonos un poco más amena la noche que nos espera fuera de casa. Mientras recojo lo que he ensuciado, recibo un mensaje de Ava en el que abro una foto donde aparecen los tres. Me roba una sonrisa que no consigo ocultar y en realidad no quiero hacerlo. Le contesto repitiéndole lo mismo que le dije antes de salir de casa, añadiendo esta vez un te quiero sincero. A los pocos

minutos recibo una respuesta muy cariñosa que se cuela en mi corazón.
Sobre las nueve, recibimos al primer paciente. Un hombre de sesenta años, sin adicciones ni enfermedades detectadas. La mano derecha rota por varias partes que necesitaba cirugía. Me preparo, al igual que todo mi equipo, y cuando el paciente está en quirófano ya estamos en nuestros puestos.
Dos horas más tardes, terminamos la primera operación. Nos ha llevado una hora más de lo previsto, por lo que limpiamos todo, nos cambiamos y esperamos al paciente que requiere la operación más larga. Esta vez es un chaval, de veinti pocos años, un accidente de bicicleta le ha provocado machacarse la rodilla derecha. No me gustaría estar en su pellejo por el simple hecho de la rehabilitación que le espera. Mis compañeros comparten una mirada conmigo, dándonos apoyo mutuo y fuerzas para lo que nos espera.
Media hora más tarde de lo previsto, es decir, seis horas y media después, salimos exhaustos por el largo turno para hablar con los familiares.
—¿Cómo ha salido todo? —Nos pregunta la mujer que se ha identificado como la madre.
—Perfectamente. Ha sido una operación larga, pero efectiva. Lo subirán a planta cuando esté consciente y podrá pasar a verlo.
—Muchas gracias, doctor O’Donnell.

⚡⚡⚡

A las seis de la madrugada estoy entrando en el apartamento.
Está oscuro, en silencio y con todo cerrado. Dejo las cosas sobre la encimera de la cocina, me quito los zapatos y los dejo al lado de la puerta para darme una ducha. Entro en la habitación y veo a Ava en un extremo y los niños en el centro de la cama, no me acerco a ellos porque no quiero despertarlos y me voy directo al cuarto de baño. Me desnudo y me meto bajo el agua, no me entretengo, necesito dormir un poco antes de que los niños se despierten.
Me estoy secando el pelo con la toalla cuando escucho un ruido detrás de mí. Me vuelvo y me encuentro a Seth frente al retrete, le da a la cisterna y tengo que poner una mano en el marco de la puerta para que no se choque. Con cuidado lo cojo en brazos y lo llevo a la cama, donde Ava ya estaba levantándose. Vuelve a sentarse en el colchón al vernos y observa como dejo al niño en la cama.
—Hola, ya has vuelto —susurra muy bajo y abre los brazos en mi dirección—. Vamos acuéstate, debes estar muy cansado.
—Dormiré en el sofá, no quiero incomodaros. —Se abraza a mí un rato más y después me mira poniendo un puchero.
—Pero la cama es lo suficiente grande para que durmamos todos.
Miro el colchón, claramente hay hueco de sobra, y luego miro a la preciosa mujer con el pelo desaliñado que me suplica dormir con ella. ¿Cómo voy a negarme con esa carita? Esbozo una sonrisa y me inclino para besarla en los labios, luego voy al otro extremo de la cama y me tumbo boca arriba. Ava se echa al otro lado, dejando a los niños entre nosotros, y por una milésima de segundo me permito imaginar cómo sería que mi propia familia me esperase en casa después del trabajo.
La miro a ella con detenimiento, mientras lucha por no cerrar los ojos y, como puedo, paso el brazo por encima de las cabezas de mis sobrinos y le acaricio el cabello, sintiendo como me gana el cansancio en cuanto su pelo me roza los dedos.
Jamás, desde que vivo aquí, he conciliado el sueño tan rápido.

—Hasta mañana, honey. —Consigo decir antes de dormirme.

Capítulo 34

Ava

Se me pasa la semana volando, quizá porque no tengo ni un solo segundo de descanso o porque me la he pasado pensando en el bien que me va a hacer realizarle el reportaje a los trabajadores de Jayden. Estos días hemos trabajado codo con codo, buscando el modelo de calendario perfecto para la época y las fotos. Según Jayden es la primera vez que lleva a cabo un proyecto parecido, pero la encargada del marketing de su empresa le ha aconsejado hacerlo para innovar. De verdad que tengo mucho que agradecerle por contar conmigo.
Ahora vamos dirección a la tienda de muebles, Marc conduciendo y Zeus acompañándome, aunque tiene que pasar por el hospital para una reunión, Jess y Amber se han apuntado a venir conmigo. Marga también quería venir, decía que nunca es mal momento para ver a hombretones haciéndose fotos, pero le hemos pedido no hacerlo porque si ya gritaba de emoción en casa imagínate cuando los tuviera delante. Y Madison no ha podido porque tenía planes con su familia.
—¡Qué emoción, Avuchi! Jayden ha sido muy buen amigo al pensar en ti, esto puede ser un empujoncito muy importante para tu carrera. Y todo gracias a él.
Miro de reojo a Zeus porque está rumiando algo entre dientes al escuchar a Jess, pero sé que no dirá nada inadecuado ya que hemos hablado de esto muchas veces a lo largo de la semana. Cero comentarios inapropiados y cero gestos de desaprobación. Me prometió aceptarlo sin rechistar y, bueno, aunque se queje por lo bajo, lo está haciendo.
—Yo estoy muy emocionada por poder estar presente y aprender de la experiencia. —Amber enseña los dientes en una sonrisa preciosa al girarse en el asiento delantero.
Realmente vamos en coche a consecuencia de llevar el maletero atestado de material para las fotos. Además, también sé que Zeus se quedará más tranquilo si es él quien me deja allí. Y tampoco me quejo por ello, aprovecho cualquier situación que me brinde más tiempo con él.
—Ya hemos llegado —anuncia Marc, deteniendo el coche—. Voy a ir bajando las cosas.
—Yo te ayudo. —Le dice Jess, saltando del coche en cuanto tiene oportunidad.
Amber baja después de ella y se une a Marc para vaciar el maletero. Tengo intención de ir con ellos y ayudar también, pero Zeus me detiene cogiéndome por la muñeca.
—¿Qué pasa? —Me mira a los ojos, tan intenso como siempre.
—Nada, honey. Sólo quiero que me llames para cualquier cosa, os pasaré a buscar con Marc cuando acabes —Asiento y recibo su beso en los labios—. Me alegro mucho por ti , cariño. Va a irte fenomenal, no me cabe duda.
Oh, es que es tan mono. Lo abrazo pasando los brazos por sus hombros y le reparto varios besos

en la cara hasta hacerlo reír. Cuando consigo separarme, aprovecha para volver a hablar.
—Dale las gracias a Jayden de mi parte por pedirte a ti hacer el trabajo.
—¿Así quieres que le recuerde que seguimos juntos?
—Si lo prefieres, puedes decirle que no se te acerque demasiado si quiere conservar la cara.
—Eres un animal. —Intento bajar, pero vuelve a detenerme.
—¿Acaso no te gusta? —Me susurra al oído, mojándomela con su aliento cálido.
Voy a responderle una burrada, pero estoy segura de que tendría una respuesta, por lo que me limito a volver a besarlo para despedirme y me bajo del coche. Cuando desaparece delante de nosotras, Jayden aparece por arte de magia detrás ayudándonos a meter en el establecimiento lo que traigo.
Los clientes nos observan al pasar y cuchichean, seguramente preguntándose qué vamos a hacer. Sonrío sin decir nada, con Jayden muy cerca de mí y varios macutos en las manos. Nos guía hasta un compartimento que ha decidido despejar al fondo de la tienda. Donde ha colocado algunos muebles y carteles con el logo de la empresa y me explica que le gustaría que apareciese en las fotos.
Por lo parte no hay problema, yo me encargaré de todo lo demás y de añadir mis toquecitos personales al decorado. Una vez colocado el material de trabajo, Jayden hace llamar a los trabajadores que van a colaborar con la causa. En total son quince, tampoco es que necesitáramos más ya que en la última página del calendario aparecerá una foto en tamaño carné de cada uno de los integrantes de la empresa.
—Bueno, chicos, es un placer conoceros. Estoy súper emocionada por participar en esta nueva iniciativa de la empresa y quiero daros la gracias a vosotros por hacerlo también. ¿Qué os parece si empezamos? Será muy divertido. —Consigo sacarles unas sonrisas y empiezas a agruparse.
Calculando que todo vaya bien y no haya ningún contratiempo, teniendo en cuenta que son las ocho de la mañana, podremos terminar el trabajo bien entrada la tarde. Será muy pesado, pero descansaremos varias veces además de respetar el almuerzo.
Jayden lo ha preparado todo minuciosamente, ya bien podría dedicarse a esto. Ha colocado una alfombra simuladora de un suelo de madera precioso por toda la estancia que nos ha dejado libre, que no es pequeña para nada. Hay una mesa redonda de madera maciza y varias sillas alrededor, un conjunto de comedor de tonos claro. También, a dos metros como mucho, un sofá de dos plazas y un sillón de tela a juego, preciosos, y de color burdeos. A unos cuatro metros a la derecha, ha colocado un dormitorio con un escritorio oscuro también de madera.
Creo que es suficiente y podré jugar bastante con la organización y el material, aun así me ha explicado que podremos añadir o remplazar muebles por otros a nuestra elección. Yo, a su vez le he explicado que traigo accesorios que podremos utilizar, pero viendo lo que nos ofrece la empresa vuelvo a pensar que no será necesario.
—Espero que estés cómoda conmigo. —Lo escucho decir detrás de mí y muy cerca.
Inquieta, me giro y pongo distancia. Miro a mi alrededor, comprobando que nadie nos mira raro y termino diciendo.
—Zeus está muy contento con el proyecto. Quiere que sepas lo agradecido que está porque has contado conmigo. —Suspiro, consciente de que acabo de caer en el juego de ese arrogante cirujano.
La carcajada del pelirrojo atrae la mirada de las chicas y algunos compañeros que nos miran unos segundos antes de volver a lo que fueran que estaban haciendo. Yo no me muevo, me siento arder la cara.
—Es un placer trabajar contigo. Dile a tu novio que siempre estaré dispuesto a darte la

bienvenida.
Lo veo marcharse hacia el grupito que está junto a la mesa de comedor, pensando que no pienso decirle ni una palabra de eso último a Zeus. Estoy segura de que entenderá algo en esa frase que se escapa a mis conocimientos y acabará airado. No lo creo necesario.
Al ver cómo Jessica me mira desde el otro lado, ya sé que vendrá y me bombardeará a preguntas, por lo que espero el momento mientras voy colocando a los cuatro primeros trabajadores que voy a fotografiar. Al menos la cámara me da tiempo a sacarla de la bolsa.
—¿Qué chiste le has contado a Pipi Långstrump?
Subo las cejas, siendo ahora yo la que ríe con ganas. ¿De dónde saca ésta las ocurrencias? Me acerco al grupito, con mi amiga pegada al cogote, y empiezo a colocarlos; uno de pie, otro con una silla sobre la mesa como si la estuviera montando y otra con el destornillador en la mano. Al final solo posan tres.
—Vamos, ¿Por qué se reía?
—Ay, por nada Jess. Cosas suyas.
Agito la mano en su cara, para que me deje trabajar tranquila y me posiciono detrás del objetivo. La escucho quejarse, pero que lo haga cuanto quiera, no pienso decirle nada porque después lo maquilla como quiere y me hace pensar cosas que no son. Aunque siempre decía que le gustaba a Jayden y yo la tachaba de loca y al final acabó teniendo razón.
Resoplo, agobiada y totalmente desconcentrada. Con Jessica revoloteando, todos de un lado para otro y Jayden con sus comentarios, no hay quien se concentre. Pulso y capturo la primera imagen: la palabra nefasta, tendría que haber salido en rojo y con letras gordas en la foto.
Vuelvo a intentarlo, charlando con las personas que hacen de modelo, ayudada por Amber, que está a mi lado dándole consejos de postura a los chicos. Jayden ha decidido quitarse de en medio, al parecer tenía asuntos pendientes. En cuanto consigo calmar mis pensamientos, empiezo a tener resultados magníficos.
El primer tiempo es de dos horas y media, por lo que, a las diez y media de la mañana, decidido parar a tomar algo. Amber, Jessica y yo, estamos apoyadas en un mueblecito tomándonos un café, cuando veo que Jayden vuelve con nosotros.
—¿Qué tal las fotos? —Se acerca a coger un vaso tapado de la bandejita que uno de los trabajadores nos ha traído.
—Bien, tienes a muy buenas personas a tu alrededor.
Jessica y Amber asienten, ya se llevan bien con todos y están de acuerdo conmigo. Hace un momento estábamos hablando hace de lo educados y simpáticos que son. Cuando Jayden tiene el vaso en las manos, clava su mirada verde en la mía, enviándome una intensidad que nunca había visto en él, de hecho, creo recordar que le dejé claro que no quería ese tipo de acercamiento entre nosotros porque somos amigos.
—No es exactamente la compañía que deseo. —Me guiña un ojo y se marcha con los demás mientras bebe de su vaso.
—Ay mi madre. —susurra Jessica que ha estado a punto de echar café por la nariz.
Amber ni siquiera da su opinión, ella se ríe a escondida tras el vaso y mira a otro sitio. Veinte minutos más tardes, Jessica ya se ha colocado al lado de Jayden y conversan muy concentrados. Aprovecho ese momento para ponerme manos a la obra y escuchar las indicaciones que Amber nos da, corrigiéndola cuando es necesario para ayudarla a mejorar.
—Ver como trabajas es relajante.
La piel se me eriza y me odio por sentir eso cuando no es Zeus el que lo provoca. Ni siquiera se a cuento de que viene que mi cuerpo reaccione así, no siento nada por Jayden. Continuo mi

trabajo, sin responderle, pero si algo he conocido de este hombre es que quien no se esfuerza no consigue recompensas.
—¿Te incomodo?
Me retiro del objetivo cuando Amber los cambia de posturas y lo miro a la cara, deslumbrándome con una sonrisa blanquecina y lineada.
—Para nada. Mis amigos no me incomodan. Porque es eso lo que somos, Jayden, y no me gustaría que lo perdiéramos.
Su mano aprieta mi hombro, desnudo, porque el top que llevo hoy es sin mangas. Me da un repaso con la mirada que debería está prohibido, sin perderse un detalle, y luego se lleva las manos a la espalda, donde aparece cruzarlas.
—Ya me quedó claro que no habrá nada entre nosotros.
—¿Entonces porque insistes en provocarme? —pregunto a punto de sentir un colapso.
Levanta la ceja escaneando mi rostro y me coge la barbilla con sus largos dedos.
—Con que provocar, ¿Eh? — quiero gritar que no era eso a lo que me refería, pero él ya me ha soltado y ha vuelto a alejarse.
—Me parece que a Jayden no le da miedo perder los dientes. —Miro a Amber, sorprendida y asustada por la crudeza de sus palabras.
No vuelve a decir nada al respecto, se concentra en su labor a mi lado, mientras yo me como la cabeza al imaginar que Zeus viera el comportamiento de Jayden. Vuelvo a colocarme detrás de la cámara preparada para fotografiar a los tres compañeros tomando un café en el sofá que nos han proporcionado. He decidido añadir una lámpara de pie que queda muy bien.
—¿Has pensado ya qué hacer con William? —Solo Jessica es capaz de entrometerse en una conversación sobre trabajo y acaparar tu atención con un puñado de palabras.
—No…no del todo.
—¿No del todo? —pregunta como si no fuera entendible lo que le digo. Ah, y más alto de lo que debería.
—Primero quiero decírselo a Zeus. —susurro para que nadie más me escuche y continuando mi trabajo.
—Pensaba que se lo habías dicho ya. Después de lo que pasó en la casa…
Niego con la cabeza, observando como el más alto de los otros cuatro compañeros se coloca detrás del sofá por petición de Amber. Clic, nueva captura. Amber se aleja unos metros para charlar con Jayden y aprovecho para volver a hablar.
—Le he contado lo que pasa con Ana, le he hablado de mi padre y de mi madre, pero no le he dicho que quiero conocer a William.
—Bueno, y aunque no lo hayáis hablado, ¿Qué quieres hacer?
Lo pienso por un momento, sigo sin tenerlo claro, pero la sola idea de que mi abuelo materno no sepa nada de mí y me vaya a recibir con los brazos abiertos, me tiene tentada a arriesgarme.
Suspiro, viendo en el reloj que casi han pasado las dos horas y media antes del descanso.
—No lo sé, me gustaría que Zeus viniera conmigo a Brooklyn. Pero, por su reacción cuando supo lo que pasaba, me da que va a intentar protegerme de mi madre. No puedes imaginarte el horror que vi en su rostro cuando le conté que huyó de mí hace un mes.
—Ava, estás echa un lío. Zeus todavía no conoce a tú familia, es decir a Jorge y Sonia, y quieres que conozca a la tipa que te abandonó y a la familia que no sabe nada de ti.
Quiero gritar, romper algo y rasgarme la garganta expresando lo frustrada que estoy. ¿Podré gritar sin asustar a nadie? Mejor me lo ahorro que quiero ganar clientes no ahuyentarlos.
Si Zeus no conoce a mi familia es porque mis padres no han venido a verme, por lo que es

totalmente normal la situación en la que nos encontramos. Aun así, casi a diario, la regularidad con la que yo hablo con ellos o nos hacemos videollamadas, Zeus se relaciona con los dos. Incluso intercambia bromas con mi padre y escucha las quejas de mi madre sobre la sanidad pública.
Mi intención es viajar a Madrid en navidad y podría aprovechar las vacaciones para llevar conmigo a Zeus y así enseñarle la ciudad. Pero igualmente no es seguro, tenemos mucho trabajo, a mí me gustaría expandirme y las navidades en Nueva York son muy extravagantes como para irme y perder el mogollón de trabajo que podría conseguir para esas fechas. Será más fácil conseguirles un vuelo y que estén aquí unos días.
—Ya iré poniendo cada cosa en su lugar. No me agobies más con el tema y limítate a hablar con los demás y a comer, como llevas haciendo desde que llegaste mona.
Mi amiga me da un tironcito de pelo, consiguiendo que la mire mal, y hace lo que acabo de pedirle. Dejando que pueda trabajar en paz. Continuamos con la sesión de fotos, con un compañerismo y buen rollo de enviar. Ya me gustaría a mí tener una empresa con este funcionamiento en un futuro. Jayden parece que se ha relajado y solo se acerca con buenas intenciones, nada pícaro ni pasado de raya. Incluso hemos quedado los cuatro en tomar café una tarde. Cosas que hacen los amigos.
—¿Puedes enseñarme las fotos? —Jayden me ayuda a recoger y me mira cuando habla.
—Lo haré mañana. Las pasaré de la tarjeta al ordenador y te las mando.
La tienda tiene tanta luz que si no fuera porque hay ventanas podría parecer que es por la mañana. Pero ya son las ocho de la tarde y el cielo está oscuro.
—Está bien, tendremos que quedar para verlas y probarlas en el calendario que hemos elegido.
—No es necesario. Si tienes trabajo no tienes por qué perder el tiempo con las fotos. Puedo enviártelas por e-mail y tú me reenvías las que te guste.
—¿Estás evitándome? —Me pregunta claramente ofendido.
—No, claro que no. —Le respondo a media verdad. Quiero que hagamos cosas, pero en calidad de amigos, no soy capaz de verlo de otra manera.
—Entonces ¿Qué tiene de malo que quedemos para revisar el trabajo?
Viéndolo así y escuchando su tono de voz, me parece totalmente inofensivo. Por lo que decido que podríamos probar de nuevo a volver a quedar. Pero desde ya digo que no podría soportar otro comentario con segundas intenciones.
—Está bien, quedaremos. Pero no mañana, es el único día libre que tengo en toda la semana y quiero pasarlo con Zeus. En estos días te hago un hueco.
—Perfecto. Creo que lo mejor es elegir las fotos juntos. Intentaré que venga Tea, que es la encargada de marketing.
Asiento sin decir nada al respecto, y continuamos recogiendo. Mi teléfono suena lejos de mí y veo a Jayden cogerlo de las manos de uno de sus compañeros, que se lo estaba entregando para que me lo hiciera llegar.
—El novio perfecto. —ironiza mirándome con sorna, a lo que yo vuelvo los ojos y reviso las notificaciones.
—Pues sí, y está fuera esperándome para llevarme a casa. —Le aguanto la mirada, sintiéndome una cría con este juego. Entonces lo veo sonreír.
—Nos vemos la semana que viene, Ava.
Una vez más no siento nada cuando escucho mi nombre en su boca, sintiéndolo todo cuando Zeus se refiere a mí con ese apodo que solo él puede usar y que me hace burbujear la sangre. Me estrecho contra él cuando ya estamos juntos en la calle y le doy un beso demasiado ansioso,

acaparando toda su atención. Y él tampoco escatima en besos y caricias hasta que todos nos hemos subido al coche para irnos a casa.
Dejo escapar un largo suspiro de placer al apoyarme en su hombro, disfrutando de la cháchara que hay en el coche por Marc, Jess, Amber y su hermano. Le vibra el cuerpo cada vez que habla, enviándome a mí esas vibraciones que me hacen sentir muy bien. Hacía tanto tiempo que no me encontraba tan tranquila y dichosa, que a veces me sigue sorprendiendo que sea en brazos de un hombre al que conocí hace cuatro meses en el aeropuerto.

Capítulo 35

Zeus

Miro airado, y sintiendo mi sangre hervir, al único ser humano capaz de enfurecerme con solo su presencia. Llevo los suficientes años aguantando el mangoneo de este hombre, intentando llevar el mando de algo que jamás será suyo.
Todo ha empezado porque, como suele acostumbrar, ha entrado en mi consulta sin previo aviso y mucho menos sin llamar a la puerta. Ha llegado imponiendo, de malas ganas y provocándome. Intento contenerme porque lo último que quiero es armar un revuelo en el hospital ya que no es el lugar indicado.
Hace rato que no le presto atención, simplemente lo miro desde mi escritorio, con las manos cruzadas debajo de la barbilla y los codos sobre la mesa. Lleva puesto un pantalón de traje combinado, de forma nefasta para mi gusto, con un polo beige de mangas cortas. Se está dejando la barba, que tiene colores mezclados entre el blanco, rubio y castaño. El pelo lo lleva hacia atrás, engominado y peinado varias veces con un peine.
Se mueve por la sala, alza las manos, se le hincha la vena del cuello, respira descompasadamente y me mira con los ojos inyectados en sangre. Habla de su hija, por lo que se ve sigue teniendo esperanzas y cree que me casaré con ella, despotrica sobre el hospital, buscando fallos y algo por lo que quejarse ya que no provoca reacción alguna a mí. Hasta que da con el único detonante que puede hacerme tomar partido en este juego.
—He estado observando a tu mujercita, puedo llegar a entender porque te tiene tan cogido por los huevos.
Se me revuelve el estómago al imaginar a Máximo vigilando a Ava. ¿Cuándo lo ha hecho? ¿Es que se ha vuelto loco? ¿La está espiando? El calor se expande por todo mi cuerpo provocando que me levante echo una furia y me enzarce con él cogiéndolo por el pecho de su caro polo.
—No vuelvas a hacer algo parecido si quieres seguir viendo la luz del día. —Aprieto con fuerza los dientes, notando como se me abre la nariz por la fuerza al respirar.
—¿Por qué? Es bastante entretenido verla llegar a ese estropajoso edificio para trabajar, tan guapa cada mañana.
Cegado por la rabia, pego con brusquedad mi frente a la suya consiguiendo que suelte un quejido, pero no se separa. Puedo matarlo si así lo quiero, hacer que tenga que cambiar de identidad o quitarle todo lo que tiene con un solo chasquido de dedos. Me estoy conteniendo por no volver a esa mierda y así comportarme como un tío legal, pero me lo pone muy difícil.
—No te acerques a ella Máximo. Dijisteis que la dejaríais en paz. Ella no tiene nada que ver en esto. —Me pongo nervioso al pensar en cuanto tiempo llevará este hombre persiguiéndola.

Suelta una carcajada y consigue que lo empuje para quitármelo de la vista.
—La mayoría de los días su madre viene conmigo, utilizo el momento para provocarla y cagarla de ira. Sólo tengo que recordarle cuánto tiene su hija a su corta edad y lo poco que tiene ella.
Abro los ojos, el corazón me bombea con tanta intensidad que parece que acabará dándome un infarto. Quiero partirle la cara, pero vuelve a hablar clavándome en el suelo con sus palabras.
—Ana, creo que me ha dicho que se llama así, está enganchada a más no poder. Ni siquiera sé cómo sigue viva, pero lo que sí sé es que quiere todo lo que tiene su hija. Es como un animal rabioso, le hablo de su bonita niña y le sale espuma por la boca.
Doy dos zancadas y lo cojo del cuello aplastándolo y golpeándolo varias veces con la puerta. Mis dedos se clavan en su piel, con ganas de cerrarle las vías respiratorias. Pero cuando soy consciente de que esto es lo que quiere, empiezo a aflojar el agarre. El viejo tose, se acaricia la zona dañada y me mira con el semblante rojo por el enfado y la falta de aire.
Me señala con un dedo, escupiendo al hablar por la propia ansiedad que le provoca la situación.
—Voy a hacerte daño, niñato, voy a arruinarte. Ya sea económicamente o haciéndole daño a tu puta española. Voy a perseguirla, a seguir envenenando a su madre y a pagarle lo que haga falta a ese viejo de William hasta conseguir que no quiera ver a su nieta ni en pintura.
Esta vez intento contenerme, no acercarme o tocarlo, evitando aquello que pueda usar en mi contra y con lo que denunciarme. Mis manos están a cada lado de mi cuerpo, cerrándose en puños de acero que desean golpear algo con todas las fuerzas que tenga mi cuerpo, mientras mis ojos están clavados en el ser que tengo delante, escuchando sus últimas palabras antes de salir de la consulta.
—Escúchame bien, te equivocaste al dejar a mi hija, lo sigues haciendo al querer hacerte dueño de esto y te repito una vez más: voy a arruinarte de un modo u otro. Por lo que vas a tener que cubrirte las espaldas.
Abre la puerta bruscamente y la cierra al salir con un portazo que provoca un sonido sordo a mi alrededor. Mi pecho sube y baja arrítmicamente y me obligo a tranquilizarme por miedo a perder los papeles. Saco el teléfono del bolsillo de mi bata y marco el número de Peter.
—Tío, ¿Qué tal?
—Necesito un reservado para dentro de media hora. No quiero que nadie nos moleste. Necesitamos hablar.
—Está bien, te espero aquí.
Sin necesidad de nada más, cuelgo la llamada y me preparo para poder afrontar al último paciente de la tarde, deseando que termine para poder largarme. Unos minutos después, aparecen una madre y su hija a las que les explico que la niña debe ser operada del brazo que se ha partido por varias zonas.
Marc está esperándome en la puerta, subido al coche y con la ventana bajada. Hace calor, pero las temperaturas no son tan altas y nos da una tregua. Me subo en la parte de atrás, cerrando la puerta con fuerza y sin recibir un saludo, buena elección por parte de mi amigo. Habrá visto mi cara y decidido que es mejor no hablar conmigo.
Veinticinco minutos después, estoy entrando en el Pure Fire, molestándome enseguida que haya tanta gente aun siendo por la tarde y por la música reggaetonera que suena por los altavoces.
Miro a mi alrededor y me encuentro con Peter alzando la mano para llamar mi atención.
Me dirijo al fondo del local, subo las escaleras que dan a la zona de los reservados y me meto en el más alejado que hay, donde Peter ya me está esperando. Sobre la mesa hay dos vasos anchos y una botella de whisky con una etiqueta en el que se detalla el nombre, la procedencia y los años que tiene.

Cojo uno y lo lleno del líquido que me bebo de una sola tragantada. Me quema la garganta y el estómago cuando acaba ahí. Lo relleno, esta vez hasta su medida adecuada y me siento frente a mi amigo. Es en el único momento que me permito taparme la cara con las manos y gruñir de frustración.
—¿Qué coño han hecho esta vez ese par de buitres?
Lo miro entre los dedos de mi mano beberse su bebida, rellenando de nuevo el vaso y dejándolo sobre la mesa.
—La están siguiendo, Máximo está siguiendo los pasos de Ava en compañía de su madre. Qué al parecer está enganchadísima y en muy malas condiciones.
A Peter le cambia la cara, veo el cariño que le tiene a Ava teñirse de preocupación y enfado. Se pasa las manos por el pelo y suelta un puñetazo en el sofá de cuero.
—Hijo de puta, ¿Cómo se atreve? —Se mueve en el asiento, notoriamente incómodo y se echa hacia delante para mirarme de cerca—Puedo hacer una llamada y que se encarguen de él.
Lo pienso, de verdad que lo pienso e incluso me siento tentado a recurrir a nuestros contactos. Pero no quiero que llegue a oídos de Ava, mucho menos tener que mentirle.
—No quiero hacer nada de eso. Idearemos una forma. Le he pedido ayuda al abogado…a Lucas. Estoy esperando respuestas suyas.
Peter juega con el vaso que tiene delante, luego lo coge con los dedos anular y meñique hacia arriba y se bebe lo que queda.
—Drógalo o algo, haz que firme de una maldita vez y quítatelo de encima. —Levanto la mirada de la mesa a su cara, estudiando esa posibilidad.
Pero igualmente, por muchas ideas que tengamos ahora, debemos esperar a que Lucas me responda. Me bebo el alcohol ámbar de mi vaso y me lo relleno, bebiéndomelo poco después. Le envío un mensaje a Ava, viendo que es casi la hora de cenar y no tengo intención alguna de irme a casa todavía. No puedo mirarla a la cara y evitar sentir ganas de estrangular a Máximo. No quiero pagar con ella este enfado.
—¿Y si se entera Ava? No quiero que piense que soy un monstruo. —Confieso, negándome por completo a esa posibilidad.
—¿Y qué hay de lo que es Máx? ¿Acaso sabe Ava lo que te está haciendo? —Peter parece frustrado conmigo, más cuando muevo la cabeza negativamente— Joder, Zeus. No puedes llevar esto tú solo.
—No lo hago, estoy aquí contigo. —La música ayuda a embriagarme, no cabe duda de que lo que me ha dado es bueno.
—Sabes perfectamente a qué me refiero. Es tu novia, tienes…
—Peter, no me digas cómo llevar mi relación. Lo último que quiero decirle a Ava es que la misma madre que la abandonó cuando era una niña y que salió a correr hace un mes al volver a verla, está persiguiéndola con el padre de mi ex prometida. ¿Te das cuenta de lo que puede ser eso para ella?
Me paso las manos por el pelo, agobiado y aterrorizado por lo que pueda pasarle a Ava. No puedo dejar que sufra, no quiero que su corazón conozca más dolor, solo que sea feliz y voy a hacer todo lo que esté en mi mano para que así sea.
—Suena jodido, sí. Pues hay que buscar una solución, no puedes estar así. Tú no eres así, no dejas que nadie decida por ti y eso es exactamente lo que estás dejando que haga Máximo.
Parpadeo mareado, me provoca náuseas todo lo que está pasando a mi alrededor. Me siento desbordado y agobiado. Quiero hacer tanto y provocar tan poco daño a las personas que quiero, que a veces temo tener que elegir.

—No puedo seguir así, Peter. Por eso he pedido ayuda a Lucas, hasta que me responda tendré que esperar.
Mi amigo me rellena el vaso y pasamos las siguientes horas pensando qué podemos hacer para poner fin a esta mierda. Me desahogo con Peter como hacía mucho no hacía, me promete ayudarme a buscar una solución y me pide paciencia hasta que Lucas consiga una forma.
A las doce, mi amigo decide por mí que es hora de que me vaya a casa. Me siento mareado, veo borroso y me pesa el cuerpo como si tuviera encima toneladas de ropa mojada. Llego al coche como puedo, abro y me subo en el asiento que ocupo todos los días.
Todo a mi alrededor da vueltas, el coche, la voz de Marc que intenta distraerme, la familia de Ava, los Lewis, el hospital… Pensaba que me había deshecho de los problemas, que cuando Cristal renunció a nuestro casamiento se había terminado para siempre.
Me río en voz alta de mí mismo por ser tan iluso y al percatarme de que vamos a llegar a casa le exijo a Marc dar otra vuelta, no quiero llegar tan pasado. Cuando veo una calle tranquila, le pido que pare y salgo para que me dé el aire.
Pienso en Ava, la imagino en casa, esperándome como siempre hace cada vez que llego tarde del trabajo. Entonces me recuerdo en silencio que no miré su mensaje de respuesta a que llegaría tarde. Con más descoordinación de la que imagina que iba a tener, consigo abrir su chat y una ira abrasadora me recorre el cuerpo al leer su puto mensaje.
No te preocupes, pásalo bien cariño. He invitado a las chicas y se ha unido Jayden. Espero que no te importe. Te quiero.
Me importa, me importa a niveles tan inalcanzables que ni siquiera sé cómo llego al coche y le grito a Marc que me lleve a casa. El mensaje me ha pillado tan desprevenido que ya no estoy ni borracho. Me da igual su te quiero al final del mensaje, que me lo haya contado e incluso que esté también sus amigas. Sólo puedo ver a ese imbécil sobre mi chica, haciéndola reír como he visto que hace y acercándose a ella como sé que desea. Ya no me importa que confíe en Ava, no veo otra cosa que mis manos sobre la cara de Jayden.
El coche se detiene delante de mí edificio y salgo del vehículo llevado por el diablo. Escucho a Marc gritar detrás de mí que me tranquilice, pero no quiero. Llego al ascensor y subo ansiado por llegar a mi apartamento. Tiemblo del enfado, nervioso por como pueda encontrármelos en el apartamento.
Los escucho hablar en el silencio del rellano conforme me acerco a la puerta. Cojo aire varias veces aplacando la poca embriaguez que me queda y abro la puerta, encontrándome a los amigos de Ava recogiendo para irse.
Ella se acerca para saludarme, pero me aparto por si siente mis temblores. Fijo la vista en el hombre que está detrás de ella mirándome con una seguridad sobre algo que me aterra tanto como para hacer que me acerque amenazante. No miro a Ava, que está en medio. Ni a las chicas que estaban en la cocina.
—¡Sal de mi casa y no vuelvas! —Bramo, despacio, sonando mucho peor de lo que imaginaba. No bajo los ojos a Ava, no quiero que su rostro aplaque lo que siento en estos momentos. Jayden me observa sin moverse, como si no me hubiera escuchado.
—¿Tengo que repetirlo?
El pelirrojo niega suavemente, colocando una mano en el hombro de Ava y provocando que termine de enfurecer. Le aparto la mano de un golpe, sin percatarme de que es Ava la que sufre con todo esto. Él la aparta a un lado, a pesar de que ella se resiste y me grita cosas que no entiendo. Se encara conmigo y me empuja por el pecho. Veo lo molesto que está, pero me importa una mierda, es él quien está en mi casa.

—Jayden, por favor.
Él la mira y entonces lo hago yo también. El mundo se me cae encima al verla llorar y mirarme asustada. Cierro los ojos con fuerza, maldiciendo una y otra vez por ser tan inconsciente.
—Ava, vámonos. Está borracho, no deberías quedarte aquí.
Me giro brutalmente al escuchar lo que le propone. Se gana a pulso que quiera golpearlo. ¿Quiere apartarla de mi lado? Entonces ella niega, mirándome de una forma que hace que me congele, y los acompaña a la puerta.
Una vez se han ido y el apartamento se sume en un silencio abrumador, Ava se vuelve hacia mí con los ojos rojos del llanto y abrazándose a sí misma. Su pena se expande enseguida por mi pecho, doliéndome a su vez. Pero nada se compara a cuando la veo retroceder porque he intentado acercarme.
—Honey, lo…
—No te atrevas a decir que lo sientes. Por qué no es así. —sisea de muy malas maneras y mirándome con un odio que me duele en el alma. Pero me lo he buscado yo.
—Es la verdad. He tenido un día de mierda y verlo aquí me ha removido algo.
—Me ha removido algo… —repite como si no pudiera creerlo e intento acercarme de nuevo— No me ha gustado nada verte así. No vuelvas a echar a ningún amigo mío. No tienes ningún derecho a tratar así a Jayden.
Aprieto la mandíbula al escuchar como sale en su defensa. Pero a pesar de saber que me estoy equivocando no puedo evitar volver a cagarla.
—¿Cómo te atreves a defenderlo? Lo echaré cuántas veces hagan falta. Esta es mi casa y yo no lo he invitado.
En cuanto lo digo y veo cómo le afecta sé que me he equivocado. Su labio tiembla y, aunque parece que me va a gritar, se marcha al dormitorio. No me muevo, me quedo anclado al suelo con la mirada fija al pasillo. Por donde la veo volver con un macuto en la mano. El corazón se me acelera.
—¿Qué es eso? —pregunto caminando hacia ella.
—Mis cosas.
Su respuesta me enloquece, llevándome a quitarle la bolsa de la mano.
—¿Para qué, honey? —Mi tono de voz baja gradualmente, sonando tembloroso y asustado. Ambos nos sorprendemos de ello.
En sus ojos veo que empieza arrepentirse de su decisión, veo que no quiere marcharse, pero su carácter fuerte no la deja ver otra cosa que hacerlo.
—Me voy a mi casa. No quiero la caridad de nadie.
Me arrebata sus cosas y va hacia la puerta con intención de dejarme. No puedo volver a soportarlo, ya pasó una vez y estuve a punto de perder la cabeza. Pongo una mano en la puerta y la acorralo con mi cuerpo.
—No puedes dejarme.
—Si, claro que sí puedo. Ahora mismo estoy muy enfadada contigo. —Lucha por no llorar y mis ojos se mueven a su preciosa boca.
—Mi amor, lo siento tanto —Apoyo la frente en la suya, no se mueve, pero tampoco me mira. Aprovecho el acercamiento para desahogarme—. De verdad que lo siento. Ha sido un día horrible, no he recibido más que golpes y solo me apetecía volver a casa y estar en tus brazos. Pero cuando he leído que él estaba aquí lo he usado como saco de boxeo.
La escucho soltar aire, espero que no esté cansada de tantos problemas.
—No puedes seguir así. Si hay algo que te esté agobiando, háblalo conmigo. Pero no puedes

llegar a…a tu casa —Cierro los ojos con fuerza al escuchar cómo se refiere al apartamento— y provocar este numerito.
Estudio la posibilidad de contarle lo que pasa, de decirle que Cristal está pagándole a su familia para que la rechace y que Máximo la sigue con su madre biológica. Pero para hacerlo necesito estar sobrio y ella preparada.
—Lo mejor es que me vaya a dormir al estudio. Necesitas estar solo.
Separo nuestras cabezas y la miro mejor, negando seguidamente. Es lo último que necesito.
—Nada que involucre que no estés a mi lado es lo mejor. No quiero que te vayas. No me hables si no quieres, no me mires, no te me acerques en el tiempo que necesites, pero no te vayas —La suplica en mi voz la hace respirar hondo, estoy seguro de que no me imaginaba suplicándole a nadie—. Olvida lo que he dicho, esta es tu casa. No quiero nada si no estás tú.
Asiente despacio, pero no hace nada que demuestre si sigue enfadada o no. Esta inexpresiva. Sale de entre mi cuerpo y la puerta y se dirige al sofá.
—¿No vas a dormir? —Asiente, sin mirarme siquiera y se tumba. Y me acerco a ella quedando enfrente— ¿Vas a dormir aquí? —Vuelve a asentir y me siento frustrado, pero solo hace lo que me merezco— Puedo dormir aquí por ti, hazlo tú en la cama —Niega y cierra los ojos, apoyando la cabeza en un cojín nada cómodo y me trago mis quejas—. Está bien. Si cambias de opinión estaré esperándote.
No dice nada, ni se mueve, ni abre los ojos parar mirarme de alguna manera que me demuestre qué siente. La he cagado, la he cagado de lo lindo y va a estar sin hablarme hasta que se olvide de lo que ha pasado.
Me detengo en la puerta del pasillo, mirando al sofá y observando como abre los ojos y los clava en mí. No puedo dejar de mirarla, la adoro tanto que me duele no dormir con ella. Está lejos, muy lejos, a pesar de estar en el salón. Antes de irme a dormir susurro, en un último intento de recibir algo por su parte, mendigando el amor que ahora mismo no merezco de ella.
—Te quiero, honey. —Avanzo por el pasillo y no escondo mi sonrisa al escucharla responderme.
—Y yo a ti.

Capítulo 36

Agosto

Ava

Veintinueve de julio.

Cariño, perdóname. No aguanto estar sin tocarte. Te quiero.

Treinta de julio.

Soy un idiota, un cabezota, un engreído y todos los insultos que quieras decirme. Puedes insultarme tanto como necesites, pero… ¡Háblame!
Te quiero.

Treinta y uno de julio.

No lo aguanto más, estás ahí, en nuestro sofá y estoy haciendo muchos esfuerzos por no ir y besarte como deseo. Te quiero.

Uno de agosto.

Necesito tocarte, honey. Sonríeme, háblame, abrázame. Voy a morir con esta agonía.

Esta nota me hizo mucha gracia. Me la había dejado pegada en la nevera, porque todos los días me dejaba una en partes diferentes de la casa. La primera en el espejo del cuarto de baño, la segunda sobre mi teléfono, la tercera en el marco del televisor, la cuarta fue esta, la de la nevera.

Dos de agosto.

Llevamos seis días enfadados y sin hablarnos, no lo soporto más. Lo siento, cariño, fui un imbécil. Pero perdóname, necesito abrazarte, besarte y escucharte. Te prometo que esta vez he aprendido la lección. Me voy a trabajar, espero que me perdones. Te quiero, honey.

Y esta es la que me ha dejado en la puerta de casa.

La despego, con cuidado, leyendo de nuevo lo que me ha dejado escrito. Sonrío con ella en la mano yo también lo echo de menos. Está siendo muy duro ignorarlo, pero necesitaba hacerle entender que no puede ponerse celoso de ese modo. Estuvo fatal lo que hizo aquella noche. Jayden estaba aquí porque habíamos quedado para elegir las fotos del reportaje y así poder

empezar a montar el calendario. Jessica me llamó cuando acabábamos de terminar el trabajo y lo invitó a tomar un café con todas nosotras. Más tarde, decidimos tomar algo en casa y pensé en hacerlo en el apartamento para así ver a Zeus cuando llegara del trabajo. Jamás pensé que reaccionaría así.
Tenía pensado hablar con él hoy, creo que seis días sin hablarnos es suficiente, más sabiendo que está arrepentido. Ha intentado acercarse todos los días y yo me negaba, necesito que entienda que no me gusta este tipo de comportamientos, no quiero a mi lado una persona exigente y que se vuelva loco si me ve con alguien que no le gusta. Pero estoy totalmente segura de que se arrepiente, por eso he decidido ir a visitarlo al hospital. No tengo el primer trabajo hasta las once y tengo dos horas para estar con él.
Tenía pensado coger el transporte público pero hace unos días, cuando quería ir a ver a Jessica y le comenté que cogería un taxi se mostró reacio. Me suplicó que me llevase Marc, de hecho, me pidió que no me desplazara si no lo hacía con nuestro amigo/chófer. No me gustó que me pidiera tal cosa, pero vi en sus facciones que me lo pedía por favor, que era muy importante para él.
Le mando un mensaje de texto a Marc pidiéndole que venga a recogerme y me responde rápidamente con otro escueto en el que me indica que está en la puerta. Algo sorprendida, pues esperaba que estuviera en cualquier otra parte ya que Zeus está trabajando y le da margen de tiempo libre cuando no necesitemos ir a ningún sitio, cojo mi bolso y cierro con llave.
Subo en el ascensor, con espejos por paredes, una larga fila de botones, barandas bañadas en color oro y la mitad inferior de la pared de mármol negro con detalles dorados y brillos. Quién me diría a mí que acabaría viviendo en el undécimo piso de un altísimo edificio.
En la calle avanzo hasta el coche, desde donde Marc me sonríe y me abre la puerta exactamente como le digo que no lo haga cada día. Ya me sabe mal que un amigo nos tenga que llevar a donde necesitemos, imagínate que encima me abra la puerta como si fuera la mujer de un rey. Para llevarle la contraria me siento delante y me abro la puerta yo solita.
—¿Qué haces aquí? —Quiero saberlo antes de que me diga algo sobre el cambio de asiento.
—Zeus me ha pedido que esté siempre a tu disposición.
No dejo de mirarlo mientras me abrocho el cinturón, sin quedarme totalmente claro que haya echo tal cosa cuando semanas antes le había pedido lo contrario.
—Pero, ¿por qué? Pensaba que tenías más tiempo libre.
Marc sube los hombros, conduciendo con tranquilidad y con la música de fondo. Adelanta a varios coches hasta que tiene que detenerse en un semáforo en rojo. Vuelvo a mirarlo porque todavía espero a que me responda la pregunta que le he hecho hace un rato.
—¿Puedes responderme? —Esta vez resopla y apoya el brazo en la ventana abierta.
—Zeus no tiene que darme explicaciones. En el ámbito laboral, si me pide que esté en un lugar para recoger a alguien eso hago, entra en mi contrato. —Reanuda la marcha, desviándose a la derecha.
—Está obsesionado con no dejarme sola. Últimamente necesita tenerme localizada en todo momento, si no sabe dónde estoy se molesta.
—De verdad que no sé nada. Solo puedo decirte que si está actuando así estará justificado, a lo mejor le preocupa algo.
Y, sin saber cómo, mi cerebro empieza a trabajar y me manda la idea de que quizá Zeus ha estado en contacto con mi familia o Ana. Que ha pasado algo referente a ese asunto y teme que vuelva a encontrármela por la calle. Si esa es la razón por la que está tan tenso y me está sobreprotegiendo tanto no puedo enfadarme con él, pues yo habría hecho lo mismo.
No tardamos mucho más en llegar al Vitaly y Marc me deja en la puerta, rechinando los

neumáticos en la arenilla de los aparcamientos. Me despido de él y veo como estaciona varios metros lejos de mí, bajándose del coche y apoyándose en él. Sin poder quejarme, pues no se moverá de ahí, entro en la recepción y me encuentro una mujer muy guapa en el mostrador.
—Buenos días, ¿Tiene cita con algún medico?
—No, pero vengo a ver a Zeus O'Donnell —Conforme digo el nombre la mujer sonríe atontada y algo me empuja a aclarar quién soy con una sonrisa de labios cerrados—. Soy su novia.
La mujer, de unos cuarenta años, repeinada, con gafas que le favorecen, pintada y con el uniforme, abre los ojos y me mira de arriba abajo, aunque no me incomoda. Luego sonríe y me indica la planta en la que tiene la consulta. No es la primera vez que vengo aquí, pero si la primera que voy a ir a su zona de trabajo en persona, porque aunque por videollamada sí la he visto eso no cuenta.
Me dirijo al pasillo que me ha indicado, encontrándome con Cristal. Hemos estado a punto de chocarnos, pero me he detenido a tiempo. Lleva una bata que le tapa la ropa hasta las rodillas, mostrando sus piernas y unas sandalias de tacón no muy altas. Lleva el pelo en una trenza y tiene poco maquillaje, pero aun así sigue siendo bastante guapa.
—¿Qué haces tú aquí? —Me mira con desdén, levantando una mano para despedirse de la mujer que la acompañaba.
—No es de tu incumbencia.
No quiero discutir, ni siquiera porque no deje en paz a Zeus quiero hacerlo. Es la ex pareja de mi novio, entiendo que tengan un pasado, que ella nos odie, más a mí por lo que provoqué, pero no voy a permitirle pensar que tiene alguna autoridad sobre mí. Entonces se cruza de brazos, pasando la lengua por detrás de su labio superior, pintado en color cereza.
—Ya lo creo que sí, esto es mío. Mira —Da un paso hacia mí, pero no me muevo—, si has venido a recochinearte porque te has quedado con mi vida, estás muy equivo…
No la dejo continuar porque realmente estoy cansada de que siempre me acuse de lo mismo cuando su relación ya estaba muerta. No voy a consentir que me culpe de sus errores, ha sido ella la que decidió tirarlo todo por la borda.
—No vengo a eso, Cristal. No quiero enfrentarme a ti, ni a nadie. Solo he venido a ver a Zeus —Por su cara, me doy cuenta de que no es lo que creía que escucharía, pero no quiero seguir peleando y aprovecho que no habla para continuar—. Lo siento, siento muchísimo como ha pasado todo. Lo hice muy mal, lo hicimos, muy mal. Pero ambas sabemos que tu relación ya estaba muerta, tú misma te encargaste de ello cuando engañaste a Zeus con su mejor amigo.
Cristal me mira pasmada, bajando los brazos con cuidado como si mis palabras le hubieran quitado una venda que lleva años anudada a la parte de atrás de su cabeza. Pero ¿A quién quiero mentir? No creo que lo que le diga pueda hacerla cambiar, aunque tampoco voy a echar a perder la oportunidad de hacerlo.
Por cómo nos miran los demás enfermeros y médicos intuyo que me reconocen, y como no quiero ser el espectáculo del día, paso por su lado y antes de continuar me detengo a su altura.
—No hay ganadora porque Zeus no es ningún premio. Sé que le quieres, solo una mujer enamorada podría actuar como lo haces tú, pero eso no quiere decir que sea la forma correcta de superar una ruptura. Lo que te voy a decir puede parecer una idiotez, porque tu sí me odias, pero no quiero darte la espalda antes de conocerte, Cristal. Estoy convencida de que eres una mujer maravillosa cuando tienes el corazón sano.
Con su mirada fija en mí, continuo hacia el fondo por donde subo una escalera que me lleva a la planta de Zeus. No tengo ni idea de cuál era el número que me indicó la mujer en la entrada, me he puesto tan nerviosa al tener que afrontar a Cristal que se me ha olvidado, pero al dar varios

pasos más, lo veo salir a la puerta con una pareja. Les explica algo y decido detenerme para no interrumpir. Me ve porque mira en la dirección en la que sus pacientes se dirigen, encontrándome a mí al final del pasillo.
Sonríe ampliamente mirándome como si hiciera décadas que no lo hace y camina hacia mí al mismo tiempo que lo hago yo hacia él. Nos detenemos cuando estamos muy cerca y, sintiendo un revuelo en mi estómago por el tiempo que no nos hemos hablado, me tiro a sus brazos que rápidamente me reciben con calidez y familiaridad.
—Te he echado de menos, mi amor. —Siento un beso en mi coronilla y sonrío frotando mi frente por su pecho.
—Y yo a ti, mucho. Me han encantado todas tus notas y necesito que sepas que yo también te quiero.
Me abraza con más fuerza estrechándome contra él y a su vez le acaricio la espalda hasta que algunos compañeros pasan por nuestro lado y nos silban entre risas. Entonces decidimos entrar en la consulta, viendo por primera vez el lugar de trabajo de Zeus. Es bastante amplio, limpio y está recogido. Tiene un escritorio al fondo, donde veo que tiene una foto nuestra apoyada en el pie del ordenador de mesa.
—¿Le has hecho otra copia? —pregunto ante la evidencia, pues le he visto la original en su cartera.
—Quiero ver tu cara cuando estoy trabajando. Me transmite paz y me alegra saber que hay alguien esperándome en casa.
Complacida, con el corazón lleno de amor, me acerco a él, que ahora está apoyado en el escritorio, y dejo que me envuelva de nuevo con sus brazos. Me deja espacio entre sus piernas y levanto la cabeza para besarlo. Cuando su lengua entra en mi boca, un calor abrasador me recorre la columna haciendo que me mueva inquieta. Sus manos se deslizan por mi espalda subiendo hasta mi nuca, donde se aferran rodeándome el cuello.
Zeus me muerde el labio, agarrándome las nalgas con ambas manos y suelta pequeños gruñido cada vez que me muevo o mis manos tocan su cuerpo. El deseo va abriéndose paso por mí conforme se intensifica el beso, volviéndose entonces salvaje. Las grandes manos del hombre más sexy que he conocido me revuelven el pelo cuando me agarra la cara para doblarme la cabeza y abrirme más la boca.
—Joder, me estás poniendo muy cachondo —asegura, apretándome contra su erección para corroborarlo—. Llevo seis días soñando contigo, ahora necesito hacerlo realidad.
Me da un último beso antes de cerrar la puerta con llave. Mira el reloj de su muñeca y me explica que tenemos veinte minutos para nosotros. Entonces suelto una carcajada cuando veo que se empieza a desnudar, lenta y sugestivamente como si estuviera haciéndome un striptease. Se queda con los calzoncillos, notoriamente abultados por su erección, y se coloca la bata encima.
—¿No querías un médico semidesnudo para ti? Aquí lo tienes, cariño.
Me acerco despacio y le acaricio los músculos del tronco. Me quito la camiseta verde que llevo, me quedo con un sujetador de encaje que no deja nada a la imaginación y luego me acerco para besarlo con cariño. Zeus lleva las manos a la cintura de mi falda vaquera para desabrocharla y bajármela.
—Eres una fantasía —susurro mientras me pongo de cuclillas viendo en los ojos de mi chico cuanto le gusta que lo haga—. Una de la que nunca me saciaré.
No me dice nada, pero la mano que me acaricia el pelo y se coloca en la nuca preparada para guiarme me lo dice todo. Se relame los labios dándome una increíble imagen que cualquier mujer querría en sus sueños. Zeus es perfecto con sus piernas altas, fuertes, brazos duros y

varoniles, hombros anchos como su espalda, y una masculinidad que podría ser envidiable por cualquier hombre.
Tenerlo duro, en ropa interior y con una bata blanca, es lo único que necesito para mojar las bragas.
Bajo la cinturilla de sus calzoncillos descubriendo su ancha y larga erección, la miro lujuriosa, hambrienta de él, y la empiezo a tocar. Primero suavemente desde la base hasta la punta y viceversa, provocándole susurros inentendibles. En cuanto mi lengua lame su glande, siento el primer empujoncito en la nuca. Abro la boca encantada para comenzar a introducirme milímetro a milímetro su erección. La comisura de los labios me tira y la boca se me llena de saliva cuando Zeus me la folla con varias embestidas.
—Nena, que rico lo haces. Así, sí, mi amor, me encanta tu boca. Es tan pequeña cuanto la tienes cerrada, pero…
Lo veo echar la cabeza hacia atrás cuando me da en la garganta, cierra los ojos y se muerde el labio. Me palpita la vagina de una forma dolorosa, pero también tan placentera que si me rozo un poco podría tener un orgasmo. Continúo moviendo la cabeza a mi ritmo y al que él me guía entre promesas y obscenidades que me encienden por segundos.
Cuando las embestidas son más rígidas y profundas, se sale de mi boca con una maldición, dejándome vacía.
—Pienso follarte sobre mi escritorio.
—No esperaba menos después de seis días sin sexo. —Me inclino sobre la mesa dejando que se deshaga de mi ropa interior.
—En casa te espera más. —dice contra mi oreja, prometiéndome algo que ya deseo.
Su erección da en mi entrada y sin medidas algunas se introduce en mí como si fuera parte de mi cuerpo. Zeus me agarra por la cintura con las dos manos dejando que yo apoye el cuerpo y haga de soporte. Me alza para más intensidad y cavidad, sintiendo como con su paso se adueña de mi vagina para reclamarla como suya. Me embiste con fuerza chocándose con mi culo brutalmente. Aunque quiero aguantar, no podré hacerlo mucho más, yo también he soñado con este momento estos últimos días.
Me muerde el hombro empujando con fuerza como si su vida dependiera de ello.
—Odio que nos enfademos —Un empuje más—, te quiero demasiado para soportarlo —Sus manos acarician mis nalgas sin dejar de llenarme con su erección dura como el acero—. Prométeme que no volveremos a discutir así.
—Te…te lo…—Las embestidas mezcladas con la llegada del orgasmo no me permiten hablar. Se me contraen las paredes, succionándolo y haciéndolo gemir en mi oreja.
—Ava…—Su aliento se cuela en mi oído provocándome los primeros espasmos. No suele dirigirse a mí por mi nombre pero, cuando lo hace, me encanta.
Me aferro al escritorio intentando subir las caderas todo lo posible para recibirlo al completo. Sus dedos golpean mi clítoris una vez, otra, otra, otra…¡Ah! Una explosión abrasadora se apodera de mi cuerpo acrecentando las ansias de Zeus, que se deja llevar con un aullido aplacado en mi cuello. Siento como se descarga por completo dentro de mí, quedándose ahí para cerciorarse de que no se escapa nada.
Unos minutos después, cuando tenemos las respiraciones más tranquilas y la erección empieza a menguar, sale de mí volviéndome a dejar completamente vacía. Nos vestimos entre risas y bromas, me encanta cuando estamos así.
—Tengo que irme —anuncio entre sus brazos, con la barbilla apoyada en su pecho para poder mirarlo—. Queda una hora para que empiece a trabajar y me gustaría tenerlo todo preparado.

—Lo sé, pero no quiero que te vayas. Se me va a hacer el día muy largo.
Sonrío feliz y dejo que vuelva a besarme antes de separarme. Porque si no lo hago, no trabajaremos ninguno de los dos.
—Recógeme cuando termine de trabajar, quizá te ayude a relajarte de camino a casa.
—Mmm, ahora no podré dejar de pensar en cómo lo harás.
Nos acercamos a la puerta, donde volvemos a abrazarnos antes de abrirla.
—Tu solo piensa que no te defraudaré.
Me besa en los labios, metiendo en mi boca su lengua para acariciar la mía y el borde de mis dientes, inflándome el corazón con cada caricia. Luego se separa y susurra muy bajito.
—Tu nunca podrías hacerlo.
Nos despedimos con un último beso y me dirijo a la salida. Marc está en el mismo sitio que antes, dejándome preocupada por si algún día se le entumecen los huesos. De camino al estudio llamo a mis padres, los pongo al día, les expreso cuanto los echo en falta cada día y les cuento lo feliz que soy aquí junto al hombre más maravilloso que he conocido nunca.

Capítulo 37

Zeus

Al terminar mi día, sobre las siete de la tarde, llamo a Ava para ver si ha terminado, pero al parecer hasta las nueve no podré ir a por ella. Decido pasar estas dos horas con mi padre. Acaba de volver de un congreso de tres días al que también me hubiera gustado asistir, pero me ha tocado quedarme al mando.
—Hola hijo. —Su voz sale del altavoz en cuanto me coge la llamada.
—Hola papá. ¿Te apetece que tomemos algo?
—Claro, ¿Dónde quieres ir?
—Vamos a la cafetería nueva de Brooklyn, así veo como van las cosas por allí.
—Perfecto, ven a recogerme.
Tras colgar, me quito la bata, la cuelgo en el perchero de pie que hay detrás del escritorio, cojo mis cosas y salgo de la consulta. Por el camino hacia la puerta, me cruzo con algunos compañeros, Arizona, Lilith, Luke, Miles… y me detengo a hablar unos minutos, al parecer hay problemas con los ordenadores de la primera planta.
—Eh, tú.
No puede ser…Aprieto el móvil entre mis manos. Me giro para mirar a Máximo, que ahora está parado detrás a la espera de causar una reacción nada amigable en mí. Lo escaneo sin ocultar el odio que siento hacia él y parece percatarse, pero sonríe con suficiencia. Al parecer tiene muy bien estudiado lo que decirme para cabrearme y me lo demuestra con lo que me dice a continuación...
—¿Cómo le vendría a esa española que su madre toque al timbre de su puerta?
Me enseña una foto que alguien le ha enviado de la puerta del edificio donde Ava tiene el estudio. Desde ella puedo ver en la recepción a Madison con la cabeza agachada. Enseguida un temblor me recorre la espina dorsal mandándome una punzada terrible al centro de la frente. Gruño como un animal rabioso y doy dos zancadas hasta él haciendo que retroceda.
—Por la cuenta que te trae, no te acerques a ella.
Máximo se ríe a carcajadas guardándose el teléfono en el bolsillo. Saco el mío y marco el número de Madison. No dejo de mirar a la escoria que tengo delante mientras espero ansioso a que la chica coja la llamada. Tarda demasiado, tanto que tengo el impulso de colgar y empezar de nuevo, pero entonces la escucho:
—Hola, Zeus. ¿Qué…?
—Madison ¿Hay una mujer fuera del edificio? —pregunto acelerado sin dejarla hablar.
—Aquí no hay nadie. —Suspiro aliviado, y vuelve a hablar— ¿Qué está pasando?

—No puedo explicártelo. No le digas a Ava que te he llamado, ¿De acuerdo? —Máximo presta atención a la conversación cambiando de cara en función a lo que escucha.
—Está bien, no lo haré.
—Tampoco le abras a nadie con malas pintas.
—Zeus, me estás asustando.
Consciente de ello, intento tranquilizarme, no quiero que se sienta insegura.
—No te preocupes, no es nada preocupante. Solo me aseguro de que estéis bien.
Me alejo unos pasos de Máximo para poder hablar con ella y que no me escuche, aunque va a ser difícil. Cuando consigo que me crea, asegurándole que no ha pasado nada, finalizo la llamada y vuelvo a centrarme en el que casi se convierte en mi suegro.
—Máximo, no sabes dónde te estás metiendo. No sé cómo responderé si llegas a hacerle algo.
—Mira cómo tiemblo —Saca la mano, riéndose en mi cara y enfureciéndome con ello—. Te dije que te guardaras las espaldas. Ya has visto lo cerca que ha estado Ana de su hija, quien sabe qué día la tendrá delante.
—Solo voy a decirte una cosa, Máximo. —Lo amenazo achicando la distancia entre nosotros— Si eso llegara a pasar algún día y Ava termina lastimada, acabaré contigo sin ningún tipo de miramiento.
Sin ganas de quedarme ni un minuto más con él, doy media vuelta y me alejo lo más rápido que puedo. En la puerta el aire fresco de la tarde me da en la cara, llenándome los pulmones de aire como si llevara minutos sin poder respirar. Antes de subir al coche llamo a Ava, necesitando escuchar su voz. Los tonos de espera me ponen nervioso a pesar de solo haber escuchado cuatro, me parece una puta eternidad hasta que escucho su saludo.
—Hola, Zeus.
Cierro los ojos un instante, saboreando la tranquilidad que me transmite su dulce tono de voz. Agarro con fuerza el teléfono y me lo pego a la oreja un poco más. Cojo aire para afrontar que tengo que templarme para que no note mi inquietud, si algo sabe hacer esta mujer es descubrir que me pasa con solo escucharme.
—Hola, mi amor. ¿Cómo te va el día?
La escucho hablar y reír abiertamente con quién imagino serán sus clientes y también puedo escuchar las risas de unos niños. Sonrío cuando bromea simpáticamente con uno de ellos, imaginándomela delante del crío haciéndolo feliz.
—Bien, te lo he dicho hace menos de veinte minutos.
Ah, joder, no me acordaba. Me he centrado tanto en asegurarme de que está bien que no recordaba que he hablado con ella por mensajes. Empiezo a moverme hacia el coche, donde Marc tiene el capó abierto y revisa algo, y me detengo a escasos metros.
—No puedes culparme por querer hablar con mi preciosa novia.
Marc me mira con sorna y le saco el dedo corazón haciéndolo carcajearse. Le hago un gesto para irnos y cierra el capó para subir al coche. Me siento en el sillón de atrás, me abrocho el cinturón y escucho a Ava.
—Tienes suerte de que a mí también me gusta saber de ti a todas horas.
Esta vez el que ríe soy yo. Interrumpo la conversación para indicarle a Marc que tenemos que ir a por mi padre, respondiendo después a la pregunta de Ava.
—Como tú sigues trabajando, voy a pasar con mi padre por la cafetería nueva de Brooklyn mientras espero que termines.
—Genial, ¿Qué te pareces si cenamos fuera esta noche?
—Cualquier plan contigo me parece perfecto.

Tras recordarle que iré a recogerla en un par de horas, cuelgo y guardo el teléfono. Marc me mira por el espejo retrovisor, buscando no sé qué en mi cara. Al fin se decide por hablar.
—Desde que estás con Ava nos hemos acercado más.
Espero unos segundos a que siga hablando y al no hacerlo asiento despacio. Entonces Marc continúa.
—Te considero un amigo. Pasamos mucho tiempo juntos, demasiado, y me doy cuenta de cuando no tienes un buen día.
—¿Dónde quieres llegar?
Por la luna del coche me doy cuenta de que vamos llegando a la zona en la que vive mi padre, más tranquila que en la que vivo yo, y Marc se acomoda en su asiento. Detiene el coche y, al comprobar que mi padre aún está lejos, se gira para mirarme.
—¿Qué te pasa? Ava dice que estás muy raro y que no dejas que vaya a ningún sitio sin que lo sepas. Ya me parecía extraño que me pidieras estar siempre esperándola en la puerta de casa, pero lo que ella me contó me preocupó más.
Maldigo para mis adentros, tendría que haber tenido más cuidado y no ser tan exigente. Debí imaginarme que Ava hablaría con él, es normal que se lleven tan bien y no solo por el tiempo que pasan juntos, con ella es fácil hablar.
—No puedo contártelo. Confío en ti, pero sé que os caéis bien y podrías decirle algo sin darte cuenta.
—Tío, está preocupada y…
—Lo sé —digo al ver que mi padre va a abrir la puerta del coche—, créeme si te digo que está bajo control.
Mi padre se sube al coche, sentándose en el lado derecho de la parte trasera. Nos saluda animado y con una sonrisa, a la que los dos respondemos enseguida. Marc pone rumbo a Brooklyn, donde iremos a ver la cafetería, sin olvidar que es donde vive la familia de Ava.
Tardamos media hora en llegar y el coche se detiene un poco más arriba de la zona en la que está mi cuarta Le Coeur Du Café. Abro la puerta de cristalería y entramos en el amplio local que elegí para esta apertura. La decoración es semejante a las demás, diferenciándose con cosas típicas de este barrio y una adaptación a estos aires. Yo no conozco a la mitad de los empleados, pero ellos a mí sí y lo sé por cómo me miran al entrar.
Mi padre y yo ocupamos una mesa que está pegada a uno de los ventanales, anchos y altos, junto a la entrada. Un camarero, aparentemente mayor que yo, se acerca a nosotros en cuanto cogemos la carta de bebidas que hay dentro de un cubito de aluminio, que queda muy bien con la decoración de madera y hierros pintados de negro.
—Buenas tardes, señores. ¿Qué desean tomar?
Mi padre elige uno llamado Spécialité (traducidos en varios idiomas, entre ellos el inglés y español). Es un café con caramelo, leche y nata por encima con toques de canela. Yo me decanto por un café solo. Cuando, diez minutos después, el mismo camarero nos entrega lo que hemos pedido, no dejo que se marche.
—¿Cómo te llamas? —Está nervioso, seguramente piense que ha hecho algo mal.
—Fernando, señor.
—Llámame Zeus, por favor. Solo quiero hacerte unas preguntas. No tengo mucho tiempo para visitar cada una de las cafeterías y cuando lo hago me gusta hablar con algún empleado.
—Claro, ¿qué quiere saber?
Me gusta que se refiera a mí de esa forma, a pesar de haberle pedido que me tuteé. Le hago varias preguntas para saber cómo es el trabajo en equipo, si han recibido algunas quejas, y de

haber sido así, cuantas, cómo son las reseñas de la web, sobre el ambiente de trabajo y la funcionalidad. Me alegra saber que todo va correctamente y que no hay malos rollos entre los compañeros.
—Sí, estoy muy contento de trabajar aquí. Me hacía falta el trabajo y que en la compañía se apoye que el trabajador debe ganar experiencia en la empresa me parece increíble.
—Me alegra saberlo. Me ha gustado conocerte, Fernando. Espero que la próxima vez que nos veamos puedas tutearme.
—Por supuesto. Que tengan una buena noche.
Cuando nos quedamos a solas, mi padre empieza a comerse la nata de su vaso. A penas he tardado cinco minutos en hablar con el camarero y, un buen punto a favor, sirven el café muy caliente.
—¿Cómo te va con Ava? Hace días que no la veo.
—Pero si hace el mismo tiempo que no me ves a mí. Cenamos juntos antes de que te fueras al congreso.
Mi padre pone los ojos en blanco, como si lo que acabo de decir fuera una auténtica absurdez. Me río al verlo, dándole el primer sorbo a mi bebida.
—¿Qué puedo decir? Esa mujer me cae de fábula.
Su sinceridad me hace pensar en lo que lleva rondándome la cabeza varias semanas. No es nuevo que no me gusta que Ava viva en el mismo apartamento donde han pasado tantas cosas, me gustaría crear nuevos recuerdos en un lugar que sea solo de los dos. He querido hablarlo con ella en varias ocasiones, pero siempre nos ocurre un inconveniente que me lo impide, así que voy a aprovechar las circunstancias para pedirle consejo a mi padre.
Ni siquiera sé por dónde empezar, es la primera vez que hablo con él de esto. Con Cristal fue diferente porque yo ya vivía en mi apartamento en Midtown y ella se mudó conmigo, al igual que Ava. Pero nunca quise dar otro paso, el apartamento con una sola habitación, me parecía perfecto para Cristal y para mí. Pero ahora, con Ava en mi vida y las ganas de un futuro con ella, me parece minúsculo.
—Oye, eh… —Mi padre me mira con una ceja alzada, poniéndome más nervioso— Quería hablar contigo de algo importante.
—¿Qué ocurre?
Temiendo que se preocupe demasiado por algo que no es nada malo, me angustio y muevo la mano de un lado a otro enérgicamente para quitarle importancia.
—No pasa nada. Solo quiero tu consejo.
—No sé qué podría asustarme más. —comenta divertido, pero haciendo un gesto para animarme a hablar.
—Sé que llevo poco tiempo saliendo con Ava y que nuestra relación no empezó de la mejor manera —Hago una pausa y mi padre me responde negando con la cabeza. Cojo aire antes de seguir—. Pero lo que siento por Ava es algo inexplicable que me empuja constantemente a querer más. Nos va muy bien, nos entendemos a la perfección, a veces discutimos, aunque no mucho, pero supongo que como la mayoría de las parejas. He leído un artículo que habla sobre el porcentaje de…
—Alto, alto —Me coge una mano y me callo abruptamente, ¿por qué cojones estoy tan nervioso?—. ¿A dónde quieres llegar? No creo que me quieras hablar de un estudio sobre parejas.
—No, claro que no. Estoy algo nervioso. —confieso sorprendiéndome a mí mismo al decir tal cosa.

—¿Te estás quedando conmigo? —Niego con la cabeza y mi padre se ríe— Venga, Zeus, que lo que tengas que decirme tiene que prometer para que estés así.
A veces mi padre parece tener treinta años menos. No es un hombre serio ni antiguo con el que no se pueda hablar de ciertas cosas, él siempre parece entenderlo todo y tener una solución a los problemas. Lástima que no pueda contarle ni una mínima parte de los míos, estoy convencido de que me ayudaría sin pensarlo. Pero lo último que quiero es que se preocupe.
Vuelvo a coger aire y esta vez voy al grano.
—Quiero comprar una casa para vivir con Ava.
—Vaya, ¿No es muy pronto?
Su pregunta me cae como un jarro de agua helada. Creía que me animaría, a mi padre le encanta el amor, enamorarse, el romanticismo…¿Ahora me habla de tiempos? Estoy seguro de que nota mi nerviosismo, porque le cambia la cara.
—No me malinterpretes. Es que nunca has querido mudarte y eso que te di la idea varias veces cuando me dijiste que te ibas a casar.
—Mi relación con Cristal no tiene nada que ver con ella. —Me sorprende que mi padre pueda atreverse a compararla.
—Lo sé, me he dado cuanta en cuanto he visto tu comportamiento desde que la conoces. Solo quiero asegurarme de que es lo que quieres.
No tengo que pensármelo mucho, siento algo muy fuerte por Ava. Podría estar toda la vida viéndola despertarse, con el pelo revuelto y el iris de sus ojos revuelto de toda la noche, o tomando el café para luego irse a trabajar. Podría estar toda la vida con ella y estoy convencido que sería igual de feliz que el primer día.
—Por supuesto. Si te lo estoy contando es por algo.
Mi padre se echa hacia atrás en la silla y me mira con atención. Hace un gesto con la mano señalándome y sonríe con tranquilidad.
—¿Tienes algo?
—No, solo quiero hacerlo, pero quería hablarlo contigo. No tengo prisas, estamos bien en el apartamento, pero me gustaría empezar a estudiar los pros y contra de las zonas más cercana a nuestros lugares de trabajo. Quiero una casa grande, donde quepa una amplia familia.
Mi padre no contiene la risa que me hace concentrarme en él. No sé si serán los nervios o lo raro que me resulta su comportamiento, pero al final me hace sonreír y echarme hacia adelante en la mesa.
—¿Qué pasa?
El sonido de su risa va disminuyendo, se pasa una mano por el pelo, y me echa una mirada divertida antes de dejar de reír. Me levanto de la silla porque he mirado la hora y deberíamos ir saliendo si no quiero que Ava tenga que esperarme. Mi padre hace lo mismo que yo y al fin decide hablar.
—Te dije que la encontrarías, hijo.
—No te entiendo. —Es cierto, no tengo ni idea de a que se refiere.
—A la mujer que te hiciera perder la cabeza. Por la cometerías locuras de las que no te vas a arrepentir jamás.
Entonces lo recuerdo. Fue en el restaurante King’s House, en la celebración del quincuagésimo aniversario del hospital. Estábamos en la terraza observando como Cristal bailaba con un hombre que no era yo. Recuerdo que mi padre me dijo esas palabras y yo lo taché de loco, pues en lo último que pensaba ese día era encontrar a otra mujer a la que atarme. Y mírame ahora, quiero estar atado a Ava para siempre. Sonrío fascinado, por como he cambiado en apenas unos meses.

Le paso un brazo por los hombros cuando hemos salido de la cafetería y le cuento lo que Ava me hace sentir. Cómo saca lo mejor de mí, que me siento protector con ella a cada momento, que necesito saber que está bien, a gusto y feliz. Como es evidente, por viejo y sabio, mi padre me entiende perfectamente, pues él sentía lo mismo cuando estaba con mi madre.
Entre risas y recuerdos, que empiezan a producirme más felicidad que tristeza, nos dirigimos al estudio de fotografía en el que voy a recoger a la mujer más guapa e increíble que he podido conocer nunca.
Y me siento afortunado, sí, enormemente afortunado, al saber que alguien como Ava me espera al final del día para irnos juntos a casa.

Capítulo 38

Ava

Llevo días dándole vueltas a como contarle a Zeus que quiero conocer a William. He encontrado una dirección, Marga dice que es la única que tiene desde hace cuarenta años. La pobre me está ayudando mucho con todo esto y, aunque quise gritar de frustración cuando solo obtuve una vieja, no pude ser desagradecida, Marga no se lo merece.
Quiero aprovechar que hoy no trabaja hasta la hora del almuerzo y que solo debe ir unas horas para pasar consulta porque no tiene ninguna cirugía programada. Me he levantado temprano, le he preparado café e incluso he bajado a por unas porciones de tarta de manzana y he colocado todo sobre la encimera de la cocina, otra cosa que descubro de él con el paso de los días es que prefiere desayunar en la barra y no en el salón.
Me tomo tantas molestias porque temo que pueda reaccionar de malas formas. El día que le conté lo que había pasado con Ana cerca de Time Square se puso de los nervios y, qué casualidad, unas semanas después me pide que lo mantenga informado sobre dónde voy, cuando y con quién.
Como es temprano, también he aprovechado para ducharme y arreglarme, porque a diferencia de él yo sí tengo que trabajar por la mañana. De hecho, a las once tengo que estar allí. Me pongo el body con tirantes finas y escote en V, de color rosa, que he cogido del vestidor y me pongo un pantalón vaquero por encima de las rodillas. Queda genial con las sandalias blancas de tacón que tengo desde hace un par de años.
—Buenos días, cariño.
Me acerco a él despacio y le reparto besos en la espalda, ya que duerme boca abajo y con los brazos metidos bajo la almohada. Se queja, aunque no se mueve, así que continúo besándolo hasta que se da la vuelta.
—¿Es esto algún tipo de premio? ¿Qué he hecho para merecerlo?
Sonrío por el buen humor que siempre tiene al despertar. Me separo de él y me fijo en lo abultado que tiene los Calvin Klein de color sangre que lleva puestos. Ah sí, duerme en ropa interior.
—¿Ves algo que te guste?
—Ya lo creo que sí. Pero tengo que trabajar.
Voy a las ventanas y descorro las cortinas, luego subo las persianas con el mando que siempre está en la mesilla de Zeus y este me mira desde la cama.
—Vamos, honey —Su voz es aterciopelada, suena igual que un felino—. Ven a la cama conmigo.

—Si lo hago no saldré de ella.
Se apoya en los codos, definiendo así los músculos de sus hombros y brazos, tensando su abdomen y mostrando más la erección con la que se ha despertado. Yo solo puedo tragar saliva notando ya las palpitaciones entre mis piernas y las cierro con fuerza.
—Te he preparado el desayuno, he comprado tarta de manzana —Me acerco a él y le doy un beso en los labios antes de poner cara de súplica—. No quiero llegar tarde, sabes que necesito clientes y buenas opiniones en mi web.
Me mira el escote, subiendo los ojos muy despacio hasta los míos. Se moja los labios y sonríe de medio lado. Tentador, muy tentador, y por eso mismo pongo distancia. De un salto, sale de la cama y me acorrala entre la ventana de nuestro y su cuerpo.
—Al menos, deja que te sienta y te bese. ¿Mmm?
Se acerca a mí boca con sigilo, relamiéndose como si me saboreara antes de tenerme. Sus manos recorren mis costillas subiendo sutilmente hasta mis pechos y masajeándolos hasta conseguir que los pezones se me endurezcan debajo de la tela. Zeus alza las cejas al verlo.
—¿En serio? Joder —Mueve la cabeza hasta ellos y los mordisquea con cuidado, dejando surcos de saliva en la zona—. Me vuelves lo loco.
Me río con su boca sobre la mía, siendo embestida y pegada aún más a la ventana. Quiero separarme, tenemos que hablar y después debo ir a trabajar, pero tenerlo en calzoncillos, reclamándome, me lo pone muy difícil.
—Zeus, por favor —Me roba un beso como siempre desde que nos conocemos cuando digo su nombre y se aparta para mirarme a los ojos. Creo que se da cuenta que lo digo en serio y más cuando suspiro, aunque sin ganas de detenerlo—. Quiero hablar contigo de algo importante.
Ahora parece entenderlo y se distancia un poco. Me mira unos segundos, inspeccionando mi rostro, buscando algún signo que le revele si es malo o bueno lo que voy a contarle. Se vuelve y coge un pantalón de chándal del vestidor y se lo pone, dándome la espalda y mostrándome la anchura de esta.
—Vamos a desayunar.
Sale de la habitación conmigo detrás y se sienta en un taburete. Le hecho el café en una taza negra y de asa blanca, nada de leche, ni azúcar. Después me echo el mío, mitad café, mitad leche y unas cucharadas de azúcar. Le pongo el trozo de tarta y un cubierto.
Mira lo que tiene delante, después a mí, serio y pensativo. Tengo que reconocer que me está poniendo nerviosa, de nuevo no sé cómo empezar la conversación. Decido no sentarme, me quedo donde estoy, frente a él y con los brazos apoyados.
—¿Qué quieres decirme? —Sus ojos no se desprenden de mí al meterse el trozo de dulce en la boca.
Le doy un sorbo al café y me envalentono para poder hacerle frente. Al fin y al cabo, solo quiero conocer a mi familia materna. ¿Qué puede tener de malo?
—¿Honey? —Alzo la mirada y me muerdo el labio. Zeus deja a un lado la tarta—Esta bien, ¿Qué pasa? Estas comportándote muy raro.
«Vamos Ava, suéltalo que te va a apoyar».
—Llevo tiempo planeando conocer a William en persona.
Se hace un silencio insoportable entre los dos, ¿Recordará quién es? Juega con el interior de su mejilla, estudiando su respuesta. No puedo dejar de mirarlo, quiero ver su reacción sin perderme nada, y debo decir que no me gusta en absoluto como su cara empieza a tensarse y ponerse rígida.
—¿No vas a decir nada? —pregunto más nerviosa que antes al ver cómo se levanta y deja la taza

en el fregadero. Cuando va a entrar en el pasillo me acerco a él—¿Zeus? ¿Qué pasa?
—No puedo.
—¿Qué no puedes? —Respiro muy rápido, al borde de las lágrimas sin saber por qué, con su muñeca entre mis dedos.
Sigue de espaldas a mí y veo como se le mueve al respirar. Se pasa una mano por la cara antes de volverse sin quitar mi mano y entonces me agarra por la barbilla, alzándome la cabeza para que lo mire.
—No puedo dejar que te hagas daño.
Su contestación, fría y autoritaria, me duele en lo más profundo de mi alma. No era eso lo que quería oír. Quería que me dijera que estaría conmigo, que me acompañaría y me apoyaría, y para nada sus palabras son de apoyo. Aparto mi cara de malas formas y sin dirigirle la palabra voy a por mis cosas.
—Entiéndeme. No quiero verte llorar cuando te rechacen. No podría quedarme de brazos cruzados cuando eso pase.
Me vuelvo como un huracán hacia él. Doliéndome más a cada segundo como da por hecho que no me querrán. ¿Tan poco merecedora de amor cree que soy? Contento las lágrimas que amenazan con salir y me acerco a él con pasos firmes, queriendo arrasar con todo a mi paso. Quiero decirle lo que pienso, gritarle que se está comportando como un insensible y que lo único que necesitaba era su apoyo, pero, tenerlo tan cerca y con su mirada oscura clavada en mis ojos me deja sin aliento. Igual que cuando nos conocimos en la tienda del aeropuerto.
Aprieto los labios, furiosa, conteniendo mi mala lengua porque no quiero arrepentirme después de lo que pueda decir. Vuelvo a darme la vuelta y abro la puerta, pero me retiene agarrándome de la cintura y haciendo que me gire de nuevo.
No dice nada, a pesar de saber que se ha equivocado en su forma de hablar. Sé que lo sabe, puedo verlo en su mirada. Y es su silencio lo que me empuja a quitarle su mano de mala gana y agarro el bolso.
—No puedo. —repito sus palabras, ya en el pasillo.
—¿A qué te refieres? —Se acerca a mí en dos pasos, con el chándal colgando de su cintura y el torso desnudo.
Pulso el botón de llamada en el exterior del ascensor, por suerte estaba justo debajo y no tarda en abrirse las puertas. Le doy al botón para que me lleve a la entrada y Zeus intenta entrar haciendo que las puertas vuelvan a abrirse, pero lo empujo hacia fuera, con algunas lágrimas cayendo por mis mejillas.
—Déjame sola. Nos veremos después.
—Honey, por favor, yo…
Las puertas se cierran, impidiéndole que diga nada más. Me apoyo en la pared de espejo que tengo detrás y observo como me reflejo en la que hay frente a mí. Me miro con desprecio, tan arreglada y preparada para ir al trabajo, pero tan rota y desgarrada por dentro.
No dejo de observarme y, fijándome en la gargantilla que nunca me quito, pienso en mi tía e imagino que me acaricia el pelo, como siempre cuando estaba triste, diciéndome cuánto me quiere. Sus palabras de aliento eran las que siempre me animaban cuando tenía un mal día y no sentir nada en este momento me duele porque me recuerda que no está, que no va a volver.
Las puertas se abren y me topo con varias personas que van a entrar, algunos me miran como se hace cuando ves a alguien llorar pero no dejo que me afecte y doy los buenos días como puedo al tiempo que paso entre ellos, saliendo del edificio y caminando a paso ligero hasta el coche donde ya me espera Marc.

—Buenos días, Ava. —El pobre tiene una sonrisa, pero yo no puedo corresponderla en este momento.
—Llévame al estudio, por favor.
—Claro —Sube al coche y, en silencio, pone rumbo donde le he pedido.
Le agradezco que no me pregunte y no quiera sacar conversación, así puedo pensar en las palabras de Zeus, repitiéndome a mí misma que no van a quererme cuando me vean. Castigándome por algo que yo no he hecho, fustigándome por cometer el error de contarle mi plan y esperar que quisiera ayudarme.
Cierro los ojos, descansando de la tensión que tengo en la cabeza y, en el tiempo que me parece un suspiro, el coche se detiene, pero sigo apoyada en la ventana y sin abrir los ojos, hasta que escucho la voz de Marc.
—¿Estas bien? —Asiento, sin decir nada, pero como es un buen amigo insiste— No lo parece.
—Estoy bien —confirmo, abriendo la puerta para bajarme, mirándolo por última vez—. Sólo estoy cansada.
En el vestíbulo saludo a Maddie, que me saluda en respuesta, y voy directa a las escaleras deteniéndome en la primera planta, delante de la puerta de Marga. Quiero llamar y contarle lo que ha pasado, pero ¿Y si piensa igual? No podría soportar otra reacción parecida. A sí que rechazo la idea y sigo subiendo, entrando directamente en mi estudio porque sé que Jessica y Peter no están.
Dejo las cosas dentro de un armario que he colocado junto a la puerta, quedándome únicamente con el móvil. Enciendo el ordenador de mesa que tengo sobre el escritorio que ubiqué delante de una de las ventanas altas del salón, saco las cámaras y las enciendo, después enchufo los focos y la radio.
Me recojo el pelo en una cola baja para poder montar el escenario. Amber no tardará en llegar, viene a ayudarme desde hace unas semanas. Tenerla a mi lado me hace mucho bien, siempre me saca una sonrisa y me gusta escuchar las cosas que los niños hacen cada día. Además, se la ve muy feliz y eso me encanta.
Estoy sacando un paisaje cuando me suena el teléfono. El corazón me bombea con fuerza pensando que pueda ser Zeus que ha querido sorprenderme con uno de sus mensajes de disculpas tan cariñosos y que tanto me gustan. Pero entonces saco el móvil del bolsillo trasero de mi pantalón y me sorprendo como supuse, aunque no por Zeus precisamente.
Un mensaje de Jayden aparece ante mi cuando entro su chat:
¡Hola! Quería decirte que los calendarios son una pasada y los clientes están muy contentos. Has hecho un trabajo increíble. ¿Qué te parece si salimos con los chicos y lo celebramos? Así también nos despediremos de Jessica cómo se merece.
Leo el mensaje una vez más, agradecida de que haya añadido al plan a todos y no me haya pedido ir los dos. Sabe cuánto podría molestar a Zeus y, por muy enfadada que esté con él en este momento, no sería correcto ir a solas con Jayden a tomar unas copas. Parecería que corro a sus brazos.
Acepto la invitación, hace tiempo que no salgo y me apetece pasarlo bien entre amigos, y así podremos despedirnos de Jess. Otro tema que me tiene sentimental porque no voy a verla en tres semanas y la echaré mucho de menos.
Poco después, Jayden me responde con la hora y me asegura que se lo dirá a los demás.
—Buenos días. —La voz de Amber llama mi atención y me vuelvo hacia ella.
—Buenos días. ¿Tienes ganas de trabajar? —Acepto el café que me ha traído y vamos hacia las cámaras.

—Siempre.
—Pues manos a la obra.
Empezamos a colocar las cosas en su sitio consiguiendo una escena muy bonita. La pareja nos ha pedido fotos en el estudio con paisaje veraniego y romántico. Les sugerí visitar una playa cercana y hacerlas allí, pero rechazaron la oferta y parecían muy seguras, por lo que decidí no volver a sacar el tema.
Se ha elegido un fondo de playa de arena blanca, mar en calma y un sol brillante. Hemos colocado decoración acorde con el escenario y he puesto algo de música de verano, para así parecer más real.
—¿Cómo te va con Malcolm?
Amber no tarda en responder con una sonrisa:
—Genial, es muy atento y cariñoso. Os tengo que agradecer esta locura, habéis traído a mi vida a una persona maravillosa.
—Somos amigas, no tienes que agradecernos nada.
El timbre suena y Amber va a abrir, dejando pasar a la pareja de mujeres a las que le haremos las fotos. Ambas son rubias y muy guapas. Se presentan como Laila y Emily. Nos cuentan que las fotos son para anunciar su casamiento a la familia, de ahí que traigan un traje de chaqueta negro y otro blanco. Amber y yo sonreímos encantadas encargándonos de que sientan la ilusión que nos hace poder colaborar.
Cuando empezamos, las chicas se cambian de ropa en función a la situación que quieren recrear. Estamos haciendo una secuencia de imágenes en las que se recoge una bonita historia de amor. La primera foto: llegan a la playa, la segunda: ambas toman el sol, la tercera: se besan, la cuarta: Laila se marcha, la quinta: Emily la espera triste, la sexta: Laila aparece vestida de negro, la séptima: Emily se sorprender al verla, la octava: Laila arrodillándose en la arena, la novena: Laila saca una caja del bolsillo, la décima: se abre la caja y muestra el anillo, la undécima: Emily se tapa la cara llorando, la duodécima: Emily y Laila se abrazan, la decimotercera: se besan, la decimocuarta: Laila aparece de blanco, la decimoquinta: se cogen de la mano y añadiremos un cartel de madera donde se anuncia el casamiento.
El trabajo nos lleva varias horas y terminamos sobre las tres de la tarde. Lo hemos pasado muy bien, es la primera vez que hago un trabajo como este y estoy muy emocionada por contribuir en algo tan bonito. A veces, cuando las personas contactan conmigo me emociono tanto que no puedo dejar de imaginarlas mirando mi web y decidiendo contratarme.
Es increíble lo lejos que estoy llegando, todo gracias a mis seres queridos y Zeus, que ya forma parte de mí, que me han apoyado desde el primer momento. Pensar en él me hace sentir fatal, porque odio que nos enfademos, no soporto que estemos distanciados. Pero luego pienso que no me ha hablado y me enfurruño más, sé que la culpa es mía porque quizá podría haberme quedado a escuchar lo que tenía que decirme, pero podría haberse puesto en contacto conmigo y no lo ha hecho.
Molesta, aunque fabricando una sonrisa a mis clientas, le enseño las fotos y escucho como alaban mi trabajo. Nos dan las gracias a las dos, porque sin Amber hubiéramos tardado mucho más. Ver lo bien que trabajamos y la predisposición que tiene siempre por aprender y que todo quede bien, me hace tener una idea.
—Oye, Amber. ¿Qué te parece si trabajas conmigo cuando termines el curso?
Abre los ojos desmesuradamente y parpadea varias veces sin poder creer lo que le digo. En cambio, yo lo veo muy normal, nos llevamos bien, es una profesional y ambas amamos la fotografía. ¿Quién mejor que ella?

—¿De verdad? —Asiento, contenta, y acepto su abrazo— No me lo puedo creer. Gracias, gracias.
—Deja de darme las gracias. Me gusta como trabajamos y nos llevamos genial. Creo que nos irá muy bien.
Amber sigue gritando y dando saltitos de felicidad hasta que un padre y su hija entran por la puerta. Recogemos el decorado anterior y redecoramos el altar con ositos de peluches, nubecitas hechas de algodón y un cielo precioso de fondo. En medio añadimos un sillón marrón y empezamos a trabajar con Celine, una niña de ocho años preciosa.

Cuando vuelvo a casa son las siete de la tarde. Vuelvo a pensar en que no he hablado en todo el día con Zeus y en las ganas que tengo de verlo. Abro la puerta y al entrar, el silencio me envuelve de una forma tan intensa que no me gusta en absoluto.
Ese silencio es el dueño del apartamento y puedo decir que incluso me intimida. Algo recelosa, me dirijo al despacho para ver si allí lo encuentro porque normalmente es donde se refugia cuando hay problemas.
—Odio que te vayas de casa.
Un escalofrío me recorre la columna cuando escucho su voz tan cerca, sin embargo, tengo tantas ganas de encontrármelo y arreglarlo todo de una vez por todas, que no me asusta cuando se acerca por detrás. Agradezco en silencio sus manos en mis caderas presionándome la piel con los dedos.
—No vuelvas a hacerlo. Da igual lo enfadada que puedas estar conmigo, nunca me dejes.
La suplica en su voz me acelera el corazón. Me acaricia el cuello con los nudillos apartando hacia atrás el pelo que lo tapa. Me besa el hombro con delicadeza, sube hasta mi mandíbula y le da un mordisquito que me hace cerrar los ojos.
—Lo siento. No tendría que haber reaccionado así. Me necesitabas y te he ahuyentado. No quiero que pienses que no estoy aquí para ti, nena —Dios…lo que me provoca escuchar que me llame así—. Encontraremos una solución, juntos. Iremos a conocer a tu familia, juntos —Sus penetrantes ojos se clavan en los míos unos segundos hasta que susurra—: ¿Podrás perdonarme?
—Eres tú quién debe perdonarme, he sido muy…
—Shhh, mi amor. No puedo enfadarme contigo, no tienes que disculparte por nada.
Asiento, pues no puedo hablar, y trago saliva para poder lubricarme la garganta. Zeus es tan intenso y lujurioso que consigue convertir una disculpa en un momento erótico y sensual. Veo que abre la puerta del despacho, sin despegarse de mi espalda, y siento como pega la boca en mi oreja.
—Al parecer saldremos esta noche para despedir a Jessica. ¿Qué te parece si empezamos la fiesta en casa?
Me empuja, despacio, con su cuerpo al interior de la habitación donde trabaja guiándome al escritorio en el que tanto le gusta inclinarme y hacerme suya. No es ninguna sorpresa decir que me encanta lo que me hace en esta habitación. Es muy nuestro, tan íntimo y apasionante.
Me siento en el borde de la mesa y abro las piernas para que se coloque entre ellas. Coge mi cara entre sus manos y me besa con una pasión tan abrasadora como lo que siento por él. Quemándome y consumiéndome por dentro para luego hacerme renacer como el ave fénix. Porque eso es exactamente lo que nos hacemos el uno al otro, queriéndonos de la manera tan loca en la que lo hacemos: resurgirnos de entre las cenizas en la que los problemas nos

convierten. Más fuertes, más seguros, pero sobre todo más unidos.

Capítulo 39

Zeus

Hoy es el día en el que Jessica se marcha a Los Ángeles para poder hacer las prácticas en un restaurante llamado La Gustosa durante tres semanas. Le ofrecían meses de prácticas, cuatro si no recuerdo mal, pero le planteé elegir una de mis cafeterías/restaurantes para que pudiera finalizarlas aquí y así ahorrarse estar tan lejos de nosotros. No solo Ava la echará de menos. Jessica decidió aprovechar la ocasión para conocer la ciudad y así, el último fin de semana antes de volver, Ava, mi hermana y Madison se unirán a ella. Estaré tres días sin verla, pero tranquilo porque allí no podrá encontrarse a Ana.
Y hablando de esa mujer, no se me ha olvidado la conversación que tuvimos hace seis días, y reconozco que solo pensar qué pueda pasar cuando Ava vaya a casa de su abuelo, me pone los pelos de punta. Pero no puedo prohibirle que lo haga, por muy aterrado que esté por como pueda terminar todo. Si ella está segura de querer hacerlo, la acompañaré y, cuando ocurra lo peor, estaré a su lado para consolarla.
—No me puedo creer que haya llegado el día.
Jessica no deja de dar vueltas y puedo ver desde mi posición el miedo que tiene, no importa que viaje con Peter, está asustada. Han decidido que irá con ella los dos primeros días para acompañarla en su nueva etapa y que así no se sienta perdida, luego tiene que volver para seguir con los negocios y la reforma.
Que, hablando de ello, no le falta mucho para que termine. He visitado varias veces el local con Ava, con mi padre y con las chicas y el progreso nos ha dejado sorprendido a todos. Puedo ver un gran futuro en él.
—Tío, he dejado al mando a Ernesto, pero también les he proporcionado a los encargados tu número por si ocurre algo en estos dos días.
—Por supuesto, si hay algún problema me ocuparé de ello.
Le doy unas palmadas en la espalda y Peter le da dos besos a Ava, que se ha acercado para abrazarlo y despedirse. Sonrío al verlo juntos, consciente de lo suertudo que soy. De Jessica me despido con un abrazo y observo como ella y Ava lo hacen después. Las lágrimas no han faltado, ¡Y eso que se verán en unas semanas!
Cuando nuestros amigos se han ido, la cojo de la mano para salir del aeropuerto, escuchando como hipa por el llanto.
—Honey, va a volver. No llores más por favor. —Me angustia verla así y no poder hacer nada.
—Lo siento, creo que nunca nos hemos separado tanto.
—Irás a verla dentro de dos fines de semanas y podéis llamaros todos los días —La miro sin

aminorar el ritmo, llegando a la puerta de salida, y le cuento mis planes para que piense en otra cosa—. He quedado con mi padre para almorzar, también estarán Amber y los niños. ¿Te apetece?
—Sí, hace días que no los veo.
Marc sube al coche al vernos y nosotros nos sentamos en la parte de atrás. Nos ponemos en marcha y Ava apoya la cabeza en mi hombro. Me llevo casi todo el trayecto acariciándole el cabello, besándole la cabeza, susurrándole cosas al oído que la hacen sonreír. Poco después, Marc nos deja en el hotel donde hemos reservado mesa, es un increíble restaurante de estilo industrial con unas vistas exquisitas en la azotea. Eso me hace recordar algo que tengo en mente desde que fuimos por primera vez.
—Una noche iremos a cenar al Empire State. Le pediré a un amigo que nos deje estar toda la noche.
Ava me mira entusiasmada cuando bajamos del coche y nos quedamos en la puerta del hotel a la espera de que llegue mi familia.
—¿De verdad? Eso sería un sueño.
Pego los labios a su oreja, aspirando el maravilloso olor a jabón y perfume que desprende, y la presiono hacia mí poniendo la mano en la parte baja de su espalda.
—Un sueño será lo que te haré con las vistas de Manhattan detrás —Dejo escapar una risotada cuando me mira asombrada—¿Qué? Es algo que pienso hacer.
Sonríe y mueve la cabeza un par de veces. Está a punto de hablar y me preparo para escuchar cualquier obscenidad, porque otra cosa que me vuelve loco de ella es lo descarada que se vuelve a la hora de nuestra intimidad, pero entonces llegan los niños, abalanzándose sobre ella entre gritos y saludos. Me vuelvo para buscar a mi padre y mi hermana y los veo acercarse a nosotros con una sonrisa y siento un pellizco en el estómago al imaginar a mi madre junto a mi padre.
—Ava, hermosa, ¿Cómo estás?
Al parecer James solo tiene ojos para mi novia. Mientras tanto, le doy un beso a mi hermana y cojo en brazos a Seth, que sigue reclamándome como siempre ha hecho. Me encanta ser su tío favorito y mimarlo. Intento darles todo el amor que les falta por parte de su padre y su familia paterna, la que no ha querido saber nada de ninguno de los tres desde que su padre murió. Samy me agarra del antebrazo y la alzo como a ella le gusta, sacándole unas risas.
Me percato de cómo Ava nos mira de vez en cuando mientras habla con mi padre y me encanta la sensación que me produce que siempre quiera mirarme.
—¿Vamos dentro? —propone mi padre, dándome unas palmadas en el lateral del cuello a modo de saludo. Ava entra la primera.
—Dejad a vuestro tío.
Amber intenta bajar a los niños, pero no es necesario, me gusta tenerlos en brazos. Siento que aún me necesitan, porque es seguro que llegará una edad en la que les estorbaré más que les haré reír y quiero aprovechar todo el tiempo posible.
Llegamos al ascensor donde marcamos la planta en la que se encuentra en restaurante y Ava se acerca para jugar con Seth. Le hace cosquillas en las rodillas y el niño ríe por ello haciendo, sin ser consciente, que me quede embobado en ellos. Un calor inexplicable me invade al verla jugar mi sobrino, sacándole conversación e incluyendo a su hermana en ella.
Los niños le quedan de fábula, se les da bien y además sé que le gustan. Más de una vez hemos hablado de todos los niños a los que ha tenido que fotografiar y a los que ha convencido a cooperar con carantoñas y su dulzura.
Un carraspeo demasiado alto me llama la atención y me encuentro con mi padre observándome

con sorna. Pongo los ojos en blanco y bajo la cabeza para volver a centrarme en Ava. Desde que le conté mis planes, mi padre no ha dejado de bromear sobre mi cambio de perspectiva hacia el futuro y de cómo me estoy enamorando de Ava aun habiendo jurado una mil y veces que no volvería a enredarme con una mujer. Pero joder, ¿Cómo no voy a querer estar enredado con ella? Es perfecta.
Tomamos asiento en una mesa en la terraza, con vistas impresionantes de los rascacielos. Cuando todos estamos a la mesa, aprovecho y llevo a Ava a la baranda donde la envuelvo entre mis brazos para disfrutar de las vistas un rato. Se está muy bien así. Le doy un beso en los labios al ver que está muy callada, es raro que no haya dicho nada al respecto.
—¿Qué piensas?
—En mis padres. Les echo de menos.
La abrazo con más fuerza y huelo su pelo cuando este da en mi cara por el viento. Apoyo la barbilla en su hombro y decido preguntarle algo que nunca he hecho y que me gustaría saber. Quiero conocerla a fondo.
—¿Cuánto hace que conoces a Sonia? —Vuelve la cara para mirarme a los ojos, frunciendo el ceño ligeramente y me siento incómodo—Lo siento, solo quería saber un poco más de ti.
—No, para nada —Ahueca la mano en mi mejilla con una sonrisa—. Solo me ha sorprendido que me preguntes. Es la primera vez.
Pongo mi mano sobre la suya y cierro los ojos un instante, disfrutando del contacto. Al abrirlos me sorprende con un beso en la barbilla que me hace murmurar cuanto me gustan estos besos.
—Sonia ejerce de madre desde que puedo recordar. Ana se fue cuando tenía cuatro años y ella llegó cuando tenía seis. Entonces ya sabía que no era mi madre biológica, aunque mi padre aun no me había explicado lo que Ana hizo. La primera vez que la llame mamá fue en mi séptimo cumpleaños, le escribí una carta donde le preguntaba si quería ser mi madre —Sonrío complacido por el momento tan íntimo que estamos compartiendo—. Aceptó, claro que lo hizo, y me puse muy feliz. Mi padre y ella se casaron cuando cumplí los doce, fui la más dichosa ese día, mi familia se consolidaba y era algo que siempre deseaba porque, aunque Sonia me adoraba, y era desconocedora de lo que había pasado con Ana, algo en mi interior me hacía sentir que me faltaba algo.
Coge aire demostrándome que, aunque quiere hacerse la dura, esto le afecta demasiado. Agarra mis manos cruzadas sobre su pecho y se aferra a ellas. El corazón me late con fuerza con esa muestra de afecto, es lo único que quiero, que se aferre a mí.
Unos segundos después continua:
»Con los quince, me enteré de que Sonia no podía tener hijos y eso me apenó porque no quería crecer sola, pero acabé entendiéndolo y siempre tuve el cariño de todos. A partir de ese momento, nunca me he sentido sola hasta el punto de echar en falta un hermano o hermana, ese lugar lo ocupan Hugo y Jessica. A los diecisiete me enteré de que Ana me abandonó de pequeña y nunca me reclamó. Sinceramente, siempre había pensado que estaba muerta y no me habían contado nada porque era pequeña y no querían hacerme daño. Pero enterarme que me dejó porque no me quería fue mucho peor.
Se le escapa un sollozo que no se me pasa desapercibido y la hago volverse para mirarme. La beso en la punta de la nariz y la hago refugiarse en mi pecho. Joder, sabía que le dolía esta situación, pero no me había imaginado cuánto.
—Honey, puede que sí te quisiera, pero si estaba enganchada por ese entonces no pensaría con claridad.
—No, no, no. —Niega febrilmente, con los ojos cerrados.

—¿Qué pasa?
—No maquilles la situación. Es tan sencillo como que nos abandonó y nunca me ha querido. —Nos miramos a los ojos unos segundos y veo el suplicio que sufre con todo esto. Le acaricio la mejilla observando cómo le tiembla el labio inferior.
—Conoceremos a tu abuelo —digo al fin sabiendo que eso le hará muy feliz, pero agobiado por el daño que sé que le hará. Solo tengo una condición—. Pero necesito que nos tomemos un tiempo y lo pienses mejor, no quiero…
Me detengo, no puedo repetirle lo que le dije en el apartamento hace unos días. Aunque no pienso en otra cosa que en el rechazo que va a recibir por culpa de Cristal y Máximo. Pensar en ellos me pone rígido, enfurecido, y sé tengo que buscar una solución inmediatamente. Primero tienen que dejar de sobornar a William y después Ava podrá ir a conocerlo.
—Lo sé, y por eso te quiero.
Me roba un beso que disfruto inmensamente. Unos segundos después, escuchamos como mi padre nos reclama y Ava va a salir de mi agarre para que vayamos a la mesa y podamos almorzar, pero la detengo un segundo más para reclinarla hacia atrás, despacio, sobre mi brazo derecho y la miro con toda la adoración que siento por ella antes de besarla con pasión.
Los aplausos de algunos comensales nos hacen reír y escucho como algunos nos hacen fotos. Estoy encantado de que todo el mundo sepa que estamos juntos. Entre risas la levanto y la guío hasta la mesa, aun recibiendo halagos de algunas personas, para unirnos a mi familia.
—Parece que pronto habrá boda.
Mi padre bromea, pero a mí el simple hecho de imaginarla vestida de blanco caminando al altar para jurarnos amor y fidelidad hasta que la muerte nos separe me encoge el corazón. Pero como no quiero agobiarla, porque tengo pensado hablar con ella sobre la casa, decido no seguirle el juego a mi padre, aunque le aprieto divertido el muslo a Ava por debajo de la mesa.
Entonces, habla y casi me ahogo con la comida.
—No creo que quiera casarme.
Amber, mi padre y yo la miramos atónitos, especialmente yo que nos veía diciéndonos «sí, quiero» ante nuestros seres queridos. Mi padre se separa la camiseta del cuello, claramente incómodo, y Amber simplemente continúa comiendo. No es algo que tengamos que hablar delante de nadie y por ello decido no darle importancia y, para distraerme, le doy un sorbo a mi agua.
Mi padre es el que rompe el hielo.
—Bueno, eres muy joven. Ya llegará la persona que te haga cambiar de idea. —Levanto una ceja en dirección a mi progenitor, molesto porque no haya recalcado que esa persona soy yo.
—Ahora mismo no me imagino con nadie más que con Zeus —«Esa es mi chica», pienso antes de que vuelva a sorprenderme—. Pero ni con él creo que quiera casarme.
—Pero bueno, ¿Cómo estás tan segura? —exclamo algo ofendido, la verdad.
Mi reacción sorprende a todos, inclusive a mí, porque ha sido en un tono demasiado alto y se ha notado mi ofensa. Jamás me hubiera imaginado que Ava no creyese en el matrimonio. A ver que no es una mujer demasiado romántica, pero sí de las que demuestran su amor puro, pensaba que querría casarse.
Al parecer, tengo un nuevo reto.
—No te ofendas, cielo —dice en un susurro, mirando por el rabillo del ojo a los demás. Coge mi mano y me mira a los ojos—. No es por ti, es por mí que no creo que tenga que casarme para demostrarte mi amor.
—Ya bueno, pero no estaría mal celebrar nuestro amor con nuestros seres queridos. Yo te

imagino viniendo a mí y me muero de amor. —Repito la expresión que tanto usan Jessica y Amber y consigo sacarle una sonrisa.
—Si me suplicas cuando llegue el momento, quizá nos casemos.
Ella se ríe abiertamente, divirtiéndose con la situación, y cabeceo al escuchar a mi padre reírse también por el comentario. Me meto un tenedor con verduras en la boca y la señalo con el cubierto vacío después de tragar.
—Me encantan los retos honey y tú eres mi preferido. —Ava se pone colocada y los demás vitorean mi declaración de amor. Seguro que están disfrutando de esta faceta mía que ni yo conocía.
Pasamos el almuerzo sin dejar de hablar de todo un poco, sacándonos sonrisas y bromeando entre nosotros. Disfruto de la buena relación que tiene Ava con mi familia, es algo muy importante para mí y me hace muy feliz que se haya ganado el corazón de mi padre. Cuando ella está presente, mi padre se entretiene tanto que no se acuerda de fumar y eso es un alivio para todos, créeme.

A las siete Marc nos ha dejado en nuestro apartamento, donde nos damos una ducha deliciosa con el fin de ahorrar agua. Me encanta masajearle el cuero cabelludo a Ava bajo el agua, es muy relajante y me transmite paz.
Estamos en el sofá, viendo un programa del modo aleatorio de Netflix. Estamos tirados uno frente al otro, yo los pies pegados a los suyos y ella jugando con nuestros dedos sin apartar la vista de la tele.
—Honey, ¿Crees que vamos muy rápido?
Acaparo su atención inmediatamente, moviéndose su pelo mojado con el ligero movimiento de cabeza para mirarme. Se sienta en el sofá y me mira de una forma que no era para nada lo que estaba buscando: sus ojos se vuelven turbios y veo la tensión en su rostro. Me siento también y la hago moverse hasta sentarse en mi regazo.
Con cariño, le aparto el pelo de la cara.
—Deja que me explique.
—Más te vale, porque no vas a deshacerte de mí tan fácilmente.
Me cosquillea el estómago, no sé si por su afirmación de que no piensa dejarme o por tenerla con un minúsculo top negro y unas bragas blancas sobre mis piernas. Le doy un beso en los labios sintiéndolo a cámara lenta y disfrutando de sus carnosos labios.
—¿Crees que podría dejarte marchar? —pregunto al separarnos y ella niega con la cabeza mordiéndose el labio que antes le he succionado— Eso es, porque nunca lo haré —Tomo aire con su frente apoyada en la mía y doy el paso—. Te lo he preguntado porque llevo semanas dándole vueltas a algo y quería asegurarme de que tú estás segura con esto, que estás a gusto y no crees que vamos rápido. Porque si es así podemos ir más despacio honey, no quiero presionarte y…
—Zeus, basta —La beso rápidamente y ella me responde encantada. Luego vuelve a hablar— ¿Qué te pasa?
La miro a los ojos unos segundos, perdiéndome en esa tormenta que tiene atrapada en sus iris y después me fijo en el tatuaje que tiene entre sus pechos con mi nombre. Entonces me reprocho haber dudado un segundo de lo que quería hacer. Ava me demuestras todos los días que está muy segura con lo nuestro, por lo que no debo temer nada.

—Solo me preguntaba si querrías vivir conmigo en otra casa. —Como acto reflejo presiono la carne de sus caderas bajo mis dedos.
—¿Me estás pidiendo que nos mudemos? —inquiere, con los ojos achinados, y asiento. Me mira, estudiándome, meditando la situación y entonces pasa muy rápido, enseguida la tengo tumbada sobre mí, besándome por toda la cara y gritando: —¡Sí, sí, sí! Claro que quiero.
Me besa en los labios, las mejillas, la nariz, la frente, la mandíbula…haciéndome el hombre más dichoso del planeta. Ya he conseguido su primer «sí, quiero», ¿Conseguiré que me dé el próximo con una alianza en el dedo?

Capítulo 40

Ava

Hoy sí, hoy Zeus y yo nos hemos tomado el día libre (más bien porque él no tiene que trabajar hasta por la noche) y hemos pasado un día increíble en la playa. Sol, arena, agua, sal…Zeus en bañador y mojado…pensaba que tenía las expectativas demasiado altas en cuanto a este lugar, pero cada día que pasa alucino más. Incluso podría arriesgarme a decir que no me imagino viviendo de nuevo en Madrid.
Estamos recogiendo las cosas porque hemos llegado muy temprano y Zeus debe estar en el hospital a las nueve. No le hace gracia dejarme sola toda la noche, menos aún pensar que son dos seguidas. Todas las semanas es la misma canción, «ten cuidado, no me voy tranquilo, llámame si sucede algo…». Lo pasa realmente mal cuando tiene turno de noche, peor que yo, que soy la que se queda sola.
Cojo la toalla de la tumbona que hemos alquilado y la sacudo antes de meterla en la cesta de mimbre, me coloco el vestido que he traído y cojo las chanclas en la mano para ir detrás de Zeus, que lleva otra bolsa. Esta vez conduce él, sabe que me gusta y, además, nos da más privacidad. Por no decir que veo una idiotez que otra persona nos traiga y tenga que recogernos o incluso esperarnos ocupando el tiempo dando vueltas por la ciudad.
Cuando nos ponemos en marcha, bajo la ventana, subo el volumen de la radio al escuchar el inicio de una canción de Camilo, KESI, y disfruto del viaje con la mano de Zeus sobre mi muslo. Canto, ya te digo que lo hago, e incluso en algún momento Zeus me sigue y nos reímos mucho. Nunca me voy a cansar de escucharlo hablar español. Mucho menos cantar.
Tras cuarenta minutos de trayecto, llegamos al garaje del edificio. Bajamos las cosas y, cogidos de la mano, nos subimos al ascensor.
—Tienes que echarte crema en la cara y el pecho, se te ha puesto colorado.
Me miro la zona en el espejo y presiono un poco los dedos, dejando la marca blanca en la piel roja. No me duele, solo siento calor en la zona, por lo que un poco de crema para después del sol será suficiente.
—Si quieres puedes echármela tú —Se lo propongo en el tono de voz que sé que le gusta y me acerco a él para rodearle el cuello con los brazos—. En la playa estabas muy interesado en ponerme crema.
Su mirada intensa dura unos segundos, después me da una palmadita en el culo y me pasa la punta de la lengua por el labio inferior.
—Ganas no me faltan, pero voy justo de tiempo y no puedo llegar tarde.
Hago un pucherito que él me besa justo en el momento que se abren las puertas del ascensor.

Conmigo aún enganchada, coge las dos bolsas y nos lleva al apartamento. Dentro, me suelto en el salón y lo ayudo a vaciar las bolsas, llevo la ropa sucia a la lavadora y guardo las cestas en un armario que hay en el balcón.
Al entrar en la habitación, veo la maleta que tengo fuera para hacerla unos días antes de irme a Los Ángeles con las chicas, para lo que solo quedan ocho días. No me puedo creer que ya hayan pasado dos semanas desde que Jessica se marchó. He hablado con ella todos los días y siempre tiene algo que contarme, los lugares que visita, cómo es el restaurante, el trato, las peculiaridades del lugar y sus gentes. Tengo muchas ganas de ir, aunque echaré de menos a Zeus, lo más separados que hemos estado son las noches que pasa en el hospital.
—¿Puedes darme una toalla?
Entro en el vestidor y cojo una azul marino de la parte superior. Entro en el cuarto de baño y se la dejo sobre el lavabo, observando con deleite el cuerpo definido y ancho que tengo delante. Empiezo a desvestirme para darme una ducha, sintiendo como se me calienta el cuerpo. Me quito el vestido y también el bikini, quedándome totalmente desnuda. Aprovechando que Zeus está de espalda, paso por su lado y abro la puerta de la mampara.
—¿Lo haces a conciencia? —No tarda ni treinta segundos en estar pegado a mi espalda, presionando su dura erección contra mis nalgas— ¿Cómo voy a irme a trabajar?
Lleva sus manos a mis pechos empujándome hacia el cristal frío de la ducha, y los masajea con ímpetu. Pellizca mis pezones con rudeza y los estira hasta dar con ellos en la mampara, provocándome calambres en el vientre. Se frota contra mí, deslizándose hacia arriba y abajo entre mis nalgas, y cogiendo entre sus dedos mi clítoris.
Dejo escapar un suspiro que empaña el cristal y me besa en el cuello, luego en el hombro, la espalda y otra vez el cuello. Una necesidad de saciarlo me invade y lo único que deseo en este momento es que esté dentro de mí. Desesperada por recibirlo echo la cabeza hacia atrás y me apoyo en su pecho, recibiendo una mirada desde arriba que termina por centrarse en mis pechos a la vista.
La cicatriz de su ojo transmite rudeza y rebeldía, aumentándole seriedad y poder a su imagen. No puedo dejar de mirarla, su rostro me atrapa de una forma que no puedo explicar, me hace perder el sentido.
—¿No tienes ni diez minutos? Ambos sabemos lo que somos capaz de hacer en ese tiempo.
Traga saliva y relamerse el labio. Bajo la mirada un segundo para centrarme en lo que lo tiene tan absorto, y veo lo duros y tensos que tengo los pezones. Me llevo una mano hasta ellos y para masajearlos, estiro y pellizco, provocándome más hambre en mi sexo.
Excitado y con los ojos negros por la lujuria, proporcionándole una mirada terroríficamente sexy, a juego con su marca en el ojo, mira hacia la izquierda y sonríe de medio lado. Me coge de la mano y nos guía hasta el retrete, donde se sienta sobre la tapa y abre las piernas para lucir su enorme y ancha erección. Tiene la punta reluciente y me tiemblan las piernas por el recuerdo.
—¿Qué te parece un viaje a nuestro primer encuentro?
Extiende el brazo, ofreciéndome su mano y la cojo sin pensármelo. Sin ninguna intención de soltarla jamás. Me siento sobre él, cogiéndole su dureza con la mano derecha mientras que con la izquierda me agarro a su hombro. Él está ocupado mordiendo y lamiendo mis pechos, pero llamo ligeramente su atención en cuanto el glande choca con la entrada de mi vagina.
El calor se extiende por toda la cavidad y Zeus clava los ojos en mí para observarme bajar sobre su larga excitación. Bombea en mi interior, mis paredes lo succionan con un hambre que nunca se podrá saciar.
Con sus manos en mis caderas, bajo hasta el fondo, notando la presión en la zona baja de la

barriga.
—Joder…—Zeus cierra los ojos, murmurando cosas cuando empiezo a moverme.
—Que bien sienta. —susurro entre jadeos, bombeando con fuerza para tenerlo entero.
Me mueve a su antojo, hace que mis pechos reboten con las embestidas, y me provoca los gritos que tanto lo encienden. Le encanta que grite su nombre y lo hago, disfruto con su placer más que con el mío propio.
—Vamos, nena, fóllame con ganas.
El pelo me baila al compás del vaivén de mi cuerpo que cambia de ritmo en función al movimiento de mis caderas. La forma que más le gusta es cuando subo hasta la punta y bajo con fuerza hasta el fondo, chocando mis piernas con las suyas. Me agarra el cuello con una de sus manos libres y me atrae hacia él para besarme con fuerza respirando con brusquedad en mi boca.
—Ah…sí…Zeus….
Se apodera de mi boca con su lengua, gruesa y cálida, haciéndome jadear cuando me falta el aire. Enreda la mano en mi pelo y presiona nuestras bocas. Con cada embestida froto con frenesí el clítoris contra su piel, consiguiendo sentir un placer extraordinario. Los pies me cosquillean avisándome del orgasmo que me va a romper en dos.
—Más fuerte. Sé que te gusta hacerlo fuerte —Se muerde el labio y maldice contrayéndose sus hombros al mismo tiempo. Pega la frente a la mía y habla entre suspiros—: Voy a correrme. Joder.
Sube las caderas con una fuerza bestial y me empala todo lo que puede, creo que ha llegado a un fondo que no sabía que tenía. Aprieta con fuerza mis caderas y lo noto, siento como un calor ardiente me sube hasta las mejillas y me moja la espalda, explotándome a su paso en la vagina y el clítoris. Grito su nombre, lo grito y no me contengo, echándome hacia atrás y apoyando las manos en sus rodillas.
Noto el líquido que vierte en mi interior, adueñándose aún más de mí. Me siento llena y satisfecha, muy satisfecha, cuando el orgasmo abandona mi cuerpo. Zeus me acaricia la mejilla y luego el labio inferior con el dedo pulgar, bajándolo y soltándolo para luego chuparlo.
—Como siempre, brutal —Sonrío por su expresión y empiezo a salirme. Veo como, poco después, se lava y se seca con la toalla, acercándose una última vez a mí, para besarme—. Voy a vestirme, honey. Te traeré tu ropa y me iré.
Me meto en la ducha, mojándome al completo con el agua casi fría que cae en forma de lluvia. Echo champú en mi mano y empiezo a masajearme el cuero cabelludo hasta hacer espuma. Zeus vuelve a entrar y abre la puerta de la ducha.
—Me voy un poco satisfecho al trabajo —Lo miro con fingida ofensa y él suelta una carcajada a la vez que me acerco para recibir mi beso de despedida— ¿Qué culpa tengo yo si nunca saciaré mis ganas de ti? Es un calvario que estés tan buena.
—Vete a trabajar, antes de que salga y me proponga saciarte.
—Eso suena tentador porque me encantará que lo intentes toda la vida.
Con una sonrisa tonta en los labios, lo veo abandonar el baño para irse a trabajar. Pienso en sus palabras, bañadas en una promesa que me romperá el corazón si no puede cumplirse. Aunque por ahora me hace muy feliz y la quiero disfrutar al máximo.
Termino de ducharme y me seco para colocarme una camiseta suya como pijama. Siempre lo hago para no sentirme muy sola. En la cocina, me preparo un salteado de setas y verduras para cenar y me siento en el sofá para ver la tele.
Tras enviarle un mensaje de buenas noches a Zeus y leer como le está yendo el trabajo, decido recoger la mesa y lavar lo que he ensuciado. Apago el televisor, las luces y me voy a la cama.

Sin saber por qué, abro el cajón de su mesilla y veo la foto de Sarah, a la que le sonrío antes de volver a guardarla. Apago la luz de la habitación y me echo a dormir, pensando en la vuelta a casa de Zeus y las ganas que tengo de sentir su cuerpo junto al mío.

Por fin es veintinueve de agosto y Amber, Madison y Zeus, estamos en el aeropuerto esperando para que salga nuestro vuelo. Marc está fuera, junto al coche, y que no se haya acercado a Maddie, ni la haya mirado de esa forma que suele hacer me hace qué pensar.
Zeus me ha dicho que no le dé vueltas, que cabe la posibilidad de que se hayan acostado un par de veces y ya no tengan nada. Pero como soy muy cabezota y me gusta asegurarme de que todo va bien, no puedo pasarlo por alto. Por lo que le preguntaré a Madison en cuanto subamos al avión.
—Escúchame bien —Comienza diciendo Zeus, cogiéndome la cara entre las manos e intentando ocultar una sonrisa—, llámame y mensajéame. Quiero saber si estás bien allí. Si ocurre algo solo tienes que….
—Que llamaaaarme —Termino la frase, haciendo reír a mis amigas y que él ponga los ojos en blanco. Me pongo de puntillas y le robo un beso—. Cariño, me lo repites dos noches cada semana, me sé la lección.
—Está bien. Sólo quiero quedarme tranquilo.
Escuchamos a una mujer hablar por el altavoz y vemos en las pantallas que nuestro vuelo va a salir, así que cojo la maleta, pero me la quita de la mano.
—Deja que te ayude. Vamos chicas o perdéis el avión.
No usamos el avión privado de Zeus porque quiero disfrutar de esta experiencia. Ir en avión con mis amigas, rodeada de otras personas que se desplazan a disfrutar de unas vacaciones o por trabajo. El cuchicheo, las vistas, los nervios. Aunque la privacidad de un jet es otra experiencia única, prefiero esta mil veces.
Me despido de mi chico con muchos besos y abrazos y la alegría que tenía hace un instante empieza a darle paso a la penita que me da dejarlo solo. Son dos noches, pero voy a estar al revés sin él porque, a pesar de vivir en una ciudad tan grande en la que se tiene independencia, nuestro grupo de amigos está muy unido y que salgamos en el mismo nos hace pasar el doble de tiempo juntos. Y se me está haciendo la despedida algo dura.
—Vamos chica, que mi hermano estará esperándote cuando vuelvas.
Asiento al escuchar a Amber, pero eso no me tranquiliza en absoluto.
—Ese Marc es un idiota.
Ambas giramos la cabeza y miramos a Madison sentada en el asiento del centro, pegando al pasillo. Por suerte es ella la que saca el tema, así no pareceré tan cotilla.
—¿Qué ha pasado? He visto que ni siquiera os habláis. ¿Por qué? —Me inclino un poco más hacia adelante, interesada en lo que me pueda decir.
—Se ha enfadado conmigo por una idiotez y ha puesto de excusa nuestra diferencia de edad. Estoy harta de siempre el mismo tema. Si me ve como una cría ¿Por qué siempre acaba buscándome?
—Ayyyy, que romántico. Como las novelas románticas. —dice Amber con tono soñador y nosotras fruncimos el ceño.
—No es romántico, es una gilipollez, Amber —Le rebato, nada de acuerdo en romantizar tales idioteces—. Y tú, Madison, toma las riendas. O lo toma o lo deja, pero nada de no comer ni dejar

comer. Eso está muy anticuado.
—Pero es que me gusta. Hace mucho que no me fijo en un chico. Ninguno llama mi atención, pero Marc es tan guapo, servicial, atento, cariñoso y esta taaaan bueno.
—Ay, peque, en eso creo que estamos de acuerdo. Que tiene un polvazo lo tiene.
—¡Amber! —Mi voz y la de Maddie se junta y nos hacen reír a las tres.
—¿Qué? ¿Me vas a decir que no es verdad? —Esta vez me mira exclusivamente a mí, dándome una palmada cariñosa en el hombro— Lo que pasa es que soy la hermana de tu novio y no te atreves a decirlo.
—Vale, es guapo —Amber parpadea y Maddie sube las cejas—, y simpático…—Las chicas me miran achinando los ojos y vuelvo los míos—. Está bien, sí está muy bueno. La verdad es que tiene un cuerpazo, musculoso y…¿Cuándo le da tiempo de ir al gimnasio? A veces tengo la sensación de que se lleva todo el día en la puerta de mi casa.
—Hablando de casas, ¿Qué es eso de que mi hermano quiere buscar una para que os vayáis a vivir?
—¡Tía! ¿Te vas a comprar una casa? —Madison se callan y al segundo prosigue— Por cierto, Zeus también está muy bueno. Tiene que ser un bomboncito con la bata de médico.
Como a Amber empieza a cambiarle la cara cuando hablamos de su hermano de esta forma, decido buscarle un poco las cosquillas y cuchicheo con sorna, provocándole una carcajada a Maddie y una mueca de asco a Amber:
—Pues nada se compara a cuando la lleva sin nada debajo.
Amber se tapa la cara haciéndonos reír y me apoyo en el sillón cuando despegamos.
El viaje dura casi seis horas, en las que hablamos, vemos algo en la pantallita que hay en cada respaldo de los sillones y estamos en silencio. Las horas de vuelo me han hecho pensar en mi situación, el estudio, mi relación con Zeus, William, Ana, mi familia en Madrid…Por suerte parece que nos hemos quitado uno de los problemas, que claramente era Cristal.
Cuando nos dejan bajarnos, Jessica nos espera en la entrada y nos lanzamos sobre ella para abrazarla. Lleva la corta melena recogida en dos trenzas, una falda vaquera corta, un top de crochet corto y unas gafas de sol que le coge media cara.
—¡Mis niñas! Os he echado muchísimo de menos.
—Estás guapísima. —Le dice Maddie cuando empezamos a caminar hacia el coche de alquiler de Jess.
—Yo te veo el pelo más largo. —Advierte Amber.
—Por el amor de dios, solo ha estado fuera tres semanas.
Jessica se detiene y se pone frente a mí. Se resbala las gafas por la nariz y me mira por encima de ella, echando la cadera a un lado.
—¿Todavía no has asumido que eres la que más me he echado de menos?
Eso nos hace reír y provoca una disputa en la que Maddie y Amber se ofenden por lo que ha dicho. Esta en cambio se centra en dar gritos cada dos minutos para arrastrarnos a la emoción que siente por tenernos con ella al subirnos en el Mercedes-Benz A 180 que usa desde que está aquí (no es que entienda mucho de coches es que Peter se pasó una semana buscándole un buen coche a su gatita).
—¡Chicas! —Grita Jess con el pelo al viento por tener la ventana bajada— ¿Estáis listas para nuestras minivacaciones?
—¡Siiií! —respondemos al unísono, levantando los brazos y riendo a carcajadas mientras avanzamos por la carretera.

Capítulo 41

Ava

Ayer, en cuanto llegamos al lujoso e increíble adosado en el que se hospeda Jess, nos dedicamos a deshacer las maletas y tomarnos algo en la terraza, escuchando como es la vida en esta famosa ciudad. Por la tarde fuimos a dar un paseo por la zona y cenamos en un bar pequeño que sirve una carne fabulosa. Jessica nos enseñó varias tiendas de modas y algunos restaurantes que cataloga como los más pijos y caros que ha conocido desde que nos mudamos a Nueva York.
Hoy, que son las once, hemos decidido venir a Santa Mónica. Veremos el muelle tan famoso y el parque de atracciones que hemos visto mil veces en diferentes películas. Estoy super emocionada y no he podido resistirme a la hora de contárselo a Zeus.
Eso es increíble, honey. Espero que disfrutes mucho. No enseñes demasiado el tatuaje de tu escote.
Leo el mensaje varias veces escuchando de fondo a las chicas cantar de camino a la playa. Tecleo mi próximo mensaje y le doy a enviar.
¿Cómo es eso posible si estaré en bikini?
Miro al frente para apreciar el increíble paisaje que se muerta a nuestro alrededor: carretera, playa y océano. Aspiro profundo, viviendo un sueño. El teléfono me suena y me notifica de la llegada de otro mensaje.
¿Te he dicho ya cuanto echo de menos esa inocencia que a veces pareces tener?
Ohhh, ahora lo entiendo. Será listillo.
Me muerdo el labio antes de enviar el mensaje imaginándome su mandíbula tensa y la ceja izquierda alzada, estirando así su cicatriz.
¿Eso quiere decir que esta noche no querrás ver cómo me doy una ducha?
Dejo el teléfono sobre el sillón y observo como Jessica se desvía a la derecha y entra en el aparcamiento de la playa. Deja el coche cerca y nos bajamos, listas para coger nuestras cosas y pasar un día increíble. Aunque no estaremos mucho tiempo porque queremos ir al restaurante donde Jessica da las prácticas para conocerlo.
El fin de semana no es suficiente para visitar la ciudad, ni siquiera una mínima parte, pero hemos decidido venir a la playa, visitar el restaurante y conocer el Paseo de la Fama, que está a cuarenta minutos en coche del trabajo de Jess y del apartamento. Tenemos que hacerlo todo hoy porque mañana saldremos temprano, Jessica tiene que deshacer mucho equipaje y quiere descansar para poder ir el lunes al restaurante de Zeus donde terminará los meses de prácticas que le faltan.
—¿No os huele diferente la playa aquí?
Madison, Amber y yo respiramos con fuerza y terminamos negando con la cabeza, consiguiendo

un suspiro de frustración por parte de nuestra amiga.
—No digáis tonterías. Aquí todo es diferente.
El tono de notificaciones vuelve a sonar y lo saco de la bolsa transparente que me he traído. Sonrío en cuanto leo el mensaje de Zeus.
¿Tenemos una cita virtual esta noche? Estaré esperándote, nena, estaré esperándote. Hasta entonces disfruta y recuerda que te quiero.
Sonrío y devuelvo el teléfono al fondo del bolso, ansiosa por esa cita. Mientras bajamos a la playa aprovecho para llamar a mis padres, no hablo con ellos desde el viernes y me comentaron que se irían de escapada a una casa rural el fin de semana. Marco el número y espero a que la voz de mi padre suene por el altavoz, a la vez que dejo las cosas junto a la toalla que Maddie me ha extendido.
—Ava, cielo. ¿Cómo estás?
—Hola, papá. Muy bien, estoy en la playa, en Santa Mónica. Esto es precioso, la playa es increíble y hay mucho ambiente. Después vamos a visitar el Paseo de la Fama, donde los famosos tienen una estrella en el suelo, ¿No es increíble?
—Hija, cuanto me alegro por ti. Nosotros cambiamos de destino en el último momento y hemos acabado en Albacete.
—Vaya, ¿Y eso?
—Vimos una oferta de dos noches con una guía turística y no la dejamos escapar. —Dice mi madre que se ha colado en la conversación.
—No sabéis cuanto me alegra que disfrutéis de vuestro tiempo libre.
Jessica me da el bote de protector solar y me lo empiezo a echar en las piernas. Miro el mar en calma, con la gente bañándose y niños jugando en la orilla.
—¿Y qué tal tú por allí? ¿Algo emocionante que te haya ocurrido?
Me quedo en silencio al escuchar a mi padre, ¿qué se supone debo responderle? Lo único que se me viene a la cabeza es que me encontré con Ana, huyó de mí y ahora quiero conocer a mi abuelo, William. No sé si a mi padre le haría gracia escuchar eso y estoy segura de que no sería un tema de conversación que agradaría a mi madre. Así que me centro en mi trabajo y en la propuesta de Zeus.
—Bueno, el estudio va viento en popa y Zeus me ha propuesto mudarnos a una casa y dejar su apartamento.
Las chicas me hacen señas para informarme de que irán al agua. Las veo alejarse y me tumbo en la toalla, apoyándome de un codo. Respiro el aire salado y cierro los ojos disfrutando de los rayos de sol en la cara.
—Son buenas noticias, cariño. Al fin estás haciendo lo que tanto deseas.
—Sí, mamá. Soy muy feliz.
—Pero, hija, ¿Estás segura con lo que te ofrece ese chico? —Me pregunta esta vez mi padre con tono serio.
—Por supuesto. Es lo que quiero y, si algo he aprendido con la pérdida de mi tía, es que hay que vivir el momento porque cualquier día puede ser el último. Y yo quiero vivirlo con Zeus a mi lado.
Me pongo de pie y miro hacia el chiringuito que tiene altavoces enormes colgados desde sus columnas de madera, y escucho la voz de Rihanna en su canción Only Girl. Hay mucha gente alrededor bailando y bebiendo bajo el sol.
Sonrío ampliamente y entonces vuelvo a escuchar a mi madre hablar.
—Cariño, solo queremos que seas feliz. Nosotros lo somos si tú lo eres y estamos de acuerdo si

es con ese hombre. Y por eso tenemos muchas ganas de conocerlo.
—Venid en diciembre y pasamos las navidades aquí. Os encantará la ciudad.
—Por supuesto, mi vida —Vaya, eso me sorprende, pensaba que pondrían de excusa el trabajo —. Pediremos las vacaciones para entonces. Bueno hija, no queremos entretenerte y nosotros tenemos que visitar la plaza. Luego te mando un mensajito.
Me despido y dejo las cosas en el bolso tapado con la toalla. Troto hasta la orilla y me meto en el agua para unirme a las chicas cuando nos gritan a unos metros de distancia.
—¡Bombones! ¿Queréis una copa?
Un mulato musculado, tatuado y rapado, junto a otros cinco chicos a cuál más guapo, nos señala el chiringuito. Uno de ellos se acerca y coquetea con Maddie. Nosotras tres nos miramos y subimos los hombros, utilizando el ligoteo del castaño con la peque para beber. Los nueve nos adentramos en el barullo de gente y nos unimos rápidamente al ambiente cuando nos piden unas primeras copas rojas, con sombrilla y exquisitas.
Bailamos y reímos con Brandon, Rey, Jorge, Elijah y Ben. A nosotros se unen tres mujeres más que acaban ligando con algunos de ellos. Cada uno viene de una parte del mundo y es increíble lo bien que lo pasamos sin conocernos.
De un momento a otro se hace un silencio en la zona generando murmullos entre nosotros. Entonces, cuando suenan los primeros acordes de Feeling Myself, canción de Nicki Minaj junto a Beyoncé, todos gritamos. Algunas personas silban, otras saltan y otras mueven las caderas hasta abajo.
Cuando nos cansamos de bailar y beber, también porque Jess tiene que conducir, decidimos pasar lo que nos queda hasta marcharnos en el muelle. Lo primero que hacemos es comer algo en uno de los puestos de perritos calientes. Después paseamos hasta el final y nos subimos a la noria a la vuelta. Ahí arriba las vistas son increíbles, ver desde lo alto el mar y los edificios es magnífico. Saco la cámara y hago varias fotos para subirlas a mi web. Ni que decir tiene que aprovecho el viaje para hacerle fotos a todo, incluidas las chicas. Así tendré material interesante en la página del estudio.
Sobre las seis, decidimos marcharnos para poder ir bien de tiempo para visitar lo que nos queda. El grupo con el que hemos pasado la tarde es muy simpático y es una pena que no volvamos a vernos, aunque mira lo que pasó con Zeus, ¿Quién iba a decirme a mí que volveríamos a encontrarnos después de lo que pasó en el aeropuerto?
En el coche, llamo a mi chico. Tengo muchas ganas de hablar con él y saber cómo le va el trabajo. Amber ya ha hablado con Malcolm y con James, este último se ha quedado con los niños y también ha hablado con ellos. Jessica le hizo una videollamada a Peter cuando todavía estábamos en la playa y se enfadó bastante cuando Ben se le acercó más de la cuenta. Y Maddie no ha perdido el tiempo con Elijah, desde ya te digo que cuando se quiere se puede, eso y que la bebida roja que estábamos bebiendo le ha dado un empujoncito a la peque para divertirse.

⚡⚡⚡

Ya en el apartamento me pido el último turno para ducharme, no se me ha olvidado mi cita con Zeus. Agradezco mi pasión por la música cuando me toca ducharme porque así puedo colocarme los auriculares inalámbricos y escuchar a Zeus. Cojo una falda blanca y larga, un top sin mangas marrón y la ropa interior antes de meterme en el baño y cerrar con el pestillo que hay en la parte superior.
Conecto los auriculares al bluetooth del móvil y hago la videollamada. Cinco toques son los que

suenan hasta que la cara de mi chico aparece en la pantalla. Está en nuestra habitación, sentado en el borde de la cama y mirando con atención como le pido silencio llevándome un dedo a los labios. Por supuesto, asiente y en este momento estoy convencida de que haría cualquier cosa que le pidiera.
El móvil está sobre el lavabo apoyado en la pared, y puedo verme en el cuadro pequeño de la esquina de la pantalla. Zeus se quita la camiseta sin moverse de donde está sentado y me muestra su torso desnudo. Firme, señalado entre los pectorales, y el estómago liso que tanto me gusta besar. Me deshago del vestido verde que he usado para la playa y lo escucho susurrar lo preciosa que soy. Desato el nudo del cuello y de la espalda que sujeta la parte de arriba del bikini con la única intención de descubrir mis pechos.
—Dios, nena, es una tortura no poder tocarte.
Sonrío sin responderle aunque me muero de ganas de decirle lo que pienso en este momento. Desato también los nudos de mi cintura y me deshago de las bragas brasileñas. Para entonces Zeus ya está desnudo y duro. Un deseo irrefrenable por tenerlo en la boca se apodera de mí, haciéndomela agua. Me quedo a su merced, sin moverme, a la espera de que me diga qué hacer. Se inclina hacia la pantalla porque ha dejado el teléfono apoyado en el cabecero y se ha colocado de rodillas sobre el colchón. Exactamente en el lado que duermo.
—Nena, estírate los pezones igual que lo hago yo —Los cojo entre mis dedos índice y pulgar, apretando las piernas al notar como empiezo a mojarme— ¿Qué pasa por ahí abajo? ¿Ya está hambriento?
Asiento, sin dejar de jugar con mis montañitas rugosas, sin perderme detalle de cómo Zeus se masturba con delicadeza. La luz del vestidor alumbra el fondo de la habitación, pero su cuerpo le genera oscuridad. Aun así, puedo apreciar al detalle cada parte de él, musculada, cincelada como si fuera un dios griego, majestuoso y varonil. Y solo para mí.
Pongo todas mis fuerzas en no bajar la mano hasta mi humedad porque estoy ansiosa por aliviarme el dolor placentero que se me genera con violencia.
—¿Te haces una idea de las ganas que tengo en este momento de que mi mano sea tu preciosa boquita? —No consigo reprimir un gemido y Zeus gruñe en respuesta— Me encanta cuando gimes con la boca llena. Baja la mano mi amor, deslízala por tu estómago.
Eso hago, creyendo eterno el recorrido. El frío de las yemas de mis dedos sobre mi abrasador clítoris me genera un cosquilleo por toda la columna. Me toco despacio, presionando en círculos hasta notar que se me sigue hinchando.
—Chúpate dos dedos e introdúcetelos —Vuelvo a hacer lo que me pide, con sus jadeos de fondo, calentándome la sangre. Lo veo abrir un poco la boca cuando meto los dedos en la mía, mirando sus ojos a través de la pantalla. Después los llevo a mi entrada y disfruto de la penetración—. Joder, en cuanto estés en casa voy a comerte. Necesito saborearte toda la noche, hacerte gritar y darte placer.
Muevo mis dedos con ímpetu, rozándome el clítoris con la eminencia de la mano. Con la mano libre, juego también con mis pechos, acercándome un poco más a la pantalla. Zeus se masajea y disfruto con la escena que tengo delante. Su mano se la rodea entera, bajando y subiendo su piel con más rapidez que antes.
El conjunto de su cuerpo desnudo; su mirada clavada en mí, tan oscura, penetrante y salvaje con esa cicatriz a juego; sus jadeos y gruñidos me ponen a mil. No aguantaré mucho más si sigo así. Detengo lo que estoy haciendo y lo escucho preguntarme qué hago, pero le pido silencio y me siento sobre el lavabo, subiendo los pies al borde de la encimera de madera y abriéndome de piernas para darle una mejor vista. Alzo el móvil delante de mí y enfoco la cámara delantera en

la zona que deseo que mire mientras se masturba.
—Ah, nena, así no puedo. —Se toca con ganas, pasándose los dedos por la punta para así lubricarse.
Llevo dos dedos a mi botón ardiente y esta vez me centro en mi placer, pulsándolo, estirándolo y pellizcándolo, imaginándome que es él quien lo hace. Me pide acerar la cámara a mi boca y eso hago, mojándome los labios y luego introduciéndome los dedos en la boca, mojándolos y sacándolos con tranquilidad.
—Estás siendo muy mala. Mañana no vas a dormir en toda la noche.
Ahogo un grito y me introduzco dos dedos en mi vagina, sintiéndome muy bien al imaginar que es su erección quien me llena. Entro y salgo de mí como quiero que él lo estuviera haciendo, rozándome el clítoris con la mano como Zeus me exige. Me siento mojarme la mano y me muerdo el labio con fuerza al sentir una quemazón en mi sexo, palpitándome a su vez como si tuviera el corazón ahí mismo.
—Mira…mi…mira cómo te mojas para mí, nena. Estoy ansioso por beberte. Sigue así…
Sus palabras terminan por encenderme y echo la cabeza hacia atrás, subo las caderas y meto aún más los dedos, presionándome con fuerza, ahogando los jadeos que se mueren por salir.
Entonces lo escucho maldecir, jurarme cosas obscenas que me hará mañana y derramarse en su mano. Lo miro con lujuria, detallando como se vacía para mí.
Unos minutos después, bajo las piernas y me pongo en el suelo. El agua lleva cayendo desde que entré en el baño y, aunque en realidad no ha pasado mucho tiempo, tendré que darme prisa en la ducha. Dejo el móvil en el mismo sitio que lo puse al principio y me apoyo para ver su cara, que ahora coge toda la pantalla. Me deleito con su mandíbula, dibujada y lineada a la perfección.
—Mi amor, ha sido increíble.
—Ahora tengo que ducharme, las chicas me están esperando —Susurro todo lo bajo que puedo, metiendo una mano bajo el agua para medir la temperatura—. Te mandaré un mensaje cuando estemos de vuelta en la casa, ¿de acuerdo?
Zeus entra en el baño y abre también el agua de la ducha, sin dejar de enfocarme su cara. Luego me mira a través de la pantalla y me hace sentir cerca de él, como si no nos separaran miles de kilómetro.
—Claro, pásalo bien, honey. Te quiero.
—Yo a ti más.
—Mmm, me encantará discutirlo.
Suelto una risita y le mando un beso antes de despedirnos de nuevo. Cuando dejo el móvil a un lado, me apresuro a prepararme cuanto antes. La suerte del verano es que puedo dejarme el pelo mojado y eso es un alivio a la hora de ahorrar tiempo, por lo que tardo veinte minutos en ducharme, peinarme y vestirme. No me maquillo, porque cuando voy a la playa no suelo hacerlo, aprovecho el bronceado del día.

⚡⚡⚡

A las ocho y media estamos en La Gustosa, un restaurante enorme de tres plantas, lámparas de cristales brillantes, música lenta de fondo, camareros y camareras en trajes hechos a medida de color negro y toda la decoración jugando en tonos champagne y tonos variados del color. Nos sentamos en una mesa que Jess nos ha reservado en la segunda planta junto al ventanal, desde donde se puede apreciar unas vistas increíbles, luminosas y llenas de vida. La cena no tarda mucho en estar delante de nosotras, acompañada de un viejo vino blanco y cubertería de plata.

—Pero, ¿Dónde has venido a dar las prácticas? —pregunta Maddie, maravillada al igual que nosotras al apreciar el lugar.
—Me he ido por lo alto, si quiero cosas grandes hay que hacer cosas grandes. ¿Y qué mejor que darme a conocer en uno de los restaurantes más famoso de la zona? Este sitio es increíble, he visto a cantantes y famosos, el fin de semana pasado el cantante de Maroon 5 reservó una mesa en la última planta para celebrar un cumpleaños.
—¿¡Que!? No me lo puedo creer, ¿No le pediste un autógrafo? ¿No le hiciste una foto de lejos? ¿Es que te has vuelto loca?
Amber y Maddie me miran como si me saliera espuma por la boca, pero es que soy súper fan del grupo y…oh…Adam…es tan divino, guapo y canta tan bien. Jessica se parte de la risa y me señala con el pulgar mientras aclara a las chicas que soy una fanática.
—Guau, nunca había visto a un fan desquiciado desde tan cerca. —bromea Maddie.
El resto de la cena lo dedicamos a juzgar mi modo de apreciar a una estrella de la música y a disfrutar de la comida que nos sirven. Sobre las once, nos hemos bebido el vino y zampado hasta el postre. Cuando pagamos, ponemos rumbo al Paseo de la Fama, donde nos hacemos fotos y veo las estrellas de tantos famosos, que creo que me marearé de tanto leer nombres diferentes.
Nunca me he sentido tan feliz como me siento en esta nueva etapa en la que me sumergí al mudarme a Nueva York. Aquí mi vida es diferente, aunque tenga otros problemas, soy feliz, me olvido de mi pasado y de lo que he sufrido. Aquí, donde he sumado gente maravillosa a mi círculo social, soy quien siempre he querido ser, una mujer fotógrafa, enamorada y que está sanando su corazón herido. Algo que jamás creí posible.

Capítulo 42

Zeus

Son las doce de la mañana y Ava llegará en dos horas, por lo que aprovecho para revisar los correos en mi ordenador. No me concentro en leerlos, únicamente puedo pensar en lo solo que me he sentido cuando he llegado a casa y Ava no estaba. Aunque sabía que volvería en unos días, algo me presionaba el pecho y me deprimía. Definitivamente estoy loco por ella, aunque no era necesario sentirme así para corroborarlo.
Creo que el amor a primera vista sí que existe, solo que no sabemos que ha surgido hasta que la persona indicada llega y te das cuenta de ello. Podría decir que me enamoré de Ava en cuanto me encaró en la tiendecilla del aeropuerto, tan enfadada y manchada de café. Nadie me había insultado tantas veces en tan poco tiempo, ni tan rápido.
Cuando la encontré en el baño, con el jersey quitado, uf, me latió el corazón como nunca. Me pilló desprevenido, hacia muchísimo tiempo que no sentía algo igual y lo único que podía hacer era mirarla como un adolescente, endureciéndome enseguida. Recuerdo que pensé que todo era fruto de mi mala relación con Cristal y quise disfrutar de lo que pudiera pasar, pero cuando tuve sus labios sobre los míos…supe que estaba perdido.
Eso sí, no pienso dejar que nadie me aparte de sus brazos. Nunca he querido tanto perderme y que no me encuentren. Me he vuelto un romántico, es así.
Me salta una notificación en el ordenador justo sobre la pestaña en la que se muestra el correo. Pincho y veo que es un e-mail de Lucas. Llevo mucho tiempo esperándolo, así que cliqueo y se abre el mensaje con un documento adjunto.

Buenos días, Zeus.

Me pongo en contacto contigo para informarte de la finalización del desarrollo del contrato que me pediste. Te adjunto el documento para que puedas leerlo y estudiarlo.
Estaré disponible para resolver cualquiera de tus dudas. Espero que sea lo que pedías y te sirva de solución.

Que tengas un buen día.

Me quedo mirando la pantalla como si tuviera delante un tesoro y no el PDF de un contrato. Aunque pensándolo bien, este contrato es una joya, me va a liberar de los Lewis para siempre. Leo el documento, absorto por la precisión y profesionalidad que desprende el trabajo de Lucas. He conocido muchos abogados y no me he topado con uno tan bueno como él.
En el contrato se explica todo al detalle, nada ilegal (al menos no a simple vista), ni amenazante.

No puedo dejar de leer ni siquiera, aunque el teléfono me suena varias veces. Llego a la parte en la que se nombra a Máximo, explicándose que cede su parte del hospital a mi padre por la suma de dinero que considere darle en su momento. Al fin y al cabo, nadie cede algo tan importante como lo es ser uno de los dueños del Vitaly, el hospital privado más famoso de Nueva York.
No veo la hora de poner los papeles sobre la mesa, delante de las narices de Máximo y perderlo de vista. Y a Cristal también. En cuanto el hospital sea mío no quiero verlos a ninguno por allí.
Imprimo el documento en la impresora que tengo al otro lado del escritorio y lo guardo en un cajón bajo llave para que no se pierda. Decido llamar a Lucas para agradecerle el trabajo. Lo he subestimado, además de no haberle facilitado las cosas cuando estuvo aquí hace unos meses.
Se merece mi disculpa y voy a dársela.
—¡Colega! ¿Qué te parece lo que te he enviado?
—Hola, Lucas. Es perfecto, exactamente lo que necesitaba. Quiero agradecerte el trabajo que has hecho, dime qué te debo.
—Amigo, amigo... Me debes la seguridad de Ava y su protección.
—Eso ya está asegurado —Le aclaro, apoyándome en el respaldo de la silla—. Ya sabes a qué me refiero.
—Zeus, no quiero dinero. He hecho esto como un favor a un amigo donde todos nos beneficiamos. Es hora de ver a Ava feliz y con tu exnovia y su padre entrometiéndose no puede serlo.
Tiene razón. Aunque ellos no se inmiscuyen en nuestra vida de forma directa, ni tienen contacto de ningún tipo con Ava, lo hacen a través de mí, con chantajes y jugadas por la espalda. Como con William. Si Cristal no se hubiera metido, Ava podría visitar a su abuelo sin correr el riesgo de sufrir.
Asiento, a pesar de que nadie puede verme, y suspiro.
—Tienes las puertas de mi casa abiertas, Lucas. Hugo y tú siempre seréis bien recibido aquí.
—Gracias, tío. Espero verte por Madrid algún día.
Finalizo la llamada y termino con una sonrisa en los labios, nada me gustaría más que visitar el lugar donde Ava ha crecido. Sin dudas, algún día iré.
Me levanto del sillón y empiezo a recoger, leyendo el mensaje que ha hecho que mi móvil sonara hace un momento. Es Peter, que me avisa de que no tardará en salir de casa, no quiere arriesgarse a llegar tarde al aeropuerto, por lo que le envío un mensaje a Marc para que me recoja y me responde enseguida.
Estaré ahí en cinco minutos.
Cuando comienzo a bajar las escaleras de la calle, no veo a Marc, por lo que decido esperarlo de pie, junto a la baranda de hierro negro que hay justo a mi lado. Para pasar el tiempo, busco casas por zonas cercanas al estudio, no quiero que Ava esté demasiado lejos. Por ahora ninguna llama demasiado mi atención, pero es algo que tengo que discutir con ella, pues nos tiene que gustar a los dos.
El claxon de un coche me hace alzar la vista, encontrándome con mi todoterreno, y guardo el móvil en el bolsillo de mis vaqueros para ir hacia él.
—Hola, ¿Tienes ganas de ver a tu chica?
Me subo en el coche sin responder a Marc, espero a cerrar la puerta y ponerme el cinturón para hacerlo. Ava me ha contagiado esas ganas suyas de saber demasiado de los demás, y no puedo quedarme con la duda sobre la relación que lleva con Maddie.
—¿Y tú? ¿Tienes ganas de ver a Maddie? —Miro por la ventana, haciéndome el interesante.
—¿Y porque tal cosa?

—Pensaba que había algo entre vosotros.
—Para nada.
Esta vez miro al retrovisor, por donde Marc me lanza una mirada interrogante. Hago una mueca de indiferencia y me centro en la pantalla de mi móvil. Al llevar varios minutos en silencio, decido soltar un poco de información de la que Ava me ha dado sobre el viaje, solo para probar suerte.
—Mejor, Marc. La chica se merecía pasarlo tan bien como ha hecho. ¿La sigues en redes? Ha subido fotos con un tipo en la playa. —Esto último me lo invento, porque las únicas redes que tengo las lleva un chaval llamado John, pero surte efecto porque aprieta el volante como lo haría yo si fuese a mí a quién se lo contasen.
—Que haga lo que le plazca. Ya es mayorcita.
Achino los ojos, no muy convencido con sus palabras. Estoy seguro de que le importa más de lo que aparenta, al parecer Marc es un cabezota de los buenos.
Me rasco la ceja pasando por encima de la cicatriz que me cruza el ojo, reprochándome lo insensato que fui al meterme en una pelea aquella noche. Me destrocé la cara por culpa de una mujer y de mi mejor amigo, casi pierdo un ojo y me llevé meses recuperándome. Nunca olvidaré cuanto me afectó, dejé de salir un tiempo, me avergonzaba que me vieran así, aunque Cristal me aseguraba que no era para tanto para mí lo era.
Creía que lo había perdido todo, incluso pensé que mi carrera se había terminado. ¿Cómo podría tratar a un crío con un ojo así? Se asustaría de mí. Mis sobrinos…fue una tortura para mí cuando hicieron su primera pregunta, cuando quisieron tocar la herida con curiosidad al ver a su tío así, no soportaba que todos mirasen mi cara en busca de una historia que nadie imaginaba. De hecho, es una historia que muy pocos conocen. Ni siquiera mi padre sabe nada.
Y ahí estaba ella. Parada frente a mí, mirándome a la cara con una fascinación que no pude pasar por alto. «¿Qué coño mira?» me pregunté, sin poder dejar de observarla a su vez. Al principio estaba molesto por cómo inspeccionaba mi cicatriz, no quería que nadie la notase, aunque fuera imposible, ahora extraño sus dedos sobre ella si no la acaricia.
Me he acostumbrado a que lo haga cuando más tranquilos estamos o incluso cuando mantenemos relaciones. Sus labios sobre la piel arrugada, las caricias y el deseo cuando me mira a los ojos, ha conseguido sanar una herida que solo había cicatrizado por fuera.
Ava tiene el poder de curarlo todo con su cariño, es tan dulce, atrayente y amigable, que te atrapa solo intercambiando un puñado de palabras contigo. No importa que no la conozcas, es aparecer frente a ti y querer saber de ella tanto como quiera ofrecerte. Porque eso sí, solo ella decide qué conocerás, es tan independiente, pero a la vez le gusta tanto que le den cariño, es tan testaruda cuando se le mete en la cabeza y es tan fuerte soportando todo lo que está pasando últimamente que no puedo dejar de admirarla.
—Zeus, ya estamos llegando —Me dice Marc, dándome la sensación a veces de que llegamos demasiado rápido a nuestros destinos cuando no es así en absoluto—. Te has quedado en el limbo, colega. En serio, tenías cara de atontado.
Subo las cejas, fingiendo que me ofenden sus palabras, y decido molestarlo como venganza con una tontería que se me pasa por la cabeza. Pero espero a que hayamos aparcado y bajemos del coche para hacerlo.
—¿Te imaginas que Madison vuelve acompañada? Ya sabes, uno de esos viajeros que están varios días en distintos puntos del país.
Paso por su lado viendo de reojo como aprieta la mandíbula y se estira las mangas de la camisa celeste que lleva hoy. Le molesta y eso es buena señal.

A unos metros de nosotros está Peter, con Mike, y nos saluda con la mano. Camino con tranquilidad percatándome de cómo algunas personas nos miran, mayormente mujeres, pero ninguna llama mi atención. Ninguna se iguala a Ava, no podrían ni esforzándose.
—¿Qué pasa? ¿Estás nervioso? —Le doy unas palmaditas en el brazo a Peter, que se pasa la mano en la que lleva el sello en el dedo por el pelo.
—No la veo desde hace semanas. ¿Cómo puedo estar?
Caminamos hasta la zona donde la esperaremos y nos detenemos junto a un grupo de personas con carteles en las manos y el nombre de las personas que estarán esperando. También hay algunas despidiéndose, niños corriendo hacia sus familiares y otras gritando al reencontrarse. Por otro lado Marc y Mike hablan detrás de nosotros, que seguimos en el mismo sitio veinte minutos después.
No deberían tardar mucho más, el avión ya tendría que haber aterrizado.
—¿Y si pasa de mí? ¿Y si ha conocido a alguien allí? —Peter me mira con la cara desencajada, creyéndose de verdad que algo así pudiera pasar.
—No te comas la cabeza, Jessica te quiere, por dios, vais a llevar un restaurante juntos.
—Lo sé, pero no puedo evitar pensar en…
—¡Ayyyy! —Un chillido estridente no le permite continuar y nos hace volver la cabeza al reconocer la voz— ¡Cariñiiiin!
—Oh, joder, menos mal. —Escucho decir a Peter antes de trota hacia su chica a la vez que ella corre hasta nosotros.
Me enfoco en buscar a Ava, ansioso por besarla y abrazarla. Hasta este momento no he sido realmente consciente de las ganas que tengo de verla. Primero aparece Amber saludándonos a todos con un abrazo, la sigue Madison que hace más de lo mismo, pero no veo a Ava y me pongo nervioso, debería haber salido, ¿Dónde está? Los miro a todos y comienzo a caminar hacia la puerta de salida, sin dejar que Jessica diga lo que tenía pensamiento expresar.
El corazón se me va a salir por la boca, incluso me choco con varias personas. Entonces, a unos metros aparece, con un tono de bronceado que le queda muy bien y el pelo brillante. Cierro los ojos unos segundos por el alivio, pero los abro para ir hasta ella y abrazarla. Suelta la maleta cuando la estrecho contra mi cuerpo y no tardo en notar sus brazos rodeándome la cintura.
—Hola, cariño —Hundo la cara en su cuello, aspirando el olor que desprende su cabello—. Veo que alguien me ha echado de menos.
La aparto con suavidad para poder inspeccionarla mejor. Me recreo en sus ojos, en sus labios, su nariz, su cuello…nuestro tatuaje. Sin perder un segundo más, la agarro de la nuca, por encima del pelo, y la atraigo hasta mí para besarla de una vez por todas. Saboreo sus labios y su lengua cuando esta juega con la mía. Demonios, es exquisita. El beso dura unos segundos más y volvemos a abrazarnos.
—No sabes cuanto, honey.
Me mira entre mis brazos mordiéndose el labio y atrayendo mi mirada hacia esa zona. Luego alzo un poco la ceja y sonrío de medio lado, esperando que diga lo que se le ha pasado por la cabeza.
—Tengo una sorpresa para ti.
—Ah, ¿sí? —Pego la boca a su frente sin poder separarme de ella y su piel se eriza. Asiente sin apartar la mirada, apretando su agarre a mi espalda. Su respuesta me deja la boca seca.
—Pero para verlo tienes que desnudarme, Zeus.
La beso con ansia, chocando nuestras bocas, a modo de respuesta a su ardiente proposición. Le paso un brazo por los hombros para poder coger su maleta, los demás nos están esperando y las

chicas querrán llegar a casa para descansar.
De camino al grupo, la estrecho contra mí y le prometo al oído, lo más bajo posible para que solo ella lo escuche.
—Mi amor. Entonces no tardaré en descubrirlo, porque una vez estemos en casa no vas a volver a vestirte en lo que queda de día.
Peter y Jessica vuelven a casa en su coche, mientras los que quedamos vamos en el mío. Marc conduce, Amber va a su lado, porque Madison ha insistido en ponerse en la parte trasera, Ava en el centro y yo al otro lado. La primera a la que dejamos es a mi hermana, que se queda en casa de mi padre para recoger a los niños y el coche.
Ava y yo bajamos también para que ella pueda saludarlo, se aprecian mucho.
—Mira quien tenemos de vuelta en casa.
Los niños corren hacia Amber, pasando por delante de mi padre, mientras este abraza a mi hermana y luego a Ava. No nos entretenemos demasiado, ya que Maddie sigue en el coche y yo me muero de ganas de llegar a casa de una maldita vez.
Cuando volvemos, Marc se dirige a Long Island, donde Madison entra en el edificio en el que vive con su familia.
Diez minutos después, al bajarnos en nuestra zona y coger la maleta de Ava, me dirijo a Marc antes de subir.
—Puedes irte a casa, no vamos a necesitar que nos lleves. No vamos a ir a ninguna parte hoy.
—De acuerdo. Hasta mañana entonces. —Marc se despide con una sonrisa atrevida y se adentra en el tráfico.
Hasta llegar al apartamento me parece una eternidad, como si anduviéramos muy despacio y el ascensor fuese a cámara lenta. ¿Por qué no está la puerta abierta cuando llego? Tengo la sensación de que pierdo nuestro tiempo al introducir la llave y girarla. Cierro al entrar y Ava, después de revisar el apartamento, se coloca frente a mí y me mira con una intensidad que he añorado estos días. Segundos después, se lanza contra mi cuerpo y la levanto del suelo para que me rodee la cintura con sus piernas.
—He deseado este momento desde nuestra videollamada en el baño. —Me confiesa entre besos y caricias.
—Yo desde que te fuiste.
Entro en la habitación y la dejo sobre la cama, boca arriba y ya jadeante. Los dedos me cosquillean, ansiosos por tocarla. Le quito la blusa rosa que lleva encima de un minúsculo top blanco. Como siempre, no lleva sujetador.
Enreda los dedos en mi pelo empujándome hacia sus pechos cuando empiezo a absorberlos y mordisquearlos. Gruño de placer al notar como se endurecen agresivamente.
Subo hasta su boca, besándola con rabia. Le succiono los labios y le chupo el inferior, empezándome a rozar sobre su ropa. Me pongo duro en milésimas de segundo, aunque ya empezaba a estarlo en cuanto se ha tirado sobre mí. Dejo que me quite la camiseta y acaricie mi cuerpo a su antojo. No dejo de atenderla, besándola, acariciándola y continuando con la acción de desvestirla. Ella se ríe por lo bajo, pero, como no sé porque, me centro en quitarme los pantalones. Entonces se sienta sobre la cama y me mira con el pelo desordenado.
—Tienes la sorpresa justo ahí.
Se señala la ingle y le abro las piernas, descubriendo así un tatuaje en el pliegue. Observo el pequeño tarro de miel, desbordándose y con dos abejas revoloteando a su alrededor, pudiéndose leer en él la palabra honey. Nunca, algo tan minúsculo, me había parecido tan significante. La miro a los ojos unos instantes antes de bajar mi boca a su nueva zona tatuada y besarla con

cuidado. La escucho suspirar y eso me enciende a lo bestia.
La agarro de las rodillas por detrás y la arrastro hasta volver a tumbarla. Ahoga un grito cuando mi boca choca con su sexo. Mmm, deliciosa. Paso la lengua entre sus pliegues, húmedos y jugosos, introduciendo la punta en la cavidad ardiente que me espera ansiosa. Le cojo el clítoris entre los dientes, lo estiro y soplo hasta hacerla temblar. Recibo su primera esencia, encantado, bebiéndomela toda.
—Amor, no más preliminares por ahora. ¿De acuerdo? —No la dejo responder, la penetro de un solo movimiento, sintiendo calor por todo el cuerpo.
La follo con fuerza por todas las ganas acumuladas desde que se fue a Los Ángeles. La abro más de piernas, penetrándola hasta el fondo. Mi erección, durísima, palpita con fuerza, siento mis venas hinchándose a su alrededor cada vez más cuando mi pelvis choca en sus nalgas.
Le agarro de las nalgas subiéndola para poder tener más acceso. Ava grita, me araña y clava sus uñas en mi piel. La he echado mucho de menos. Sé que, conforme pasan los días, me enamoro más y no puedo estar sin ella, no quiero.
—Zeus…
—¿Sí, honey? —Me salgo y le doy la vuelta, alzándole las caderas para penetrarla desde atrás. Glorioso. Le arranco un gemido de lo más profundo de su garganta.
Al no responderme, le aparto el pelo de la cara, que la tiene apoyada sobre el colchón, sudando y gimoteando con cada estocada que recibe. Me muerdo el labio cuando veo los suyos semi abiertos y sus ojos entrecerrados. Me inclino sobre su espalda pegando en ella mi pecho, y le doy una cachetada en la nalga izquierda que la hace jadear.
Me salgo de ella y vuelvo a entrar con dureza, sintiendo como empieza a temblar por la llegada del orgasmo. Contengo la respiración y espero a que se corra para hacerlo yo también.
—Ah…sí…más…estoy a punto. Sigue, Zeus, sigue…. —Si me suplica así, no me puedo resistir. Vuelvo a salirme de su apretada vagina y doy un último empellón, vertiendo en ella hasta mi última gota.
Varios minutos más tarde, continuamos jadeando y con las respiraciones agitadas. Me salgo de ella, viendo como poco después mis fluidos se derraman sobre las sábanas. La hago ponerse boca arriba y me coloco encima, para nada saciado.
Entonces Ava me acaricia las mejillas y me besa con dulzura.
—Te quiero, Zeus. —Susurra, atrayéndome hacia ella. Coloco el glande en su apertura y, poco a poco, vuelvo a introducirme en su interior besándola con devoción.
— Yo también te quiero, honey. No te haces una idea de cuánto.

⚡⚡⚡

A las doce de la noche, tras despertarme con el cuerpo desnudo de Ava sobre mí y apartarla con cuidado para que no se despierte, cojo mi teléfono para enviarle un mensaje a Peter, haciéndome con el mando de la situación como tendría que haber hecho mucho antes.
Le escribo sobre el contrato, le envío una copia y le explico cuál es mi intención sobre Máximo. No olvido asegurarle que haré lo que haga falta para que firme de una puta vez, aunque tenga que actuar como en los viejos tiempo.
Después de zanjar un tema que no me dejaba de rondar la cabeza, me permito observar a Ava con detenimiento unos segundos, apreciando la mujer que tengo delante. No es justo todo el dolor que sufre en silencio, ella es tan hermosa y buena, que no merece más que palabras bonitas y demostraciones de amor. Saber que las personas que estamos a su lado la amamos. Saber que

yo lo hago.

Capítulo 43

Septiembre

Ava

¿Alguna vez has tenido unas ganas irrefrenables de querer hacer algo pese a las consecuencias que pueda tener? Como el típico «No toques el botón y, de repente, es lo único que desear hacer» ¿Sabes de lo que te hablo? Sí, seguro que sí. Pues eso es lo que me produce el tema de William. Desde que mi cerebro le da vueltas a la posibilidad de un rechazo a sangre fría, con un portazo en las narices, o un «¡Largo de aquí!» por su parte, mi corazón no deja de cuchichearme que cabe otra posibilidad en la que mi abuelo materno desee conocerme. Quiero decir, estoy en un dilema de cuidado en el que mi mente me dice: «no vayas, será lo mejor» y mi corazón me grita: «¡Qué cojones! Arriésgate».
Y por eso mismo he vuelto a preparar un desayuno exquisito para Zeus.
—¿Vas a darme tarta cada vez que quieras contarme algo? —Pero bien que se mete un trozo en la boca.
—Quería que estuvieras de buen humor.
Vuelve a comer un trozo, mezclándolo con el café solo que toma cada mañana. Sin embargo, a mí no me cabe nada, estoy tan nerviosa que tengo el estómago revuelto. Me siento en un taburete a su lado y pongo una mano sobre su duro muslo. Su mirada, negra e imperfectamente perfecta, se clava en mí.
—¿Y cuando no lo estoy?
En eso lleva razón. Cuando lo vi por primera vez pensé que sería el típico malhumorado y huraño, que gruñe o se queja por todo lo ajeno, pero no es ni parecido. Zeus siempre está contento, hace bromas, se ríe a carcajadas la mayor parte del tiempo y es muy amigable. Al menos cuando algo no lo hace enfadar, porque entonces puedes echarte a temblar.
—Sé que el tema de Ana no te hace mucha gracia y quería sobornarte.
Como decía antes, ya está riendo. Deja el plato a un lado y se vuelve hacia mí, cogiéndome por las caderas y sentándome en su regazo. Paso los brazos por su hombro y le doy un beso, que sabe a limón, en los labios
—No es eso. Sólo temo que te hagan daño, pero si es importante para ti, también lo es para mí.
—A veces, sufrir es inevitable y necesario. Quizá necesito que me rechace para darme cuenta de que ellos no me merecen.
Paseando su mano por la largura de mi espalda, cubierta por una sobre camisa azulona, me atrae a su cuerpo, encajándome en él. Aspiro su aliento cuando choca con mis labios.
—Honey, ¿Quién puede merecerte? No hay nadie a tu altura —Vuelvo los ojos al escucharlo, ganándome un pellizquito en las nalgas— ¿Qué pasa?
—Que me pones por las nubes. No soy para tanto, solo que tú me ves con buenos ojos.
—Oye, veo lo que tengo delante. Eres una mujer increíble y lo pensaré siempre. No vuelvas a dudarlo, ¿De acuerdo?

—Siiií…Está bien.
Me roba un beso, girándose conmigo encima y me da un trozo de tarta. Arrastro los labios por el tenedor saboreando la nata y la crema de limón que lleva encima. Estos dulces están buenísimos.
Zeus carraspea apartando los ojos de mis labios y sonrío al percatarme.
—¿Qué es lo que pasa con Ana ahora? —pregunta en tono divertido. Me dan escalofríos hablar de ella de forma tan natural.
—Había pensado ir esta tarde a casa de William. Y quería saber si me acompañarías.
La diversión se borra de su rostro y sus ojos se vuelven oscuros, como si una sombra negra los hubiera envuelto. Me aparta de encima y me coloca frente a él.
—Honey, ¿No es muy pronto?
—¿Pronto? —exclamo casi ofendida, levantándome del taburete— Hace meses que sé de su existencia y su dirección. Sólo quiero ir allí y darle la oportunidad de conocerme, quizá no sepa que existo porque su hija es demasiado egoísta para habérselo contado.
—O sí que lo sabe y lleva años sin querer conocerte. Estas en un cincuenta, cincuenta.
Me vuelvo, enfadada, por lo cruel que es a veces. Ni siquiera se molesta en maquillar la posible verdad que hay en todo esto, al parecer solo quiere ser él quien dañe mis sentimientos. Voy a por mí bolso y me intercepta en el camino.
—Déjame, tengo trabajo y quiero terminar pronto para ir a Brooklyn. —Está claro que iré de todas formas.
—Cariño, no te pongas a sí. Entiéndeme.
Maldigo en voz baja soltándome de malas formas y cogiendo las llaves del bolso. Aunque no sé para qué si no voy a usarlas. Solo que cuando me enfado me pongo teatrera.
—Mira, Zeus —Alzo un dedo, avisándole de antemano que no se le ocurra besarme y el asiente, nada conforme—, voy a ir contigo o sin ti . Y entiéndeme tu a mí de una puñetera vez.
—Ava, no te vayas enfadada, por favor.
—Ya sabes dónde encontrarme si quieres acompañarme.
Sin un beso de despedida, salgo de casa y espero a que el ascensor llegue. Mientras tanto, Zeus está en la puerta, observándome con una sonrisa en los labios. Arg, ¡No puedo soportarlo! Me acerco y le doy un beso rápido, corriendo después al ascensor y escuchando de fondo como deja escapar una carcajada.
—Idiota. —murmuro por lo bajo cuando las puertas se cierran.
Cuando llego al vestíbulo, saludo al señor que está tras el mostrador, del cual no sé el nombre, ni creo que lo sepa porque no parece muy hablador que digamos. Tiene cierto parecido al mayordomo del príncipe Naveen en la película Tiana y el Sapo.
Estoy riéndome de mi propio chiste al salir a la calle en busca de Marc, que está junto al coche. Esta es la mía de saber que se cuece entre Maddie y él. Se fue a Los Ángeles muy apenada, aunque intentaba ocultarlo era imposible no verlo. Seguro que este cabeza de chorlito se ha comportado como un cavernícola. No sé qué pasa, pero cuanto más guapos, más tonto son.
—Buenos días, Ava. —Me saluda con una sonrisa y se sube al coche, sabe que no tiene que abrirme la puerta.
—Buenos días, Marc —Le respondo al sentarme en el sillón del copiloto— ¿Puedes explicarme que le has hecho a Madison? —Directa y clara.
—Nada. ¿Qué os ha dado a todos con nosotros?
—¿Alguien más te ha preguntado?
Marc sigue con la vista fija en la carretera, mostrando signos no verbales que aclaran cuanto le importa el tema por mucho que intente dejarlo pasar. Me acomodo en mi asiento y casi me ahogo

al oír su respuesta.
—Zeus. Me ha preguntado cómo cien veces.
Mi carcajada hace que me tiemble la garganta. Cirujano cotilla. No me lo puedo creer, siempre está dándome lecciones para que aprenda a no meterme en los asuntos de los demás, y resulta que cuando no estoy se convierte en un detective.
—Mira, no es cuestión de cotilleo —Comienzo a decir, siendo sincera—. Nos importáis porque sois nuestros amigos y no queremos que haya tensión entre vosotros. Cuando os vi en la puerta del Caipirinha parecíais muy acaramelados, os gustabais, diría yo. Sólo quiero saber que ha pasado.
—No ha pasado nada.
—Está bien, no me lo cuentes. Al parecer no somos tan amigos.
Ya lo he lanzado, solo tengo que esperar que surta efecto. Miro por la ventana los coches a nuestro lado, viendo a lo lejos la avenida donde me quedaré. Cuando Marc se detiene y creo que no va a decir nada, se gira en el asiento y se apoya sobre en respaldo para mirarme.
—No tengo tiempo para novias. No quiero una. Y Madison es lo único que busca, un novio comprometido, romántico y que se preocupe por ella todo el tiempo. Aunque lo veo acorde para su edad, yo no busco eso.
Proceso la información, nunca he pensado que la diferencia de edad pueda ser un problema si dos personas se quieren y ponen empeño, pero al parecer en el caso de estos dos tortolitos sí que va a ser un problema. Sonrío de medio lado y le pongo una mano en el hombro, que él mira de reojo dándome a entender no está acostumbrado a recibir muestras de afecto.
Lo observo unos segundos, entendiendo porque a Maddie ha podido gustarle, y abro la puerta para salir.
—Ya te llegará, Marc. Hasta entonces disfruta cómo y con quién te plazca, pero si ella decide hacerlo también, déjala en paz. Tiene el mismo derecho que tú.
Sin nada más que añadir, la mujer que da consejo, pero que nunca tiene para ella, se baja del vehículo haciendo una salida de película: Intrigante y silenciosa, cual actriz dramática. Escucho como las ruedas chirrían en la calzada al marcharse.
Entro en el vestíbulo, frío y tan feo decorado como cuando llegué. Este edificio necesita una remodelación, no puedo traer a mis clientes a este espacio tan destrozado y soso. Tengo que buscar una nueva decoración.
Me acerco a Maddie y la veo escribir en unos folios.
—¿Cómo te va, guapa? —Alza la vista al escucharme y suelta el bolígrafo.
—¡Hola! Estoy estudiando para un examen. ¿Sabes una cosa? —Niego con la cabeza, contagiada por su alegría— Me han llamado por una vacante libre en una empresa de arreglos florales.
—Eso es genial, peque.
—Eso no es todo. Lo mejor es que les he explicado que todavía no he terminado la formación y me han propuesto su empresa para las prácticas.
—¡Maddie! ¡No sabes cuánto me alegro! —Me acerco a ella para abrazarla, de verdad que estoy muy contenta.
—Gracias, Ava. En casa también están muy contentos por mí.
—¿Se regalan abrazos?
La voz de Amber nos separa y Maddie le cuenta la noticia. Como era de esperar, nuestra madraza, se alegra mogollón y se lo hace saber con achuchones.
Tras despedirnos, Amber y yo subimos al estudio porque hoy tengo dos sesiones de fotos y me vendría muy bien su ayuda. La primera sesión es para dos ancianos que han cumplido sesenta

años de casados. La segunda son tres hermanos adultos con una pequeña hermana que no esperaban.
—Estoy pensando en presentar a Malcolm.
Capturo la imagen de Samuel y Lorrie, la parejita de casados más adorable que he visto jamás, y luego me aparto de la cámara para mirar a Amber.
—Eso es bueno, ¿No?
Hace una mueca y recoloca la camisa de Samuel, juntándolo hacía su mujer para una mejor posición. Me coloco detrás de la cámara y capturo.
—No sé qué pensar. No nos conocemos desde hace tanto, pero ya tengo una edad y no quiero que me deje en la puerta de casa y se vaya antes de que mi padre o mi hermano lo pillen.
—Ya, te entiendo. A mí me pasaría igual.
—¿Tú que me aconsejas? A veces os tengo como pareja modelo, en lo referente a vivir juntos y demás.
—Amber, no creo que tu hermano y yo seamos una pareja ejemplar. Mira como empezamos y lo que eso ha conllevado.
La veo volver al plano y aconsejar a la pareja para que se muevan hacia el lado que tiene más luz. Cambia el fondo por uno sepia muy bonito y vuelve a mi lado. Suspira y se echa el pelo hacia atrás, atrayendo mi mirada por el rabillo del ojo.
—Ava, sois una pareja increíble. Estáis soportando problemas juntos que la mayoría no tenemos ni tendremos nunca como una ex prometida que no acepta la separación, la cesión del hospital con la que Máximo no está de acuerdo, tu desplazamiento a otro país, el trabajo, los típicos altibajos de una relación, lo de tu abuelo, ¿Cómo puedes decir que no sois aptos para ser el modelo de nadie cuando seguís juntos a pesar de todo?
Guau, me ha dejado sin palabras y ella se da cuenta porque me mira y sonríe de forma burlona. Me hace un gesto con la mano para que siga con el trabajo ahorrándome tener que decir algo a unas palabras que me han conmovido.
Después de eso, pasamos la mañana trabajando y descansamos a la hora del almuerzo. Marga apareció con una bandeja llena de comida, nos ha preparado macarrones con carne y verduras y de postre uno de sus dulces caseros. Me ha dejado algunos guardados para Zeus y otros para los niños. Bueno, en realidad nos guarda unos pocos a todos.

⚡⚡⚡

Son las cuatro de la tarde cuando me despido de los tres chicos y su hermanita. Las fotos han quedado preciosas y vendrán a por el álbum en dos semanas. Amber se despide y se marcha a por sus hijos, quiere aprovechar la tarde e ir al parque con ellos. La pobre ha querido quedarse a recoger, pero me he negado, así hago tiempo hasta las cinco.
Cuando faltan diez minutos, le envío un mensaje a Marc para que me recoja y me responde con un escueto «En seguida». Espero que no esté molesto conmigo. Termino de guardar un par de cosas que me faltan y cierro con llave al terminar. Me quedo estática al ver a Zeus charlando con Maddie en el vestíbulo. Se pone derecho al verme y se relame los labios al sonreír mientras avanzo hacia él.
En el fondo esperaba que viniese y aquí está.
—Hola, honey. —Me da un pico y nos despedimos de Maddie.
—¿Estabas cotilleando con Maddie? —Me mira extrañado y pasa un brazo por mis hombros, mirando, desconfiado, a su alrededor.

—¿Me ves con cara de cotillear? Eso te lo dejo a ti, que te encanta.
—No te hagas el listillo, que un pajarito me ha contado que andas husmeando en los problemas amorosos de los demás.
—Vaya, con que tenemos un chófer chivato.
Entre bromas, como si fuéramos unos niños que discuten para rabiar al otro, llegamos al coche. Marc no se queda atrás, ya que Zeus le lanza indirectas sobre lo que acaba de descubrir y terminamos los tres riéndonos todo el camino. También charlamos de trabajo, sobre el restaurante de Jess y muchas cosas triviales que nos dan tiempo a comentar en la media hora que dura el trayecto. Antes de llegar al barrio en el que vive William, pasamos por el puente colgante que conecta Manhattan con Brooklyn.
—Aquí es —informa Marc, apagando el motor del coche al estacionar junto a un edificio bajo de ladrillo rojizos y con muy malas pintas—. No me moveré de aquí.
Según la información que tengo en el papel, la casa de mi abuelo materno es la que está justo al lado. Baja, blanca, con dos ventanas de rejas oxidadas, la puerta desconchada y hierbas entre la acera y la fachada. Se me cae el alma a los pies al ver las condiciones en las que vive.
Tomo aire, lleno mis pulmones hinchando el pecho y lo suelto todo. Por el rabillo del ojo puedo ver la cara de circunstancia que Zeus se esfuerza por ocultar.
Nos quedamos de pie delante de la casa sin decir nada. Uno al lado del otro, rozándose nuestros brazos, y giramos a la misma vez la cabeza para mirarnos. De repente me tiemblan las manos y mis ojos escuecen. No me imaginaba esta situación, pensaba que viviría en una zona más acogedora y en mejores condiciones que estas.
—Oye, oye, mírame, cielo. Mírame —Hago lo que me pide y sus ojos oscuros me envuelven. Me hacen sentir tranquila, a pesar de tener una apariencia temible con esa cicatriz que le cruza el ojo izquierdo—, estamos aquí y vamos a hacerlo. No estés nerviosa, todo va a salir bien.
Noto que pone todo su empeño para que esté tranquila, sin embargo, su tono de voz y rigidez me expresan lo contrario. Siento que no está del todo cómodo, que si de él dependiera saldríamos de aquí sin mirar atrás y no volveríamos a sacar el tema. Y a veces pienso que sería lo correcto, dejarlo pasar y vivir con ello como he hecho hasta ahora, pero si lo he hecho ha sido porque creía que no tenía más familia por parte de Ana. Creía que al ella marcharse me había dejado huérfana de una parte de mi familia, pero ahora que sé que William existe no puedo dejarlo sin la oportunidad de conocer a su nieta.
Con pies de plomos y la mano de Zeus agarrando con firmeza la mía, doy varios pasos adelante hasta quedar frente a la puerta que en algún momento fue marrón. Cuando mis nudillos la golpean, siento como Zeus me retira y medio esconde tras su cuerpo, desde donde percibo lo tenso que está y, me protege como si de la casa pudiera salir un monstruo terrorífico.
Pero en realidad no aparece nada, después de llamar varias veces más y esperar otros veinte minutos a que alguien salga, nadie lo hace.
Ni siquiera sé con exactitud qué es lo que me provoca esta situación. Si dolor o rabia, solo sé que Zeus murmura que nos subamos al coche y lo hago. Ahí me agarra la cara entre las manos y busca mis ojos.
—Honey, lo siento mucho. Volveremos a intentarlo, ¿De acuerdo? —Asiento moviéndose ya el coche por la carretera hacia no sé dónde, y escucho que maldice por lo bajo.
En silencio, dejo que Marc nos lleve a la nueva cafetería en Brooklyn. Jessica ha decidido terminar las prácticas en esta por conocer una zona nueva. Apoyo la cabeza en la ventana haciéndome mil preguntas que nunca podré responder si no tengo a William delante para que lo haga él mismo. ¿Estaba y no quería abrir? ¿Pensó que éramos otras personas a las que teme? ¿No

había nadie en casa? ¿Qué pensará al verme? ¿Sabrá quién soy?
—Hemos llegado. Vamos a tomarnos un café y vemos a Jessica.
Sonrío, calmada, por tenerlo a mi lado y por cómo se esfuerza para que esté bien. Sin dejar de hacerlo, pues que no hayamos visto a William no hará que desista, me agarro al brazo de Zeus para entrar en la cafetería y ocupar una mesa junto a uno de los ventanales. A mi lado, me estrecha contra él, al mismo tiempo que le hace señas a Jess.
—Pero bueno, mira quien tenemos aquí. El jefazo y su novia, que es mi mejor amiga —Se sienta en una silla frente a nosotros y apoya los codos sobre la mesa para acercarse— ¿Vienes de ahí?
Asiento, Jessica estaba al corriente de mis planes porque sin su ayuda tampoco habría sido capaz de dar el paso. Le cuento lo que ha pasado y lo que hemos visto cuando hemos llegado. La pobre se lamenta y me agarra de las manos con cariño.
—Seguro que había salido. Verás que la próxima vez puedes conocerlo.
Tras un silencio, no muy largo, pero eterno para mí, en el que Zeus hace círculos en mi hombro y Jess cosquillas en el dorso de mi mano, esta da una palmada en el aire y se levanta de un salto.
—Avuchi, quita esa cara. Os voy a traer un especial que os va a subir tanto el azúcar que vais a poneros a temblar.
Al alejarse de nosotros, me apoyo en el hombro de Zeus. Recibo una notificación de mensaje y lo reviso al sacarlo del bolso. Doy un respingo al leer que se trata de Carl ¡Y me ofrece trabajar para una tienda de lencería! Al parecer van a salir en una revista de moda famosa en Nueva York y él me ha recomendado.
—¿Qué pasa, honey?
Lo miro con una enorme sonrisa en la boca y me abalanzo sobre él para abrazarlo con energía, atrayendo así la mirada de algunas personas de nuestro alrededor y contagiando mi emoción. Me abraza con fuerza y escucha con atención como le cuento con lujo de detalles lo que acabo de leer. Entonces, aún más feliz que yo, me levanta de la silla para abrazarme y hacer que separe los pies del suelo por la euforia del abrazo.
Y ahí, entre sus brazos, disfruto de la famosa calma obtenida después de la tormenta.

Capítulo 44

Ava

Quiero confesar lo nerviosa que estoy por la cena que hemos organizado para esta noche y para la que me estoy arreglando.
Tenemos un chat de grupo, por el que no hablamos apenas, pero del que nadie se atreve a salirse por si algún día surge algo. Y mira por dónde, hoy ha surgido, vamos a cenar en un restaurante y luego a tomar unas copas.
No estoy nerviosa por el encuentro ni mucho menos, porque somos los de siempre. Lo estoy porque Jayden también irá y ya sabemos la poca gracia que le hace a Zeus.
Por no olvidar que Marc se ha unido a la fiesta y no hay buen rollito entre Maddie y él. Sumándole, que Malcolm seguro se apunta, pues Amber no quería ir sola, y eso será una sorpresa para Zeus. Lo que no sabría si catalogarla como una sorpresa gratificante o inoportuna.
Lo que pueda pasar esta noche me tiene los pelos de punta, no sé qué esperarme y eso me provoca desconfianza. Pero intento opacarlo con lo contenta que estoy por el trabajo que me consiguió Carl.
Hace tres días pude colaborar con una campaña de ropa interior para mujeres. Carl me recomendó a su grupo de amigos y estos tenían una amiga que regenta una cadena de lencería desde hace más de diez años. Nunca he oído hablar de ella, pero por lo que pude conocer haciendo las sesiones, es bastante conocida por toda Nueva York y está en proceso de expansión en París.
Conocí a muchas mujeres increíbles, profesionales en el mundo de la fotografía que me han contado sus historias y que me han servido de referentes. Realmente hay personas que nacen con muchos problemas y tiene que nadar entre las miserias para poder llegar a donde hoy están. He aprendido bastante de esta experiencia y me ha animado mucho a querer seguir creciendo.
—¿Crees que debería ponerme el negro o el marrón?
Asomo la cabeza en el vestidor, donde Zeus está con ambos cinturones viniendo hacia mí. Ha elegido una camisa de un tono rojo vino, con un pantalón oscuro. Ni siquiera sé porque me pregunta el color del cinturón, porque Zeus tiene un gusto exquisito a la hora de conjuntar ropa y no se pondría un cinturón con este conjunto.
—Vamos, ¿Cuál te gusta más? —insiste, recorriéndome con la mirada.
—Ninguno. Ni siquiera sé por qué me lo preguntas.
—Me gusta que me ayudes a elegir la ropa —Deja los accesorios sobre la cama y acorta nuestra distancia, subiendo delicadamente la tela del vestido negro que he elegido—. Estás preciosa, honey.

—Gracias, tú también estás muy guapo.
Me salgo de sus zarpas, conocedora de lo que puedes hacer si están muy cerca de mi cuerpo, y me acerco al espejo del vestidor para colocarme bien la ropa. El vestido me llega por encima de las rodillas, de escote cuadrado y mangas largas transparentes. Es de brillo y fruncido en las costillas, realzando mis curvas.
—¿A qué hora hemos quedado?
Su voz, masculina y ardiente, se cuela por mis oídos como una melodía atrayente y me doy la vuelta. Da dos pasos hacia mí, haciendo que mi espalda se pegue al espejo.
—A las nueve. —Consigo responder, tengo la boca seca por cómo sus manos me tocan debajo de la ropa.
—Tenemos tiempo suficiente —Sus ojos, hambrientos y felinos, se deslizan hasta el dobladillo del vestido, el cual sube despacio a la vez que comienza a bajar—. Me apetece comerte.
Un calambre abrasador me encoge el estómago, pero no hace que me niegue. Zeus me da besos por encima de la tela, bajando por el escote, la barriga y deteniéndose en mi monte de venus. Con las palmas de sus manos en cada uno de mis muslos, sube la falda y descubre el tanga satinado en color perla.
Lo muerde, gruñendo como un animal.
—¿Te gusta? —Le pregunto con picardía, sintiendo un cosquilleo en el clítoris cada que pasa la lengua por la tela.
—Ahora mismo voy a responderte a eso.
Observo como lleva una mano a mi intimidad, echando hacia un lado la prenda y mirándome con una lujuria pasmante. Despacio, acerca la boca a mí y el calor sube hasta mis mejillas como el fuego consume el pasto seco en verano.
Mueve la lengua, dándome latigazos, haciendo que cierre las piernas con su cabeza entre ellas. Acapara toda la zona abriendo la boca, rodeándome así con sus cálidos labios y aspirando con elegancia. Como no sé qué hacer con las manos las hundo en su pelo negro aprovechando para empujarlo más hacia mi húmeda vagina.
Cierro los ojos ante el placer tan explosivo que estoy sintiendo al tenerlo de rodillas ante mí. Zeus puede ser muchas cosas, pero la devoción y el salvajismo que emplea en el sexo son una de sus mejores cualidades.
Me arranca un grito al agarrarme las nalgas con fuerzas en un intento de entretenerme y que así no sienta la picazón que me produce sus dientes con mí abultada carne entre ellos. Tira de él, haciendo que me revuelva y abra las piernas todo lo que me es posible.
—Eres deliciosa, mi amor. Me encanta chuparte y saborearte.
Lo miro un instante, antes peinado y vestido para la ocasión, ahora con la boca y barbilla empapadas de su saliva y mi esencia, el pelo revuelto y los ojos negros como la noche, adornado con esa línea rosada el izquierdo.
Es morboso, sexy y erótico. También es varonil, guapo y lujurioso. Muy lujurioso. Con una boca sucia que te alaga con cumplidos malsonantes y que te hace correrte con bestialidad a base de lametones, succiones y sabrosos mordisquitos.
—¡Ah! ¡Zeus! —grito sin poder contenerme, echando hacia adelante las caderas y dejándome caer más sobre el espejo.
—Así, nena, dámelo todo.
Lleva las manos a mis muslos, los abre y se cuela debajo de mí, sentándome sobre su cara y terminando lo que ha empezado como solo él podría. Presiona mi clítoris y resbala la lengua hasta el fondo de mi sexo, succionándome por completo y arrancándome olas de placer

indescriptibles.
Ya siento que llega el orgasmo, así que pongo mis dedos en su garganta, dejándome llevar por cómo se mueve al beber de mí. Tiemblo como un flan, hasta que se separa y se pone a mi altura, besándome con fiereza.
—Estoy como una piedra. Date la vuelta —Hago lo que me pide y echo hacia atrás las caderas, sintiendo la punta en mi entrada. Dejo escapar un suspiro cuando se comienza a deslizar—. Así, honey. Qué prieta estás.
Las embestidas no tardan en volverse severas, haciendo que mis paredes se contraigan para retenerlo. Nuestros cuerpos chocan, el ruido de las pieles, húmedas y ardientes, resuenan por toda la estancia.
Zeus me dice cómo le gusta follarme, lo gruesa que siente su erección en mi pequeña vagina y mil cosas que me ponen a cien. Me agarra por la nuca, reclamando mi boca y entrelazando nuestras lenguas. Me trago sus gemidos y suspiros, y me agarro al borde del espejo al que estoy apoyada al notar mi segundo orgasmo.
—Zeus, sigue. No te detengas. Te quiero hasta el fondo, si…si…si….
Exploto y me parece ver estrellitas a mi alrededor, intensificándose aún más el goce al escuchar su respiración cuando llega al clímax. Me quedo un minuto sin moverme, recobrando el aliento y también disfrutando de su cuerpo desnudo sobre el mío.
Lo que experimento cuando estoy con Zeus es algo maravilloso que cada día me gusta más. Sé que con el paso del tiempo voy acostumbrándome a la convivencia con él, aunque nunca ha sido complicada, y soy consciente de que mi plan de no enamorarme se fue a la mierda hace mucho. Ahora es totalmente diferente. Hace unos meses temía enamorarme porque me aterraba que volvieran a abandonarme. Hoy por hoy, estoy totalmente segura de que Zeus no lo hará.
—Vamos a llegar tarde. —Le recuerdo, sin aliento y nada de ganas de ir a la cena.
Comienza a ponerse derecho y a salir con cuidado.
—Si es por follarte, como si hay que cancelar la dichosa cena.
Mis labios se curvan en una sonrisa. Lo sigo hasta el baño, donde nos lavamos y yo me acomodo las ondas que he decidido hacerme hoy. Veinte minutos después, en los que he tenido que huir de las insaciables ganas de Zeus, por fin llegamos al coche y nos vamos al restaurante.
El trayecto es tranquilo, esta vez Marc no nos lleva porque tiene el día libre y también viene a la cena.
—¿A qué restaurante vamos? —Pongo los pies debajo del aire caliente que sale de la calefacción.
—Al The Palace en la terraza de un rascacielos. Por supuesto, hemos reservado dentro.
—Guau, suena caro.
—Lo es —deja una mano sobre mi rodilla y me mira fugazmente antes de continuar—, pero también es precioso. Tiene unas vistas increíbles y la decoración es muy elegante. Estoy seguro de que te gustará.
Confiando en su palabra e intentando no concentrarme en el pastizal que vamos a dejar esta noche en la cena, disfruto del ratito que nos queda hasta llegar a nuestro destino. Al bajar, un chico vestido de uniforme se queda con el coche y hace lo mismo que sus otros dos compañeros; se lo lleva para aparcarlo hasta que decidamos marcharnos.
Habíamos pensado esperar a los demás en la puerta, pero el frío me cala la chaqueta que he cogido y las medias empiezan a ponerse heladas, así que decidimos subir y esperarlos en la mesa que hemos reservado. El edificio es majestuoso, incluso el ascensor parece sacado de un museo, tan brillante y atrayente en toda su esencia. Incluso se escucha música clásica de fondo.

Subimos al ascensor y Zeus marca la última planta.
—Cuanta clase, nunca había estado en un sitio como este.
—No sabes cuanto me alegra que tu primera vez sea conmigo.
Me acerco a él y espero a que las puertas vuelvan a abrirse apoyada en su hombro. Poco a poco voy superando mi miedo a las alturas, como para no hacerlo. He viajado dos veces en avión y subir y bajar todos los días más de una decena de plantas me ayuda a mi superación. Aun así, me da algo de reparo y estar cerca de Zeus me hace olvidar mis miedos.
Las puertas se abren y un enorme y alto salón rodeado de ventanas se muestra ante mí. Me toma al menos varios minutos reparar en cada detalle. La madera del suelo brilla e incluso se puede apreciar el reflejo de las bombillas de las largas lámparas. Hay mesas con manteles blancos y centros compuesto por una rosa y dos velas por toda la estancia, además hay poquísimas que no están ocupadas. Los camareros, vestidos de blanco y chalequillo en tono hueso, van de allí para allá con tranquilidad, algunos con bandejas brillantes sobre una mano y otros con tabletas para tomar los pedidos.
Esto es espectacular.
Con la mano firme de Zeus en mi espalda baja, nos dirigimos a la mesa redonda, que se encuentra bajo un balcón interior compuesto por una escalera a cada lado, anchas y de mármol, con lámparas negras que alumbran las tres mesas que hay en la misma zona del restaurante. Arriba de nosotros, hay al menos otras diez mesas.
Zeus me retira una silla y me invita a sentarme, quedando el salón frente a nosotros.
—¿Qué te parece?
Lo miro con atención, sonriendo como una niña feliz. Agarro una de sus manos con entusiasmo y juego con el dedo sobre sus nudillos.
—Es precioso, Zeus —Recibo mi beso, al mismo tiempo que escucho los primeros acordes de una canción que conozco— ¿Es Justin Timberlake? Me encanta esta canción.
—¿De verdad? —Me pregunta asombrado, llamando mi curiosidad.
—¿Sí, por qué?
Sonríe y mi corazón se desboca porque su rostro con una sonrisa es perfecto.
—Esta canción siempre me recuerda a ti.
Miro hacia el lugar donde se encuentra la agrupación de diez personas que tocan la canción Mirrors, como si allí estuvieran mis respuestas y no delante de mí, en forma de hombre y con un corazón enorme. Vuelvo los ojos hacia él y me muerdo el labio por dentro, sintiéndome complacida por tener a Zeus en mi vida. Le acaricio la mejilla con la yema de mis dedos, disfrutando de la que se ha convertido en nuestra canción.
—Es perfecta. —Susurro, atrayéndolo por las mejillas hacia mí para besarlo.
La canción termina, como si hubiese sido solo para nosotros, y aparecen nuestros amigos, tomando asiento y rodeándonos con sus risas y charlas. Solo falta por venir Amber e imagino que estará esperando a Malcolm. Maddie se sienta al otro lado de la mesa, lejos de Marc, que no aparta la mirada de ella hasta que se sienta junto a Zeus. Jessica y Peter se ponen frente a nosotros, quedando Jayden a mi izquierda y dos sillas libres a su lado. Zeus no se corta a la hora de pasar un brazo por el respaldo de mi silla y cogerme de la barbilla para darme un pico corto pero lento.
Que empiece la noche.
—¿Dónde está Amber? —La voz de Jayden me hace girarme y lo veo beber de su copa de vino tinto.
—No tardará mucho en llegar. —dice Maddie, atrayendo la mirada de Marc.

Hay tanta tensión entre ellos, tantos sentimientos que no se nos escapa a nadie, que yo misma los siento en el estómago. Igual que cuando veo una escena romántica en una película o la leo en un libro romántico. Zeus, con cuidado y tranquilidad, me llena la copa de la botella que hemos pedido.
—Aquí tienes, cielo. —Aparto la mirada del pelirrojo y cojo la copa para saborear el exquisito vino.
—Oye, Avuchi, ¿Por qué no nos cuentas cómo te fue en la sesión de fotos de lencería?
—¿Haces fotos en lencería? ¿Es una nueva tendencia o algo?
—No imbécil. —Zeus se reclina en la silla y fulmina a Peter con la mirada.
Todos ríen por la rapidez al responder. Le pongo una mano en el hombro, pidiendo que se vuelva a dejar caer y me deje contar mi experiencia. No escatimo en detalles, les cuento todo lo que conocí y como era el lugar, respondiendo a las preguntas de nuestros amigos.
—Presiento que te va a ir muy bien. —expresa Jayden, volviendo a atraer mi atención.
—Gracias, estoy trabajando mucho para conseguir algo muy grande.
Jayden se lleva la copa a los labios, sin dejar de mirarme a los ojos. Con una tranquilidad contagiosa y una sonrisa amplia, deja la copa sobre la mesa y se acerca un poco más, pero no más de lo debido ya que Zeus está a mi lado y yo me voy pegando a él.
—El trabajo de los calendarios fue increíble. Ha ido mucha gente a preguntar por la empresa que lo ha realizado. Les he dado tus datos, pero vendría bien que me dejaras algunas tarjetas para poder darlas.
—¡Claro! No había pensado en ello, estoy muy ocupada y se me había pasado por completo. Gracias, Jayden. Esta semana te las llevaré a la tienda.
Hace un gesto de afirmación, antes de desviar la mirada por un segundo detrás de mí.
—Te estaré esperando.
Cojo aire y luego mi copa para dar un sorbo al vino, percatándome de la nueva canción que están interpretando. Take Me To Church, la conozco y es de Hozier.
—Te estaré esperando —susurra Zeus entre dientes, siendo yo la única que lo escucha. Le doy con el codo en las costillas para llamar su atención, sube los hombros con despreocupación y me dice al oído—. No pasa nada, honey. No pienso comérmelo, eso lo reservo solo para cuando estoy contigo.
Con el corazón en la garganta por lo que me provoca sus palabras, decido concentrarme en la conversación que están manteniendo los demás sobre la obra del restaurante. Al parecer va avanzada.
—Para febrero estará listo.
—Cinco meses se pasan volando. —anuncia Peter, dándole un apretoncito en la mano antes de entrelazar sus dedos por encima de la mesa.
—Mientras tanto, sabes que tienes tu lugar en mi restaurante. —Sonrío al escuchar a Zeus.
—Gracias, Zeus. Aprenderé mucho.
—¿Y a ti como te va con las flores Maddie?
—Me va muy bien, Jayden. Hace poco recibí una oferta de trabajo.
—Eso es increíble, ¿No? —inquiere el pelirrojo, haciéndola sonreír.
—Maddie tiene mucho talento, era de esperar que alguien la llamara para trabajar. —Jessica le acaricia el hombro y esta le coge la mano con cariño.
—Por ahora he tenido que rechazar la oferta, no he terminado los estudios y no puedo trabajar antes de graduarme. Pero me van a esperar y haré las prácticas con ellos.
El arrastre de una silla llama mi atención y veo a Marc salir a la terraza, con pasos decididos y la

espalda cuadrada. Parece que alguien no lo está pasando muy bien. Maddie lo sigue con la mirada, pero no se levanta, esta vez no va tras él. En ese momento, entre las cabezas de Peter y Jess, me percato de Amber cogida de la mano de Malcolm.
—Hola, ¿Qué tal? Hemos intentado tardar lo menos posible.
Miro directamente a Zeus, que examina al hombre que agarra a su hermana. Por debajo de la mesa entrelazo nuestras manos, consiguiendo que me enfoque ahora a mí para que Amber pueda presentar tranquila a su pareja.
—No te preocupes, solo estoy asimilándolo. El último con el que la vi era el padre de mis sobrinos.
Una tristeza abrumadora se instala en mi pecho y, olvidándome de todos los que están a nuestro alrededor, llevo su mano a mi mejilla y me la ahueco con ella. Luego le beso la palma.
—Zeus, quiero presentarte a Malcolm.
Mi chico, el menor de los hermanos, pero el que se ha ganado el respeto y puesto de hermano mayor con Amber, se levanta y le da la mano a Malcolm. Se saludan formalmente y charlan junto a la mesa.
—Jayden, necesitamos revisar algunas cosas de la decoración. ¿Cuándo te viene bien que vayamos? —Jessica rellena su copa, atenta a nuestro amigo.
—Podéis ir cuando queráis. Estoy allí todos los días, excepto fines de semana.
—¿Lo has oído, cariñin?
La parejita feliz discute sobre el día que mejor les viene y Jayden se vuelve hacia mí, acercándose para que solo lo escuche yo.
—¿Cómo va el tema de tu madre?
—Bueno, más bien es el tema de William, pero bien, va bien. O al menos intento creerlo.
—¿A qué te refieres? —insiste, con el verde de sus ojos cada vez más intenso.
—Haces unos días fui con Zeus a su casa, Marga me proporcionó una dirección, pero no estaba. O al menos quiero pensar que es así y no que estaba escondido.
Jayden pone su mano sobre mi hombro, mostrándome su compasión, y me regala una sonrisa que parece muy sincera.
—Seguro que estaba fuera. Nadie podría resistirse a conocerte.
—Jayden, por favor. —Le advierto, tensa por su juego de palabras.
—Cariño —Escucho decir a mi lado, alto y serio, y luego veo una mano tendida delante de mi cara para que la coja—, quiero enseñarte las vistas.
Zeus se dirige a mí, pero la oscuridad de sus ojos está clavada en el verde de los de Jayden. Me levanto enseguida enganchándome en su brazo y dejándome guiar entre la gente, escuchando de fondo All of Me, de John Legend.
Salimos a la terraza y siento un frío horrible en las piernas, pero aun así continuo hasta la baranda para apreciar las vistas hermosas. Además, sé que Zeus ha salido para contenerse y eso es un gran esfuerzo por su parte.
Con el corazón lleno de amor, por todo lo que hace por mí, me abro hueco entre sus brazos y dejo que me abrace con fuerza. Sin importante, por un momento, el trabajo, los problemas y todo lo que pueda venir a continuación. Solo me importa él, el nosotros que estamos construyendo juntos y disfruto de ello con una canción preciosa que sale del interior del restaurante, Manhattan a mi espalda y al hombre perfecto frente a mí.

Capítulo 45

Zeus

Hace unos días, el catorce exactamente, volvimos a Brooklyn para buscar de nuevo a William, habían pasado casi diez días desde la primera vez y Ava quería volver a intentarlo. Claro que yo no iba a negarme, la apoyaré sea cual sea su decisión, pero cuando la puerta no se abrió y vi la desilusión en su cara me molestó muchísimo. Es lo que llevaba evitando todo este tiempo.
Han pasado otros seis desde ese nefasto día y puedo ver cómo le va a afectando poco a poco, por mucho que intente ocultármelo. Y pensar en cómo la esta apenando es lo que me tiene con un cabreo de mil demonios en el trabajo. Llevo toda la mañana dándole vueltas a cómo hacer que se olvide por un tiempo del tema, pero no se me ocurre nada, Ava desea tanto encontrarse con ese hombre que no creo que haya nada que la pueda hacer cambiar de idea.
Está convencida de que William querrá conocerla y en el fondo quiero pensar igual, pero saber que Cristal también lo ha sobornado, es lo que me lleva a estar en contra de esta situación. Quién sabe si ese hombre le soltará a Ava en la cara que ha preferido dinero antes que a ella…eso la destrozaría. Destrozaría a cualquiera, joder.
Escuchar la puerta me saca del ensimismamiento, disipando un poco los problemas que retumban en mi cabeza. Cuando se abre aparece mi padre, vestido con un pantalón camel y un polo de mangas largas oscuro. Camina hasta la silla que tengo delante y, tras arrastrarla hacia atrás, se sienta.
—¿Cómo te va el día?
—Bien, dentro de lo que cabe, bien. ¿Qué haces aquí? Creía que no tenías que venir hoy.
Cuando mi padre se rasca detrás de la oreja, mal asunto. Es el gesto que hace siempre que algo le incomoda, por ejemplo, como cuando le pregunto si ha dejado de fumar.
Me echo hacia atrás en la silla y cruzo los brazos sobre el pecho, esperando que él solito termine por contarme lo que sea que ha venido a decirme.
—¿Cuántos pacientes tienes para consulta?
Reviso mi cuaderno, le echo una ojeada a los diez que me quedan y vuelvo a cerrarlo, guardándome el bolígrafo en el bolsillo de la bata.
—¿Por qué lo preguntas?
Sus ojos claros se fijan en los míos, atentos y sinceros, pero con un tono de incertidumbre. ¿Por qué? No lo sé, pero rara vez mi padre muestra ese sentimiento. Se reclina hacia delante y apoya el codo derecho sobre la base de madera en la que trabajo.
—Máximo quiere reunirse con nosotros.
—¿Para qué? —pregunto desconfiado porque de ese hombre puedo esperar cualquier barbaridad.

—No quiero que haya un revuelo, ¿Entendido?
Su advertencia me preocupa, de echo me empieza a cabrear. Si mi padre me dice algo así es porque sabe que Máximo va a hacer una gilipollez que me provocará.
—¿Qué va a hacer ahora ese cabronazo?
Mi padre resopla, visiblemente afectado con esta situación de tira y afloja que se ha hecho desde hace unos meses con el hospital. Concretamente el mismo tiempo que llevo con Ava, lo que quiere decir que en cierto modo lo he provocado yo, así que seré yo quien lo arregle. Me pongo en pie y mi padre me sigue, atento a mis movimientos. Dejo las manos sobre la mesa y echo la cabeza hacia adelante, cogiendo aire para hablar de nuevo.
—¿Puedes decirme que quiere Máximo?
—Ha tenido un problema con Arizona y quiere despedirla.
Levanto la cabeza para nada de acuerdo con esa decisión. Si alguien externo a esta familia se vuelca en este hospital es Arizona y no pienso prescindir de ella, mucho menos por petición de ese impresentable que no hace más que tocarme los huevos.
—¿Dónde están? —Camino hacia la puerta, buscando fuera un compañero.
—En la sala de reuniones. Están esperándote.
Observo unos segundos a mi padre y luego salgo al pasillo, entrando en la consulta de al lado donde trabaja una de mis compañeras.
—Isobel, ¿Tienes un minuto?
—Por supuesto. Pasa.
Hago lo conveniente, pero no me siento, le explico por encima que tengo una reunión importante y que necesito que atienda a mis pacientes. Ella coge los datos que le proporciono y no me pone ningún problema. Una vez he solucionado esta parte, paso por delante de mi padre, preparado para solucionar lo que queda pendiente.
Al llegar a la sala de reuniones, situada en la sexta planta, me detengo frente a la puerta. Respiro un par de veces, escuchando de fondo las voces de Máximo, Arizona y Cristal. ¿Qué cojones pinta ella en todo esto? De un brusco movimiento, abro y se hace un silencio sepulcral con mi llegada.
—Menos mal que estás aquí. —Exhala Arizona, con la cara colorada del posible enfado que intenta apaciguar.
—¿Qué te pasa? ¿Has decidido despedir a una de nuestras mejores cirujanas? Pero, ¿Qué cojones tienes en esa puta cabeza, Máximo?
—¡Háblale con más respeto a mi padre! —interviene Cristal, levantándose de la silla de piel blanca en la que estaba sentada, y la fulmino con la mirada.
—Cállate la boca. Ni siquiera sé que pintas aquí.
Escucho un quejido de su boca, pero no le presto atención y al parecer Cristal no tiene nada más que decir.
—Ha llegado veinte minutos tarde a la operación. —Esta vez habla Máximo, atrayendo mi atención, que se desvía a mi amiga.
—¿Es eso cierto? —No podemos permitir que una operación se retrase tanto tiempo si no es por asuntos del hospital y muy importante.
—Sí, pero…
—No hay peros que valgan. ¡No se consiente esta actitud en un hospital de esta categoría!
Las voces de Máximo se mezclan con las de apoyo de su hija, martilleándome los oídos. Por una parte, Máximo lleva toda la razón, no podemos permitir algo así, pero por otro lado también sé que Arizona tendrá una buena explicación para esto. Es la primera vez, desde que se incorporó al

equipo, que llega tarde a su puesto de trabajo.
—¿Puedes explicarme que ha pasado? —Le pido, manteniendo el tono de voz.
—¿Qué quieres que te explique? —Se entromete Máximo acercándose a nosotros, que estamos delante de la mesa— ¿Qué podría haber sido una operación urgente y esta idiota podría haber matado a un paciente?
Me vuelvo hacia él y lo señalo con el dedo, con la furia cegándome a cada segundo que paso en la misma sala que este hombre.
—No pienso consentir que insultes a uno de los nuestros ¿Te ha quedado claro? Como vuelvas a faltarle el respeto a Arizona, te largas de la reunión.
Aprieta los labios, enfurecido por haber tomado el mando, y mira con desprecio a Arizona antes de volver a su asiento. Mi compañera me mira y por primera vez desde que la conozco le veo los ojos empañados.
—He tenido un pequeño accidente al venir. Un tipo se saltó una señal y me ha destrozado la parte delantera del coche, he tenido que esperar un taxi y poder venir. Miles se ha hecho cargo de la operación.
—Retrasando así la que tenía en ese momento —asevera Máximo, en el momento que mi padre entra por las puertas—. El que faltaba.
Vuelvo a mirarlo, acorto la distancia que nos separa y lo cojo por el pecho de la camisa, provocando un grito en Cristal. No pienso permitir que vuelva a faltar el respeto, mucho menos a mi padre.
—El que faltaba sí, porque es el único que debería estar en esta sala. Tú y tu hija sobráis.
—Zeus, hijo, está bien. Déjalo. ¿Podéis explicarme que ha pasado?
Permito que Arizona se explique, siendo totalmente normal su retraso. Máximo la interrumpe constantemente, colmando mi paciencia cada vez más, y temo acabar explotando delante de todos.
—Arizona, ¿Tú estás bien? —Se preocupa mi padre, poniéndole una mano en el brazo como muestra de afecto.
—Sí, no tengo lesiones. Lo siento muchísimo, James, sé cuál es la gravedad, pero no pude hacer otra cosa que pedirle a Miles que se hiciera cargo.
—No te preocupes Arizona, para eso tan los compañeros —Me acerco a ella y le acaricio la espalda. Es una espléndida compañera que mira por todos, se merece recibir lo mismo a cambio —. De hecho, Isobel está pasando mis citas porque estoy aquí.
—No me lo puedo creer —Cristal se levanta, empujando la silla con las piernas y camina hasta la puerta—. Esta es la profesionalidad que hay en esta puto hospital. Los compis apoyándose en situaciones tan nefastas.
Sale por la puerta, dando un portazo, y me quedo con la vista fija por donde ha salido. Decido ir tras ella, pero primero me detengo a finalizar la reunión.
—No vas a irte Arizona. Esto podría haberle pasado a cualquiera y por suerte el paciente y tú estáis bien. Si me disculpan. —Miro a los presentes y cierro detrás de mí.
Bajo a la recepción y pregunto por Cristal. La única que se ha encontrado con ella ha sido Lilith y me indica que está en la sala de descanso. Y así es, por suerte sola. Esta apoyada en la encimera y al escuchar que la puerta se abre alza la vista hacia mí. La escaneo con un desprecio incalculable, a cada día que pasa menos la soporto y más quiero perderla de vista. Pero, incluso queriéndola fuera de mi vida, empieza a cansarme esta situación.
—Te has pasado en la reunión. —Intento sonar amigable, sin ganas de continuar discutiendo.
—¿Eso crees? —Asiento, sentándome en el borde de la mesa para estar frente a ella, que ríe

sarcástica— No estoy para tus idioteces, Zeus. ¿Tu novia está ocupada y por eso estás aquí?
Aprieto los dientes y decido obviar su comentario, por lo que me centro en lo que realmente he venido a hablar.
—¿Qué has hecho con William?
La mirada de Cristal muestra la sorpresa por haberla pillado, sabía que, si ese hombre no estaba en casa una segunda vez, aunque pudiera ser pura coincidencia, era porque ella estaba involucrada.
—Nada, ¿Por qué lo preguntas?
—Ya sabes porqué. ¿Dónde está? ¿Tan celosa estás que podrías comprarle una nueva casa alejado de Ava con tal de hacerla sufrir? —Eso la molesta y lo sé porque se agarra con fuerza al borde de la encimera.
—¿Celosa yo? ¿De esa perra? Por favor.
De un salto la estoy encarando, quedando a milímetros de ella y expulsando el aire con brusquedad por la nariz y quiero gritarle que se olvide de Ava de una puta vez. Aun así, decido concentrarme en sus emociones.
—Estás celosa, porque ella ocupa el lugar que tú nunca has sabido apreciar. Estás celosa porque es la mujer que tú nunca podrás ser. Porque ella está rodeada de personas que la quieren y a ti solo te queda tu padre, que te manipula a su antojo.
—No sé de qué estás…. —La interrumpo quitándole un mechón de pelo de la cara, provocándola.
—Sí que lo sabes, porque es lo que sientes. Y voy a advertírtelo una última vez Cristal —Bajo la voz, susurrándoselo al oído—. Tú sabes muy bien que cuando digo que es la última vez tomaré medidas que te van a venir muy mal, ¿Verdad?
Asiente y continuo.
»Ya me estás diciendo donde está William, trayéndolo a Brooklyn y olvidándote de una maldita vez de la existencia de Ava, si no quieres tener la misma mala suerte que tendrá tu padre por tocarme los cojones.
Sin esperar que responda, me separo de ella y salgo de la sala. No puedo evitar sonreír cuando la escucho gritar de frustración. Me dirijo a la sala de reuniones donde, como esperaba, me encuentro a mi padre y Máximo.
—Papá, ¿Puedes dejarnos a solas un momento?
Mi padre nos mira, nada convencido de que pueda ser buena idea, pero le hago un gesto para que no se preocupe. Acto seguido desaparece y me quedo a solas con Máximo.
—¿Qué quieres ahora O’Donnell?
Me acerco a una de las sillas y me siento a su lado, tanteando el terreno y creando un acercamiento para ablandarlo.
—Estoy cansado de todo esto, Máximo —Comienzo diciendo, atrayendo por completo su atención—. Me supera las constantes peleas, creo que estamos llegando a un límite que no debemos cruzar.
—Es lo que tiene ser el hijo de uno de los dueños. Imagínate lo que sería ser el dueño, todo el día con quebraderos de cabeza.
Sonrío, consciente de lo que intenta, y me inclino hacia él. Si algo le gusta a Máximo es el alcohol y gastar dinero sin control.
—¿Qué te parece si me acompañas al club de mi amigo para tomar unas copas y charlar? Como en los viejos tiempos, creo que me vendría bien escuchar algunos de tus consejos.
Por ahí me lo gano, cuando empecé a salir con Cristal dedicábamos algunos sábados a beber y

compartir ideas sobre el hospital. Es algo que él parecía disfrutar y que me ha ayudado a metérmelo en el bolsillo.
—Por supuesto, ya era hora de que volvieras a ser el mismo de antes. Me mandas la dirección y nos encontramos allí.
—No te preocupes por eso —Me pongo en pie, no tengo nada más que hacer aquí, y le pongo una mano en el hombro—. Mi chófer te recogerá en la puerta de tu casa a las diez.

El resto del día lo paso deseando llegar a casa, estar con Ava e irme al Pure Fire. He ultimado los detalles del reservado con Peter y no nos faltará alcohol ni asistencia de mujeres bonitas. No me gusta tenerlas revoloteándome, ahora no quiero ninguna otra mujer cerca, mucho menos utilizarlas, pero Máximo es un cretino y es lo único que lo tendrá entretenido. Aun así, no permitiré que toque a ninguna sin su consentimiento.
Sobre las ocho, Marc me deja en la puerta de casa y me comenta que Ava llegó a las siete. Me cambia el humor para mejor saber que cuando entre en casa ella estará esperándome. Paso por el vestíbulo, saludando al recepcionista, Tom, y me meto en el ascensor.
Lo primero que veo al entrar en casa es a mi preciosa novia en el sofá, viendo el programa que tanto le gusta. No le importa que la entrevista tenga más de diez años, ella lo disfruta igual. Como siempre, se vuelve a sentir que estoy aquí y me mira con una sonrisa en los labios.
—Hola, honey —La observo levantarse y caminar hasta mí. La rodeo con los brazos cuando la tengo delante— ¿Qué tal el día?
—Genial, solo he tenido un reportaje, pero nos ha tomado toda la mañana. Después de comer he acompañada a Jess para mirar....
Dejo de escucharla por un momento, concentrado en sus facciones. Sonríe y achina los ojos con ello, ocultando el bellísimo tono gris que se arremolina en sus iris. Sus labios carnosos se mueven con elegancia al hablar y se me seca la boca al recordar en cómo me besan. Siento que río en algún momento, pero ni siquiera sé por qué, mi mente solo puede pensar en lo guapa que es Ava.
—¿Me estás escuchando? —Le robo un beso y niego con la cabeza.
—Lo siento, no puedo tenerte tan cerca y estar lúcido.
—Vaya excusa tan mala. —Vuelve a tumbarse en el sofá y la sigo.
—No es ninguna excusa. Cuando te tengo delante solo puedo admirarte. Eres preciosa, ¿Lo sabías?
—Voy a empezar a creérmelo. ¿Qué te parece si lo uso en tu contra?
Me acerco a su boca y le muerdo el labio inferior a la vez que le hago cosquillas en las costillas. Se revuelve en el sofá y se sienta de un salto, rodeándome el cuello con los brazos.
—¿Qué vamos a hacer esta noche? —Me pregunta entre risas, recomponiéndose del ataque provocado por las cosquillas que acaba de tener.
Me siento a su lado y le cojo las manos, aprovechando la pregunta para explicarle lo que quiero hacer. Conforme le voy contando mi plan va arrugando la frente.
—¿Es legal lo que vas a hacer? —Me examina, atenta a mi respuesta y asiento— ¿Seguro?
—Por supuesto, honey. Del contrato se ha encargado Lucas y un gestor de confianza. Yo solo voy a llevar a Máximo al club para distraerlo y conseguir que firme.
—Eso no suena muy legal.
Me muevo y la hago sentarse sobre mí, necesitado de tenerla muy cerca y asegurarme de que se

queda tranquila. No puedo hacer esto sin su apoyo. Le retiro el cabello negro que le cae en el pecho y se lo echo a la espalda.
—Cariño, no haré nada que nos perjudique. Sólo voy a jugar las cartas a mi manera al igual que él lo ha estado haciendo este tiempo.
—No sé…
—Confía en mí, ¿De acuerdo? —Esta vez es ella la que asiente, pero me da la sensación de que no está muy convencida. Le doy un beso en los labios y apoyo la frente a la suya— Necesito tu apoyo. Te juro que no haré nada fuera de lo normal, pero sí usaré todas mis armas hasta conseguir lo que quiero.
Sonríe con un leve suspiro y me acaricia la espalda.
—Se cuáles son esas armas, las usaste hasta conseguir una cita conmigo.
—Y nunca me arrepentiré de haberlo hecho. Eres lo mejor que me ha pasado. —Nos fundimos en un beso cargado de sentimientos y noto como empieza a relajarse.

⚡⚡⚡

A las diez y media ya estamos sentados en el sofá biplaza del reservado en el Pure Fire. Máximo tiene la pista a su derecha y la barra detrás. La música que Peter ha elegido es un remix de varias épocas, muchas canciones serán conocidas para Máximo y sé que mi amigo ha pensado en todo. Visualizo a las dos camareras que Peter ha escogido para que nos atiendan esta noche, morenas, con faldas de cuero muy cortas y un corpiño rojo sangre que deja ver perfectamente sus redondeados pechos. Perfectas para Lewis. Peter me las ha presentado antes de subir, Natasha y Denisse, no creo que su antiguo trabajo sea relevante en este momento.
—¿Qué desean tomar, caballeros? —Miro de reojo la mano de Denisse sobre mi hombro y hago un movimiento que consigue apartarla.
—Una copa de Brandy para mí.
—Yo quiero Vodka solo.
—Enseguida lo tendrán en la mesa.
Contoneando las caderas una barbaridad, pero con profesionalidad, la chica se acerca a la barra donde su compañera la espera. Máximo se ha girado para observarla y siento la vena del cuello palpitarme. Odio a los babosos.
—Estas mujeres están de infarto. ¿Crees que alguna querrá pasar un buen rato? —La pregunta me asquea y decido echarme hacia atrás antes de que le parta la cara.
—Pregúntale, si ellas aceptan puedes hacerlo.
—Y si no lo hacen ya encontraremos el modo.
—No creo que eso sea buena idea, tu imagen se manchará si te pasas de la raya y deciden denunciarte.
Tiene intención de responderme, pero las chicas aparecen con nuestras bebidas. Máximo va directo a estampar la mano en la nalga de Natasha, pero esta se aparta al verlo.
—No se toca, cielo.
Se larga y lo deja pasmado, a la vez que molesto. Para evitar el mal trago, pues sé que se avergüenza de que la mujer no le siga el rollo, se bebe medio vaso de un solo trago. En cambio, yo, cojo con tranquilidad mi copa y me mojo los labios, levantando una mano para que le recarguen la suya.
A las tres de la mañana Máximo no se acuerda ni de su apellido, por lo que, al oído, le pido a Denisse que me traiga la carpeta que Peter ha dejado guardada en el sitio secreto de la barra.

Cuando vuelve con ella en la mano, le pido marcharse y lo dejo sobre la mesa.
—¿Qué es eso? —Máximo señala los papeles, con los ojos desorbitados y la lengua trabada.
—He traído un documento donde me das tu parte del hospital. Fírmalo y sal de mi vida.
Como era de esperar, se levanta, como puede y a punto de estamparse en el suelo, con la intención de bajar las escaleras y desaparecer. Pero los chicos, dos tipos de metro noventa, inflados como un globo, y con Peter entre ellos, lo interceptan y lo traen de vuelta a la mesa.
—Te lo advertí hace tiempo, pero lo tomaste a broma. Ahora...
—Eres un hijo de puta. ¿Me has emborrachado a propósito? —Niego con la cabeza, tranquilo y bebiendo de mi copa.
—Lo has hecho tú solito. En cambio, yo solo llevo dos copas de Brandy desde que llegamos.
Empujo el documento hacia él, que está a punto de destrozarlo. Por suerte, Costner, uno de los tipos de Peter, le dobla la mano sobre la mesa, pero no lo suficiente para que no queden pruebas.
—Máximo Lewis, me tienes hasta los huevos —Exclamo por encima de la música, observando la escena y cabreado porque no ha firmado a pesar del alcohol en sangre que lleva. Vuelvo a tenderle los documentos y está vez un bolígrafo—. Firma el puto contrato, aléjate del hospital y podrás vivir tranquilo. De lo contrario, estos tipos estarán encantados de cobrar un dineral por joderte la vida.
El viejo mira los papeles y luego a mí, quejándose a su vez por el dolor de la mano. Hago un gesto para que Costner lo suelte y pueda hacer lo que le pido. Estamos en silencio varios minutos, el tiempo que necesita para firmar el contrato.
—¡No puedo creérmelo! ¿Te has vuelto loco? No pienso aceptarlo.
Mi paciencia empieza a colmarse, pero tengo que tranquilizarme. No puedo provocar un escándalo delante de tantísima gente. Cojo los papeles y el bolígrafo, luego miro a los tipos que Máximo tiene detrás y hago otro movimiento para que lo cojan de los brazos.
—Está bien, tú te lo has buscado —Sé que cederá, Máximo es un cobarde. Me levanto y sentencio—. Podéis hacer lo que queréis con él. Estoy seguro de que encontrará cirujanos que quieran reconstruir lo que destrocéis.
Escucho como Máximo me llama con un grito al dar tan solo dos pasos. Antes de girarme miro a Peter, que está en la barra, y compartimos una sonrisa de victoria. Vuelvo a la mesa y me siento de nuevo, dejando los papeles delante de él.
—Me las vas a pagar, Zeus O’Donnell.
Firma al menos seis veces antes de devolverme el contrato. Lo cojo con cuidado, temiendo que se dañe y lo vuelvo a guardar en la carpeta. Bajo su atenta mirada, pido un coche para que dejen a Máximo en su casa y guardo el teléfono en el bolsillo para levantarme e irme a casa con mi chica.
—Por supuesto que lo pagaré, te soltaré una suma importante de dinero. Por lo demás, no te quiero ver en el hospital a partir del lunes que viene. Si intentas ir en mi contra a partir de ahora, ya sabes lo que te puede pasar.
Dicho eso, bajo del reservado y salgo del club. Respiro hondo, como si hiciera años que no lo hago, seis concretamente. Pero ahora todo será diferente, me iré a casa y empezaré una vida sin problemas, con una preciosa mujer y el Vitaly de nuevo en mi familia. Ya nada podrá ir mal.

Capítulo 46

Octubre

Ava

¡Mi primer otoño en Manhattan!
Octubre en esta ciudad es precioso, bueno, para que mentirte, aquí todo me lo parece. Aunque soy amante del sol y lo echo en falta ahora que empieza a oscurecer antes, no me quejo, creo que estoy tan encantada con mi vida aquí que todo me parece perfecto.
Las lluvias dejan unos paisajes hermosos en los que estoy deseando trabajar y fotografiar. Y por eso mismo me he arreglado hoy, he quedado con las chicas y Jayden para ir a tomar un café cerca del río Harlem, así aprovecho y recopilo material para mi web.
—¿Cuánto tiempo pueden llevar los trámites? —Zeus está apoyado en la encimera, con una taza en la mano. Al verme hace un gesto para que espere y me siento en un taburete— Necesito tenerlo formalizado cuanto antes. Sí, sí…un mes es perfecto. Ya…claro, gracias, Lucas —Desvía la mirada hacia mí de nuevo y vuelve los ojos, divertido—. Sí, tu chica está aquí frente a mí.
Me río al escucharlo y me despido de mi amigo en voz alta. Cuando Zeus cuelga y deja el teléfono sobre la encimera, resopla, dejándome ver en su rostro lo cansado que está. A pesar de eso, vuelve a sonreírme y me coge una mano para besarme los nudillos.
—Estas muy guapa. ¿Dónde vas a ir?
—A la avenida Lenox —digo con soltura, como si supiera donde está, y Zeus se ríe por ello— ¿Qué?
—Nada, me alivia saber que vas con gente que conoce la ciudad.
—Ya iré conociendo mejor las zonas, llevo siete meses viviendo aquí.
Lo afirma con un movimiento de cabeza y viene hacia mí, rodeándome con los brazos al estar a mi altura. Dejo que me abrace, hundiendo la cara en mi cuello y aspirando mi olor. Un cosquilleo muy placentero me sube por el estómago me presiona en el pecho.
A veces, solo a veces, mi mente me martiriza con una ruptura haciéndome imaginar que Zeus se cansa de mí, encuentra otra mujer por la que siente lo que sintió conmigo o que deja de necesitarme como tanto dice que hace, y reconozco que es doloroso solo imaginarlo, me duele el pecho y una ansiedad me invade enseguida bloqueándome por completo.
—Claro que lo harás, honey. Te queda toda la vida y yo te enseñaré todo lo que desees conocer.
—Estoy segura de ello.
Tras una dulce caricia en la mejilla, me roba un beso que detiene rápidamente para mirar su reloj de muñeca. Parece que se había olvidado de que debe ir a trabajar.
—¿A qué hora iremos a casa de William? —Coge sus cosas y vuelve a acercarse para darme otro beso.
—Cuando salgas del trabajo recógeme. Cenaremos en casa, después del rechazo me vendrá bien pedir comida.
Se detiene al escuchar mis palabras tan frías y, aunque ya iba a salir de casa, se vuelve y me coge

la barbilla entre sus varoniles dedos.
—No digas eso. Esta vez estará y lo conocerás. Estoy seguro de que te querrá enseguida.
Aguanto las lagrimillas que me producen sus palabras, el tema me tiene muy sensible. Han sido varias veces las que hemos ido y nadie ha abierto la puerta y he llegado a pensar que lo mejor es dejarlo estar, pero también hay algo que me empuja a seguir intentándolo.
Contengo el aire al sentir de nuevo sus labios sobre los míos y observo como se marcha.
Me quedo un rato sentada, sin mirar a ningún sitio en concreto. A veces solo necesito esto, silencio, soledad y pensar en mis cosas, un poco de paz dentro del caos. El teléfono suena y veo un mensaje de Amber pidiéndome que baje, hoy no será Marc quien nos lleve.
Me pongo la cazadora, cojo el bolso y la cámara de fotos, apago las luces, cierro con llave y bajo al vestíbulo, donde saludo a algunos vecinos que no he visto jamás. Al salir, Amber me espera en su Audi plateado y, por lo que puedo ver, los niños están en el coche.
—¡Hola, tía Ava! —Doy un respingo al escuchar a Seth. Su madre se encoge de hombro divertida y se pone en marcha, como si lo que su hijo a dicho no tuviera importancia.
—Hola, cielo. ¿No tenéis cole?
—Sí, pero como mi hermano es un meón tendremos que entrar tarde. —Samy juega con uno de sus mechones.
—¡Mamá! —Se queja el pequeño.
—Por favor, dejadlo ya. Hablaré con los profesores y lo solucionaremos. —A veces me sorprende la paciencia que tiene Amber para hablar con sus hijos.
—Ya claro, pero luego Samy se lo contará a los demás.
—No lo hará, te lo prometo.
—Sí que lo haré.
—¡Samantha! Deja a tu hermano en paz.
Alzo las cejas por la sorpresa al presenciar la que se ha montado con mi inocente pregunta. Solo quería saber qué había pasado para que lleguen tarde ¡No que discutieran! Aunque ¿La verdad? me gusta esto, sí, me gusta. Creo que Amber tiene suerte por tener a sus hijos, debe ser precioso que alguien sea parte de ti, poder compartir momentos tan bonitos con personitas tan pequeñitas y perfectas.
Veinte minutos más tardes, en los que Amber consigue que sus hijos vuelvan a ser amigos, se adentra en los aparcamientos del colegio. Es enorme y seguro que muy caro, los niños llevan uniforme, mochilas oscuras y las niñas el pelo en una cola o trenzas decoradas con lazos a juego con la ropa.
Observo como Amber baja del coche y lleva a los niños hasta la puerta, por la que entra y desaparece poco después. Hasta que regresa, me quedo alucinada con el colegio de grandes ventanas, puertas altas y anchas, vallas negras que rodean toda la zona y un conserje perfectamente uniformado recibiendo a las familias.
—¡Ya solté a los bichillos! Qué guerra dan cuando se levantan revueltos. Ya me entenderás cuando seas madre.
—Bueno, aún falta mucho para eso. —advierto a toda prisa, pues no me veo siendo madre todavía.
Amber arranca el coche con una sonrisa misteriosa en los labios, se introduce en el tráfico y me mira de refilón.
—Ya estáis mirando casas, ¿No?
—Solo ojeamos las páginas webs, pero no hemos encontrado nada, ni hemos visitado ninguna. Vamos sin prisas.

—Ya, ya.
—¿Cómo que ya, ya? —La preocupación salta en mi cabeza como una alarma, ¿Es que Zeus le ha dicho a su hermana que quiere ser padre?
—Nada, mujer. Todo a su tiempo. ¿Has visto alguna zona que te guste?
Miro por la ventana admirando los edificios que se alzan a lo lejos mostrando una imagen imperiosa de la ciudad. A pesar de que el cielo sigue celeste las nubes lo revuelven, escondiendo los pocos rayos de sol que siguen calentando.
—Claro que sí, además tenemos claro que tipo de casa queremos, pero no me siento al cien por cien en esto. Tengo la cabeza arrollada por todo lo que está pasando con el hospital, con William y el trabajo.
—Ojalá pudiera imaginarme por lo que estás pasando.
—Bueno, no se lo deseo a nadie, así que es mejor que no lo hagas.
Se hace un silencio entre nosotras, en el cual ordeno mis ideas y prioridades. Llego a la conclusión de desistir en encontrar a William porque está claro que no quiere que lo haga. He discutido varias veces con Zeus por ello, él se preocupa por mí y yo lo uso en su contra para reprocharle que no quiere ayudarme cuando es todo lo contrario. Y no puedo permitir que este fracaso arruine mi relación con él.
Lo tengo muy claro, hoy será la última vez que iré a Brooklyn a buscar respuestas. He sido muy feliz sin nadie de esa familia y ahora no los necesito.
—Ya hemos llegado. Ahí están los demás.
La voz de Amber me saca de mi tormento y enfoco la vista al centro, donde veo a Jessica, Maddie y Jayden esperándonos en la puerta de una preciosa pastelería de colores marrón y rosa. Conseguimos aparcar varios metros más arriba así que nos toca dar un corto paseíto hasta nuestros amigos, que nos saludan con energía.
—¿Por qué habéis tardado tanto? —Nos pregunta Jayden, colocándonos una mano en la espalda a ambas.
—Ha habido un percance con Seth, el pobre ha tenido una pesadilla y ha mojado la cama.
—Pobre. A mí me costó bastante dejar de hacerlo, la última vez que me pasó tenía once años.
—¿Te quedas conmigo? —interviene Maddie, que se ha sentado la primera junto a Jess.
—Para nada, mi madre pasó un infierno.
—Normal, con once años ya deberías hacer otras cosas más complicadas que seguro manejabas como un profesional. —Jessica hace un gesto obsceno con la mano que una señora de la mesa de al lado ha visto perfectamente.
—¡Jessica! Esas cosas son privadas. —La sermonea Amber que no deja de reír mientras Jayden me mira de soslayo antes de responderle.
—Bueno, Jessica, eso lo hacía a las mil maravillas, era pura supervivencia.
Siento mis mejillas arder en seguida, ¿Por qué siempre terminamos hablando de lo mismo cuando nos reunimos con los amigos? Maddie se ríe a mandíbula suelta con las ocurrencias de Jessica.
—Entiendo lo que dices, Jayden, antes de conocer a Peter intentaba sobrevivir con el satisfyer.
Amber deja escapar un quejido lastimero al escucharla, al parecer, cuando quiere, es una madre muy puritana. Si yo le contara cuántas veces me he tocado en la ducha pensando en su hermano menor, se desmayaría. Reprimo una risa, no quiero que me pregunte en que pienso y tener que hacerla pasar por el mal trago.
La mañana la pasamos charlando de nuestras cosas, y, aunque son triviales, me resulta muy interesante saber de la vida de mis amigos. Jayden nos ha contado que la empresa será suya este

verano y nos hemos alegrado mucho por él porque sabemos cuánto trabaja para que siga siendo tan exitosa.
Tal como habíamos planeado vamos a ver el río Harlem y, como siempre que visito algo que ellos ya han visto mil veces, escucho el asombro al vernos a Jess y a mi alucinar. Hago fotos a diestro y siniestro, recopilando un material increíble y precioso. También nos hacemos fotos nosotros como recuerdo y para mi web, a los chicos les encanta ser mis modelos y yo disfruto haciéndoles fotos.
—Ava —Jayden aminora el paso para estar a mi lado— ¿Cómo te va con lo de tu abuelo?
Me chirrían los dientes al escuchar esa palabra porque no lo siento como tal. Meto la cámara en el macuto que me regaló mi tía y me la echo hacia la espalda.
—No muy bien.
Juego con mis manos, resguardadas en los guantes que me regaló Carl el día que lo conocí. Jayden coloca la mano en mi hombro, agradezco su silencio, y seguimos paseando con las chicas charlando delante de nosotros.
—¿Quieres hablar de ello? —Parpadeo, no sé por qué, y, sin saber tampoco por qué, asiento y Jayden sonríe levemente.
—Hemos ido a su casa varias veces y ninguna me ha abierto la puerta —Es mucho más humillante dicho en voz alta. Me concentro cerrando los ojos unos segundos y continuo—. No sé si es porque realmente nunca está o porque nunca quiere abrir, el caso es que eso me va quitando las ganas poco a poco.
—¿Hay algo que te quite las ganas? —Eso me hace reír y choco mi hombro con el suyo— Ahora, en serio, no desistas si tu corazón te pide que continúes.
—Ya, eso estoy haciendo, pero siento que puede conmigo. Por no hablar de Ana…a veces voy por la calle y temo encontrármela y que salga a correr.
Nos quedamos en silencio, bien porque Jayden quiere que reflexione o porque se ha quedado sin qué decirme. Me gusta que me escuche, es tranquilo y pacífico, como si tuviera todo el tiempo del mundo y quisiera perderlo escuchando mis problemas. Y eso es lo que lo convierte en un buen amigo.
—¿Sabes qué? —Niego con la cabeza y sube los hombros haciendo una mueca simpática— Que le den a Ana. Tu madre está en Madrid, no aquí. Deja de martirizarte con su comportamiento, es ella la que pierde al no tenerte cerca —Mis ojos conectan con los suyos un par de segundos antes de que su confesión me haga retirar la mirada—. Te lo digo yo, que me siento afortunado de conocerte.
Continuo a su lado un par de minutos porque luego acelero el paso y me acerco a las chicas, no quiero que Jayden confunda términos, no ahora que Cristal no es un problema en mi relación y estoy mejor que nunca con Zeus. Poco después, volvemos a entablar conversación, pero esta vez menos íntima.
A la hora del almuerzo, decidimos parar en un bar pequeñito donde comemos muy bien. La comida es exquisita y, a pesar de ser tan minúsculo, está muy concurrido e incluso la gente hace cola para pedir la especialidad del día; carne al carbón con varias salsas y patatas al horno. El olor que deja en el establecimiento te abre el apetito de nuevo.
—¿Dónde os apetece ir ahora? —Nos pregunta Maddie cuando la camarera nos ha cobrado.
—Yo tengo que irme, mi padre está con los niños y tengo que llevarlos a las clases.
Cuando Amber se marcha, decidimos merendar en una cafetería muy mona con vistas al río. Nos sentamos en una de las mesas más al fondo y tomamos café y galletitas. Maddie termina por irse a eso de las cuatro porque quiere prepararse una exposición que tiene que hacer esta semana en

clase.
—¿Te han venido ya los muebles de madera de roble que estábamos esperando?
—No, ha habido un problema con el transporte y se va a retrasar.
Dándole vueltas al café, escucho la conversación sobre los muebles del restaurante de Jess imaginándomela como dueña de uno, cuando la única voz que me eriza la piel interrumpe la charla.
—Buenas tardes —Miro hacia arriba, encontrándomelo detrás. Se agacha para darme un beso en los labios que me viene muy bien después de no verlo en todo el día— ¿Cómo estáis?
—Hola, cuñadito, estábamos hablando de unos muebles que estamos esperando. A ver cuándo volvéis por el local para ver los adelantos.
Zeus se sienta a mi lado, deja el brazo en el respaldo de mi silla y comienza a jugar con mi pelo. Antes de responderle, me mira unos segundos y me sonríe feliz.
—Perdónanos, estamos muy ocupados, pero intentaremos ir cuanto antes.
—¿Cómo te va con el hospital? —Le pregunta Jayden antes de darle un sorbo a su café.
—Muy bien, por fin vuelve a ser de mi familia.
—No me jodas, tío, me alegro muchísimo.
A Zeus parece gustarle la simpatía de Jayden, porque le muestra una amigable sonrisa al asentir despacio con la cabeza. Alza la mano, con un gesto tan masculino que me hace la boca agua, y pide un café solo antes de irnos a Brooklyn.
—¿Y Marc? —Miro hacia fuera, pero como la zona en la que estamos es una media plaza frente al río, no lo encuentro porque no se ven los coches.
—No le apetecía bajarse —La camarera le deja el café y me gusta que no la mire ni un segundo al coger la taza—. Gracias.
Tardamos media hora más en terminarnos nuestras bebidas e irnos a casa de William. El trayecto lo paso nerviosa, ni las caricias de Zeus o sus besos en el cuello me quitan de la cabeza las inseguridades. El pobre ha desistido en lo de provocarme al darse cuenta de que no surtía efecto.
—Mi amor, estate tranquila, todo va a salir bien.
Quiero creerle, de verdad que quiero porque sé que jamás me diría algo que no cree tener seguro, pero sé que me voy a encontrar con otra puerta cerrada y no quiero que mi corazón siga sufriendo por personas que no lo merecen.
—Esta será la última vez, Zeus.
Le cuesta varios segundos reaccionar, tanto para darme mi beso como para responderme.
—¿Es lo que quieres? —Niego con un movimiento, aunque en realidad desearía asentir, y mi guapísimo cirujano calva esa penetrante mirada oscura en la mía, aunque yo solo tengo ojos para su cicatriz— ¿Sabes que va a pasar hoy? Que la puerta se va a abrir, vas a conocer a tu abuelo, te va a querer y vamos a irnos a casa para que pueda hacerte el amor como llevo deseando todo el maldito día.
Consigo sonreír y me tiro sobre él para abrazarlo antes de bajarnos del coche. Necesito sentir su cuerpo, sus brazos, su piel, solo cuando estoy con Zeus me siento la mujer más fuerte.
—¿Y si no pasa nada de lo que has dicho? —Me alza la cara cogiéndome de la barbilla.
—Entonces volveremos a intentarlo, porque si algo he aprendido de ti es no tirar la toalla —Se da cuenta del puchero que se me forma en los labios y se acerca un poco más a mi—. Además, igualmente te haré el amor al llegar a casa.
Suelto una carcajada sin poder evitarlo.
—Entonces seré la más feliz.
Entre risas, bajamos del todoterreno y Marc nos espera dentro como todas las últimas veces. Nos

ha traído sin faltar un día y ha sido testigo de cómo me ha dolido la situación, pero nunca ha comentado nada sobre el tema y eso me hace sentirlo mucho más cercano, más amigo.
Estamos frente a la puerta deteriorada que tantas veces he venido a golpear con los nudillos y esta vez Zeus lo hace por mí. Lo observo hacerlo, dándome cuenta cuánto le afecta también todo esto, por mucho que quiera mostrarme su positividad ante la situación, sé que no lo pasa bien cuando nadie aparece delante de nosotros.
Me duele en el alma que tenga que volver a pasar por la misma cantinela de siempre; cuadrar la espalda, mirarme con una sonrisa que no quiere mostrar y cogerme de la mano para subir al coche. Aunque esta vez es diferente, esta vez solo subo yo y él se queda fuera unos segundos para desahogarse, lo sé porque lo escucho maldecir varias veces.
Aguanto las ganas de llorar cuando sube y le ordena a Marc, de la mejor manera que puede en este momento, que nos lleve a casa. Donde, cuando llegamos, me lava el pelo bajo el agua caliente, me lo cepilla y me lleva a la cama con mimo, para regalarme besos y caricias mientras me hace el amor como solo Zeus sabe hacer; con cariño y pasión.

Capítulo 47

Ava

Hace más de veinte días que fuimos por última vez a Brooklyn y no tuvimos noticias del padre de Ana. Sí, ya no es William para mí, estoy tan enfadada con él, sin conocerlo, que no quiero ni pronunciar su nombre. Peeeero, no voy a dedicar mi valioso tiempo en recordar aquel fatídico momento frente aquella pequeña casa, si no contarte una muy buena noticia que nos tiene a todos muy contentos.
El día diez de este mes recibí una llamada que me ha ayudado mucho tanto emocionalmente como profesionalmente y es que "Give Away Dreams" (Regala Sueños, en español) —una asociación que ayuda a personas menores de cuarenta años a poder estudiar y formarse profesionalmente— ha contactado conmigo para pedirme colaborar voluntariamente en una gala que se celebrara esta noche en la Quinta Avenida.
Se trata de una gala a la que asistirán muchas personas emprendedoras que donarán, en una enorme puja, algunos bienes. Por ejemplo, en mi caso, he decidido donar fotografías que he hecho a la ciudad desde que vivo aquí, así tendré la oportunidad de ayudar a una bonita causa y de darme a conocer.
La celebración se hará en un enorme local que al parecer se utiliza para eventos similares y al que Zeus ha ido alguna que otra vez. En la tarjeta de invitación que me enviaron poco después de la llamada, me explican que habrá una cena y música, así como se requiere vestimenta de etiqueta y exactamente por ello, estoy en una boutique de la avenida.
—Honey, ¿Cuántos vestidos más vas a probarte?
Ah, sí, Zeus me está acompañando en la búsqueda del vestido ideal y se ha sentado en un sillón de terciopelo rojo, junto al ventanal que tiene la tienda para que dé luz al pequeño vestidor.
Asomo la cabeza por la cortina del probador del mismo tono del sillón y lo observo divertida, mientras intenta acomodar su cuerpo grande en tan diminuto mueble.
—Me quedan varios, necesito encontrar uno que me quede perfecto.
—Todos te quedan perfectos, porque tú lo eres. —Es la primera vez que me hacen un cumplido de mal humor.
—Aquí tienes cinco más de las mismas características que los anteriores, pero con diferente caída y escote.
Le cojo las prendas a la dependienta, que le echa un ojo a Zeus y sonríe tímidamente. Que quiera su atención me molesta y eso me hace tener un pequeñín arrebato de celos.
—Cielo, —Lo llamo, haciendo énfasis en el apelativo y llamando su atención— ¿Puedes entrar conmigo y ayudarme a quitarme la ropa?

La chica se pone colorada y mira de reojo como Zeus se levanta, pasando por su lado, dejándola más bajita de lo que ya es, y esta agacha la cabeza antes de retirarse. Yo quería dejar las cosas claras, pero no había reparado en lo que puede pasar si Zeus y yo estemos tan cerca y a solas.
—Así que celosa ¿Eh?—Trago saliva y dejo que me acaricie el cuello con sus labios, haciéndome cosquillas con la lengua.
—Solo quería que me ayudaras. —Intento defender mi seguridad, pero ambos sabemos que acababa de perderla en cuanto esa mujer había entrado en la habitación.
Todavía en silencio, me hace darle la espalda y me coloca frente al espejo, poniéndome las manos sobre el cristal a cada lado de mi cabeza. Sus ojos conectan con los míos a través del espejo y es como si me abrazaran.
—Entonces, voy a quitarte la ropa. —Su advertencia me acelera el corazón, pero sus manos deslizando la tela del vestido rosa que llevo me hacen empañar el cristal.
Quiero advertirle que aquí no podemos hacer nada, pero no me sale la voz. Tenerlo pegado a mi espalda, observando fijamente cada centímetro de mi cuerpo semidesnudo y desvistiéndome al mismo tiempo, me seca la boca, la garganta y el cerebro.
Me regala besos por los hombros y la nuca, erizándome la piel de esa misma zona y enviándome calambres al estómago. Cuando el vestido cae en mis pies, solo llevo un tanga de encajes florales en un tono verde Jade.
—Me vas a matar. —Resopla, moviendo sus manos por todo mi cuerpo.
—Si es de placer —Consigo decir, recibiendo besos y leves succiones por mi espalda—, estaré encantada de ser culpable.
—Entonces lo eres desde el día que puse los ojos en ti.
Se deshace del minúsculo tanga y baja con besos hasta mis nalgas, casi adentrando su cara en ellas. Arrastrándose entre mis piernas, llega con la boca a mí humedad y la acapara de una sola vez, provocando que de un respingo ante el contacto.
—Ah, joder. —Pego la frente al espejo, moviéndome levemente por sus suaves sacudidas.
Murmura algo que no comprendo, porque estoy demasiado concentrada en el placer que está dándome con la lengua, los dientes y los labios, pero que creo entender cuando se levanta, se abre los pantalones y me coge en volandas para introducirse en mi necesitada vagina.
—Tenía intención de comerte únicamente —Jadea, embistiéndome con necesidad—, pero no puedo contenerme, necesito estar dentro de ti.
Estoy a punto de responderle con un gemido íntimo, pero me lo ahoga con un beso y eso llama enormemente mi atención. Normalmente soy yo quien quiere contenerse. Como siempre, no hace falta que le diga nada, sabe perfectamente que voy a quejarme y me responde directamente.
—He visto a varios tipos en la puerta con sus parejas, ¿Crees que voy a dejar que te escuchen gemir?
Agarra mis caderas para subirme y me penetra con fuerza, empujándome contra la pared, donde se aguanta con la mano que le queda libre.
—Antes parecía no importarte. —Le susurro, besándole el cuello y acariciándole los pectorales, duros y firmes aun con la ropa puesta.
—Me he vuelto muy receloso de mi intimidad. —Coge uno de mis pezones y los pellizca antes de retorcerlo.
Dejo que me mueva a su antojo, llenándome por completo con su hinchada erección. Cuando está excitado, Zeus es salvaje, posesivo y demandante, y hasta que no me hace llegar al orgasmo de manera devastadora no se queda tranquilo. Hace un movimiento que permite que se hunda aún más llegando a un fondo desconocido para mí.

Sin dejar de embestirme, me besa el tatuaje entre mis pechos, me muerde los pezones y se apodera de mi boca hasta dejarla hinchada y rojiza, como seguramente está ahora mi clítoris al recibir el masaje de sus dedos.
—Zeus, voy… —Me succiona los labios y mete la lengua en mi boca para relamerla.
—¿Vas a qué? —pregunta juguetón, con la frente perlada por el sudor y la cicatriz arrugada porque está muy concentrado en mis labios.
Asiento con su frente apoyada en la mía, las piernas aferradas a su cintura y mis manos agarrando su jersey con fuerza en la parte de los hombros, aguantando los duros embiste que me da. Mi interior palpita dolorosamente, sintiendo como toca puntos que me vuelven loca.
—Córrete para mí, nena. Me encanta cómo te aprietas cuando le doy placer —Suspiro, dejándome llevar con sus palabras y él sonríe—. Así, preciosa, así.
—Ah…Zeus…
—Shhh —Estampa su boca contra la mía y se sale rápidamente, derramándose en mi interior y murmurando entre dientes.
Estamos varios minutos en la misma postura, hasta que decidimos separarnos y me bajo al suelo. Saco la cabeza por la cortina recibiendo una palmada en mis nalgas desnudas, y cojo una cajita de pañuelos de papel que hay sobre la mesa de cristal.
—Límpiate, todavía falta algunos vestidos.
Coge el papel y lo hace, haciéndolo yo al mismo tiempo.
—Puedo asegurarte que ahora lo haré mucho más a gusto —Va a salir del probador, pero se fija en uno de los vestidos y lo señala—. Creo que ese te quedará como un guante.
Cuando echa la cortina, miro la prenda a la vez que me coloco el tanga. Quito el vestido de la percha y me enfundo en él, encantándome el resultado cuando me miro al espejo. Me aliso la tela sobre mi cuerpo, aunque no tiene ni una arruga, y abro la cortina para que Zeus me lo vea puesto.
—¿Qué te parece?
Su mirada se oscurece aún más cuando aparezco con el vestido rojo sangre que él mismo ha elegido y con el que ha acertado de lleno. Es ajustado, tiene un fruncido en el costado derecho con un volante en las costillas, de lentejuelas, con mangas largas transparentes, un escote de infarto que llega hasta la boca del estómago y una abertura en el muslo derecho.
Por cómo Zeus se levanta despacio, sé que no se imaginaba que me quedaría tan bien. Se pone delante de mí y pasea su mano por todo el escote, metiéndola por dentro para masajear mis pechos desnudos. La piel se me eriza enseguida y siento una quemazón en mi sexo.
—¿Estas buscando que vuelva a pegarte a la pared? —Su otra mano entra por la abertura de la pierna.
—Quizá.
—No juegues con fuego, honey.
Me separo unos centímetros, segura de que acabaremos follando de nuevo si no pongo distancia, pero, como me encanta jugar con él, me retiro el pelo de la espalda y se la muestro.
—¿Me ayudas?
Sus nudillos acarician mi columna al bajarme la cremallera y, en vez de agarrar el vestido, dejo que la prenda caiga al suelo y vuelvo a quedarme desnuda para él, aunque esta vez no dejo que pase de la cortina. Lo escucho reír y sonrío a su vez.
—Toma, preciosa, nos llevamos este vestido.
Abro los ojos al escucharlo, crispándome cómo se refiere a la dependienta estando yo delante y, sin importarme una mierda si la tipa me ve desnuda, abro la cortina para formar la de Dios.
Entonces lo veo sentado en el sillón, con el vestido en sus piernas y una sonrisa en los labios que

no tarda en convertirse en una sonora carcajada.
—Solo tengo ojos para ti, ya deberías saberlo.
Molesta por su venganza, vuelvo al interior para terminar de vestirme y poder irnos. Cuando salgo del probador, Zeus se levanta y me agarra por la cintura para pegarme a él y besarme.
—Dulce y celosilla —Aspira entre dientes, mirándome la cara de forma depredadora— …me gusta que defiendas lo que es tuyo.
Le devuelvo el beso y salimos para pagar. La dependienta nos atiende con una sonrisa, que llevan todos por derecho al trabajar de cara al público, pero no lo mira ni una sola vez. No digo que no lo hagan, tenemos los ojos para mirar y Zeus es digno de ello, pero no coquetees con mi hombre si no quieres problemas.
Salimos de la boutique y tras dar un paseo por la avenida cogidos de la mano entre la gente, llegamos a un restaurante precioso. Toda la decoración es de madera oscura y manteles claros en las mesas con centros florares de colores vivos para esta época.
Tras la comida, Zeus me lleva a una cafetería preciosa donde tomamos chocolate caliente y café. Pasamos las horas que tenemos libres hasta la celebración paseando. He conocido locales muy famosos que antes solo había visto en la televisión y todo gracias a que Zeus es un magnífico guía turístico.
—Ay, cariño, no sabes lo feliz que nos haces.
Esa es mi madre, que está casi llorando porque le he contado a donde vamos esta noche. Es tarde, en Madrid son casi la una de la madrugada, pero ha querido llamarme porque decía que la novela turca había dado un descanso.
—Gracias mamá. —Veo salir a Zeus del cuarto de baño únicamente con el pantalón del traje y casi se me cae el teléfono de las manos.
—Sonia, que ya empieza. —Ese es mi padre, ya ha hablado conmigo antes y le ha dejado el teléfono a mi madre para que se desahogara.
—Ava, cariño, dejo que te arregles. Disfruta de la noche y no te metas en líos. Saluda a Zeus de nuestra parte.
Dejo el teléfono sobre la cama y me pongo las medias y los tacones. Debemos estar en la puja a las ocho de la tarde y quedan exactamente cuarenta y cinco minutos para la hora, menos mal que ya estoy maquillada y peinada. He optado por un maquillaje sencillo y ahumado en los párpados, y echarme el pelo hacia atrás con efecto engominado para que caiga a la espalda. Cojo el vestido de la percha y lo saco de la bolsa de plástico para ponérmelo.
Cuando busco a Zeus lo escucho hablar en el estudio, parece alterado.
—Como sigáis tocándome los cojones, voy a echarte del hospital.
Toco la puerta y la abro, descubriendo un Zeus elegante y guapo a rabiar. Lleva un traje hecho a medidas de un tono negro, tan intenso como su cabello, y una camisa sin corbata, del color de mi vestido, bajo su chaqueta abrochada. Su imagen me provoca, resulta tentador y despiadado con estos colores, y la cicatriz, que le proporciona más intriga a su rostro, le pone la guinda al pastel.
—Ya estás advertida. Ahora tengo que dejarte, mi novia me espera —No aparta sus ojos de mi ni un segundo al colgar la llamada— ¿Has venido a que te la suba o te la baje?
Vuelvo los ojos y sus labios se curvan maliciosamente cuando rodea el escritorio y se coloca detrás de mí. La tela del vestido se ajusta a mi cuerpo conforme va subiendo la cremallera, presionándome levemente el pecho y abriendo el escote con ello. Zeus me agarra de las caderas sin volverme y camina conmigo hasta la mesa, donde me inclina y me acaricia la espalda hasta el culo.
—Así es como voy a follarte cuando lleguemos a casa.

Se inclina sobre mí y me da un suave beso en la nuca antes de volver a ponerme derecha. Después, como si no acabara de hacer que mi sexo se retuerza de necesidad y palpite desesperadamente, me coge de la mano y salimos al salón para recoger nuestras cosas y, sin soltarme, guiarme hasta el ascensor.
Hasta que hemos llegado al vestíbulo, no ha dejado de besarme, tanto en los labios como en el escote y el cuello, claro que con cuidado por miedo a quitarme el maquillaje. No ha quitado sus manos de mi cuerpo hasta que las puertas se han abierto y han mostrado la recepción del edificio, me quejo, pero me ha dejado excitada. Al menos me consuela haber palpado lo duro que se ha quedado.
—Pero, bueno. Estáis irreconocibles, hace mucho que no te veo tan bien colega —Marc le da unas palmaditas en el hombro a la vez que nos abre la puerta, después se centra en mi—. Ava, tú estás preciosa.
—Gracias. —Le sonrío encantada y subo al coche.
Marc conduce hasta el local, donde nos espera una increíble noche. En el camino (largo como todos cada vez que debemos desplazarnos aquí) Zeus me explica cómo suelen funcionar este tipo de fiestas y me da algunos consejos, pero no es nada del otro mundo; pasarlo bien, conocer a otras personas y conseguir vender mis productos. Los cuales, por cierto, han sido desplazados en un camión de transporte que se ha encargado de alquilar.
Al llegar a la puerta, veo brillo, luces y muchas personas entrando. Hay un hombre y una mujer que se encargan de asegurarse de que nuestros nombres están en la lista, de desearnos una buena noche y de apuntar que hemos entrado. El salón es enorme, tanto que casi me cuesta ver el final. Está separado por secciones diferenciando las empresas que han colaborado y casi lloro de emoción al ver el recuadro con mis fotos y el logo de mi estudio. Agarro con fuerza la mano de Zeus y lo miro emocionada.
—¿Lo has visto?
—Sí, honey. Estoy muy orgulloso de ti.
Siento sus labios en mi pelo, pero no puedo dejar de mirar mi sección, donde hay una mujer con traje de chaqueta mostrando mi trabajo. La asociación, para que disfrutemos de la noche y no todo sean negocios, ha seleccionado a un grupo de personas que se encarga de cada uno de los compartimientos. Eso sí, hay una enorme foto mía delante del mostrador para que los compradores y toda aquella persona que ha venido a disfrutar de la noche me conozcan.
Además, aunque nos han dado muchas libertades, los empresarios debemos estar en nuestros puestos al menos tres horas en toda la noche, repartidas como mejor nos convenga. Y como es a elección propia, voy a aprovechar la llegada de los invitados para que me conozcan.
Llego a mi sección con la mano de Zeus en mi espalda, y la chica que está por mí se va a descansar. Volverá en una hora.
Observo a mi alrededor, apreciando los detalles que han tenido a la hora de colocar mi trabajo. Han colgado en las paredes mis imágenes de la Estatua de la Libertad, el East River, el Empire State y varios lugares más que me han parecido preciosos para que queden a la vista de todo el mundo.
—Buenas noches, jovencita.
Un hombre, de unos sesenta y largos años, con traje claro con cuadros diminutos, se ha posicionado delante de mí con las manos en los bolsillos. Emocionada, me levanto de un salto y le tiendo la mano, que este coge encantado.
—Soy Ava Ferrer, fotógrafa de estas preciosas fotos.
—Si son preciosas sí, aunque no más que usted.

Me incomodo en cuanto me recorre con la mirada y como reflejo busco a Zeus entre la gente. No puedo abandonar mi lugar. Han pasado cuarenta minutos desde que entré y he conocido a mucha gente, interesada en mi trabajo o espectadores, pero con nadie me he sentido tan incómoda como con este señor.
Cuando mis ojos conectan con los de Zeus, a unos metros de distancia y con varias cabezas por medio, debe notarme la angustia porque sortea a los invitados y se coloca a mi lado en décimas de segundo. Cuando tiene al hombre delante, su semblante cambia notoriamente y me pega a su cuerpo con posesión.
—¿Qué coño estás haciendo aquí? —El desprecio y la frialdad en su tono de voz me alerta e intento calmarlo por si es algún posible comprador. Tiene pinta de ser rico y eso sería genial para la causa.
—Esto está abierto a los empresarios de Manhattan, he querido venir a comprar y colaborar. Y si con ello conozco a tu bonita novia, mejor que mejor.
Zeus da un paso hacia él, amenazante como un león defendiendo su manada, y aprieta los dientes con rabia. Pero tiene que contenerse cuando dos mujeres entran para ver las fotos.
—Máximo, como te atrevas a acercarte a ella de nuevo, seré yo quien haga el trabajo de los hombres de Peter. ¿Te queda claro?
Zeus ha intentado susurrar su amenaza, pero he podido escucharla perfectamente. El tal Máximo, sale de mi sección como alma llevada por el demonio y Zeus no se separa de mi en toda la noche.

⚡⚡⚡

Cuando vuelvo a mi sección en el tercer turno, culminando así las tres horas que debo hacer, que la verdad lo hago encantada, me quedo mirando a Zeus cuando se apoya en una de las paredes.
—¿Quién era ese hombre? —Me atrevo a preguntar, después de tres horas intentándolo.
Zeus no se mueve, ni me mira, está con la vista fija en la sección de moda que queda frente a la mía. La puja ha comenzado y para estar fuera del barullo de compradores he decidido elegir la primera parte de la puja para terminar mi tercera hora. Escucho al hombre que lleva la voz cantante contar y alzar la voz cada vez que la cuantía se aumenta.
—Zeus, ¿Estás bien? —Se vuelve y camina hacia mí.
—No voy a dejar que te hagan daño, ¿Lo entiendes? —Coloca una mano en mi nuca y me besa despacio.
—¿Quién? —pregunto, empezando a asustarme un poco.
—Nadie. No me importa quien intente hacerlo, no voy a permitirlo.
Mi intento de averiguar quién era el hombre de antes se queda en mi garganta cuando varias personas entran y casi me lleva toda la hora atenderlos. Paso el resto la noche soportando el repentino cambio de humor de Zeus y dándole vueltas a la intimidatoria amenaza que le he escuchado prometer.
Sobre las tres de la madrugada, contenta por haber vendido todas mis obras y saber que la asociación ha conseguido una suma importante de dinero para su proyecto, Zeus y yo volvemos a subir al todoterreno, que ya nos esperaba en la puerta con el motor arrancado.
—¿Vas a decirme de qué conoces a ese Máximo?
Zeus resopla, parece que no quiere decírmelo, de hecho, se lo piensa unos largos minutos en los que me parece que voy a perder la paciencia. Entonces, sorprendiéndome, agarra una de mis manos y las coloca sobre su rodilla con nuestros dedos entrelazados.

—Es el padre de Cristal.
El aire deja de entrar en mis pulmones cuando reflexiono sobre que el padre de Cristal, el que casi es suegro de mi novio, me ha tirado los tejos de una forma tan babosa como me lo ha parecido él. Un escalofrío me recorre el cuerpo e intento borrar el momento de mi mente. Algo cohibida, le doy un apretón en la mano a Zeus para que me mire y, cuando lo hace, intento animarlo.
—Mirándolo por el lado bueno…
—No hay un lado bueno en esto, Ava. No voy a consentir que vuelva a merodearte.
Es la segunda vez que la frialdad y la brusquedad en su tono de voz me deja atónita y no le digo nada más al respecto. Y como no volvemos a sacar el tema, el trayecto hasta casa lo pasamos en silencio, pues no quiero seguir cabreándolo aunque sé que no está enfadado conmigo, y entramos en el apartamento en la misma tesitura.
Cuando Zeus entra en el despacho fantaseo con lo que me prometió hacer dentro pero, para mi sorpresa, tras un escueto «Buenas noches» me besa y se encierra dentro. Y yo, sin nada que poder hacer, apago las luces y cruzo el pasillo, dando por finalizada la noche.

Capítulo 48

Noviembre

Zeus

«Nunca es tarde si la dicha es buena». No puedo estar más de acuerdo con eso.
—¡Honey! —Estoy tan feliz que no me importa llamarla a gritos— ¡Honey!
Entro en el estudio con una sonrisa en los labios y me la encuentro fotografiando a un niño de unos tres años. Suelta la cámara, asustada, y me mira con los ojos bien abiertos. Disculpándome con un movimiento de cabeza con la que supongo es la madre del niño, cojo a Ava y la abrazo con fuerzas antes de besarla.
—Pero ¿Qué ha pasado?
—El Vitaly es nuestro —La dejo en el suelo y río como un loco cuando la sorpresa se apodera de su rostro—. Ya han terminado los trámites y el hospital vuelve a ser exclusivamente de mi familia.
Ava mira a su clienta unos segundos y luego se abalanza sobre mí para abrazarme.
—Eso es increíble. No sabes lo feliz que me haces con la noticia.
—Por fin podré deshacerme de Cristal, ya no tendré que volver a verla.
—¿Vas a despedirla? —La sorpresa en su voz me pilla desprevenido porque no pienso en otra cosa.
—Por supuesto, no quiero volver a verla.
Ava vuelve a mirar a la mujer rubia que tiene sentada en un sillón y le pide que espere un segundo, luego me coge de la mano y me lleva a la habitación para cerrar la puerta después. Antes de centrarme únicamente en ella, echo un pequeño vistazo al monitor que hay en la esquina derecha delantera del techo desde donde se ve el estudio.
—No puedes hacer eso, es muy cruel.
¿Se está quedando conmigo? ¿Cruel? Cruel lo que nos ha estado haciendo ella a nosotros. Ava se coloca los brazos en jarras y me mira esperando una respuesta que no quiero ni pienso darle.
—Me da igual, que sufra como lo hemos hecho nosotros este tiempo. ¿Sabes el tiempo que llevo esperando una boda que nunca he querido celebrar?
Mi chica, preciosa y explosiva, tiene el coraje de molestarse con mi explicación como si tuviera todo el sentido del mundo que lo haga. Me apoyo en la cómoda, en la que tantas veces la he hecho gemir, para observarla, mientras mueve los brazos al explicarme lo insensible que estoy últimamente.
—Déjala trabajando, tienes que entender su comportamiento.
—¿Te has vuelto loca? —Me doy cuenta de mi metedura de pata al ver como levanta las cejas— Lo siento, no quería decirte eso.
—Ya lo creo que querías, sino no lo hubieras hecho.
Consciente de que nos estamos desviando del tema y vamos a terminar discutiendo, me acerco a ella y le cojo las manos para besarle los nudillos de ambas. Lleva puesto un jersey negro que

hace un juego de infarto con su cabello y sus ojos, tiene los labios lubricados y brillan levemente, tentándome a morderlos. Desvío mis intenciones y me concentro en lo importante de este momento: mi novia me pide seguir dándole trabajo a mi ex prometida, la misma que me ha jodido durante años y sigue haciéndolo ahora. ¿Soy yo el demente?
—Zeus, no puedes echarla a la calle. Si la tienes en tu hospital será porque hace bien su trabajo —Ahí debo darle la razón, Cristal es una muy buena neonatóloga, aun así discrepo. Pero dejo que continúe—. Sabes que está guiada por su padre, además de por la forma en la que habéis roto. Ella te quería y por mi culpa lo habéis dejado, es normal que tenga tanto rencor.
—No voy a permitir que creas que has sido la culpable de nada, mi relación con Cristal llevaba años muerta, solo que no había encontrado nada que me empujara a dejarla hasta que te conocí. Eso parece provocarle un brillo en los ojos, pero no la hace cambiar de parecer y tuerce el gesto.
—Zeus, por favor. Me sentaría fatal que la echaras. Dale una oportunidad, en el fondo creo que cuando no está bajo el mandato de su padre puede ser una buena persona.
Aprieto los labios, no quiero dar mi brazo a torcer porque mis intenciones era deshacerme de los dos, no de un solo Lewis, los necesito fuera de mi vida cuanto antes. Pero que Ava me haga ojitos tan cerca, me ablanda, a veces incluso no me reconozco. Unos segundos después, dejo escapar el aire por la nariz, no muy convencido con lo que voy a decir.
—Está bien, pero como haga algo fuera de lo normal, la echaré.
—Me parece totalmente justo. —Sonríe ampliamente y me da un sonoro beso en los labios.
—¿Ahora puedo besarte? —Le cojo la barbilla con los dedos para que me mire bien.
—Pero si lo acabas de hacer.
—Me debes dos besos por decir mi nombre dos veces, me he contenido porque parecías molesta —Me acerco lentamente hasta ella y le agarro una nalga con mi mano libre, mordiéndole el labio inferior—. Ahora voy a cobrármelos.
—Soy toda tuya.
Su afirmación me eriza la piel y cuando se los doy, me quedo con unas ganas inmensas de montarla en la cómoda y follármela con fuerza pero, volviendo a la realidad, tiene que trabajar, por lo que dejo que me acompañe hasta la salida y me despido de ella con otro sabroso beso.
En la calle, el frío helado de noviembre me golpea en la cara cuando una ráfaga de aire decide terminar en el final del callejón. Al mirar el deterioro del edificio me acuerdo de William, hace un mes que fuimos por última vez a Brooklyn para buscarlo, y eso me hace despreciar aún más a Cristal, que es la responsable de que no hayamos podido encontrarlo. Todas las veces que he hablado con ella para que me diga donde está, se niega a hacerlo y empiezo a perder la paciencia, lo único que me mantiene tranquilo es saber que Ava lo sobrelleva y el trabajo la tiene tan ocupada que apenas habla del tema.
Cabreado, cojo el teléfono y marco el número de Cristal, deseoso de joderle el día, porque sé que con lo que voy a decirle lo haré.
—¿Qué quieres? —Su voz se hace con la línea, provocándome irritación.
Agarro el teléfono con firmeza y comienzo a caminar en dirección al todoterreno. Marc me espera en el coche, desde que no se ve con Maddie evita entrar si no es estrictamente necesario.
—Pensaba echarte del hospital, pero Ava te ha salvado el culo.
—¿Cómo dices? —brama atacada, como si tuviera algún derecho.
—Ella cree que en el fondo tienes algo bueno y, aunque he intentado hacerla ver que estas corrompida, no ha permitido que tomara la decisión que tanto tiempo llevaba planeando. Así que gánate tu puesto de trabajo todos los días si no quieres acabar en la calle.
Me subo al coche, escuchando de fondo las barbaridades que me suelta, y le pido a Marc que me

lleve a casa de mi padre, quiero darle la noticia. Estoy a punto de colgar cuando dice algo que llama mi atención, dándome muy mala espina.
—Esto no ha terminado aquí, Zeus. Un día dijiste qué harías lo que fuera por ella y encontraré una venganza que te va a destrozar. Ve preparándote hasta entonces.
Cabreado como nunca, temiendo en el fondo lo que pueda hacer, me pego el altavoz a la boca e intento gritar lo menos posible.
—¿Estás amenazando a tu jefe? Ten mucho cuidado con lo que haces Cristal Lewis, si no quieres que tome medidas mucho antes de lo previsto.
Tiro el teléfono al asiento, conteniendo las ganas que tengo de golpear algo para liberarme de la tensión que me genera esta mujer cada vez que hablo con ella.
Casi una hora más tarde, porque el tráfico es muy denso, veo el alto edificio donde vive mi padre cuando nos vamos acercando y Marc se detiene lo más cerca posible. Tras despedirme de él, salgo del coche aun dándole vueltas a mi conversación con Cristal.
—Vete al estudio, te llamaré cuando termine —Mi amigo asiente y va a ponerse en marcha cuando lo detengo—. Siento tenerte dando vueltas, pero las cosas no están siendo fáciles y quiero tener a Ava protegida.
—Tío, es mi trabajo. Además, se le coge cariño muy rápido a esa mujer, tampoco quiero que le pase nada.
Asiento, conmovido por cómo mi círculo de amigos aprecia a Ava, y observo como el coche desaparece en el tráfico antes de dirigirme a la entrada. En la recepción hay una mujer con un moño muy estirado, lleva un traje de chaqueta blanco y va maquillada de forma muy natural. En cuanto me ve me conoce y no necesito dar mis datos antes de subir.
En el ascensor, introduzco la llave que mi padre me dio hace tiempo y que conduce directamente a su apartamento. Esperando a que llegue a la planta diecinueve, miro la foto que llevo en la cartera de cuando fuimos a ver la Estatua de la Libertad, donde Ava y yo nos damos un beso con un fondo precioso (aunque para preciosa ya está ella), y sonrío como un idiota hasta que las puertas se abren y el amplio y claro salón aparece ante mí.
—¿Papá?
—Estoy aquí, en el despacho.
Paso por el salón, la cocina, dos dormitorios, dos cuartos de baño y el gimnasio que tiene con vistas espectaculares para llegar al despacho en el que trabaja. El apartamento de mi padre es amplio y sofisticado, con decoración de colores neutrales y pocos accesorios. Al entrar en la sala, me lo encuentro con el teléfono en la oreja y discutiendo algo con su entrenador personal.
—Tu madre se quedó a gusto cuando te tuvo, porque bien pesado eres.
Me siento en su sillón, acaricio la piel con la que está forrada y espero a que termine de sermonear al pobre hombre que le ha tocado aguantarlo. Poco después me llega una notificación de mensaje de Jessica, concretamente de un grupo nuevo que ha hecho para informarnos de que esta noche le haremos una cena a Jayden por su cumpleaños. «¿Es una puta broma?» Lo último que quiero es soplar las velas con él, pero cuando leo la respuesta afirmativa de Ava que nos engloba a ambos, guardo el teléfono de mala gana en el bolsillo del pantalón.
—¿Cómo tu por aquí? —Mi padre deja su móvil sobre la mesa y se cruza de brazos.
—He venido a darte una muy buena noticia. —anuncio, con una sonrisa, y agarrándolo de los bíceps.
—¿Voy a ser abuelo?
—Eh, ¿no?
A pesar de que la pregunta no me hace salir corriendo, creo que es muy pronto para que Ava y

yo seamos padres. Primero me gustaría comprar la casa, aunque si viene un bebé no sería un problema porque…¡Joder! Que me desvío del tema. Doy un paso atrás, rascándome la nuca y me apoyo en el escritorio.
—¿Qué es entonces?
—Nuestra familia vuelve a ser la única dueña del Vitaly. —Miro de reojo la foto que mi padre tiene de mi madre al lado de su ordenador, seguro de que estará muy feliz allá donde se encuentre.
James O'Donnell es un hombres respetado y cojonudo que jamás me ha dejado verlo llorar, ni siquiera cuando mi madre murió. Incluso en ese tiempo se escondía y ocultaba su pena para que nosotros no sufriéramos, por eso verle llorar delante de mis narices hace que mis piernas flojeen. No sé cómo reaccionar así que hago lo que creo más conveniente: dejarlo solo hasta que se haya desahogado.
—Lo siento, hijo, es una noticia muy esperada.
Me levanto del sofá cuando lo escucho y cruzo el salón para abrazarlo, siendo consciente de que quizá necesitaba que me hubiera quedado con él. Cuando nos separamos, mi padre sonríe ampliamente y me cuenta lo feliz que está.
—¿Cómo has hecho que Máximo firme el contrato?
—Prefiero no hablar de ello.
—¿Vas a meterte en un lío? —Niego con la cabeza— ¿Seguro?
—Por supuesto, solo que he tenido que tirar de contactos y prefiero mantenerlo en privado. Pero no te preocupes por nada, ahora solo tienes que disfrutar de lo que vuelve a ser nuestro.
Me da una cerveza y coge otra sin alcohol para él, nos sentamos en los taburetes de la cocina y charlamos un rato, sintiéndome muy bien al pasar tiempo con él. Hacía mucho que no lo hacíamos. Hablamos de cosas que nunca habíamos hablado, además aprovecho para preguntarle por su salud y los ejercicios que tiene que hacer y por suerte parece ir todo muy bien.
—Tengo que irme —Miro el reloj de mi muñeca, advirtiendo que son las siete menos cuarto—. Llamaré a Marc para que me recoja, tenemos que ir a cenar con nuestros amigos. Es el cumpleaños de Jayden.
—Entonces pasadlo bien. Disfruta de tu preciosa novia, me gusta verte feliz.
Asiento sonriendo, y entro en el ascensor cuando las puertas se abren. Mientras bajo, leo el mensaje de Marc, en el que me informa que está esperándome con Ava en el coche, y resoplo al ver que aún quedan diez plantas para llegar hasta ella. Y cuando la tengo justo delante, la beso con todas mis ganas, subiendo el cristal que nos separa con Marc para tener intimidad hasta que lleguemos a casa.

⚡⚡⚡

A las nueve, estamos en la terraza de un lujoso restaurante en lo alto de un rascacielos con vistas a Central Park. Jessica se ha encargado de todos los detalles, tanto de elegir unos globos blancos, como de encargar una tarta de dos pisos con unas velas que marcan los treinta y dos años que va a cumplir el primo de mi mejor amigo. El mismo que le lleva sacando sonrisas a Ava toda la maldita noche y que me tiene los nervios a flor de piel.
—Amber, ¿Cómo están los niños? —Le pregunta con ese tono conciliador y simpático que tanto me enerva.
—Genial, revoltosos como siempre. Están con el abuelo, a mi padre le hace falta compañía.
Jayden sonríe y saca varios temas de conversación hasta que mi hospital parece convertirse en el

centro de atención.
—¿Cómo te va el Vitaly? He visto en las noticias el trabajo que estáis haciendo, cada vez sois más conocidos y vuestras reuniones para recaudar fondos son cada vez más amplias.
Bebo de mi copa, saboreando el Brandy de alta calidad que me han servido, y juego con los dedos de Ava sobre la mesa, acaparando ahí la atención del pelirrojo. Me saca una sonrisa que solo pueda observar y jamás tocar.
—Va fenomenal, acabamos de conseguir la totalidad de la propiedad después de mucho tiempo luchando.
—Eso es una gran noticia tío, —Peter se levanta y se coloca detrás de mí, dándome golpecitos en el hombro de la felicidad— ¿Cuándo pensabas contármelo?
—Lucas me lo ha informado esta mañana, solo se lo he contado a Ava, a mi padre y a mi hermana. Esperaba decíroslo en otro momento, no quería opacar la celebración de tu primo.
—Por mí no te preocupes, nos conocemos desde hace mucho y me alegro por vosotros. Esta noche tenemos doble celebración.
Me tiende su copa y me veo obligado a chocar nuestras copas para no hacerle pasar un mal trago a mi chica, que parece aún más contenta al ver que hablamos sin estrangularnos. Continuamos la velada en armonía, nos contamos cosas y nos reímos con las típicas ocurrencias de Jessica, aunque a veces la tirantez notoria entre Marc y Maddie nos hace guardar silencio durante unos segundos.
Una de las veces en la que Ava está entretenida con las chicas, decido salir a tomar el aire. Para ello me pongo el abrigo antes de salir porque hace un frío de cojones y luego me apoyo en la branda de la azotea para disfrutar de las vistas.
—Gracias por venir.
No me giro al escucharlo, solo me quedo en silencio y acepto que se apoye a mi lado, como si fuéramos amigos. Antes lo éramos, me caía bien, pero su constancia con Ava hace que me cueste horrores seguir siéndolo.
—He venido por ella.
El ruido de la ciudad llega a mis oídos como una melodía, otras personas pueden pensar que es estridente pero, a mí, me gusta escucharlo cuando estoy en silencio. Me hace evadirme de todos mis pensamientos. Idiota de mí al creer que la conversación se terminaba aquí e idiota de mi por no haberle partido la cara cuando he tenido la ocasión.
—No me alejaré de ella. Es un alivio que al fin lo hayas aceptado.
Me vuelvo despacio, conteniendo mis puños antes de que se estampen en su cara por la seguridad que demuestra en lo referente a Ava.
—Tengamos la fiesta en paz. No quiero discutir. —Me dirijo al interior, pero me detiene al hablar.
—Le harás daño y entonces seré yo quien esté ahí para consolarla.
Lo observo adelantarme y entrar en el salón para acercarse y sacarle una sonrisa a ella y todos los demás. Paralizado por primera vez en mi vida, me fijo en lo feliz que es Ava y en el terror que me produce poder hacerle daño alguna vez. Pero confiando de que jamás se lo haré, no dejo que las palabras de Jayden me provoquen y entro después, robándole un beso a mi chica y convenciéndome de que la haré feliz.
—Te quiero, honey. ¿Lo sabes? ¿verdad?
Ella asiente entre mis brazos, los únicos que van a abrazarla por el resto de su vida, y sonríe con mis labios sobre los suyos, haciéndome latir el corazón con fuerza con sus palabras.
—Mi cabezota, ojalá supieras cuanto te quiero yo.

Capítulo 49

Diciembre

Ava

¡Estoy quedándome sin uñas por los nervios! ¡Quiero gritar! Bueno, quizá ya lo esté haciendo, aunque no sea en voz alta. Pero no lo entiendes, estoy en el aeropuerto abrigada hasta las orejas, con Zeus a mi lado esperando a que mis padres aterricen de una vez.
¡Incluso he hecho un cartelito con sus nombres para que nos vean con más facilidad! Con colorines, purpurinas y una foto de los tres. El pobre de Zeus está pasando un apuro inhumano, no está acostumbrado a este nivel de desato en mí, pero cuando me pongo nerviosa pierdo los papeles.
—¿Por qué no han llegado ya? —Pregunto inquieta.
—No lo sé, honey, pero tranquilízate porque me estás poniendo nervioso a mí también.
Lo miro unos segundos, sin poder creérmelo del todo, pocas veces se crispa, así que intento contener la emoción. Pero ¡Arggg! ¡No puedo! ¡No puedoooooo! Hasta hace un mes no era seguro que mis padres vinieran en navidad, decían que sí, pero en el trabajo empezaron a ponerles trabas y hoy, veinticinco de diciembre, —Fun, fun, fun. Perdona, los nervios— ¡Vendrán! Como decía. No pongas esa cara, entiende que, siendo veinticinco de diciembre y habiendo pasado mi primera noche de navidad lejos de mis padres, me es imposible no estar eufórica por tenerlos aquí.
Lo hemos preparado todo para que estén cómodos y como en casa. Ellos se quedarán en el estudio, ya que está capacitado para poder vivir, y nosotros los recogeremos para poder llevarlos de ruta y que conozcan la ciudad. Zeus ha cogido vacaciones y yo me he pillado algún que otro día, pero no puedo desatender mi trabajo porque en esta época todo el mundo quiere enviar postales navideñas y fotografiar a sus hijos vestidos de renos, elfos, minis Papás Noel y otros personajes que mejor dejo a tu imaginación.
Meneo la pancarta un par de veces cuando un grupo de personas se acerca a la zona en la que estamos, pero no hay ni rastro de mis padres. Por mi pesadez, Zeus se ha acercado a preguntar por la llegada del vuelo y le han comentado que se ha retrasado unos minutos, pero que no tardará en llegar.
Miro mis pies, intentando compasar mi respiración, pensando en el trabajo que tendrá cubrir el tacón de charol. Cosas mías, no me juzgues. No acostumbro a llevar tacones, pero hoy es festivo y vamos a almorzar en familia en un restaurante del centro. Al parecer, James hizo la reserva este verano porque en este día cierran muchos restaurantes y los que están abiertos siempre están hasta arriba.
Zeus me tiende un vaso navideño con café que ha comprado en la tienda. Otra cosa que me ha fascinado enormemente es cómo se esmeran en decorarlo todo para estas fechas, son alucinantes los adornos que he visto aquí: lazos gigantes, luces gigantes, la decoración en los escaparates de las tiendas son asombrosos…Mires por donde mires el espíritu navideño está presente.

—¿Y si no se caen bien? —Zeus me mira como si tuviera un tercer ojo en la frente y me doy cuenta de que no sabe leer la mente— Nuestros padres, ¿Y si no se caen bien?
—Cielo, no te preocupes por eso. Estoy seguro de que no habrá problemas. Mi padre se lleva bien con todo el mundo.
—Lo sé, a mí me adora. —Le doy un sorbo al café y Zeus ríe abiertamente, consciente de que llevo razón.
—Por cierto, cambiando de tema y así te despejas. ¿Qué te parece si visitamos un par de casas a principios de año?
Bueno despeje, lo que se dice despeje, no es precisamente lo que este otro tema me provoca. No porque no quiera irme a vivir con él, claro que quiero, al fin y al cabo, llevamos más de ocho meses viviendo juntos, pero me preocupa tomar una decisión precipitada al comprar una.
—¿No es muy pronto? —Cierro los ojos cuando me percato de la desilusión en su rostro.
—Pensé que querías. —suspira, echándose hacia atrás en la silla de plástico de espera y siento mi corazón latir con fuerza.
—Y quiero, solo quería comprobar tu seguridad ante esto.
Creo que acabo de sonar más imbécil de lo que he parecido antes. Me escudriña con el ceño fruncido, seguramente pensando que no siento lo mismo por él, lo que hace que mi corazón se altere más de lo que ya está.
—No me estoy explicando —Me acerco a él y pongo las manos en sus mejillas—. Quiero, por supuesto que quiero. Ha sido una pregunta tonta.
—Si no estás segura con esto no…
—No, por favor, no hagas esto. Solo ha sido una idiotez, no vuelvas a pensar que no estoy segura con algo referido a lo nuestro. Es lo único que tengo claro, créeme.
Sus ojos oscuros se mueven con rapidez, captando cada centímetro de mi rostro. Nos acercamos despacio el uno al otro y nos fundimos en un beso muy necesario que deja clara muchas cosas.
—¡Hija mía! —Me vuelvo bruscamente, cayendo al suelo la pancarta, y diviso a mi madre detrás de nosotros— ¡Mi niña, ven aquí!
—¡Ahhhh! ¡Mamá! —Me espera con los brazos abiertos y rodeo la silla para abrazarla— Por fin. Oh, Dios, cuanto os he echado de menos.
El abrazo dura tanto que empieza a incomodarme los brazos. Al separarme veo a mi padre con las dos maletas esperando su turno y yo, encantadísima de tenerlos aquí, le doy achuchones hasta que me exige entre risas dejarlo respirar.
—¿Cómo ha sido el vuelo? —Agarro el asa de las maletas y los sueltos (los nervios), luego le cojo a mi madre el macuto de mano que pesa bastante.
—Tu padre se lo ha pasado dormido y yo viendo una serie que me ha tenido enganchada todo el vuelo. Tienes que decirme dónde puedo verla.
—Entonces mi padre ha sido como Jess, que me costó horrores despertarla cuando aterrizamos.
Nos estamos riendo cuando me acuerdo de Zeus, lo miro horrorizada por haberlo olvidado por completo y voy hasta él para cogerle de la mano y disculparme. Tan comprensivo como siempre, me da un beso en la frente y me dice que no me preocupe.
—Papa, mamá, este es Zeus, mi novio.
Los tres se estudian, en silencio, durante unos segundos que me parecen horas, hasta que Zeus se adelanta y les tiende una mano. Mi padre se la coge en silencio y mi madre le zampa dos besos como soles en las mejillas.
—Ay, hijo, no sabes lo contenta que estoy por conocerte por fin —Ahora se gira hacia mí, con la preocupación en la cara—. No sabes cuánto sufrimos por no poder estar contigo el día de la

operación.
Como era de esperar, porque si no mi madre no es ella, empieza a llorar a mares y, tras varias palabras intercambiadas entre mi padre y Zeus, decidimos salir del aeropuerto y dirigirnos al restaurante donde la familia O'Donnell nos espera.
En el camino hablamos de todo un poco, hace meses que no nos vemos y tenemos mucho que contarnos. Estoy segura de que a Jess le interesará saber que Pili, la del pescado, se ha divorciado de su marido porque lo ha pillado con su hermana en un bar. ¡Segura, no, segurísima!
Hablando de cotilleos familiares, no le he contado a mis padres que he ido a buscar a William un porrón de veces y que ninguna me ha abierto la puerta. No quiero que se pasen las vacaciones de navidades preocupados por mi estado de ánimo, el cual ya está mucho mejor.
He aprendido a apartar los problemas de mi vida privada y, aunque a veces me acuerdo del abuelo materno que está en alguna parte y al que sigo queriendo conocer, sé cuáles son mis prioridades y por nada del mundo voy a dejar que asuntos del pasado se interpongan.
Ahora tengo muy claro quién soy y lo que quiero, y no puedo permitir que Ana, ni nada relacionado con ella, me amargue la vida. Antes nunca lo entendía, solo quería saber porque mi madre me había abandonado, ahora, que tengo a tantas personas que me quieren, me he dado cuenta de que a veces necesitamos un buen golpe para abrir los ojos y saber cuánto valemos.
Porque, si algo tengo claro, es que valgo muchísimo y soy digna de todo el amor que mis amigos, Zeus y mi familia han decidido darme.
—Muchacho, ¿Llevas muchos años ejerciendo?
Miro a mi padre, que ha preguntado algo a Zeus que a mí nunca se me ha ocurrido decirle, y observo a este cuando responde.
—Desde hace seis años.
—Bueno, eres como un novato ¿No?
Parpadeo ante la frialdad de mi padre al hablar, cuando quiere intimidar suele soltar pullitas o ironías a saco y no me gusta un pelo que trate así a Zeus. En cambio, él no se achanta y le responde con toda la educación que tiene.
—Desde luego no llevo veinte ni treinta años siendo cirujano, pero tengo una carrera profesional bastante completa que hasta hoy es muy conocida gracias a mi magnífico trabajo en el campo. Además, soy tan buen novato que ha llegado a ser el dueño del hospital junto a mi padre.
El coche se queda en silencio unos minutos, ni Marc se atreve a mirar por el espejo retrovisor no vaya a ser que se lleve una reprimenda. Mi madre no sabe dónde mirar y mi padre, que está sentado en la parte del copiloto, lo observa moviendo su espeso bigote.
De repente tengo un calor asfixiante, temía por si mis padres y James no congeniaban y va a resultar que es mi novio y mi propio padre los que no se van a caer bien.
¡No me lo puedo creer!
—Con que dueño de un hospital, ¿Eh? Así que debes tener mucho dinero, ¿No?
Pero ¿¡Qué!? ¿Es que está perdiendo la cabeza y nadie me lo ha dicho? Ni siquiera miro a Zeus por pura vergüenza ajena.
—¡Papá! —Exclamo, alterada, sin saber dónde meterme.
—No te exaltes, Ava, solo quiero saber si a mi hija no le va a faltar de nada.
—Jorge, por el amor de dios y del espíritu santo. No me seas de tu pueblo y déjate de querer marcar territorio como el padre del año.
¡Tierra, trágame de una maldita vez!
—Papá, pero ¿Qué te pasa? —Miro a Zeus, que tiene cara de pocos amigos porque odia que hablen de su dinero como si no pudiera aportar más que un fajo de billetes, y le susurro con el

corazón en un puño— Lo siento, lo siento. No sé qué está haciendo.
Hace un gesto con los hombros para quitarle importancia y cuadra la espalda en el sillón, sin soltar la mano que le he dado en cuanto he escuchado la barbaridad de mi padre.
—Señor Ferrer, a su hija no le faltará de nada, pero no solo económicamente, tampoco le faltará amor, respeto e igualdad mientras esté conmigo —El corazón me da un vuelco y me derrito al escucharlo. Zeus es un amor—. Pero de ante mano le aseguro que su hija sabe valerse por sí misma, es trabajadora y una luchadora nata, y no necesita el respaldo de un hombre para seguir adelante.
El coche vuelve a quedarse en silencio, pero con la diferencia de que Marc sonríe, mi madre está llorosa y a mí me tiembla el labio como a un bebé. Abrazo a Zeus por el costado y recibo un beso en la coronilla, viendo cómo mi padre no aparta la vista del frente.
Tardamos treinta y cinco minutos más en llegar a nuestro destino y, cuando bajamos todos del coche y vamos a entrar en el lujoso restaurante, mi padre detiene a Zeus y nos pide a mi madre y a mí dejarlos solos. Al principio no estoy muy convencida, pero cuando Zeus me hace un gesto afirmativo con la cabeza, enfundándome su seguridad, cojo a mi madre del brazo.
—La familia de Zeus es increíble. Tienes que saber que su madre falleció cuando eran unos adolescentes, por si se te ocurre preguntar por ella. Es un tema que les afecta y no quiero que pasen un mal trago en un día tan señalado —Cojo aire, acercándome cada vez más a la mesa—. El hombre que acompaña a su hermana no es el padre de sus hijos, este falleció hace años en un accidente de tráfico, por si también se te ocurre….
Mi madre nos detiene en el centro del salón y me agarra por los brazos con una sonrisa en los labios. Parece surrealista, pero la he echado tanto de menos que ni siquiera recordaba cuánta falta me hacía su tranquilidad ante situaciones que me ponen nerviosa.
—No voy a preguntarles nada íntimo, ni siquiera tu padre por muy cabezota que se esté comportando ahora.
—No es que crea que seáis unos entrometidos, solo quiero que todo salga bien.
Mi madre me acaricia el pelo con cariño, como todo lo que hace, y siento una mano en mi espalda. Al volver la cabeza veo a Zeus y mi padre se coloca al lado mi madre. Entrelazo los dedos con los del hombre que tan feliz me está haciendo y nos acercamos a la mesa rectangular donde están James, Amber, Malcolm y los niños.
—Papá, estos son los padres de Ava, Jorge y su mujer, Sonia.
—Encantando de conoceros, por fin. Vuestra hija me ha hablado mucho de vosotros.
Amber y Malcolm se levantan y saludan a mis padres, presentándose formalmente e intercambiando besos en las majillas. Cuando todos nos hemos conocido, tomamos asiento. Seth no tarda mucho en estar encima de su tío y Samy, como una niña que es, se acerca para tener atención.
—Ayer se me cayó un diente —Presiona la lengua en el pequeño huequecito en la hilera de dientes de abajo y Zeus y yo lo observamos interesados—. El Hada de los Dientes me dejo dinero en casa del abuelo, en la nuestra y en la de Malcolm.
Zeus mira al hombre que ahora pasa más tiempo con sus sobrinos y sonríe, aceptándolo poco a poco. Me gusta ver el progreso en su carácter, puso el grito en el cielo y se preocupó exageradamente cuando se enteró que su hermana mayor se había echado novio y ahora parece comprender que todo el mundo rehace su vida en algún momento.
A mi madre le encantan los niños y se inclina hacia Seth para interactuar con él, claro que somos Zeus o yo quien le traducimos a todos lo que mis padres quieren decir. Aunque mi padre sí que sabe hablar el idioma, no lo hace con la soltura de nosotros y de esta forma agilizamos la

conversación.
—¿Sabes cómo le dicen al Hada de los Dientes en España? —El niño niega con la cabeza y mi concentración se pierde cuando me percato en el gesto dulce de su tío al mirarlo. Sin poder evitarlo, una sensación de nostalgia por algo que aún no tengo se apodera de mi estómago. Aparto la mirada cuando mi madre me apremia para que continúe y asiento, volviendo a mirar a Seth— El Ratón Pérez.
—¿Un ratón que roba dientes? ¿Y dónde se los guarda? ¿También roba el dinero para dárselo a los niños?
—Seth —Zeus llama la atención de todos, aunque especialmente la de su sobrino que lo idolatra — ¿El Hada de los dientes roba?
—No. —responde Samy por él.
—Exacto, ni el ratón ni el hada roban, solo que en España es un ratón quien cambia los dientes por dinero.
—Ahora que lo recuerdo —Nuestras miradas van a Samy, que lleva un bonito vestido celeste con una chaquetilla azul marino a juego con sus leotardos y el lazo del pelo. Se toca la barbilla con el índice, robándonos una sonrisa a todos—. Carolina, una amiga del cole, lo llama ratoncito Pérez también.
—Eso es porque en países latinoamericanos también se le llama así. —Esta vez es Amber quien se une directamente a la conversación.
—¿Entonces hay muchas hadas de los dientes? —Nos pregunta el pequeño, que no sabe a quién mirar para que le responda con exactitud.
—Puede haber tantos como tu desees. Incluso puede ser un dragón quien te cambie los dientes que guardes bajo la almohada.
—¿De verdad? —Seth abre la boca, alucinando por lo que su abuelo le ha dicho, y se mueve sobre las piernas de su tío para mirar a su madre— Mamá, quiero que sea Batman quien me recoja el próximo diente que se me caiga.
—Por supuesto, me pondré en contacto con él cuanto antes.
Rompemos a carcajadas al escuchar las ocurrencias de Seth y continuamos un rato más hablando sobre algunas diferencias en nuestras culturas. En el transcurso de la comida me doy cuenta de que mis padres se llevan de fábula con la familia de Zeus y eso me hace muy feliz porque siento a los O'Donnell parte de mí.
Por la mesa pasa una gran variedad de comida; pollo, pescado, pure y verduras que degustamos entre conversaciones interminables y bromas típicas de una familia reunida en navidad. A la hora del postre, decidimos pagar e irnos al Rockefeller Center, donde nos hacemos fotos y admiramos las luces del árbol de navidad más bonito que he visto jamás.
—Es precioso, ¿verdad? —Mi madre me mira y asiente, emocionada.
Observo a mi padre, que no está muy hablador hoy y eso me preocupa, pues normalmente no se comporta así, suele llevarse bien con todo el mundo y le gusta dialogar. Me sorprende que no haya hablado con James sobre el trabajo, a mi padre le encanta trabajar.
—No te preocupes por él, solo está abrumado. —Me responde Zeus en el oído.
Alzo la vista a mi izquierda, donde lleva a Samy sobre los hombros para que pueda ver la actuación navideña que tenemos justo delante, bajo la oscuridad del cielo y la blancura de la nieve a nuestro alrededor. No sé por qué, si es porque me estoy enamorando como nunca o qué, pero Zeus con un niño se me antoja cada vez más.
Parpadeo para quitarme la imagen de la cabeza, no puedo pensar en algo así todavía, y me concentro en lo que me ha dicho hace unos segundos.

—¿Abrumado? ¿Por qué?
—Al parecer hacía mucho que no te veía tan feliz.
Me pasa un brazo por los hombros, consciente de que me ha pillado por sorpresa, y me pega a él todo lo que puede. Por mi parte coloco mi brazo en su espalda y me agarro a su costado, fijándome más a su firme cuerpo, acurrucándome bajo su hombro. Aunque estoy concentrada en la actuación, no dejo de darle vueltas a lo que mi padre haya hablado con Zeus, porque estoy segura de que no solo le ha dicho que me ve más feliz.
He sido consciente del cabio en mi humor y mi vida desde que pisé por primera vez la ciudad, mucho más desde que conocí a Zeus pero, ni siquiera Hugo o Lucas cuando estuvieron aquí han hecho que me dé cuenta de la realidad de mi situación. Soy feliz aquí, con Zeus y mi trabajo y, por primera vez en todo este tiempo, estoy segura de no querer volver a Madrid porque mi vida está aquí.
Me aferro aún más a Zeus y sonrío como solo una mujer completa podría hacer, escuchando de fondo All I Want for Christamas Is You, de la maravillosa Mariah Carey, cuando diviso a Jessica, Peter, Madison, Marc y Jayden aparecer entre la gente, saludando mi amiga a mis padres y presentándoselos a los demás.
Espectadora de la situación tan acogedora, siento que me observan y veo a Zeus con los labios curvados y los ojos fijos en mí, como si no hubiera nada más en el mundo a lo que quisiera admirar. Tiro de su abrigo para que se incline y poder besarlo entre la multitud, aceptando sus labios como parte de mi propio cuerpo.
—Feliz navidad, honey. —Susurra sobre mi boca, alterándome el pulso.
—Feliz navidad, mi amor.

Capítulo 50

Zeus

He pasado la última noche del año frente a la bola en Times Square un millón de veces, tanto con mi familia como otras veces con mis amigos, y la verdad es que me hacía mucha ilusión disfrutar de la experiencia con Ava, pero por la rotura de tobillo de su madre hemos decidido celebrar el Año Nuevo en casa de mi padre.

¿Cómo se ha roto Sonia el tobillo? Te lo voy a contar.

Hace tres días empezó a nevar desde bien temprano y Ava planeo un día perfecto para toda la familia, comenzábamos desayunando dulces y galletas con temática navideña, almorzando en el centro y terminábamos patinando en la pista de hielo del Rockefeller. Donde se escuchaban villancicos por los altavoces y había personas disfrazadas de papá Noel, árbol de navidad, de renos, de elfos…

¿Alguna vez te has disfrazado de luz de árbol navideño? ¿No? Bueno, pues también había un grupo de diez personas disfrazada cada una de una bombilla de diferentes colores: rojo, verde, amarillo, naranja, azul… conectadas unas con otras por una cuerda simulando al cable, ¿La función del grupo? Cantar dos villancicos cada cinco metros. No podía ser menos viviendo en aquí.

Empezamos con buen pie, nunca mejor dicho, nos cambiamos los zapatos por los patines y nos metimos en la pista todos juntos. Ava lo controlaba, ya la había llevado varias veces desde que abrió y la enseñe como me había enseñado mi madre a mí. Disfrutamos mucho, yo más por verla feliz junto a su familia, pero fue un día espectacular. Hasta que escuchamos un grito que nos hizo frenar y volvernos.

—¡Mamá! —Se horrorizó al ver a Sonia esparramada sobre el hielo.

Nos acercamos a ella como pudimos porque la gente empezó a hacer un coro con la intención de ayudarla, y, como he hecho en otras ocasiones, informé sobre mi profesión para que me dejaran actuar.

En principio se había torcido el tobillo, Sonia no se quejaba demasiado, pero aun así salimos de la pista para sentarnos en unos bancos. Le expliqué que tendríamos que ir al hospital para una revisión, pero se negó y solo pudimos llevarla al estudio. Cuando la vi salir del todoterreno con mucho trabajo y sin poder apoyar el pie en el suelo, tuve claro que no había sido una simple torcedura. Por lo que la obligué a subir de nuevo al vehículo y le pedí a Marc que nos llevase al hospital.

En cuanto entré por las puertas y pedí una silla de ruedas, mis compañeros se alarmaron y se acercaron a ver qué pasaba, quedando más tranquilos cuando Ava les explico lo que sucedía.

Queda destacar que la cara de asombro de Jorge cuando su hija se desenvolvía con facilidad ante los problemas o hablaba con confianza con nuestros amigos llamaba mucho mi atención.
Vi a Cristal en la puerta de la cafetería y no pude evitar crisparme por aún tenerla en la plantilla, quise acercarme y discutir con ella por su simple presencia, pero en ese momento solo importaba Sonia y fui al ascensor. Dentro, con los padres de Ava, vi detenerse a mi chica cuando Cristal la cogió del codo. Mi impulso fue salir del ascensor y acercarme a ellas pero, como siempre, porque empieza a conocerme mejor que nadie, Ava se giró antes de que llegara y me pidió volver dentro, asegurándome que estaría bien.
A regañadientes, pues no quiero que esté cerca de Cristal ni un segundo, volví a mi puesto y actué con profesionalidad.
—Vamos a hacerte una radiografía aunque, por cómo se te está hinchando y lo oscuro que empiezas a tenerlo, seguramente sea una rotura.
—Os he fastidiado el día. Que torpe soy.
Para nada de acuerdo con ella, le coloqué una mano tranquilizadora sobre el hombro y sonreí, recordando lo feliz que había sido Ava hacia tan solo una hora.
—Sonia el día está siendo perfecto, con un pequeño percance, pero perfecto.
Miré de reojo a Jorge, que estaba observándonos con una sonrisa y otra vez sorpresa en la mirada. Aún sigue llamándome la atención que se sorprenda ante el afecto que recibe aquí.
Las puertas del ascensor se abrieron y salimos al pasillo, donde los médicos y enfermeros me saludaban con educación y sonrisas amigables, incluso algunos se detuvieron a preguntar por el estado de Sonia.
—Pero mi hija lleva todo el día hablando de ese sitio al que íbamos para pasar la noche. —me dijo entonces.
Debo reconocer que cada vez que Sonia dice mi hija para referirse a Ava, pienso en Ana. En la oportunidad que perdió al abandonarla y en el daño que le ha hecho aunque Ava lo intente ocultar con palabras de aliento hacia ella misma.
El afecto que Sonia le tiene a su hija, por qué es lo que es Ava, su hija, me hace apreciarla doblemente. Esta mujer, que ahora mismo está preparando cosas con ella en la cocina para la cena, se ha dedicado en cuerpo y alma en criar y educar a Ava como si fuera suya, dándole una lección muy valiosa a las personas que creen firmemente que la sangre hace la familia cuando todo se debe al amor que sepas dar sin importar nada más.
—Sonia como te dije, tienes una rotura en la tibia. —Ese fue el diagnóstico al revisar la radiografía que le había realizado.
—Ay, que fatalidad.
—No te preocupes, cariño.
Observé como Jorge tranquiliza a su mujer, que estaba muy afectada porque se sentía culpable por lo que había pasado, en el momento que se abrió la puerta y entró Ava. Tenerla en mi consulta me hizo recrear las veces que la había inclinado sobre el escritorio cuando había venido a visitarme en algún descanso a pesar de tener a sus padres en la sala. Pero es que a mi chica le encanta tenerme vestido solo con la bata y yo, que la adoro y le daría la luna, lo hago encantado siempre que me lo pide.
Aunque estaba disfrutando con el recuerdo de nuestras fantasías hechas realidad, me obligué a cambiar mis pensamientos y centrarme en otra cosa que no fuese en Ava desnuda.
—¿Mamá? ¿Por qué estás llorando? —Sus ojos se pusieron sobre los míos, asustada porque hubiera pasado algo terrible— ¿Qué pasa Zeus?
Me levanté y me acerqué para darle un beso en los labios, necesitando estar a solas con ella para

saber de qué había hablado con Cristal. Temía que le hubiera confesado que era ella la que hacía que William no estuviera en casa desde hacía meses, un tema que todavía no he podido solucionar y que estoy dejando para el último momento porque Ava no ha vuelto a pedirme ir a Brooklyn para buscarlo.
—En realidad, nada grave —Fuimos a la mesa, donde yo me senté en el sillón y ella a mi lado en el posa brazos izquierdo—. Se ha roto la tibia y cree que ha fastidiado la noche.
—Mamá, no pienses eso. Están siendo unas navidades preciosas y lo pasaremos en grande esta noche. ¿Por qué piensas algo así?
Su mirada se clavó en su padre, como si estuviera culpándolo de la culpabilidad que sentía su madre. Y, a día de hoy, creo que Jorge debe ser estricto muchas veces y tiene poco tacto a la hora de expresarse ante algunas circunstancias.
—Querías pasar la noche en ese sitio tan famoso y ahora no podrás por mí.
Cuando Sonia repitió lo que llevaba diciendo casi una hora, no sabía que Ava diría algo que me haría doblemente feliz de lo que ya me siento junto a ella cada día.
—Eso no es problema, mamá. ¿Verdad? —Me preguntó a mí, que negué con una sonrisa. Entonces agarró mi mano y volvió a mirar a su dolida madre— Son nuestras primeras navidades juntos, pero no las últimas. Y si este año no veo bajar la famosa bola, lo haré el siguiente.
Sonreí ampliamente, henchido de amor y gratitud por la suerte que tuve y tengo al haberla conocido. Igual que me siento en este momento al observarla en la cocina de mi padre preparando la cena junto a Sonia, Amber y los niños.
Lleva un precioso vestido de lentejuelas plateadas que le llega a la mitad de los muslos, enseñando sus preciosas piernas que terminan en unos increíbles tacones negros de terciopelo. Me encanta cuando tiene el pelo suelto, pero el moño que se ha recogido deja a la vista sus bonitos rasgos, maquillados sutilmente, y la hace estar hermosa.
—Se te va a caer la baba.
Aparto lentamente la vista de mi preciosa novia, para centrarme en Malcolm. Al principio pensé que nos causaría problemas, que estaría con mi hermana hasta que se cansara, pero ahora que llevan varios meses saliendo y viendo cómo la apoya en todo y la respeta siempre, he comprobado que es un buen hombre.
Sonrío ante su advertencia, llevándome a los labios el vaso ancho en el que bebo el Bourbon que mi padre ha abierto para la ocasión y que a Ava le ha encantado.
—¿A caso no te pasa a ti con mi hermana? —El líquido frío por el hielo baja por mi garganta, calentándose en el estómago.
—Por supuesto, pero es más divertido verte a ti embobado.
—Mi hijo está enamorado, Malcolm. Después de mucho tiempo, se ha enamorado.
Reímos por la alegría de mi padre, está eufórico de tenernos a todos en su casa, aunque los niños están más nerviosos que nunca y no dejan de arrollarlo todo a su paso. Hace veinte minutos casi tiran el alto árbol que ha colocado en el centro del salón por petición de Ava, que se horrorizó al enterarse que mi padre no decoraba desde hacía años.
Aunque entendió perfectamente que era por la ausencia de mi madre, pues ella en un principio se sentía fatal por celebrar la navidad tras la muerte de su tía, convenció a mi padre cuando ninguno de nosotros habíamos podido hacerlo. Le dio una lección muy valiosa acerca de la ausencia de nuestros seres queridos que abrió los ojos a mi padre.
Ava, a pesar de haber sufrido desde niña una pérdida que siempre echará en falta debido a la incertidumbre de porqué ocurrió, ha sabido ver lo bueno en todo, la parte positiva que muchas personas no logramos captar porque nos vemos más allá del dolor del momento.

Y, como ella dice, aunque sigamos echando de menos a las personas que ya no están, debemos entender que siempre nos acompañarán en el corazón y nuestra alma y, por muy doloroso que pueda resultar, debemos seguir adelante permitiendo que las personas que aún están y nos quieren nos puedan ayudar a afrontar cualquier dolencia.
Y como no podía ser menos, Ava nos ha enseñado a no pensar en mi madre con tristeza, si no a recordarla con amor y felicidad por los recuerdos tan bonitos que hemos compartido juntos, trayendo con ella una luz y armonía que hacía mucha falta en mi familia.
—¿Cómo no me voy a enamorar de Ava? Es la mujer perfecta.
—¿Quién es la mujer perfecta? —Me pregunta cuando está frente a mí, sonriéndome de esa forma suya que tanto me provoca.
—Tú, por supuesto.
Nuestro beso sabe al Eggnog que ha preparado Amber y lo disfruto como si me ayudara a seguir viviendo. Ava vuelve a la cocina cuando mis sobrinos, que han empezado a llamarla tía, la reclaman para terminar unas galletas con forma de bolas de navidad que están preparando. Todos, absolutamente todos, rezamos para que salgan bien porque nuestras mujeres llevan toda la tarde haciéndolas.
—Zeus, ¿Podemos hablar? —Me vuelvo hacia Jorge, que se ha acercado cuando me he quedado solo.
—Por supuesto. ¿Ocurre algo?
Mira unos segundos hacia su hija y después da unos pasos hasta el sofá, separándose de los demás.
—Cuando estuvimos en el hospital te alteraste al ver a mi hija con otra mujer —Mierda, no creía que fuese a preguntar. Me muevo algo inquieto, no quiero que piensen que soy una mala influencia—. ¿Podrías decirme quién es?
Me lo pienso, joder, claro que lo hago. No quiero decirle que es mi ex prometida y que crea que le hace la vida imposible a Ava, que es exactamente lo que está haciendo de forma indirecta a través de William. Pero tengo que darle una respuesta, es su padre y no quiero faltarle el respeto.
—Era mi ex prometida.
—Vaya, ¿Trabajas con ella?
—Más bien ella lo hace para mi hospital, pero sí. Por petición de Ava la dejé en la plantilla.
—¿Cómo es eso posible?
Centro la vista en Ava, que está bailando y cantando al ritmo de Last Christmas, ¡por Wham!, con los demás.
—Porque ella es así, ve lo bueno en personas a las que los demás no les daríamos segundas oportunidades.
Jorge suspira, preocupado por algo que no sabría decir qué es, aunque temo que pueda estar referido a su madre biológica. Sin dejar que diga nada, pues solo pensarlo ya parece que le causa suficiente dolor, le pongo una mano en el hombro y tiro de mi intuición.
—No te preocupes, Jorge. Ella sabe quién merece estar en su vida y quien no. —Por su reacción parece que he dado en el clavo
—Gracias —dice entonces, llamando de nuevo mi atención—. La haces muy feliz y eso me hace feliz a mí.
Sonrío comprendiendo que en este preciso momento comienza una amistad. Y cuando veo que Ava me llama para que me acerque, me disculpo con un asentimiento de cabeza.
—No se merece menos, Jorge.

⚡⚡⚡

En familia, pasamos una cena esplendida riendo y recordando viejos tiempo. Conociendo un poco más la cultura de Ava, la cual estamos a punto de experimentar porque por petición de ella tomaremos doce uvas cuando empiece la cuenta atrás, cómo suelen hacer en España.
—Tu copa. —La cojo y veo que lleva las uvas. Nos acercamos a los demás, que están delante de la televisión viendo el programa de fin de año.
—¿Qué te parece si antes de ir al pub de Peter pasamos por casa? —Parpadea con gracia, insinuándome lo que más me gusta y suelto una carcajada antes de volver a besarla.
—Será todo un placer, honey.
Los niños juegan, nosotros reímos y, tras escuchar la cuenta atrás y comernos las doce uvas, con las que casi se ahoga mi padre, nuestras familias dan por finalizado un año cargado de sorpresas y momentos maravillosos.
Y yo, que soy un tipo con mucha suerte, lo finalizo besando a la mujer de mi vida.

Capítulo 51

Enero

Zeus

¿Sabes quién es Crono? Lo que yo sé sobre él es lo que Ava y Jessica, nuestra amiga y fanática de la mitología griega, se han empeñado que debo saber sobre el dios griego con el que comparto nombre.
El caso es que, según la mitología griega, Crono era el padre de Zeus, un hombre macabro que se comía a sus hijos cuando nacían. Zeus fue la excepción porque su madre lo envió lejos para que este no lo encontrase y cuando se hizo adulto se plantó frente a su padre y lo obligó a vomitar a sus hermanos.
En algunas páginas he leído que Crono lo consiguió porque tomó unas hierbas que lo hizo devolverlos y en otras que fue el propio Zeus quien le rajo la barriga y los extrajo. Me he decantado por la segunda versión, que es la que Jessica defiende, pero aun así no podría decirte que fue lo que pasó con exactitud ya que nos basamos en mitos.
Entonces, entendiendo que uno de los enemigos de Zeus es Crono, mi preciosa y maravillosa novia que tiene una chispa que al parecer desconocía, ha decidido bautizar al Dóberman de un mes que le regalé hace cuatro días (exactamente el día seis porque en España se celebra la llegada de los Reyes Magos y no quiere perder su cultura) con el nombre de Crono.
¿Te estás riendo? Posiblemente, ¿Verdad? Al menos eso hicieron todos nuestros amigos y mi familia. Alabando así la buena idea que Ava había tenido al elegir el nombre.
Le regalé el perro porque le gustan los animales y porque no me gusta que esté sola cuando mis turnos son de noche. Además, si nos mudamos a una casa no viene mal que tengamos un guardián. Crono es un precioso macho de Dóberman, de pelo negro y brillante, elegante y bastante inteligente para su corta edad.
Como sabía que Ava se lo llevaría a todas partes, también le compré dos camas y dos juegos de comedero y bebedero para que en el estudio no le faltase de nada a nuestro nuevo integrante. El cual me quita toda la atención que antes era sola para mí.
—¿Dónde está lo más bonito de la casaaa?
¿Ves? Ahora mi novia, con un pijama celeste, el pelo revuelto y recién levantada, preciosa cómo ella sola, lo primero que hace es gritarle y hacerle carantoñas al pequeño Crono.
—Estoy aquí, preparándote un café. —Le enseño la taza y coge al cachorro para venir hacia mí.
—¿Te pones celoso de nuestro perro?
Sé que le divierte, vamos tampoco es que esté celoso de nuestra mascota.
—De todo aquél que tenga tu atención.
—Vamos, Zeus, Crono es un amor y un bebé. Necesita mucha más atención que tú.
Su risa se debe a que le encanta decir los dos nombres en la misma frase, le parece un tipo de chiste o que se yo que le hace mucha gracia. Le doy un beso de buenos días, otro más bien, el sexo matutino es algo que llevamos por derecho. ¿Qué puedo hacer? Me encanta cuando se mete

bajo las sábanas y hace conmigo lo que se le antoja.
—¿En qué piensas? Estas sonriendo.
Parpadeo varias veces para enfocarla, sentada ahora en un taburete de la cocina con el perro en los brazos. El cachorro se acurruca buscando el calor y gimotea cuando ella se mueve.
—En lo que me has hecho esta mañana.
Suelta una carcajada que hace abrir los ojos al perro, aunque vuelve a cerrarlos enseguida para seguir durmiendo.
—¿Es que quieres repetir? —Me pregunta mimosa, y ya sé qué haremos en unos minutos.
Se levanta y deja al cachorro sobre la cama redonda, de color marrón, coge la taza donde le he echado el café, le da un sorbo y pega su cuerpo contra el mío, rozando su vientre contra mi semi erección.
Doy un empujoncito que la apoya en la encimera y sin esperar un segundo más la beso con posesión. Adoro cuando gime al besarla y deja que mi lengua la inspeccione a nuestro antojo. La cojo de las caderas, levantándole con el movimiento la camiseta del pijama, y la pongo sobre la encimera.
—Mmm, me encanta. —Susurra en mi oído, calentándome la oreja con el aliento cuando me meto sus pezones por turnos en la boca.
—Eres el jodido paraíso, nena.
Le beso el escote, sobre el tatuaje, bajo por su estómago y le doy un último beso encima del dobladillo del pantalón antes de deshacerme de él.
—¡Que frío! —exclama entre risas al volver a sentarse sobre la encimera.
—Entrarás en calor enseguida. —convengo yo, que no dejo de admirarla mientras me desvisto, deseoso de hacerla mía.
Aunque lo que quiero es empezar cuanto antes, pues no quiero preliminares en este momento, me voy agachando poco a poco hasta tener su sexo frente a mí. Ahora adornado por el pequeño tatuaje de su ingle, el cual beso igual que hago con los demás.
Sus labios están cálidos y húmedos cuando los beso y abro con la lengua para lamerla. No puedo aguantar las ganas que siempre tengo de saborearla. Ava apoya los codos en la base de la encimera y abre las piernas al poner los pies en alto. Dejándome también ver su precioso culo.
Hay cosas que aún no hemos hecho, al parecer ella es inexperta en esos temas y me ha pedido esperar. No cree estar preparada y yo la respeto porque tenemos mucho tiempo.
Me centro en su clítoris, ardiente y sabroso. Lo succiono y mordisqueo con la melodía de sus gemidos encima de mí, alterándome las pulsaciones por segundos. Ni siquiera sé que me tiene más caliente, si estar comiéndomela, tenerla tan abierta y expuesta para mí o todo a la vez.
Ava es tan deliciosa, sexy, erótica y sensual que es imposible no estar hambriento cuando está excitada. Se vuelve lasciva, demandante y exigente, agarrándome el pelo para presionarme contra su sexo, moviendo las caderas con ímpetu para que la penetre aún más como si yo no deseara poder fundirnos en uno, o cuando me araña sin pudor.
—Zeus —La beso, abriéndole con mi boca su humedad, empapándose aún más—. Haz…hazlo ya. Oh…Para, por favor.
Con un gruñido por saber que está a punto de correrse, me aparto y la cojo para que se enrede en mi cintura, poniendo el glande en la entrada. Está ardiendo, los dos lo estamos, y el tacto de nuestras pieles es una droga de la que no quiero desintoxicarme jamás.
Mi erección palmita por penetrarla, sintiendo las pulsaciones de mi corazón en cada una de las venas que la recorren y, sin poder aguantar más, apoyo su espalda en el frigorífico y la penetro de un solo empellón.

—Joder, honey, me absorbes.
Me muevo con agresividad, moviéndola hacia arriba cada vez que me introduzco en ella. Escuchar como grita mi nombre me vuelve loco. Me encanta cuando coge mi cara entre sus delicados dedos y me besa con ansias, devorándome y jadeando en mi boca.
—Zeus, oh…sí…mmm, que bien lo haces.
Animado por sus cumplidos en mi oído, la agarro por la cintura y salgo de ella, dejando solo la punta, notando como se remueve ante la anticipación y la vuelvo a penetrar. Aunque nuestro sexo es increíble y excitante, es como si mi cuerpo la necesitara a cada momento, y después de vaciarme en su interior quiero más, como si hiciera meses que no lo hago.
Es lo que Ava provoca en mí, una insaciabilidad descomunal que me hace querer estar dentro de ella todo el maldito día. Y es que me provoca constantemente, no importa qué lleve puesto, si está recién levantada o lleva todo el día trabajando, me apetece a cada instante.
—¿Estas caliente? —Le pregunto al oído, mordiéndole el lóbulo. Asiente, y le paso la lengua por la oreja, ocurriéndoseme una idea— ¿Me dejas hacerte cualquier cosa?
No sé qué he dicho o como, pero la altero y se remueve entre mis brazos, pegándose al electrodoméstico y rozando su clítoris con mi vientre. Me encanta cuando se pone tan excitada.
—¿Qué quieres hacerme?
Sus ojos, grises y dilatados, se quedan fijos en los míos unos instantes. La beso, esta vez con un poco más de delicadeza, y apoyo la frente en la suya notando como me da escalofríos la proximidad del orgasmo.
Sin decir nada más, a punto de correrme, pero haciendo una fuerza descomunal para aguantar un poco más, llevo mi mano derecha a sus nalgas y me introduzco entre ellas.
—Zeus —Me advierte, y para no agobiarla esta vez no la beso, ya me lo cobraré más tarde.
—Shhh, confía en mí, nena. Va a gustarte. No voy a hacerte daño.
—Pero, yo no…
Se niega con palabras, pero su cuerpo no se tensa cuando rozo su apretada entrada con la yema de mi dedo. Hago círculos, tanteando la zona y cerrando los ojos por su estrechez. Tengo que dejar de moverme para no correrme antes de tiempo.
—No voy a hacerte daño —repito, mojando mi dedo para introducir la punta. Ava suspira y me sorprende lo relajada que está, pues mi dedo entra hasta la mitad sin problemas.
—Ah, dios…
—Me cago en la puta, estás riquísima.
Empiezo a moverlo, despacio, sin querer hacerle daño, pero parece que empieza a gustarle y es ella quien se hace con los movimientos. Alucino. Ahora sí que no hay marcha atrás. Sus caderas vuelven a moverse con fuerza, llegando esta vez mi dedo y erección hasta el fondo y tenerla penetrada por ambos lados me hace perder el control.
—Madre mía —Me escucho decir. La agarro por la nuca al besarla—. Te quiero, nena, joder, te quiero muchísimo.
Ava asiente, con la boca abierta y las mejillas rojas, dejando escapar un largo y sexy gemido al llegar al límite. Lo hacemos a la vez, culminando en un increíble orgasmo que me hace temblar hasta las pestañas.
—¿Te ha gustado? —Le pregunto poco después cuando salgo de ella con cuidado y le doy papel para irnos al baño sin manchar nada.
—Creo…creo que demasiado. —¿Es timidez lo que veo en su cara?
—A mí me ha alucinado, honey. Como todo lo que hacemos. Gracias por confiar en mí.
—¿Gracias? Eres tú quien está enseñándome un mundo nuevo lleno de experiencias excitantes y

momentos maravillosos.
Me planto delante de ella, hechizado, y la abrazo con fuerza.
—¿Dónde has estado todo este tiempo? —Ella sonríe y me derrito cuando sus ojillos me miran con amor.
¿Suena cursi? Pues me da igual, es lo que siento. Me derrito, me pongo tonto, me late el corazón y la piel se me eriza como con nadie. Estoy enamorado de ella, es normal sentir estas cosas.

Como habíamos planeado hace unas semanas, nos dirigimos a ver una casa que nos ha encontrado la agencia inmobiliaria. Concretamente en Forest Hills Gardens a cuarenta y cinco minutos de Manhattan. A Ava le encantó la zona entre todas las que le enseñé, que fueron bastantes, y en realidad a mí también, aunque me choca la distancia al trabajo. Pero en el trayecto hasta la casa he pensado en proyectos que tuve alguna vez, años atrás, y que podrían facilitarnos el vivir en esta zona si acabásemos eligiéndola.
Dejo el coche junto a la acera (cada vez me acostumbro más a conducir yo y prescindir de Marc) que está casi vacía debido a que los aparcamientos son únicamente para los residentes. Es una urbanización de cincuenta y siete hectáreas diseñada al estilo inglés.
Ken, el agente inmobiliario, nos espera junto al césped frontal de la casa, trajeado y con una carpeta en la mano.
—Buenas tardes, ¿Qué tal? Soy Ken, hemos hablado por teléfono.
—Encantada de conocerte, soy Ava y este es Zeus.
—¿Estáis preparados para ver vuestra primera casa? —Nosotros asentimos y, con una sonrisa, Ken nos guía hasta la puerta— Como podéis ver tiene un amplio césped frontal, con un camino de piedras, perfecto para leer o que los niños corran y se diviertan.
—Bueno, por ahora solo tenemos un perro. —comenta Ava, inspeccionándolo todo.
—Pues perfecto para el perro, además, ya vendrán los niños, ya. Por lo que os destaco las excelentes escuelas de la comunidad.
—¿No hay un excelente parque para perros? —pregunta entonces con sorna, mirando a Ken de reojo al pasar por su lado.
—No he buscado información sobre ese tema, pero lo haré —Nos quedamos en silencio, uno en el que Ken no sabe dónde mirar hasta que vuelve a mostrar una sonrisa—. Vamos a entrar.
—Vaya… —Silba mi chica, alucinando.
—Una increíble casa renovada de tres plantas, sótano perfectamente acondicionado, jardín trasero, cuatro habitaciones con terraza en la principal, cuatro cuartos de baños, balcón en la tercera planta y entrada de coche.
Ava y yo miramos todas las estancias, a cuál más bonita y hogareña. Las paredes son blancas, al iguales que la cocina, la chimenea, las puertas y las ventanas, y los suelos de madera. El sótano es espectacular, pero ni siquiera podría decir qué es lo que más me gusta de la casa porque todo es increíble. Aunque tengo algo claro: nos veo aquí viviendo.
—¿Qué te parece? —Me acerco a su oído, ahora que Ken nos enseña el jardín y nos habla sobre los senderos.
—Es preciosa, me encanta, estaría mintiendo si dijera lo contrario.
—¿Pero…? —Alzo las cejas al ver su gesto y empiezo a preocuparme.
—Tiene pinta de ser muy cara. —Y lo es, pero eso no voy a decírselo.
—No será un problema para nosotros.

—No lo será para ti, que eres quien tiene dinero. Yo todavía estoy afianzando mi estudio.
—Cariño, lo mío es tuyo. Ahora estás en pleno desarrollo, pero llegarás a la cima, hasta entonces deja que yo me haga cargo de esto.
—No quiero ser una mantenida.
—Ava, por favor —Le susurro, extrañándome cada vez que pronuncio su nombre, para que Ken no nos escuche—, eres la mujer más independiente que conozco, no digas tonterías. Te harás cargo de otros gastos.
—¿De verdad?
—Por supuesto, además, no vamos a comprarla ahora. Podemos ver otras.
—Vale, pero desde ya te digo que esta es mi favorita.
Sonrío y le paso un brazo por los hombros al mismo tiempo que Ken se detiene en el centro del espacioso y verde jardín para mirarnos, contento.
—Y aquí concluye la visita. ¿Qué os ha parecido?
—Es alucinante, jamás había visto una casa igual. Incluso tu piso es un cuchitril al lado de esto.
—Le comenta Ava bastante divertida.
Vaya, eso casi me ofende, pero lleva razón. Cuando me compré el apartamento lo quería pequeño, tanto que no hubiera espacio para nadie más que Cristal y yo. No quería un futuro, ni hijos, ni mascotas, y ahora me encuentro buscando una casa independiente, amplia y perfecta para todo eso.
—Me resulta sorprendente viniendo de Zeus O'Donnell. —El hombre no lo dice a malas, pero a mí me molesta cuando hacen ironías con mi patrimonio porque es algo que me he ganado a pulso.
—Eran otros tiempos. Ahora tengo otros planes.
—¿Esos planes me incluyen a mí?
Ken ha entrado en la casa, dejándonos solos para hablar de lo que acabamos de ver. Hace mucho frío y estamos bastante abrigados, Ava con un abrigo largo y una bufanda enroscada al cuello. Los pájaros pían sobre nuestras cabezas y el cielo está casi despejado, aunque a nuestro alrededor aún hay nieve de la última nevada.
Me acerco y coloco las manos alrededor de su cuello para mirarla a los ojos.
—Te incluye a ti, a Crono y a varias minis tú correteando por aquí.
Ríe entre mis manos, enviándome descargas desde las yemas de los dedos hasta los pies, recorriéndome un calor abrasante por todo el cuerpo. Ava es un soplo de aire fresco que está consiguiendo que vea la vida desde otra perspectiva, una más bonita, confiable y firme en la que jamás creía que podría ver mi futuro.
—¿Quién dice que tendré hijos contigo?
Cabeceo, mordiéndome el labio inferior al reprimir una sonrisa ante el jueguecito de mi chica. Ella me mira con coquetería, calentándome la sangre como no se imagina con ese abatimiento de pestañas.
—Honey, los tendrás conmigo porque no voy a dejarte ir nunca.
—¿Ni aunque quiera irme?
—Ni aun así. Y si llegara ese día, me encargaría de volver a enamorarte como el primer día.
Se da cuenta de que no voy a entrar en su juego, quiere hacerme chinchar porque le gusta que me imponga, y se muerde los carrillos al pensar qué decirme a continuación.
—¿Cómo tienes tan claro que soy la mujer con la que quieres compartir tu vida?
Eso sí que no me lo esperaba. Nunca me lo había planteado, ni parado a pensar en un porqué, simplemente sé que quiero que lo sea. Pero ahora que lo dice, es una buena pregunta. ¿Por qué

estoy tan seguro? Lo estoy porque es la única que me hace sonreír cuando no me apetece, la que ha conseguido que mi hermana vuelva a abrirse a un hombre después de lo que ocurrió, que mi padre decore su casa en navidad después de casi veinte años sin hacerlo, ha logrado que mi hermana vuelva a hacer lo que más le gusta: fotografiar, que Maddie estudie lo que le gusta sin pensar en lo que dirán los demás, ha acogido a Marga como una más de la familia, adora a Crono como si fuera un niño, a mis sobrinos, ellos la adoran. Todo el mundo lo hace.

Ava es una mujer preciosa, con un cuerpo hermoso desde cualquier ángulo, inteligente, graciosa, cariñosa, sexy, divertida…trabajadora y luchadora. Me gusta como arruga la frente al buscar palabras en esas sopas de letras que tanto le gustan, cómo se muerde el labio al llorar cuando recuerda a su tía, como apoya todas las noches la cabeza en mi hombro mientras cojo la foto de mi madre y la beso antes de irme a dormir…

Suspiro con su rostro a unos centímetros más abajo del mío, apreciando sus rasgos.

Hace años, si Cristal me hubiera hecho la misma pregunta no habría sabido responderle. Pero con Ava es totalmente diferente, tanto que a veces me asusta lo rápido que crecen mis sentimientos hacia ella.

Algún día, cuando no estemos en medio de un jardín con un agente inmobiliario esperándonos dentro para que le demos una respuesta, le diré cada una de estas palabras. Ahora, las resumiré de tal forma que sienta cuan enamorado estoy de ella.

—Porque me haces feliz todos los días sin faltar ninguno. Me complementas a la perfección, como si me hubieras faltado toda la vida. Hasta que tú llegaste, nada tenía sentido. Ahora que estas en mi vida, vale la pena cada segundo de ella porque en todos me acompañas.

—Zeus…

Hace un puchero que me obliga a tragar saliva, me he puesto sentimental. Hago presión en su cuello y me acerco a sus labios con tranquilidad, saboreando cada instante con ella. Algo que empezó como un juego para besarla siempre que se me antojase y que ahora se ha convertido en una costumbre.

—Y porque a pesar de todas las adversidades en el camino, sé que siempre serás tú, siempre seremos nosotros.

Capítulo 52

Ava

Nunca, nunca, nunca, digas nunca. Mucho menos estando enfadada, dolida o resentida.
Siempre me lo han dicho en casa, es algo que llevan por bandera y a lo que yo jamás he echado especial cuenta. Pero hoy por hoy, que hace meses que lo dije por última vez y me encuentro a horas de volver donde nunca volvería, doy fe de que nunca se puede decir nunca.
—¿Estás segura? —Me preguntó Zeus por enésima vez con la taza humeando a escasos centímetros de su apetitosa boca.
—Siiií. Confía en mí, me he repuesto, me siento con fuerzas de nuevo, quiero volver.
Yo tenía a Crono en los brazos, repitiéndole a mi chico lo que ya le había dejado caer hace casi veinte días, el pobrecillo dormía, como siempre que está sobre mí, y movía las orejas cada vez que alguno de nosotros tomábamos partida en la conversación. El cachorro me utiliza de cama y a Zeus de juguete, es con el único que juega hasta agotarse. Me da envidia, para que mentirte, me aburre que se pase horas dormido cuando está conmigo.
—Honey, has pasado un calvario, me ha costado horrores que no estuvieras deprimida —Rodeó la encimera y se colocó detrás, besándome el cuello con delicadeza—. No quiero que vuelvas a sufrir.
Sus besos eran delicados, necesarios y cálidos. Comenzó a acariciarme los brazos hacia abajo, llegando a mis muñecas, y volviendo a subir hasta los hombros, masajeándomelos después.
—¿Qué intentas? —Quise saberlo porque ya tenía los ojos cerrados y podía decirle sí a todo lo que me pidiera.
—Hacerle el amor a mi preciosa novia. Pensaba que las caricias y los besos eran toda la explicación que necesitabas.
Me hizo levantarme con cuidado, dejó al pequeño Crono en el sofá, ese sitio al que había jurado que nunca dejaría que subiera, me cogió de la mano y me llevo al dormitorio donde me susurro el amor que me profesa.
—Está bien, iremos. Si te hace feliz, lo haremos.—dijo conmigo sobre su pecho después de una increíble sesión de sexo matutino.
Sonreí y lo miré para besarlo después. Volví a dejar la cabeza sobre sus pectorales, duros y marcados. Cuando la alarma sonó diez minutos después, volvimos a la realidad, en la que él se iba al hospital para su turno y yo venía al estudio, donde ahora le hago fotos a un bebé de once meses a punto de cumplir el año.
Tarta de goma eva, ositos, algodón de colores simulando las nubes del cielo que tiene de fondo, celeste y soleado (goma eva también), caramelos azules, rosas y beige. Música de canta juegos

de fondo, haciéndolo reír cuando escucha su parte favorita, y a Amber haciéndole carantoñas cuando voy a capturarlo.
—Amber, ¿Quieres hacer un par de fotos cuando hayamos terminado?
Ella me mira, como si le hubiera pedido lo más extraño del mundo. Observa unos segundos a la madre, pidiéndole en silencio si no le importaría, al menos eso creo yo, y Lucinda la madre de Macarena, le sonríe y asiente con la cabeza.
—¿Seguro? —Me pregunta mi cuñada.
—Por supuesto, quiero que trabajes conmigo cuando termines, te lo he dicho infinidades de veces. Que mejor que empieces a involucrarte ahora que te queda apenas un mes para terminar.
Ella sonríe y yo continúo el trabajo. Es verdad que quiero que trabaje conmigo, de echo tengo algunos proyectos en mente que me gustaría llevar a cabo cuanto antes. Hace meses que mis redes sociales empezaron a sumar grandes cantidades de seguidores, en Instagram ya tengo más de cincuenta mil seguidores, nada mal en comparación a los apenas ciento cincuenta que tenía hace menos de dos meses.
La página web llamada, Fotografía tu felicidad con Enfocando(te), no deja de sumar seguidores, buenas críticas y comentarios de aliento. Hace un mes recibía tantas peticiones de citas por mensajes que tuve que hacerme con una sección para que los clientes concertaran sus citas por nuestra página.
En resumidas, estoy llegando lejos y cada día tengo más trabajo, por lo que la ayuda de Amber me vendría de fábula. Incluso podríamos ser socias, pero es algo que tengo que decirle cuando esté sentada y no haya nadie delante porque es capaz de desmayarse.
—Vamos Amber, tu turno. —La aviso cuando saco la última foto.
Empieza a retocar el decorado, cambiando los adornos de sitio, situando a Macarena sobre algodón y haciéndole una captura desde la derecha, hacia donde la niña clava sus precioso ojos chocolate, y desde atrás, haciéndola mover la cabeza y abrir los brazos para coger el objetivo.
Cuando termina, las paso al ordenador, le enseño a Lucinda el trabajo y, como esperaba, elige las dos de Amber para el álbum. Lo dejamos planteado y le doy cita para la siguiente semana.
—Hasta luego, preciosa. —Macarena mueve las manitas y se lleva una piruleta verde de regalo.
—¿Ha elegido mis fotos para el álbum?
—Por supuesto, de hecho, sabía que lo haría.
—¿Cómo estás siempre tan segura?
Sonrío al recordar las palabras de mi padre cuando Jess y yo estábamos en el aeropuerto, despidiéndonos de nuestra familia y ciudad para viajar a un nuevo hogar.
—Solo me dejo llevar por mi intuición.
Miramos a la puerta cuando Marga entra con una bandejita con magdalenas.
—Aquí tenéis mis niñas.
—Marga, ¿Intentas engordarnos para comernos después?
La mujer ríe a mandíbula suelta con lo que le dice Amber, resbalándosele las gafas por la nariz.
Entra en la cocina con una cajita blanca y sé que son unas magdalenas para Zeus, siempre me guarda algunas para él. Aunque ahora también les da a Peter y Malcolm, al que ya conoce y pellizca las mejillas cada vez que lo ve al igual que a todos.
—Estáis muy delgadas, tenéis que comer y alimentarios.
—¿A base de magdalenas? Eso se va todo a las caderas.
—Amber, querida, deja de quejarte y pruébalas. Están rellenas de crema de limón.
Mi cuñada, una flipada de los dulces, el chocolate y las cremas de todos los sabores, palmea las manos y coge una de la bandeja. La muerde cerrando los ojos y moviendo la boca de un lado a

otro, degustándola.
—Ava —La miro con una de las cámaras en la mano—, creo que declino tu oferta de trabajo y voy a montar una pastelería con Marga. Ella hará los dulces y yo seré quién los pruebe antes de sacarlos a la venta.
Ahora reímos las tres, mientras comemos los dulces caseros con los que nuestra encantadora amiga y abuela adoptiva nos ceba siempre que está con nosotros.

Sobre las dos, ya hemos hecho dos reportajes más, por los cuales intento remunerar a Amber, pero ella se niega porque es terca como su hermano. Así que, aprovechando que James se quedará con los niños hoy, se me ocurre algo mejor.
—¿Pedimos comida y vamos al local de Jess? Me dijo que hoy trabajaba hasta las dos porque tenía que ir a la obra.
—¡Claro! ¿Pizza?
—¿Con piña? —Arrugo la nariz al coger el bolso y cerrando la puerta con llave.
—Nooooo —exclama ella, conocedora de lo poquísimo que me gusta ese ingrediente—. Pero que conste, que la próxima vez tiene que llevar.
Ah, claro, se me olvidaba que a ella le encanta.
Al salir del callejón, le pido a Marc irse al hospital.
—Ava, sabes que no le gusta. —Mira de reojo a Madison, que está especialmente guapa con una cola alta.
—Lo llamaré y se lo explicaré, vamos las tres, daremos un paseo y almorzaremos con Jess.
—Pero tengo órdenes de llevarte y recogerte.
—Marc —Cambio el peso al otro pie, molestándome por su terquedad, y pone los brazos en jarra, arrancándole un suspiro aburrido a Madison, que comienza a andar sola.
—¿Dónde vas? —grita al verla y me percato de la fuerza de voluntad que está teniendo por no salir detrás.
—¡A adelantar lo que haremos cuando te largues y nos dejes en paz!
Aprieta la mandíbula en su dirección, también atisbo que intenta no reírse y se concentra en mí de nuevo para reprimirse.
—Eso es lo que pasa cuando colmas la paciencia de una mujer. Ahora ve al hospital por favor, que yo me encargo de llamar a Zeus.
Nada convencido, me lo deja claro al maldecir y respirar hondo, sube al coche y baja la ventanilla para hablar antes de perderse en el tráfico.
—Voy a perder el pellejo.
De camino al futuro restaurante de nuestra amiga, reviso las cámaras que hemos puesto en el apartamento y el balcón donde dejamos a Crono cuando no estamos. No pasa frío, pues está cerrado por una cristalera, ni hambre, ni sed. Es el que mejor vive. Y como siempre, está tirado en la cama.
Ahora que tengo el móvil en la mano, decido llamar a Zeus antes de que se me olvide y crea que me ha pasado algo.
Me coge la llamada al segundo toque.
—Hola, honey, ¿Qué tal? —Unas maripositas revolotean en mi estómago como siempre que escucho su voz.
—Hola, cariño. Vamos a comer con Jessica y, como voy con tu hermana y Maddie, le he pedido

a Marc que regrese al hospital.
—¿Por qué? Solo te pido dejar que te acerque a donde tú quieras, ¿Tan difícil es?
Miro a las chicas que van varios pasos por delante de mí y agarro el teléfono con fuerza.
—Claro que lo es, quiero ir andando con mis amigas. ¿Por qué no lo entiendes? —Lo escucho resoplar y me lo imagino en su silla, molesto.
—Solo quiero protegerte.
—Y te lo agradezco, pero…
—No tienes que agradecerme nada —Me interrumpe—. Te lo he dicho mil veces.
—…Pero, hace meses desde que me encontré con Ana. Estoy segura de que no volverá a pasar.
—¿Te has olvidado de lo que pasó con Máximo? No es solo tu madre quien me preocupa.
Claro que no lo he olvidado y de verdad que entiendo que quiera cuidar de mí, pero no puede hacerlo toda la vida. No quiero estar en una burbuja, yo no soy ese tipo de persona, y no pienso serlo por salir con él. Cansada de siempre el mismo tema, pego la boca al altavoz con la intención de terminar por hoy con esta absurda conversación que no hace más que enfrentarnos.
—Cariño, entiéndeme. No voy sola, te llamaría si pasara algo, deja de preocuparte.
Se hace un silencio en la línea, escucho su respiración, de vez en cuando alterada, y cómo se levanta para ir a no sé dónde. Luego vuelvo a escuchar la silla e intuyo que se sienta de nuevo.
—Está bien, pero ten el teléfono operativo, por favor.
—Siiií. Lo llevaré en el bolsillo del abrigo así lo tengo más a mano, papaíto.
Lo escucho reír.
—Eres imposible. Pásalo bien honey, nos vemos esta tarde. Te quiero.
—Yo más.

⚡⚡⚡

Llegar a la pizzería que hay cerca del restaurante nos toma veinte minutos y cundo lo hacemos pedimos tres pizzas, una con anchoas y verduras, otra, para sorpresa de Amber, con piña y otra de pepperoni. Con una caja cada una, seguimos paseando varios metros hasta la puerta del local. Hay vallas y una lona negra, obreros descansando y Jess al fondo con ropa de deporte y el pelo recogido en un desarreglado moño.
—Menos mal que llegáis, le habéis salvado la vida a Peter.
Nosotras miramos al susodicho, que está apoyado en lo que empieza a tener forma de barra y la mira cansado. Me acerco a él y le doy un beso en la mejilla antes de abrirle la caja de la pizza.
—Te vendrá bien.
Curvado los labios y haciéndole una mueca graciosa a Jess, coge un trozo y lo muerde. Nosotras nos unimos al almuerzo apoyándonos en la misma barra donde está Peter.
—¿Dónde se supone que nos estamos apoyando? —indaga Maddie, mirando a su alrededor.
—Es un medio muro que separará la cocina.
—¿Estamos en la cocina? —interviene Amber con la boca casi llena.
—Si, ¿No os habéis dado cuenta de lo lejos que estáis de la entrada?
Miramos hacia atrás con la advertencia de Jessica y, al menos yo, alucino. Hay tantas cosas por el suelo y en cada rincón que he tenido que sortear para no caerme y partirme la crisma, que ni si quiera me había fijado.
—Lo siento, chicos —Doy un mordisco a mi porción de pizza—, pero sigo sin ver un restaurante aquí —Jessica resopla (seguramente porque se me dio bien entender las obras de mi estudio) y hace un gesto de impaciencia con la mano— ¿Qué? Se me da muy mal.
—Es normal, todavía está en bruto y, si no estás aquí todos los días con los planos en la mano y

revisando el progreso, es complicado.
—Peter —Lo llama Jess, con otra porción en la mano—, a Ava, por mucho tiempo que pasara aquí, no hay quien le meta la idea en la cabeza. No tiene la imaginación desarrollada.
—¡Oye! Que creo unos escenarios preciosos para mis fotos.
Le tiro una servilleta echa una bola que le da en un ojo. Tras refregárselo, coge otra y hace lo mismo, creando una guerra con bolas de servilletas que nos hace reír lo que dura el almuerzo.
Peter ha salido a por unos cafés, ha cogido la costumbre de Jessica de tomar una taza después del almuerzo. Cuando entra, casi se parte la cabeza con unas vigas que hay cruzando el suelo y los cafés se han salvado por los pelos.
—Casi se me sale el corazón, ¡Ya te veía con los dientes en el suelo! —exclama Jessica y se lleva una mano al pecho.
Suelto una carcajada, ver a Peter con toda su largura y peso en el suelo tendría que ser muy gracioso. Por suerte, está sano y salvo.

⚡⚡⚡

—¿Estas nerviosa? —Me pregunta Jess, ahora que nos hemos quedado solo las chicas.
Le doy un sorbo a mi café pensando en cómo me sentiría si la puerta no se abriera esta vez, pensando en cómo le afectaría a Zeus. Quizá esté asustada, pero nerviosa no.
—No, la verdad es que estoy casi tranquila. Aunque debo reconocer que si un poco asustada.
—¿Asustada? —La que habla es Maddie, sentada sobre un bidón azul que ha encontrado por ahí.
—Después de todas las veces que he encontrado cerrada esa maldita puerta, sigo dándome contra el muro que tengo delante. Tengo miedo de darme cuenta de que mi familia materna no me quiere.
Vaya, es mucho más doloroso dicho en voz alta. Las chicas no tardan ni dos segundos en estar abrazándome, consiguiendo que algunas lagrimillas se me escapen. Al separarnos, Jessica se me queda mirando muy seria.
—Voy a decir algo que estoy segura nadie te ha dicho.
Cuadro la espalda, convencida de que sus ocurrencias no las tiene nadie más. Pero entonces me sorprende con lo que le ronda por la cabeza, dejando muy claro porqué es mi mejor amiga desde que somos unas crías.
—¿Qué harás si esta vez la puerta se abre?

Capítulo 53

Ava

No he dejado de darle vueltas a su pregunta en todo el camino, ni siquiera la operación de urgencias que ha tenido Zeus o lo que Marc nos cuenta sobre dejar el empleo de chófer, en un futuro no muy lejano, ha conseguido apartarla de mi mente.
Nunca me había parado a pensar en esa posibilidad, ni la primera vez que vine. Ahora no dejo de buscar qué decir o cómo actuar si William aparece tras esa madera vieja que oculta la casa en la que lleva viviendo toda la vida.
—¿Estás lista? —Clavo los ojos en Zeus, que está tan angustiado por el qué pasará que hasta su cicatriz parece aterradora.
—Creo que sí. —Entrelazamos nuestros dedos y me aprieta la mano levemente.
—Todo irá bien.
Con esas últimas palabras nos acercamos a la puerta, que tiene encima una chapa oxidada, la cual imagino algún día marcó un número. Abro y cierro la mano derecha, preparándome para llamar ya que prescinde de timbre.
¿Y si se abre? ¿Y si aparece William? ¿Y si no quiere saber nada de mí? ¿Y si resulta que está en unas pésimas condiciones y no quiere siquiera que lo ayude? O muchísimo, muchísimo peor, ¿Y si Ana está dentro?
El corazón me bombea con brutalidad y reculo varios pasos, a lo que Zeus me mira con la frente arrugada.
—No creo que pueda.
—¿Cómo que no crees que puedas? ¿Por qué?
Miro a mi alrededor, asustada de repente por si Ana apareciera y al mismo tiempo por si no lo hace nadie. Por miedo a volver a ser rechazada, avergonzada por haber arrastrado a Zeus conmigo, por buscar respuestas en una familia que nunca me ha buscado cuando tengo en Madrid a la que ha estado siempre conmigo…en mi pecho ya no cabe más decepciones.
—Mi amor, puedes. Has podido todas estas veces, podrás esta también. Además, estoy a tu lado, no tienes que temerle a nada.
Intento tranquilizarme, con sus dedos haciéndome masaje en las manos y sus ojos en los míos, transmitiéndome así su seguridad una vez más. Cuando siento que el corazón ha dejado de latirme desbocado, asiento, ya bien para hacerle saber que estoy lista o para hacérmelo saber a mí misma. El caso es que volvemos a estar a un paso de la puerta, que he dado varios toques en ella y que se ha abierto poco después.
Espera… ¿Se ha abierto? ¿¡Queeeeé!? ¿¡Se ha abierto!? ¿La pu-er-ta es-tá a-bi-er-ta? Joder, joder, joder.
—Hola, señor Graham, nos gustaría hablar con usted.

—No necesito nada y no tengo dinero, ¡Dejadme en paz de una maldita vez!
Es entonces cuando consigo reaccionar, cuando veo que va a cerrarnos la puerta en nuestras narices y para evitarlo meto el pie y lo impido. Me escanea con unos ojos marrones muy amenazantes, el pelo corto (casi calvo) y una barba blanca muy descuidada. De la ropa mejor no hablo.
—No queremos venderte nada, solo hablar. —Me escucho decir y estoy tan sorprendida como Zeus.
—Dos personas tan bien vestidas como vosotras solo queréis hacer el mal. No quiero vuestro dinero.
Hace presión con la puerta en mi pie, seguramente importándole una mierda si me lo parte, hasta que Zeus la golpea con la palma de la mano y la abre casi del todo. Lo miro asustada y luego a William, que se ha tambaleado.
—¡Le está haciendo daño! —brama fuera de sí, incomodando a William, y no puedo evitar sentir que su acusación no solo se refiere a mi pie.
Me aferro al agarre de su mano en la mía para volver a tomar cartas en el asunto, dando un corto paso hasta el que se supone que es mi abuelo y dulcificando la voz al hablar.
—William Graham, usted estuvo casado y tuvo dos hijas, Ana y Sandra.
—Eso es mentira, yo no tengo familia.
Eso me duele en el alma, ha entrado de lleno en el centro de mi corazón y se extiende por todo mi pecho. Pero aun así aguanto el dolor y cojo aire antes de continuar.
—La tiene y usted y yo sabemos que es verdad. Incluso me atrevo a decir que aun ve a Ana.
—¡Si no se van de mi puerta llamaré a la policía!
William no deja de gritar y eso conlleva a que varias personas miren hacia nosotros, Marc baje del coche, y se acerque un poco, y a que Zeus apriete la mandíbula para no soltarle cualquier burrada. Lo conveniente en estos momentos es conformarme con haberlo visto en persona e irme antes de formar un espectáculo, pero no puedo, ahora que lo tengo delante no pienso irme.
—William, escúcheme. No hace falta discutir, solo quiero hablar con usted. Escuche lo que tengo que decirle. Si usted quiere, no estará solo.
Parece que doy en el clavo, porque sus manos dejan de agarran agresivamente el borde de la puerta y esta vez nos mira de verdad. Sus facciones se relajan, ya no parece alterado y abre la puerta de par en par, fijando de nuevo sus ojos en mí.
—Pasa —Me invita, pero me detiene cuando vamos a hacerlo—. Solo tú.
Zeus me agarra con fuerza y tira de mí, colocándose delante.
—O vamos los dos o ninguno.
—Zeus.
—Lo siento, honey, pero no pienso discutirlo. O vamos los dos o ninguno.
Odio cuando se pone frío como el hielo. Pero en el fondo sé que está actuando igual que lo haría yo.
—Está bien —William lo señala con un dedo—, pero no me gustas un pelo.
—Ya somos dos. —Aunque lo susurra, le doy un codazo para que se comporte.
Con los nervios a flor de piel, entro en lo que se supone es una casa, pero que más bien es un espacio casi inhabitable. El techo está agrietado, las pareces tienen humedades y huele a animal muerto. La casa se compone de una sola sala con cocina, baño y un sofá que usará de cama. No puedo evitar sentir un pellizco en la boca del estómago al ver las condiciones en las que vive.
—¿Queréis sentaros? ¿Tomar algo?
Voy a responder educadamente, pues no quiero asustarlo, pero de eso ya se encarga Zeus.

—No, no estaremos mucho tiempo.
—El que sea necesario —Lo miro primero y luego me dirijo a William—. Perdónalo, es muy protector.
William lo escanea otra vez, buscando algo que no sé muy bien que puede ser. Cuando se cansa, se sienta en el mugriento sofá y cruza los brazos por encima de la barriga, medio tapada por un fino jersey. ¿Estará enfermo? No lo parece desde luego, pero me aterra que pueda estarlo.
—¿De qué quieres hablar? —inquiere, algo maleducado.
—Oye, el tonito. Sea educado como lo está siendo ella con usted. —Le sisea Zeus, nada contento.
Que difícil va a ser. Suspiro, últimamente lo hago mucho, y busco las palabras perfectas con la que decirle quien soy y a qué he venido. Deséame suerte, la necesito.
—Bueno…eh…quería hablar de tu hija Ana.
—¿Te debe dinero? Esa mujer siempre igual, es una drogadicta enferma que solo trae problemas. Algún día le darán su mere…
—¡No, no, no! —Mi voz es un quejido lastimero y Zeus me pasa un brazo por los hombros para protegerme de lo que estaba a punto de decir— No es eso. No nos debe nada.
—Entonces, ¿Qué demonios pueden querer dos personas tan bien vestidas y con perfume de mí?
—Amigo, tranquilícese… —El tono de Zeus es cada vez menos amigable y está cada vez más tenso.
William se levanta enfadado de un salto y se encara con Zeus, que le saca dos cabezas. Me mira con un odio atroz que me consume por segundos. Está a punto de venir hacia mí, pero Zeus le echa mano al cuello de su jersey.
—No se acerques a ella a menos que te lo pida, ¿De acuerdo? Siéntese de una puta vez y escuche lo que tiene que decirle.
Tiemblo como lo hace Crono cuando tiene frío, como un fino papel con una fuerte ráfaga de viento chocando con él. Me tiembla todo el cuerpo y estoy muy asustada, pero no quiero irme y dejarlo así porque estoy convencida de que William solo necesita el amor que ni su mujer, ni sus hijas han querido darle. Por eso no puedo alargarlo más, así que lo digo como me sale.
—Soy tu nieta.
Un silencio sepulcral arropa la pequeñísima estancia, sin una foto, sin un adorno de más, ni una manta o mesa para comer. Esperaba una risa loca por parte del padre de Ana, pero ni eso se ha molestado en expresar. Llega un momento en el que me siento incluso incómoda, pero entonces decide hablar.
—No te creo. Iros de aquí.
—¿Qué? —Cuando veo que vuelve a levantarse con intenciones de echarnos, me vuelvo histérica y lo detengo dando un paso al frente— Es verdad, soy hija de Ana. Tu hija nos abandonó a mi padre y a mí cuando yo apenas tenía cuatro años. Igual que hizo su madre contigo cuando tus hijas nacieron. Sé que eráis muy amigos de Marga y su marido.
—No, no. Yo no sé nada de una nieta.
Un peso que me perseguía estos últimos meses abandona mi cuerpo, llevándome al límite y haciendo que unas lágrimas broten de mis ojos.
—¿Por qué llora? —Esta vez se dirige a Zeus, que me limpia las lágrimas.
—Lleva meses buscándole.
Ahora solo se escucha como absorbo mi moqueo, porque qué llorera más tonta en un momento.
William se levanta y camina despacio hacia mí, observándome de arriba abajo y llevando una mano a las puntas de mi pelo suelto. Zeus va a intervenir, pero se lo impido. Si William necesita

tocar mi pelo o mirarme de cerca, puede hacerlo.
Aprovecho su silencio para seguir explicándome.
—Yo tampoco sabía nada de ti, incluso mi apellido es Novoa porque Ana se lo cambió al mudarse a España. Allí se casó con mi padre y me tuvo a mí. Supe que estabas vivo y donde vivías por Marga, la amiga de mi tía María. Es la dueña de un…
—Edificio en Time Square. ¿Siguen vivas?
—Solo Marga, la tía murió el año pasado.
Mis palabras me asombran, hacía meses que no hablaba de ella y afirmar que hace tanto que murió me duele muchísimo. Las cosas serían más fáciles si siguiera viva.
—Es una lástima, María era una mujer maravillosa —Toma asiento, con una sonrisa en los labios—. Era simpática, hermosa y divertida. Teodoro tuvo mucha suerte al quedarse con ella de las dos hermanas. Se notaba lo enamorados que estaban y fue desolador presenciar el desgarre en María cuando lo mataron.
Mi corazón va a mil por horas cuando escucho que dice lo mismo que Marga me contó cuando le hablé de mi familia. Dejándome llevar, me pongo de cuclillas frente a él, obviando que Zeus no se me despega ni un segundo.
—Eso me lo contó Marga. También que mi abuela te dejó cuando Ana y su hermana eran pequeñas.
—Jamás volví a ver a la pequeña Sandra —Su lamento es acuchillante, pero la mirada le cambia a una de rabia al referirse a su otra hija—. En cambio, desearía no volver a ver a Ana. Solo me ha traído problemas y deudas. ¡Mirad donde vivo! He perdido mi casa en el centro por su culpa.
—Yo puedo ayudarte.
—¡Ava!
Miro a Zeus, que está tan sorprendido como yo por lo que he dicho. Me agarra de una muñeca y me saca a la calle, encajando la puerta al salir.
—¿Te has vuelto loca?
—No, solo quiero ayudarlo.
—No lo conoces de nada, hasta hace seis meses no sabías que existía. ¿Cómo pretendes ayudarlo?
—Tenía un proyecto en mente que quería hablar contigo.
Zeus maldice y se pasa las manos por la cara.
—¿Y hasta ahora no has encontrado el momento de contármelo?
—No era algo que quería hacer tan pronto, pero sabiendo que Ana le ha arruinado la vida a otra persona quiero ayudarlo.
Los ojos de Zeus me escudriñan sin pena alguna hacia mí, acusatorios y enfadados.
—¿De qué proyecto hablas?
—Verás…
—Ava, dilo de una vez.
—No puedo si me llamas por mi nombre.
Estoy nerviosa y eso lo pone nerviosos a él. Abre los ojos y luego pestañea un par de veces sin quitarme ojo.
—¿Qué problema hay con que te llame por tu nombre? —Suelta una risa irónica y se da la vuelta unos segundos— Esto es una locura.
—Pareces enfadado cuando me llamas por mi nombre y no quiero que estés enfadado.
—No lo estoy —Intenta sonreír, parecer tranquilo, pero a mí no me engaña. Segundos después, respira hondo—. Háblame de ese proyecto, honey.

—Quería quedarme con el edificio de Marga y hacer otro estudio ahí, donde trabajaría tu hermana. El mío se me queda pequeño.
—Eso es mucho dinero. —No se lo cree, alucina.
—Lo sé, por eso no he hablado de ello aun, solo era algo que tengo en mente. Pero si empiezo ya puedo dejar que viva en uno de los apartamentos de abajo. Dejaría la primera planta como viviendas para alquilarlas.
Se pellizca el puente de la nariz, se echa el pelo hacia atrás y maldice mil veces por lo bajo. Yo miro de reojo a la puerta, donde veo que William que nos observa. En cuanto hacemos contacto visual, vuelve dentro. Las vueltas le han venido bien a Zeus, porque se acerca a mí y pega su frente en la mía en un arrebato de pasión.
—¿Podemos estudiarlo? También está la casa…
—La tendremos, a mí me está yendo muy bien el trabajo, creo que en unos meses todo nos irá genial. No estoy diciendo que vayamos a empezar mañana.
—Joder, honey, eres demasiado buena. Es imposible no enamorarme de ti —Me besa con delicadeza, acariciándome el pelo y vuelve a dejar su frente en la mía—. Conócelo mejor y hablamos del edificio. ¿Qué te parece?
—Perfecto.
Pasamos la tarde conociendo a William, que nos ha contado que Ana se metió en movidas de juego, además de las drogas, y le dejo una deuda de muchos millones. Intentó saldarlas, pero su trabajo en una zapatería no cubría todos los gastos y terminó en la calle. Ana no tiene remedio, ha venido al mundo para hacer daño y arruinarle la vida a los demás junto a la suya.
Cuando el sol ha caído y la casa se vuelve oscura, alumbrada por unas velas, la pena se instala en mí una vez más. Más cuando Zeus y yo nos dirigimos a la puerta para despedirnos.
—William, estoy muy contenta de poder haber compartido contigo una charla tan significativa. Tiene mi número en ese papel, no lo pierda y póngase en contacto conmigo siempre que lo necesite.
—Por supuesto hija mía, deja que procese toda esta información. Te llamaré en cuanto me reponga —Se fija a mi derecha y sonríe amablemente—. Creo que me he hecho una imagen de ti que nada tiene que ver con tu persona. Me alegro de conoceros.
Nos dirigimos al coche, cuando el ruido de la puerta abrirse llama nuestra atención y nos volvemos al oír como William llama a Zeus.
—Quiero hablar contigo a solas. ¿Es posible?
Asiento y, viendo como entra en la casa, lo espero en la acera. ¿De qué tendrá que hablar con él? Miro el cielo oscuro y estrellado, solitario a mi parecer, pero tranquilizador. Estoy contenta, feliz y emocionada de que todo haya salido bien. He conocido al único pariente que parece merecer la pena en la familia de mi madre y eso me va a hacer feliz el resto de mi vida.
Unos minutos después, Zeus sale de la casa y me despido con un gesto de mano del padre de Ana. No sé si algún día llegaré a llamarlo abuelo. Cuando subimos al coche, me dejo caer en el hombro del hombre que me hace sentir única en el planeta.
—¿Qué quería?
—Nada importante, se ha vuelto a disculpar y se ha puesto en modo abuelo, ¿Te lo puedes creer?
—Qué raro. —Sí que lo es, podría haberle dicho eso mismo conmigo delante. Pero bueno, serán cosas de abuelos.
—No le des muchas vueltas, cierra los ojos un rato hasta que lleguemos a casa. Lo necesitas.
Hago lo que me pide, cierro los ojos, aspiro su olor y me dejo llevar hasta mi hogar. Ese que, poco a poco, Zeus, Crono y yo estamos formando.

Capítulo 54

Febrero

Zeus

Modo abuelo protector, mis cojones.
Lo que William me soltó en su casa no era nada referente a que debía ser un buen novio para su nueva nieta, ni muchísimo menos. ¿Sabes qué fue lo que me dijo? ¿Te haces una idea de qué pudo ser? ¿De la gravedad de su petición? ¿Puedes acaso imaginar qué fue para que esté de un humor de mil demonios desde hace exactamente un mes? Sí, un mes, porque estamos ya a veinte de febrero y no he sido capaz de abordar el tema en estos días.
Pero las cosas van a cambiar, como que me llamo Zeus O'Donnell Sinclair que van a cambiar.
—¡Crono! —¿Dónde está? — ¡Crono!
Lo busco en el sofá, ese mismo que he tenido que mandar a arreglar cuando se comió las patas de maderas y arañó el cojín, pero no está. Ni en la cocina, ni en el patio, ni en el despacho…
¿Dónde está?
—Crono, vamos. ¡Toma!
Lo empiezo a escuchar gimotear y sigo el leve sonido hasta que me lo encuentro en la cama, con la cabeza sacada por la parte de los pies. Ava ni siquiera lo escucha llorar, está encogida en un lateral tapada hasta las orejas. Lo cojo en brazo, porque le da miedo bajar, y lo pongo en el suelo. No soy partidario de que se meta en nuestra cama, pero como todavía no sale a la calle y está limpio, permito que Ava lo suba y hago como que no me doy cuenta. Lo guio a su comedero, donde le hecho un poco de pienso, y espero a que comience a comer.
Vuelvo al dormitorio, cojo una chaqueta y me acerco a Ava. Le acaricio la cara, cálida por las sábanas y la colcha, con las mejillas sonrosadas y los labios entreabiertos. Sin poder evitarlo, como si de respirar se tratase, me acerco a ellos y los beso delicadamente para despedirme e irme a trabajar. Ni se inmuta, esta mujer a veces es una marmota.
Cojo el maletín con la intención de salir, pero Crono vuelve del balcón y veo que corre al dormitorio y, como sé qué pasará, voy traes él y lo subo en la cama. Rápidamente se acerca a Ava y se acurruca junto a ella. Lo envidio, ojalá pudiera no ir a trabajar y quedarme con ella en la cama, acurrucados y besándola sin parar.
Le doy un último beso y salgo del apartamento, del ascensor y del edificio.
—Buenos días, ¿Qué tal? —Marc me espera junto al coche, como cada día.
—Buenos días. Podría estar mejor, créeme.
Me subo al coche y dejo que mi amigo me lleve al trabajo. Ese mismo amigo que hace un mes me dijo que quería dejar el suyo para dedicarse a otra cosa. No he vuelto a sacarle el tema, estoy muy liado con William, el restaurante, Ava, que ha empezado a aparecer en revistas de moda por algunos trabajos en tiendas de ropa con las que ha trabajado, el edificio de Marga, la casa… joder, ¿Estaré tranquilo algún día?
El teléfono empieza a sonar cuando apenas llevamos diez minutos de viaje y no me sorprendo al

ver el nombre de Peter en la pantalla.
—¿Qué pasa? —Observo como Marc adelanta y se detiene poco después en un semáforo.
—Buenos días, colega. ¿Cómo estás?
Parece que a todo el mundo le interesa como me siento hoy. Ni que supieran que el día va a acabar mal y quieren cerciorarse de que mi humor podrá con el duro golpe.
—He dejado a mi novia sola en la cama, ¿Cómo debo estar?
Lo escucho reír con una carcajada que se me contagia en modo de sonrisa. De fondo, empiezan a sonar taladros y otros instrumentos de obra y, por mucho que me grita, no puedo escuchar lo que me dice.
—¡Espera! —Unos segundos después, el sonido cambia al típico de ciudad, por lo que intuyo que está en la calle— Te decía que nos queda muy poco para terminar, quiero preparar una cena íntima antes de la apertura.
Es verdad, me olvidaba de eso. En un mes Peter se ha encargado de que los obreros terminasen las obras y empezaran a alicatar, pintar y ultimar. A Jessica se le ha metido en las narices abrir en marzo y están haciendo todo lo posible para que así sea.
—Perfecto, te ayudaré en lo que necesites.
—Gracias, colega, necesito refuerzos. Mi gatita está de un humor inaguantable.
Miro mi reflejo en la ventana ahumada de la parte trasera, empatizando con Jessica. Parece que hoy no tenemos un buen día, será que no ha amanecido soleado y nos ha transmitido la soledad del cielo. Estoy seguro de que antes de que llegue la noche lloverá con fuerza.
—Es normal, tiene mucho encima, el trabajo, las navidades sin sus padres, el restaurante… ¿Qué más quieres?
—Lo sé, lo sé. Pero una cosa no quita a la otra y está insoportable.
—Vamos, Peter… —El coche se detiene frente a la entrada del hospital—. Oye, hablamos luego, tengo que entrar a trabajar.
—Claro tío.
Como cada día, saludo a la recepcionista, hoy es Rachel, dejo las cosas en mi taquilla y voy a la sala de descanso. No sé por qué, pero me da la sensación de que el hospital está más en silencio que nunca… ¿Será el tiempo?
—Buenos días. —Arizona se vuelve con la caja de leche en la mano.
—Buenos días, Zeus. ¿Tienes ganas de trabajar hoy?
—Supongo que la respuesta correcta es decir que sí —Meto una cápsula en la cafetera y coloco mi taza debajo—, pero hoy no tengo muchas ganas de estar aquí.
—¿Zeus sin ganas de trabajar?
La cafetera pita, cojo la taza y le doy un sorbo. Me siento en una de las sillas blancas y dejo el café sobre la mesa.
—No es eso, ganas de trabajar si tengo, me gusta mi trabajo, pero no me apetece estar aquí. Tengo la sensación de que no va a ser un buen día.
Arizona se sienta a mi lado y nos quedamos en silencio. Me tomo el café pensando en lo que le diré a Cristal sobre William cuando la vea, después de conocer lo que ese hombre me enseñó necesito que lo deje tranquilo.
—Yo me voy ya, tengo una operación —Mi compañera se levanta y deja la taza en su sitio después de lavarla—. Nos vemos luego.
—Claro.
Mis consultas no empiezan hasta dentro de media hora, por lo que friego la taza con tranquilidad y la guardo en su sitio, la zona más alta del armario. Cojo el teléfono y respondo al mansaje de

buenos días que Ava me envió hace unos minutos, con un selfie en la cama junto a Crono. Es increíble lo rápido que estamos creciendo y sonrío, joder, lo hago como si fuera un quinceañero. Subo a mi consulta y ya hay una señora sentada en la sala de espera, faltan diez minutos para la primera cita, pero la hago pasar.
—Buenos días, doctor O'Donnell. Soy Shanna Flower.
—Buenos días, señorita Flower —Me coloco mi bata, me siento y enciendo el ordenador. Luego cojo un informe que saco antes de irme a casa con las citas de cada día—. Voy a explicarle cómo procederemos para su operación.
En realidad, es muy sencilla, rápida y no debe haber complejidades. Y por eso mismo la cita no dura más de veinte minutos. Pero que una sea rápida no significa que las demás vayan a serlo, por lo que las siguientes ocho se me hacen eternas.
Nunca me ha pasado, disfruto en mi trabajo, conociendo pacientes y hablando de las operaciones. Es algo que elegí hace años, sería de locos que no me llenase mi trabajo, pero hoy no sé qué me pasa, me siento muy raro.

A eso de las nueve, después de un lento día de trabajo, en el que he descansado para el almuerzo, un café y hablar con Ava, recojo mis cosas y apago el ordenador. Necesito hablar con Cristal antes de irme y sé que ella tiene turno de noche por lo que, si no ha llegado ya, no debe tardar.
Para hacer tiempo voy a la taquilla cojo mis cosas y paso por la sala de descanso, pero no hay nadie. Diez minutos después, en la entrada, me acerco al mostrador y le pido a Eddie, el recepcionista de esta noche, que mande a Cristal a la sala de reuniones.
—Claro, Zeus.
Enciendo las luces de la sala, huele a papelería; folios, lápices, carpetas…una de las pantallas para las teleconferencias está en un lado de la habitación, tenemos una sobre un soporte con ruedas para poder transportarla y otra en la pared, que es la que más usamos.
Habrán pasado unos veinte minutos desde que entré y me senté a la mesa cuando veo a Cristal cerrar la puerta, ya con la bata puesta y el pelo recogido en una cola baja.
—¿Qué quieres? —Aunque su pregunta es fría, no percibo en ella la ira habitual.
—Necesito hablar contigo de William —La observo sentarse frente a mí, separados por la mesa de cristal, y decido continuar ante su silencio—. Se que has hecho que se largara todo este tiempo, aún no sé exactamente a donde y no creo que quiera saberlo, pero tienes que dejarlo en paz y no pasarle más dinero.
William me contó que solo había visto una vez a Cristal, no sabía su nombre, pero por su descripción sabía que se refería a ella. Me pidió ayuda, quería tener una relación estrecha con su nieta, pero le tenía tanto miedo a Cristal por sus amenazas que por eso le pidió a Ava tiempo para pensar, después del día que nos conocimos.
El hombre no fue de mi agrado al principio, pero cuando me contó lo que ocurría sabía que él no tenía culpa de nada. Había aceptado el dinero por miedo a que le hicieran algo si lo rechazaba, pero no ha tocado ni un centavo, de hecho, para que lo creyera, me dio sus datos del banco y me permitió llamar e informarme.
Y efectivamente, no se había sacado dinero de su cuenta desde un mes antes del primer ingreso. William solo estaba asustado, quería deshacerse de ese dinero y conocer a Ava, y yo estoy dispuesto a hacerlo posible porque su sinceridad ha significado mucho para mí.
Cristal no dice nada, solo me mira y luego a sus manos, pero no habla. La dejo unos segundos,

por si está buscando las palabras correctas, pero al pasar unos minutos y no intervenir, decido hacerlo yo.
—Cristal, nuestra relación no ha sido fácil, ambos sabemos que se jodió hace años —Ahora sí que me presta atención, incluso intenta defenderse, pero no se lo permito—. No quiero echarte nada en cara, quizá hace unos meses sí lo hubiera hecho, pero ahora no merece la pena.
—Claro, estás enamorado. —No me pasa desapercibido su tono, pero no me importa, nada que tenga que ver con nuestro pasado me importa.
—Exacto, al igual que lo estarás tú cuando dejes de hacer lo que te pide tu padre. Has sido una mujer maravillosa y sé, al igual que Ava, que aún lo eres si de verdad quieres. Pero tienes que dejar de hacerle daño, se ha intentado disculpar y no se lo has permitido.
—Sí, sí que lo hice.
¿Qué? Eso no lo sabía. Apoyo los codos en la mesa y me inclino hacia ella, a la espera de que me lo explique con todos los detalles. Cristal me mira a los ojos unos segundos y luego fija la mirada detrás de mí, donde el ventanal muestra unas espectaculares vistas de una Manhattan que empieza a mojarse con la lluvia.
—Cuando su madre se rompió el tobillo se detuvo a hablar conmigo, entonces volvió a disculparse y me dijo que creía que era una buena persona, y que en el fondo sabía que si apostaba que lo era acabaría ganado.
Me río, lo hago porque Ava, cuando cree que sabe algo con seguridad, siempre dice eso de «Si apuesto y gano» por lo que sé que Cristal no está mintiendo. Se levanta de la silla y camina hacia el ventanal.
—Hacía mucho que nadie estaba tan seguro de mí, ni siquiera yo ¿Sabes? Ni mi padre, que últimamente solo quiere que me centre en hacerte la vida imposible, más que en mi propia carrera —Se vuelve hacia mí, con los ojos llenos de lágrimas. Algo impactante, porque hacía tiempo que no la veía llorar—. Sé que sigo aquí porque ella te lo pidió, incluso antes de que me llamaras y me lo dijeras lo sabía. Ava me había dicho que haría lo que fuera para que siguiera en la plantilla.
Intento no sonreír al pensar en el buen corazón de mi chica, porque sé que este momento es duro y embarazoso para Cristal. No es una mujer que cuente sus problemas, pida ayuda o llore con nadie, y que lo esté haciendo ahora me demuestra que está cambiando.
Coge aire y al expulsarlo empaña la ventana, que debe estar helada por las bajas temperaturas.
—Lo siento, Zeus. Siento todo el daño que te hice con Peter y el que te he hecho con Ava. Siento el daño que le he causado y todo lo que he hecho para que no conociera a su abuelo. Dejaré de ingresarle el dinero, os dejaré ser felices porque yo también quiero serlo.
Rompe a llorar e intento acercarme para abrazarla, pero levanta una mano para que no lo haga. Lo respeto, pero me quedo cerca. No quiero hacerla sufrir, estoy cansado de este juego del perro y el gato. Así que me apoyo en la mesa, sentándome en el borde y sin dejar de mirarla, sorprendido por su repentina y llorosa disculpa.
—Mi padre es un cabronazo que solo quiere arrastrarme a su desgracia —Guau, parece que está abriendo los ojos. Se acerca a mí, casi a un palmo de distancia y, sin dejar de llorar, tartamudea como asustada—, quiere haceros daño y no va a parar hasta conseguirlo. Al principio quise formar parte de ello, pero ahora no. Cuando Ava habló conmigo me di cuenta de muchas cosas y…
La puerta se abre y da un golpe sordo en la cristalería, haciendo que me levante de un salto. Ante mí aparece Máximo, con unos papeles en la mano y cubierto por un abrigo burdeos. Se nos queda mirando unos segundos de muy mala gana, escaneando de arriba abajo a su hija, como si

hubiera escuchado lo que estaba contándome.
Aunque intento evitarlo, no puedo controlar el desboque de mi corazón, ya por la confesión de Cristal y por el semblante de Máximo que me confirma sin palabras que trae algo entre manos. Con tranquilidad, cierra la puerta y se sienta, abriendo los folios sobre la mesa. Los mueve hacia mí, de la misma forma que hice con el contrato en el pub de Peter.
Estoy acojonado, sí, porque todo lo que se enfoque en hacer daño a Ava me asusta. Soy un tipo seguro, que sabe lo poderoso que es, el respeto que me tienen dentro y fuera de este hospital y que no se amedranta ante nadie, pero desde que conozco a Ava todo me aterra.
Aun así, no voy a darle el lujo de creer que le temo a él, porque no es verdad, temo lo que pueda hacer para alejarla de mí.
—¿Qué haces en mi hospital? —Su gesto se endurece, jodido ante mi directa pregunta— Creo haber dejado claro que no pintas nada aquí.
Su carcajada, sonora y fría, me hace fruncir el ceño y acercarme a la mesa. Cuando estoy a punto de coger los papeles, me los quita de delante.
—Mejor te lo explicaré antes —Respiro pesadamente, temiendo que haya decidido hacer público el secreto familiar de Ava—. Siéntate primero.
No voy a hacerlo, no quiero recibir órdenes de él, pero viendo que hasta que no lo haga no hablará, hago lo que me pide. Impaciente y tamborileando el reposabrazos de la silla.
—Como sé que eres un magnífico médico y te debes a este hospital en cuerpo y alma, me he tomé unas libertades hace un tiempo.
—Papá, por favor... —Miro a Cristal, pero ella no se atreve a mirarme y eso me pone más nervioso aún.
—¿De qué coño hablas? —Aprieto la mandíbula sintiendo las ganas de arrancarle la cabeza.
—Hablo de un programa que salió en octubre sobre médicos sin fronteras para atender a personas con necesidades en África Oriental. Sin presármelo os apunte a mi hija y a ti —Un pitido se hace con mi audición y dejo de enfocar porque la confusión y la ira se mezclan en mi mente—. De ante mano te digo que no puedes rechazarlo, no vendría bien para la reputación del hospital que el mejor cirujano de la ciudad se niegue y, además, está programado para un año.
—¡Papá! Te dije que no lo hicieras. Que ya no quería formar parte de esto.
Vuelvo a mirar a la mujer a la que empezaba a creer, esa a la que pensaba darle un voto de confianza, pero que es igual que su maldito padre. Ni siquiera estoy pensando bien las cosas, sigo sentado en la silla, con los ojos claros de Máximo sobre mí a la espera de una reacción. No me atrevo a moverme, en mi mente se repiten sus palabras una y otra vez.
—¿No tienes nada que objetar? Pensaba que sería más divertido, te has vuelto una nenaza.
Ahora sí que me levanto y cuando quiero darme cuenta, tengo su cuello entre mis manos. Cristal grita, pero no me importa.
—¿Quieres una demanda por agresión? —Su voz cada vez es más costosa de entender, casi no puede respirar, pero no lo suelto— ¿Qué forma es esta de perderlo todo en la vida?
Su color cambia a uno más oscuro, no quiero detenerme, pero lo hago. Tose con dificultad y empuja a su hija cuando va a socorrerlo. Veo algunos compañeros en la puerta y les grito que se larguen.
—¿Qué has hecho hijo de puta? ¡No voy a ir! ¡No puedes obligarme a hacerlo!
En realidad, no tengo muy claro que no pueda, cuando era copropietario se encargaba de buscarnos este tipo de cosas para impulsarnos a Cristal y a mí, tanto profesionalmente como ante la prensa. Nos daba fama, dinero y reconocimiento, ganábamos en todos los aspectos y parecía una buena opción para darle prestigio al hospital. Pero ya no es nadie aquí, por lo que es

imposible que…. Espera, ¿Cómo he estado tan ciego?
—¿Desde cuándo lo estáis planeando? —Intento alejarme, porque entonces iré a la cárcel por asesinato.
—Desde que nos juraste hacer cualquier cosa por mantener a salvo a Ava.
Cierro los ojos, abatido y hundido como jamás he estado. Me cuesta respirar, siento que lo he perdido todo. Miro a Cristal, consumido por la ira y el odio que no creo que pueda dejar de tenerle nunca.
—Sois escorias, no sois felices y no queréis que nadie lo sea. Os haré la vida imposible y me encargaré de no ir a ese viaje.
Estoy a punto de salir por la puerta, deseando salir del hospital y estar con Ava, asegurarme de que nadie nos alejará, pero la voz de Máximo me detiene.
—¿Estás seguro? Voy a darte dos opciones: Puedes marcharte ahora mismo y no ir a África, pero en cuanto salgas por la puerta mi chófer hará que Ana llegue a tu apartamento, donde sé que está Ava con vuestro perrito de los cojones. O te quedas, aceptas vuestro final y Ava podrá llevar una vida tranquila. ¿Qué me dices? Te alejas de ella y la dejas ser feliz o te quedas y hago que su vida sea un infierno. ¿Qué decides?
Lo voy a matar, voy a matarlo con mis propias manos. Me quedo clavado en el suelo, pensando en cómo podremos ser felices si nos separamos. En cómo podré sobrevivir si la abandono y no vuelvo a verla en un año. Ni siquiera cabe la posibilidad de que pueda hacerlo, no puedo dejarla, es la mujer de la que estoy enamorado.
Entonces abro los ojos, sin un ápice de vergüenza ante lo que voy a decir porque soy consciente que no va a aceptar dinero.
—Máximo, deja todo esto. Haré lo que quieras, pero no me pidas que me vayas.
—Zeus, Zeus, Zeus… —Se levanta de la silla, con el folleto que no me ha dejado leer—. Eso mismo dijiste antes de hacerme firmar el contrato que me ha quitado lo único valioso que he tenido jamás —Eso me duele, porque sé que le está doliendo a su propia hija—. Y he buscado qué harás para que la deje en paz.
¿Suena surrealista? Si ¿Descabellado? También ¿Parece muy fácil la opción de negarme? Por supuesto ¿Puedo? Definitivamente no. Primero, porque el contrato para asistir a la iniciativa de médicos sin fronteras fue firmado mucho antes de que Máximo firmase el mío y segundo, porque si así Ava está fuera de su punto de mira, no me queda otra que irme.
Máximo ya ha salido de la sala, Cristal ha intentado explicarme algo que no he estado dispuesto a escuchar y me he quedado a solas un par de minutos, pero en cuanto la habitación ha empezado a encogerse y mi respiración a acelerarse he salido del hospital a toda prisa.
Me cuesta respirar, quiero llorar, joder, estoy manteniéndome firme por no hacerlo frente a Marc que me ha recogido del pub de Peter donde me he bebido casi una botella de Brandy. Me duele la cabeza, los ojos, el corazón y el alma. ¿Qué voy a hacer sin Ava? ¿Podremos superar esto? Un año joder… ¿Cómo va a perdonar que la abandone cuando ni yo mismo podré hacerlo?
Ya frente al edificio en el que vivimos, barajo la posibilidad de entrar o dormir en la calle, ahora mismo no creo que merezca otra cosa que eso último. Ella es tan comprensiva, amable y buena… a pesar de estar todo el día sin vernos, no ha puesto objeciones cuando le he dicho que necesitaba hablar con Peter, solo me ha pedido tener cuidado y me ha prometido intentar estar despierta para cuando llegase. Ahora solo rezo para que esté dormida.
Subo en silencio y entro de igual manera en el apartamento, silencioso, oscuro. Crono no está en su cama y sé que está con ella, como lo hará todo este tiempo que yo no estaré. Se me parte el corazón no sé manejar esta angustia.

Me encierro en el despacho y me dejo caer en el sillón para llorar en soledad. Tengo que buscar la forma de explicárselo de la mejor manera, no puedo contarle por qué me voy, sé que nunca descansaría hasta hacer justicia y no quiero que luche sola una batalla que viene desde mucho antes, no quiero hacerla sufrir, pero…
¿Cómo le explico a la mujer de mi vida, sin hacerle daño, que tengo que marcharme?

Capítulo 55

Marzo

Ava

Hoy no estoy de ánimos.
Ni porque los días de marzo sean más soleados, aparecen las ganas de comerme el mundo que siempre suelo tener.
¿Sabes de esa sensación en la que un mal presentimiento te persigue día a día, pero nunca pasa nada y tú esperas que ocurra porque sabes que en algún momento lo hará?
Llevo desde hace casi quince días teniendo una mala sensación que me descompone el cuerpo, a veces me eriza la piel, me da escalofrío, dolor de estómago, náuseas…y no, no estoy embarazada, no vamos a tener un churumbel como lo llama Lucas, me he hecho dos pruebas de embarazo y no es eso. Es un mal presentimiento con todas sus letras.
Y todo empezó una noche que Zeus me comentó que se quedaría en el pub de Peter después del trabajo. No le puse objeciones, no soy su dueña para hacerlo, además, pocas veces sale sin mí y sé que si lo hizo fue porque lo necesitaba. Dormí toda la noche con Crono, por lo que no me di cuenta de que no estaba en la cama hasta que desperté, lo busqué por el apartamento y lo encontré dormido sobre el escritorio.
Me pareció muy extraño, estaba borracho y desaliñado, incluso me dio la sensación de que había estado llorando en algún momento, pero descarté la idea enseguida porque en casi un año nunca lo he visto hacerlo. ¿Qué podría pasar para que llorase entonces?
—Honey, voy a salir antes, quiero llegar con tiempo al trabajo.
Miro a la puerta del pasillo, donde está apoyado en el marco de la puerta. Hoy va vestido con unos pantalones oscuros, polo gris y una chaqueta oscura también. Hace días que lleva el pelo desordenado dentro del orden que puede dar a sus ondulaciones, intenta llevar a raya su barba y sus ojos están últimamente más tristes que nunca.
No puedo evitarlo, necesito tenerlo cerca, su apariencia me da una sensación horrible, como si lo estuviera perdiendo y no sé por qué. Por lo que me acerco y lo abrazo. No tarda en devolverme el abrazo, envolviéndome y estrechándome contra su pecho. Lo echo de menos, a pesar de tenerlo delante, lo echo de menos.
Le rodeo los hombros y me agarro a él, acercando mi boca a la suya y besándolo con cariño. Abre los labios y su lengua acaricia la mía paseando sobre la línea de mis dientes y succionando después mi labio inferior. No quiero que se vaya a ninguna parte.
Respira con fuera cuando pego mi pelvis a la suya, notando ya la erección que empieza a crecerle.
—Hazme el amor. —Le pido entre besos y, como es el hombre perfecto, me coge en brazos y me lleva a la cama.
Sus manos vuelan por mi cuerpo, pero lo noto lento, triste, no tiene su habitual salvajismo. ¿Habré dejado de gustarle? ¿Quizá se arrepiente y no quiere una relación? ¿Está a punto de

dejarme? Sus dedos en el dobladillo de mi tanga me devuelven a la realidad, una en la que está frente a mí, desnudo de cintura para arriba y deleitándose conmigo.
—Te adoro, honey. —Me besa la comisura de los labios, la mandíbula, el cuello y la oreja. Lamiendo después el borde y provocándome escalofríos.
Podrá decirme mil barbaridades cuando tenemos sexo, mil obscenidades, pero ninguna me provoca tanto como cuando me susurra al oído cuanto me desea o cuánto me quiere. Lo ayudo a terminar de desnudarnos, quitándome el sujetador y permitiéndole morderme los pezones. En un momento dado me coge de los tobillos para tumbarme, pero tengo otros planes.
Me coloco de rodillas y me dedico a acariciarlo. Paseo las yemas de mis dedos por su cincelado pecho, separado en una línea firme entre sus pectorales. Reparo en sus abdominales y oblicuos, terminando por rodear su erección con mis dedos. Suspira de placer y eso me hace sonreír. Con delicadeza lo masajeo, desde la base hasta la punta y viceversa.
Cuando empieza a mojar mis dedos y no puedo aguantar las palpitaciones en mi clítoris, incitado e hinchado por Zeus, vuelvo a colocar mis manos en su pecho y lo miro a los ojos cuando empiezo a empujarlo hacia atrás, haciendo que baje de la cama y pegue las piernas al colchón.
—Nena… —Tiembla cuando me agacho hacia él y el glande me da en los labios—. Uff, mi amor, no sabes cuanto me gusta que… —Se calla cuando lo succiono y le doy con la lengua por toda la parte de abajo.
Continuo con su miembro en mi boca todo el tiempo que deseo, porque si a Zeus le gusta que lo haga, más me gusta a mí. Cuando mis lamidas son más seguidas y la mandíbula no me da más de sí, comienza a mover las caderas, penetrándome la boca a su antojo.
Sus dedos juegan con la saliva que se escapa de entre mis labios y me cae por la barbilla, aprovechándola y llevándola a mi botón hinchado. Lo masajea y lo aprieta, tirando de él y pellizcándolo.
Gruñe cada vez que un gemido intenta salir de mi boca llena.
Nuestra habitación se ahoga con nuestros suspiros, gemidos y promesas. Las cachetadas en mis nalgas, su mano enrollada en mi pelo para tirar de él, sus dedos estirando la piel de mis pezones y mis piernas abiertas para que sus dedos se cuelen por allá donde deseen hacerlo. Su erección llega hasta el final de mi boca, golpeando la pared del fondo y saltándome algunas lágrimas de puro placer que me produce.
Entonces sus caderas disminuyen y me agarra la cara con las manos para salir de mi boca, pero me aferro a sus nalgas y lo empujo hacia dentro, arrancándole una malvada sonrisa que va a juego con la oscuridad de la habitación y su cicatriz.
—¿Quieres que lo haga en tu boca? —Asiento efusivamente, pero sé qué le gusta (a mí también) y él niega despacio sin salirse— Dilo.
Subo los ojos hasta los suyos, sintiendo la conexión que nos une desde aquel día en el aeropuerto. Sintiendo su fuerza entrar en mí, su amor, su seguridad…y mi corazón bombea con furia cuando doy una atragantada por la brutalidad de su repentina penetración.
—Ssss-sí. —Consigo decir, con la boca llena por su miembro y la saliva acumulada.
—Joder, nena. Podría llevarme toda la vida follándote esa preciosa boca que tienes —Como ambos sabemos que está a punto de llegar, da un empuje severo, bosándome—. Vamos, mi amor, entera —Otro, otro y otro—. Ah, mierda, joder, sí —Más, más y más. Su culminación llega cuando empiezo a masturbarme ante él—. Prepárate, cariño.
El orgasmo explota en mi clítoris, que está ardiendo y empapado, cuando siento verterse en mi garganta, bajando de una vez por mí esófago. Me lo trago de una sola vez, abriendo la boca todo lo que puedo para que termine de vaciarse, mientras que con una mano libre introduce sus dedos

en mi vagina arrastrando con ellos toda mi esencia.
—Ahora —Comienzo diciendo, sin dejar de mirarlo, dándome la vuelta, y colocándome sobre las rodillas e inclinándome hacia adelante, abriendo muy bien las piernas y apoyando la cara en la almohada para poder mirarlo—¿Qué te parece si me das mi merecido?
Sus ojos devorando mi zona más caliente me ponen a mil, pero cuando abre el cajón de la mesilla y saca el lubricante, tiemblo ante la anticipación de qué va a pasar. De una caja plateada, saca un consolador transparente, con relieve en el diseño. Me renuevo en mi sitio cuando empieza a bañarlo en lubricante y se acerca a mí.
—Tranquila, ya sé cuánto te gusta, pero tienes que mantenerte quieta.
—Lo sé. —Pero no puedo, saber que me va a penetrar por ambos lados me hace perder toda la razón.
Estos meses hemos practicado muchas cosas que al parecer él conocía muy bien, pero que yo jamás había hecho. Mi sexo con Marco era muy convencional y solo había un poco de meter y sacar, aunque debo reconocer que para mí en aquel momento era suficiente. Ahora, jamás podré conformarme con algo tan simple.
Aunque me costó, me acostumbré y empecé a disfrutar sin medidas cada vez que Zeus jugaba con mi parte trasera, yo no entendía como podía ansiar tanto hacerse con ella, ahora puedo entenderlo perfectamente. Es un placer diferente, para mí, momentáneo, pero increíble que me encanta experimentar cuando estamos muy excitados.
La punta del juguete, fría por el líquido, da entre mis nalgas y me envía un calor por toda la columna. Cuando Zeus empieza a penetrarme, el cúmulo de placer me pasa factura y tiene que agarrarme para que no caiga contra el colchón. El juguete entra poco a poco, llenándome y presionándome la vagina cuando su miembro hace lo mismo.
—¿Crees que es fácil soportar ver está jodida escena? —De un certero movimiento, pero delicado, me llena las paredes vaginales, y de dos movimientos más delicados aún termina por hacerse con todo mi cuerpo— Joder….
—Zeus…Ah, si…
Empieza a moverse haciendo que el juguete sexual me penetre a su vez y me aferro a la almohada, sintiendo como su mano me agarra por la nuca para ponerme de rodillas sobre el colchón.
—¿Esto es lo que te gusta verdad?
—Sí, todo lo que me haces.
—Ya —Dice entre dientes, llevando los dedos a mi clítoris, como si no tuviera suficiente placer ya—, pero lo que verdaderamente te gusta es que te folle al completo. Solo hay que ver cómo te pones cuando lo hago.
—Sí, me encanta. Zeus —Chupo el dedo que me mete en la boca y lo muerdo, cerrando los ojos al sentir el calambre en mi sexo—. Sigue, por favor.
Me estira la piel que nunca había sido tan frecuentada, pero se mezcla el dolor con el placer en una sensación que me inunda. Siento que mis mejillas arden, deben estar rojas. Su boca moja mi oreja al hablar y consigue producirme una sensación de frescura espectacular.
—No sabes cómo me pone hacer que te corras gimiendo mi nombre.
—Hazlo tú, hazlo dentro de mí.
Me echo hacia adelante cuando noto que el orgasmo empieza a hacerse con mi cuerpo, relajando mis entradas y permitiendo que me haga suya de todas las formas posible. La presión en ambos lados, como casi se tocasen…Sus manos, su boca, sus dedos. Zeus provoca en mí una explosión de sensaciones y sentimientos que me empujan a un orgasmo desolador, empezando por mi

espalda y terminando en el fondo de mis paredes internas.
Culmina dentro de mí con un mordisco en el cuello que me hace jadear.
Lo primero que hace cuando terminamos es sacar el juguete y quedarse sobre mi espalda un rato más, regalándome besos por los hombros, hasta que llega el momento de salir para ir al baño.
—Honey, eres espectacular —Me besa en los labios cuando salimos de la ducha—. Te quiero.
—Yo más, mi amor.
Media hora después, con la toalla enrollada en mi cuerpo, observo como vuelve a vestirse y, desafortunadamente, la tristeza vuelve a su rostro. Cuando se pone los zapatos, se gira hacia mí percatándose de mi mirada preocupada y cambiando el gesto serio por una forzada sonrisa que me provoca un pellizco en el pecho. Viene hacia mí y me mira de arriba abajo con picardía.
—Tendré esta imagen en mi mente todo el día —Vuelve a besarme y se agacha cuando Crono llama su atención—. Recuerda que esta noche es la cena pre-inauguración en el restaurante de Jessica.
¡La cena! Jessica y Peter han terminado las obras y el FireFood está listo para abrirse, pero antes quieren hacer una cena íntima con los amigos. La nueva apertura ha salido en todos los medios de comunicación y ahora todo el mundo la espera con ganas. Tuve el placer de hacerle las fotos publicitarias, del diseño se encargó una empresa dedicada a eso, y me ha ayudado mucho en mi carrera.
—Sí, iré a por el vestido que encargué hace unos días y recogeré tu camisa.
—Perfecto, honey. Casi como tú —Acaricia la cabeza a nuestro perro y sale de la habitación con él detrás—. Cuida de ella, chico —Lo escucho decir a lo lejos.
Me visto a toda prisa al recordar que había quedado con William para tomar un café y así pasamos tiempo juntos. Todavía me pongo recelosa cuando estoy con él en la calle, a veces tengo la sensación de que su hija nos merodea y temo encontrármela. Intentando despejarme la mente, cojo un pantalón vaquero, un jersey fino, una chaqueta y salgo de casa tras coger el bolso.
Una vez más, Marc está esperándome.
—Buenos días, Marc.
—Buenos días, Ava. El verde te queda muy bien.
—¡Gracias!
Pasamos por Brooklyn a recoger a William, que ha ido cambiando su apariencia con nuestra ayuda. Zeus no se fía mucho de él, pero si es verdad que la relación entre ellos ha mejorado notoriamente y eso ha llevado al cambio radical en la casa de William. Le ofrecí otra, pero se negó y no insistí porque tengo pensamiento de ofrecerle un apartamento en el edificio de Marga. El cual quiero quedarme más pronto que tarde, reformarlo y utilizarlo para el trabajo y alquiler de viviendas. Pero hasta entonces, solo podemos proporcionarle agua caliente, comida y ropa.
—Buenas tardes.
—Buenas tardes, señor Graham. —A pesar de ser su trabajo, me resulta extraño que Marc hable de usted dentro de nuestro coche.
—Llámame William, por favor. Solo soy un hombre común.
El coche se pone en marcha y Marc lo observa desde el retrovisor, después de mirarme a mi primero.
—¿Y no merece el mismo respeto que otro?
Mi sonrisa se amplía enormemente por la educación y el buen corazón de Marc. Me cuesta creer que se haya comportado como un cenutrio con Maddie. William suelta una carcajada que me parece sincera y se acaricia su barba.
—Gracias por todo, joven.

Eso es otra, no deja de agradecernos todo lo que hacemos por y con él. Cuando lo llamé para que me acompañase hoy, me lo agradeció al menos tres veces antes de colgar.
En el centro, tomamos café y unos dulces. Invito a Marc, pero solo accede a un café en el coche. William me habla de cómo conoció a la madre de Ana, Sabina, una mujer rubia de ojos oscuros que conoció una noche cuando ella salía con mi tía María. Sin sorprenderme por nada, porque ya sabía que era una mujer increíble, he llorado como una magdalena cuando me ha hablado de mi tía.
También hemos hablado de Ana, era algo que sabía que ocurriría, es su hija y está muy dolido con ella. Por no hablar de Sandra, la que nunca ha venido y a la que no ve desde hace décadas. Si mi vida y relación familiar hubiesen sido otras, haría lo que fuera necesario para que se reencontrara con Sandra, pero no me hablo con ella y ni siquiera sé dónde está, y solo imaginarme tenerla delante me hace enfadar, por lo que la posibilidad queda descartada.
—Hija, esta tienda tiene pinta de ser cara.
Abro la puerta para que pase, sin poder evitar sonreír. Eso mismo pensaba yo al entrar en cualquier establecimiento cuando llegué a la ciudad, ahora, que mi trabajo va bien y puedo permitirme algunos caprichos, no me sorprende tanto.
—No pienses que derrocho el dinero, es solo que esta noche lo merece. Jess, mi mejor amiga, a la que conocerás algún día, va a abrir su propio restaurante.
—Eso es maravilloso, Ava.
Lo dejo pasar delante de mí, vestido con unos vaqueros claros y una camisa acompañada de un chalequillo sin mangas. Nada que ver con el hombre que conocí hace semanas.
—Y tanto, después de años de carrera y estudios independientes, por fin puede ser lo que siempre ha deseado.
Me acerco al mostrador y entrego mis datos. Una chica, morena y muy simpática, me pide esperar unos minutos hasta que le traigan la bolsa con el vestido. Lo vi por la página web de la tienda y me enamoré, me encantó el color y el estilo: un vestido verde botella fruncido, de cuello notch y mangas farol.
—Aquí tienes.
Cojo la bolsa y la meto en el maletero antes de subir y esperar a que Marc se detenga en la próxima tienda, donde recojo la camisa celeste de Zeus. Cuando lo tengo todo y hemos pasado una tarde maravillosa conociéndonos y de compras, Marc deja a William en su casa y me lleva a Midtown.
—Gracias por todo Marc. Ten cuidado con la carretera.
—Un placer, gracias.
El coche se marcha en dirección al hospital y cuando no puedo verlo decido entrar. Saludo al recepcionista, que desde hace unas semanas me responde de mejor humor. Al entrar en casa, Crono viene a saludarme y lo cojo en brazos para achucharlo, es un bebé y hay que mimarlo. Dejo la ropa sobre la cama, cojo mi ropa interior y me meto en la ducha. Me lavo el pelo y el cuerpo con un champú y gel de frutas que probé en una promoción estas navidades y que ahora siempre compro. Al terminar, me enrollo una toalla en el pelo y me seco para vestirme, me cepillo el pelo, lo alboroto para que no se me apelmace y dejo que se seque al natural.
—¡Honey!
—Estoy aquí.
Zeus entra en el dormitorio con una sonrisa que me como a besos en cuanto veo. Me abraza y me mira sin ningún pudor.
—¿No me has esperado? —Se quita la chaqueta y la camisa al mismo tiempo que los zapatos,

ayudándose por la punta del pie contrario.
—Ya sabemos qué ocurre cuando estamos juntos en la ducha.
Se deshace del cinturón de cuero y me da con él en el culo de forma juguetón. Se quita los pantalones y se queda con unos bóxer negros.
—¿Y qué tiene de malo?
Observo su culito prieto moverse hasta el cuarto de baño, recorriendo con la mirada su espalda y anchos hombros. Se me antoja entrar con él y mandarlo todo a la mierda, pero esta noche es la de nuestros amigos y tenemos que ser puntuales.

A las ocho, arreglados y perfumados, Zeus deja el coche aparcado y bajamos de él. La camisa celeste con el pantalón oscuro le queda de infarto, esta noche está muy guapo. Me engancho a su brazo y entramos en el restaurante, alumbrado por unas lámparas impresionantes que caen del techo majestuosamente, en la entrada hay dos enormes macetas de hojas verdes y al lado la zona para el maître.
El salón es amplio y precioso, con suelo de mármol en tonos marrones, mesas redondas por todas partes, una barra al fondo izquierdo y una pared a hondas que separa el restaurante de los baños y la cocina. Hay mesas en los laterales y al final del salón, una tarima en el centro en la que Jess quiere poner orquestas. La escalera que lleva a la zona de los reservados es ancha con detalles dorados a juego con las paredes blancas.
—Esto es increíble. —exclamo acercándome a Jessica, que va especialmente guapa con una falda dorada y una camisa blanca.
—Gracias. Aunque solo somos nosotros, estoy muy nerviosa. Quiero que todo salga genial.
—Va a ser una noche increíble.
En menos de treinta minutos ya han llegado los demás, una pena que falten nuestros amigos de Madrid, pero sé que desde allí se alegran por nuestra querida Jess. Aquí ninguno se ha quedado en casa, estamos Maddie; Amber; Malcolm; Marc; Jayden; Marga; James y los padres de Peter, Georgina y Victoriano, que son un encanto.
—Estamos muy orgullosos de vosotros, me habéis demostrado que podéis con todo y que estáis hechos el uno para el otro. —Jessica lloriquea con las palabras de Victoriano, un hombre alto y fuerte como lo es su hijo, pero con una sensiblería que deja con la boca abierta a cualquiera.
En la noche hacemos varios brindis, el primero por nuestros amigos. El segundo porque Amber ha terminado los estudios y definitivamente ha aceptado unirse a mí. Y el tercero por Maddie, que ha encontrado trabajo en una empresa de decorados florales que se ajusta a su horario de estudio como ella deseaba. Al principio le apenó tener que dejar a un lado la otra oferta que recibió hace unos meses, pero saber que dará las prácticas con ellos la tiene muy contenta.
Aunque nos lo pasamos genial y nos divertimos mucho, no he estado del todo distraída y me he dado cuenta de todo lo que ha pasado a mi alrededor. Desde las miraditas que Marc no ha podido evitar darle a Maddie hasta cuando Zeus ha salido a la calle con Jayden. Verlo me ha puesto de los nervios, porque no es que sean los mejores amigos, pero verlos entrar diez minutos más tardes sin un rasguño me ha tranquilizado.
—Antes de que finalice la noche y bebamos de más, quiero decir algo para todo —Peter agarra a Jessica de la cintura y la atrae hacia él, igual que Zeus ha hecho un instante antes conmigo—. Quiero agradeceros todo el apoyo y cariño que estáis dispuestos a regalarnos siempre. Sin vuestra ayuda jamás hubiéramos llegado a donde estamos hoy. Zeus, has sido mi mejor amigo

desde los quince años y quiero que sepas que jamás podrás deshacerte de mí.
El hombre que se aferra a mi cintura y me hace suspirar, sonríe y levanta su copa antes de responderle a su amigo.
—Nunca he tenido pensamiento de hacerlo.
Peter nos mira a todos y deja la copa en la mesa para centrarse en Jess.
—A ti tengo que agradecerte cada día que pasas a mi lado. Por aguantar mis días malos y mis enfados, por saber ponerme a raya y hacerme perder los papeles con tanga facilidad. Jamás, escúchame bien, gatita, jamás una mujer me había hecho ponerme de tan mal humor y conseguir que me enamore de ella al mismo tiempo como has hecho tú.
Esta vez se hace un coro cuando nos reímos y, sin exageraciones, que se hace un silencio sepulcral cuando Peter hinca la rodilla en el suelo y se mete una mano en el bolsillo del pantalón. Los segundos que transcurren hasta que saca una cajita celeste y lo planta frente a la cara de mi amiga, se me reproducen a cámara lenta. Quiero reprochárselo a Zeus por no contármelo, pero por el asombro en su cara me queda claro que él tampoco lo sabía.
—Jessica, mi preciosa gatita de ojos claros, sé que puede parecer una auténtica locura, pero solo quiero esta locura contigo… —Abre la caja, mostrando un anillo dentro. Jessica llora y ríe al mismo tiempo— porque eres el amor de mi vida. ¿Cariño mío, quieres casarte conmigo?
Jessica se tapa la cara con las manos para intentar calmar su llanto, ese que me ha contagiado a mí, mientras el hombre del que se ha enamorado sigue con una rodilla en el suelo frente a ella.
Unos segundos después, cuando ya estoy abrazada a Zeus, da saltitos y levanta a Peter entre risas nerviosas.
—¡Si! ¡Si! ¡Si!
Peter le coloca el anillo, ella lo enseña orgullosa y enamorada, y nosotros silbamos y aplaudimos felices y contentos por ellos. Zeus me da un corto beso en los labios y vamos a abrazar y felicitar a nuestros amigos por la buena nueva. Y, como siempre que estamos juntos, terminamos la noche entre risas y copas, festejando el nuevo evento que se avecina:
¡Peter y Jessica se casan!

Capítulo 56

Zeus

Apunta esta fecha: uno de abril, porque será el día que mi vida se convierta en una auténtica miseria.
Si no tuviera que abandonar a la mujer de la que estoy enamorado, diría que pedirle a Jayden que cuide de ella ha sido el momento más duro que he experimentado desde la muerte de mi madre, pero jamás habrá nada que se compare a la destrucción que sentí en el pecho cuando fui consciente de que no veré a Ava en un año y de lo que eso puede conllevar.
—¿A qué viene esto? —Me preguntó en la puerta del restaurante, sin saber si creerme o no.
—Me he dado cuenta de que le importas y te considera su amigo. Solo quiero aclararte qué, por mucho que no me gusten tus intenciones, no quiero que Ava sufra y sé que si te alejas lo hará. Cuídala, sé que lo harás muy bien.
No pude aguantar la presión de tener al tío que quiere a mi novia en mis narices y mucho menos pedirle algo así, pero siendo sincero, sé que cuando me vaya Ava va a sufrir y necesitará que estén a su lado. Para intentar contener las ganas de vomitar que tenía en ese momento, entré de nuevo y me coloqué junto a mi chica para presenciar segundos después como mi mejor amigo le pedía matrimonio a su novia.
¿Me dolió? Sí, joder, yo quería ser quién estuviera arrodillado frente a Ava, pero mi realidad es muy diferente. Yo no me caso con ella, yo la abandonaré durante un año.
Varios días después de la proposición de Peter, decidí llevar el anillo de mi madre a una joyería, para grabar en él una frase que nos representa a la perfección por todo lo que hemos superado juntos.
No le entrego un anillo a Ava porque lo haya hecho mi amigo, ni muchísimo menos. Lo haré antes de irme porque pensaba esperar a tener nuestra casa para poder pedirle que se case conmigo, pero por desgracia nuestro tiempo se detendrá durante un año.
De repente, celebrando con mi amigo su felicidad y viendo como mi chica sonreía con su amiga por la buena noticia, me di cuenta de que el tiempo va en nuestra contra y yo necesito hacerla saber cuánto la amo y la amaré cuando vuelva.
Porque volveré junto a ella para vivir la vida que nos merecemos.

Capítulo 57

Ava

Mmmm…marzo está a punto de terminar y no veo la hora de que las temperaturas suban y suban.
Sé que es de mala educación desperezarse de forma tan brusca, pero he dormido muy bien y necesito estirar los músculos, que los tengo dormidos. Aprovecho que Zeus no está en la cama para moverme a mi antojo y de paso coger el mando de las persianas para subirlas. Cierro un poco los ojos con la claridad antes de disfrutar de las increíbles vistas que tenemos desde nuestro dormitorio.
Lo que me hace pensar en la casa que habíamos visitado semanas atrás en Forest Hill y de la que curiosamente no hemos vuelto a hablar. Tal vez por mi proposición para quedarme con el edificio porque, aunque le he repetido mil veces que no era necesario, Zeus se ha empeñado en hacerse cargo económicamente de los gastos conmigo y hablamos sobre posponer la compra de la casa, aunque nunca quedó del todo claro.
Lo que me hace recordar a su vez que no he hablado con Marga sobre ello. Sé que tiene una familia pequeña y lo más parecido a un hijo para ella es un sobrino que vive en…no sé dónde estará, al parecer viaja mucho, pero al que estoy convencida se lo dejará en herencia. Y que, si es así, puede que las cosas se compliquen y no quiera vender el edificio y prefiera quedarse con él.
Pero como hoy me he despertado de muy buen humor, no voy a pensar en nada negativo.
Me levanto y voy directa a la cocina, esperando encontrarme con mi perfectísimo, guapísimo, buenísimo y sexy hombre, ni siquiera sé existe la palabra, pero Zeus es todo aquello bueno que acabe en isimo, pero para mí mala suerte solo me encuentro un salón vacío.
Entro en el despacho y nada, al parecer se ha ido. No puedo evitar recordar cuántas veces me dejó sola en la cama para volver con Cristal. Se me eriza la piel de forma horripilante y me froto los brazos por encima del pijama.
Voy al patio para recoger lo que Crono haya hecho, todavía es muy pequeño y no puede salir a la calle, pero está limpio. Pues como no tengo nada que hacer, me prepararé un café.
Cojo mi tacita de florecitas, sí tengo una para cada estación, y como la próxima es primavera es la que toca. La pongo en la cafetera, coloco la cápsula y al coger la leche del frigorífico me percato de la nota que hay pegada en la puerta:
“Buenos días, honey. Me voy al trabajo, estabas tan dormida que no he querido despertarte. Nos vemos por la tarde. Pórtate bien, te quiero”.
Sonrío como una niña, pórtate bien dice. Me pregunto qué me hará si no lo hago. Riéndome sola, cojo la taza y le echo el chorreoncito de leche y las dos cucharaditas de azúcar de siempre. Salgo

al balcón de nuevo y me siento en el sofá de mimbre para disfrutar de mi desayuno con los edificios de frente.
Cuando tan solo he dado dos sorbos, mi teléfono suena y tengo volver a entrar, así que decido sentarme en el taburete de la cocina para tomarme mi café.
—Buenos días, mamá.
—Bueno, aquí son cerca de las cuatro de la tarde.
El tono de mi madre es divertido y me contagia.
—¿Cómo estáis? ¿Mucho trabajo hoy?
—Tu padre acaba de llegar de la oficina y como tengo la tarde libre hemos decidido irnos a tomar un cafelito después.
Me alegra oír eso, mis padres necesitan descansar y disfrutar. Han trabajado como mulos desde que tengo uso de razón y se merecen un descanso de vez en cuando.
—Eso es genial, yo tengo que ir al estudio. La hermana de Zeus ha empezado a trabajar conmigo y tenemos un reportaje.
Aguanto el teléfono con el hombro y mi oreja mientras friego la taza para guardarla en el mueble. Después voy a la habitación y me pongo unos pantalones y un chaleco de cuello bajo en color blanco.
—¿Cómo está Zeus? ¿Está mejor?
Miro el móvil, que ahora lo tengo sobre el lavabo con el altavoz, para poder lavarme los dientes y peinarme a la vez que hablo con mi madre. Obviamente, le conté que Zeus llevaba días muy raro y que no sabía por qué a pesar de haberle preguntado varias veces.
—Ayer estaba igual, hoy se ha ido sin decirme nada. Así que nada nuevo.
—Cielo, si estabas dormida es normal.
—Que no, mamá, que no. Te lo digo yo que lo conozco.
Y de verdad que lo conozco. En casi un año no se ha ido sin darme un beso y yo que tengo el sueño ligero me hubiese enterado de habérmelo dado. No sé qué puede tenerlo tan distante, tan preocupado y cansado, pero sea lo que sea debe ser importante. Cojo el teléfono y, escuchando como mi madre me habla de la madre de Hugo, de este y Lucas, cojo el bolso, me despido de Crono, que ya sabe saltar y lo hace cuando nos ve, y salgo del apartamento.
—…Así que eso es lo que nos ha dicho Lourdes.
—Ah, claro. —Ni idea, me ha pillado montándome en el coche y no me he enterado de nada.
—Entonces, ¿Ves normal que la hija haya robado en la frutería de Manolo?
Oh, dios, no.
—¡No! ¿De verdad ha hecho eso? ¿Es que la gente del barrio se está volviendo loca?
Mi madre suspira, aburrida, pero termina hablando dulcemente.
—No, no ha hecho eso. Te he comentado que ha habido huelga, hay basura por toda la calle y que la pobre Lola ha tenido que matar dos ratas en la tienda —Suelta una risita—. Venga anda, te dejo que tienes que estar ocupada.
Marc está riéndose, resultado de tener el volumen alto y que mi madre tenga un torrente de voz importante.
Niego con la cabeza y me despido con cariño. Y me centro en mi amigo.
—¿Has encontrado otro trabajo? —Se lo pregunto porque, aunque no lo hayamos hablado, no se me ha olvidado sus planes de futuro.
—No, si dejara el trabajo de chófer sería para dedicarme al negocio familiar.
—¿Y cuál es?
Tengo curiosidad, mi relación con Marc ha ido consolidándose con el tiempo y nos llevamos

muy bien, por lo que me resulta extraño no saber a qué se dedica su familia.
—Mi familia es dueña de Anderson's Store.
—¿Dis-cul-pa? —Marc me mira raro cuando tendría que ser yo quien lo hiciera— O sea, esos almacenes están por todas partes. ¿Eres rico y llevas a otro rico de un lado para otro? Pero ¿Qué pasa con la gente de esta ciudad?
Su respuesta es una estruendosa carcajada que todavía me hace parecer más rarita. Aunque bueno, ¿Soy yo la rara o ellos? Decide explicarse cuando se da cuenta de que estoy a punto de sufrir un corto circuito.
—Los dueños son mis padres y mi hermano Jason, no yo.
Sigo alucinando.
—Ah, ¿Qué también tienes un hermano?
—Si, tres años menor.
Abro los ojos como los platos de la alacena de mi tía María, esos que se cogen para navidad porque acapara con media mesa. Es decir, Marc acaba de decirme que su familia es hiper famosa y probablemente hiper rica, y que además, un hermano de la que no conocía su existencia de treinta años es dueño de todo eso también.
—¿Te estás quedando conmigo?
—No, para nada. Me has preguntado y te he respondido, ¿Qué te pasa?
—¿A mí? ¿Qué os pasa a vosotros?
Marc se ríe abiertamente, enseñándome todos sus dientes blancos.
—Nada, ¿Y a ti?
—Arg, deja de jugar. Es que me sorprende que estés todo el día trabajando y sin apenas descansar.
Se deja caer en el sillón y mira unos segundos hacia el edificio, donde ambos sabemos que está cierta mujercita trabajando y estudiando. Pero no comento nada, parece que en el fondo le afecta más de lo que quiere reconocer.
—Tengo mucho tiempo libre. Hace años no quería saber nada de los almacenes, estudié empresa, pero nunca ejercí. Busqué trabajo y me encontré con Zeus. Nos llevamos bien y trabajo cómodo con él. Además, si a eso le sumamos que no tengo a nadie que me espere en casa, no me importa estar todo el día fuera.
—Entonces, ¿Por qué ahora quieres dejarlo?
Se encoge de hombros y clava sus ojos avellana en los míos.
—Ahora tengo treinta y tres años y quiero otra vida. Soy joven, pero ya no tengo veintinueve años como cuando empecé de chófer, por lo que me apetece dedicarme al negocio familiar. Para cuando tenga una familia dejarle un legado.
—¿Pues sabes una cosa? —Niega con una sonrisa en los labios y tengo totalmente claro que estoy en lo cierto con lo que diré— Que estoy convencida de que serás un gran marido y padre.
—Vaya, gracias. Eso significa mucho para mí.
Pero yo, que soy como soy y como no suelte una pullita no me quedo tranquila, me desabrocho el cinturón y me cuelgo el bolso, lista para salir huyendo cuando le suelte lo que pretendo. Abro la puerta y saco un pie del coche.
—Cuando encuentres a la mujer indicada, ya que Maddie no parece serlo y seguramente se irá si todo le va bien, lo serás. Yo confío en ti.
Salgo a toda mecha del coche, bah, Madison no va a ninguna parte, al menos que yo sepa, solo he querido meterle el miedo en el cuerpo. Cuando estoy a punto de llegar a la puerta, me detiene cogiéndome del codo.

—¿Cómo que se va?
Lo miro a los ojos y veo la preocupación en ellos. ¿He dicho alguna vez como es Marc? ¿He hablado de su altura, de su cuerpo marcado, su pelo claro, sus ojos avellana y el tono claro de su piel? Pues Marc debe medir un metro noventa, fijo, pero ni su porte, ni la frialdad que calza cuando se enfada o le molesta algo han sido capaz de ocultar el terror que le han ocasionado mis palabras.
—Marc, ella tampoco tiene a nadie que la espere en casa de forma íntima. Por lo que, si un día tiene que irse por su trabajo, estoy convencida de que lo hará. Y al igual que tú eres mi amigo, lo es ella, y jamás le diría que se quedase aquí por ti. No cuando no habéis durado ni un verano juntos.
Me suelta y me estudia, como si estuviera intentando entender lo que le digo.
» A lo mejor nunca se va, ojalá que no. No quiero verla una vez cada equis tiempo, pero debes entender que podría pasar. Y tú —Le doy con el dedo en el pecho y sus ojos observan el movimiento—, si de verdad te gusta como acabas de demostrarme, solo tienes que luchar por ella. Nada más.
Aprieta la mandíbula, seguramente royendo en su mente las posibilidades que hay de que eso ocurra. Entonces, cuando creo que he hecho que un tipo de su calibre abra los ojos, me deja pasmada con su cabezonería.
—Si tiene que irse que tenga buen viaje. Madison es independiente y no necesita a nadie. Además, no quiero novias y si quisiera alguna no tendría veinticuatro años.
Sin más, se da la vuelta y se sube al coche, da un portazo y se larga en décimas de segundos. Incluso me quedo pegada al suelo un momento, pensando en lo que ha ocurrido. No sabía que Marc era tan cabezota y que la diferencia de edad podría llegar a ser un problema para él. Pero no debería sorprenderme, al parecer no lo conocía tan bien.
—Buenos días, bonita.
Me detengo frente Maddie que está en la recepción y observo lo que hace. Tiene delante un cuaderno, de anillas y cuadros, bien gordo en el que tiene muchas cosas apuntadas.
—¿Qué haces? —Esta vez me mira.
—Buenos días, Avuchi —Esta Jess…—. Cogiendo apuntes, tengo los exámenes finales.
Que alegría, a Maddie sólo le quedan unos meses para terminar y dar las prácticas en esa empresa que contactó con ella tiempo atrás. Al parecer es muy conocida, aunque yo no recuerdo su nombre, y se dedica a todo tipo de actividades con flores. Se divide en tres sectores: arreglos florares, diseño de jardines y decoración de celebraciones. Cuando Maddie contactó con ellos tuvo que entregar un trabajo por petición del equipo y, cuando lo hizo, les gustó tanto que le pidieron formarse para las tres opciones.
—¡Vamos, peque! Ya no te queda nada.
—Estoy deseando terminar y poder trabajar por fin.
—Buenos días, chicas.
Amber aparece con una bandejita de cartón y cuatro vasos con café. Uno descafeinado para nuestra querida Marga. Le da uno a Madison, otro a mí y, como siempre, otro a Marga, que acaba de aparecer con galletitas. Es una costumbre nuestra desayunar en el portal con Maddie.
—Buenos días, jovencitas. Cada día estáis más guapa.
—Marga, ¿Tú te has mirado al espejo?
Ella ríe y nosotras la seguimos, ¡Que le encanta un cumplido! Nos terminamos el café y las galletas justo antes de que llegue Violeta, la chica de veinticinco años que necesita unas fotos para una agencia de modelos.

—Violeta, encantada de conocerte. Esta es Amber, mi socia.
Ah, sí, Amber no solo aceptó trabajar conmigo, si no también ser mi socia. Nuestra idea es quedarnos con el apartamento de Jessica para hacer otro estudio en el que ella trabajará, pero hasta que eso se pueda llevar a cabo tenemos que hacerlo juntas.
—Por favor, pasa, empezaremos a hacerte las fotos en unos minutos.

Capítulo 58

Ava

El día se resume en tres reportajes por la mañana, un almuerzo rápido en casa de Marga y otros tres reportajes por la tarde. Ha sido un día movidito y ahora, casi a las ocho de la tarde, lo único que quiero hacer es llegar a casa, darme una ducha y tirarme en el sofá con Zeus para ver una película o algún programa de televisión.
Marc me recoge a las ocho y media y me lleva al apartamento. En el trayecto estamos en silencio, apenas intercambiamos unas palabras y cuando lo hacemos no son más que cuatro o cinco.
—Hasta mañana, Marc. Que descanses. —Le digo cuando detiene el coche.
Cuando me mira para responderme, veo en su mirada algo extraño, me observa detenidamente y no hay en su rostro la diversión de siempre. Rápidamente lo achaco a lo cansado que debe estar.
—Hasta mañana, Ava. Que descanses tú también.
Con el bolso en el hombro entro en el edificio, saludo al mayordomo del príncipe Naveen y entro en el ascensor. La musiquita de ambiente es una melodía suave que me transmite tranquilidad, esa que me hace falta desde hace días. Sin saber por qué, siento un retorcijón, de esos que entran cuando crees que algo no va bien.
Pero que tontería, hoy está siendo un día increíble.
Frente a la puerta escucho a Crono ladrar y me resulta raro ya que nunca lo hace a no ser que haya alguien dentro. ¿Ya ha vuelto Zeus del trabajo? Con una sonrisa, abro la puerta y dejo las llaves y el móvil sobre el recibidor. No hay nadie en el salón, por lo que voy a la habitación y dejo los zapatos en el vestidor, el bolso colgado y la chaqueta en su percha.
Ahora que estoy en el apartamento me encuentro mucho más insegura, ha sido entrar y un mal presentimiento ha vuelto a hacerse conmigo. Por cierto, ¿Dónde está Crono? Con el corazón a mil por horas, salgo del dormitorio y cruzo el pasillo, encontrándome ahora con Zeus en la puerta del despacho.
Me llevo una mano al pecho y suspiro aliviada.
—Que susto. Lo he escuchado ladrar y al no verte creía que había entrado alguien.
Zeus camina hacia mí, con los hombros demasiado caídos, los ojos demasiado tristes y el rostro algo pálido. Sin dejar que pueda decir nada, me envuelve con sus brazos estrechándome con fuerza a su torso. Lo abrazo, apoyando la frente en su pecho y sintiendo como reparte besos por mi cabello.
—¿Qué tal el día? —Le pregunto aún sin separarme, sintiéndome rara de repente.
—Me he venido del trabajo hace unas horas.

—¿Cómo?
Cuando alzo la cabeza, mi frente ya no está arrugada, y mi corazón da un vuelco de inmediato. Los ojos del hombre que me ha robado el corazón viajan a toda prisa por mi rostro y no me gusta nada la pena que veo en ellos.
—¿Qué pasa, Zeus? —Su beso me sabe a poco porque cada segundo que pasa lo siento más lejos.
Me coge de la mano para guiarme al sofá y me da la sensación de que el apartamento está más oscuro que nunca. Es como si una capa negra se hubiese hecho dueña de nuestro hogar. Hace que me sienta y luego se pone a mi lado, cogiendo ahora mis dos manos para entrelazar nuestros dedos.
—Necesito hablar contigo de algo importante.
Dios, el corazón me va a mil por horas, no quepo en este minúsculo sofá. No hay algo que me inquiete más que el terrorífico «tenemos que hablar» y mucho más si va acompañado de tanta intriga.
—¿Qué pasa? Me estás asustando. —Y es verdad, un miedo horrible se está apoderando poco a poco de mí.
—Antes necesito que prometas que me entenderás.
—¿Entenderte referente a qué?
Se rasca el puente de la nariz y lleva mis nudillos a sus labios, enviándome descargas por donde deja besos. Cierro los ojos sin dejar de sentir las palpitaciones que suben hasta mi garganta.
—Ha ocurrido algo que me obliga a tener que viajar.
Parpadeo unos instantes, ¿Un viaje? Bueno podremos llevarlo bien, miles de parejas se separan unos días por viajes de negocios. Sonrío algo aliviada y le acaricio una mejilla. Entonces me mira a los ojos, preocupado.
—¿Qué? Podremos con eso, ¿Qué son unos días separados? Bueno, no será para tanto.
—Honey, no me estoy explicando bien.
—Pues explícamelo mejor, cielo.
Se mueve inquieto en su sitio y termina soltando mis manos para levantarse y mirarme desde arriba, preocupándome cada vez más. Suspira con fuerza, como si con ello pudiera quitarse un peso de encima, pero solo consigue sentirse más frustrado.
—Por favor, prométeme que intentarás entenderme.
—Sí, Zeus. Te apoyaré en cualquier cosa, pero dime de una vez que ocurre porque se me va a salir el corazón por la boca. ¿Es que vas a dejarme? —Parpadea y sube las cejas, siendo eso para mí reacción suficiente— Dios mío, me vas a dejar. Lo sabía, llevas semanas muy raro.
Empiezo a hiperventilar, ni siquiera sé por qué. Siempre he sido una mujer independiente y además he podido con la ruptura de una relación de seis años, no tendría que afectarme tanto, pero lo hace. Lo hace y no puedo controlar la respiración sintiendo que me falta el aire.
—Honey, cariño, tranquila —Me explica cómo debo respirar y lo imito—. No quiero romper contigo, te quiero, no podría vivir sin ti.
—¿¡Entonces que pasa!? —No puedo evitar alzar el tono de voz, me está poniendo histérica.
—Dentro de cinco días tengo que viajar a Etiopía durante un año.
Entonces lo suelta, dice lo último que podría haberme imaginado que diría. Y me rompe el corazón, el alma y mis fuerzas, esas que él tanto me ha enseñado a reunir en estos meses con su amor y compañía. Jamás creí que unas palabras pudieran herirme tanto.
El corazón me bombea tan rápido que me parece apreciar como mi camiseta tiembla. Todo parecía perfecto, tanto que me lo creí.

Sus palabras se repiten en mi cabeza una y otra vez, martirizándome con la idea de tener que despedirme de él. No quiero, no puedo. Solo de pensar que no volveré a verlo hasta dentro de un año me hace perder las fuerzas que creía tener.
—Pero… ¿Por qué? —balbuceo con los labios empapados en lágrimas.
—Es importante para el hospital y debemos ir —Me explica, mientras coge mi cara entre sus manos—. Haré todo lo posible para que me sientas cerca.
Niego con la cabeza, para nada conforme con lo que me dice. No puedo dejar que se marche, no ahora que estábamos bien. O que al menos creía que lo estábamos. Me aparto con brusquedad, enfadada por lo que quiere hacer y doy varios pasos hacia atrás.
—¿Quiénes vais? —Las lágrimas bañan mi cara ardiendo por donde pasan.
—Ava, mi amor…
—No, no, no. No creo que sea lo que estoy pensando —Intenta acercarse, pero me alejo— ¿Quién va contigo? —Su silencio me rompe el alma y me seco con fuerza las lágrimas— ¿Quién va contigo, Zeus?
Cierra los ojos un momento dejando caer sus brazos a cada lado de su cuerpo y su abatimiento me sienta de culo en el sofá.
—Cristal. Es Cristal quien viene conmigo.
La voz le tiembla y con ella lo hace mi cuerpo. Sentir su vulnerabilidad me hace flaquear porque si hay una persona fuerte en el mundo ese es Zeus. Empiezo a perder el juicio cuando noto el dolor en su rostro a pesar de haber decidido largarse con ella.
Siento como empieza a bullir la rabia en mi interior, queriendo arrasar con todo.
—¡Quieres abandonarme! Te vas con Cristal durante un año, sabiendo que ella haría lo que fuera por volver contigo. Prefieres marcharte por el estúpido hospital antes de quedarte y luchar por lo nuestro. Tenía que haberlo sabido, he sido tan tonta.
Mis palabras le llegan tan profundo que puedo ver en sus ojos el dolor que le han ocasionado. Después de maldecir, da dos zancadas hasta mí y me agarra con fuerza la cara. Quisiera apartarme, pero a pesar del daño que me está haciendo no puedo obviar que estoy enamorada de él.
Se aproxima a mi boca con ligereza y me besa como si no fuera a hacerlo más y eso me corrobora que no estoy teniendo una pesadilla, si no viviéndola en carne y huesos. Me besa con posesión y fuerza, haciéndome suspirar cuando se separa, ya bien por el dolor tan grande que siento o por la falta de aire.
—Estoy enamorado de ti, estoy loco por ti. Lo quiero todo contigo, pero tienes que entender que el hospital es importante para mí y mi familia y necesito hacer este viaje.
—Pensaba que yo también era tu familia —musito entre lágrimas sin poder evitarlo, porque de verdad pensaba que empezábamos a ser una familia.
¿Estoy siendo egoísta? ¿Cabezota? No lo sé, pero no puedo pensar en este momento. Lo único que pasa por mi mente es su imagen marchándose con la mujer con la que iba a casarse, esa misma con la que me he disculpado varias veces, a la que había empezado a creer y había decidido dar una oportunidad. La misma mujer que ha vivido en este apartamento con él durante seis años, por la que me dejaba cada noche durante semanas, por la que debería haber imaginado que me dejaría.
Por muchas declaraciones de amor que Zeus quiera decir ahora, no puedo aceptar que marcharse con Cristal es una buena idea. Que estén juntos día tras días me hace verlo todo muy negro, pero muy claro al mismo tiempo. Al fin y al cabo, mirad como empezó nuestra dura relación. ¿Por qué no iba a ser igual conmigo?

Por otro lado, sé que su acción es generosa y bondadosa. Ir a proporcionar ayuda sanitaria a África me parece la mejor acción que alguien podría hacer jamás, pero aun así no puedo dejarlo ir tanto tiempo, lo echaré muchísimo de menos.
Y, por muchas veces que nos digamos cuanto nos amamos, esto marcará un antes y un después en nuestra relación.
Tengo los codos apoyados en las rodillas, no he podido levantarme del sofá, con la cara tapada con mis manos, llorando y sin poder parar. Dándole vueltas a la situación, martirizándome por lo que esto va a significar. Entonces, en medio de este caos, decide volver a hacer latir mi corazón, aunque sea por última vez.
—Supe que te quedarías en mi vida desde que te vi en el aeropuerto y jamás haría nada que lo echase a perder. Si me voy y te dejo aquí, sin mi compañía, es porque creo que merece la pena.
Por un segundo pienso que no va a decir nada más y no destapo mi cara, sigo llorando con el corazón en la garganta, pero entonces noto que se pone frente a mí, agarra mis muñecas y me da un doloroso beso en los labios antes de apoyar su frente en la mía.
—Por favor, honey, necesito que creas en mí. Necesito que confíes en mí para poder irme tranquilo. Volveré y haremos todo lo que vamos a dejar pausado…Nuestra casa, el edificio...
Su voz, en un hilo, me hace suspirar. Estoy inmóvil entre sus brazos, barajando la posibilidad de volver a mostrarme furiosa o ser una persona razonable y confiar en el amor de mi vida. Como pocas veces, decido dejarme llevar por el corazón, intentando dar un voto de confianza a esta dura decisión.
—Siempre he creído y confiado en ti. Lo he hecho desde el primer momento, sin conocerte ya era capaz de dejarme caer en tus brazos segura de que no permitirías que tocase el suelo. Es solo que no quiero perderte, no…no puedo perderte. Nos ha costado tanto llegar a donde estamos que…
—Shhh, mi amor. Eso no va a pasar porque estamos hechos el uno para el otro, sé que eres la mujer de mi vida y tengo muy claro que no quiero a nadie más.
Levanto los ojos hasta los suyos y un escalofrío me recorre la columna al ver como observa mis labios. Los mira como si fueran una verdadera tentación, los escruta con detenimiento, incluso frunce el ceño para hacerlo. Me encanta cuando me observa así, como si no pudiera creerse que estamos juntos, haciéndome sentir una persona insuperable e inaccesible que solo él ha tenido la fortuna de poder tener en su vida. Y créeme, yo siento lo mismo por él.
Hacía muchísimo tiempo que no amaba a alguien, años que no me atraía una persona de la forma en la que lo hace Zeus. De hecho, creí que nunca podría conocer un amor tan puro y sincero como el que nosotros tenemos, mucho menos se me había pasado por la cabeza que encontraría al hombre de mi vida esperando un vuelo en el aeropuerto.
—Te quiero tanto, Zeus. —Como respuesta, pues no necesita palabras para expresar lo que siente por mí, se acerca lentamente a mi boca y presiona sus cálidos y ardientes labios sobre los míos.
—Podremos con esto, honey, sé que podremos. —susurra de todos modos.
Miro los ojos más bonitos que he visto en mi vida y sin importar su cicatriz y el porqué de ella la acaricio con cariño, deseando con todo mi corazón que de verdad podamos superarlo.

Capítulo 59

Zeus

Quedar con la familia y amigos para explicarles que tengo que marcharme durante un año, fue duro. Más de lo que esperaba. La cara de mi padre se me quedó grabada en la retina, haciéndome sentir aún más miseria de lo que ya me siento.
—Hijo, ¿Cómo no me lo has dicho antes? —Me preguntó confundido, posicionándose delante de mí y agarrándome con fuerza los hombros para después abrazarme.
—No quería que estuvierais pensando en ello hasta que me fuera. —Le confesé entre sus brazos.
Los niños lloraron a causa del llanto de su madre, sin entender qué ocurría, y le tocó a Malcolm consolarlos a los tres. A Amber le costó soltarme, fue mi padre quien le dejó vía libre a Peter y Jess.
—Joder, Zeus, ¿Por qué lo haces? Ambos sabemos que no es por elección propia. —Me lo quedé mirando un instante y luego observé a Ava, que estaba a mi lado sin separarse de mí un segundo.
—Ya hablaremos en otro momento.
—Ay, Zeus, cuánto te voy a echar de menos. —Jessica me mojó la camiseta con sus lágrimas y poco después cambió mi hombro por el de su futuro marido.
Me va a costar acostumbrarme a que sean marido y mujer.
Sonreí cuando Madison se acercó a mí con un moño alto y vestida con colores claros, fuera el negro al parecer. Acepté su abrazo y la consolé al igual que a las demás. Después les tocaron a Marc y Malcolm.
—¿A qué hora sale el avión?
Mis ojos se mueven del televisor apagado hasta mi preciosa mujercita, que está especialmente guapa con unos vaqueros claros y una camiseta oscura. Llevo días observándola con detenimiento, estudiando cada uno de sus movimientos para que no se me olvide ni un milímetro de ella.
Ojalá no tuviera que preguntarme esto, ojalá me llamaran diciéndome que el viaje se ha cancelado, pero pasan los segundos, minutos, y esa llamada nunca llega.
—A las ocho de la mañana. —Me cuesta una barbaridad pronunciar la maldita hora y a Ava le ha afectado saberla.
Se da la vuelta y sé que intenta contener las lágrimas, por lo que me levanto y la abrazo por la espalda. Apoya la cabeza en mi pecho y yo la barbilla en su cabeza, aspirando mi aroma preferido en todo el mundo.
Cierro los ojos unos segundos, disfrutando de la sensación de tenerla entre mis brazos.
—Honey, cuando nos demos cuenta el año habrá pasado.

Se da la vuelta sin separarse de mí y me mira a los ojos con una pena que me cala hondo. Jamás he querido hacerle daño, nunca se lo haría si estuviera en mi mano evitarlo, pero esto se escapa de mi poder. Es un contrato que se realizó antes de volver a poseer el hospital y debemos llevarlo a cabo, no sería profesional si lo rechazáramos una vez pactado.
Por mi lo haría, mandaría a la mierda el maldito viaje, hablaría con mi padre para remediar lo que pudiera suceder si no fuese: los cotilleos, las noticias contra nosotros, porque no hay nada peor para la reputación de un negocio tan reconocido como que a la prensa se le antoje criticarte ante miles de personas, y sé que mi padre encontraría la forma de solucionarlo.
Pero el verdadero problema, lo único que me empuja a seguir con esto, es la amenaza de Máximo contra Ava. Puedo pedir que le den una paliza, hacer que se largue y no aparezca por aquí, borrarlo del mapa, hundirlo, quitarle todo lo que tiene, pero al igual que yo tengo gente que haría por mí cualquier cosa, él también las tiene, y tarde o temprano haría que Ana se presentara ante Ava para hacerle daño y eso no puedo permitirlo.
Máximo solo quiere que desaparezca un año, creyendo que así mi relación con Ava se echará a perder, después todo se acabará. Por lo que, sabiendo que seguiremos juntos a pesar de todo, lo más fácil es aceptar y marcharme. Aunque claro, Ava no sabe el verdadero motivo, cree que me voy porque antepongo el hospital a ella, y casi es mejor que piense eso, prefiero que me odie hasta que vuelva y se lo explique, a que sepa la verdad e intente luchar contra Máximo.
—No, no va a ser tan fácil, Zeus. Crees que diciéndome esto será menos doloroso, pero no es así. Joder, cómo voy a echar de menos discutir con ella.
—Solo intento hacerlo más llevadero. Para mí también va a ser duro.
—Pues no te vayas, quédate aquí, conmigo. Seremos felices, organizaremos cientos de cenas benéficas para contrarrestar que te niegues al viaje, pero… —El llanto ahoga sus palabras y la acurruco para calmarla.
No digo nada, no puedo ni quiero seguir mintiéndole a la cara. No soy capaz de encontrar una buena explicación a dejarla aquí por el hospital porque no la hay, no hay nada que decir ante algo tan ruin como lo que ella cree que voy a hacer.
Su cuerpo tiembla contra el mío, agarra con fuerza mi camiseta con sus finos dedos y el pelo le cae por los hombros cubriendo su espalda. Como voy a echar de menos lavárselo mientras ríe por las cosquillas que le produce, oler ese champú de frutas que tanto le gusta, sus ojos grises que ahora yo he atormentado.
Respiro hondo intentando contenerme y no llorar, contenerme y no tirarme de rodillas ante ella para suplicarle que pasemos otro año de problemas, pero juntos…intento contener el sufrimiento para cuando esté solo.
Como no deja de llorar y se me está partiendo el alma, cojo su cara entre mis manos e intento sonreír cuando veo sus ojos mojados y sus labios hinchados de tanto mordérselos. Pego mi boca a la suya humedeciéndomelos con las lágrimas que yo estoy provocando y abriéndome paso con mi lengua para apoderándome de ella como mía.
Porque así ha sido, es, y será siempre, mía. Y yo suyo.
Se aferra a mi nuca con vehemencia y no puedo controlar el impulso de cogerla en brazos, ahora que todos se han ido, y llevarla a nuestro dormitorio para hacerle el amor como ella merece: despacio, con cariño y grabándonos en la piel del otro a fuego lento.
—Tengo una sorpresa para ti. —Sus ojos se mueven de mis pectorales, donde hacía círculos con el dedo índice, hasta los míos.
—¿Te quedarás?
Ojalá pudiera decir que sí.

—Honey, por favor. —Asiente, despacio, y vuelve a dejar la cabeza sobre mi pecho.
—Lo siento, no puede haber nada que desee tanto.
—Lo sé mi amor, y me gustaría poder darte lo que quieres, pero no puedo. Tengo que…
—Ir por el hospital. Me sé la canción, ha quedado muy claro, Zeus.
Se me revuelve el estómago cuando intento besarla y se aparta para levantarse de la cama. Observo su cuerpo desnudo caminar por el vestidor y desaparecer por la puerta del cuarto de baño, la cual cierra con llave. Doy un puñetazo en el colchón frustrado por la situación y asustado porque empieza a rechazarme cuando aún no me he ido.
Pego la frente en la puerta del baño después de esperar varios minutos a que salga. Le pido que abra por activa y por pasiva, intentado entender que está dolida y rota por mi culpa, y que lo último que le apetece es verme la cara, pero yo lo necesito. Tengo que tenerla delante y besarla, asegurarme que estamos bien, que estaremos bien cuando vuelva.
—Abre la puerta, honey —Intento usar mi plan de despedida para convencerla—. No me has dejado decirte cuál es la sorpresa.
—No quiero ninguna sorpresa si no es quedarte en casa.
En casa…cuanto me gusta que lo diga. Que sienta tanto como yo que somos una familia, un hogar, algo seguro. Y eso me lleva a añorar tener nuestra casa en Forest Hill cuando ni siquiera la hemos comprado.
—Maldita sea… —Tomo aire, lo necesito para poder controlar la situación e intento volver a convencerla— ¿Entonces no quieres pasar la noche conmigo en el Empire State, a la luz de las velas, con Manhattan a nuestros pies iluminada en la noche…?
Hace una semana contacté con Barney, un colega que se encarga de las visitas y citas en el edificio, le pedí el favor para que nos dejara pasar la noche y aceptó enseguida. También que preparasen el mirador con velas, mantas, un equipo de música y cena para dos. Espero que haya quedado perfecto.
—Suena bien. —confiesa cuando está ante mí, con las mejillas y los ojos rojos.
Doy un paso hacia ella y la abrazo pegando su desnudez a la mía, sintiéndola cuerpo a cuerpo, calentándolos con mi piel, sintiendo nuestros corazones bombeando al unísono.
—Claro que sí mi amor. Haremos de esta noche la mejor de todas.
—Intentaré verlo como tú.
Su constante negativa y desilusión me hace muy difícil hacer que sea menos frustrante y doloroso esta mierda. Necesito que intente ser positiva, que, aunque no lo haya, vea algo bueno en todo esto…porque si Ava empieza a pensar que lo nuestro se va a la mierda a mí no me queda nada en lo que creer.
Para distraerla, y porque deseo estar pegado a ella todo el tiempo que me sea posible, la beso en los labios y comienzo a bajar por su cuello, acariciando con mis dedos sus pechos. Suspira en mi oído provocándome un hambre atroz de ella.
—¿Qué te parece si te hago mía en la ducha?
—Me…me parece perfecto. Pero no creo que puedas hacerme más tuya de lo que ya soy.
La miro a los ojos desde abajo, dejando de besar ahora su estómago para centrarme únicamente en su mirada. Mete los dedos entre mi pelo y sonríe dulcemente desde arriba.
—Mía, ¿Eh? —Subo despacio, pasado mi boca por sus erectos pezones y mordiéndole la barbilla, por último.
—Siempre. Sólo tuya, pase el tiempo que pase, sean cuales sean las circunstancias, estoy convencida de que siempre lo seré.
Agarro su cara y la beso con fiereza, empujándola hacia el interior del cuarto de baño y cerrando

la puerta para meterla segundos después en la ducha. Está mojada por el agua tibia que cae sobre nosotros y por la esencia que vierte siempre que la toco. Le abro las piernas y me introduzco en su interior, despacio, sintiendo como el corazón se me acelera sin medida.

El resto del día lo pasamos en casa, concretamente en cualquier parte, cocina, baño, despacho, dormitorio, salón…y desnudos. No hemos salido ni cogido llamadas en todo el día, nos hemos dedicado a pasar tiempo juntos, intentado olvidarme así de que tan solo nos quedan horas hasta que tengamos que separarnos.
Sobre la cama tengo un pantalón y un jersey fino, que me pongo cuando me doy una ducha, y al lado está la ropa de Ava, que está terminando en el cuarto de baño. En la puerta están mis maletas y parece que me observan desde su sitio, martirizándome y recordándome lo que está a punto de pasar, lo que va a destrozarnos a ambos.
Aparto la mirada y me centro en arreglarme y pensar en la noche que nos espera: una increíble velada con Manhattan como vistas, mi preciosa novia alumbrada por la luna y las velas y entregándose a mí una vez más.
Le he dado la noche libre a Marc, quiero ser yo quien conduzca, quien la lleve a nuestra cena y quien la acompañe al aeropuerto. Para no hacerla sufrir, decido bajar las maletas antes de que salga del baño. En el ascensor me encuentro con algún vecino, a decir verdad, no sé con cuál porque no conozco a la mayoría, pero da la casualidad de que Dennis, el vecino del décimo, espera en los aparcamientos subterráneos a que el ascensor se abra.
—Vaya, Zeus, hacía tiempo que no te veía —Lo que decía, no es habitual coincidir con tantos vecinos todos los días. Se percata de las maletas y sonríe— ¿Te vas de vacaciones?
Me da un palmadita en el hombro, sin tener idea de cuánto desearía que así fuera. Como no tengo que explicarle nada a nadie, solo me queda sonreír y fingir.
—Viaje de trabajo.
—Que te vaya muy bien, Zeus, espero verte pronto.
Las puertas se cierran en mis narices, igual que lo harán las del avión en unas horas. Cierro los ojos con fuerza y me aferro al asa de las maletas como buenamente puedo hasta que llego al todoterreno y las dejo en el maletero. Después de estar un rato apoyado en el coche, sin fuerzas para subir y enfrentarme a Ava, llega el momento de hacerlo.
Cuando vuelvo está vestida con un bonito vestido de terciopelo por encima de sus rodillas, ajustado a su curvado cuerpo y de mangas largas. Está de espaldas a mí, con Crono en sus brazos y diciéndole cosas con voz graciosa.
—¿Nos vamos?
Juego con su pelo, recogido en una cola alta, hasta que se da la vuelta y se escapada de entre mis dedos. Parece una puñetera metáfora. Deja a nuestro perro en el suelo, del cual me despido con caricias y promesas de volver a vernos, aunque estoy convencido de que no me recordará. A Ava se le escapan algunas lágrimas y juro que hago todo lo posible por mantener las mías a rayas.
En el coche no hablamos, solo esperamos a llegar con mi mano sobre su muslo. De vez en cuando me acaricia la nuca con sus uñas, pero cuando vuelve a querer llorar, se aleja para que no note cómo tiembla. Como si no pudiera escucharla.
—Espero que te guste lo que nos han preparado.
Le doy la mano para ayudarla a bajar del coche y le ofrezco mi brazo para entrar en el edificio. Como cuando vinimos la primera vez, hay dos tipos trajeados, esperándonos en el ascensor que

nos acompañan hasta el mirador.
Ava alucina al verlo, hay mantas blancas en el suelo, una mesa para dos, de cristal y detalles dorados, un equipo de música y velas por todas partes. Nos acercamos al ventanal y detallo mi ciudad con mi chica bajo mi brazo, sonriendo y olvidando por un instante los problemas.
No he sido consciente de lo que significa amar hasta que la conocí y eso que el matrimonio de mis padres fue romántico, fiel y fuerte hasta el último momento, pero ni por eso me hacía una idea. Ni cuando creía estar enamorado de Cristal, ni cuando mi padre me explicó lo que sentiría al enamorarme de verdad.
«Tonterías, tonterías y más tonterías», era lo único que pensaba cuando escuchaba a alguien hablar sobre amor, familia e hijos. Pero cuando Ava apareció en mi vida todo lo que desechaba tiempo atrás empezó a antojárseme cada vez más necesario. Cada día ansiaba más tener un futuro con ella, disfrutarla cada día y formar una familia juntos. Y ahora, que cada segundo que pasamos juntos esta noche es una despedida, se me hace cada vez más cuesta arriba imaginar algo que no voy a tener en un largo tiempo.
Necesitando distraerme, pues no puedo seguir mirándola de este modo porque no puedo seguir admirándola así cuando estoy a punto de abandonarla, la hago sentarse en una de las sillas y abro las bandejas que nos han dejado preparadas para que cenemos.
Pescado, verduras y vino es lo que adorna nuestra mesa, con dos velas en el centro y Mirrors, de Justin Timberlake, envolviendo nuestra velada. Sus risas llenan el espacio del mirador, ese que a veces parece tan frío por la sensación de adiós que desprende el momento, nuestras conversaciones se alargan todo lo que nos puede apetecer en un momento tan triste, hasta que su sonrisa se desvanece y el gris de sus iris se alborota al mirarme.
—Esto es precioso, es tan bonito y acogedor. Gracias por todo, absolutamente todo. Yo…yo…
—Arrugo la frente, esta vez sin saber si voy a poder contenerme, pero sin interrumpirla—. En realidad, tengo tanto que agradecerte, me has ayudado tanto, me has transmitido tanta seguridad, has confiado y creído en mi como nadie lo ha hecho nunca y…
Cojo sus manos por encima de la mesa y entrelazo nuestros dedos sin dejar de mirarla.
—Honey, no tienes que agradecerme nada, lo he hecho todo porque estoy enamorado de ti. Quiero dártelo todo, hacerte feliz, sonreír y estar a tu lado siempre, incluso en la distancia.
Odio la sensación de estar despidiéndonos tan pronto, de que me esté dando las gracias como si fuese la última vez que vamos a vernos, como si ya todo estuviera perdido. Me levanto de la silla queriendo deshacerme de esta sensación y le cojo la mano para que me siga. Entonces, me pego a ella para besarla con las ganas que llevo teniendo desde que entramos aquí.
Ava me responde enseguida, como si lo hubiese esperado igual que yo, y se agarra de mi cuello para que la coja en volandas. El vestido se le sube por los muslos enseñándome así sus preciosas piernas y dándome acceso para poder meter las manos bajo su falda.
—Llevo queriendo hacerte el amor en este sitio desde que vinimos por primera vez. —Mi susurro le eriza la piel y eso me lleva a deshacerme de sus medias con facilidad.
—Entonces, cumplamos tu fantasía.
Nuestra ropa vuela por la habitación y cuando nuestras pieles se rozan la pego al cristal. Me separo unos centímetros para contemplar a mi preciosa mujer con mi preciosa ciudad detrás y me parece imperioso. Beso su cuello, sus hombros, sus clavículas y me hago con sus pechos en cuanto llego a su altura. Están erectos, preparados para que los muerda, y lo hago, Dios, claro que lo hago y con ello Ava se retuerce contra el ventanal.
Con la mano que me queda libre, agarro mi hincada erección y la guío hasta su empapada entrada, caliente y resbaladiza, para introducirme poco a poco en ella. Pego mi frente a la suya al

sentir el increíble placer, da igual cuántas veces lo hagamos, nunca tengo suficiente y siempre me impacta de igual manera.
Ava jadea y se mueve entre mi cuerpo y el cristal, arañándome con sus uñas y agarrando mi piel para dejar una marca que estoy seguro hace a conciencia. Hundo mi cara en su cuello, penetrándola con brusquedad cuando llegamos a ese punto de lujuria que tanto nos gusta.
—Prométeme que no te olvidarás de mí —Le pido entre jadeos, consciente de que no podremos estar en contacto tanto como desearíamos.
—Nunca.
Estiro sus pezones cogiéndolos entre mis dedos, masajeándole el clítoris cuando se los suelto. Mordisqueo la piel de su cuello, de su mandíbula y me recreo en su oreja, sabiendo cuanto le gusta esa zona.
—Dime que eres mía.
—Soy tuya, sólo tuya. —Sonrío y la beso.
—Eso es, eres mía y yo soy tuyo, solo tuyo.
Abre la boca cuando la embisto de nuevo.
—Que jamás habrá nadie más. —insisto.
Me mira a los ojos, con la cara roja y humedeciéndose los labios resecos. Salgo casi al completo de ella, dejando tan solo la punta en su entrada, y la penetro hasta el fondo haciéndola gritar.
—Jamás habrá nadie, nunca querré que sea nadie más.
Le sujeto las caderas y me separo un poco para poder contemplarla de nuevo, expuesta, sudorosa, excitada, entregada…me llevaría toda la vida contemplándola. Entonces se agarra de mis hombros y su pelvis se mueve con una majestuosidad que me obliga a detenerme, dejando que sea ella la que se haga con mi cuerpo.
Cuánto me excita.
—Dime que me amas, honey. —Le pido con la voz entrecortada, mirando sus movimientos y como se resbala por mi erección.
—Te amo, Zeus.
No titubea y la beso, la cojo por la barbilla y devoro su preciosa y apetitosa boca con el hambre de un animal salvaje.
—Yo también te amo, cielo.
Le hago el amor con Someone You Loved de Lewis Capaldi envolviendo nuestra despedida. Y por primera vez en mi vida, con Ava frente a mí, preciosa cómo siempre y entregándome su cuerpo y alma una vez más, estoy de acuerdo con una canción romántica, aunque amarga, como lo es esta.
Ava adormece mi dolor y cuando no esté los días sangraran.
Ava no estará cuando me hunda y necesite recurrir a ella.
Ava me ha ayudado a escapar de todo aquello que no me atrevía a soltar.
Y que, cuando estemos separados y sienta que duele, al cerrar los ojos caeré en sus brazos y entonces solo el recuerdo de su sonido me mantendrá a salvo hasta que vuelva.

Capítulo 60

Abril

Ava

¿Cómo debería expresar lo que siento en este preciso momento, si ni siquiera me salen las palabras?
Observo al hombre de mis sueños bajarse del coche, con la misma ropa de anoche porque no volvimos a casa y además apenas dormimos, sacar sus maletas del maletero y caminar a mi lado hasta la zona en la que esperará el vuelo que nos separará durante un año.
Observo cómo intenta sonreír cuando agarra mi mano con tanta fuerza que la siento hervir, cómo coge a sus sobrinos cuando estos llegan corriendo y gritando, cómo abraza a su hermana que no pierde la sonrisa, cómo le da la mano a Malcolm y después cómo se centra en su padre.
Abrazos, promesas y palabras de consuelo. Tanto para él como para mí. ¿Exagerada? Para algunos seguramente, para mí totalmente incontrolable. Ha sido tan repentino que no sé qué me duele más, si el viaje o no haber podido decirle más veces cuanto le quiero.
Observo cómo Peter le palmea la espalda y lo anima a disfrutar de la experiencia, asegurándole que cuidará de mí. Cómo Jessica, tan llorona que lloro con ella de nuevo, lo abraza, lo besuquea y luego se agarra a mi brazo. Cómo Maddie le hace sonreír con una de sus ocurrencias, lo abraza y lo besa varias veces en ambas mejillas. Cómo Marc le sonríe de esa forma suya con la que se dicen tantas cosas. Cómo Jayden aparece y Zeus acepta su despedida como la de uno más del grupo.
Incluso, aunque me quema por dentro y me consume verla aquí sabiendo que estará con él tanto tiempo, observo cómo Cristal se coloca a unos metros de nosotros. Siendo posible que haya sido ella la causante de todo esto, que cuando me disculpé ella sabía que Zeus se iría y no me dijo nada. Traes dos maletas y viene sola, claro, ¿Quién va a querer acompañar a una persona que descarga tanta maldad?
En silencio, uno repentino y abrumador, la observamos unos segundos hasta que nuestra atención se centra de nuevo en los niños.
—¿Y cuándo vuelves? —Le pregunta Seth, que no se baja de los brazos de su tío por nada del mundo.
Zeus pasa su brazo libre por mis hombros y me pega a su cuerpo con firmeza, la que necesito para no flaquear y ponerme como una loca en pleno aeropuerto. Me da un beso en la coronilla y luego recoloca a su sobrino que empezaba a resbalarse.
—Cuando vuelva a ser uno de abril estaré aquí.
Dios, como duele. Esta maldita fecha me está arañando el corazón con uñas afiladas.
—¿Y eso es mucho? —Insiste.
—Bah, no es nada. No te va a dar tiempo a echarme de menos.
—¿Y porque tía Ava no va contigo?
Ay, madre mía, que lloro. Agarro la chaqueta de Zeus por la espalda, aferrándome a él.

—Porque yo me voy por trabajo.
—¿Y por qué es Cristal la que te acompaña? —Pregunta ahora Samy.
—Porque es mi compañera de trabajo —Aparto la mirada cuando sus ojos se posan en los míos y eso hace que deje al niño en el suelo—. Se acabaron las preguntas por hoy, campeón.
—Jo, pero tengo un montón.
—Lo sé, pero hay cosas que no se deben preguntar —Saca un billete de la cartera y se lo da a su sobrina—. Id a la tienda y comprad algo.
Dando saltitos y con su madre tras ellos, los niños se marchan a la tienda donde seguramente estarán entretenidos un rato. Meto las manos en los bolsillos de mi chaqueta y me pego al pecho de Zeus, aprovechando la media hora que nos queda juntos.
—¿Estas cansada? —Me susurra al oído, provocándome escalofríos y ganas de llorar al mismo tiempo. Niego con la cabeza.
—Estoy aterrada.
Aunque le doy la espalda, lleva una mano a mi cara y me acaricia la mejilla con los nudillos, me da la vuelta despacio y se agacha un poco para estar a la altura de mis ojos. Su sonrisa es sincera, pero tan débil y triste que me duele en el alma.
—Yo también, no quiero dejarte aquí, no quiero irme, no quiero que pienses que te abandono.
Las únicas palabras que me aterran salen de su boca como un jarro de agua fría, porque es exactamente la sensación que temía sentir en este preciso momento. Yo no quería enamorarme, no quería conocer a nadie, solo trabajar, ver la ciudad y pasar el duelo de mi tía entre penas y helado de vainilla. Pero entonces apareció Zeus, arrancándome ese miedo de cuajo y atrayendo a mi vida la felicidad que muy en el fondo deseaba conocer algún día.
No siento para nada que me abandona porque su amor y sus caricias permanecerán conmigo hasta que vuelva y pueda volver a sentirlas. No siento que me abandona porque, aunque soy cabezota, sé que es por trabajo y necesario hacer el viaje. No siento que me abandona porque me ha hecho sentir tan deseada y amada que seguiré sintiéndolo hasta que vuelva y me lo repita al oído mientras me abraza y me besa.
Pero, sobre todo, no siento que me abandona porque con él he aprendido que quién lo hace son aquellas personas que no te quieren y las que no merecen tus lágrimas.
Y Zeus me quiere, lo hace por encima de todo y lo sé porque me lo ha demostrado de mil maneras.
—Hijo, ¿lo llevas todo?
—Lo más esencial.
James le pregunta varias cosas sobre el viaje y no puedo ni quiero escucharlas, por lo que intento entablar conversación con mis amigos. Jayden quiere acercarse, lo noto por cómo me mira, pero sé que está manteniendo distancias por Zeus. Y se lo agradezco, no tengo ánimos para tener que repetirle que solo somos amigos.
Cuando la conversión carece de importancia para mí, pues solo puedo pensar en los veinte minutos que nos quedan, echo una visual a mi alrededor. Mis ojos se detienen sobre Cristal, aunque no quiero, no puedo evitarlo. No creo que pueda sentir nada bueno hacia ella, no después de esto, porque lo siento, pero tengo el presentimiento de que ella tiene algo que ver.
Despacio, me acerco y me detengo a un lado, comprobando antes de hablar que nadie nos está mirando.
—Estarás contenta, ¿verdad? —Le pregunto sin mirarla, centrándome en Zeus, que sigue hablando con James.
—Ava, no es lo que parece. Es un viaje de trabajo.

Sonrío amargamente, queriéndome echar encima y gritarle lo mala persona que está siendo.
—Que da la casualidad tú harás con él. De todos los profesionales que hay en el maldito hospital, únicamente tú has dado el perfil. Dios, no sabía que podrías llegar a ser tan ruin.
Su silencio me enfada más que si me hubiese respondido y no me queda otra que terminar mirándola a la cara para mostrarle la ira que provoca en mí.
—¿No piensas defenderte?, ¿no dices nada? —Aprieto los puños hasta clavarme las uñas, aguantando las lágrimas como puedo.
—¿Qué puedo decirte? Esto no es cosa mía, aunque creas lo contrario. Quiero cambiar, me disculpé con Zeus hace unos días, no quiero hacer este viaje, pero es nuestro deber.
El corazón me bombea con fuerza, la respiración se me vuelve descompensada y no puedo, no puedo seguir conteniendo mis ganas de llorar. Las lágrimas caen como si mis ojos estuvieran sangrando.
—No te creo.
—Es la verdad, Ava. —Agarra el asa de su maleta con fuerza, aunque creo que no la ha soltado desde que llegó y, en otras circunstancias, podría haber creído que está sufriendo.
—Ya no me importa, aunque así sea, ya no creo nada de lo que puedas decir. Te desearía un buen viaje, pero, la verdad, no quiero que lo tengas.
Limpiándome las lágrimas, vuelvo a acercarme a Zeus y me abrazo a él. Su mano agarra a mi costado, dándome la sensación de pánico que no quería presenciar en él.
—Creo que es la hora. —Anuncia Amber y a mí me tiemblan hasta las pestañas.
Ha llegado el momento, ha llegado y no sé cómo gestionarlo. Observo a Zeus volver a coger sus maletas y pidiéndome que me agarre a su brazo, no deja que lo suelte, y nos dirigimos hacia la zona de embarque. Los niños corretean alrededor nuestra, mientras que los adultos volvemos a despedirnos de Zeus.
Acepta los abrazos y los besos que le dan sus amigos sin borrar la media sonrisa de su rostro. La última soy yo, porque necesito que se vaya con el recuerdo de nuestro último beso, con el sabor de mis labios, con mi perfume en su ropa. Necesito ser la última a la que abrace y la primera a la que bese cuando llegue.
—Pórtate bien, mi amor —Me ordena con ese tono suyo que siempre usa cuando bromeamos—. Cuida de nuestro Crono y conviértete en la mejor fotógrafa de toda Nueva York. Porque cuando llegue pienso casarme contigo y vamos a estar varios meses de luna de miel.
Río y lloro a la misma vez, henchida de amor y de tristeza al mismo tiempo. Amo a este hombre, lo amo con cada una de mis células y nada hará que deje de hacerlo. Me tiro a sus brazos y me agarro a su cuello, intentando alargar lo que debe suceder ya.
Tras besarme sin descanso hasta conseguir que varias personas nos silben y aplaudan, me hace separarme unos centímetros y se lleva una mano al bolsillo de su chaqueta, sacando de él una brillante cajita negra. La abre y me muestra una preciosa alianza de oro blanco, con diminutas perlas negras incrustadas a juego con mi gargantilla. No sé si se ha quedado sin habla o solo está observando cómo reacciono, pero a mí se me hace eterna la espera, así que lo vuelvo a besar en los labios y luego exclamo:
—¿Piensas ponérmelo o qué?
Nuestra familia ríe abiertamente, también algunas personas que hay a nuestro alrededor, y Zeus, con los ojos bañados en lágrimas, coge mi mano y me la coloca en el dedo anular.
—Es precioso, cariño —Lo miro abriendo la mano, llorando como una cría—. ¡Sí! ¡Quiero, quiero!
—Aún no te lo he pedido —Ríe al recibir mis besos y me agarra de la nuca para fundir nuestras

bocas en un necesario beso. Cuando se separa, me susurra sobre ellos—. Pero lo haré en cuanto vuelva.
Asiento emocionada y enamorada, pero con el corazón roto por ver cómo se acerca al avión sin mí. Mi corazón no puede soportar esta despedida tan amarga en el mismo lugar en el que nos conocimos.
Cuando creo que ya no volveré a verlo, se detiene a varios metros de mí y, dejando las maletas, corre en mi dirección.
—Cuando me haya ido, lee lo que tiene grabado —Me da un último abrazo y coge mi mano para besar la alianza—. Te amo, honey. Eres la mujer de mi vida, no lo olvides jamás.
—Y yo a ti, Zeus. Te estaré esperando.
Lo observo correr, sintiendo como se lleva con él mi corazón y mi ser, coger sus maletas y perderse en un avión que nos distanciará a miles de kilómetros.
Cuando, minutos después, ha despegado, con la vista nublada y la garganta dolorida de llorar, salgo del aeropuerto agarrada al brazo de Jessica que me acaricia el pelo. En la puerta me despido de todos, no me apetece ir a ninguna otra parte que a nuestro apartamento, y abro la puerta de nuestro todoterreno.
Tras el volante, me quito el anillo como me ha pedido.
Secándome las lágrimas que llegan hasta mis labios, beso la alianza igual que Zeus ha hecho minutos atrás, queriendo sentir que lo beso a él. Como si pudiera escucharme a pesar de la distancia, con el corazón latiéndome con fuerza, susurro las palabras que están grabadas:
—A pesar de todo, tú.

La historia de Ava y Zeus continuará en…



[1] Fite: Expresión andaluza que significa fíjate.